Panace@

Boletín de Medicina y Traducción

Vol. VI, n.º 21-22. Septiembre-diciembre, 2005

Panace@ (<www.medtrad.org/panacea.html>) es la revista de MedTrad, foro internético independiente y plurinacional constituido por profesionales de la comunicación escrita en el ámbito de la lengua, la medicina y las ciencias biológicas. *Panace@* publica textos originales sobre los diversos aspectos de la traducción y el lenguaje de la medicina y ciencias afines, sobre todo en español, pero la revista está abierta a colaboraciones en cualquier idioma.

Panace@ es una publicación trimestral con cuatro números anuales: dos números sencillos, que aparecen en marzo y junio, y un número doble, que aparece en noviembre.

Los originales para publicación deben enviarse en soporte electrónico a panace@medtrad.org.

La propiedad intelectual de los originales corresponde a los autores, y los derechos de edición y publicación, a *Panace@*. Los artículos aparecidos en la revista podrán ser utilizados libremente con propósitos educativos y científicos, siempre y cuando se cite correctamente su autoría y procedencia. *Panace@* espera de los autores y colaboradores el máximo respeto a las consideraciones de ética editorial incluidas en las normas de Vancouver, que pueden consultarse en el Escaparate de MedTrad (<www.medtrad.org/biblioteca/style_guides/Spanish_VANCOUVER.htm>).

Las opiniones expresadas en esta publicación son responsabilidad exclusiva de los autores de los artículos.

ISSN 1537 - 1964

Publicación incorporada a e-revist@s

Redacción

Director: Fernando A. Navarro
Subdirectora: Laura Munoa
Jefes de redacción: M.ª Verónica Saladrigas y Gustavo A. Silva

Equipo técnico

Revisión: Federico Romero
Diseño y maquetación: m.a.beneyto@arrakis.es
Publicación electrónica: Cristina Márquez Arroyo

Consejo editorial

Rodolfo Alpízar Castillo (Cuba)
Jorge Avendaño Inestrillas (México)
Christian Balliu (Bélgica)
María Barbero (España)
José Rafael Blengio Pinto (México)
M.ª Teresa Cabré Castellví (España)
Xosé Castro Roig (España)
María Luisa Clark (Colombia-EE.UU.)
Francisco Cortés Gabaudan (España)
Adriana Cruz (Uruguay)
Antonio Díaz Rojo (España)
John H. Dirckx (EE.UU.)
Rosário Durão (Portugal)
Valentín García Yebra (España)
Luis González (España-Bélgica)
Bertha M. Gutiérrez Rodilla (España)
Shari Lama (EE.UU.)
Ernesto Martín-Jacod (Argentina)
José Martínez de Sousa (España)
Carlos Oppenheimer (España-Suiza)
Fernando Pardos (España)
Isabel Pérez Montfort (México)
Ruy Pérez Tamayo (México)
Luis Pestana (Portugal-Suiza)
Mercè Piqueras (España)
Serge Quérin (Canadá)
Héctor Quiñones (España)
Maurice Rouleau (Canadá)
Joaquín Segura (EE.UU.)
Karen Shashok (España)
Lúcia M. Singer (Brasil)
José A. Tapia Granados (España-EE.UU.)
Miguel Turrión (España-Luxemburgo)
Iñaki Ugarteburu (España)
José María Valderas (España)
Nelson Verástegui (Colombia-Suiza)
Alicia Zorrilla (Argentina)

Portada: *Clavileño*. Manuel Alcorlo
Traducción de resúmenes: María Luisa Clark.

Panace@
Boletín de Medicina y Traducción

IV centenario del *Quijote*
Cervantes, traducción, lenguaje y medicina

EDITORIAL

El español y la ciencia: el ejemplo de Ramón y Cajal
José Manuel Sánchez Ron 201

TRADUCCIÓN Y TERMINOLOGÍA

Glosario de términos médicos mencionados en el *Quijote* [1969]
Harold López Méndez 205

Glossário trilíngüe (EN-PT-ES) de termos, abreviações e acrônimos usados com freqüência em Imunologia (2ª parte)
Lúcia M. Singer y Juan Manuel Igea 237

Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (7.ª entrega)
María Verónica Saladrigas 265

TRIBUNA

El *Quijote* y la traducción
Valentín García Yebra 277

La divulgación científica y sus repercusiones léxicas en la época del *Quijote*
María Jesús Mancho Duque 285

La medicina, sus textos y sus lenguas en la España de Cervantes
Bertha Gutiérrez Rodilla 299

El *Quijote* y el conocimiento de lo humano
Juan Ramón de la Fuente 307

Coxitis y Quixote
Fernando A. Navarro 313

De Rocinante al rinoceronte: la historia natural y el *Quijote*
Fernando Pardos 319

Bellezas de medicina práctica descubiertas en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*
Antonio Hernández Morejón 335

REVISIÓN Y ESTILO

El lenguaje médico necesita del bálsamo de Fierabrás
Alicia M.ª Zorrilla 341

Del pavimento de la calle Huertas (Ortotipografía en el barrio de Cervantes)
Federico Romero 349

¡Qué bien/mal puntuaba Cervantes!
José Antonio Millán 353

«En un lugar de la "Mancha"…» Procesos de control de calidad del texto, libros de estilo y políticas editoriales
Silvia Senz Bueno 355

CARTAS A PANACE@

On Susan Sontag and medical language
Peter Baehr 371

EL LÁPIZ DE ESCULAPIO

Capítulo XXXVI: Del buen suceso que el valeroso don Quejica tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los palabros de viento
María de Miguel 374

De cómo don Quijote encontró a Merlín y de las sabias y sensatas instrucciones que recibió de éste
Juan Valentín Fernández de la Gala 375

La venganza de don Quijote
Manuel Talens 377

PACA
Miguel Ángel Vázquez 380

El dolor en los tiempos del *Quijote*
Gustavo A. Silva 384

Antología médico-literaria: *El doctor Pedro Recio de Tirteafuera*
Miguel de Cervantes Saavedra 386

Antología médico-literaria: *El desahuciado*
José María Gabriel y Galán 388

«¡Señor, no, señor!» Una reflexión melancólica con motivo de la nueva edición de *La montaña mágica*
Luis Montiel 390

SEMBLANZAS

Interview with Peter Newmark: pioneering theoretician in scientific translation
David Shea 392

RESEÑAS

Cordura y locura en Cervantes
Luis Montiel 395

La ciencia y el *Quijote*
Antonio Calvo Roy 397

Bibliografía escogida sobre Cervantes y la medicina
Redacción de *Panace@* *399*

Fuentes de la medicina española
M.ª Nieves Sánchez González de Herrero 403

Qu'attendre d'un dictionnaire bilingue? Le cas du « Gladstone », dictionnaire médicale anglais-français
Maurice Rouleau 407

La versión española de la terminología química de la IUPAC: un instrumento de gran utilidad para la traducción científica
Vicente J. Arán Redó 429

Encyclopedia of Language and Linguistics
Françoise Salager-Meyer 431

El lenguaje en la medicina. Aportes de la lexicología a la corrección lingüística y a la precisión conceptual en medicina
Margarita Correia 433

AGENDA

Round table on language issues in health care
Leticia Molinero 435

La publicación médica en España (I)
Javier González de Dios 439

El otro «panhispánico»
Laura Munoa 449

Standards, quality and rights. FIT 2005, XVII^e Congrès Mondial / XVII World Congress
Karen Shashok 453

Reuniones y actividades docentes
Laura Munoa 457

ENTREMESES

Don Quijote y el basilisco
Guzmán Urrero Peña 275

Un Quijote «bizarro»
Gustavo A. Silva 284

El *Quijote* en latín macarrónico [1905]
Ignacio Calvo y Sánchez 297

De sacapotras real a cirujano… y a la portada de *Panace@*
Cristina Márquez Arroyo 311

La escenificación de algunas expresiones idiomáticas y su traducción
Julia Sevilla Muñoz y Manuel Sevilla Muñoz 317

Read *Don Quixote!*
Fernando A. Navarro 339

Freud y Cervantes
Fernando A. Navarro 347

Enanos en el *Quijote* y en el arte
Ediciones Irreverentes 348

El envejecimiento en el *Quijote*
Grupo Ars XXI 354

Filología
Salvador Peña Martín 373

El *Quijote* en la RANM
Real Academia Nacional de Medicina 376

De los compañones de la mujer [1566]
Juan Valverde de Hamusco 379

Diccionario (con patas)
Miguel Martínez-Lage 385

«Somos alcohólicos anónimos»
Emilio Bernal Labrada 387

El *Quijote* en romance [1890]
Maximino Carrillo de Albornoz 389

La palabra *opio*
Arturo Montenegro 396

Don Quijote y la psiquiatría
Guzmán Urrero Peña 406

En torno al sobrenombre de Paracelso
Justo Hernández 430

El *Quijote* en esperanto [1977]
Fernando de Diego 432

Los pronombres y el sexismo lingüístico
Álvaro García Meseguer 451

El *Quijote* en espanglés [2002]
Ilán Stavans 455

Convocatoria del II Premio Científico-Literario «¿Te atreves?»
Editorial Hélice 456

Ilustraciones de este número

El presente número doble de *Panace@*, además de reproducir láminas aparecidas en diversas ediciones del *Quijote*, cuenta con ilustraciones cedidas o elaboradas expresamente para la ocasión por los artistas siguientes:

Manuel Alcorlo (Madrid, España), pintor y dibujante, miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
Carlos Baonza (Madrid, España), pintor, grabador, ilustrador y escultor.
Ángel Bellido (Madrid, España), pintor, grabador y fotógrafo.
Cristina Bertrand (Miami, EE. UU.), pintora y traductora médica.
Belén Franco (Madrid, España), pintora.
Concha Gómez-Acebo (Cabanillas del Campo, Guadalajara, España), pintora.
Antonio Pardos Fortún, *Fortún* (Madrid, España), dibujante.
Margarita Puncel (Madrid, España), pintora, ilustradora y artista textil.
Reiner Schiestl (Innsbruck, Austria), pintor y grabador.
Sacha Talens (Lyon, Francia)
Beatriz Ujados (Madrid, España), pintora, grabadora e ilustradora.

A todos, y en especial a Carlos Baonza, muchas gracias por vuestro apoyo.

La Redacción

Panace@: año nuevo, vida nueva

Redacción de *Panace@*

A partir del 1 de enero del 2006, la revista *Panace@: Boletín de Medicina y Traducción* estrena Redacción:

Director: Antonio Villalba
Subdirectora: Bertha M. Gutiérrez Rodilla
Redactores: M. Gonzalo Claros, Luisa Fernández, Juan Valentín Fernández de la Gala, Violeta López, Zdena Porras, Gustavo A. Silva y Ana Weyland

Con la nueva etapa, cambia también la periodicidad de la revista, que pasará a ser de publicación semestral, con dos números anuales: uno de carácter general en mayo y otro de carácter monográfico en noviembre.

Plazo de recepción de colaboraciones para los próximos números de *Panace@:*

- **Número 23** (general): 31 de marzo del 2006.
- **Número 24** (monográfico) ***«Lexicografía y metalexicografía médicas»***: 30 de septiembre del 2006.

Nos complace anunciar la creación de TREMEDICA (Asociación Internacional de Traductores y Redactores de Medicina y Ciencias Afines), una organización sin ánimo de lucro dedicada a promover la excelencia en la traducción y la redacción médica en español. Entre otros proyectos terminológicos y lingüísticos, TREMEDICA se ocupará a partir de ahora de la financiación de *Panace@*. Para obtener más información se puede enviar un mensaje a mailto:tremedica@medtrad.org.

Panace@ **agradece el apoyo económico recibido de los siguientes particulares y empresas patrocinadoras, a través de la Asociación Pro MedTrad y Panacea:**

Lilly España

<www.lilly.es>

Respuestas que importan.

Trans-Ar, Inc.

<www.trans-ar.com>

Trans-Ar, Inc.
Translation and Localization Services

Hermes Traducciones y Servicios Lingüísticos

<www.hermestrans.com/es_index2.html>

Celer Soluciones

<www.celersol.com>

Comunicación Multilingüe, S.L.

<www.cmultilingue.com>

Seprotec Traducciones Especializadas

<www.seprotec.com>

Traducciones Técnicas - Juradas
Interpretes y Congresos

Nova Traductors i Intèrprets

<www.nova-transnet.com/menu/menu_frame.htm>

Atienza Díaz, Ana M.ª
Barbetti Vros, Lida
Blengio Pinto, José Rafael
Busch, Marta
Campos Pita, Susana
Caruso, Gabriela
Castañeda Macchiavello, Guido
Clark, María Luisa
Daza, Martha
De Rafael Nerpell, Luis
Díaz, Larisa
Díez Herranz, Antonio
Domínguez Delgado, José Antonio
Estrada Velo, Cristina
Fernández Castillo, Carlos J.
Fernández Sierra, Luisa
Filgueira, María Claudia
Galiano, Betty
Giambiagi, Nora
Giordano, Ana María
Gutiérrez Rodilla, Bertha
Guzmán Fernández, Mario
Igea Aznar, Juan Manuel
Lama, Shari
López Sánchez, Violeta
Mayor Serrano, M.ª Blanca
Minsky, Gabriela
Morales, Egla
Navarrete, Carmen
Navarro González, Fernando
Nevado, Alfonso
Picazo Guadarrama, Emilia
Pinilla, Marcela
Pruna Hidalgo, Cristina
Quiñones Tapia, Héctor
Romero Portilla, Federico
Rondinone, Silvia
Sanguino Yturriaga, Antonio
Segura, Joaquín
Serrahima Formosa, Lorenzo
Shapiro, Barbara
Shashok, Karen
Silva, Gustavo
Triana, Teresa
Vázquez, Damián
Villalba Rodríguez, Antonio
Weyland Sarmiento, Ana
Wolf, Silvia

El español y la ciencia: el ejemplo de Ramón y Cajal

José Manuel Sánchez Ron*

No es, ni mucho menos, imposible argumentar que nada ni nadie han hecho más por promover el español en el mundo que el *Quijote* y su autor, Miguel de Cervantes. Hoy, cuando celebramos el cuarto centenario de la publicación de esta maravillosa novela —a la que el tan celebrado como exigente crítico literario Harold Bloom considera «una obra tan original que casi cuatro siglos después sigue siendo la obra de ficción en prosa más avanzada que existe»[a]—, desearíamos que nuestra hermosa lengua pudiera disponer también de *quijotes* en otros apartados del pensamiento y la cultura, para que así el español ocupase en ellos un lugar prominente. Uno de esos apartados, vital para el mundo, sin el cual nuestra especie no sería lo que es, es el de la ciencia, y a él, al papel del español en él, dedicaré los comentarios que siguen.

La ciencia y el español

Nos quejamos de que el español sea un idioma marginal en el mundo de la ciencia contemporánea, y de que, como consecuencia de ello, cada vez sean más numerosos los extranjerismos (anglicismos, sobre todo) que se introducen en nuestra lengua, instalándose firmemente en ella, como atestigua el diccionario de la Real Academia Española, cuya última edición acoge términos como *big bang, espín, quark, escáner, chip o bit***.** No parece exagerado concluir que semejante situación no favorece a nuestro idioma, más aun si tenemos en cuenta que al menos algunas de estas palabras podrían traducirse sin dificultad, como *big bang,* que significa «gran estallido» (no quiero entrar en otras, no científicas, aunque sí mencionarlas, como el horrible *overbooking* —que, además, deberíamos escribir *overbuquin,* o algo así—, para el que podríamos utilizar perfectamente «sobreventa»).

Ante semejante situación, ¿qué hacer?

Después de recibir un ejemplar del primer (y a la postre único) fascículo de la *Guía de traductores* que a instancias del ingeniero, físico y matemático, además de miembro de número de la Real Academia Española, Esteban Terradas publicó el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica en 1947, Vicente García de Diego, secretario perpetuo de la Academia, escribió a su compañero de corporación que lo había «leído con sumo gusto» y que le había «impresionado por su trascendental intento, por lo que dice y por lo que sugiere. Plantea V. un problema que entre nosotros no ha tenido una exposición técnica, ni ha encontrado más que soluciones incoherentes. Frente a la tendencia divulgadora y chabacana de la sinonimia fácil, lo urgente era la distinción rigurosa de cada voz. Frente a la jactancia de la riqueza sinonímica de nuestra lengua se imponía una labor académica de fijación, medio único de dar precisión al idioma». Y añadía: «Por un complejo de inferioridad nacional y por un deficiente conocimiento de nuestra lengua se elige el cómodo camino de la aceptación pasiva de todo tecnicismo. El prestigio de lo extraño y el desconocimiento de que el nuevo tecnicismo importado no es un denominador exacto de la realidad sino de un detalle saliente de ella nos retrae de la traducción castellana, hallando defectuosa ésta por no ver que la nueva acepción o extensión de sentido es la misma que se ha dado en la lengua extraña. Sólo una seria colaboración de técnicos y lingüistas podría resolver el extranjerismo que en algún caso habría que respetar como tecnicismo universal y la masa de voces nuevas que podrían traducirse para no desfigurar y disolver una lengua que tan magníficos recursos de expresión ofrece».[b]

Aunque los comentarios de García Diego eran sensatos, el problema es que, por diversas razones (entre las cuales figura la de que el mundo ha cambiado mucho desde que García de Diego escribió las anteriores líneas: el inglés, por ejemplo, es ahora mucho más conocido entre los hispanohablantes de lo que era entonces), cada vez son más numerosos los extranjerismos que se imponen como «tecnicismos universales». La propia dinámica de la investigación científica y la estructura de la comunidad científica internacional hacen que los nuevos términos sean asimilados con rapidez por científicos de otras lenguas maternas; asimilados con rapidez simplemente porque lo contrario sería una manifestación de inferioridad profesional. No hay que prescindir de la «seria colaboración de técnicos y lingüistas» de que hablaba García de Diego para que propongan traducciones de «la masa de voces nuevas que podrían traducirse para no desfigurar y disolver» nuestra lengua; ahora bien, tampoco hay que hacerse demasiadas esperanzas acerca del éxito de semejante empresa. Y ello porque, como es bien sabido, los idiomas no se fabrican en ninguna academia, sino en la calle y en los distintos y muy variados grupos sociales que los manejan; son fruto de la vida, de las sociedades y culturas en las que esa vida tiene lugar. Y vivimos en un tiempo en el que las fronteras son cada vez más tenues; el tiempo, la era, de la *globalización,* con su subsiguiente uniformización e imperialismo cultural subyacente.

Todo esto, el que los idiomas se construyen, entre otros lugares, en los distintos y muy variados grupos sociales que los manejan, es especialmente cierto en lo que se refiere al lenguaje científico y técnico. No hace mucho, Julio Calonge expresó de forma magnífica la especificidad de éste. «Rechazamos con firmeza —señaló— el hecho de que el léxico científico y técnico pueda ser tratado como parte del vocabulario general de la lengua. Lo único que el léxico científico y técnico puede tener en común con el léxico general es su forma gramatical [...]. [Existe] una profunda diferencia [...] entre textos no especializados y especializados. Estos últimos son los que contienen un vocabulario que sólo puede comprender un grupo muy reduci-

* Real Academia Española, Madrid (España). Dirección para correspondencia: josem.sanchez@uam.es.

do de hablantes. Todos los textos sobre ciencias y tecnología reúnen estas características [...]. Si la ciencia es universal, hay que aspirar a que el léxico por medio del cual ella se expresa sea también universal. Someter el vocabulario científico a un proceso de regionalización es hacer un flaco servicio al posible desarrollo de la ciencia en la comunidad que llegue a ser víctima de tal desgracia. Si nuestros científicos se apartaran, por poco que fuera, del vocabulario científico universal, jamás podrían ser leídos ni entendidos por el resto de la comunidad internacional, con lo que se pondrían límites artificiales a la expansión misma de la lengua».[c]

Si fuéramos productores de ciencia, si el español o, al menos, los hispanohablantes tuviesen más fuerza y presencia en el mundo de la ciencia, el problema se plantearía en otros términos. Si en nuestros laboratorios de la segunda mitad del siglo XX hubiese florecido, por ejemplo, la física del estado sólido, tal vez el mundo no hablaría de *chips*, sino de «obleas», «fichas», «tabletas» o quién sabe qué otra expresión. Y *bit* sería *dib* (de *díg*ito *b*inario). Si nuestros astrónomos hubieran competido realmente con los de otros países —tarea en la que ahora se afanan—, acaso hablaríamos, como unidad astronómica de distancia, de *parseg* y no de *parsec,* término que procede de «paralaje por segundo», pero segundo en inglés *(second),* de ahí su *c* final y no una *g*.

Pero, con la excepción de Ramón y Cajal, no hemos tenido grandísimos científicos, ni tampoco otros que aunque no fuesen tan excepcionales dejaran su recuerdo en la historia y en el lenguaje; científicos como Volta, Galvani, Ohm, Ampère, Watt o Joule, en cuya memoria se han construido términos como *voltio, galvanizar, ohmio, amperio, vatio* o *julio*.

El ejemplo de Santiago Ramón y Cajal

Si tuviésemos o hubiésemos tenido más científicos de la talla científica de Cajal, la situación sería, acaso, diferente. Y es que en la ciencia no hay mejor instrumento (o, en este caso, medicina) que la excelencia científica.

Cuando estamos a punto de entrar en el año 2006, en que se cumple el centenario de la concesión del Premio Nobel de Medicina y Fisiología a Ramón y Cajal, quiero recordar brevemente lo que a través de su ciencia Cajal hizo por el español.

Sabido es que la entrada de don Santiago en el mundo de la ciencia internacional tuvo lugar a raíz de su participación en el congreso de la Sociedad Anatómica Alemana celebrado en Berlín en octubre de 1889, donde presentó sus ideas y preparaciones. Albert Kölliker, acaso el principal histólogo de su época, fue quien más interés manifestó por los resultados que Cajal mostró en Berlín y quien más hizo por difundir sus ideas en la comunidad internacional de histólogos y neurocientíficos. Un ejemplo en este sentido es la carta que le escribió desde Wurzburgo el 29 de mayo de 1893:

> Mon cher ami!
>
> En premier lieu je vous pris mes meilleurs remerciements pour l'envoi de votre grand et bel ouvrage sur la rétine, qui rend suplerflu d'autres observations. Je vous serais très redevable, si vous vouliez m'envoyer quelques [scores] de vos préparations, qui montrent les choses principales. *Je vous retournerais ces preparations,* ne voulant pas vous priver de vos objets d'études.
>
> Quant votre travail sur la corne d'Ammon, que vous me promettez, *je suis prêt à le traduire de l'Espagnol en Allemand,* ayant assez bien appris votre langue, dû à la nécéssité d'étudier vos mémoires. Seulement je vous prierais, de faire copier votre manuscrit par une personne, qui a une belle écriture, dû à que je trouve assez difficile de lire la votre. Je reste à Wurzbourg jusqu'à les premiers jours du mois d'Août et il me faudrait donc avoir votre manuscrit avant ces jours.[d]

Kölliker cumplió su promesa de ejercer de traductor. Así, el 8 de agosto de ese mismo año escribía a Cajal:

> Cher ami!
>
> Je vous ai envoyé une épreuve à corriger de votre travail sur la corne d'Ammon, seulement pour que vous puissez voir s'il a pas de fautes de traduction. Il y a surtout le mot 'arcasas' page 624, que je n'ai pas trouvé dans mon dictionnaire. Veuillez envoyer cette première épreuve *ici*. Les autres suivront bientôt. Le dessin adjoint est une coupe transversale du cerveau d'un chat, dans le quel je trouve dans le lobe inférieur à la place marqué *a* les mêmes grandes pyramides, comme dans le lobe d'Ammon avec un cylindre d'axe ramifié tipe II de Golgi.[e]

Al igual que Kölliker, el sueco Gustav Retzius, otro de los grandes de la neurociencia de aquel tiempo, se esforzaba por aprender español para leer a Ramón y Cajal, como se comprueba en la carta que le escribió el 16 de mayo de 1896:

> Lieber College und Freund!
>
> Neulich empfing ich von Ihnen la Revista trimestral micrográfica Vol I, dafür ich herzlich danke. Ich sehe aus dieser neuen Publication, dass Sie die Herausgabe einer neuer Zeitschrift begonnen haben. Es ist dies ein grossartigen Unternehmen, wodurch Sie gewiss einen neuen Aufschwung der spanischen Naturwissenschaft vorbereiten. Sie haben dadurch Ihrer Vaterland einen neuen grossen Dienst gemacht und ich gratulire Sie herzlich dazu. Nur bleibt uns, armen Ausländern, noch eine gewisse Schwierigkeit, die spanische Sprache sicher lesen zu können. Mit der Kenntnis del lateinischen und französischen Sprache, die wir in der Schulen lernen, ist es uns zwar nicht gar unmöglich so ziemlich auch die spanische Sprache zu verstehen und lernen zu können. Ich habe mir ein spanisches Wörterbuch längst gekauft, um Ihre Arbeiten su lessen. Hin und wieder stösst man doch auf Schwierigkeiten, die indessen nicht unüberwindlich sind.[f]

Ya sé, ya sé que hoy más que ayer la dinámica interna de la investigación científica obliga a los científicos a emplear el inglés si pretenden ser admitidos en la comunidad internacional, si quieren publicar sus artículos fuera de España. De hecho,

esto sucedía incluso en tiempos del propio Ramón y Cajal, y él lo sabía muy bien. Recordaré al respecto lo que escribió en su conmovedor libro *Recuerdos de mi vida,* inmediatamente después de recordar a científicos como Kölliker y Retzius, que se preocuparon por aprender español:[g]

> Quedan, por fortuna, en Europa y América algunas, aunque escasas, grandes capacidades entregadas al cultivo de la Histología y, singularmente, de la Neurología; no las nombro, receloso de ser injusto al omitir nombres gloriosos. Mas para España, la pérdida de algunos de los sabios precitados constituyó verdadero duelo nacional; porque eran precisamente los que se tomaban la molestia de estudiar el español y se interesaron benévola y a veces ardorosamente por los descubrimientos surgidos de nuestro laboratorio. Los biólogos actuales desconocen, en su inmensa mayoría, el idioma de Cervantes. No es, pues, de extrañar que, al consultar las obras más recientes de Neurología, reconozcamos, con pena, que las dos terceras partes de las aportaciones modernas de los españoles sean absolutamente desconocidas. Por donde una de las más urgentes tareas de nuestros jóvenes investigadores deberá consistir en traducir al inglés, francés o alemán lo más esencial de los hechos descubiertos en nuestro país, muchos de los cuales han sido *redescubiertos*, por autores exóticos desconocedores de nuestro idioma, diez, quince y hasta veinte años después de aparecidos en España.

Cajal sabía esto, pero dos detalles le distinguieron. El primero fue su ciencia, su maravillosa ciencia, que todos debían conocer, fuese cual fuese el idioma en que estuviera escrita. El segundo, su patriotismo, el deseo que le animó toda su vida de defender y promover a su patria, España, incluyendo a su idioma. En el discurso que pronunció en 1900 en la Universidad de Madrid, titulado «A patria chica, alma grande», Ramón y Cajal transmitió a los jóvenes españoles esta noble consigna: «Aumentar el caudal de las ideas españolas circulantes por el mundo». Las ideas y, deberíamos añadir, la lengua española, que él, quijote de causas acaso perdidas pero por las que merece la pena luchar, ennobleció con su trabajo y ejemplo.

Notas:

[a] Bloom, Harold: *Genios*. Barcelona: Anagrama, 2005; pág. 68.

[b] Citado en Roca Rosell, Antoni, y Sánchez Ron, José Manuel: *Esteban Terradas. Ciencia y técnica en la España contemporánea*. Barcelona: INTA/Serbal, 1990; pág. 314.

[c] Calonge, Julio: «El lenguaje científico y técnico», en Seco, Manuel, y Salvador, Gregorio (coords.): *La lengua española, hoy*. Madrid: Fundación Juan March, 1995; págs. 175-186.

[d] Mi querido amigo:

En primer lugar, le expreso mi más vivo agradecimiento por el envío de su grande y bella obra sobre la retina, que hace innecesarias otras observaciones. Le quedaré muy agradecido si me envía algunas de sus preparaciones, que muestren los aspectos principales. *Le devolveré estas preparaciones,* ya que no quiero privarlo de sus materiales de estudio.

En cuanto al trabajo sobre el asta de Ammon que me anuncia, *estoy dispuesto a traducirlo del español al alemán*, ya que he aprendido bastante bien su idioma, por la necesidad de estudiar sus memorias.

Solamente le ruego que encargue copiar su manuscrito a una persona que tenga una letra clara, porque me resulta bastante difícil leer la suya. Estaré en Wurzburgo hasta los primeros días del mes de agosto y me haría falta tener antes su manuscrito

[e] Querido amigo:

Le he enviado unas pruebas de imprenta de su trabajo sobre el asta de Ammon, con la única finalidad de que pueda ver si no hay errores de traducción. Se trata, sobre todo, de la palabra 'arcasas', página 624, que no he encontrado en mi diccionario. Le ruego que remita estas primeras pruebas *aquí*. Las otras se las enviaré pronto. El dibujo adjunto es un corte transversal del cerebro de un gato, en el que encuentro, en la zona del lóbulo inferior señalada con una *a,* las mismas pirámides grandes que en el asta de Ammon, con un cilindroeje ramificado del tipo II de Golgi.

[f] Querido colega y amigo:

Acabo de recibir el volumen I de la *Revista Trimestral Micrográfica,* que me ha enviado y que agradezco cordialmente. Con esta nueva publicación veo que ha iniciado usted la edición de una nueva revista. Es una gran empresa con la que sin duda piensa dar un nuevo impulso a la ciencia española. Ha hecho usted otro gran servicio a su patria, por el que le felicito cordialmente.

A nosotros, pobres extranjeros, nos plantea una cierta dificultad: poder leer correctamente el idioma español. Conociendo las lenguas latina y francesa que estudiamos en la escuela, no nos resulta imposible entender y estudiar también la española. Hace tiempo compré un diccionario español para leer sus trabajos. De vez en cuando se tropieza con dificultades, pero no son insuperables.

[g] Ramón y Cajal, Santiago: *Recuerdos de mi vida*. 3.ª edición. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1923; pág. 394. Esta obra la constituyen dos partes; la primera *(Mi infancia y juventud)* apareció publicada en 1901, mientras que la segunda *(Historia de mi labor científica)* data de 1917, año en que vio la luz junto a la primera parte.

Antonio Pardos Fortún, *Fortún*

Glosario de términos médicos mencionados en el *Quijote* [1969]*

Harold López Méndez**

acardenalado, -da

Contexto: En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmarle viese la ventera tan **acardenalado** a partes a don Quijote, dijo que aquello más parecía golpes que caída [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimo científico: con hematomas.

Comentario: Adjetivo derivado de *cardenal*. En realidad, médicamente, estaría mejor empleado el término *equimosis*, ya que los cardenales que llevaba don Quijote eran el resultado de los palos recibidos en la refriega con los arrieros, aventura narrada en el capítulo anterior. Véase CARDENAL.

accidente

Contexto: Y por ahora, bien será que os vayáis a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario **accidente** [1.ª parte; capítulo XII].

Sinónimo científico: complicación.

Comentario: Palabra de uso culto, aunque algo extendida a la lengua vulgar. Su significado común equivale a desgracia (acepción figurada), o enfermedad (acepción material). En filosofía, *accidente* se aplica a lo que el ser no tiene por sí mismo, que es la acepción estricta extendida luego.

En medicina se entiende por *accidente* un acontecimiento inesperado en el curso de una enfermedad, o a la aparición de síntomas extraños en el curso de ella. También puede ser empleado el término *accidente* con el significado de indisposición que sobreviene repentinamente y priva del sentido o de movimiento. En general, el accidente es un síntoma que tiende a agravar cualquier enfermedad.

En la actualidad y en medicina laboral, los accidentes son los acontecimientos que ocasionan cualquier daño al trabajador.

Cuando en el capítulo XXIII del *Quijote* leemos: «porque cuando está con el accidente de la locura […]», hemos de entender el significado de episodio en una locura intermitente, lo que vulgarmente se conoce como *ataque*.

aceite de Aparicio

Contexto: Quedó don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer **aceite de Aparicio**, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido […] [2.ª parte; capítulo XLVI].

Comentario: Aceite en general es todo cuerpo graso en estado líquido a temperatura ordinaria. A las grasas sólidas se les llama también a veces *aceites concretos*. El aceite de Aparicio puede considerarse un tecnicismo médico de la época. Inventado en el siglo XVI por Aparicio de Zubia, dicho aceite curaba las heridas. Se componía de las siguientes materias: aceite añejo, trementina de abeto, vino blanco y añejo, incienso, trigo limpio, hispérico, valeriana y cardo bendito.ª

aflicción

Contexto: Pues lléguese a mí —respondió el del Bosque—, y hará cuenta que se llega a la misma tristeza y a la **aflicción** misma [2.ª parte; capítulo XII].

---

* Adaptado a partir de: López Méndez, H.: *La medicina en el Quijote*. Madrid: Quevedo, 1969; 413 págs. (Dep. legal: M.-19.595-1969).

Incapaz de rastrear la situación y el paradero actuales del autor, y desaparecida ya la editorial Quevedo, que publicó su libro, la Redacción de *Panace@* asume la responsabilidad de publicar, sin autorización expresa, este glosario en nombre de Harold López Méndez.

Hemos elaborado el presente glosario a partir de las fichas terminológicas compiladas por López Méndez, que constituyen la parte central de su libro (págs. 83-398). Para adecuarlo al formato habitual de *Panace@*, hemos procedido a unificar la presentación de los distintos artículos y a compactar considerablemente la información recogida en las fichas originales (cada una de las cuales ocupaba una página completa). Hemos mantenido asimismo la redacción y el estilo peculiares del autor, salvo erratas y errores evidentes. Y hemos respetado, por último, los pasajes del *Quijote* elegidos por López Méndez para ilustrar los distintos términos médicos, si bien ahora los reproducimos a partir de la edición crítica de 1998, dirigida por Francisco Rico para el Instituto Cervantes, que puede consultarse libremente en Internet: <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/default.htm>.

Si en algún caso hemos considerado conveniente o necesario eliminar alguna parte importante de la información recogida en las fichas originales, o añadir nueva información de interés para el lector actual, este encontrará las explicaciones necesarias en las correspondientes «Notas de la Redacción» que figuran al final del trabajo.

En la adaptación del glosario hemos contado con el asesoramiento y la colaboración de Bertha M. Gutiérrez Rodilla, profesora de Historia de la Medicina en la Universidad de Salamanca.

** Médico colombiano formado en Madrid (España). Tras doctorarse en medicina con una tesis sobre «Terminología médico-anatómica del Quijote», en 1969 publicó el libro *La medicina en el Quijote*.

Sinónimos vulgares: pesar, congoja, angustia, etc.
Comentario: Palabra exclusivamente culta. Es sinonimia de *pena* y tiene mucho uso en el terreno literario. Se representa en la figura de una mujer sentada, con la cabeza inclinada, el dolor pintado en el semblante, la frente estrecha, las cejas bajas, los ojos oscurecidos y las mejillas hundidas.
En el texto que comentamos, don Quijote, personalmente, define lo que él entiende por *aflicción* diciendo: «[…] en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras […]». Como vemos, hay una semejanza extraordinaria entre el significado que le aplica Cervantes y el que le aplica actualmente la ciencia médica.

afligido, -da

Contexto: En fin, famoso caballero: no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y oscurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen a buscar de lueñes y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino a pie y en ayunas, los tristes, los **afligidos,** confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos, merced a vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la Tierra [1.ª parte; capítulo XVI].
Sinónimo vulgar: apenado.
Comentario: Véase AFLICCIÓN. El participio *afligido* está mucho más popularizado que el sustantivo correspondiente.

aforismo (de Hipócrates)

Contexto: Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los oficios y cargos graves, o adoban, o entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los **aforismos de Hipócrates** [2.ª parte; capítulo XLIX].
Sinónimo vulgar: sentencia.
Comentario: Los aforismos son sentencias doctrinales presentadas en forma sintética. Equivalen a las máximas y tienen su mismo carácter instructivo. Se usan en moral, en filosofía, etc., y muy especialmente en medicina, desde los célebres aforismos de Hipócrates. Ateniéndonos a su etimología, el vocablo *oros* que entra en la composición de la palabra significa *limitación,* por eso el aforismo debe contener los términos justos de una verdad expresados concisamente y con ingenio.
En este caso concreto, Cervantes demuestra una vez más sus conocimientos médicos, pues *aforismo* es una palabra exclusivamente culta y científica que nunca ha vivido en las zonas populares del idioma.

algebrista

Contexto: En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo donde fue ventura hallar un **algebrista,** con quien se curó el Sansón desgraciado [2.ª parte; capítulo XV].
Sinónimo científico: traumatólogo.
Comentario: *Algebrista* es una de las antiguas denominaciones del profesional de la medicina. Sin embargo, en el algebrista se daban ciertas características de efectismo o presunto poder milagroso, que no tienen, por ejemplo, las palabras *físico* o *doctor.*[b]

aliento

Contexto: Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin **aliento** ni sentido [1.ª parte; capítulo VIII].
Sinónimo científico: respiración.
Comentario: Acción y efecto de alentar. Figuradamente, vigor del ánimo, esfuerzo, valor. Fisiológica aunque vulgarmente, se denomina así al aire espirado, cuyo olor puede tener importancia diagnóstica en ciertas enfermedades o intoxicaciones. En el texto está empleado el término como designación vulgar del hálito respiratorio. La expresion *sin aliento* se emplea para encarecer el cansancio.

alivio

Contexto: Si tú, ¡oh Sancho!, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis **alivios** más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes [2.ª parte; capítulo LIX].
Sinónimos científicos: consuelo, mejoría.
Comentario: Palabra común en su uso a todos los sectores del idioma. Se emplea en sentido material y espiritual. Etimológicamente quiere decir «hacer ligero lo que era pesado o duro». Médicamente, en relación con alguna enfermedad, significa lo que es capaz de curar o mitigar la fatiga del cuerpo o la aflicción del ánimo.

ámago

Contexto: […] y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el **ámago** y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de *Segunda parte* se ha disfrazado y corrido por el orbe […] [2.ª parte; dedicatoria al conde de Lemos]
Sinónimo vulgar: arcada.
Comentario: El *Diccionario de la lengua española* (2001) de la Real Academia Española da la siguiente definición para *ámago*: 1. Sustancia correosa y amarilla de sabor amargo que labran las abejas. 2. Fastidio, náusea.[c]

amarillo, -lla

Contexto: En esto oyeron voces y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba a voces. Saliéronle al encuentro, y, preguntándole por don Quijote, les

dijo cómo le había hallado desnudo en camisa, flaco, **amarillo** y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea […] [1.ª parte; capítulo XXIX]

Sinónimo científico: ictérico.

Comentario: Para la lengua vulgar el color amarillo se identifica con enfermedad, debilidad, ictericia o hepatitis. Etimológicamente, *amarillo* es un diminutivo formado sobre el latín *amarus* (amargo), lo cual guarda conexión significativa con sus valores actuales, aunque esta noción etimológicamente se haya perdido en muchos casos. Cervantes recoge el sentido vulgar aplicado a la dolencia física.

amondongado, -da

Contexto: Esta que veis de rostro **amondongado**, / alta de pechos y ademán brioso, / es Dulcinea, reina del Toboso, / de quien fue el gran Quijote aficionado [1.ª parte; capítulo LII].

Sinónimo vulgar: basto; sinónimo científico: adiposo.

Comentario: Adjetivo formado sobre *mondongo,* voz completamente popular e inusitada en la lengua culta. Por *mondongo* se entiende al conjunto de las vísceras de los animales, y por extensión se designa con esta palabra y con intención peyorativa a las adiposidades humanas. Cervantes recoge esta última acepción.

anatomía = *NOTOMÍA*

angustia

Contexto: […] y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: «¡Oh, si Nuestro Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande **angustia**!» [2.ª parte; capítulo LIII].

Comentario: Es palabra de uso común, es decir, que abarca lo culto y lo popular. Se aplica en sentido intelectual referida a estados del espíritu y en sentido estrictamente físico como sinónimo de *mareo* o *náusea*. Aparte de utilizarse como sinónimo de *náusea,* en el terreno psíquico se emplea para definir el temor a un vago peligro o a una contingencia indefinida. El ser humano, sumergido siempre en una situación plena de posibilidades, se hace candidato a la angustia. Como toda vivencia emocional, se acompaña de un eco físico, unas veces inconcreto, otras localizado en el terreno visceral (palpitaciones, ahogo, etc.). Esto hizo decir a Bichat (siglo XVIII) que el asiento de la emoción radica no en el cerebro, sino en las vísceras. Desde las experiencias de Bard se han dado diversas interpretaciones para explicar estas sensaciones viscerales acompañantes de toda emoción.

ansias

Contexto: Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las **ansias** y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo [1.ª parte; capítulo XVII].

Sinónimo científico: náuseas.

Comentario: La palabra *ansia* tiene tres acepciones primordiales en castellano: la de «deseo vehemente», la de «congoja interior del espíritu» y la material de «deseo de vomitar». Esta acepción es popular y Cervantes se sirve aquí de ella.

anteojos = *ANTOJOS*

antídoto

Contexto: Suele el coser y el labrar, / y el estar siempre ocupada, / ser **antídoto** al veneno / de las amorosas ansias [2.ª parte; capítulo XLVI].

Sinónimo vulgar: contraveneno.

Comentario: Palabra exclusivamente culta e inusitada por completo en los otros campos del idioma. En sentido figurado puede designarse con ella a lo que produce efecto contrario a otra cosa, hablando en el plano espiritual o moral. Originalmente su empleo estaba restringido al caso concreto del veneno.[d]

antojos

Contexto: […] porque no le diese la luz en los ojos, a quien cubrían unos muy grandes **antojos** [2.ª parte; capítulo XLVIII].

Sinónimos vulgares: gafas, anteojos; sinónimo científico: lentes.

Comentario: Contracción vulgar de la palabra *anteojos,* sinónimo funcional del moderno vocablo *gafas*. La palabra *antojo* tiene vida independiente perfectamente clara, recogiendo de forma confusa su significado etimológico.

añudado, -da

Contexto: […] y ya ella hubiera dado la mano de esposa a mi bachiller, sino que no la puede extender, que está **añudada** […] [2.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimo vulgar: encogido; sinónimo científico: atrofiado.

Comentario: *Añudado* es un participio popular del verbo *añudar,* que es sinónimo del culto *anudar*. La palabra *ñudo* y sus derivados *añudar, añudado,* etc., tienen notable vitalidad en la lengua medieval y clásica.

aruño

Contexto: […] y el rostro y los bigotes vendados —el rostro, por los **aruños** […] [2.ª parte; capítulo XLVIII].

Sinónimo vulgar: arañazo; sinónimo científico: erosión.

Comentario: Voz completamente popular: parece un participio verbal de *aruñar*. En este verbo *aruñar,* de donde viene *aruño,* se da un caso inequívoco de etimología popular. La idea de *uña,* parte del cuerpo empleada para arañar, se sintio en la mente de los hablantes como significativa del concepto, y de ahí el origen de la voz que aquí recoge Cervantes.

asadura

Contexto: […] y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las

asaduras [1.ª parte; capítulo XXI].
Sinónimo científico: víscera.
Comentario: La palabra *asadura* se emplea en lengua popular desligada de su valor originario. Con ella se designan confusamente las vísceras del cuerpo. La expresión «vomitar las asaduras» encarece la intensidad del vómito y se usa aún con notable vitalidad.

asco

Contexto: […] los recibe con melindre y algunas veces con **asco** [2.ª parte; capítulo XLIX].
Sinónimo científico: náusea.
Comentario: Impresión desagradable causada por algo que repugna. Es una sensación de repugnancia acompañada de náusea y determinada por impresiones olfatorias, gustativas o visuales, de mecanismo involuntario. Se traduce habitualmente por fenómenos digestivos y contracciones musculares, a las cuales podemos considerar como reacción de defensa. Se manifiesta de manera desigual en distintos individuos normales ante los mismos estímulos repugnantes, interviniendo también la idiosincrasia y el acostumbramiento. Son particularmente refractarios al asco los médicos y muy especialmente los forenses. En diversos estados patológicos la sensación de asco puede modificarse, como ocurre, por ejemplo, en la repugnancia que siente por la carne quien tiene cáncer de estómago. Finalmente, en ciertos enajenados, puede darse, provocada por el asco, desde una exaltación de tipo delirante o alucinatoria hasta una abolición, pudiendo en este último caso llegar a ingerir las sustancias más repulsivas.

Cervantes aquilata aquí muy bien la diferencia de matiz existente entre *melindre* y *asco*. El melindre es una repulsión ligera y momentánea, en la que desempeñan un papel importante la desgana o la coquetería. Por el contrario, el asco es una repulsión sincera e indudable.

azogado, -da

Contexto: […] temblando de los pies a la cabeza como **azogado** […] [2.ª parte; capítulo XXXII].
Sinónimo científico: intoxicación mercurial.
Comentario: El temblor producido por la intoxicación mercurial ha pasado en la lengua popular a designar cualquier clase de temblor o estremecimiento interno, con pérdida en muchos casos de la conciencia de su significado originario. La conciencia por parte de los hablantes de la extremada movilidad del azogue ha apoyado también esta acepción.

En las frases del *Quijote*: «temblando de los pies a la cabeza», «tienen y atan las manos» y «hablan con presurosa y turbada lengua», se hace referencia a las contracciones y espasmos de los intoxicados por el azogue. Es curioso que cuanta más atención ponen los azogados, menos les es posible desasirse de lo que han cogido, y así ocurre efectivamente a los «modorros», como también llaman en Almadén a los azogados. Igualmente, al intoxicado por los efectos del mercurio, ante cualquier persona que le merece respeto o acatamiento, se le agudiza el temblor («levantarse los calambres», dicen en Almadén). Según Madoz, la convulsión es tan general en los mineros de Almadén que aunque les sea posible tenerse en pie, no pueden desprenderse de lo que han asido. Por ello, es allí proverbio que los lagartos sueltan con pan caliente, pero no los modorros.

El banquero de origen suizo-alemán Fuccar, que prestó sus servicios al emperador Carlos V proporcionándole grandes sumas para sus empresas guerreras contra el protestantismo, recibió en garantía el arrendamiento de las minas de Almadén. Allí, los fuccares hicieron grandes obras y aseguraron las minas en beneficio de los mineros, creando la asistencia a los intoxicados por el azogue. La familia Fuccar tuvo en arrendamiento las minas de mercurio desde 1525 a 1646. Por este motivo los famosos banqueros, que ya dominaban el comercio de la plata, el oro y el cobre, monopolizaron el mercurio cuando la sífilis se extendió por Europa.

En la actualidad no se llega a los grados de intoxicación que mencionamos más arriba. Pero es conveniente recordar que Miguel de Cervantes sufrió prisión en la cárcel de Almadén, cuando se vio complicado en un asunto financiero en Sevilla. Por este motivo, con toda seguridad, debió de conocer a fondo los síntomas y los resultados de la enfermedad que comentamos.

azogue

Contexto: Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos y finalmente el **azogue** de todos los sentidos [2.ª parte; capítulo XXXVIII].
Sinónimo vulgar: excitación.
Comentario: Por su especial importancia podemos distinguir en esta palabra las siguientes acepciones:

a) Mercurio. Metal líquido a la temperatura ordinaria, de color blanco plateado. Reviste numerosas aplicaciones industriales. Sus efectos son nocivos al organismo. Sin embargo, se ha utilizado y se utiliza como medio terapéutico en medicina. Así, diversos compuestos mercuriales se emplean como diuréticos poderosos, y también gozaron de gran predicamento en el tratamiento de la sífilis, enfermedad que asoló a Europa como una plaga, y asimismo como antiséptico y antiparasitario, como purgante, etc.

b) Por extensión, el término *azogue* designa las convulsiones del cuerpo producidas por trastornos nerviosos.

c) La anterior acepción, extendida al uso figurado, toma el valor de *desasosiego,* estado de ánimo inquieto (sin aludirse aquí a lo estrictamente orgánico y material). Evidentemente, este es el significado que, en su genial intención creadora, le atribuye Cervantes en el párrafo al que hacemos alusión.

bálsamo

Contexto: Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del **bálsamo** de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas [1.ª parte; capítulo X].

Comentario: Pertenece a la terminología culta. Se usó mucho en los libros de caballerías y todavía se emplea en lenguaje poético. Antiguamente a los bálsamos se les atribuían virtudes curativas extraordinarias o milagrosas. En realidad, *bálsamo* es toda sustancia aromática que fluye de diversos árboles. En medicina se entiende como medicamento compuesto de sustancias aromáticas que sirve para curar heridas, llagas y otras enfermedades superficiales. En farmacia se da este nombre no sólo a bálsamos naturales, sino también a multitud de medicamentos más o menos complejos; algunos, simples mezclas de resinas, esencias, etc.; otros, soluciones alcohólicas de diversos cuerpos, obtenidos unas veces por destilación y otras por simple maceración; otros, constituidos por aceites, en los que se han disuelto esencias o se han macerado plantas o productos vegetales de propiedades terapéuticas. Por mencionar algunos, citaremos el famoso bálsamo de fioravanti, el de opodeldoc y el bálsamo tranquilo. Todos tienen de común el ser de uso externo.

Don Quijote y su escudero Sancho no tuvieron en cuenta esta última circunstancia que hemos señalado, y en vez de hacer con el bálsamo de Fierabrás unas aplicaciones de uso externo, como sería lo correcto, lo ingirieron, además, a grandes dosis, viniendo como consecuencia la consiguiente vomitera que Cervantes describe de forma magistral, dando pruebas de un singular humorismo y, a la vez, manifestando un conocimiento completo de los efectos que necesariamente habría de producir la ingestión del bálsamo.

barbero

Contexto: Bien está todo eso —replicó don Quijote—, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el **barbero** sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; ansí que por esta parte no os debe nada [1.ª parte; capítulo IV].

Sinónimo científico: cirujano.[e]

Comentario: El oficio de barbero, entendido en su significado originario de afeitar o hacer la barba, es antiquísimo. En la Edad Media, el barbero llegó a adquirir cierta importancia, y así las *Partidas* denominan a los barberos *alfagemes,* asignándoles una cierta categoría gremial. Más tarde, a partir del siglo XIV, los barberos practicaron operaciones de cirugía menor, aunque en España los Reyes Católicos les prohibieron sajar, sangrar, echar sanguijuelas, poner ventosas y extraer muelas o dientes sin haber sufrido un previo examen por los Barberos Mayores. Podemos, pues, considerar a los barberos como los antecesores de los actuales cirujanos, si bien es cierto que las actividades que desempeñaron siempre fueron más bien las de practicante. Según Astrana Marín, el cirujano era llamado más veces que el barbero para sacar sangre.[f]

Carlos III prohibió a los cirujanos hacer el oficio de barbero, y, más tarde, el mismo Rey, por Real Cédula del 6 de mayo de 1768, dejó a salvo el derecho de los cirujanos que estaban en posesión del ejercicio de barbero.

barriga

Contexto: Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la **barriga** grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas», que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo científico: abdomen.

Comentario: Es designación vulgar y familiar del abdomen. También es susceptible de designaciones humorísticas.

basca

Contexto: Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y **bascas,** con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado [1.ª parte; capítulo XVII].

Sinónimo científico: náusea.

Comentario: Su significado equivale a «desazones, molestias e inquietud que se experimentan en el estómago cuando se quiere vomitar».

La palabra *bascas* tiene hoy una aparición irregular e intermitente y está en marcha su desaparición; solamente podemos hallarla empleada ordinariamente en algunas regiones de Castilla.

bizco, -ca

Contexto: Pero decía él que no le fatigaba tanto esto cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista, porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese **bizco,** y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira, digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino y me lo había de quitar todo [...] [1.ª parte; capítulo XXX].

Sinónimo científico: estrábico.

Comentario: El término *bizco* suele emplearse en un lenguaje vulgar y familiar y no tiene acepciones metafóricas.

Médicamente, el estrabismo consiste en la desviación del eje óptico de un ojo en relación con el del otro, ya sea convergente, divergente o, lo que es más raro, divergentemente. El estrabismo puede ser producido por parálisis musculares o por ciertas anomalías de refracción. [sic]

bizma

Contexto: Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de **bizmas** se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera [1.ª parte; capítulo XV].

Sinónimo científico: emplasto.

Comentario: Emplasto que se aplica en la herida para confortar. Se compone de estopa, goma, aguardiente, mirra, incienso y otros ingredientes. También se llama *bizma* al lienzo colocado en forma adecuada a la parte del cuerpo a la que ha de aplicarse y cubierto de un emplasto.

No se emplea en la actualidad ni en el lenguaje culto ni en el vulgar.

bobo, -ba

Contexto: Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del **bobo,** porque no lo ha de ser el que quiere dar a entender que es simple [2.ª parte; capítulo III].

Sinónimo científico: imbécil.

Comentario: Designa al individuo de escasa o nula inteligencia, extremada y neciamente candoroso. Es vocablo más culto que popular. En el caso concreto que nos ocupa, designa a un personaje peculiar y bien definido en las obras teatrales del Siglo de Oro, a cuyo cargo corría la función humorística.

boca

Contexto: Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y, puesto el un cabo en la **boca,** por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada [1.ª parte; capítulo II].

Comentario: De empleo común en todos los sectores del idioma.

botica

Contexto: Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño, que ni tenía **botica** ni barbero, y el otro, que estaba junto a él, sí; y, así, el barbero del mayor servía al menor […] [1.ª parte; capítulo XXI].

Sinónimo científico: farmacia.

Comentario: Fue un vocablo muy usado en el Siglo de Oro y al que Quevedo dedicó extensos pasajes para satirizarlo. Aún designa esta palabra en la lengua común a las expendedurías de productos medicinales. En la época de Cervantes se entendía por *botica* la oficina donde se hacían y vendían medicinas y remedios para la curación de enfermedades. Hoy se tiende a llamar *farmacias* a estos establecimientos, aunque esta palabra designa más bien al conjunto de medicamentos y no al sitio donde se expenden.

boticario, -ria

Contexto: No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo a la promesa de mi gobierno; porque yo he oído decir a un **boticario** toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena [2.ª parte; capítulo XXXVII].

Sinónimo científico: farmacéutico.

Comentario: Actualmente y en lengua vulgar: profesor de farmacia que prepara y expende las medicinas. Véase BOTICA.

brazo

Contexto: Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su **brazo,** por lo menos del imperio de Trapisonda […] [1.ª parte; capítulo I].

Comentario: Vocablo de uso común en todos los sectores del idioma. Miembro del cuerpo que comprende desde la articulación del hombro hasta la extremidad de la mano. Sin embargo, anatómicamente, hay que entender por *brazo* solamente desde el hombro al codo, llamando *antebrazo* a la parte comprendida entre el codo y la muñeca, y *mano* al resto.

brebaje

Contexto: Eso será —dijo Sancho— si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron a vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditísimo **brebaje** que me hizo vomitar las asaduras [1.ª parte; capítulo XXI].

Sinónimo científico: pócima.

Comentario: La palabra *brebaje,* de carácter culto, se usa mucho en terminología médica. Su terminación *-aje* (latín *-aticus*) es un claro ejemplo de evolución galicista del sufijo, que muy bien pudo venir a través de la influencia de las novelas del Ciclo Bretón, cuyo conocimiento suponemos en el autor del *Quijote*.

Bebida compuesta de ingredientes desapacibles al paladar. El mal sabor de la mayoría de estas bebidas, cada vez menos usadas, justifica el que se las designara con este calificativo que, sin duda, está aplicado en un sentido peyorativo.

cabello

Contexto: Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos **cabellos,** y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora […] [1.ª parte; capítulo II].

Sinónimo vulgar: pelo.

Comentario: Palabra empleada por Cervantes en un sentido eminentemente literario. Ha sido un vocablo tradicional desde el principio de la literatura española hasta la actualidad, si bien últimamente ha decrecido su empleo literario a causa de la revalorización del vivo y popular.

cabeza

Contexto: Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la **cabeza,** que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con

otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara [1.ª parte; capítulo III].

Comentario: Cervantes emplea esta palabra en su significado más amplio y extendido.

cadáver

Contexto: Luego hizo de sí improvisa muestra, junto a la almohada del al parecer **cadáver,** un hermoso mancebo vestido a lo romano, que al son de una harpa que él mismo tocaba cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias [2.ª parte; capítulo LXIX].

Comentario: Palabra empleada en el lenguaje culto, como atestigua su forma estereotipada. En español ocupa el lugar de mayor dignidad en el conjunto de designaciones del cuerpo muerto. Podría establecerse una trayectoria que iría del eufemismo al disfemismo, del siguiente modo: *cadáver – restos – muerto – fiambre*.

calentura

Contexto: […] y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la **calentura** [2.ª parte; capítulo LI].

Sinónimos científicos: fiebre, hipertermia.

Comentario: Por lo común designa el estado anormal caracterizado por la elevación de la temperatura normal del individuo. En sentido figurado puede designar un estado de ánimo tenso y exaltado. En los herpes sintomáticos de diversas infecciones, la manifestación de la calentura es típica. Cualquier fiebre puede acompañarse de herpes. Así lo interpreta el vulgo. Es curiosa esta alusión de Cervantes en otro párrafo: «cuán grande fue de amor tu calentura, pues salieron señales de tu boca» (*Persiles y Sigismunda*).

caletre

Contexto: Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no, yo le ayudaré, y sígame; que el **caletre** me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos [1.ª parte; capítulo XXIII].

Sinónimo vulgar: cabeza; sinónimo científico: entendimiento.

Comentario: Palabra eminentemente popular, incluso con puntos de contacto en lo jergal. Designa a la cabeza en sentido material, y más comúnmente, en un sentido figurado, al pensamiento o al cerebro. Es en este último sentido en el que la emplea Cervantes.

callo

Contexto: Si te cortares los **callos,** / sangre las heridas viertan, / y quédente los raigones, / si te sacares las muelas [2.ª parte; capítulo LVII].

Sinónimo vulgar: dureza; sinónimo científico: hiperqueratosis.

Comentario: Modernamente es de uso común en todos los sectores del idioma. En traumatología es de uso estricto la denominación *callo de fractura* para designar la cicatriz reparadora. Altisidora se refiere, sin embargo, a lo que médicamente se denomina *hiperqueratosis* o *queratosis,* vulgarmente *callo,* que consiste en un espesamiento anormal de la capa córnea de los tegumentos, producido por roce de calzado o herramienta (callosidad profesional).

canilla

Contexto: […] se han hallado **canillas** y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños […] [2.ª parte; capítulo I].

Sinónimo científico: hueso largo (de una extremidad).

Comentario: Esta palabra designa en el español vulgar moderno los huesos de la pierna, sin distinguir entre la tibia y el peroné. La palabra *espalda* tiene aquí el sentido especial de «hueso de la espalda», y más probablemente de *escápula,* por el parecido fonético.

cara

Contexto: Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero y entró a ver el que pensaba que era muerto; y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala **cara,** preguntó a su amo [1.ª parte; capítulo XVII].

Comentario: El término *cara* tiene un empleo general en todos los sectores del idioma. Con las expresiones *buena cara* y *mala cara* suelen expresarse, en forma figurada, distintos estados de ánimo. Esto es explicable, ya que en la cara están alojados la mayoría de los aparatos de los sentidos, y es sabido que con el gesto y la mímica se exteriorizan, casi mejor que con las palabras, los mencionados estados de ánimo, incluso involuntariamente. Es en este sentido en el que aparece expuesto por Cervantes.

cardenal

Contexto: No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su **cardenal** [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimo científico: hematoma.

Comentario: Uso literario y vulgar. Esta designación española del hematoma está basada en la semejanza cromática con las insignias cardenalicias.

En este caso, el término *equimosis* estaría mejor empleado que *hematoma*. Véase el comentario hecho en ACARDENALADO.

carrillo

Contexto: Miró también don Quijote a Sancho y viole que tenía los **carrillos** hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melanconía tanto con él, que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo [1.ª parte; capítulo XX].

Sinónimo vulgar: moflete; sinónimo científico: mejilla.

Comentario: Los carrillos constituyen la parte blanda y lateral de la cara, situados bajo el arco cigomático. Es un término eminentemente popular, equivalente a

mejillas en lenguaje literario (Cervantes emplea con abundancia los dos vocablos, siempre con un sentido muy exacto del personaje y del momento). Aunque, originariamente, es un diminutivo, la conciencia de este hecho se ha perdido ya en los hispanoparlantes.

En los carrillos radican diversos músculos que componen la mímica, el gesto, cuando se ponen en acción. Recordemos, aunque sólo sea de pasada, la extraordinaria mímica del actor Buster Keaton, *Pamplinas,* debida precisamente a una parálisis facial del músculo risorio, alojado en la mejilla.

carne momia

Contexto: […] y si el hombre no va harto, o bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho **carne momia** [1.ª parte; capítulo L].

Sinónimos vulgares: carne seca, carne amojamada; sinónimo científico: carne momificada.

Comentario: La momificación o desecación, que impide la putrefacción de los cadáveres, requiere unas circunstancias ambientales propicias de sequedad, temperatura, aireación, etc., cuando el proceso se realiza naturalmente: tal sería el caso de las momificaciones espontáneas de cadáveres en los desiertos. También puede conseguirse la momificación por técnicas de embalsamamiento (momias egipcias). Finalmente, hagamos también alusión a la momificación prodigiosa de algunos santos de la Iglesia, que se conservan incorruptos (san Fernando, en la Catedral de Sevilla, por ejemplo).

En el párrafo que comentamos, Cervantes se refiere, indudablemente, al aspecto que cualquier persona adquiriría si estuviera mucho tiempo sin comer, aspecto de momia, prácticamente con la piel y los huesos.

casco

Contexto: ¡Cuitada de mí! —replicó el ama—. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los **cascos** [2.ª parte; capítulo VII].

Sinónimo científico: cabeza.

Comentario: En español moderno y menos en el antiguo tiene empleo festivo y vulgar. Designa a la cabeza de forma disfemística.

catarata

Contexto: […] ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y **cataratas** en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre […] [2.ª parte; capítulo X].

Sinónimo científico: opacificación del cristalino.

Comentario: Es palabra empleada ordinariamente en oftalmología. La opacidad que provoca la catarata puede afectar al cristalino o a la cápsula que lo envuelve, llamándose respectivamente nuclear o capsular. La acepción «caída de agua» aparece en castellano con posterioridad. Aquí el término está tomado en una acepción técnica, que Cervantes demuestra conocer.

catarro

Contexto: Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo **catarro** en el mundo […] [2.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo vulgar: resfriado.

Comentario: Designación vulgar, pero que penetra también en el habla culta. Por su etimología significa el flujo o destilación procedente de las membranas mucosas. En medicina es síntoma de catarro el aumento de la segregación del moco. Por su evolución fonética, participa del carácter culto. Apenas es posible emplear este término literariamente.

cauterio

Contexto: […] porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vee que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del **cauterio** que abrasa que del ungüento que molifica […] [2.ª parte; capítulo LXV].

Comentario: Tecnicismo médico hoy poco usado. Su derivado popular sería *codero,* que no existe en castellano. La palabra designaba en el Siglo de Oro cualquier cosa de efecto curativo y cicatrizante y era susceptible de acepciones referentes a lo espiritual («Encontró un cauterio para su alma dolorida»).[g]

cedulilla

Contexto: En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una **cedulilla** de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado; y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite [2.ª parte; capítulo LXXI].

Sinónimo científico: receta.

Comentario: Inusitada hoy en absoluto. Es una aplicación de la terminología jurídica a la jerga médica.

ceguera

Contexto: ¡Válame Dios! —dijo la sobrina—. ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una **ceguera** tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres...! [1.ª parte; capítulo XVI].

Comentario: Común a todos los sectores del idioma. Se forma sobre *ciego* y designa la cualidad abstracta correspondiente.

ceguezuelo, -la

Contexto: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman «Amor», que dicen que es un rapaz **ceguezuelo** que, con estar lagañoso o, por mejor decir, sin vista, si toma por blanco

un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas [2.ª parte; capítulo VIII].
Sinónimo científico: miope.
Comentario: Diminutivo con matiz afectivo. Designa una carencia parcial de vista. En español la función del diminutivo es predominantemente de resalte emocional y no de idea de pequeñez, como dicen las gramáticas vulgares.

ceja

Contexto: […] que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus **cejas** arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas [1.ª parte; capítulo XIII].
Comentario: La palabra *ceja* es común a todos los sectores. Aquí aparece acompañada de una de sus designaciones poéticas.

celebro

Contexto: […] y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el **celebro** de manera que vino a perder el juicio [1.ª parte; capítulo I].
Sinónimo vulgar: sesos; sinónimo científico: cerebro.
Comentario: En este caso la expresión «se le secó el celebro» hace alusión a la locura que Cervantes atribuye a su protagonista y equivale a «perder el juicio», expresión que aparece poco más adelante.

cerbelo

Contexto: […] sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el **cerbelo,** por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones [2.ª parte; capítulo XXII].
Sinónimo científico: cerebelo.
Comentario: Es la porción de la masa encefálica que ocupa la parte posterior e inferior de la cavidad craneal. Ya en la época de Cervantes era de dominio general que las potencias intelectuales del hombre radicaban en el cerebro y, concretamente, en el cerebelo.

El fenómeno fonético de la pérdida de la *e* entre las dos consonantes *r* y *b* es muy frecuente en la evolución del castellano.

cerebelo = *CERBELO*

cerebro = *CELEBRO*

cerviz

Contexto: La cual se acabará cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas **cervices** al blando yugo matrimoñesco, de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rampantes garras del valeroso padre […] [1.ª parte; capítulo XLVI].
Sinónimo: región cervical.
Comentario: Designa a las primeras siete piezas óseas de la columna vertebral. Es vocablo culto y en el Siglo de Oro estaba más popularizado que hoy. Se aplica mucho a los animales y en especial en la terminología taurina. Precisamente, el sentido solemne que esta palabra tiene a veces es una extensión analógica de la gallardía del toro de lidia.

«Levantar la cerviz» es una expresión que figuradamente equivale a engreírse, ensoberbecerse. Por el contrario, «humillar la cerviz» es deponer la altivez y soberbia forzadamente, contra la propia voluntad. Precisamente es en este último sentido en el que aparece el vocablo que se comenta.

chichón

Contexto: El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos **chichones** algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta [1.ª parte; capítulo XVII].
Sinónimos científicos: abultamiento, hematoma.
Comentario: Es un término que se usa modernamente en un lenguaje familiar. Por su carácter jocoso y seguramente también por aludir a contusiones que producen aspecto ridículo a quien las sufre, careció siempre de empleo literario.

choquezuela

Contexto: ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo jugar las **choquezuelas** de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? [2.ª parte; capítulo LIII].
Sinónimo científico: rótula.
Comentario: Esta palabra, de uso muy restringido en la actualidad, es diminutivo procedente del término *choque*. El sufijo diminutivo *-uelo* fue muy común durante los siglos XVI y XVII. En medicina es muy difícil determinar con exactitud si *choquezuela* es un término funcional o no, pero tal vez pueda calificarse de esta última forma, teniendo en cuenta que su misión es precisamente proteger la articulación de la rodilla por su parte anterior. El tendón del cuádriceps crural está interrumpido por la rótula, pudiendo ésta ser considerada como un hueso sesamoideo.

cicatriz

Contexto: No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de **cicatrices** y señales [1.ª parte; capítulo I].
Comentario: Señal que dejan en la piel las heridas o llagas después de haber sido curadas. Es palabra de origen estrictamente médico, pero extendida y popularizada después.

ciego

Contexto: Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba **ciego** don Quijote, si las señoras del coche, que hasta

entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran a donde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero [1.ª parte; capítulo IX].

Comentario: Véase el comentario hecho en la palabra CEGUERA. Sin embargo, en la expresión completa en la que aparece el término *ciego,* hemos de entender una equivalencia de *ofuscado.*

cintura

Contexto: Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guarda-amigo o pie de amigo, de la cual decendían dos hierros que llegaban a la **cintura,** en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos […] [1.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo vulgar: talle.

Comentario: Designación vulgar de la zona central del cuerpo por encima de las caderas. En realidad, el concepto vulgar de *cintura* está más ligado a la vestimenta que a la anatomía. De ahí que se llame *cinturón* a la prenda que abarca el talle, y que se hable, refiriéndose a la moda, de *cintura alta* y *cintura baja*, lo que implica un olvido de su estricta acepción anatómica.

cirujano

Contexto: […] porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un **cirujano** [1.ª parte; capítulo XXV].

Comentario: Palabra estrictamente médica. Etimológicamente designa el trabajo manual. Los cirujanos se sirven de sus manos como instrumento de trabajo. Véase BARBERO.

codo

Contexto: Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los **codos** en esto que llaman aventuras [1.ª parte; capítulo VIII].

Comentario: Articulación del brazo con el antebrazo. Es palabra común a todos los sectores del idioma.

cojear = ***COXQUEAR***

cojo, -ja

Contexto: ¿Qué pie sacaste **cojo,** qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? [1.ª parte; capítulo XXI].

Comentario: Palabra de uso común a todos los sectores del idioma, ya sea empleada como vocablo culto o como vulgar. No suele revestir acepciones figuradas.

complexión

Contexto: Era de **complexión** recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza [1.ª parte; capítulo I].[h]

complexión sanguínea

Contexto: Y por agora acabad de dar el sí desta disciplina y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de **complexión sanguínea,** y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre [2.ª parte; capítulo XXXV].[h]

consumido, -da

Contexto: Levantóse como pudo y llegó a casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia, mas como le vio llegar amarillo, **consumido** y seco, entendió que de algún grave mal venía fatigado [1.ª parte; capítulo XXXV].[h]

contestura

Contexto: No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la **contestura** de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene [1.ª parte; capítulo XLIII].

Sinónimos vulgares: forma, trabazón.

Comentario: Palabra de carácter culto. Etimológicamente tiene el sentido de conjunto de tejidos. Sin embargo esta voz se ha hecho extensiva al plano figurado y concretamente la palabra *contexto* designa hoy al sentido conjunto de las palabras de una frase. Cervantes recoge aquí la acepción estricta etimológica, es decir, que quiere dar a entender que don Quijote deseaba que considerasen la manera de estar relacionados los nervios de su mano, para que a través de ello dedujesen el valor del espíritu.

contextura = *CONTESTURA*

contrahecho, -cha

1) Contexto: […] no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu **contrahecha** hermosura hago la humildad con que mi alma te adora [2.ª parte; capítulo X].

Sinónimo vulgar: jorobado; sinónimo científico: cifosis dorsal.

Comentario: Don Quijote, movido de su platonismo, renuncia a ver la fealdad de la labradora y lo achaca a mala faena de un encantador enemigo. Unamuno, en su *Vida de don Quijote y Sancho,* nos ha dejado una admirable glosa del ascenso de la fe de don Quijote, de cómo ésta se contagia a su escudero y cómo el caballero manchego nos hace cuerdos con su locura. Recuérdese que para Unamuno la locura de don Quijote no es la locura de la incapacidad psíquica, sino el extravío del hombre maduro que enloquece de pura madurez de espíritu y desbordamiento de vida interior.

2) = CONTRECHO

contrecho, -cha

Contexto: […] y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo **contrecho** della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimos vulgares: baldado, tullido; sinónimo científico: contraído.

Comentario: Es reduccion vulgar de *contrahecho.* Aunque acabamos de ver esta palabra con el sentido especial de *jorobado,* designa a cualquier defecto físico que impida la normalidad del movimiento.

corazón

Contexto: ¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado **corazón** mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo [1.ª parte; capítulo III].

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma. Por un prurito inexplicable, la terminología literaria ha hecho siempre del corazón la sede del amor. Antiguamente (vid. Anacreonte), en el hígado (Astrana Marín). La moderna ciencia médica ha desenmascarado el tópico, pero aún no ha podido desarraigarlo.

corcovado, -da

Contexto: No le mana, canalla infame —respondió don Quijote encendido en cólera—, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni **corcovada,** sino más derecha que un huso de Guadarrama [1.ª parte; capítulo IV].

Sinónimos vulgares: jorobado, cheposo; sinónimo científico: con cifosis dorsal.

Comentario: El verbo *corcovar* tiene el sentido de «curvar». Se dice que una res hace corcovas cuando corre describiendo trayectorias curvas. De aquí pasó a designar a la espalda arqueada propia de la cifosis.

cordal

Contexto: —¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro —respondió don Quijote—, fuera de la **cordal,** todas enteras y muy sanas [1.ª parte; capítulo XVIII].

Sinónimo vulgar: muela del juicio; sinónimo científico: último molar.

Comentario: La designación *cordal* es equivalente sintético de la expresión *muela del juicio;* hay que advertir que *cordal* es de la misma familia que *cuerdo,* que significa «juicioso». Así pues, *muela cordal* sería igual a «muela juiciosa».

cordura

Contexto: […] y que advirtiese —dijo el cura— que sola la muerte podía apartar a Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicísima su muerte, y que en los lazos inremediables era suma **cordura,** forzándose y venciéndose a sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les había concedido […] [1.ª parte; capítulo XXXVI].

Sinónimo vulgar: prudencia; sinónimo científico: juicio.

Comentario: Cualidad abstracta que designa el equilibrio y armonía de las facultades psíquicas. Es impropio del habla popular.

corva

Contexto: Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la **corva** izquierda […] [2.ª parte; capítulo XXIX].[h]

costilla

Contexto: Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bienintencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las **costillas** [1.ª parte; capítulo IV].

Comentario: Darle la respuesta en las costillas es una designación humorística sinónima de golpearlas. La lengua popular tiene muchas frases en las que se hace a las costillas sujeto paciente del trabajo, de los golpes y de la fatiga.

coxquear

Contexto: Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar y verá del que **coxqueamos** [2.ª parte; capítulo IV].

Sinónimo: cojear.

Comentario: Forma anticuada de *cojear.* La *x* es conservación cultista del latín. La *q* es una eperitesis que parece venir de algún influjo analógico. Esta forma *coxquear* es desusada por completo en español moderno.

La expresión «ver de qué pie se cojea» no hay que tomarla en sentido directo, sino en el figurado de averiguar dónde radican los fallos.

cuartana

Contexto: […] y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene frío de **cuartana** [1.ª parte; capítulo XIX].

Sinónimo: fiebre cuartana.

Comentario: Etimológicamente, el término *cuartana* está formado por el adjetivo *quartus* y el sufijo que indica repetición. Se denomina así al acceso febril que sobreviene cada cuatro días a causa del paludismo, producido por *Plasmodium malariae*. Otro tipo de paludismo, producido por *Plasmodium vivax,* da lugar a la fiebre terciaria o terciana (cada tres días). Todavía existe una tercera forma, denominada «paludismo estío-otoñal o tropical», producida por *Plasmodium immaculatus,* y cuyos accesos febriles son más atípicos. De todas formas, como el acceso febril palúdico está en relación con el parásito, para que se presenten dichos accesos febriles de una manera típica, es necesario que el enfermo esté infectado con una sola generación de parásitos.

Modernamente el término *cuartana* está recluido casi exclusivamente en el ámbito rural. Convive con *terciana,* existiendo entre ambos vocablos un gran parecido en cuanto a su significado, según podemos deducir de lo anteriormente expuesto.

Véase también FRÍO DE CUARTANA.

cuello

Contexto: […] y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y diole sobre el **cuello** un buen golpe, y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba [1.ª parte; capítulo III].

Comentario: Uso general en todos los sectores de la lengua. Popularmente se reemplaza por *pescuezo,* que es proscrita en la lengua culta.

cuero

Contexto: […] y, con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el **cuero** y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena [2.ª parte; capítulo LX].

Sinónimo científico: piel.

Comentario: Esta palabra designa hasta el Siglo de Oro a la piel humana. Recuérdense los pellejos de vino, llamados *cueros,* que horada don Quijote en la venta famosa. Hoy designa a la piel de los animales, pero subsiste en su sentido antiguo en expresiones como *cuero cabelludo,* que es netamente médica.

cuerpo

Contexto: No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el **cuerpo** lleno de cicatrices y señales [1.ª parte; capítulo I].

Comentario: Empleo común en todos los sectores del idioma.

cura

Contexto: […] y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene **cura**, o sabremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia [1.ª parte; capítulo XXIII].

Sinónimo vulgar: arreglo; sinónimo científico: tratamiento.

Comentario: Palabra de uso actual y más común en Hispanoamérica. Tiene hoy gran vitalidad para designar al sacerdote. El sacerdote es quien desempeña la «cura de almas», y de ahí que se designe abreviadamente con esta palabra. En sentido médico, se sigue usando la palabra *cura*. La lengua literaria culta antigua la emplea en el sentido de *atención* o *cuidado,* recogiendo su sentido latino. Ejemplo: «tener cura de ello», preocuparse de ello.

curar = *CURA*

daño

Contexto: […] y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer **daño** y ser nocivo al estómago […] [2.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimo científico: perjuicio.

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma. Designa el dolor físico y metafóricamente también el moral.

dar diente con diente = *DIENTE CON DIENTE*

débil

Contexto: […] y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese **débil** y flaca [1.ª parte; capítulo XL].

Comentario: Palabra de uso común, aunque cargada del lado culto. Tiene el sentido de *endeble,* de poca fuerza. Es común su empleo aludiendo a facultades espirituales, como en este caso. En el lenguaje médico se denominó a la debilidad *astenia*.

dedo

Contexto: Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que, cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al **dedo,** y más que, por ser en tierra firme, te debes más alegrar [1.ª parte; capítulo X].

Comentario: De uso común y general. La expresión «venir como anillo al dedo» quiere decir «venir justo», «coincidir exactamente», «ser lo más apropiado». Cervantes lo emplea con sentido directo.

dedo índice = *ÍNDICE*

degollado, -da

Contexto: Así que es menester que el que vee la mota en el ojo ajeno vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: «espantóse la muerta de la **degollada**»; y vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena [2.ª parte; capítulo XLIII].

Comentario: La lengua ha perdido la noción de su composición etimológica (latín *decollare*). En el ejemplo presente se la emplea sustantivada.

descalabrado, -da

Contexto: El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien **descalabrado** […] [1.ª parte; capítulo XVII].

Sinónimo científico: herido en la cabeza.

Comentario: La palabra es de uso común. Designa confusamente a quien tiene una herida en la cabeza, aunque a veces puede hacerse extensión a quien tiene una lesión de otro tipo. La palabra *descalabro,* por extensión, ha pasado a tener el valor de *desgracias*.

descarnado, -da

Contexto: […] y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó a entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, **descarnada** y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los duques

hicieron algún sentimiento temeroso [2.ª parte; capítulo XXXV].

Comentario: Propia de la lengua culta, que conserva la noción de su sentido etimológico. En sentido amplio designa lo crudo, lo realista, y así puede hablarse de una literatura «descarnada».

descolorido, -da

Contexto: A ella, con la turbación y desasosiego, se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque **descolorido** y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahínco, que parecía persona fuera de juicio […] [1.ª parte; capítulo XXXVI].

Comentario: Usada más bien en la lengua culta. La lengua vulgar tiene *escolorío,* con pérdida de la *d* del prefijo.

desmayado, -da

Contexto: Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo, como **desmayada** [1.ª parte; capítulo XXXIV].

Sinónimo vulgar: desvanecido.

Comentario: Es palabra culta, aunque el sustantivo *desmayo* se extiende mucho al habla popular. Designa al desvanecimiento total y al parcial producido por hambre, debilidad o cansancio. El vulgar *esmayao* recoge una de estas acepciones y pasa a ser sinónimo de *hambriento*.

desollado, -da

Contexto: No solo no me pagó —respondió el muchacho—, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la mesma encina y me dio de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un Sambartolomé **desollado** […] [1.ª parte; capítulo XXXI].

Comentario: De uso común. El morir desollado era un martirio común en la antigüedad y se halla en el español muy ligado a la devoción por los santos.

desvarío

Contexto: Hízolo así el canónigo y, adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento a todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su **desvarío** y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el disignio que llevaban de llevarle a su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura [1.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimo científico: locura.

Comentario: Palabra eminentemente culta, antes y ahora. Vale *locura, desviación mental, pesadilla*. Es muy usada en terminología poética, sobre todo en temas amorosos y también en lenguaje caballeresco.

diente

Contexto: […] y aun si nadie le oye, está obligado a decir algunas palabras entre **dientes,** en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias [1.ª parte; capítulo XII].

Comentario: Palabra vulgar en cuanto a su evolución y común a todos los sectores del habla en cuanto a su uso antiguo y actual.

diente con diente

Contexto: Y, apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser, y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar **diente con diente,** como quien tiene frío de cuartana [1.ª parte; capítulo XIX].

Sinónimo: temblar.

Comentario: La expresión *diente con diente* se considera indicativa de tener miedo o frío, ya que en uno y otro caso se da un entrechocar de las piezas óseas de la boca.

dieta

Contexto: Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y las medecinas que usa son **dieta** y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura [2.ª parte; capítulo LI].

Sinónimo vulgar: régimen.

Comentario: El griego *diaita* valía simplemente «modo de vida». En español designa a un modo de vida especial (el constituido por la no deglución de alimentos) con olvido de los demás usos posibles. La significación originaria aparece en el moderno tecnicismo médico *dietético*.

digestión

Contexto: Mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la **digestión** [2.ª parte; capítulo XLVII].

Comentario: Palabra exclusivamente médica, pero extendida al habla común. No tiene más acepción que la estricta fisiológica.

doctor

Contexto: Con todo eso —respondió don Quijote—, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el **doctor** Laguna [1.ª parte; capítulo XVIII].

Sinónimo vulgar: médico.

Comentario: En la lengua actual y en la antigua, el *doctor* es por antonomasia el médico. Fonéticamente es una palabra culta por la conservación del grupo *kt*.

dolencia

Contexto: De ese modo, en mi **dolencia** / ningún remedio se alcanza, / pues me matan la esperanza / desdenes, celos y ausencia [1.ª parte; capítulo XXVII].

Sinónimo científico: enfermedad.

Comentario: Es sinónimo culto de *enfermedad*. Se emplea bastante en terminología literaria y estrictamente poética.

dolor

Contexto: Pero dame acá la mano y atiéntame con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el **dolor** [1.ª parte; capítulo XVIII].

Comentario: Se aplica al dolor físico y al espiritual. Es de empleo común, antes y ahora, en todos los sectores del idioma. En este ejemplo representa la palabra *dolor* como una respuesta del organismo.

doloroso, -sa

Contexto: El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron a esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan estremado en la voz como **doloroso** en los gemidos […] [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimo vulgar: lastimero.

Comentario: Adjetivo derivado de *dolor*. Puede tomarse en sus dos acepciones: la real, referida al dolor físico, significando daño material, y otra acepción figurada muy propia de la literatura, que significa movimiento de compasión. Evidentemente, es en este sentido en el que Cervantes lo emplea en el párrafo que citamos.

efusión (de sangre)

Contexto: […] don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero tornó a reforzar la voz, pidiendo favor a la Santa Hermandad... De modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y **efusión** de sangre [1.ª parte; capítulo XLV].

Sinónimo vulgar: derramamiento; sinónimo científico: hemorragia.

Comentario: Voz culta e incluso técnica de la medicina. Recoge el sentido latino y aplicada a la sangre se consolida su cultismo. Modernamente esta palabra tiene sentido figurado y por *efusión* entendemos derramamiento o desborde, pero de afecto, entusiasmo, pena, etc.

emplasto

Contexto: Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los **emplastos** de un hospital para ponerlas en buen término siquiera [1.ª parte; capítulo XV].

Sinónimo vulgar: bizma.

Comentario: *Emplasto* es sinónimo de *apósito* o del vulgar *cataplasma*. Es casi del todo inusitada hoy. En palabras de este tipo hay que considerar que la pérdida no es por motivos gramaticales, sino por otros más profundos. Una palabra es una representación mental de una realidad objetiva. Si esta realidad objetiva se presenta muy raramente a nuestra conciencia, su término abusivo se nos escapa y esta suerte es la que ha sufrido gran parte de la terminología médica del Siglo de Oro.

encinta

Contexto: El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intención de hacerse clérigo: súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silbato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado **encinta** dél, pero él lo niega a pies juntillas [2.ª parte; capítulo LII].

Sinónimo vulgar: preñada; sinónimo científico: embarazada.

Comentario: Aunque hoy es perfectamente conocida esta palabra, cada vez se la ve más como propia de la literatura antigua. *Preñada* (en el terreno vulgar) y *embarazada* y expresiones eufemísticas (en el terreno culto) le han ido minando su empleo.

enfermedad

Contexto: Así es —dijo Sancho—. Luego, si mal no me acuerdo, proseguía..., si mal no me acuerdo: «el llego y falto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa», y no sé qué decía de salud y de **enfermedad** que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura» [1.ª parte; capítulo XXVI].

Sinónimo vulgar: mal.

Comentario: Común a lo culto y a lo popular. Etimológicamente significa «falta de firmeza», aunque el hablante común, incluso el considerado culto, no tengan conciencia de ello.

enfermo, -ma

Contexto: Bien está todo eso —replicó don Quijote—, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que, si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando **enfermo**, vos en sanidad se la habéis sacado; ansí que por esta parte no os debe nada [1.ª parte; capítulo IV].

Sinónimo vulgar: malo.

Comentario: Véase ENFERMEDAD.

engendrar

Contexto: Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me **engendró** y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo […] [1.ª parte; capítulo XXXVII].

Sinónimo vulgar: procrear.

Comentario: En la literatura clásica, *engendrar* es de uso común. Hoy está relativamente reducida a la lengua culta.

enjuto, -ta

Contexto: Era de complexión recia, seco de carnes, **enjuto** de rostro, gran madrugador y amigo de la caza [1.ª parte; capítulo I].[h]

entablar

Contexto: Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohínos y malandantes, se apartaron de don Quijote y Sancho con intención de buscar algún lugar donde bizmarle y **entablarle** las costillas [2.ª parte; capítulo XIV].

Sinónimo científico: entablillar.

Comentario: Es término exclusivamente médico. Para inmovilizar una parte del cuerpo fracturada se puede recurrir como cura de urgencia a ligarla entre unas tablitas. El término *entablar* se ha reemplazado modernamente por *entablillar,* formado sobre el diminutivo *tablilla*. Se emplea en traumatología para denominar *escayola*.

entendimiento

Contexto: Y, así, me parece que sería mejor, salvo el mejor parecer de vuestra merced, que nos fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor **entendimiento** […] [1.ª parte; capítulo XXI].

Sinónimo vulgar: razón, comprensión.

Comentario: Es palabra más bien culta que vulgar. Por *entendimiento* se entiende la actividad especulativa del psiquismo humano. Es más propia de la terminología filosófica y religiosa. Se suele usar en su lugar *inteligencia*.

entomecer

Contexto: Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y **entomece** las manos y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes [2.ª parte; capítulo LIX].

Sinónimos: adormecer, entumecer.

Comentario: *Entumecer* es palabra de empleo vulgar y culto, pero más vulgar, aunque en este terreno se suele reemplazar por formas suyas corrompidas como *entomecer,* que es la que da Cervantes, fiel a una tendencia asimilatoria de las vocales, común en esta época en que el castellano carece aún de fijeza académica.

entrañas

Contexto: Y al par de mi deseo, que se esfuerza / a decir mi dolor y tus hazañas, / de la espantable voz irá el acento, / y en él mezcladas, por mayor tormento, / pedazos de las míseras **entrañas** [1.ª parte; capítulo XIV].

Sinónimos científicos: vísceras, órganos internos.

Comentario: Por *entrañas* se entiende el conjunto de las vísceras del cuerpo. En sentido metafórico se encarece mediante su uso la intensidad o profundidad de un sentimiento o afecto. («Cariño de mis entrañas», «un dolor que penetra en las entrañas», etc.).

entumecer = *ENTOMECER*

eructar = *ERUTAR*

erutar

Contexto: —Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos ni de **erutar** delante de nadie.

—Eso de *erutar* no entiendo —dijo Sancho [2.ª parte; capítulo XLIII].

Sinónimo: eructar.

Comentario: Don Quijote da aquí una lección de urbanidad a Sancho. Véase en REGOLDAR cómo don Quijote se extiende en otras consideraciones sobre lo correcto e incorrecto de estos términos.

escrementos

Contexto: No comen —respondió don Quijote—, ni tienen **escrementos** mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos [2.ª parte; capítulo XXIII].

Sinónimo científico: heces, excrementos.

Comentario: Palabra exclusiva de la terminología culta y desusada del habla común y mucho más de la popular. Su carácter cultista se acusa en el terreno gramatical en ser una repetición estereotipada del latín.

escupir

Contexto: […] y, según **escupe** y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo [2.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo científico: expectorar.

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma. No reviste empleos metafóricos. Impropia de lo exclusivamente literario.

espalda

1) Contexto: […] de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta o no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las **espaldas** [1.ª parte; capítulo XV].

Sinónimo científico: región dorsal del tórax.

Comentario: Las espaldas se consideran como sitio en donde radica el trabajo, la fatiga y el peso de las desgracias. Así en el presente ejemplo. No todos los palos irían sobre las espaldas, pero el dolor de éstas se considera compendio del mal suceso en el sentimiento idiomático español.

2) Véase otra acepción de *espalda* en → CANILLA.

espinazo

Contexto: Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto **espinazo**, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propriedad se le había puesto el nombre de «Rocinante» [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo científico: columna vertebral.

Comentario: Designación vulgar de la columna vertebral. Hoy hablar de *espinazo* refiriéndose a persona resulta grosero, y aun insultante. Vive esta palabra actualmente para designar la columna vertebral de los animales. Se basa la voz en una comparación con la espina de los peces. De ahí también el aumentativo originario, cuya noción se pierde con frecuencia.

Véase también PUNTA DEL ESPINAZO.

espirar

Contexto: Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y

voto a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando le halló para **espirar** en mitad de la montaña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla» [2.ª parte; capítulo XXIII].

Sinónimo vulgar: agonizar; sinónimo científico: expirar.

Comentario: *Espirar* o *expirar* designa al segundo tiempo de la respiración o expulsión del aire. Como al morir el último movimiento respiratorio es de expulsión del aire, *expirar* se especializó semánticamente y pasó a ser el sinónimo culto de *morir*. Su empleo se ha visto favorecido por el eufemismo y por su intensidad de evocación. Es hoy de uso general, aunque más cargado del lado de lo culto.

estevado, -da

Contexto: De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo **estevado**, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones […] [2.ª parte; capítulo I].

Sinónimo: jorobado.[i]

Comentario: Completamente desusado del habla culta. En la lengua viva popular se dan muchas designaciones de la joroba, de carácter difamante o humorístico. La voz *estevado* es bastante común en terminología del Siglo de Oro.

estómago

Contexto: No la pasó ansí Sancho Panza, que, como tenía el **estómago** lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban [1.ª parte; capítulo VIII].

Comentario: Voz de uso común en todos los sectores del idioma. En la lengua popular se cae a veces en la metátesis *estógamo*. La voz tiene poco uso literario, como todas las de significación estrictamente orgánica.

estopa

Contexto: Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas **estopas,** que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimo científico: venda gruesa.

Comentario: *Estopas* tiene el sentido de compresas, vendas o apósitos. Cervantes muestra conocer bien la terminología curativa por la abundancia de designaciones sobre este punto que emplea.

estornudo

Contexto: […] temió no le rindiese y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba dio un fingido **estornudo,** de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese [2.ª parte; capítulo XLIV].

Comentario: Común a todos los sectores del idioma, ahora y en la lengua del Siglo de Oro.

excrementos = *ESCREMENTOS*

expirar = *ESPIRAR*

ferida

Contexto: […] y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las **feridas** que había recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo [1.ª parte; capítulo V].

Sinónimo: herida.

Comentario: La conversión de *f* inicial es un rasgo del español antiguo, ya inexistente. La *f,* antes de desaparecer del todo, vivió como *h* aspirada, conservada aún en la pronunciación popular de Andalucía, Santander y Extremadura. Esto demuestra que en esta última región sea corriente el dicho popular: «Quien no diga jacha, jigo y jiguera, no es de mi tierra».

ferido, -da = *MALFERIDO*

fiebre cuartana = *CUARTANA*

físico

Contexto: En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay **físicos** que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo […] [2.ª parte; capítulo LXXI].

Sinónimo científico: médico.

Comentario: Era designación común de los médicos en la Edad Media y Siglo de Oro. Recuérdese la *Farsa dos físicos,* de Gil Vicente. Hay que tener en cuenta que las ciencias de la naturaleza se incluían confusamente en la designación de la física, hasta que se diferenciaron las diversas especialidades.

flaqueza

Contexto: […] y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la **flaqueza** que la calentura [2.ª parte; capítulo LI].

Sinónimo: adelgazamiento.

Comentario: Es la cualidad abstracta de *flaco*. Aunque originariamente equivale por *delgadez,* pasa luego a designar la debilidad general. Es de uso común, aunque bastante cargado del lado culto. En la medicina actual, atendiendo al biotipo, se habla de *asténico*.

flojedad

Contexto: Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquellos

se levantan o con la ambición o con la virtud, estos se abajan o con la **flojedad** o con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones [2.ª parte; capítulo VI].

Sinónimo científico: debilidad.

Comentario: Designa un estado de decaimiento, abatimiento o apatía. En el caso concreto parece hacer referencia a la voluntad, cuya flojedad se considera como grado anterior al vicioso.

frente

Contexto: […] que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su **frente** campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve […] [1.ª parte; capítulo XIII].

Sinónimo científico: región frontal.

Comentario: Uso común en todos los sectores. En el caso concreto se superpone a la palabra una metáfora de ascendencia mitológica para hacer resaltar la belleza y tersura de la frente a que alude el autor.

frío de cuartana

Contexto: […] y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó a dar diente con diente, como quien tiene **frío de cuartana** […] [1.ª parte; capítulo XIX].

Comentario: El frío es consecuencia inmediata de las calenturas o fiebres de cualquier clase que sean. Véase CUARTANA.

fuente

Contexto: Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero a Dios y luego, a dos **fuentes** que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena [2.ª parte; capítulo XLVIII].

Sinónimo vulgar: llaga; sinónimo científico: úlcera.

Comentario: Véase LLAGA.

gangoso, -sa

Contexto: […] no se pudo excusar de que algunos no se llegasen a sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fue al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo **gangoso** dijo:

—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo [1.ª parte; capítulo XX].

Sinónimos científicos: voz nasal, rinolalia cerrada.

Comentario: Es voz de empleo común. El tono gangoso, al menos para el oído español, es aquel en que predomina la nasalidad, como apunta expresamente Cervantes en este caso.

garganta

Contexto: Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la **garganta**, la una en la cadena y la otra de las que llaman guardaamigo o pie de amigo, de la cual decendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos, cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar a la boca ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos [1.ª parte; capítulo XXII].

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma. Es de bastante empleo literario y susceptible de muchas designaciones metafóricas.

gemido

Contexto: El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron a esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan estremado en la voz como doloroso en los **gemidos** […] [1.ª parte; capítulo XXVII].

Sinónimo vulgar: quejido.

Comentario: Es un sustantivo posverbal, formado sobre *gemir*. El verbo *gemir* puede tener el valor de «sollozar» y el de «quejarse», aunque es más corriente el primero, que es el que recoge Cervantes en este ejemplo.

gola

Contexto: Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome a mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la **gola** y cortarme cercen la cabeza [2.ª parte; capítulo XXXIX].

Sinónimo científico: garganta.

Comentario: Es designación culta por *garganta*. La palabra *gola* designaba una pieza de tela de encaje que ceñía el cuello, y de ahí pasó por extensión a designar a éste. En este ejemplo concreto, el sentido fluctúa entre una cosa y otra. Acaso la Condesa designa festivamente el cuello citando la parte del vestido que lo cubre.

gordo, -da

Contexto: Es, pues, el caso —dijo el labrador—, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan **gordo** que pesa once arrobas, desafió a correr a otro su vecino que no pesa más que cinco [2.ª parte; capítulo LXVI].

Sinónimos científicos: obeso, adiposo.

Comentario: De uso general en todos los sectores del idioma. No reviste empleo literario, ni es susceptible de designaciones metafóricas ni figuradas.

gordura

Contexto: El traje, las barbas, la **gordura** y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos [2.ª parte; capítulo XLV].

Sinónimos científicos: obesidad, adiposidad.

Comentario: Véase GORDO.

grano

Contexto: Tras ellas venía la condesa Trifaldi, a quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la Blanca

Barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que a venir frisada descubriera cada **grano** del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos [2.ª parte; capítulo XXXVIII].

Sinónimo científico: forúnculo.

Comentario: De empleo literario, familiar y vulgar. En el ejemplo concreto que nos ocupa para encomiar el grosor de los granos se los compara con los garbanzos de Martos, célebres en geografía gastronómica española.

grave

Contexto: […] como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún **grave** mal venía fatigado [1.ª parte; capítulo XXXV].[h]

güeso

Contexto: Ocho días o diez ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora; en ellos me han perseguido médicos y enemigos me han brumado los **güesos,** ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos […] [2.ª parte; capítulo LV].

Sinónimo científico: hueso.

Comentario: Se trata de una mera grafía vulgar, por *hueso*. En pronunciación descuidada se articula en esta palabra una verdadera *g* inicial, que Cervantes deja deslizarse en su prosa en esta ocasión. La palabra *hueso* se usa antes y ahora en todos los sectores del idioma. Véase también HUESO.

hámago = *ÁMAGO*

herbolario, -ria

Contexto: […] ha de ser médico, y principalmente **herbolario,** para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quien se las cure […] [2.ª parte; capítulo XVIII].

Sinónimo vulgar: curandero; sinónimo científico: médico naturista.[j]

Comentario: Vocablo eminentemente de técnica médica. Gramaticalmente es un cultismo tomado del latín. En la época clásica, lo que hoy llamamos *medicina naturista* era bastante cultivada, aunque de un modo científico y predominantemente intuitivo.

herida = *FERIDA*

herido, -da = *MALFERIDO*

hidrópico, -ca

Contexto: No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está **hidrópica** y sedienta de beber solas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría [2.ª parte; capítulo XX].

Sinónimo científico: ascítico.

Comentario: Tecnicismo médico inusitado en el habla común. Forma parte de la familia de cultismos españoles tomados del griego, mientras que las voces populares derivan del latín *acqua*.

hígado

Contexto: Y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido y cómo llevaba la carta a la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los **hígados** [1.ª parte; capítulo XXVI].

Comentario: En la lengua vulgar (acepción que usa Cervantes en este caso), la voz se desliza de sus sentidos estrictos para pasar a significar *entrañas*. Filológicamente es palabra culta de su postónica, aunque la evolución de su consonantismo sea vulgar. Es, pues, un semicultismo.

hila

Contexto: […] tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran **hilas** y ungüentos para curarse […] [1.ª parte; capítulo III].

Sinónimo científico: venda.

Comentario: Del latín *filum* viene *hilo* en castellano. La voz *hila* es debida al recuerdo de los neutros latinos en *-a,* que han originado parejas de palabras con acepción diferente. Modernamente, la palabra *hila* ha perdido casi toda su vitalidad, cediendo su puesto a *venda,* que se emplea en todos los sectores del idioma.

hinchazón (del vientre)

Contexto: Algunos días estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo a más andar no sé qué **hinchazón** del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo a los tres, y salió dél que antes que se saliese a luz el mal recado don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer a Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le había hecho, notada por mi ingenio con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla [2.ª parte; capítulo XXXVIII].

Sinónimo vulgar: preñez; *sinónimos científicos:* embarazo, gestación.

Comentario: Es palabra popular gramaticalmente, y también en cuanto a su empleo. Su doblete culto es *inflación*. Se forma sobre el verbo *hinchar,* que es propiamente derivado de *inflare*.

Hipócrates = *AFORISMO*

hombro

Contexto: […] mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el **hombro** izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado […] [1.ª parte; capítulo IX].

Comentario: Vulgar por su evolución filológica (del latín *humerus*) y por su empleo antiguo y moderno. Convive con la culta *húmero,* que ha pasado a tener un sentido especial bien definido. Es susceptible de usos figurados. Los hombros designan muchas veces

la capacidad de trabajo o resistencia de una persona, incluso en el plano intelectual.

hospital

Contexto: […] pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un **hospital** para ponerlas en buen término siquiera [1.ª parte; capítulo XV].

Comentario: De uso culto y popular antiguo y moderno. No reviste normalmente acepciones figuradas. En el vocabulario estrictamente literario no suele aparecer.

hueso

Contexto: Querría, si fuese posible —respondió Sancho Panza—, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí a mano: quizá será de provecho para los quebrantamientos de **huesos,** como lo es para las feridas [1.ª parte; capítulo XV].

Comentario: Uso común en todos los sectores del idioma. Propia de la lengua literaria y de la coloquial.

Véase también GÜESO.

húmedo radical

Contexto: […] y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el **húmedo radical,** donde consiste la vida [2.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimo científico: humor linfático.

Comentario: Tecnicismo médico de la época. Lógicamente, es palabra sin empleo estrictamente literario. Según Clemencin, «húmedo radical: cierto humor sutil y balsámico». Los médicos de antaño pretendían era el que daba vigor y elasticidad a las fibras que forman la textura del cuerpo.

humor (de los ojos)

Contexto: Este es el sitio donde el **humor** de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moverán a la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece [1.ª parte; capítulo XXV].

Sinónimo vulgar: lágrimas; sinónimo científico: secreción lagrimal.

Comentario: Del sentido reducido de *secreción,* el término *humor* pasó a designar una cualidad o modo de ser del espíritu. De ahí los modernos *humorismos* y similares. Pese a ello, la palabra conserva, aunque más reducida, su significación originaria, y hoy se dice *humor acuoso, humor visceral, humor vítreo,* etc.

ijada

Contexto: […] y como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las **ijadas** con los puños, por no reventar riendo [1.ª parte; capítulo XX].

Sinónimos científicos: hipocondrio, vacío.

Comentario: Es palabra desusada en español actual. En conjunto resulta algo disfemística y en absoluto propia de lo literario. Su matiz peyorativo se debe a que la palabra se emplea mucho referida a animales. La frase presente indica que la persona a quien se alude tuvo un acceso de risa que le obligó a apretarse los costados.

Se conoce con el nombre de *mal de ijadas* a un conjunto de enfermedades dolorosas del vientre aún no diferenciadas, principalmente las litiasis renal y hepática.

«Esa doliente de la ijada y de piedra» (Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. XI). Datos recogidos del doctor Gregorio Marañón, en su libro *Ensayo biológico de Enrique IV de Castilla y su tiempo.*

índice

Contexto: Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el **índice** de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido [2.ª parte; capítulo XLV].

Comentario: *Índice* es palabra culta y no se emplea en el lenguaje popular. Se llama *índice* al dedo inmediato al pulgar, porque sirve para señalar y para marcar. Puede decirse simplemente índice, como en este caso, sobreentendiéndose que se alude al dedo de este nombre.

indigestión

Contexto: Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, **indigestiones** de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas […] [1.ª parte; capítulo XXXVIII].

Sinónimo vulgar: empacho.

Comentario: Es palabra estrictamente médica, aunque su uso se haya hecho extensivo a otros sectores del idioma. No es tampoco propia del habla literaria ni poética.

indisposición

Contexto: Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar a saber si pasaba adelante su **indisposición** y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenía aún la pluma en la mano [1.ª parte; capítulo XXXV].

Sinónimo vulgar: malestar.

Comentario: Tenía uso más reducido en la lengua clásica que hoy. Actualmente designa toda enfermedad leve y poco diferenciada, o más bien al malestar o quebrantamiento generales del organismo. Por eufemismo se ha visto muy favorecido su uso en la época actual.

labios

Contexto: […] que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles,

sus mejillas rosas, sus **labios** corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas [1.ª parte; capítulo XIII].

Comentario: Palabra de uso literario y vulgar. En terminología literaria es susceptible de multitud de denominaciones metafóricas. Esta palabra en medicina tiene aplicaciones para denominar en el aparato genital femenino los labios mayores y los labios menores de la vulva.

lagañoso, -sa

Contexto: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman «Amor», que dicen que es un rapaz ceguezuelo que, con estar **lagañoso** o, por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas [2.ª parte; capítulo LVIII].

Sinónimo: legañoso.

Comentario: Modernamente no existe *lagaña* sino en el uso popular, empleándose en su lugar *legaña*. La forma presenta asimilación de la vocal inicial a la tónica. Es palabra proscrita en el uso culto moderno.

legañoso, -sa = *LAGAÑOSO*

lesión = *LISIÓN*

lisión

Contexto: […] y no fue así, porque a poco más de tres estados dio fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recebido **lisión** ni daño alguno [2.ª parte; capítulo LV].

Sinónimo vulgar: daño; sinónimo científico: lesión.

Comentario: Forma antigua por *lesión*. No es de uso literario. Su valor significativo no ha experimentado cambios notables desde el Siglo de Oro a la actualidad. En medicina tiene una aplicación concreta para denominar a los daños producidos por los agentes patógenos.

llaga

Contexto: […] porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus **llagas** y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido […] [1.ª parte; capítulo III].

Sinónimo científico: úlcera.

Comentario: En España, además de su sentido estricto de *herida*, designa también un dolor espiritual. Convive con el culto *plaga*, que tiene inalterado el grupo latino, mientras que en *llaga* éste está paralizado según el uso común castellano.

En el capítulo XLVIII de la segunda parte, Cervantes utiliza el término *fuentes* para denominar las llagas (véase FUENTE).

loco, -ca

Contexto: El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era **loco,** y que por loco se libraría, aunque los matase a todos [1.ª parte; capítulo III].

Sinónimo científico: demente.

Comentario: Es la designación media y neutra de la carencia de facultades mentales, que reviste en castellano una gran cantidad de designaciones humorísticas. Pertenece en medicina al terreno de la psiquiatría.

locura

Contexto: Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la **locura** de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas [1.ª parte; capítulo III].

Sinónimo científico: demencia.

Comentario: Véase LOCO.

lunar

Contexto: Así es la verdad —dijo Dorotea—. Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un **lunar** pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas [1.ª parte; capítulo XXX].

Sinónimos científicos: nevus, mancha pigmentaria.

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma.

maestro

Contexto: No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes **maestros** que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales [1.ª parte; capítulo I].

Sinónimos: cirujano, médico.

Comentario: La palabra *maestro*, además de un sentido más común de «pedagogo» o «ejercitador de la enseñanza», ha tenido y tiene en español un valor aplicable al profesional de una actividad cualquiera. Así se llama *maestro,* sobre todo en medios rurales, al albañil, carpintero, etcétera. En este sentido llama Cervantes *maestros* a los médicos, llamados también *físicos* en aquella época (véase FÍSICO).

majadero, -ra

Contexto: ¿Quién te mete a ti en mis cosas y en averiguar si soy discreto o **majadero**? [2.ª parte; capítulo LVIII].

Sinónimo vulgar: necio; sinónimo científico: imbécil.

Comentario: Originariamente, *majar* es triturar cosas en un mortero. Como esta tarea es de lo más fácil y mecánico que cabe, por *majadero* pasó a entenderse

tonto o *bobo,* que es el sentido que ya le da Cervantes y el que conserva hoy, si bien ha perdido la noción del parangón humorístico que encierra.

mal

Contexto: […] mas como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún grave **mal** venía fatigado [1.ª parte; capítulo XXXV].

Sinónimo vulgar: dolencia; sinónimo científico: enfermedad.

Comentario: Es originariamente un adverbio (del latín *male*). Luego pasa a emplearse como substantivo. La acepción cervantina, sinónimo de *enfermedad,* es hoy menos viva, aunque se siga empleando.

mal mensil

Contexto: Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el **mal mensil** ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante […] [2.ª parte; capítulo XXIII].

Sinónimos vulgares: regla, mes; sinónimo científico: menstruación.

Comentario: La palabra *mensil* es un cultismo formado sobre el latín *mensis* (mes), y al que Cervantes recurrió sin duda por un deseo eufemístico y a la vez por un deseo de lucir su capacidad de creación de lenguaje.

En la terminación *-il,* tónica, debió influir la analogía con otras voces acabadas en *-il,* como *pensil,* de naturaleza típicamente poética.

mala cara = *CARA*

malenconía

Contexto: Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara a mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habían puesto. Cortada, pues, la cólera, y aun la **malenconía,** subieron a caballo […] [1.ª parte; capítulo XXI].

Sinónimo vulgar: tristeza; sinónimos científicos: melancolía, depresión.

Comentario: Esta palabra tiene una historia curiosa. Procede del griego y quiere decir etimológicamente «humor negro». La lengua popular, ignorante de esto, la creyó erróneamente compuesta de *mal* y *anconia* o *encono,* y de ahí *malenconía* (registrada normalmente en la Edad Media y Siglo de Oro). Las restauraciones cultistas posteriores han introducido *melancolía,* de uso común en la actualidad. Se dice en psiquiatría: el melancólico, «el deprimido». [«Cortar la cólera» es tomar algo entre comidas para evitar los males que causa el exceso de humor colérico. Pero se juega con *cólera* 'ira'; por eso se corta también otro humor, la *malenconía*, 'tristeza' y, con etimología popular, el *mal encono,* 'el gran enfado'.]

malferido, -da

Contexto: Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene **malferido,** y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera [1.ª parte; capítulo V].

Sinónimo: malherido.

Comentario: Palabra enteramente anticuada. Por tratarse de un compuesto conserva la *f,* que ya se perdía en posición inicial en la época de redacción del *Quijote.* Véase FERIDA.

manco, -ca

Contexto: Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de **manco,** como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros [2.ª parte; prólogo].

Comentario: Uso común en la lengua vulgar. Poco empleo literario. Sólo se emplea en sentido directo.

mano

Contexto: Diera él, por dar una **mano** de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura [1.ª parte; capítulo I].

Comentario: Uso común en todas las esferas del idioma. La expresión *mano* se emplea vulgarmente para denotar conjunto. Cervantes sigue aquí un criterio popularista, pues la voz tiene poco uso literario.

mascar

Contexto: Ten cuenta, Sancho, de no **mascar** a dos carrillos ni de erutar delante de nadie [2.ª parte; capítulo XLIII].

Sinónimos científicos: masticar, triturar.

Comentario: Convive con *masticar;* éste es propio del habla culta, mientras que *mascar* es más propio de lo popular.

medecina = *MEDICINA*

medicina

Contexto: Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra **medicina,** y así fue la verdad [1.ª parte; capítulo XI].

Comentario: En la Edad Media existía la voz *melecina,* que es reemplazada luego por *medicina,* de carácter más culto. En español designa a la ciencia médica y a los diversos preparados de finalidad curativa, o *medicinas*. En el *Quijote,* Cervantes usa también la grafía *medecina* (véase un ejemplo en MONDO).

medicina compuesta

Contexto: […] y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las **medicinas** simples que las **compuestas,** porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas [2.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimo científico: medicamento compuesto.

Comentario: Es interesante esta voz porque permite averiguar un punto de vista personal de Cervantes

sobre la ciencia médica. Se proclama partidario de la medicina de tendencia naturista y acusa escepticismo, perfectamente justificado, acerca de los preparados farmacéuticos de su época. Se ve que Cervantes calaba aquí, como en otras cosas, mucho más de lo común en su época.

medicina simple → *MEDICINA COMPUESTA*

mejilla

Contexto: […] que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus **mejillas** rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos […] [1.ª parte; capítulo XIII].

Sinónimos vulgares: carrillo, moflete.

Comentario: En español antiguo y moderno es culta y literaria. Es vocablo muy usado en la novelística pastoril y artificiosa de la época. Véase también CARRILLO.

melancolía = *MALENCONÍA*

melena

Contexto: […] y, así, tomaba la ocasión por la **melena** en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía [2.ª parte; capítulo XXXI].

Sinónimo científico: cabellera.

Comentario: La palabra *melena* puede aplicarse tanto a las personas como a los animales. Para las primeras se usa en especial referida a las mujeres. «Esta melena era el copete o mechón que le caía a la ocasión por encima del rostro; todo lo demás de la cabeza lo tenía sin ningún cabello» (P. Rufo Mendizábal).

memoria

Contexto: […] y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su **memoria** e imaginación, al fin le vino a llamar «Rocinante», nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo [1.ª parte; capítulo I].

Sinónimos vulgares: recuerdo, caletre.

Comentario: Además del sentido común, toma el de *recuerdo*. Se emplea en todos los sectores de la lengua.

menguado, -da

Contexto: Pues don Quijote de la Mancha es loco, **menguado** y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atenido a las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo […] [2.ª parte; capítulo XXXIII].

Sinónimos: simple, tonto, necio.

Comentario: Es palabra eminentemente propia del léxico caballeresco. Designa al individuo de baja estatura moral más bien que al de pocas facultades intelectuales. No se emplea en la actualidad como no sea proponiéndose lograr un vocabulario arcaico.

mensil = *MAL MENSIL*

mentecato, -ta

Contexto: […] a lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador, sin más ni más, **mentecato** y tonto [2.ª parte; capítulo XXXII].

Sinónimo: simple, necio.

Comentario: Su significación originaria, según la etimología (latín *mentis-captum*), fue de «cogido de mente», equivalente a persona de escaso juicio o de flaco entendimiento. En este sentido lo emplea Miguel de Cervantes en el *Quijote*. Es palabra de uso común a todos los sectores del idioma, aunque hoy se emplea en mayor profusión *imbécil*, también con un sentido despectivo o peyorativo.

meollo

Contexto: Este mi amo, cuando yo hablo cosas de **meollo** y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas […] [2.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo vulgar: sesos; sinónimo científico: inteligencia.

Comentario: De su sentido material pasa a designar la solidez y coherencia en el plano intelectual. Hoy apenas se emplea. Tiene en cambio gran vitalidad en la literatura antigua y clásica. Deriva del latín *medulla*, que ha dado asimismo en español *médula*, cultismo con acentuación antietimológica. Véase también MOLLERA.

mollera

Contexto: ¡Voto... —y miró al cielo y apretó los dientes—; que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la **mollera** a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo! [1.ª parte; capítulo XXXVII].

Sinónimo vulgar: sesera; sinónimos científicos: cabeza, cerebro.

Comentario: Se forma sobre el latín *mollis*, con el sufijo *-aria*. Hoy sólo se emplea en la lengua popular o con sentido disfemístico. Véase también MEOLLO.

mondo, -da

Contexto: […] y las medecinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos **mondos,** como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura [2.ª parte; capítulo LI].

Sinónimo vulgar: pelado; sinónimo científico: limpio.

Comentario: Usada en el léxico vulgar y literario, aunque más en el primero. Modernamente, desde la generación del 98, ha experimentado cierto acrecentamiento de uso literario.

morbo gálico

Contexto: Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del **morbo gálico,** y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores […] [2.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimos vulgares: bubas, mal gálico, mal francés; sinónimos científicos: lúes, sífilis.

Comentario: Tecnicismo estricto, *morbo* nunca ha llegado a penetrar en el castellano ni siquiera entre las personas cultas, que sólo la conocen como tecnicismo que denota pedantería. *Enfermedad* ocupa su puesto en todas las esferas del habla. *Gálico* es tan culta como *morbo* en la época cervantina. Hoy está más extendida al habla culta.

mudo, -da

Contexto: Al paso que llevamos —respondió Sancho—, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan **mudo,** que no hable palabra hasta la fin del mundo, o por lo menos hasta el día del juicio [2.ª parte; capítulo XX].

Sinónimo científico: afásico.

Comentario: De uso común en todos los sectores del habla.

muela

Contexto: […] mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y **muelas** de la boca y machucándole malamente dos dedos de la mano [1.ª parte; capítulo XVIII].

Sinónimo científico: molar.

Comentario: De uso común en todos los sectores. Su plural *muelas* designa a veces al conjunto de las piezas dentales de la boca.

muela cordal = CORDAL

muñeca

Contexto: La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una **muñeca** y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama [1.ª parte; capítulo XVI].

Comentario: De uso común en todos los sectores del idioma.

músculo

Contexto: No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus **músculos,** la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene [1.ª parte; capítulo XLIII].

Comentario: Etimológicamente, *músculo* quiere decir «ratoncito» (diminutivo del latín *mus,* «ratón»), ya que la vibración de los músculos por bajo de la piel se vio metafóricamente como producida por uno de estos animales que se moviera bajo la piel. La lengua no ha tenido nunca conciencia vulgar de este origen semántico. Es de uso común, pero bastante cargado del lado del cultismo.

muslo

Contexto: Y, llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el **muslo** izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban [1.ª parte; capítulo XX].

Comentario: Uso común en todos los sectores del idioma, con predilección en la rama de la anatomía. Etimológicamente, deriva del latín *musculus* (véase MÚSCULO).

nariz

Contexto: No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las **narices** y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo […] [1.ª parte; capítulo IX].

Comentario: Palabra general en todos los campos de la lengua.

náusea

Contexto: […] y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámago y la **náusea** que ha causado otro don Quijote que con nombre de *Segunda parte* se ha disfrazado y corrido por el orbe […] [2.ª parte; dedicatoria al conde de Lemos].

Sinónimo vulgar: ansias.

Comentario: Cultismo en todas las épocas del idioma. De aparición tardía en castellano. Se la reemplaza vulgarmente por *ansias,* que es aplicación concreta de un término más general. Palabra de uso común en el lenguaje médico.

negro de uña = UÑA

neguijón[k]

Contexto: —¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro —respondió don Quijote—, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor —respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco —respondió don Quijote—, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de **neguijón** ni de reuma alguna [1.ª parte; capítulo XVIII].

Sinónimo científico: caries dental.

Comentario: Así define este término Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), contemporáneo del *Quijote*: «Neguijón, enfermedad en los dientes que los carcome y pone negros, *quasi* ne*grijón, Antonio Nebrisense buelve *scabricia dentium*».

nervio

Contexto: No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus **nervios**, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas […] [1.ª parte; capítulo XLIII].

Comentario: De uso común en todos los sectores. Se aplica con significado material y metafóricamente para designar los estados de ánimo exaltados. Su forma estrictamente popular sería *nevrios* (se da dialectalmente), debiéndose *nervios* a metátesis de *i*.

niña (del ojo)

Contexto: Pon, ¡oh miserable y endurecido animal!, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las **niñas** destos míos, comparados a rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo a hilo y madeja a madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas [2.ª parte; capítulo XXXV].

Sinónimo científico: pupila.

Comentario: Se llama así la pupila del ojo, por reflejarse en ella las personas y las cosas. Una persona reflejada en el ojo de otra adopta una imagen reducida, y a ésta se la llamó festivamente *niña* y de ahí pasó a designar a toda la pupila.

notomía

Contexto: […] cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que sin ser poderoso a detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes dio a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su **notomía** [2.ª parte; capítulo XI].

Sinónimo científico: anatomía.

Comentario: Parece una contaminación del vocablo *anatomía* (que es típicamente culto) con el uso común. Acaso haya etimología popular con *no*, o mera asimilación de vocales.

nuca

Contexto: De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la **nuca** del celebro le dolía de manera que le sacaba de sentido [2.ª parte; capítulo XXVII].

Sinónimo científico: occipucio.

Comentario: Tiene el sentido de parte trasera del cuello en su zona más elevada. Es rara la construcción cervantina *nuca del celebro*. Aunque designa a la zona mencionada, su anormalidad estriba en la identificación de *celebro* (cerebro) con *cabeza* que lleva a cabo.

oído

Contexto: […] y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los **oídos**, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello […] [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo vulgar: oreja.

Comentario: Palabra de uso común en la lengua culta y popular. Susceptible de empleos figurados («soy todo oídos»: presto gran atención). Participio originario, se especifica como sustantivo sin perder su primitivo valor. En el lenguaje médico es de uso exclusivo y más comúnmente en el terreno de la otorrinolaringología.

ojo

Contexto: Mirábanle las mozas y andaban con los **ojos** buscándole el rostro […] [1.ª parte; capítulo II].

Comentario: Empleo común en todos los sectores del idioma. Susceptible de infinitas denominaciones metafóricas. Cervantes usa la acepción directa, aunque la figurada también es normal en el idioma. Palabra donde tiene su apoyo y base la rama de la oftalmología.

olfato

Contexto: Mas como don Quijote tenía el sentido del **olfato** tan vivo como el de los oídos y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen a sus narices […] [1.ª parte; capítulo XX].

Comentario: Palabra de uso predominantemente culto. Su significación está bien acotada, designando sólo el sentido del olfato. La lengua popular suele recurrir a otras denominaciones.

oreja

Contexto: […] mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la **oreja** […] [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo científico: pabellón auditivo.

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del habla. Originariamente tuvo su valor de diminutivo (latín *auricula*, diminutivo de *auris*), pero hoy este uso se ha perdido, como prueban las formas *orejitas*, etcétera.

párpado

Contexto: El cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los **párpados** […] [2.ª parte; capítulo LIII].

Comentario: Palabra de uso común, aunque cargada hacia el campo cultista. Su acentuación esdrújula acusa el carácter cultista en cuanto a lo gramatical se refiere. Es de empleo literario, debiéndose entender esto sólo en lo cuantitativo.

parto

Contexto: […] y al cual dio Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo **parto** murió su madre […] [1.ª parte; capítulo XII].

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores. Aplicable al terreno figurado.

pecho

Contexto: Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado **pecho** se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo [1.ª parte; capítulo XVI].

Comentario: De uso general. En sentido figurado

significa «corazón, afecto, pensamiento» o más claramente «estado de ánimo». En el terreno gramatical, es de constitución netamente popular. Los derivados *pectoral* y similares retrotraen de nuevo el origen latino (*pectus*).

pesadumbre

Contexto: […] porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía [2.ª parte; capítulo LVIII].

Sinónimo vulgar: disgusto; sinónimo científico: malestar.

Comentario: Designa un estado de ánimo. Tiene empleo más bien cultista en la lengua actual, aunque su sufijo *-inem* produzca con frecuencia derivados populares (*costumbre* y otros así).

perlático, -ca

Contexto: […] y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linaje son **perláticos,** y por mejorar el nombre los llaman Perlerines [2.ª parte; capítulo XLVII].

Sinónimos científicos: baile de san Vito, corea de Sydenham.

Comentario: Tecnicismo del habla antigua y clásico. Modernamente no tiene uso común. Su forma es típicamente culta.

pestaña

Contexto: […] porque por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover **pestaña** gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido [1.ª parte; capítulo XXIII].

Comentario: Uso general en todos los sectores del idioma. Sólo tiene el valor directo y no reviste significados metafóricos.

píctima

Contexto: Con todo eso —dijo Sancho— que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro que en una bolsilla me dio el mayordomo del duque, que como **píctima** y confortativo la llevo puesta sobre el corazón, para lo que se ofreciere […] [2.ª parte; capítulo LVIII].

Sinónimos vulgares: alivio, consuelo; sinónimos científicos: apósito, confortante.

Comentario: Es un tecnicismo médico transferido al uso vulgar con una noción inexacta de su significado. El derivado popular correspondiente es *bizma*, que ofrece la pérdida postónica y sonorización de la oclusiva propia de las voces castizas españolas.

pie

Contexto: […] y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus **pies,** sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España […] [1.ª parte; capítulo III].

Comentario: Uso común en todos los sectores del lenguaje. De empleo literario y vulgar. Cervantes lo emplea en el sentido directo.

planta (del pie)

Contexto: […] y, así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo, cosa que le causó tanto dolor, que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba. Porque él quedó tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque, como sentía lo poco que le faltaba para poner las **plantas** en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo […] [1.ª parte; capítulo XLIII].

Comentario: Con el valor concreto de «planta del pie» es de uso común en todos los sectores del idioma.

poro

Contexto: […] y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los **poros** de la cara y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas [1.ª parte; capítulo XXXIX].

Comentario: Palabra de uso culto tanto en la lengua antigua y clásica como en la actual. Designa por extensión a los pequeños orificios que permiten la permeabilidad en toda clase de materiales, aunque en principio designa solo a los existentes en la piel humana.

posaderas

Contexto: […] se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas **posaderas**, que no eran muy pequeñas [1.ª parte; capítulo XX].

Sinónimo científico: nalgas.

Comentario: Véase POSAS.

posas

Contexto: ¡Voto a tal! —dijo a esta sazón Sancho—. No digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. ¡Válate el diablo por modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis **posas** con los encantos! [2.ª parte; capítulo XXXV].

Sinónimos vulgares: posaderas, asentaderas; sinónimo científico: nalgas.

Comentario: *Posas* es una abreviación poco común de *posaderas*. Puede venir de un *pausis, -a, -um* (part. fuerte del latín *pausare*). Es una palabra de tipo funcional. La posadera es la zona que sirve para posarse

o sentarse. Hoy resulta voz excesivamente ceremoniosa para el habla común e incluso para las personas cultas. Anatómicamente recibe la denominación de *región glútea*.

preñada

Contexto: En el discurso de la cena preguntó don Juan a don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso, si se había casado, si estaba parida o **preñada** o si, estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote [2.ª parte; capítulo LIX].

Sinónimo científico: embarazada.

Comentario: La voz tiene pleno uso literario en las épocas antigua y clásica. Hoy se sigue usando, pero cada vez se restringe más su uso a la lengua vulgar. En la lengua culta y preocupada por lo social se dice *embarazada, encinta* o algo así. Sin embargo, este desuso general convive con un intenso deseo de revalorización literaria, motivada ésta por la riqueza expresiva del vocablo. Ortega y Gasset es el principal revalorizador de *preñada* en lo literario, aplicándola además a usos intelectuales («preñada de ideas»).

pulgar

Contexto: […] que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos **pulgares** [1.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo: dedo gordo.

Comentario: La designación de este dedo es de origen humorístico. El latín *pulicaris* se forma sober *pulica* (pulga). El pulgar viene, pues, a ser el «dedo pulgoso o usado para matarse los parásitos». Pese a este origen semántico poco honroso es hoy voz culta. El vulgo dice simplemente *dedo gordo*.

pulso

Contexto: Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin **pulsos,** de verse ante vuestra magnífica presencia [2.ª parte; capítulo X].

Comentario: Palabra viva en la lengua culta, si bien esta última parece haberla tomado del empleo frecuentísimo de ella por parte de los médicos. De ahí que por *pulso* entienda el vulgo confusamenete algo como «aliento vital» o «estremecimiento que denota vida», sino noción exacta de su verdadero sentido.

punta del espinazo

Contexto: De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la **punta del espinazo** hasta la nuca del celebro le dolía de manera que le sacaba de sentido [2.ª parte; capítulo XXVIII].

Sinónimo vulgar: rabadilla; sinónimo científico: coxis.

Comentario: *Espinazo* es designación vulgar de la columna vertebral. En lengua familiar se la llama jocosamente *raspa* (por comparación disfemística con los peces). En el caso especial *punta de espinazo* se alude al coxis.

Véase también ESPINAZO.

puño

Contexto: No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar a sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el **puño** [1.ª parte; capítulo XI].

Comentario: Empleo común en lengua culta y vulgar. Viva en todas las épocas del idioma.

purgar

Contexto: Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para **purgar** la demasiada cólera suya […] [1.ª parte; capítulo VI].

Sinónimo científico: laxar.

Comentario: Desde el uso estrictamente médico de esta palabra ha extendido su significado al campo de lo moral y espiritual. Así «purgar» un delito, repararlo o hacer penitencia por él. El segundo grado del proceso místico es el «purgativo». En la terminología religiosa basta citar «el Purgatorio». Coexiste con *purgativo* el término *catártico,* del griego, que se aplica al efecto depurador de la obra artística sobre el alma humana. Cervantes lo emplea aquí en un sentido estrictamente médico.

quebrado, -da

Contexto: No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos —dijo el bachiller—, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna **quebrada,** la cual no se verá derecha en todos los días de su vida […] [1.ª parte; capítulo XIX].

Sinónimo vulgar: roto; sinónimo científico: fracturado.

Comentario: El verbo *quebrar* tiene hoy empleo en todos los niveles del idioma. Es susceptible de acepciones figuradas («quebraderos de cabeza», preocupaciones). Cervantes la emplea en significación recta. En el lenguaje médico equivale a *fractura,* palabra común y casi exclusiva del terreno de la traumatología.

quijada

Contexto: […] enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas **quijadas** del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre […] [1.ª parte; capítulo XVI].

Sinónimo científico: maxilar.

Comentario: Designación vulgar del hueso de la mandíbula y por extensión toda ésta. En la época clásica tenía más empleo literario que hoy, en que ha pasado a designar preferentemente la mandíbula de los animales y resulta ofensiva aplicada a seres humanos. Es palabra castiza española y forma derivados vulgares y dialectales.

raigón

Contexto: Si te cortares los callos, / sangre las heridas viertan, / y quédente los **raigones**, / si te sacares las muelas [2.ª parte; capítulo LVII].

Sinónimo científico: raíz del diente.

Comentario: Aunque es palabra cacofónica y vulgar, se sirve de ella la lengua culta por no haber un sinónimo culto de que servirse. Es en absoluto impropia del lenguaje estrictamente literario. Originariamente es un aumentativo formado sobre el latín *radicem* (de *radix, -cis*).

receta

Contexto: […] —dijo Panza—, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la **receta** de ese estremado licor […] [1.ª parte; capítulo X].

Comentario: La palabra *receta* tenía y tiene dos sentidos en castellano: el de prescripción facultativa y el de conjunto de indicaciones para preparar un manjar o un producto curativo. La conexión de ambos sentidos se explica trayendo a la memoria cómo se desenvolvía la antigua medicina. Al no haber, como hoy, específicos prefabricados, el médico debía hacer constar los productos necesarios para el enfermo, y la proporción en que habían de mezclarse. Al progresar la medicina, este sentido de la explicación detallada del modo de hacer un producto se relegó al olvido, pero siguió y sigue siendo aplicable a la elaboración de productos alimenticios.

regoldar

Contexto: —*Erutar*, Sancho, quiere decir **'regoldar',** y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo; y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar,* y a los *regüeldos, erutaciones,* y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor —dijo Sancho—, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

—*Erutar,* Sancho, que no *regoldar* —dijo don Quijote [2.ª parte; capítulo XLIII].

Sinónimo científico: eructar.

Comentario: El mismo Cervantes nos explica aquí el carácter absolutamente inculto y grosero de *regoldar* frente al culto *eructar.* Regoldar vive hoy en la lengua viva del pueblo campesino al lado del sustantivo *regüeldo.* La lengua culta usa *eructar,* e incluso la menos culta. La forma *erutar* que emplea don Quijote, como contrapuesta culta a *regoldar,* aunque don Quijote ha de explicar a su escudero el sentido que tiene, presenta un principio de vulgarización fonética. Hoy se ha restaurado el grupo y se dice *eructar.*

regüeldo

Contexto: […] y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar,* y a los ***regüeldos,*** *erutaciones* […] [2.ª parte; capítulo XLIII].

Sinónimo científico: eructación, eructo.

Comentario: Cervantes insiste en la diferencia entre lo culto y lo vulgar, en cuanto a las voces *eructar* y *regoldar* (v. REGOLDAR). Parece advertirse un deje irónico cuando Cervantes afirma que «la gente curiosa se ha acogido al latín». Aunque el mito de Cervantes «ingenio lego» está ya superado por la crítica, nunca se preocupó demasiado de la minucia retórica, como ocurre a todos los escritores de gran vuelo, en los que la autenticidad y fuerza de la labor creadora prevalece sobre toda otra preocupación.

rematado, -da

Contexto: En efeto, **rematado** ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo […] [1.ª parte; capítulo I].

Sinónimo científico: loco.

Comentario: *Rematar* es «dar el golpe de gracia que acaba del todo con la vida». Aplicado al juicio significa «locura total» o muerte absoluta de la razón, que viene a ser lo mismo. Se sigue usando hoy esta expresión.[1]

remedio

Contexto: De ese modo, en mi dolencia / ningún **remedio** se alcanza, / pues me matan la esperanza / desdenes, celos y ausencia [1.ª parte; capítulo XXVII].

Sinónimos científicos: medicina, medicamento.

Comentario: Se usa referido al plano material (como medicina) y al plano espiritual (como consuelo, estímulo, solución). Es propia de la lengua vulgar y de la culta, de antes y de ahora.

renco, -ca

Contexto: No soy **renca,** ni soy coja, / ni tengo nada de manca; / los cabellos, como lirios, / que, en pie, por el suelo arrastran […] [2.ª parte; capítulo XLIV].

Sinónimo científico: cojo, -ja.

Comentario: Renca no existe hoy sino en medios rurales y, aun así, reducidos. En cambio sí vive actualmente *renquear,* cojear ligeramente o andar como abrumado de cansancio. El contraponer aquí Cervantes *renca* a *coja* indica que la primera palabra tiene el valor de «tardía, cansina». Sin embargo, tuvo el valor sinónimo de *coja* y lo sigue teniendo, dentro de su escasa vitalidad.

renquear

Contexto: El duque mandó a sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron a don Quijote maltrecho de la caída, y, **renqueando** y como pudo, fue a hincar las rodillas ante los dos señores […] [2.ª parte; capítulo XXX].

Sinónimo científico: cojear.

Comentario: Véase RENCO.

resfriarse

Contexto: Pues vuestra merced, señor mío, lo quiere así —respondió Sancho—, sea en buena hora, y écheme

su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando y no querría **resfriarme,** que los nuevos diciplinantes corren este peligro [2.ª parte; capítulo LXXI].

Sinónimo científico: constiparse.

Comentario: Palabra de uso general, en lengua clásica y actual, en todos los sectores del idioma. En la época de Cervantes existía *resfrío* (en donde se siente como sustantivo) frente al moderno *resfriado* (donde la idea de frío se plasma gramaticalmente en forma objetiva o participial).

reuma

Contexto: […] porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijón ni de **reuma** alguna [1.ª parte; capítulo XVIII].[m]

riñón

Contexto: Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí de lobos marinos, que es opinión que muchos años fue enfermo de los **riñones** […] [2.ª parte; capítulo XVIII].

Comentario: Palabra de uso común en todos los sectores del idioma. No tiene uso estrictamente literario

rodilla

Contexto: […] ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de **rodillas** ante mi dulce señora […]? [1.ª parte; capítulo I].

Comentario: Uso común a lo culto y a lo vulgar en la lengua antigua y moderna. Fonéticamente es voz de evolución popular. Uso literario y conversacional.

rollizo, -za

Contexto: «Así que, señor mío de mi ánima —prosiguió Sancho—, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza **rolliza,** zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que ahora la veo» [1.ª parte; capítulo XX].

Sinónimo vulgar: gordo; sinónimo científico: adiposo, obeso.

Comentario: Es voz formada sobre *rollo,* que es algo donde la mente del hablante captó la idea de redondez. Se usa en el habla común y culta, aunque algo más en la segunda. Es sinónimo de *gordo,* pero *rollizo* sugiere una noción de salud y carnes prietas que no tiene la otra palabra (más imprecisa y general).

ruibarbo

Contexto: Pues ese —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de **ruibarbo** para purgar la demasiada cólera suya […] [1.ª parte; capítulo VI].

Comentario: El ruibarbo es un preparado de uso generalísimo en los escritos de la literatura del Siglo de Oro y anterior. Las gentes cultas de hoy lo conocen por sus lecturas, desconociendo, sin embargo, lo que era exactamente. Es inusitado hoy como no sea en diccionarios o glosarios de herboristería o algo por el estilo.

sandez

Contexto: Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus **sandeces** y vaciedades [2.ª parte; capítulo XXXI].

Sinónimo vulgar: simpleza; sinónimo científico: necedad.

Comentario: Más usada en la época clásica que en la actualidad. Hoy es de empleo exclusivamente culto.

sandio, -dia

Contexto: Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por **sandio** los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite […] [2.ª parte; capítulo XXXII].

Sinónimo vulgar: tonto; sinónimo científico: necio.

Comentario: A diferencia de *sandeces* (viva aún en el español culto), el primitivo *sandio* es hoy del todo desusado. Es palabra típica del lenguaje caballeresco antiguo y Cervantes la pone por ello en boca de don Quijote.

sangre

Contexto: […] y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar **sangre** por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo […] [1.ª parte; capítulo IX].

Comentario: Uso común en todos los sectores del idioma. Aquí está empleada en su acepción directa.

sangría

Contexto: […] porque se le habían de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos **sangrías** que le habían hecho estando enfermo [1.ª parte; capítulo IV].

Comentario: La sangría o extracción de sangre era uno de los dos o tres lugares comunes de la antigua terapéutica. Se aplicaba incluso en casos en los que resultaba nefasta. Su gran uso originó el oficio de sangrador, que solían ejercer los barberos. Los cerebros privilegiados de la época llegaron a calar claramente la ineficacia de las sangrías y aparecen en muchos escritores de la época ingeniosas sátiras contra ellas.

seco, -ca (de carnes)

Contexto: Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, **seco** de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza [1.ª parte; capítulo I].

Sinónimo vulgar: delgado; sinónimo científico: asténico.

Comentario: Vulgarmente, *seco* es sinónimo de *delgado.* Es una aplicación a lo humano de un vocablo originariamente designaba a las plantas. De la

definición de don Quijote que nos da Cervantes puede inferirse su astenia y de ella su propensión a lo contemplativo. Actualmente se llama *asténico* al sujeto seco de carnes.

seno

Contexto: Y aquí tornó a su llanto como de primero; y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de a cuatro del **seno** y se le dio de limosna [1.ª parte; capítulo XXII].

Sinónimo científico: pecho.

Comentario: Recoge aquí Cervantes la acepción popular y castiza de *seno* como «hueco del pecho o espacio entre la carne y la ropa». Literariamente, *seno* es el regazo de la mujer y es también designación culta de los pechos femeninos. En anatomía también se habla de «seno de la duramadre», «senos frontales», etc. Giros análogos al cervantino de este ejemplo siguen vivos en la lengua regional. La lengua culta actual no emplea estas expresiones.

sentido

Contexto: […] y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni **sentido** [1.ª parte; capítulo VIII].

Sinónimo científico: conocimiento, consciencia.

Comentario: *Sentido* vale aquí como lucidez o autoconciencia. Las expresiones de «estar sin sentido», «caer sin sentido» y similares son propias de la lengua actual y lo eran de la clásica.

señal

Contexto: No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y **señales** [1.ª parte; capítulo I].

Sinónimo científico: cicatriz.

Comentario: Palabra de uso común. Ha pasado a designar a las cicatrices o huellas de antiguas lesiones en el cuerpo humano. También es susceptible de uso figurado en acepciones intelectuales.

sesos

Contexto: Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los **sesos**, si algunos tuviera [1.ª parte; capítulo II].

Sinónimo científico: cerebro.

Comentario: El giro *derretir los sesos* se expresa para ponderar la idea del calor. Es vivo en la lengua actual. La palabra *sesos* es más vulgar que culta. En ésta, la masa encefálica se llama más comúnmente *cerebro*.

sien

Contexto: Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recebir el grado de su ejercicio: lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las **sienes** o le dejará estropeado de brazo o pierna [1.ª parte; capítulo XXXVIII].

Sinónimo científico: región parieto-témporo-frontal.

Comentario: Palabra de uso común. Por la extrema importancia vital de esta región, los golpes o impactos en ella se consideran sinónimos de muerte. Esta vivencia del habla espontánea es la que recoge Cervantes en este caso.

sordo, -da

Contexto: […] que a fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los **sordos** [2.ª parte; capítulo III].

Comentario: Cervantes usa aquí una expresión ponderativa. La palabra es de uso común en todos los sectores del idioma, y se ve reemplazada por designaciones humorísticas en la lengua jergal y conversacional común.

sudar

Contexto: […] no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de **sudar** el hopo [1.ª parte; capítulo X].

Comentario: De uso común. Reviste muchas veces acepciones metafóricas y se emplea designando la tarea dura aunque ésta sea meramente intelectual o de otra índole que no implique fatiga muscular.

talle

Contexto: Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el **talle** corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas» […] [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo científico: cintura.

Comentario: Designa la cintura o parte central del cuerpo. Es palabra común a todos los sectores del idioma, aunque cargada del lado culto.

tartamudo, -da

Contexto: ¡Oh, válame Dios y cuán grande que fue el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada y **tartamuda** lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: […] [1.ª parte; capítulo XLVI].

Sinónimo vulgar: tartaja.

Comentario: Es acepción más bien culta, aunque no del todo. La lengua dialectal, prestando más atención a lo onomatopéyico que a la composición originaria, dice *tartajoso*. No es en absoluto palabra del tecnicismo literario.

tobillo

Contexto: Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del **tobillo,** sin que ella se le haya

causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella […] [1.ª parte; capítulo XXXIII].
Sinónimo científico: maleolo.
Comentario: Palabra de uso culto y vulgar. Fonéticamente es vulgar. En la Edad Media tuvo la forma *tobiello,* pero desde el siglo XIV ya este sufijo se reduce a *-illo*.

toser

Contexto: Y ella, después de haberse puesto bien en la silla y prevenídose con **toser** y hacer otros ademanes con mucho donaire, comenzó a decir desta manera: […] [1.ª parte; capítulo XXX].
Comentario: Es verbo culto y vulgar. En el ejemplo que nos ocupa está cercano a la sustantivación, que es posible, aunque no muy frecuente. En el verbo se verificó un paso de la conjugación *-ire* a la *ere-*, lo cual sucede con frecuencia en castellano. No reviste acepciones figuradas.

traseras

Contexto: Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus **traseras** partes a don Quijote […] [2.ª parte; capítulo XVII].
Sinónimo vulgar: posaderas; sinónimo científico: nalgas.
Comentario: *Traseras partes* es una forma eufemística de designar a las nalgas. También se llama a esta región *el trasero*. En estas designaciones el matiz humorístico se interfiere mucho con el eufemismo.

trastornado, -da

Contexto: Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa; y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado, sino **trastornado** el juicio [1.ª parte; capítulo XLVIII].
Sinónimo vulgar: loco; sinónimos científicos: demente, perturbado.
Comentario: La palabra *trastornado* designa a todo aquello cuyo funcionamiento no es regular. Se aplica casi exclusivamente al organismo humano, aunque no falte su empleo en otras ocasiones. Quien está trastornado sin sufrir una dolencia claramente definida nota un desarreglo confuso de su organismo y un leve malestar general. Propio del habla culta y vulgar.

tripa

Contexto: Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las **tripas** [1.ª parte; capítulo II].
Sinónimo científico: intestino.
Comentario: La palabra *tripa* es designación vulgar de los intestinos. Se la emplea en designaciones jocosas, referentes al hambre, como hace Cervantes en este caso. En realidad se emplea también familiarmente en la lengua culta, pero su uso es proscrito en el lenguaje convencional y formulista.

tuerto, -ta

Contexto: […] y aun creo que estamos ya tan de su parte, que, aunque su retrato nos muestre que es **tuerta** de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere [1.ª parte; capítulo IV].
Sinónimo científico: anoftalmía unilateral.
Comentario: Palabra común a todos los sectores del idioma. Por su evolución fonética (del latín *tortus*) es palabra popular, presentando diptongación normal en *ue* de la *o* latina. No tiene acepciones figuradas y es absolutamente impropia del lenguaje propiamente literario.

tullido, -da

Contexto: Bien sé firmar mi nombre —respondió Sancho—, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo **tullida** la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte […] [2.ª parte; capítulo XLIII].
Sinónimo científico: paralítico.
Comentario: La palabra *tullido* vale en general como «lesionado», pero su empleo se ha generalizado más con el valor de «impedido», «inmóvil» o «paralítico». Es de uso común, aunque cargada del lado popular.

unción

Contexto: Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las **unciones** para curarse del morbo gálico […] [2.ª parte; capítulo XXII].
Sinónimo vulgar: untura; sinónimo científico: fricción.
Comentario: La palabra *unción* está tomada aquí en el sentido etimológico propio de la medicina. Esta acepción cervantina no tiene hoy vitalidad, y *unción* viene a ser equivalente a *devoción*. En realidad ésta es una aplicación de la terminología religiosa sobre el sentido original, aunque a veces se haya perdido la noción de ello.

ungüento

Contexto: […] y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de **ungüentos** para curar las heridas que recebían […] [1.ª parte; capítulo III].
Sinónimo científico: pomada.
Comentario: El desconocimiento de las diversas especialidades farmacéuticas movió a designar a gran parte de ellas con el nombre común de *ungüentos*. Esta voz sigue viva en español, pero su vitalidad ha decrecido con relación al Siglo de Oro.

uña

Contexto: […] mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de **uña** de su amo [1.ª parte; capítulo XX].
Comentario: Del latín *ungula*. El grupo *gl* tras con-

sonante produce el resultado de *n*. Su doble culto sería *ungula,* de donde procede la designación zoológica de *ungulados*.[n]

vaciedad

Contexto: Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como Vuestra Excelencia quiere que sea dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y **vaciedades** [2.ª parte; capítulo XXXI].

Sinónimos: simpleza, tontería.

Comentario: Antes y ahora *vaciedad* es la acción o el pensamiento carentes de sentido y de coherencia. Actualmente es palabra propia del habla culta, que tiene conciencia de su alusión etimológica a *vacío*.

váguido

Contexto: Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, **váguidos** de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas […] [1.ª parte; capítulo XXXVIII].

Sinónimo vulgar: vahído; sinónimo científico: desvanecimiento.

Comentario: Es otro derivado de la idea de *vacío* (latín *vacuus*). En este caso se emplea sólo referido al organismo humano y vale como desvanecimientos, mareos. En el ejemplo concreto que nos ocupa hay una especificación («váguidos de cabeza») para precisar su carácter algo confuso.

vahído = *VÁGUIDO*

vejez

Contexto: Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en **vejez** suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos [2.ª parte; capítulo XLII].

Sinónimo científico: senectud.

Comentario: Del latín *vetulus* viene propiamente el castellano *viejo,* que es un aragonesismo por su diptongo. *Vejez* designa a la cualidad abstracta y se forma sobre *viejo*. Es propio de todos los sectores del habla y de todas las épocas.

vello

Contexto: […] que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas y hacer otros menjurjes tocantes a mujeres […] [2.ª parte; capítulo XL].

Sinónimo vulgar: pelusilla.

Comentario: Empleo común en todos los sectores del idioma. No es susceptible de empleos metafóricos ni figurados.

vena

Contexto: No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus **venas,** de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene [1.ª parte; capítulo XLIII].

Comentario: Común al habla culta, literaria, familiar y vulgar. Los términos científicos correspondientes referentes a las venas se hacen sobre el griego *flebos,* que es equivalente.

veneno

Contexto: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta a Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con **venenos** mortíferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la he tratado [2.ª parte; capítulo LXX].

Comentario: Uso general en todos los sectores del habla. Tiene, aunque poco frecuentes, empleos metafóricos.

verruga

Contexto: Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de **verrugas,** de color amoratado, como de berenjena […] [2.ª parte; capítulo XIV].

Comentario: Uso común. Es voz de evolución popular (del latín *verruca*) y en absoluto propia de lo estrictamente literario. Fonéticamente presenta sonorización normal de *c* en *g* y *u* conservada.

viruela

Contexto: Aunque, si va a decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo: por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de **viruelas** […] [2.ª parte; capítulo XLVII].

Comentario: *Viruela* es un diminutivo; viene del latín *variolus,* formado sobre *varus*. Es la designación vulgar y culta de esta enfermedad. No es vocablo literario.

vomitar

Contexto: […] y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a **vomitar,** de manera que no le quedó cosa en el estómago […] [1.ª parte; capítulo XVII].

Sinónimos vulgares: devolver, arrojar.

Comentario: Verbo de uso general. Normal en cuanto a su evolución (del latín *vomitare*). La lengua popular emplea más *devolver* en lugar suyo.

yema (de un dedo)

Contexto: […] unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la **yema** de un dedo, teniendo suspensos a los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: […] [1.ª parte; capítulo XXVI].

Sinónimo científico: pulpejo.

Comentario: Voz de uso general. Su doblete culto es *gema,* que ha tomado acepción completamente distinta (la de «joya»), pero que viene de la misma base latina *gemma*.

zanca

Contexto: Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las **zancas** largas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas» […] [1.ª parte; capítulo IX].

Sinónimo científico: pierna delgada.

Comentario: La palabra *zancos* designa a unos suplementos de madera que sirven para andar en terrenos cenagosos. El femenino *zancas* designa principalmente a las patas de las aves, llamdas por ello *zancudas*. Por todas estas circunstancias, llamar *zancas* a las piernas humanas tiene un claro matiz humorístico y de tendencia envilecedora (patente ésta en expresiones como *zanquilargo,* etc.).

Notas de la Redacción

[a] A pesar de que los ingredientes utilizados no eran caros ni difíciles de encontrar, su inventor, a la vista de los buenos resultados conseguidos con él, lo cobraba a un precio bastante caro. Ahí se encuentra el origen de la expresión «caro como aceite de Aparicio».

[b] En realidad, el algebrista se ocupaba solamente de la reducción de problemas traumatológicos, como luxaciones o esguinces, muy de acuerdo con el significado original de la palabra árabe, de la cuál procede: *al-gabr* ('la reducción').

[c] Comentario añadido por la Redacción. El comentario original de López Méndez versa sobre el vocablo *amago,* que no es pertinente para el sentido claramente médico del pasaje cervantino seleccionado.

[d] En realidad, un antídoto es cualquier sustancia que actúa contra otra. De ahí que *antídoto* fuera cualquier remedio con acción interna, no solamente las sustancias que tuvieran acción contra los venenos.

[e] En propiedad, *cirujano* no es el sinónimo científico de *barbero;* eran dos categorías profesionales distintas.

[f] Según muchos otros autores, sin embargo, para la realización de numerosas prácticas quirúrgicas se recurría más frecuentemente a los barberos y sangradores que a los cirujanos, dada la pericia de aquéllos y la poca experiencia de éstos y su reticencia a acometer determinadas tareas.

[g] En realidad, *cauterio* no se refiere a «cualquier cosa de efecto curativo», sino tan sólo a las sustancias cáusticas o al calor extremo que, aplicados sobre una herida, pueden cicatrizarla.

[h] Esta voz figura en la lista de palabras tratadas en *La medicina en el Quijote,* pero no aparece en la obra su correspondiente ficha terminológica comentada. La frase del contexto ha sido incorporada por la Redacción de *Panace@*.

[i] El DRAE (2001), en cambio, define así *estevado:* «Que tiene las piernas arqueadas a semejanza de la esteva, de tal modo que, con los pies juntos, quedan separadas las rodillas».

[j] *Médico herbolario,* en los siglos XVI y XVII, ni es sinónimo de *curandero,* ni de *médico naturista*. Desde la Antigüedad y hasta que se produjeran las grandes revoluciones de la química y la farmacia en siglos posteriores, prácticamente la totalidad del arsenal terapéutico al alcance de cualquier médico estaba compuesto de plantas medicinales. Por tanto, todos los medicamentos utilizados por todos los médicos estaban elaborados básicamente a base de plantas.

[k] Vocablo añadido por la Redacción; no aparece recogido en la obra de López Méndez.

[l] Por ejemplo, en «loco de remate».

[m] Vocablo añadido por la Redacción; no aparece recogido en la obra de López Méndez.

[n] El *negro de la uña* es el espacio que hay entre la yema del dedo y el borde de la uña, por oposición al *blanco de la uña*, que es la lúnula. Cervantes lo usa en sentido figurado: «lo mínimo»

Margarita Puncel

Glossário trilíngüe (EN-PT-ES) de termos, abreviações e acrônimos usados com freqüência em Imunologia. 2ª parte

Glosario trilingüe (EN-PT-ES) de términos, abreviaturas y siglas usados con frecuencia en inmunología. 2.ª parte

Lúcia M. Singer* y Juan Manuel Igea**

No artigo anterior[a] comentamos sobre a abrangência e o desenvolvimento da Imunologia, bem como demos alguns conceitos básicos sobre substâncias próprias e não-próprias, tolerância e antígenos. Vamos aqui abordar alguns conceitos sobre imunidade natural e imunidade adquirida, bem como sobre o elo de ligação entre esses dois tipos de imunidade, a inflamação.

Imunidade natural, inflamação e imunidade adquirida

Todos sabem que frente a uma epidemia, somente uma parcela da população em contato com o agente causal da epidemia fica de fato doente. Em geral, a maior parte da população embora tenha entrado em contato com o germe não desenvolve a doença, sendo pois resistente àquela doença. O que determina a **resistência** ou a **susceptibilidade** às infecções é a eficiência da resposta imunológica para um determinado microorganismo em particular. Assim, o mesmo indivíduo pode ser resistente a determinadas infecções e susceptível a outras. Em vertebrados, a resposta imunológica pode ser determinada por mecanismos inespecíficos, quando é chamada de imunidade natural, ou por mecanismos específicos, que compõem a imunidade adquirida.

A imunidade natural é obtida pela ação de células e moléculas com as quais as pessoas nascem (por isso é também designada imunidade inata), está potencialmente sempre presente e por isso constitui a primeira linha de defesa do organismo contra substâncias estranhas, estabelece-se rapidamente, tem pouca ou nenhuma especificidade para microorganismos; além disso, a resistência imediata não é duradoura e não aumenta pela repetição do estímulo antigênico.

Por outro lado, a imunidade adquirida (também chamada de imunidade adaptativa), é específica para o germe, a molécula ou a célula não-própria que a induziu, sendo pois uma resposta adaptativa ao não-próprio e apresenta **memória** (ou seja, o sistema imunológico se lembra de um encontro anterior com a molécula, célula ou micróbio, de forma que em encontros subseqüentes estimula cada vez mais as defesas do organismo). As vacinações protetoras são baseadas no fenômeno da memória imunológica. Por exemplo, a vacinação contra varíola, difteria ou coqueluche (da mesma forma que a infecção por estas doenças) produz uma imunidade persistente e o desenvolvimento de linfócitos de memória, os quais induzirão por sua vez uma resposta imune mais eficaz, forte e duradoura após uma infecção ou vacinação posterior.

Tanto o sistema imunológico natural como específico consistem de várias moléculas, células e tecidos. As células mais importantes pertencem a duas grandes categorias: **fagócitos** e **linfócitos.**

Os principais componentes celulares da imunidade natural são os fagócitos e as **células citotóxicas naturais** (também conhecidas como células **NK,** do inglês *natural killers*); os fatores solúveis mediadores da imunidade natural mais importantes são: a lisozima, um complexo de substâncias genericamente designadas "sistema complemento" e as proteínas de fase aguda (como os **interferons** e a **proteína C-reativa**). Já os principais componentes responsáveis pela resposta imune adquirida são os linfócitos e os **anticorpos,** que são moléculas solúveis pertencentes à superfamília das imunoglobulinas **(moléculas de adesão).**

Quando as primeiras defesas naturais do organismo são rompidas, os mecanismos específicos de defesa entram em ação numa tentativa de erradicar o agente estranho. As respostas imunológicas específicas também amplificam os mecanismos protetores da imunidade natural, reforçando a capacidade do organismo em eliminar moléculas ou agentes antigênicos.

Imunidade natural

A maioria dos agentes infecciosos não consegue penetrar em nosso organismo graças a vários tipos de barreiras físicas e bioquímicas, tais como a pele íntegra, o muco, os cílios que revestem a traquéia, a acidez do estômago, a lisozima (uma proteína presente na saliva e secreções capaz de clivar as ligações das paredes celulares de determinadas bactérias), os organismos comensais existentes no sistema digestório e na vagina, o fluxo da urina (que arrasta os microrganismos) e seu pH ácido (que limita o crescimento das bactérias) entre várias outras barreiras naturais.

Quando um agente infeccioso consegue vencer estas primeiras barreiras e se instalar nos tecidos do hospedeiro, inicia-se uma reação inflamatória que propicia o influxo de um grande número de fagócitos para o loca da infecção; esses fagócitos possuem potentes mecanismos microbicidas. Os fagócitos são capazes de englobar partículas, inclusive muitas espécies de bactérias e fungos, e de destruí-las. Este processo é denominado **fagocitose.** As principais células fagocitárias são os **neutrófilos,** os **monócitos** e os **macrófagos.**

* Profa. Dra. aposentada do Dept. de Imunologia do Instituto de Ciências Biomédicas da Universidade de São Paulo (Brasil). Tradutora especializada em Ciências Biomédicas. Endereço para correspondência: biowords@uol.com.br.

** Clínica Alergoasma (Salamanca, España), presidente de la Sociedad Castellano-Leonesa de Alergia e Inmunología Clínica.

Além dos fagócitos as células citotóxicas naturais também desempenham importante papel na imunidade natural. Apesar de pertencer à linhagem de células linfocíticas, as células NK são consideradas elementos da imunidade natural por não atuarem de forma específica, nem desenvolverem memória, características de **linfócitos T e B,** mediadoras da imunidade adquirida. As células NK são leucócitos capazes de reconhecer alterações na superfície de células, como as que ocorrem em células tumorais e células infectadas por vírus. Nesses casos, as células NK conseguem se ligar às células alteradas e matá-las. Este tipo de reação na qual um linfócito mata uma célula alvo é denominado **citotoxicidade.**

Além das células fagocitárias e NK, determinadas substâncias solúveis também operam de forma coordenada, para erradicar agentes infecciosos. Isto inclui as proteínas de fase aguda, as proteínas do sistema complemento e os interferons, cujas concentrações geralmente aumentam rapidamente frente a infecções. Assim, por exemplo, as células NK têm papel fundamental no combate inicial das infecções virais, antes da atuação da imunidade específica, e parecem ser responsáveis pela rápida recuperação de resfriados comuns e de outras viroses de curta duração. As células NK são capazes de produzir o **interferon-γ** (IFN-γ), que ativa macrófagos, aumentando sua capacidade microbicida e tumoricidade, e inibe a replicação viral.

As proteínas de fase aguda compreendem, entre outras, a **proteína C-reativa,** capaz de se ligar a pneumococos e outras bactérias e promover a ativação de algumas proteínas do sistema complemento, a **lectina ligante de manose (MBL),** capaz de facilitar a fagocitose de patógenos (por **opsonização**) que apresentam manose em suas superfícies e também ativam o sistema complemento pela via das lectinas, parte importante da imunidade natural.

O sistema complemento é um complexo formado por mais de 30 proteínas séricas cujas funções gerais são: opsonizar antígenos, facilitando assim a fagocitose; controlar a inflamação e destruir agentes estranhos pela lise celular. O sistema complemento interage com outros componentes do sistema imune natural e específico.

Interferons (IFNs) são um grupo de proteínas importantes na defesa contra infecções virais. O interferon-α e -β são produzidos por células infectadas por vírus e atuam em outras células para induzir um estado de resistência contra infecções virais. O IFN-γ, é produzido durante a fase de resposta imunológica adquirida específica.

Inflamação

Quando um tecido íntegro sofre uma agressão, seja de natureza infecciosa ou não, o tecido responde no sentido de restaurar a integridade perdida. No caso de agressão infecciosa, o microorganismo precisa ser eliminado para que a integridade possa ser restabelecida. A inflamação é, portanto, um mecanismo de defesa do organismo contra agressões, pois propicia o acúmulo e a ativação de células fagicitárias no local agredido, o que contribui para a eliminação dos microorganismos. É também essencial para a restauração dos tecidos, sendo que a cicatrização não ocorre sem inflamação. A inflamação é também fundamental para o estabelecimento da resposta imunológica específica. Os microorganismos que não são destruídos no local, os antígenos dos microorganismos ou as células que fagocitaram os microorganismos são drenados pelos vasos linfáticos para o linfonodo mais próximo. Neste linfonodo reconhecem os antígenos devidamente processados e apresentados pelos macrófagos e outras **células apresentadoras de antígenos,** também designadas **APC** (do inglês, *antigen presenting cells*), o que é fundamental para o início da resposta imunológica específica. Esta se inicia, portanto nos linfonodos, neste caso, e/ou no baço, caso a infecção atinja o sistema circulatório. Como conseqüência são produzidos anticorpos e linfócitos ativados.

Imunidade adquirida

Quando um indivíduo é exposto a antígenos estranhos ocorre geralmente a estimulação de dois tipos básicos de mecanismos efetores. Um mediado por moléculas específicas, os anticorpos, presentes no sangue e em vários fluidos biológicos; tal tipo de resposta é designada **resposta humoral** e a imunidade mediada por anticorpos é a **imunidade humoral.** O outro tipo de resposta é efetuado por células, principalmente por linfócitos T e conferem a **imunidade mediada por células.**

A maioria das respostas imunológicas envolve interações entre a respota humoral e celular. Ademais, os sistemas de imunidade natural e adaptativa não atuam de forma totalmente independente. Os exemplos a seguir podem ilustrar este fato: anticorpos podem não apenas neutralizar, mas também opsonizar os agentes infecciosos de forma que os fagócitos consigam reconhecer e englobar seus alvos de forma mais eficiente; linfócitos T ativados produzem certos hormônios designados citocinas e algumas dessas citocinas estimulam os fagócitos para destruírem os agentes infecciosos de forma mais eficaz; os linfócitos T auxiliam ainda os linfócitos B a produzirem anticorpos.

Assim, o sistema imunológico atua como uma orquestra na qual todos os instrumentos são importantes, embora em algumas partes existam solos. O maestro dessa grande orquestra é o agente estranho que muitas vezes determina qual(is) o(s) tipo(s) de resposta a ser(em) desencadada(s) ou se haverá apenas o silêncio.

Na terceira e última parte desta série abordaremos alguns aspectos sobre as células e moléculas envolvidas na imunidade e como funcionam. Pretendemos, outrossim, dirigir algumas palavras sobre os efeitos deletérios que podem ocorrer em função da ativação do sistema imunológico.

* * *

En el artículo anterior[a] comentamos el desarrollo de la inmunología y ofrecimos algunos conceptos básicos sobre las sustancias propias y extrañas, la tolerancia y los antígenos. Vamos a abordar aquí algunos conceptos sobre la inmunidad natural y la inmunidad adquirida, así como sobre las conexiones que hay entre estos dos tipos de inmunidad, la inflamación.

Inmunidad natural, inflamación e inmunidad adquirida

Todos sabemos que en una epidemia sólo enferma una pequeña parte de la población que entra en contacto con el microorganismo causal. Lo que determina la **resistencia** o la **susceptibilidad** a las infecciones es la eficacia de la respuesta inmunitaria frente a un microorganismo en particular. De esta forma, el mismo sujeto puede ser resistente a determinadas infecciones y susceptible a otras. En los vertebrados, la respuesta inmunitaria está determinada por mecanismos inespecíficos —es lo que se llama inmunidad natural— o por mecanismos específicos —lo que se denomina inmunidad adquirida.

La inmunidad natural opera a través de células y moléculas con las que las personas nacen (por ello se denomina también *inmunidad innata*). Constituye la primera línea de defensa del organismo contra agentes extraños, se establece rápidamente, dura poco y no es específica del microorganismo; tampoco aumenta con la repetición del estímulo antigénico.

Por otro lado, la inmunidad adquirida (también llamada inmunidad adaptativa) es específica del microorganismo, la molécula o la célula extraña inductoras, por lo que constituye una respuesta adaptativa a lo ajeno y presenta **memoria** (es decir, el sistema inmunitario recuerda un encuentro anterior con una molécula, célula o microorganismo y los encuentros posteriores estimulan cada vez más las defensas contra ellos). Las vacunas se basan en el fenómeno de la memoria inmunitaria. Por ejemplo, una vacuna contra el sarampión, la difteria o la tos ferina (de la misma forma que las propias enfermedades) genera una inmunidad persistente con la aparición de linfocitos de memoria que inducirán a su vez una respuesta inmunitaria más eficaz, fuerte y duradera ante una infección o vacunación posterior.

Tanto el sistema inmunitario natural como el específico constan de componentes moleculares, celulares e hísticos. Las células más importantes pertenecen a dos grandes categorías: los **fagocitos** y los **linfocitos.** Los principales componentes celulares de la inmunidad natural son los fagocitos y los **linfocitos citolíticos espontáneos** (también conocidos como **linfocitos NK,** del inglés *natural killers*); los factores solubles mediadores de la inmunidad natural más importantes son: la lisozima, un grupo de proteínas que actúa en cascada denominado *sistema del complemento* y las proteínas de fase aguda (como los **interferones** y la **proteína C-reactiva**). Los principales componentes responsables de la respuesta inmunitaria adquirida son los linfocitos y los **anticuerpos,** que son moléculas solubles pertenecientes a la superfamilia de las inmunoglobulinas **(moléculas de adhesión).**

Cuando se rompen las primeras defensas del organismo, entran en acción mecanismos específicos para erradicar el agente extraño. Las respuestas inmunitarias específicas también amplifican los mecanismos protectores de la inmunidad natural, lo que refuerza la capacidad del organismo de eliminar moléculas o sustancias antigénicas.

Inmunidad natural

La mayoría de los microorganismos infecciosos no consigue penetrar en el organismo, gracias a varios tipos de barreras físicas y bioquímicas, como la piel íntegra, las mucosas, los cilios que revisten la tráquea, la acidez gástrica, una lisozima (proteína presente en la saliva y las secreciones y capaz de lisar las uniones de las paredes celulares de determinadas bacterias), los microorganismos comensales existentes en el aparato digestivo y en la vagina, el flujo de orina (que arrastra los microorganismos) y el pH ácido (que limita el crecimiento de las bacterias), entre otras barreras naturales.

Cuando un microorganismo infeccioso consigue vencer estas primeras barreras y se instala en los tejidos del hospedador, se inicia una reacción inflamatoria que propicia la llegada de un gran número de fagocitos a la zona de la infección; estas células poseen mecanismos microbicidas potentes. Los fagocitos son capaces de englobar partículas, incluso muchas especies de bacterias y hongos, y de destruirlas. Este proceso se denomina **fagocitosis.** Las principales células fagocitarias son los **neutrófilos,** los **monocitos** y los **macrófagos.** Además de éstas, los **linfocitos citolíticos espontáneos** también desempeñan una función importante en la inmunidad natural. Aunque pertenecen a la línea de las células linfocíticas, las células NK se consideran elementos de la inmunidad natural porque no actúan de forma específica ni desarrollan memoria, características de los **linfocitos T y B,** los mediadores de la inmunidad adquirida. Los linfocitos NK son leucocitos que pueden reconocer alteraciones en la superficie de las células, como las presentes en las células tumorales y las infectadas por virus. En esos casos, los linfocitos NK pueden adherirse a las células alteradas y provocar su lisis. Este tipo de reacción en la que un linfocito mata a una célula se denomina **citotóxica.**

Además de las células fagocitarias y NK, determinadas sustancias solubles operan de forma coordinada para erradicar los microorganismos infecciosos. Entre ellas están las proteínas de fase aguda, las proteínas del sistema del complemento y los interferones, cuyas concentraciones aumentan generalmente con rapidez frente a las infecciones. Así, por ejemplo, los linfocitos NK desempeñan una función fundamental en las primeras etapas de las infecciones víricas, antes de la actuación de la inmunidad específica, y parecen ser responsables de la rápida recuperación en los resfriados comunes y otras infecciones víricas de corta duración. Los linfocitos NK son capaces de producir el **interferón γ** (IFN-γ), que activa los macrófagos, lo que aumenta su capacidad microbicida y tumoricida e inhibe la replicación vírica.

Las proteínas de fase aguda son, entre otras, la **proteína C-reactiva,** capaz de unirse a los neumococos y otras bacterias y de promover la activación de algunas proteínas del sistema del complemento, y la lectina de unión a manosa **(MBL);** ésta facilita (por **opsonización**) la fagocitosis de los microorganismos patógenos que presentan manosa en su superficie y activa el sistema del complemento por la vía de las lectinas, parte importante de la inmunidad natural.

El sistema del complemento es un complejo formado por más de treinta proteínas séricas cuyas funciones generales son opsonizar antígenos, facilitando así su fagocitosis, controlar la inflamación y destruir microorganismos extraños mediante lisis celular. El sistema del complemento interacciona con otros componentes del sistema inmunitario natural y específico.

Los interferones (IFN) son un grupo de proteínas importantes en la defensa contra las infecciones víricas. Los interferones α y β los producen células infectadas por virus y actúan en otras células para inducir un estado de resistencia contra las infecciones víricas. El IFN-γ se produce durante la fase de respuesta inmunitaria adquirida específica.

Inflamación

Cuando un tejido íntegro sufre una agresión, sea de naturaleza infecciosa o de otro tipo, el tejido responde en el sentido de restaurar la integridad perdida. En el caso de la agresión infecciosa, es preciso eliminar el microorganismo para restablecer la integridad. La inflamación es, por tanto, un mecanismo de defensa del organismo contra las agresiones, ya que propicia la acumulación y activación de células fagocitarias en la zona agredida, lo que contribuye a eliminar los microorganismos. Sin inflamación no hay cicatrización, lo que la hace fundamental para restaurar los tejidos. Asimismo, desempeña un papel decisivo en el establecimiento de la respuesta inmunitaria específica. Los microorganismos que no son destruidos, los antígenos de los microorganismos o las células que fagocitan a los microorganismos drenan por los vasos linfáticos hacia el ganglio linfático más próximo. Este ganglio linfático reconoce los antígenos debidamente procesados y presentados por los macrófagos y otras **células presentadoras de antígenos,** también llamadas **APC** (del inglés, *antigen presenting cells*), lo que es esencial para el inicio de la respuesta inmunitaria específica. Ésta comienza, por tanto, en los ganglios linfáticos, o en el bazo en caso de que la infección llegue al sistema circulatorio. Como resultado se producen anticuerpos y linfocitos activados.

Inmunidad adquirida

Cuando un sujeto se expone a antígenos extraños se activan generalmente dos tipos básicos de mecanismos efectores. Uno está mediado por moléculas específicas, los anticuerpos, presentes en la sangre y en diversos líquidos biológicos; este tipo de respuesta se denomina **respuesta humoral** y la inmunidad mediada por anticuerpos es la **inmunidad humoral.** El otro tipo de respuesta lo llevan a cabo células, principalmente los linfocitos T, y confiere **inmunidad celular.**

La mayoría de las respuestas inmunitarias conllevan interacciones entre la respuesta humoral y la celular. Además, los sistemas de la inmunidad natural y adaptativa no actúan de manera totalmente independiente. Los ejemplos que siguen ilustran este hecho: los anticuerpos pueden neutralizar los microorganismos infecciosos, pero sobre todo los opsonizan para que los fagocitos consigan reconocerlos y englobarlos de forma más eficaz; los linfocitos T activados producen ciertas hormonas llamadas **citocinas,** y algunas de ellas estimulan a los fagocitos para que destruyan los microorganismos infecciosos de forma más eficaz; los linfocitos T cooperan con los linfocitos B para que produzcan anticuerpos.

De esta forma, el sistema inmunitario actúa como una orquesta en la que todos los instrumentos son importantes, aunque en determinadas situaciones cada instrumento pueda actuar por separado. El director de esa gran orquesta y el agente extraño son los que determinan muchas veces el tipo de respuesta o respuestas desencadenadas o si habrá silencio.

En la tercera y última parte abordaremos algunos aspectos referentes a las células y las moléculas implicadas en la inmunidad y su funcionamiento. Asimismo, describiremos algunos de los efectos perjudiciales derivados de la activación del sistema inmunitario.

English	Definitions/ Definições/ Definiciones	Português e comentários	Español y comentarios
F1 *or* F_1	*Abbrev. for* first generation.	F1 *ou* F_1	F1 *o* F_1 *Se mantiene generalmente el símbolo en inglés.*
F2 *or* F_2	*Abbrev. for* second generation.	F2 *ou* F_2	F2 *o* F_2 *Se mantiene generalmente el símbolo en inglés.*
$F(ab')_2$ fragment	Bivalent antigen-binding fragment obtained following pepsin digestion of immunoglobulin. Consists of both light chains and the N-terminal part of both heavy chains linked by disulfide bonds.	fragmento $F(ab')_2$	fragmento $F(ab')_2$
Fab fragment	Monovalent antigen-binding fragment of a partially digested antibody molecule (usually obtained following papain digestion). Consists of an intact light chain and the N-terminal heavy chain variable plus constant domains (V_H+C_H1).	fragmento Fab	fragmento Fab

facultative intracellular organism	An organism that can, if necessary, grow within cells.	organismo intracelular facultativo	microorganismo intracelular facultativo
farmer's lung	A hypersensitivity pneumonitis caused by inhalation of organic dust from moldy hay containing some types of fungi spores The disease is caused by the interaction of IgG antibodies with large amounts of an inhaled allergen in the alveolar wall of the lung, causing alveolar wall inflammation and compromising gas exchange.	pulmão de fazendeiro	pulmón del granjero
FAS	A member of the TNF receptor gene family encoding FAS. Engagement of FAS (CD95) on the surface of the cell by the FAS ligand (CD178) present on cytotoxic cells can trigger apoptosis in the FAS-bearing target cell.	*FAS*	*FAS*
Fc fragment	Crystallizable, non-antigen binding fragment of an immunoglobulin molecule following papain digestion. Consists of the C-terminal halves of both heavy chains and is responsible for the biological activities of the molecule, through binding to Fc receptors and C1q (part of C1, the first complement component).	fragmento Fc	fragmento Fc
Fc receptor	A cell-surface receptor that specifically binds antibody molecules through their Fc region. They include the Fcγ and Fcε receptors	receptor para Fc	receptor de Fc
Fcγ receptor (FcγR)	A group of receptors including FcγRI, FcγRII and FcγRIII are cell surface receptors that bind the Fc portion of IgG molecules. Most Fcγ receptors bind only aggregated IgG, thus discriminating between bound and free antibody. They are expressed on phagocytes, B cells, NK cells and follicular dendritic cells. They have a role in humoral immunity, linking antibody binding to effector cell functions.	receptor para Fcγ	receptor de Fcγ
Fcε receptor (FcεR)	A receptor found mainly in mast cell basophils for the Fc region of IgE. When immune complexes bind to Fcε receptors, these cells may respond by releasing the mediators of immediate hypersensitivity, such as histamine and serotonin. There are two varieties of Fcε receptors, designated FcεRI and FcεRII (CD23). Fcε RI is a high-affinity receptor found on mast cells and basophils. FcεRII is a low-affinity receptor.	receptor para Fcε	receptor de Fcε
fibroblast	Connective tissue cell which produces collagen and plays an important part in wound healing.	fibroblasto	fibroblasto
first-set reaction	The initial rejection of a foreign tissue graft that occurs in 7-10 days after grafting caused by a primary immune response to a graft.	reação de primeira instância	rechazo agudo

FITC	*Acron. for* fluorescein isothiocyanate.	*Sigla para* isotiocianato de fluoresceína. *Geralmente é mantido como* FITC, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	*Sigla de* isotiocianato de fluoresceína. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
fluorescein isothiocyanate (FITC)	Green fluorescent dye that can be conjugated to proteins (antigens or antibodies) for use in immunofluorescence reactions.	isotiocianato de fluoresceína (FITC)	isotiocianato de fluoresceína (FITC)
fluorescence-activated cell sorters (FACS)	Equipment used to count and separate leukocytes labeled with fluorescent-tagged antibodies to cell surface molecules. This is accomplished as single cells pass in a stream pass photodetectors. The analysis of single cells on this ways is called flow citometry and the instruments that carry out the measurements and/or sort cells are called flow cytometers or cell sorters.	classificador de células ativadas por fluorescência	clasificador de células activado por fluorescencia
fluorescent antibody	An antibody chemically conjugated to a fluorescent dye, such as FITC.	anticorpo fluorescente	anticuerpo fluorescente
fluorochrome	Small fluorescent tag, such as fluorescein isothiocyanate and rhodamine, which allows for detection of antibodies or any other protein.	fluorocromo	fluorocromo
follicular dendritic cells	Dendritic cells within lymphoid follicles. These cells are crucial in selecting antigen-binding B cells during antibody responses. They have Fc receptors that are not internalized by receptor-mediated endocytosis and thus hold antigen-antibody complexes on their surface for long periods. Probably involved in the generation of antibody-secreting cells and maintenance of B-cell memory in germinal centers.	células foliculares dendríticas	células dendríticas foliculares
fragmentins	Enzymes in the granules of cytotoxic T cells and NK cells which induce apoptosis in the target cells. Also called granzymes.	fragmentinas *(ou* granzimas, *termo originado de* grânulo + enzimas*)*	fragmentinas *(o* granzimas *por* gránulo + enzimas*)*
framework region	The relatively conserved amino acid sequences which flank the hypervariable regions in immunoglobulin and T-cell receptor variable regions and maintain a common overall structure for all V-region domains.	região do arcabouço	región estructural
Freund's adjuvant	A very well known immunization adjuvant. It is an emulsion of water in mineral oil.	adjuvante de Freund	adyuvante de Freund
Freund's complete adjuvant	It is like Freund´s adjuvant plus heat-killed *Mycobacteria*.	adjuvante de Freund completo	adyuvante completo de Freund
Fv fragment	A manufactured antibody fragment comprising a V region of a heavy chain and a V region of a light chain.	fragmento Fv	fragmento Fv

γ/δ T cells	T lymphocytes that express surface T cell receptors composed of γ and δ chains.	células Tγ/δ	linfocitos Tγ/δ
gamma globulins	A group of serum proteins that migrate toward the cathode on electrophoresis and includes most of the serum immunoglobulins.	gamaglobulinas	gammaglobulinas
gammopathy	Abnormality in gamma globulin production seen in various conditions of the immune system, but sometimes can be benign. It is a term equivalent to dysgammaglobulinemia	gamopatia	gammapatía
gel diffusion	An immunoprecipitation technique that involves letting antigen and antibody meet and precipitate in a clear gel such as agar. Used to evaluate the presence of antigens or antibodies in sera and other biological fluids.	difusão em gel *ou* imunodifusão em gel	difusión en gel *o* inmunodifusión en gel
gel filtration chromatography	A chromatographic procedure for the separation of a mixture of molecules on the basis of size. The stationary phase consists of porous beads with a well-defined range of pore sizes.	cromatografia por filtração em gel	cromatografía por filtración en gel
gene complex	A cluster of related genes occupying a restricted area of a chromosome.	complexo gênico	complejo génico
gene knock-out	The excision or inactivation of a gene within an intact organism or even animal (e.g., "knock-out mice"), usually carried out by a method involving homologous recombination.	geme nocauteado *ou* gene desativado	desactivación génica
gene rearrangement	Recombination of gene segments in the immunoglobulin and T-cell receptor loci, by intron deletions and exon junctions, to produce a functional variable region sequence, being therefore responsible for the specificity generation.	rearranjo gênico	reordenamiento génico
genetic immunization	A novel technique for inducing adaptive immune responses in which a plasmid DNA encoding a protein of interest is injected, usually into muscle; the protein is then expressed *in vivo* and cellular and humoral immune responses to the protein encoded by the DNA occur.	imunização genética	inmunización génica
genotype	The internally coded, inheritable information carried by all living organisms.	genótipo	genotipo
germinal center	Discrete areas within lymph nodes and spleen where B-cell maturation and immunological memory development occur. This area is rich in plasma cells, macrophages, B-cells, and follicular dendritic cells.	centro germinativo	centro germinal
germline configuration	Genes in their unrearranged state rather than those rearranged for production of immunoglobulin or TCR molecules.	configuração germinativa	configuración en línea germinal

giant cell	Large multinucleate cell derived from fused macrophages and often present in granulomas.	célula gigante	célula gigante
glomerulonephritis	A group of diseases characterized by renal glomerular capillary loops injuries, often resulting from immune complex depositions. Over 70% of glomerulonephritis patients have glomerular deposits of immunoglobulins, frequently with complement components.	glomerulonefrite	glomerulonefritis
GlyCAM-1	*Acron. for* glycosylation-dependent cell adhesion molecule 1.	GlyCAM-1 *Geralmente é mantido como* Gly-CAM-1, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	GlyCAM-1 *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
glycosylation-dependent cell adhesion molecule 1 (GlyCAM-1)	A mucin-like molecule found on the high endothelial venules of lymphoid tissues (except spleen). It is an important ligand for the L-selectin molecule expressed on naïve lymphocytes, directing these cells to leave the blood and enter the lymphoid tissues.	molécula 1 de adesão celular dependente da glicosilação	molécula 1 de adhesión celular dependiente de la glucosilación (GlyCAM-1)
Goodpasture's syndrome	A rapidly fatal autoimmune disease in which autoantibodies against basement membrane or type IV collagen are produced and cause extensive vasculitis.	síndrome de Goodpasture	síndrome de Goodpasture
gp	*Abbrev. for* glycoprotein.	gp *Abreviação para* glicoproteína.	gp *Símbolo de* glucoproteína.
graft-versus-host disease (GVHD)	The consequence of an immune reaction (graft versus host reaction) of transplanted allogeneic lymphocytes (usually contained in a bone marrow graft) against alloantigens of the recipient (host).	doença do enxerto versus hospedeiro	enfermedad del injerto contra el huésped (EICH)
graft-versus-host reaction (GVH)	The pathologic consequences of a response usually initiated when grafted T cells recognize and attack immunologically incompetent host cells. The host is unable to reject the grafted T cells and becomes their target.	reação enxerto versus hospedeiro (GVH)	reacción del injerto contra el huésped (ICH)
granulocyte	Any myeloid cell containing prominent cytoplasmic granules, including neutrophils, eosinophils and basophils.	granulócito	granulocito
granulocyte-macrophage colony- stimulating factor (GM-CSF)	A citokine involved in the growth and differentiation of myeloid and monocytic lineage cells, including dendritic cells, monocytes and tissue macrophages, and cells of the granulocyte lineage.	fator estimulador de colônias de macrófagos e granulócitos	factor estimulante de colonias de granulocitos-macrófagos
granuloma	A localized nodular inflammatory lesion characterized by chronic inflammation with mononuclear cell infiltration and extensive fibrosis.	granuloma	granuloma

granzymes	*See* fragmentines.	granzimas	granzimas
Graves' disease	An autoimmune disease in which antibodies against the thyroid-stimulating hormone (TSH) receptor cause overproduction of thyroid hormone and thus hyperthyroidism.	doença de Graves *ou* bócio difuso tóxico	enfermedad de Graves
growth factors	Biologically active molecules that promote cell growth.	fatores de crescimento	factores de crecimiento
Guillain-Barré syndrome	A type of idiopathic polyneuritis in which autoimmunity to peripheral nerve myelin leads to a condition characterized by chronic demyelination of the spinal cord and peripheral nerves.	síndrome de Guillain-Barré *ou* polineurite aguda idiopática	síndrome de Guillain-Barré
gut-associated lymphoid tissue (GALT)	A lymphoid tissue which includes Peyer's patches, appendix, and solitary lymph nodes in the submucosa.	tecido linfóide associado ao trato intestinal	tejido linfático asociado al intestino (GALT) *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
GVH	*Acron. for* graft-versus-host [reaction].	GVH *Sigla de* reação enxerto versus hospedeiro. *Geralmente é mantido como* GVH, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	ICH *Sigla de* reacción del injerto contra el huésped.
GVHD	*Acron. for* graft-versus-host disease.	GVHD *Sigla de* doença do enxerto versus hospedeiro. *Geralmente é mantido como* GVHD, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	EICH *Sigla de* enfermedad del injerto contra el huésped.
H-chain	*Abbrev. for* heavy chain.	cadeia H	cadena H
H-2 complex	The mouse major histocompatibility complex (MHC). Haplotypes are designated by a lower-case superscript, as in H-2^b.	complexo H-2 de histocompatibilidade	complejo H-2

haplotype	A particular combination of closely linked alleles on a chromosome. Since these alleles are genetically linked, they are usually inherited together. The term is commonly used in connection with the linked genes of the major histocompatibility complex (MHC), which are usually inherited as one haplotype from each parent. Some MHC haplotypes are over-represented in the population, a phenomenon known as linkage disequilibrium.	haplótipo	haplotipo
hapten	A small molecule that cannot initiate an immune response unless first bound to an immunogenic carrier molecule. Thus, although not immunogenic, it is able to react with an antibody of the appropriate specificity (elicited by immunization of the hapten + carrier molecule).	hapteno	hapteno
Hashimoto's thyroiditis	An autoimmune disease characterized by persistent high levels of antibody against thyroid-specific antigens. These antibodies recruit NK cells to the tissue, leading to damage and inflammation.	tireoidite de Hashimoto *ou* tireoidite auto-imune	tiroiditis de Hashimoto
heat-shock proteins (HSP)	A group of proteins produced under conditions of heat stress. These proteins help to stabilize other cellular proteins exposed to high temperatures. HSP help to protect cells under adverse conditions such as infection, inflammation, exposure to toxins, elevated temperature, injury, and disease. Heat shock proteins protect cells by blocking signals that tell cells to self-destruct through apoptosis.	proteínas de choque térmico (HSP)	proteínas de choque térmico (HSP)
heavy chain (H chain)	The larger of the two types of polypeptide chains in immunoglobulins, consisting of an antigen-binding portion having a variable amino acid sequence, and a constant region that defines the antibody class.	cadeia pesada *ou* cadeia H	cadena pesada (cadena H)
heavy-chain disease	A group of immunological disorders characterized by the presence of monoclonal but incomplete H chains without L chains in the sera and urine.	doença das cadeias pesadas	enfermedad de las cadenas pesadas

helper T lymphocytes *or* helper T cells (T_H)	The class of T lymphocytes whose primary function is to promote the activation and functions of other T cells, B cells, and macrophages. T helper cells are also called CD4+ cells and they help trigger B cells to make antibody against thymus-dependent antigens. Helper T cells also trigger the activation of effector cytotoxic T cells. These functions are mediated by releasing cytokines, such as interleukin-2, interleukin-4, interleukin-5, IFN-γ among others. There are three different T helper subsets: T_H1, T_H2 and T_H3 and the most efficient helper T cells are the T_H2 lymphocytes. The function of each of these subsets is determined by the cytokines they produce. Note that some CD4 T cells kill the cells they interact with, while some cytotoxic T cell do not need CD4 cells to differentiate into T cytotoxic lymphocytes. For more details refer to T_H1 and T_H2.	linfócitos T auxiliares (Th *ou* Taux)	linfocitos T cooperadores
hemagglutination	The agglutination of red blood cells, commonly by hemagglutinins.	hemaglutinação	hemaglutinación
hemagglutination inhibition	A technique to detect small amounts of antigen in which the agglutination of antigen bonded red cells is inhibited by homologous antigen.	inibição da hemaglutinação	inhibición de la hemaglutinación
hemagglutinin	Any substance (such as antibodies) that causes red blood cells to agglutinate. The hemagglutinins in human blood are the antibodies that recognize blood group antigens (such as those from the ABO blood group system). Influenza and some other viruses have hemagglutinin molecules that bind to glycoproteins on host cells to initiate the infectious process.	hemaglutinina	hemaglutinina
hematopoiesis	The production of blood cells of all types, including red blood cells, white blood cells and platelets.	hematopoese	hematopoyesis
hematopoietic stem cell	A bone marrow cell that is undifferentiated and serves as a precursor for multiple cell lineages. The differentiation of the hematopoietic stem cell into the different blood cells is under the influence of hematopoietic growth factors.	célula-tronco hematopoética	célula precursora hematopoyética
hematopoietic system	All cells and tissues responsible for the formation of blood cells.	sistema hematopoético	sistema hematopoyético
hemolymph	The fluid that fills the body cavities of invertebrates. It has analogous functions to blood.	hemolinfa	hemolinfa
hemolysin	Any substance, including antibody molecules, that can directly lyse or mediate complement triggered red blood cell lysis.	hemolisina	hemolisina

hemolytic disease of the newborn *or* erythroblastosis fetalis	Disease occurring as a result of the destruction of red blood cells by antibodies transferred from the mother to the fetus. Also called hemolytic disease of the newborn. Commonly due to maternal anti-Rh antibodies able to enter the fetus blood circulation.	doença hemolítica do recém-nascido *(e abreviada como* DHRN*) ou* eritroblastose fetal	enfermedad hemolítica del feto o el recién nacido (*o* eritroblastosis fetal)
hereditary angioedema	A disorder in which recurrent attacks of edema occur in the skin and gastrointestinal and respiratory tracts. It is due to decreased or absent C1 inhibitor (C1 INH). The most serious consequence of this disorder is epiglottal swelling leading to suffocation.	edema angioneurótico hereditário	edema angioneurótico
heterodimer	A molecule consisting of two different subunits closely joined. Examples include the T cell receptor comprised of either α and β chains or of γ and δ chains, and class I as well as class II histocompatibility molecules.	heterodímero	heterodímero
heterophile antigen	A cross-reacting antigen that appears in widely ranging species such as humans and bacteria.	antígeno heterófilo	antígeno heterófilo
high endothelial venules *or* high endothelial postcapillary venules	Post capillary venules lined with specialized cuboid epithelial cells that mediate specific binding and migration of blood lymphocytes into tissues.	vênulas pós-capilares de endotélio alto	vénulas poscapilares de endotelio alto
high-performance liquid chromatography (HPLC)	A chromatographic technique for separating proteins and other molecules using relatively high pressures and small diameter column packings to achieve sharp and highly reproducible elution profiles. Used to be called high pressure liquid chromatography.	cromatografia de alta eficiência de líquidos (HPLC)	cromatografía de líquidos de eficacia alta (HPLC)
high-zone tolerance	Tolerance induced by the injection of high antigen doses.	tolerância por dose alta	tolerancia por dosis alta
hinge region	A flexible region in the heavy chains of IgG and IgA molecules that permits the Fab arms to adopt a wide range of angles, permitting binding to epitopes spaced variable distances apart. It joins the Fab arms to the Fc piece.	região da dobradiça	región bisagra
histamine	A vasoactive peptide present in basophil and mastocyte granules which, after degranulation, acts as a mediator of inflammation causing increased vascular permeability and smooth muscle contraction. Histamine release produces some of the symptoms of immediate hypersensitivity reactions.	histamina	histamina
histiocyte	A tissue macrophage.	histiócito	histiocito

histocompatibility	A state of immunologic similarity (or identity) that permits successful homograft transplantation due to identity in all transplantation antigens. These antigens, in turn, are collectively referred as histocompatibility antigens.	histocompatibilidade	histocompatibilidad
histocompatibility antigens	Antigens on the surface of nucleated cells, particularly leucocytes and thrombocytes; these cell membrane proteins are required for antigen presentation to antigen sensitive cells.	antígenos de histocompatibilidade	antígenos de histocompatibilidad
HIV	*Acron. for* human immunodeficiency virus.	HIV *Sigla de* vírus da imunodeficiência humana. *Geralmente é mantido como* HIV, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	VIH *Sigla de* virus de la inmunodeficiencia humana.
HLA	*Acron. for* human leukocyte antigen.	HLA *Sigla de* antígeno leucocitário humano. *Geralmente é mantido como* HLA, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	HLA *Sigla de* antígeno leucocitario humano. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
homodimer	A molecule consisting of two identical subunits closely joined. Example, the antibody molecule has two L chains and two H chains, thus 2 homodimers.	homodímero	homodímero
homologous recombination	The exchange of sequence between two related but different DNA (or RNA) molecules, resulting a new "chimeric" molecule. Several mechanisms may result in recombination, but an essential requirement is the existence of a region of *homology* in the recombination partners. In DNA recombination, breakage of single strands of DNA in the two recombination partners is followed by joining of strands present in opposing molecules, and may involve specific enzymes. Recombination of RNA molecules may occur by other mechanisms.	recombinação homóloga	recombinación homóloga

HPLC	*Acron. for* high-performance liquid chromatography.	HPLC *Sigla de* cromatografia líqüida de alta eficiência. *Geralmente é mantido como* HPLC, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	HPLC *Sigla de* cromatografía de líquidos de eficacia alta. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
HSP	*Acron. for* heat shock proteins.	HSP *Sigla de* proteínas de choque térmico. *Geralmente é mantido como* HSP, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	HSP *Sigla de* proteínas del choque térmico. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
human immunodeficiency virus (HIV)	Retrovirus that selectively infects human macrophages and $CD4^+$ cells and causes AIDS, There are two major strains of the virus, HIV-1 and HIV-2; HIV-1 is the most disseminated worldwide while HIV-2 is endemic in West Africa but keeps spreading.	vírus da imunodeficiência humana (HIV)	virus de la inmunodeficiencia humana (VIH)
human leukocyte antigen (HLA)	The major histocompatibility antigens in humans; contains the genes coding for the polymorphic MHC class I and II class molecules and many other important genes.	antígeno leucocitário humano (HLA)	antígeno leucocitario humano (HLA)
humoral immunity	Immunity or immune responses that involve antibodies (in contrast with cell-mediated immunity: T-cell responses in the absence of antibody).	imunidade humoral	inmunidad humoral
hybridoma	An immortalized hybrid cell line formed by the fusion of a malignant cell (usually a myeloma cell) with a normal antibody-producing B lymphocyte. Therefore it has both the immortality of the tumor cell and the effector function (e.g. monoclonal antibody secretion) of the lymphocyte. The term is also used for a hybrid T cell resulting from the fusion of a T lymphocyte with a thymoma (a malignant T cell); the T-cell hybridoma proliferates continuously and secretes cytokines upon activation by antigen and APC.	hibridoma	hibridoma
hyperacute rejection	Rapid (minutes to hours) rejection of a graft mediated by preformed antibodies of the host reacting with the graft.	rejeição hiperaguda	rechazo hiperagudo

hyperimmune serum	Serum obtained from animals that have high level of immunity to a given antigen or groups of antigens, usually induced by repeated booster immunization to generate large amounts of functionally effective antibodies.	soro hiperimune	suero hiperinmunizador
hypersensitivity	State of reactivity to an antigen that is greater than normal; denotes a deleterious rather than a protective outcome. Hypersensitivity is classified into four types: type I, IgE-mediated; type II, antibody specific for a cellular antigen triggers the complement cascade; type III, antigen-antibody complexes deposit in tissues and activate complement; type IV, T-cell-mediated.	hipersensibilidade	hipersensibilidad
hypervariable regions	Small areas within immunoglobulin or TCR variable regions where the greatest variations in amino acid sequence occur. These are the small regions that make contact with the antigen and differs extensively from one receptor to the next.	regiões de hipervariabilidade	regiones hipervariables
hypogammaglobulinemia	An immunodeficiency in which low levels of all classes of immunoglobulins are found in blood.	hipogamaglo-bulinemia	hipogammaglo-bulinemia
I region	A segment of the H-2 chromosomic region where the mouse MHC class II antigen is located. It comprises the subregions I-A and I-E.	região I	región I
ICAM	*Acron. for* intercellular adhesion molecule.	ICAM *Sigla para* molécula de adesão intercelular. *Geralmente é mantido como* ICAM, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	ICAM *Sigla de* molécula de adhesión intercelular. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
idiotope	An epitope formed by the variable amino acid sequences located in or close to the antigen binding site of an immunoglobulin.	idiotopo	idiótopo
idiotype	The unique collection of idiotopes on an immunoglobulin molecule. Idiotype of the immunoglobulin distinguishes it from all other immunoglobulins.	idiotipo	idiotipo
idiotype networks	The series of reactions between idiotopes, anti-idiotopes and anti-anti-idiotopes that plays a role in controlling immune responses.	rede idiotípica	red idiotípica

IFN	*Abbrev. for* interferon.	IFN *Abreviação para* interferon.	IFN *Símbolo de* interferón.
IFN-α	*Abbrev. for* interferon alpha *or* interferon α.	IFN-α *Abreviação para* interferon-α.	IFN-α *Símbolo de* interferón α.
IFN-β	*Abbrev. for* interferon beta *or* interferon β.	IFN-β *Abreviação para* interferon-β.	IFN-β *Símbolo de* interferón β.
IFN-γ	*Abbrev. for* interferon gamma *or* interferon γ	IFN-γ *Abreviação para* interferon-γ.	IFN-γ *Símbolo de* interferón γ.
Ig	*Abbrev. for* immunoglobulin.	Ig *Abreviação para* imunoglobulina.	Ig *Símbolo de* inmunoglobulina.
IgA	*Abbrev. for* immunoglobulin A.	IgA *Sigla de* imunoglobulina A.	IgA *Símbolo de* inmunoglobulina A.
IgD	*Abbrev. for* immunoglobulin D.	IgD *Sigla de* imunoglobulina D.	IgD *Símbolo de* inmunoglobulina D.
IgE	*Abbrev. for* immunoglobulin E.	IgE *Sigla de* imunoglobulina E.	IgE *Símbolo de* inmunoglobulina E.
IgG	*Abbrev. for* immunoglobulin G.	IgG *Sigla de* imunoglobulina G.	IgG *Símbolo de* inmunoglobulina G.
IgM	*Abbrev. for* immunoglobulin M.	IgM *Sigla de* imunoglobulina M.	IgM *Símbolo de* inmunoglobulina M.
IL	*Abbrev. for* interleukin.	IL *Abreviação para* interleucina.	IL *Símbolo de* interleucina.
immediate (type I) hypersensitivity	*See* allergy.	hipersensibilidade imediata *ou* hipersensibilidade tipo I	hipersensibilidad inmediata (del tipo I)
immune adherence	The adherence of particulate antigen coated with C3b to tissue having cells with C3b receptors.	imunoaderência	inmunoadherencia
immune clearance	*See* immune elimination.	eliminação imunológica	eliminación inmunitaria
immune complex	Complex of antibody bound to antigen which may also contain complement components.	complexo imune	inmunocomplejo

immune elimination *(or* immune clearance*)*	The enhanced removal of an antigen from the bloodstream by circulating antibodies and phagocytic cells.	eliminação imunológica	eliminación inmunitaria
immune response (Ir) gene	A gene controlling the immune response to a particular antigen; most genes of this type are in the MHC (major histocompatibility complex), and the term is rarely used to describe other types of Ir genes outside the MHC.	gene de resposta imune *ou* gene Ir	gen de respuesta inmunitaria
immune surveillance	The capacity of the immune system to continually recognize and remove malignant cells that arise during one's life.	vigilância imunológica	vigilancia inmunitaria
immunoadsorption	A method for removal of antibody or antigen by allowing it to bind to solid phase antigen or antibody.	imunoadsorção	inmunoadsorción
immunoblot(ting) *or* Western blot	A common technique for analyzing and identifying protein antigens: the proteins are separated by electrophoresis in polyacrylamide gel, then transferred ("blotted") onto a nylon, nitrocellulose membrane or treated paper, usually by applying a current, where they bind in the same pattern as they formed in the gel. The reactions are revealed by the binding of specific labeled antibodies.	imunoeletrotransferência *ou Western blot*	inmunoelectrotransferencia *o Western blot* *En español suele utilizarse el término inglés.*
immunodot	*See* dot-blot.	*dot-blot ou* imunotransferência por pontos	inmunotransferencia por puntos *o immunodot.* *En español suele utilizarse el término inglés.*
immunodeficiency	Disease condition in which immune function is defective.	imunodeficiência	inmunodeficiencia
immunoelectrophoresis	A technique involving electrophoresis to separate protein from a mixture followed by immunodiffusion; it is used to identify the proteins in a complex solution such as serum.	imunoeletroforese	inmunoelectroforesis
immunofluorescence method	Any method in which a fluorescent-labeled antibody (or antigen) is used to detect the presence or determine the location of the corresponding antigen (or antibody). This is usually performed by one of two methods: *direct*, in which immunoglobulin (antibody) conjugated with a fluorescent dye is added to tissue and combines with specific antigen (microbe, or other), the resulting antigen-antibody complex being located by fluorescence microscopy, or *indirect*, in which unlabeled immunoglobulin (antibody) is added to tissue and combines with specific antigen, after which the antigen-antibody complex may be labeled with fluorescein-conjugated anti-immunoglobulin antibody, the resulting triple complex then being located by fluorescence microscopy.	imunofluorescência	inmunofluorescencia

immunogen	Any substance which elicits an immune response. Although all immunogens are antigens, not all antigens are immunogens (*see* haptens for antigens that are not immunogens).	imunógeno	inmunógeno
immunogenicity	The state or property of eliciting an immune response.	imunogenicidade	inmunogenicidad
immunoglobulin	A class of structurally related proteins, each consisting of two pairs of polypeptide chains, one pair of light (L) [low molecular weight] chains (2 or 3), and one pair of heavy (H) chains (+ and -), all four linked together by disulfide bonds. On the basis of the structural and antigenic properties of the H chains, immunoglobulins (Ig) are classified (in order of relative amounts present in normal human serum) as IgG (7 S in size, 80%), IgA (10 to 15%), IgM (19 S, a pentamer of the basic unit, 5 to 10%), IgD (less than 0.1%), and IgE (less than 0.01%). All of these classes are homogeneous and susceptible to amino acid sequence analysis. Each class of H chain can associate with either 2 or 3 L chains. Subclasses of Ig, based on differences in the H chains, are referred to as IgG1, etc. Antibodies are Ig, and most Ig probably function as antibodies. However, Ig refers not only to the usual antibodies, but also to a great number of pathological proteins classified as myeloma proteins, which appear in multiple myeloma along with Bence-Jones proteins, myeloma globulins, and Ig fragments.	imunoglobulina	inmunoglobulina
immunoglobulin A	The predominant immunoglobulin in secretions (e.g., saliva).	imunoglobulina A	inmunoglobulina A
immunoglobulin D	An immunoglobulin class present in the surfaces of B cells.	imunoglobulina D	inmunoglobulina D
immunoglobulin E	The immunoglobulin class that is the predominant mediator of immediate hypersensitivity reactions (allergies).	imunoglobulina E	inmunoglobulina E
immunoglobulin G	The predominant immunoglobulin class produced during secondary immune responses. The most conspicuous immunoglobulin in the blood.	imunoglobulina G	inmunoglobulina G
immunoglobulin M	The predominant immunoglobulin class expressed by virgin B lymphocytes and secreted during primary immune responses.	imunoglobulina M	inmunoglobulina M
immunoglobulin superfamily	A large family of proteins involved in cellular recognition and interaction that are structurally and genetically related to immunoglobulins. They are characterized by possession of 'immunoglobulin-type' domains of approximately 110 amino acids folded into two β-pleated sheets. Members include immunoglobulins, T-cell receptors and MHC molecules.	superfamília das imunoglobulinas	superfamilia de inmunoglobulinas

immunological ignorance	A form of self-tolerance in which reactive lymphocytes and their target antigen are both detectable within an individual, yet no autoimmune attack occurs.	ignorância imunológica	indiferencia inmunitaria
immunological memory	A characteristic of the acquired immune response of lymphocytes whereby a second encounter with a given antigen produces a secondary immune response, which is faster, greater and longer lasting than the first (primary) immune response.	memória imunológica	memoria inmunitaria
immunoperoxidase test *or* technique	Immunologic test that uses antibodies chemically conjugated to the enzyme peroxidasa.	prova de imunoperoxidase	prueba *o* técnica de la inmunoperoxidasa
immunoreceptor tyrosine-based activation motif (ITAM)	A pattern of amino acids in the cytoplasmic tail of many transmembrane receptor molecules, including Igα and Igβ and CD3 chains, which are phosphorylated and then associate with intracellular molecules as an early consequence of cell activation.	motivo tirosínico de ativação dos receptores imunológicos (ITAM)	estructura tirosínica activadora de los inmunorreceptores (ITAM).
immunoreceptor tyrosine-based inhibition motif (ITIM)	A pattern of amino acids in the cytoplasmic tail of transmembrane molecules, such as CD32, which negatively regulates cell activation The ITIM bonds a phosphatase which removes phosphate groups from tyrosine residues in the ITAMs of other membrane molecules.	motivo tirosínico de inibição dos receptores imunológicos (ITIM)	estructura tirosínica inhibidora de los inmunorreceptores (ITIM)
immunosuppression	Inhibition or elimination of the immune responses by drugs or other processes.	imunossupressão	inmunosupresión
inactivated vaccine	A vaccine containing a pathogen that has been treated in such a way that either is no longer capable of replication or is killed.	vacina inativada	vacuna inactivada
incomplete antibody	An antibody that can bind to a particulate antigen but is incapable of causing its agglutination.	anticorpo incompleto	anticuerpo incompleto
inflammation	The complex series of responses of tissues to trauma. It is characterized by increased blood flow and entry of leukocytes into the injured tissues, resulting in swellness, redness, elevated temperature and many times pain. These responses generally act to enhance tissue defenses and initiate repair processes.	inflamação	inflamación
innate immunity	The antigen-nonspecific mechanisms involved in the early phase of resistance to a pathogen, which include phagocytic cells, cytokines, and complement; it is not expanded by repeat stimulation with the pathogen. Include all aspects of immunity not directly mediated by lymphocytes.	imunidade natural *ou* imunidade inata	inmunidad innata
integrins	A family of adhesion proteins found on cell membranes that binds to connective tissue proteins such as collagen or fibronectine.	integrinas	integrinas

intercellular adhesion molecules (ICAM)	Adhesion molecules that interact with integrins on the surface of several cell types, including antigen-presenting cells and T cells. They are important for the contact of T lymphocytes and antigen-presenting cells. There are three different molecules: ICAM-1, ICAM-2, and ICAM-3; all them are members of the immunoglobulin superfamily.	moléculas de adesão intercelular (ICAM)	moléculas de adhesión intercelular (ICAM)
interferon (IFN)	A group of cytokines having antiviral activity and capable of enhancing and modifying the immune response. IFN-α and -β are also called leukocyte IFN. IFN-γ is the immune IFN.	interferon (IFN)	interferón (IFN)
interferon-α	A cytokine produced mainly by leukocytes in response to virus infection that interferes with virus replication.	interferon-α	interferón α
interferon-β	Cytokine produced mainly by fibroblasts in response to virus infection that interferes with virus replication.	interferon-β	interferón β
interferon-γ	A cytokine produced by T cells, specially T_H1, CD8 cells and NK cells, that signals APC to be activated and to express more membrane MHC.	interferon-γ	interferón γ
interleukin (IL)	Cytokine secreted by leukocytes that act as growth, differentiation and function factors for the cells of the immune system. As there are more than 30 ILs defined to the moment, we will list below only a few we consider the most known/defined ones.	interleucina (IL)	interleucina (IL)
interleukin-1 (IL-1)	A cytokine, derived primarily from macrophages and epithelial cells, which enhances the proliferation of T helper cells and growth and differentiation of B cells. When secreted in larger quantities, IL-1 enters in the bloodstream and can cause fever, induce synthesis of acute phase proteins, and initiate metabolic wasting. There are two distinct forms of IL-1: alpha and beta, both of which perform the same functions, but represent different proteins.	interleucina-1	interleucina 1
interleukin-2 (IL-2)	A cytokine derived mainly from T_H1 lymphocytes that causes proliferation of T lymphocytes and activated B lymphocytes. *Syn.*: T-cell growth factor.	interleucina-2	interleucina 2
interleukin-3 (IL-3)	A lymphokine, released by helper T cells and thymic epithelial cells in response to an antigen or mitogen, that stimulates the growth of blood stem cells and lymphoid cells such as macrophages and mast cells. *Syn.*: multicolony CSF.	interleucina-3	interleucina 3

interleukin-4 (IL-4)	A cytokine derived mainly from T_H2 lymphocytes that causes differentiation of B lymphocytes. And other cell types. It is a costimulator of DNA-synthesis. It induces the expression of class II MHC molecules on resting B-cells. It enhances both secretion and cell surface expression of IgE and IgG1. It also regulates the expression of the low affinity Fc receptor for IgE (CD23) on both lymphocytes and monocytes. *Syn.*: B-cell stimulatory factor 1; (BSF-1); B-cell growth factor 1 (BCGF-1).	interleucina-4	interleucina 4
interleukin-5 (IL-5)	A cytokine derived from mainly from T_H2 lymphocytes that causes activation of B lymphocytes and growth and differentiation of eosinophils. *Syn.*: B-cell growth factor 2 (BCGF-2).	interleucina-5	interleucina 5
interleukin-6 (IL-6)	A cytokine derived from fibroblasts, activated macrophages, activated T cells and endothelial cells. IL-6 has a wide variety of biological functions: it plays an essential role in the final differentiation of B-cells into Ig-secreting cells and T-cell growth. It induces nerve cells differentiation and acute phase reactants in hepatocytes; and causes fever. *Syn.*: B-cell stimulatory factor 2 (BSF-2), interferon-*2; B-cell differentiation factor (BCDF).	interleucina-6	interleucina 6
interleukin-7 (IL-7)	A cytokine derived from bone marrow cells that causes proliferation of B and T lymphocytes.	interleucina-7	interleucina 7
interleukin-8 (IL-8)	A cytokine derived from endothelial cells, fibroblasts, keratinocytes, macrophages, and monocytes which causes chemotaxis of neutrophils, basophils and T cells. *Syn.*: neutrophil chemotactant factor.	interleucina-8	interleucina 8
interleukin-9 (IL-9)	A cytokine derived from T cells which causes growth and proliferation of T_H2 cells.	interleucina-9	interleucina 9
interleukin-10 (IL-10)	A cytokine derived from T helper lymphocytes, EBV-transformed B cells, and monocytes that inhibits IFN secretion by T lymphocytes and inhibits macrophages functions. *Syn.*: cytokine synthesis inhibitory factor.	interleucina-10	interleucina 10

interleukin-12 (IL-12)	A cytokine derived from B lymphocytes, activated T_H1 lymphocytes, macrophages and dendritic cells that induces gamma-interferon (IFN+) gene expression in T lymphocytes and NK cells. It is also a natural endogenous inhibitor of T_H2-type responses. *Syn.*: NK cell stimulating factor.	interleucina-12	interleucina 12
interleukin-13 (IL-13)	A cytokine derived mainly from T_H2 lymphocytes that helps in the B-cell growth and differentiation, inhibits mononuclear cells inflammatory cytokine production and T_H1 cells, and mediates allergic and asthmatic reactions.	interleucina-13	interleucina 13
interleukin-15 (IL-15)	A cytokine derived from T cells which stimulates T cell proliferation and NK cell activation.	interleucina-15	interleucina 15
interleukin-18 (IL-18)	A cytokine derived mainly from activated macrophages that shares biological activities with IL-12 in driving the development of TH1 cells by inducing interferon-γ. *Syn.:* IFN-γ-inducing factor.	interleucina-18	interleucina 18
internal image	An epitope on an anti-idiotype which binds in a way that structurally and functionally mimics the antigen.	imagem interna	imagen interna
intron	A segment of DNA that separates exons and that does not contain expressed genes (non-coding segment). Introns are transcribed into RNA with the exons but are not translated into proteins.	intron	intrón
invariant chain	A polypeptide which binds MHC class II molecules in the endoplasmic reticulum, directs them to the late endosomal compartment and prevents premature association with self peptides.	cadeia invariável	cadena invariable
ion exchange chromatography	A method for separating molecules based on differences between the overall charges of the proteins. It is usually used for protein purification but may be used for purification of oligonucleotides, peptides, or other charged molecules. The protein of interest must have a charge opposite that of the functional group attached to the resin (stationary phase) in order to bind. Then elution is achieved by increasing the ionic strength to break up the ionic interaction, or by changing the pH of the protein.	cromatografia de troca iônica	cromatografía de intercambio iónico
Ir gene	*See* immune response gene.	gene Ir	gen Ir

ISCOMS	*Acron. for* immunostimulatory complexes. They are immunostimulatory complexes of antigen held within a lipid bilayer matrix that acts as an adjuvant; designed to allow antigen to enter cells and be presented on class I MHC.	iscoms	ISCOMS *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
isoelectric focusing	A protein identification technique; proteins migrate in an electric field under a pH gradient to the pH at which their net charge is zero (their isoelectric point).	focalização isoelétrica	isoelectroenfoque
isogeneic	Genetically identical.	isogênico	isogénico
isograft	A tissue transplanted between two genetically identical individuals.	isoenxerto	isoinjerto
isotype	Any of the subclasses of immunoglobulins defined by the chemical and antigenic characteristics of their constant regions.	isótipo	isotipo
isotype switching	*See* class switch.	troca de isótopos	cambio de isotipo
ITAM	*Acron. for* immunoreceptor tyrosine-based activation motif.	ITAM *Sigla de* motivo de ativação tirosínica de receptores imunológicos. *Geralmente é mantido como* ITAM, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	ITAM *Sigla de* estructura tirosínica activadora de los inmunorreceptores. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
ITIM	*Acron. for* immunoreceptor tyrosine-based inhibition motif.	ITIM *Sigla de* motivo de inibição tirosínica de receptores imunológicos. *Geralmente é mantido como* ITIM, *mas convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	ITIM *Sigla de* estructura tirosínica inhibidora de los inmunorreceptores. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
J chain *(same as* joining chain*)*	A small glycopeptide that joins two monomers in the polymeric immunoglobulins IgM and IgA.	cadeia J	cadena J (cadena de unión)
J exon *(also named* joining (J) gene segments*)*	A gene segment codifying the immunoglobulin and T-cell receptor gene loci and, upon gene rearrangement, encode part of the third hypervariable region of the antigen receptors.	exon J	exón J (segmentos génicos de unión)

K cell (killer cell)	A killer lymphocyte with Fc receptors which allow it to bind to and kill antibody-coated target cells. It mediates ADCC (antibody-dependent cell-cytotoxicity).	célula K (célula assassina)	linfocito K (citolítico)
kappa chain (κ chain)	In the context of immunoglobulins, one of the two forms of immunoglobulin light chains.	cadeia kappa	cadena kappa (cadena)
kinins	A family of peptides released during inflammatory reactions; they increase vascular permeability (are vasodilators) and contract smooth muscle; they derive from injured or inflamed tissue.	cininas	cininas
kiss of death	The contact between cytotoxic T lymphocytes or natural killer cells and their target (infected) cells by direct contact leading to the lysis of the latter. It is due to secretion of specialized granules containing potent cytotoxic molecules.	beijo da morte	beso de la muerte
knock-out animals	Animals in which one particular gene has been inactivated; used to study gene function by looking at the effects of its absence.	animais nocauteados; animais com genes desativados	animales con genes desactivados
Kupffer cells	Macrophages lining the sinusoids of the liver. They remove debris and dying cells from the blood, but are not known to elicit immune responses.	células de Kupffer	células de Kupffer
L chain	*Abbrev. for* light chain.	cadeia L *Abreviação para* cadeia leve.	cadena L *Denominación abreviada de la* cadena ligera.
L selectin	It is an adhesion molecule essential for lymphocyte homing. It is expressed on lymphocytes and its counter-receptor is expressed on high endothelial venules.	selectina L	selectina L
lactoferrin	An iron-containing molecule that has antimicrobial action by binding iron needed for microbial growth.	lactoferrina	lactoferrina
LAD-1	*Acron. for* leukocyte-adhesion deficiency 1.	LAD-1 *Sigla de* deficiência de adesão leucocitária 1. *Geralmente é mantida como LAD-1, mas é aconselhável colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	LAD-1 *Sigla de* deficiencia de adhesión del leucocito 1. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*

LAD-2	*Acron. for* leukocyte-adhesion deficiency 1.	LAD-2 *Sigla de* deficiência de adesão leucocitária 1. *Geralmente é mantida como* LAD-2, *mas é aconselhável colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	LAD-2 *Sigla de* deficiencia de adhesión del leucocito 1. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
lambda chain *(or* λ chain*)*	In the context of immunoglobulins, one of the two forms of immunoglobulin light chains.	cadeia lambda *ou* cadeia λ	cadena lambda *o* cadena λ
Langerhans cells	Dendritic cells found in the skin, able to act as effective antigen presenting cells.	células de Langerhans	células de Langerhans
lectins	Proteins, usually of plant origin, that can bind specifically to carbohydrates. Many lectins are mitogenic (i.e., can induce lymphocytes to divide), such as Con A and PHA.	lectinas	lectinas
leukocyte-adhesion deficiency 1 (LAD-1)	An immune deficiency in which the adhesion molecule β2-integrin is not expressed.	deficiência de adesão leucocitária 1 (LAD-1)	deficiencia de adhesión del leucocito 1 (LAD-1)
leukocyte-adhesion deficiency 2 (LAD-2)	An immune deficiency in which fucosyl sugars (ligands to selectins) are not produced.	deficiência de adesão leucocitária 2 (LAD-2)	deficiencia de adhesión del leucocito 2 (LAD-2)
leukocyte functional antigens (LFA)	Cell adhesion molecules initially defined with monoclonal antibodies. LFA-1 is a β2-integrin, particularly important in T-cell adhesion to endothelial cells and antigen-presenting cells. LFA-2 and LFA-3 are members of the immunoglobulin superfamily; LFA-3 is now called CD58.	antígenos associados à função de leucócitos	antígenos funcionales del leucocito
leukotrienes	Vasoactive metabolites of arachidonic acid produced by the action of lipoxygenase, which promote inflammatory processes (e.g. chemotaxis, increased vascular permeability) and are produced by a variety of cell types including mast cells, basophils and macrophages.	leucotrienos	leucotrienos
LFA-1, LFA-2 *and* LFA-3 *(see* leukocyte functional antigens*)*	*Abbrev.* for leukocyte functional antigens 1, 2, and 3.	LFA-1, LFA-2 *e* LFA-3 *Siglas para* antígenos associados à função de leucócitos. *Geralmente são mantidos como* LFA-1,LFA-2 *e* LFA-3, *respectivamente , mas é aconselhável colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	LFA-1, LFA-2 *y* LFA-3 *Siglas de* antígenos funcionales del leucocito. *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*

ligand	A generic term for the molecules that bind specifically to a receptor.	ligante	ligando
light chain (L chain)	The smaller of the two types of chains that comprise a normal immunoglobulin or antibody molecule. Light chains occur in two forms: kappa (κ) and lambda (λ).	cadeia leve	cadena ligera (cadena L)
linkage disequilibrium	A situation where a pair of alleles are found in a population at an unexpectedly greater frequency when compared with the frequency of the individual genes.	desequilíbrio de ligação	desequilibrio del ligamiento genético
lipopolysaccharide (LPS)	Endotoxin derived from the cell wall of Gram negative bacteria which presents inflammatory and mitogenic actions.	lipopolissacáride (LPS)	lipopolisacárido (LPS)
local immunity	Immunity limited to a given organ or site, such as respiratory or GI tracts.	imunidade local	inmunidad local
low-zone tolerance	Tolerance induced by low doses antigen injection.	tolerância de dose baixa	tolerancia por dosis bajas
lymph	The extracellular fluid that accumulates in tissues and is carried by the lymphatic vessels back through the lymphatic system to the thoracic duct and into the blood.	linfa	linfa
lymph nodes	Secondary lymphoid organs, in which mature B and T lymphocytes respond to free antigen, or antigen associated with APC, brought in via lymphatic vessels.	linfonodos *ou* nódulos linfáticos	ganglios linfáticos
lymphadenopathy	Enlarged lymph nodes.	linfadenopatia	linfadenopatía
lymphatic system	System of vessels through which lymph travels, and which includes organized structures—lymph nodes—at the intersection of vessels. Three major functions: to concentrate antigen from all parts of the body into a few lymphoid organs; to circulate lymphocytes through lymphoid organs so that antigen can interact with rare antigen-specific cells; and to carry products of the immune response (antibody and effector cells) to the bloodstream and tissues.	sistema linfático	sistema linfático
lymphoblast	A young lymphocyte under proliferation or differentiation that has enlarged and increased its rate of RNA and protein synthesis.	linfoblasto	linfoblasto
lymphocyte repertoire	The total number of antigenic specificities of lymphocytes.	repertório de linfócitos	repertorio de linfocitos

lymphocytes	Small mononuclear cells with a round nucleus containing densely packed chromatin and a thin rim of cytoplasm. They bear variable cell-surface receptors for antigens and they are responsible for specificity, diversity, memory, and self-non-self discrimination. There are two main classes of lymphocytes: B lymphocytes (B cells) and T lymphocytes (T cells), which mediate humoral and cell-mediated immunity, respectively.	linfócitos	linfocitos
lymphoid follicles	Lymphoid aggregates made up of dendritic cells and B lymphocytes. The primary lymphoid follicle contains resting B cells. When an activated B cell enters in the primary lymphoid follicle, a germinal center is formed and the follicle is called secondary lymphoid follicle.	folículos linfóides	folículos linfáticos
lymphoid organs	Organized tissues characterized by very large numbers of lymphocytes interacting with a non lymphoid stroma. The central or primary lymphoid organs, where lymphocytes are generated, are thymus and bone marrow. The main peripheral or secondary lymphoid organs, in which adaptive immune responses are initiated, are lymph nodes, spleen, and mucosal-associated lymphoid tissues such as tonsils and Peyer's patches.	orgãos linfóides	órganos linfáticos
lymphokine-activated killer cells (LAK)	Killer and natural killer cells activated *in vitro* by exposure to cytokines such as IL-2.	linfócitos citolíticos ativados por linfocinas *Quase sempre designadas simplesmente* células LAK. *Convém colocar o significado na primeira vez que o termo aparecer no texto.*	linfocitos citolíticos activados por linfocinas (LAK) *Se mantiene generalmente la sigla en inglés, aunque se aconseja explicar su significado la primera vez que aparece.*
lymphokines	Soluble substances secreted by lymphocytes, which have a variety of effects on lymphocytes and other cell types.	linfocinas	linfocinas
lymphoma	Tumor of lymphocytes that grow in lymphoid and other tissues but do not enters in the blood in large numbers. There are various types of lymphomas, which represent the transformation of various developmental stages of B or T lymphocytes.	linfoma	linfoma
lymphotoxin	*Synonym for* TNF-α. A cytotoxic cytokine secreted by inflammatory CD4 T lymphocytes.	linfotoxina	linfotoxina

lysosomes	Cytoplasmic organelles found within phagocytic cells that contain hydrolytic enzymes involved in the digestion of phagocytosed material.	lisossomas	lisosomas
lysozyme	An enzyme present in tears, saliva, and neutrophils. It digests mucopeptides in the cell wall of Gram positive bacteria.	lisozima	lisozima

Nota

[a] Singer LM, Igea JM. Glossário trilíngüe (EN-PT-ES) de termos, abreviações e acrônimos usados com freqüência em Imunologia. 1ª parte. Panace@ 2005; 6 (20): 93-121. <www.medtrad.org/panacea.htm>

Bibliografia

Abbas AM, Lichtman AH, Pober JS. Cellular and Molecular Immunology. 2.ª ed. Filadelfia: W.B. Saunders Company; 1994.

Calich V, Vaz C. Imunologia. Rio de Janeiro: Livraria e Editora Revinter Ltda.; 2001.

Dorland's Illustrated Medical Dictionary. 28.ª ed. Filadelfia: W.B. Saunders Company; 1994.

Janeway CA, Travers O, Walport M, Shlomchik M. Immunobiology. The immune system in health and disease. 6.ª ed. Nueva York, Londres: Garland Science; 2005.

Mota I, Alvarez JA, Fernandes I. Dicionário de Imunologia: inglês, português, espanhol. São Paulo: Ateneu Editora; 1999.

Roitt I, Brostoff J, Male D. Immunology. 2.ª ed. Londres: Gower Medical Publishing; 1989.

Smith AD et al (eds.). Oxford Dictionary of Biochemistry and Molecular Biology. Nueva York: Oxford University Press; 2003.

Stedman's Electronic Medical Dictionary. V. 4.0 [en CD-ROM]. Hagerstown: Lippincott Williams and Wilkins; 1998.

The American Heritage® Dictionary of the English Language. 4.ª ed. Boston: Houghton Mifflin; 2002.

Internet

Benjamini E, Coico R, Sunshine G. Immunology. A short course. 4.ª ed. Nueva York: Wiley-Liss; 2000. Glossary [en línea]. <www.wiley.com/legacy/products/subject/life/immuno/glossary.html>.

Claros G, Saladrigas MV, González-Halphen. Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (3.ª entrega) Panace@ 2003; 4 (12): 136-142. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n12_tradyterm_Claros-Saladriga-Halphen.pdf >.

Claros G, Saladrigas MV, González-Halphen. Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (5.ª entrega) Panace@ 2004; 5 (16): 109-126. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n16_tradyterm_Claros-Saladrigas-GonzalezH.pdf>.

Dalhousie University - Faculty of Medicine: Immunology bookcase (2005). <pim.medicine.dal.ca/home.htm>.

Decker JM. Immunology glossary (2003). <microvet.arizona.edu/Courses/MIC419/Toolbox/glossary.html>.

Department of Immunology - Faculty of Medicine of the University of Manitoba. Glossary of basic terms for Immunology Series (2000). <www.umanitoba.ca/faculties/medicine/units/immunology/pdffiles/glossary.pdf>.

Dorland's Illustrated Medical Dictionary. <www.mercksource.com/pp/us/cns/cns_hl_dorlands.jspzQzpgzEzzSzppdocszSzuszSzcommonzSzdorlandszSzdorlandzSzdmd-a-b-000zPzhtm>.

Lemon SM, Barbour AG. A glossary of terms commonly used in Molecular Biology (1993). <www.med.unc.edu/wrkunits/3ctrpgm/pmbb/mbt/GLOS.htm>.

Merck & Co., Inc. Glossary (2002). <www.merckbooks.com/mindex/pdf/Glossary.pdf>.

National Jewish Medical and Research Center. Respiratory and Immunology glossary. <www.nationaljewish.org/fp10.html>.

Pharmacia & Upjohn Co. Nursing Advisory Board. Cancer Glossary. <www.meds.com/glossary.html>.

Queensland Institute of Medical Research. Glossary of terms (2005). <www.qimr.edu.au/qimr_glossary.html>.

Roitt's Essential Immunology Glossary (2002). <www.roitt.com/glossary.htm>.

Saladrigas MV, Claros G, González-Halphen. Vocabulario inglés-es-pañol de bioquímica y biología molecular (4.ª entrega) Panace@ 2003; 4 (13-14): 239-250. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n13-14_tradyterm-biologiamolecular.pdf>.

Saladrigas MV, Claros G. Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (1.ª entrega) Panace@ 2002; 3 (9-10): 13-28. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/Pana9_tradyterm_mvsgc.pdf>.

Saladrigas MV, Claros G. Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (2.ª entrega) Panace@ 2003; 4 (11): 18-29. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n11-tradytermbiomolecular.pdf>.

Vocabulario inglés-español de bioquímica y biología molecular (7.ª entrega)

María Verónica Saladrigas*

amorph: alelo amorfo, alelo nulo.
→ NULL MUTATION

amorphic mutation: mutación amórfica, mutación anuladora.
→ NULL MUTATION

array: matriz.
Distribución ordenada de moléculas o de muestras biológicas sobre un soporte sólido.

Observación: según la naturaleza de las moléculas o las muestras biológicas inmovilizadas sobre el soporte en cuestión, destacan distintos tipos (p. ej.: *DNA arrays, protein arrays, tissue arrays*). Por lo general, si la matriz admite miniaturización o contiene una gran densidad de muestras de tamaño muy pequeño, se antepone el prefijo *micro-* (*microarray,* micromatriz), y si no la admite o contiene un menor número de muestras de tamaño mayor, se antepone el prefijo *macro-* (*macroarray*, macromatriz). Otras veces, el prefijo *micro-* se coloca de forma arbitraria para destacar el tamaño relativamente pequeño del soporte, sin que se haya establecido a partir de qué tamaño se debe hablar ya de micromatriz. Sin más especificación, la mayoría de las veces es una micromatriz *(microarray)*. En México y la Argentina se traduce generalmente por «microarreglo» o «microordenamiento» *(microarray)*. Es sinónimo de *biochip* o *chip* (en su primera acepción).

biochip: biochip.
1 Matriz. Véanse ARRAY y DNA ARRAY.
2 Circuito integrado (chip) cuyas funciones lógicas y electrónicas son realizadas por moléculas de proteína manipuladas convenientemente.

Observación: a mediados de 1980 esta palabra se utilizaba sobre todo en su segunda acepción, aunque por entonces también tenía el significado médico de microchip implantable («implantable solid-state devices used as neurological or physiological prostheses»). Desde finales de 1990 hasta la actualidad, en el ámbito de la biología molecular se utiliza casi siempre como sinónimo de *array* (matriz). Sin otro calificativo normalmente se refiere a una micromatriz de ADN.

bioinformaticist: bioinformático.
Persona con los conocimientos necesarios de biología e informática para comprender un problema de índole medicobiológica y luego diseñar, someter a prueba y poner en marcha estrategias basadas en técnicas informáticas para resolverlo. Véase BIOINFORMATICS.

bioinformatics: bioinformática.
Informática aplicada a la recolección, al almacenamiento y al análisis de datos biológicos. En su artículo «What is bioinformatics?» Nicholas M. Luscombe define los principales objetivos de esta disciplina del modo siguiente: 1) organizar los datos biológicos de forma que los investigadores tengan acceso a la información existente y puedan a su vez enviar información a medida que obtienen datos experimentales nuevos (p. ej.: bancos de datos sobre estructuras tridimensionales de proteínas, como el Protein Data Bank); 2) crear las herramientas y los recursos necesarios para efectuar análisis específicos (p. ej.: programas, como FASTA y PSI-BLAST, que permiten comparar las secuencias de aminoácidos de proteínas desconocidas con las secuencias de aminoácidos de proteínas ya caracterizadas); 3) utilizar dichas herramientas para analizar los datos de forma global e interpretar los resultados a fin de extraer su significado biológico (p. ej.: análisis global de un sistema biológico en particular y su comparación con otros sistemas relacionados a efectos de revelar los principios comunes por los que se rigen y poner de manifiesto propiedades propias de alguno de ellos o nuevas).

Observación: varias fuentes coinciden en que el término *bioinformatics* se concibió, a mediados de 1980, para referirse únicamente al análisis de datos procedentes de secuenciaciones biológicas (la fecha de su entrada en circulación se puede constatar mediante una búsqueda en la base de datos HighWire Press, de la Universidad de Stanford). En la actualidad, como acabamos de ver, su significado es un poco más amplio, aunque hasta hoy todavía no existe una definición consensuada. Por una parte, según John M. Hancock (*Dictionary of bioinformatics and computational biology,* 2004), los términos *bioinformatics* y *computational biology* pueden considerarse sinónimos; el primero es más frecuente en el Reino Unido y Europa, y el segundo, más utilizado en los EE. UU. Por otra, también según Hancock, algunos atribuyen a la bioinformática un significado un poco más restringuido: «[bioinformatics can be considered] the computational storage and manipulation (but not analysis) of biological information and computational biology as a more biology-oriented discipline aimed at learning new knowledge about biological systems». Incluso cuando se establece alguna diferencia entre ambas, los límites son muy difusos, y no hay concordancia estricta entre las definiciones que se ofrecen; véanse, por ejemplo, las que recogen Benfey y Protopapas en su libro *Essentials of Genomics*: «computational biology is a term to describe the development of algorithms to solve problems in biology. [...] Bioinformatics is the application of computational biology to real data for

* Doctora en Ciencias Biológicas, con especialización en Biología Molecular, por la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Traductora y revisora. Novartis Pharma AG, Basilea (Suiza). Dirección para correspondencia: mariaveronica@freesurf.ch.

the purposes of analysis and data management.», o el catedrático David M. Glick en su *Glossary of Biochemistry and Molecular Biology:* «[Bioinformatics is t]he management, manipulation and use of DNA nucleotide sequences, and consequent protein amino acid sequences, that are known from sequencing of genomes and cDNA libraries» (esta definición es algo antigua; se basa en un artículo de Andrade y Sander publicado en 1997, y el glosario no incluye *computational biology* como entrada separada).

Por último, en el tesauro de la Biblioteca Nacional de Medicina de los Estados Unidos (MeSH, Medical Subject Headings), elaborado en colaboración con especialistas de las esferas respectivas, la expresión *computational biology* figura como sinónimo estricto de *bioinformatics,* con la siguiente definición: «A field of biology concerned with the development of techniques for the collection and manipulation of biological data, and the use of such data to make biological discoveries or predictions. This field encompasses all computational methods and theories applicable to Molecular Biology and areas of computer-based techniques for solving biological problems including manipulation of models and datasets».

blueprint: juego completo de genes (genoma), material hereditario (ADN o ARN), información genética (contenida en la secuencia nucleotídica del genoma), constitución genética (genotipo), según el contexto.

→ GENETIC BLUEPRINT

chip: chip.

1 Matriz. Véanse ARRAY y DNA ARRAY.

2 Circuito integrado que cumple numerosas funciones en ordenadores y otros dispositivos electrónicos.

comprehensive biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

computational biologist: bioinformático.

→ BIOINFORMATICS

computational biology: bioinformática.

→ BIOINFORMATICS

CpG island: isla de CpG.

Observación: a veces figura con la grafía *CG island*. En este caso se omite la letra pe (p) que representa el grupo fosforilo de unión entre el 3'-OH de la desoxicitidina y el 5'-OH de la desoxiguanosina. En castellano también circula la opción «islote de CpG», pero su equivalente inglés *(CpG islet)* apenas se utiliza en comparación con *CpG island*. Véase DOMAIN.

data mining: prospección de datos.

Descubrimiento de relaciones o pautas existentes dentro de un grupo de datos experimentales mediante el uso de técnicas analíticas semiautomatizadas o completamente automatizadas, y la consiguiente formulación de hipótesis.

Observación: es sinónimo de *pattern analysis, intelligent data analysis, knowledge discovery, pattern discovery* y *pattern recognition*. Por «pauta» (*pattern*) se entiende en este caso cualquier relación que pueda existir dentro de un conjunto específico de datos. Según Hiroaki Kitano (2002), constituye una de las dos ramas de la bioinformática; la otra es el análisis basado en simulaciones (*simulation-based analysis*).

En castellano, se halla muy difundido en la práctica el calco «minería de datos» para traducir este concepto, pero el gerundio *mining* del verbo *to mine* no tiene nada que ver con la minería en este caso. Más relación guarda con la acepción 2.b que recoge el diccionario *Merriam-Webster:* «**2.b:** to extract from a source <information *mined* from the files>». En cambio, nuestra «minería» tiene estos significados: «1. f. Arte de laborear las minas. | 2. f. Conjunto de los individuos que se dedican a este trabajo. | 3. f. Conjunto de los facultativos que entienden en cuanto concierne a ese trabajo. | 4. f. Conjunto de las minas y explotaciones mineras de una nación o comarca».

dihemic: dihémica.

Calificativo que se aplica a cualquier proteína constituida por dos grupos hemo. En el caso del citocromo c-550, también conocido como *citocromo c-549,* la proteína está formada por dos subunidades polipeptídicas y cada subunidad tiene su correspondiente grupo hemo (como grupo prostético). Véase HEME.

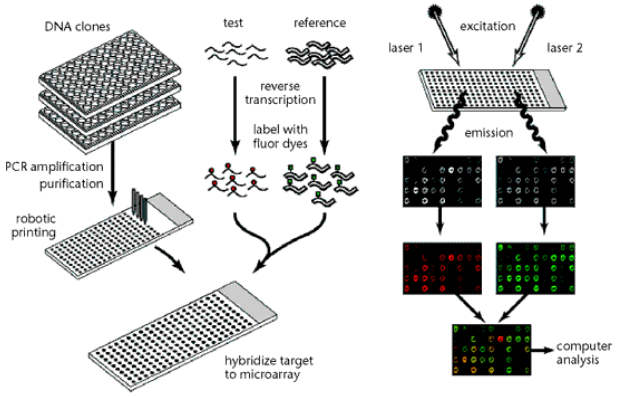
DNA array: matriz de ADN.

Distribución ordenada de cientos a miles de moléculas de ADN de secuencia conocida —las sondas o *probes*— sobre un soporte sólido. Estas sondas se hibridan con una solución de ácidos nucleicos desconocidos —las dianas o *targets*— que han sido marcados de antemano mediante algún procedimiento específico. Tras la hibridación y los lavados correspondientes, los híbridos retenidos en la matriz emiten una señal que puede de ser interpretada por instrumentos adaptados al tipo de señal en cuestión (por ejemplo, mediante microscopia confocal de barrido láser). Se obtiene así una imagen característica (véase la figura 1).

Observación: las sondas se pueden sintetizar directamente sobre una superficie rígida de vidrio (p. ej., en el caso de los oligonucleótidos) o se pueden preparar con anterioridad (p. ej.: oligonucleótidos, ADNc clonados, productos de PCR, etiquetas de secuencia expresada [EST], un fragmento génico), y en ese caso se ligan posteriormente al soporte de vidrio o a una membrana de nailon. Las dianas son, por lo general, ADNc obtenidos por transcripción inversa a partir de ARNm o ARN total. La matriz de nailon no se presta a miniaturización extrema debido a la naturaleza porosa de la membrana (por eso también se conoce con el nombre de *macromatriz* o *macroarray,* para diferenciarla de la que puede tener un tamaño más pequeño, conocida como *micromatriz* o *microarray,* normalmente de vidrio), pero puede servir para estudiar las pautas de expresión génica de organismos con genomas relativamente pequeños, como las bacterias, y es muy popular en los laboratorios, pues la determinación de las pautas de expresión génica mediante estas matrices se basa en protocolos convencionales de transferencia e hibridación de tipo Southern, muy familiares para el biólogo molecular. En cambio, las micromatrices no admiten estos protocolos de hibridación.

Las matrices de ADN permiten comparar la pauta de expresión génica *(gene expression profiling)* de dos poblaciones celulares distintas partiendo de muestras de ARNm o de ARN total, y también se usan con otros fines, por ejemplo, en el diagnóstico de enfermedades, el estudio de polimorfismos y el desarrollo de fármacos. El traductor debe estar atento, pues las palabras *probe* y *target* se utilizan a veces de forma intercambiable y no con el significado que hemos recogido aquí (el más difundido). Es sinónimo de *biochip, DNA chip, gene chip y gene array* (y variantes de los mismos). Véase ARRAY.

Figura 1: Esquema de un experimento de hibridación en micromatriz de ADN



Se obtienen sondas complementarias de los genes de interés, se amplifican por PCR, se purifican y se siembran en un portaobjetos de vidrio con ayuda de un robot. El ARN total extraído de las muestras de estudio o de referencia se convierte en ADNc fluorescente mediante una reacción catalizada por la transcriptasa inversa en presencia de fluoróforos específicos (conjugados Cy3–dUTP o Cy5–dUTP). Las dianas fluorescentes se juntan y luego se hibridan en condiciones rigurosas con las sondas de la matriz. Tras los lavados respectivos, los híbridos retenidos en la matriz producen una emisión característica al ser excitados por un rayo láser, y cada emisión característica es valorada de forma independiente por medio de un microscopio confocal de barrido láser. Luego, un programa informático se encarga de normalizar e integrar los resultados en una misma imagen coloreada, resaltando los niveles de expresión superiores o inferiores al de la muestra de referencia. (Imagen procedente de: Duggan DJ, Bittner M, Chen Y, Meltzer P, Trent JM. Expression profiling using cDNA microarrays. Nat Genet 1999; 21:10-14. Reproducida con permiso de Nature Publishing Group, <http://www.nature.com/>.)

DNA chip: matriz de ADN.
→ DNA ARRAY

DNA macroarray: macromatriz de ADN.
→ DNA ARRAY
Matriz de ADN sobre una membrana de nailon que, por su naturaleza porosa, no admite miniaturización y suele utilizarse con dianas radiactivas.

DNA microarray: micromatriz de ADN.
→ DNA ARRAY
Matriz de ADN sobre un soporte de vidrio que, debido a su tamaño pequeño o a la extrema densidad de muestras (puede contener miles de muestras de menos de 200 µm de diámetro por cm^2 de soporte matricial), normalmente no admite la utilización de dianas radiactivas, sino que se utiliza con dianas fluorescentes.

expression array: matriz de expresión.
Matriz de ADN que sirve para determinar la expresión de una serie de genes simultáneamente. Las sondas *(probes)*, en este caso, son moléculas de ADNc o pequeños fragmentos de ADNc (conocidos con el nombre de «etiquetas de secuencia expresada» o EST), o fragmentos génicos inmovilizados sobre un soporte sólido, y las dianas *(targets)* consisten en ADNc obtenidos por transcripción inversa a partir de una muestra de ARN (usualmente ARNm), procedentes de un determinado tejido y marcados por medio de algún procedimiento específico.

Observación: es sinónimo de *RNA chip* y *RNA biochip*. Véase DNA ARRAY y EST.

gene array: matriz génica.
→ DNA ARRAY

gene chip: matriz génica.
→ DNA ARRAY

Observación: existen matrices de ADN de Affymetrix que llevan por nombre comercial GeneChip®.

genetic blueprint: juego completo de genes (genoma), material hereditario (ADN o ARN), información genética (contenida en la secuencia nucleotídica del genoma), constitución genética (genotipo), según el contexto.

La expresión *genetic blueprint* (o su forma abreviada *blueprint*) evoca de inmediato en el lector entendido la noción de genotipo (la constitución genética de una persona: «a detailed plan or program of action»). Sin embargo, en la práctica, se utiliza como sinónimo de al menos cuatro conceptos claramente diferenciables, aunque estrechamente emparentados entre sí, como demuestra la siguiente búsqueda en archivos de *Nature Genetics:*

1 Precedida de adjetivos como *entire* o *complete,* normalmente se refiere al juego completo de genes de un organismo (es decir, al genoma):

> Hardly a month goes by without the publication of the **entire genetic blueprint** —the genome— of some organism or other. In almost all cases, the organisms concerned are simple [...].
>
> The genome, representing the **complete blueprint** of the organism, is the natural bounded system in which to conduct this [...].

Véase GENOME.

2 Material hereditario o genético, molécula portadora de información genética, metafóricamente «hilo de la vida» (es decir, el ADN o el ARN, según cuál de los dos componga el genoma del organismo en cuestión):

DNA is the **genetic blueprint** and it is synonymous with life.

Although RNA is generally thought to be a passive **genetic blueprint**, some RNA molecules, called ribozymes, have intrinsic enzyme-like activity — they can catalyse.

Véase DNA y RNA.

3 Información genética (contenida en la secuencia nucleotídica del genoma):

The ultimate goal of the human genome project is to analyse the **genetic blueprint** of our genome and elucidate the mechanism of control of gene expression [...].

[...] as this discovery was a big leap then, the next step today is to discern the parasite's **blueprint**; the genomic sequence of *Plasmodium falciparum*.

Véase SEQUENCE.

4 Constitución genética de un individuo (es decir, su genotipo):

[...] characteristics of an organism, which result from the interaction of the organism's **genetic 'blueprint'** (its genotype) and the environment.

Véase GENOTYPE.

genetic code: código genético.

Clave que permite pasar de un lenguaje de cuatro letras (las bases nucleotídicas) a otro de 20 aminoácidos (número de aminoácidos naturales conocidos que componen las proteínas de los seres vivos).

Observación: el código genético está organizado en grupos de tres nucleótidos; cada grupo de tres nucleótidos se llama *triplete* o *codón,* y cada triplete o codón representa un aminoácido. Un gen incluye una serie de codones que se leen consecutivamente a partir de un punto de partida, el codón de iniciación (AUG o GUG), hasta otro de finalización, el codón de terminación (UAG, UGA y UAA). Los tripletes no son superponibles (cada codón consiste en tres nucleótidos, y el codón inmediatamente posterior está constituido por los tres nucleótidos siguientes), prueba de ello es que una mutación génica capaz de alterar un único nucleótido solo puede cambiar un aminoácido del polipéptido codificado por dicho gen. Se pueden formar 64 tripletes o codones diferentes a partir de los cuatro nucleótidos básicos que componen un ácido nucleico, y 61 de ellos codifican los 20 aminoácidos naturales, lo cual quiere decir que un mismo aminoácido puede estar codificado por más de un triplete (por eso se dice que el código es redundante, en inglés *degenerate*). Los tripletes equivalentes se conocen como *synonym codons* y suelen diferir en un solo nucleótido (el tercero en dirección 5'→ 3'). Los tres tripletes restantes (64 – 61 = 3) sirven para señalar la finalización del mensaje genético. El código es el mismo para casi todos los organismos vivos y por eso se considera universal, pero existen excepciones a la regla (por ejemplo, en la especie *Mycoplasma capricolum,* el codón UGA no es un codón de terminación, sino que codifica el aminoácido triptófano). En 1968, Robert W. Holley, Har Gobind Khorana y Marshall W. Nirenberg recibieron el Premio Nobel de Medicina y Fisiología por su interpretación del código genético y la función que éste desempeña en la síntesis de proteínas.

genotype, to: genotipar, genotipificar.

Caracterizar y analizar el genotipo (la constitución genética) de un organismo, en uno o más locus y por medios diversos (genéticos, moleculares, inmunológicos, etc.), utilizando células, tejidos u organismos enteros.

Observación: en castellano no existe el verbo *tipar,* pero sí *tipificar*, que la vigésima segunda edición del diccionario académico de la lengua española (DRAE 2001) registra con tres acepciones de uso distintas, una de las cuales, la que más se aproxima a la idea de caracterización, es la segunda: «dicho de una persona o de una cosa: Representar el tipo de la especie o clase a que pertenece» (en el sentido de que una persona o una cosa caracteriza o representa el tipo de la clase a la que pertenece). Si bien el verbo *genotipificar* no se utiliza en ese sentido, no resulta difícil imaginar cómo se ha popularizado en la práctica con el significado que aquí se indica (caracterización del genotipo).

genotyping: genotipado, genotipificación.

Acción y efecto de genotipar o genotipificar.

→ GENOTYPE, TO

Observación: en castellano, es muchísimo más frecuente «genotipado» que «genotipificación». Por lo común, el genotipado se basa en el análisis de polimorfismos (variaciones genéticas) presentes en una muestra de ADN (polimorfismos de la longitud de fragmentos de restricción o RFLP, microsatélites o minisatélites, polimorfismos de un solo nucleótido o SNP), pero el término tiene un significado más amplio, al aplicarse asimismo a cualquier prueba que permita revelar los alelos de locus específicos de un individuo (como en la determinación de los genotipos AO y AA, asociados al grupo sanguíneo A).

haem: hemo.

→ HEME

hammerhead ribozyme: ribozima «cabeza de martillo», ribozima en cabeza de martillo.

Pequeña ribozima capaz de hidrolizar enlaces fosfodiéster propios, cuya estructura secundaria recuerda la forma de la cabeza de un martillo (de allí su nombre: *hammerhead*). Está presente, como motivo de ARN, en viroides como el PLMVd, en ARN satélites o virusoides, en ARN de virus de plantas y animales y en algunos ARNm. Véanse MOTIF y RIBOZYME.

heme: hemo; derivado hémico.

1 Hemo (*heme*). Forma abreviada de ferrohemo *(ferroheme, ferrohaem)* o protohemo *(protoheme),* nombre común de la ferroprotoporfirina *(ferroprotoporphyrin),* otrora conocida como ferroprotoporfirina IX *(ferroprotopor-*

phyrin IX). Existe en forma libre o como grupo prostético de hemoproteínas (*heme proteins* o *hemoproteins*), p. ej.: hemoglobinas, eritrocruorinas, mioglobinas, algunas peroxidasas, catalasas y citocromos.

2 Derivado hémico (*heme* o *heme derivative*). En esta segunda acepción, *heme* es nombre genérico, sinónimo de *heme derivative*. Como nombre genérico designa cualquier complejo de coordinación formado por un ión de hierro (átomo central), una porfirina (ligando tetradentado) y uno o más ligandos axiales que ocupan la quinta y sexta posición de coordinación y difieren según el compuesto de que se trate, con independencia del estado de oxidación del átomo de hierro (ferroso +2 o férrico +3). La mioglobina (y cualquiera de las hemoproteínas mencionadas anteriormente) es un ejemplo de derivado hémico, donde un aminoácido de la proteína (la histidina) y una molécula de oxígeno ocupan la quinta y sexta posiciones de coordinación, respectivamente. Otro ejemplo es la hemina *(hemin),* el cloruro del hemo. Por ser los derivados hémicos un grupo específico de porfirinas (pigmentos naturales que tienen un anillo tetrapirrólico en común) también se conocen popularmente con el nombre de «porfirinas» o, más específicamente, de «ferroporfirinas», pero nunca como «hemos».

Observación: en castellano, la palabra «hemo» (sing.) se refiere siempre al grupo prostético hemo (primera acepción). Como nombre genérico, *heme (heme derivative)* nunca debe traducirse por «hemoderivado», especialmente en textos medicobiológicos, dado que en medicina tiene un significado distinto al aplicarse a cualquier derivado de la sangre (p. ej.: concentrado de inmunoglobulinas, albúmina humana, concentrado de fibrinógeno, factores de coagulación). Véase HEMO-.

heme derivatives: derivados hémicos.

→ HEME (2.ª acepc.)

hemes: derivados hémicos.

→ HEME (2.ª acepc.)

hemo-: hemo-

1 Prefijo que expresa relación con la sangre.

2 Prefijo que expresa relación con un grupo hemo. Véase HEME.

Observación: el *Oxford Dictionary of Biochemistry and Molecular Biology* también recoge las formas *hema- y hem-* y, en inglés británico, *haemo-, haema- y haem-*, además de *hemato-* (o *haemato-*). En castellano adopta asimismo las variantes *hemato-, hema- y hemat-*.

high-throughput: *adj.* de gran productividad, rápido.

Calificativo aplicado a cualquier técnica automatizada que permite obtener un gran número de resultados o efectuar un gran número de procesos por unidad de tiempo.

Observación: los métodos o técnicas *high-throughput,* debido a su gran productividad, se definen muchas veces como técnicas rápidas, por ejemplo: *high-throughput sequencing* («a fast method of determining the order of bases in DNA»), *high throughput structure determination* («the process of rapidly generating protein structures from genetic information»), *high-throughput screening* («process for rapid assessment of the activity of samples from a combinatorial library or other compound collection, often by running parallel assays in plates of 96 or more wells» [IUPAC]). No obstante, no son exactamente equivalentes los conceptos de gran productividad y rapidez, aunque están estrechamente vinculados entre sí («to obtain rapid, high throughput genotyping of the angiotensin converting enzyme gene intron [...]», «the human genome project is driving the development of high-speed and high-throughput DNA sequencing and analysis methods.»). Otras veces, por *high-throughput* se entiende más específicamente la capacidad de analizar un gran número de muestras en paralelo en un solo experimento, como sucede en las matrices de ADN («Another important high-throughput genomic tool is the DNA or oligonucleotide array»). Véanse THROUGHPUT y ULTRA HIGH-THROUGHPUT.

in silico: *in silicio*.

Locución adverbial muy utilizada en biología molecular para calificar simulaciones, modelos, experimentos o análisis realizados en la computadora o el ordenador. P. ej.: «[...] This also witnessed the establishment of a new facet of the study of life, added to its study in vivo and in vitro: the study of living organisms with computers, in silico».

Observación: los archivos de HighWire Press y *Nature* registran su uso desde 1996, a veces como sinónimo de *in machina* y *virtual*. En los archivos de *Science* su aparición es posterior a 1999. Según Fernando Navarro, la locución latina correcta debe ser *in silicio* (como raramente se escribe) y no *in silico,* dado que el nombre latino del silicio no es *silicum,* sino *silicium*. Como adjetivo calificativo puede traducirse por «ficticio», «virtual», «aparente», «por ordenador» o «producido en el ordenador», en oposición a «real»: «these in silico polymorphisms still need to be validated».

integrated biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

integrative biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

intelligent data analysis: prospección de datos.

→ DATA MINING

intron-specific splicing factor: factor de corte y empalme codificado por intrón.

→ MATURASE

isoschizomer: isoesquizómero.

Endonucleasa de restricción que reconoce la misma secuencia de nucleótidos que otra enzima de restricción, con idéntica especificidad. Por extensión, el término también se aplica a las enzimas de restricción que escinden el ADN en distintos sitios dentro de la misma secuencia de reconocimiento.

knowledge discovery: prospección de datos.

→ DATA MINING

loss-of-function mutation: mutación amórfica, mutación anuladora.

→ NULL MUTATION

maturase: factor de maduración (del preARNm), factor de corte y empalme codificado por intrón.

Proteína codificada por intrones de los grupos I o II. Se une a su intrón codificante e induce el cambio de conformación necesario para que el intrón se escinda del preARNm respectivo y éste continúe su proceso de maduración —empalme de exones, poliadenilación y adquisición de la secuencia protectora de guanilatos en el extremo 5'— hasta convertirse en el ARNm correspondiente.

Observación: el NC-IUBMB, en su introducción a la *Classification and Nomenclature of Enzymes by the Reactions they Catalyse,* desaconseja vivamente el uso del sufijo *-ase* para formar nombres de proteínas carentes de la actividad catalítica que su nombre supuestamente indica: «The first general principle of these 'Recommendations' is that names purporting to be names of enzymes, especially those ending in *-ase,* should be used only for single enzymes, i.e. single catalytic entities. [...] In this context it is appropriate to express disapproval of a loose and misleading practice that is found in the biological literature. It consists in designation of a natural substance (or even of an hypothetical active principle), responsible for a physiological or biophysical phenomenon that cannot be described in terms of a definite chemical reaction, by the name of the phenomenon in conjugation with the suffix *-ase,* which implies an individual enzyme. Some examples of such phenomenase nomenclature, which should be discouraged even if there are reasons to suppose that the particular agent may have enzymic properties, are: permease, translocase, reparase, joinase, replicase, codase, etc.».

La situación de esta proteína es bastante peculiar; por un lado, tiene un dominio con actividad de endonucleasa y, en el caso de los intrones del grupo II, otro con actividad de transcriptasa inversa (el sufijo *-ase* en estos casos está bien aplicado, puesto que se trata de actividades enzimáticas), pero el dominio al que se le atribuye la actividad *maturase* carece de tal actividad (puesto que no convierte el preARNm en ARNm). Por ejemplo, una de las *maturases* mejor estudiadas es la proteína LtrA de *L. lactis*, cuyo nombre oficial completo es en realidad *group II intron-encoded protein ltrA* y no *maturase* (<www.expasy.org/uniprot/P0A3U0>). Se trata de una proteína multifuncional; en la base de datos Swiss-Prot (<www.expasy.org>) figura con las dos actividades de endonucleasa y transcriptasa inversa y con una tercera actividad *(RNA-maturase activity),* que en realidad corresponde a la de las enzimas de la clase EC 3.1 del NC-IUBMB (hidrolasas de enlaces éster).

Por consiguiente, la designación *maturase* (formada con el nombre de un fenómeno, la maduración del preARNm, más el sufijo *-ase*) contraviene de forma flagrante las normas del NC-IUBMB (de hecho, no hay ninguna enzima que se llame *maturase* en la clasificación enzimática de este comité).

Un significado muchísimo más claro trasmite un sinónimo de *maturase* que es *intron-specific splicing factor* (factor de corte y empalme codificado por intrón), aunque está claro que, luego, en la práctica, habrá quien siga prefiriendo, pese a todo, el calco «madurasa», por su brevedad y tradición, especialmente llegado el caso de que la proteína figure con el único nombre de *maturase* en la base de datos correspondiente.

microchip: microchip.

→ CHIP

multidisciplinary biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

mutase: mutasa.

Cualquier enzima de la clase de las isomerasas que cataliza el traslado intramolecular de un grupo químico.

Observación: no se trata de una proteína con actividad mutágena. Las isomerasas son enzimas de la Clase EC 5 en la nomenclatura enzimática del NC-IUBMB.

network biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

new biology: biología de sistemas.

→ SYSTEMS BIOLOGY

null allele: alelo nulo, alelo amorfo.

Alelo completamente inactivo o ausente como resultado de una mutación.

Observación: en todos los casos se pierde por completo la función asociada al alelo. Por lo tanto, un alelo nulo o amorfo se comporta en la práctica como un alelo recesivo *(recessive)* o «silencioso» *(silent)* —llamado así porque no se «expresa», es decir, no se traduce en un producto activo— y no influye en absoluto en el fenotipo general del individuo portador. Veáse NULL MUTATION.

null mutation: mutación anuladora, mutación amórfica.

Mutación de un alelo que redunda en la pérdida completa de su función, ya sea porque no se transcribe ni se traduce o porque sintetiza un producto carente de actividad biológica.

Observación: no se trata de una mutación completa, sino de la pérdida completa de la función del alelo afectado, que es muy distinto: una mutación puede ser completa, entendiéndose por ello la transformación completa de un alelo A_1 en otro A_2 y, sin embargo, no redundar en un alelo amorfo. Tampoco puede decirse que sea nula (falta de fuerza, ninguna), sino todo lo contrario: su efecto es la anulación completa de la función asociada al gen afectado. Por otro lado, el lector debe tener presente que la palabra *mutation* designa a veces al individuo portador de una mutación, es decir, al mutante mismo y no a la mutación propiamente dicha. Véase MUTATION.

omics: ómicas.

Forma abreviada de referirse coloquialmente a diversas esferas emergentes de la biología molecular dedicadas al estudio de todos los componentes de una determinada clase dentro de un sistema biológico dado, con ayuda de herramientas automatizadas de análisis a gran escala. Por ejemplo: *genomics* (genómica, estudio cuantitativo de la totalidad de genes y secuencias reguladoras y no codificantes contenidas en el genoma), *transcriptomics* (transcriptómica, estudio de la población total de ARN transcritos), *proteomics* (proteinómica o proteómica, estudio de todas las proteínas sintetizadas y de sus posibles modifica-

ciones postraduccionales), *metabolomics* (metabolómica, estudio del complemento de metabolitos de bajo peso molecular), *glycomics* (glucómica, estudio de todos los hidratos de carbono), *pharmacogenomics* (farmacogenómica, estudio cuantitativo de la forma en que el genotipo afecta a la respuesta del individuo a un determinado fármaco). (La lista anterior no es exhaustiva.)

Observación: según Günter Kahl (catedrático de Plant Molecular Biology en la Universidad Johann Wolfgang Goethe, en Frankfurt [Alemania], y autor de *The Dictionary of Gene Technology*), el término fue acuñado por John N. Weinstein (Head, Genomics & Bioinformatics Group del National Cancer Institute, Bethesda, Maryland [EE. UU.]).

pathway: vía; red o sistema.

1 Vía. Serie lineal de reacciones químicas de la que es objeto una determinada entidad molecular o clase de entidades moleculares dentro de un sistema. Por ejemplo, cualquier vía metabólica *(metabolic pathway)* o serie de reacciones conectadas que tienen lugar en una célula u organismo biológico:

> We have cloned and sequenced the *dit* gene cluster encoding enzymes of the catabolic pathway for abietane diterpenoid degradation by *Pseudomonas abietaniphila* BKME-9.

2 Red o sistema. Conjunto de interacciones o de relaciones funcionales entre componentes físicos o genéticos de una célula, que operan de forma concertada para llevar a cabo un proceso biológico.

> One abstraction that biologists have found extremely useful in their efforts to describe and understand the inner workings of cellular biology is the notion of a **biomolecular network, often called a pathway**. A pathway is a set of interactions, or functional relationships, between the physical and/or genetic [2] components of the cell which operate in concert to carry out a biological process.

> A cell is built up of molecules, as a house is with stones. But a soup of molecules is no more a cell Than a heap of stones is a house. To support an understanding of the functioning and function of cells, in our view systems biology ought to focus on mathematical modelling and simulation of the dynamics associated with **biochemical reaction networks (pathways).**

Observación: la segunda acepción, la más nueva y popular en biología de sistemas, hace hincapié en el carácter interactivo de los componentes de un *pathway* biológico, tal como ocurre, por ejemplo, en los *signaling pathways* (sistemas de transducción de señales): «Signaling events within or between cells are not restricted to linear pathways, but are well-known to be complex and dynamic networks».

pathway biology: biología de sistemas.
→ SYSTEMS BIOLOGY

pattern analysis: prospección de datos.
→ DATA MINING

pattern discovery: prospección de datos.
→ DATA MINING

pattern recognition: prospección de datos.
→ DATA MINING

postgenomic biology: biología de sistemas.
→ SYSTEMS BIOLOGY

protein array: matriz de proteínas.
Distribución ordenada de miles de moléculas de proteína, o de péptidos sintetizados in situ, sobre un soporte sólido.

Observación: las matrices proteínicas difieren en la naturaleza del soporte físico y el protocolo de obtención e inmovilización de moléculas, tal como ocurre con las matrices de ADN. En proteómica y genómica funcional permiten analizar en paralelo miles de interacciones entre proteínas (p. ej.: antígenos con anticuerpos) o de proteínas con ligandos específicos (enzimas con sustratos, proteínas con fármacos, etc.). También se utilizan en pruebas diagnósticas. Véase DNA ARRAY.

protein microarray: micromatriz de proteínas.
→ PROTEIN ARRAY

quantitative biology: biología de sistemas.
→ SYSTEMS BIOLOGY

replisome: replisoma; complejo de replicación.
Complejo formado por el conjunto de las proteínas presentes en la horquilla de replicación del ADN. No hay consenso en cuanto a su composición (pues parece depender de que el complejo no se disocie durante la purificación). Entre sus componentes se han citado la primasa, la ADN-helicasa, la proteína de unión a ADN monocatenario o proteína SSB, la topoisomerasa y la ADN-polimerasa III (en *E. coli*). Existe únicamente como unidad asociada a la estructura peculiar que el ADN adopta en la horquilla de replicación, y no como unidad independiente (como en el caso del ribosoma).

Observación: el nombre se atribuye a Kornberg (1974), quien lo utilizó por primera vez para designar el complejo de proteínas responsable de la replicación del ADN en *E. coli*. Para Günter Kahl es sinónimo de *primosome* o *primosome complex* y excluye la ADN-polimerasa. Véase PRIMOSOME.

RNA biochip: matriz de expresión.
→ EXPRESSION ARRAY

RNA chip: matriz de expresión.
→ EXPRESSION ARRAY

simulation-based analysis: análisis basado en simulaciones.
Prueba de hipótesis basada en experimentos ficticios realizados en la computadora o el ordenador (es decir, *in silicio*) con miras a formular predicciones que luego puedan comprobarse en estudios realizados in vitro o in vivo.

Observación: según Hiroaki Kitano, constituye una de las dos ramas de la bioinformática; la otra es la prospección de datos (*data mining*). Véase DATA MINING.

system: sistema.

1 *Biol. y med.* Conjunto de órganos que intervienen en alguna función vegetativa (p. ej.: sistema nervioso, sistema inmunitario, sistema digestivo).

2 *Biol. de sistemas.* Grupo de partes o de elementos biológicos interconectados, interactuantes e interdependientes que conforman una unidad coherente con propiedades intrínsecas nuevas *(emergent properties),* resultantes de la interacción de los elementos que lo componen y no de la simple suma de sus partes. Presenta gran estabilidad fenotípica *(robustness)* frente a determinadas perturbaciones internas y externas debido a: 1) la existencia de mecanismos de regulación; 2) su estructura modular *(modularity)* o, lo que es lo mismo, la existencia de subunidades funcionales o de subsistemas más sencillos *(modules)* dentro del sistema, que pueden estudiarse de forma independiente (p. ej.: los orgánulos forman células que son las unidades constituyentes de los tejidos, y éstos de los órganos, y éstos de los organismos, y éstos a su vez de una población); 3) la multiplicidad de módulos o subsistemas que cumplen la misma función *(redundancy)* de suerte que su eliminación o deterioro no afecta al resto de las partes; 4) su estabilidad estructural *(structural stability),* con independencia de que tenga una estructura física concreta. Así, la utilización de glucosa en las levaduras, la fijación simbiótica de nitrógeno o la quimiotaxia bacteriana, al igual que un orgánulo, un tipo celular, un tejido, un órgano, un organismo o una población constituyen ejemplos de sistemas biológicos.

systems biology: biología de sistemas.

Estudio de la totalidad de elementos que componen un sistema biológico y de sus interrelaciones en respuesta a perturbaciones biológicas, genéticas o químicas realizadas de forma sistemática, con objeto de predecir con la mayor exactitud posible el comportamiento de dicho sistema ante una determinada perturbación mediante herramientas informáticas que ayuden a interpretar los datos obtenidos, crear modelos y efectuar simulaciones.

Observación: la biología de sistemas es el resultado de la aplicación de la teoría de sistemas a la biología, pero esta idea no es nueva, sino que data al menos de la década de 1940, época de la cibernética de Norbert Wiener, en que la biología molecular se encontraba aún en pañales. La razón principal de su renovado interés hoy día es que el progreso realizado en biología molecular, especialmente tras la secuenciación del genoma humano y de otros genomas y la disponibilidad de herramientas de análisis a gran escala informatizadas y automatizadas, permite ahora contar con una gran cantidad de datos experimentales acerca de la estructura y función de los componentes esenciales de los organismos vivos (genes, proteínas, ARN, etc.) e integrarlos en modelos matemáticos que ayuden a comprender las propiedades estructurales y dinámicas de los sistemas biológicos de los que forman parte.

En la actualidad (2005), todavía no hay consenso sobre lo que es la biología de sistemas, y su definición depende en gran medida de la experiencia del investigador. La que recogemos aquí se basa en artículos publicados entre 2001 y 2002 por dos autoridades en la materia: el presidente y director del Institute for Systems Biology (Seattle [EE. UU.]), Leroy Hood, muy citado en la literatura específica como uno de los primeros en abordar el estudio de dos sistemas biológicos desde la perspectiva que ofrece la biología de sistemas, y Hiroaki Kitano, autor del libro *Foundations of Systems Biology.*

Desde entonces se han propuesto definiciones más sucintas (2005), por ejemplo: «Systems Biology can mostly simply be defined as the search for the syntax of biological information, that is, the study of the dynamic networks of interacting biological elements.» (R. Aebersold, Institute for Molecular Systems Biology, Zúrich [Suiza]), o: «Systems Biology integrates experimental and modeling approaches to explain the structure and dynamical properties of biological systems as networks of its molecular components.» (comunicación electrónica de Eduardo R. Mendoza, LMU Physics Department and Center for NanoScience, Múnich [Alemania]). Por último, este nuevo enfoque del estudio de la biología ha recibido por parte de los especialistas muchísimas otras denominaciones, a saber: *integrative biology*, *integrated biology*, *pathway biology*, *network biology*, *new big biology* o *new biology*, *comprehensive biology*, *postgenomic biology*, *quantitative biology*, *mathematical modeling of biological processes*, *multidisciplinary biology*, *molecular physiology* (que no es sinónimo estricto de biología de sistemas) y *the convergence of biology and computer science*.

throughput: productividad.

Capacidad de producción (número de resultados obtenidos o de procesos realizados) por unidad de tiempo. Por ejemplo:

> In 1986, we developed the first automated DNA sequencer (Smith et al., 1986). From that time until today, there has been approximately a 2000-fold increase in throughput of DNA sequencing (today's instruments may sequence about 1.5 million base pairs per day). My prediction is that over the next 7-10 years, the development of single molecule DNA sequencing will increase the rate of sequencing by another 2000 - 4000 fold. [Secuenciación automática de ADN.]

> With automation, high throughput is possible. At present, we can process 1200 ligation reactions per day with a single operator and robotic workstation, and, in the near future, further automation with a robotic arm will permit processing of 600 reactions per day. [Detección de secuencias específicas de ADN por PCR y discriminación alélica mediante ligado de oligonucleótidos.]

> The method has a high throughput rate, one technician can assay 200 samples in duplicate in a working week. [Método de radioinmunoanálisis específico para detectar clomipramina.]

Observación: en la Argentina se conoce asimismo como «procesividad».

tissue array: matriz de tejidos.

→ TISSUE MICROARRAY

tissue microarray: micromatriz de tejidos.

Distribución ordenada de cientos de muestras de tejido cilíndricas y minúsculas en un bloque de parafina (uno de los formatos preferidos es el de 400 muestras hísticas de 0,6 mm de diámetro por bloque). Luego, se cortan secciones del bloque de parafina con un microtomo especial y cada sección se coloca sobre un portaobjetos y se somete a una técnica de análisis específica. El resultado se visualiza e interpreta al microscopio, normalmente con ayuda de aparatos y programas especiales. También se pueden utilizar líneas celulares, en vez de muestras de tejido.

Observación: la micromatriz de tejidos, además de suponer un ahorro en la cantidad de muestra requerida para el análisis al microscopio mediante técnicas convencionales de laboratorio (hematoxilina-eosina, inmunohistoquímicas e hibridación in situ), así como de reactivos, facilita la tinción homogénea de todos los especímenes inmovilizados en el mismo portaobjetos. Su gran utilidad explica que, desde el año 1998, el número de artículos científicos sobre micromatrices de tejidos no haya dejado de crecer de forma exponencial. Véase ARRAY.

translation: traducción; traslación.

1 (trad. usual) Traducción. Síntesis de un polipéptido dirigida por ARNm.

2 (mucho menos frec.) Traslación. Movimiento o desplazamiento lateral en el espacio, sin rotación ni cambio de orientación.

Observación: la información hereditaria contenida en ácidos nucleicos como el ADN y el ARN se basa en un mismo «lenguaje», esto es, la secuencia de nucleótidos. En la síntesis de ARN a partir de ADN la información simplemente se copia o se transcribe de un ácido nucleico a otro (por ese motivo el proceso se llama «transcripción»). En la síntesis de un polipéptido a partir de ARNm, en cambio, la información no se copia, sino que se traduce a un «lenguaje» completamente distinto, que es el orden de aminoácidos; por eso la síntesis de polipéptidos o de proteínas (que están constituidas por uno o más polipéptidos) recibe el nombre de «traducción».

ultra high-throughput: *adj.* de extrema productividad, ultrarrápido.

→ HIGH-THROUGHPUT y THROUGHPUT.

Observación: la IUPAC establece la siguiente diferencia entre *high-throughput screening* y *ultra high-throughput screening*: «High-Throughput Screening (HTS): Process for rapid assessment of the activity of samples from a combinatorial library or other compound collection, often by running parallel assays in plates of 96 or more wells. A screening rate of 100 000 assays per day has been termed 'Ultra High Throughput Screening' (UHTS)». Así pues, al menos en el ámbito de la química combinatoria, sólo a partir de una velocidad de cribado equivalente a 100 000 ensayos por día se considera ultrarrápido el proceso.

Agradecimientos

Agradezco a los doctores Eduardo R. Mendoza, Fernando Navarro y Horacio E. Hopp, y, muy especialmente, a Diego González-Halphen, Laura Munoa y Gonzalo Claros los comentarios y sugerencias recibidos en relación con los temas que aquí se abordan. Sus pertinentes observaciones han permitido mejorar sensiblemente el contenido de esta séptima entrega del «Vocabulario de bioquímica y biología molecular».

Bibliografía

A Glossary for Systems Biology. < http://sysbio.ist.uni-stuttgart.de/projects/glossary/Contents.shtml> [consulta 9.9.2005].

Aderem A. Systems Biology, its practice and challenges. Cell 2005; 121: 511-513.

Archivos de HighWire Press. Universidad de Stanford. <http://intl.highwire.org/> [consultas entre junio y noviembre de 2005].

Baldi P, Hatfield GW. DNA microarrays and gene expression. Cambridge: Cambridge University; 2002.

Bard JBL, Rhee SY. Ontologies in biology: design, applications and future challenges. Nat Rev Genet 2004; 5: 213-222.

Benfey PN, Protopapas AD. Essentials of Genomics. Nueva Jersey: Pearson Prentice Hall; 2005.

Berg JM, Tymoczko JL, Stryer L. Biochemistry. 5.ª ed. Nueva York: WH Freeman and Company; 2002.

Berg JM, Tymoczko JL, Stryer L. Bioquímica. 5.ª ed. Barcelona: Reverté; 2003.

Brown PO, Botstein D. Exploring the new world of the genome with DNA microarrays. Nat Genet 1999; 21: 33-37.

Cary MP, Bader GD, Sander C. Pathway information for systems biology, FEBS Lett 2005; 579: 1815-1820.

Chitty M. Cambridge Health Institute: Sequencing glossary. <http://www.genomicglossaries.com/content/sequencing_gloss.asp> [consulta 27.7.2005].

Chitty M. Cambridge Healthcare Institute: Algorithms & data management glossary . <http://www.genomicglossaries.com/content/algorithms_glossary.asp> [consulta 9.9.2005].

Chitty M. Cambridge Healthcare Institute: -Omes and -omics glossary. <http://www.genomicglossaries.com/content/omes.asp> [consulta 22.9.2005].

Clish CB, Davidov E, Oresic M, Plasterer TN, Lavine G, Londo T y cols. Integrative biological analysis of the APOE*3-Leiden transgenic mouse. OMICS 2004; 8 (1): 3-13.

Cohen J. Bioinformatics. An introduction for computer scientists. ACM Computing Surveys 2004; 96(2): 122-158.

College of Staten Island (The City University of New York). Bioinformatics Glossary. <http://scholar.library.csi.cuny.edu/~davis/Bio_326/bioinfo_glossary.html> [consulta 2.8.2005].

Davidov EJ, Holland JM., Marple EW, Naylor S. Advancing drug discovery through systems biology. Drug Discov Today 2003; 8 (4): 175-83.

Doudna JA, Cech TR. The chemical repertoire of natural ribozymes. Nature 2002; 418: 222-228.

Duggan DJ, Bittner M, Chen Y, Meltzer P, Trent JM. Expression profiling using cDNA microarrays. Nat Genet 1999; 21: 10-14.

Elliot WH, Elliot DC. Biochemistry and Molecular Biology. 2.ª ed. Nueva York: Oxford University; 2001.

Federación Internacional de Química Clínica. Grupo de trabajo sobre terminología y nomenclatura en química clínica en lengua española. IFCC – Diccionario inglés-español de ciencias de laboratorio clínico. <http://www.ifcc.org/divisions/CPD/dict/spandict.htm> [consulta: 2.11.2005].

Fixe F, Chu V, Prazeres DMF, Conde JP. An on-chip thin film photodetector for the quantification of DNA probes and targets in microarrays. Nucleic Acids Res 2004; 32(9): e70.

Food and Agriculture Organization. Glossary of biotechnology and genetic engineering. <ftp://ftp.fao.org/docrep/fao/003/X3910E/X3910E00.pdf> [consulta 11.10.2005].

Friboulet A, Thomas D. Systems Biology – an interdisciplinary approach, review. Biosens Bioelectron 2005; 20: 2404-2407.

Garner HR, Pertsemlidis A. Computational Biology: biological insight from ls and 0s. BIOSILICO 2003; 1 (1): 27-35.

Glick DM. Glossary of Biochemistry and Molecular Biology. <http://www.portlandpress.com/pp/books/online/glick/search.htm> [consulta 3.11.2005].

Griffiths A, Wessler SR, Lewontin RC, Gelbart WM, Suzuki DT, Miller JH. Introduction to genetics analysis. 8.ª ed. Nueva York: W. H. Freeman and Company; 2005.

Gundogdu O, Elmi A. Genome Resources Facility website at the London School of Hygiene & Tropical Medicine: Microarray Overview. <http://www.lshtm.ac.uk/itd/grf/microarrayoverview.htm> [consulta 8.10.2005].

Gwynne P, Heebner G. DNA chips and microarrays, Part I. Science Magazine, Product Articles, May 2001. <http://www.sciencemag.org/products/dnamicro.dtl> [consulta 5.10.2005].

Haddon RC, Lamola AA. The molecular electronic device and the biochip computer: Present status. PNAS 1985; 82: 1874-1878.

Hancock JM, Zvelebil MJ. Dictionary of bioinformatics and computational biology. Nueva Jersey: Wiley-Liss; 2004.

Hine R. The Facts on File Dictionary of Cell and Molecular Biology. Nueva York: Checkmark Books; 2003.

Hood L. A personal view of molecular technology and how it has changed biology. J Proteome Res 2002; 1 (5): 399-409.

Human Genome Project Information. Genome Glossary. <http://www.ornl.gov/sci/techresources/Human_Genome/glossary/glossary_h.shtml> [consulta 11.10.2005].

Ideker T, Galitski T, Hood L. A new approach to decoding life: systems biology. Annu Rev Genomics Hum Genet 2001; 2:343-372.

International Union of Pure and Applied Chemistry (IUPAC). Compendium of Chemical Terminology ('The Gold Book'). Versión en línea actualizada desde el 2003. <http://www.iupac.org/publications/compendium/index.html> [consulta 5.10.2005].

Kahl G. The dictionary of gene technology. Genomics, Transcriptomics, Proteomics. 3.ª ed., vols. 1, 2. Weinheim: Wiley-VCH; 2004.

Kahn CE (ed.). Bioinformatics Glossary. Department of Radiology and Human and Molecular Genetics Center. Medical College of Wisconsin. <http://big.mcw.edu/about.php> [consulta 14.11.2005].

Kell DB, Brown M, Davey HM, Dunn WB, Spasic I, Oliver SG. Metabolic footprinting and systems biology: the medium is the message. Nature Rev Microbiol 2005; 3: 557-565.

King RC, Stansfield WD. A Dictionary of Genetics. 6.ª ed. Nueva York: Oxford University Press; 2002.

Kitano H. Computational systems biology. Nature 2002; 420: 206-210.

Kitano H. Systems Biology: A brief overview. Science 2002; 295: 1662-1664.

Kononen J, Bubendorf L, Kallioniemi A, Barlund M, Schraml P, Leighton S y cols. Tissue microarrays for high-throughput molecular profiling of tumor specimens. Nat Med 1998; 4: 844-847.

Lacadena JR. Genética general. Conceptos fundamentales. Madrid: Síntesis; 1999.

Lewin B. Genes VIII. Nueva York: Oxford University Press; 2004.

Luscombe NM, Greenbaum D, Gerstein M. What is bioinformatics? Methods Inform Med 2001; 4: 346-358.

Maclean D, Baldwin JJ, Ivanov VT, Kato Y, Shaw A, Schneider P, Gordon EM. Glossary of terms used in combinatorial chemistry. Pure Appl Chem 1999; 71 (12): 2349-2365. En línea: <http://www.iupac.org/reports/1999/7112maclean/h-k.html> [consulta 5.10.2005].

Martin VJJ, Mohn WW. Genetic investigation of the catabolic pathway for degradation of abietane diterpenoids by Pseudomonas abietaniphila BKME-9. J Bacteriol 2000; 182 (13): 3784-3793.

Nature.com. <http://www.nature.com/index.html> [consultas de junio a diciembre de 2005].

Navarro FA. Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina. 2.ª ed. Madrid: McGraw Hill-Interamericana; 2005.

Ng JH, Ilag LL. Biochips beyond DNA: technologies and applications. Biotechnol Annu Rev 2003; 9: 1-149.

Nobel prize.org. <http://nobelprize.org/> [consulta 8.10.2005].

Nomenclature Committee of the International Union of Biochemistry and Molecular Biology. Enzyme Nomenclature. Recommendations of the Nomenclature Committee of the International Union of Biochemistry and Molecular Biology on the Nomenclature and Classification of Enzymes by the Reactions they Catalyse. <http://www.chem.qmul.ac.uk/iubmb/enzyme/> [consulta 2.8.2005].

Okubo K, Hori N, Matoba R, Niiyama T, Fukushima A, Kojima Y, Matsubara K. Large scale cDNA sequencing for analysis of quantitative and qualitative aspects of gene expression. Nat Genet 1992; 2: 173-179.

Oxford Dictionary of Biochemistry and Molecular Biology. Revised edition. Nueva York: Oxford University Press; 2000.

Pisetsky DS. Immunostimulatory DNA: A clear and present danger. Nat Med 1997; 3: 829-831.

Rat Genome Database glossary. <http://rgd.mcw.edu/tu/cnt_glossary.shtml#a> [consulta 23.9.2005].

Rédei GP. Encyclopedic dictionary of genetics, genomics and proteomics. 2.ª ed. Nueva Jersey: Wiley-Liss; 2003.

Saraiva LM, Besson S, Fauque G, Moura I. Characterization of the dihemic cytochrome c549 from the marine denitrifying bacterium Pseudomonas nautica 617. Biochem Biophys Res Commun 1994; 199(3): 1289-1296.

Science Magazine. <http://www.sciencemag.org/magazine.dtl> [consultas de junio a diciembre de 2005].

Simon R, Mirlacher M, Sauter G. Tissue microarrays. Biotechniques 2004; 36 (1): 98-105.

Tissue Microarray Core Facility. Department of Pathology. School of Medicine. Johns Hopkins University. <http://tmalab.jhmi.edu/index.html> [consulta 23.11.2005].

United States National Library of Medicine. Medical Subject Headings (MeSH), 2005. <http://www.nlm.nih.gov/mesh/meshhome.html> [consulta 1.12.2005].

Wahlgren M, Bejarano MT. Malaria A blueprint of 'bad air'. Nature 1999; 400: 506-507.

Wang J. From DNA biosensors to gene chips. Nucleic Acids Res 2000; 28 (16): 3011-3016.

Watson JD, Baker TA, Bell SP, Gann A, Levine M, Losick R. Molecular biology of the gene, 5.ª ed. San Francisco: Benjamin Cummings & Cold Spring Harbor Laboratory; 2004.

Wolkenhauer O, Ullah M, Wellstead P, Cho KH. The dynamic systems approach to control and regulation of intracellular networks. FEBS Lett 2005; 579: 1846-1853.

Don Quijote y el basilisco

Guzmán Urrero Peña
Crítico y periodista (España)

Una de las más gratas sensaciones que experimenta el amante de la materia pastoril es la de encontrarse en la primera parte del *Quijote* con la historia de Grisóstomo y Marcela. El gozo aumenta en el capítulo XIV, *donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos*. Tras leer la canción de Grisóstomo, asistimos a la aparición de la pastora Marcela. Es acá donde el pasaje adquiere tintes dramáticos por boca de otro personaje, Ambrosio, quien, con muestras de ánimo indignado, le dice a Marcela: «¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida?». El lector ya intuye algo que la crítica explica, y es que la alusión metafórica al basilisco tiene un doble fundamento: dicha bestia era capaz de matar con su sola mirada y la sangre podía brotar de las heridas de un muerto si a él se acercaba su matador. El recurso literario, eficaz a más no poder, fue usado por Cervantes y por otros literatos de fuste, como Shakespeare o Chaucer. Pero conviene saber que el basilisco no era tenido por un ser mitológico. Más bien al contrario: en tiempos del *Quijote,* esa criatura formaba parte de la familia zoológica reconocida por los sabios.

Las primeras noticias en torno a la citada alimaña proceden de la *Historia natural* de Plinio, en cuyo octavo libro se describe la mortífera mirada del Catoblepas, y se equipara el poder destructivo de ese monstruo con el de un ofidio formidable al que el historiador llama *basilisco*. Gracias a esta descripción, podemos imaginarlo como una descomunal serpiente, una cobra digna de odio y temor, soberbiamente tocada con una corona. En adelante, su ferocidad legendaria fue pregonada por autores como Lucano. Muchos llegaron a creer que el propio Alejandro Magno dio muerte a un basilisco, armado con su espada y protegiéndose con un bruñido escudo, que, por cierto, espejeaba como aquel otro que usó Perseo contra la Medusa.

A lo largo del Medievo, el barroquismo simbólico dio por buena otra descripción del basilisco. Así, los bestiarios recogen la imagen de una robusta serpiente con garras de águila, alas de reptil y cabeza de gallo. En algunos frontispicios figura bajo los pies del arcángel San Miguel, cual si la bestia fuera un aliado del Maligno. Por esa época, se extendió asimismo la creencia de que era posible cazarlo con ayuda de hurones o armiños. La constatación de su poderío fue aún más notable entre los alquimistas, avariciosos de ese *polvo de basilisco* que enriquecía pócimas y emulsiones. Los grabados de la época preservan su espantoso gesto de víbora. Ésta es la clave que manejaron, por citar dos casos, Edward Topsell en su *Historiae of Four-Footed Beasts* (1607) y Georg Wedel en sus *Ephemerides* (1672).

Pero la creencia en la vida real del basilisco se debe a otro gremio: el de los falsarios. Los mismos que vendían huevos y ejemplares disecados a los coleccionistas de maravillas. Taxidermistas con oficio, hábiles a la hora de deformar el cuerpo de un pez, la manta raya, que admitía el sesgo monstruoso. A la vista de estos basiliscos disecados, no sorprende que certificaran su autenticidad Ulises Aldrovandi en la *Historiae Serpentum et Draconum Libri Duo* (1640) y Athanasius Kircher en su *Mundus Subterraneus* (1664).

Paradojas de la lectura: mientras que los admiradores actuales del *Quijote* ignoran al basilisco o lo degradan por su estatuto legendario, los contemporáneos de Cervantes engastaban aquella venenosa presencia en los textos de historia natural. Sobra insistir en ello: el capricho y la irrealidad, como virtudes quijotescas, hallan en este punto un nuevo cauce de reflexión.

Reproducido con autorización del *Rinconete,*
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>).

Carlos Baonza

El *Quijote* y la traducción*

«En otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen»

Valentín García Yebra**

Resumen: Trata este artículo de varios aspectos de la traducción relacionados con el *Quijote*. Se refiere primero a sus muchas traducciones inglesas poco después de la publicación española. Fueron también ingleses los dos primeros comentarios, publicados en 1781 y 1798. La primera traducción francesa, sólo de la primera parte del *Quijote,* se publicó en 1614. La primera italiana, en 1622, y la primera alemana, sólo de veintidós capítulos, probablemente en 1621. Otro aspecto de la traducción en el *Quijote* es la consideración de esta obra como traducción ficticia. En el capítulo 9 de la primera parte afirma Cervantes que su obra es elaboración de la *Historia de don Quijote escrita por Cide Hamete Benengeli*. Se dice poco del traductor del árabe al castellano, a pesar de su diligencia en el trabajo y de los consejos que da al segundo autor en varias ocasiones. Pero en el *Quijote* no sólo se habla de la traducción ficticia, sino también de la verdadera. En el capítulo 6 de la primera parte se censura la del *Orlando furioso* y a todos los traductores de obras en verso. ¿Conocería Cervantes la opinión de san Jerónimo y de Dante sobre la imposibilidad de traducir bien obras originales versificadas? El pasaje del *Quijote* donde más se habla de la traducción es el capítulo 62 de la segunda parte, cuando don Quijote conversa con el traductor de *Le bagatele* y hace burlescos elogios de su trabajo, comparando los libros traducidos con tapices mirados por el revés. Finalmente se aduce el madrigalete que don Quijote quiere hacer pasar por suyo, aunque es traducción de un madrigal italiano.

***Don Quixote* and translation. «There are worse and more fruitless activities that man could engage in»**

Abstract: This article deals with several aspects of translation as they pertain to *Don Quixote*, beginning with the novel's numerous translations into English shortly after its publication in Spanish. The first two commentaries on the novel, which were published in 1781 and 1798, were also in English. The first translation into French, covering only the first part of *Don Quixote*, was published in 1614; the first Italian translation, in 1622, and the first German translation, containing only twenty-two chapters, probably in 1621. Another aspect of translation in connection with *Don Quixote* has to do with the idea of the novel as a fictitious translation. In Chapter 9 of the first part of the book Cervantes explains that his work is based on *Tales of Don Quixote written by Cide Hamete Benengeli*. Little is said about the person responsible for translating it from Arabic into Spanish, despite his diligent work and the advice he repeatedly gives the novel's second author. But *Don Quixote* contains references not just to fictitious translation, but to real translation as well. In Chapter 6 of the first part of the novel, the translated version of *Orlando furioso* is severely criticized, along with all those who engage in translating rhymed works. ¿Was Cervantes familiar with Saint Jerome's and Dante's views on the impossibility of rendering good translations of works in verse? The passage in *Don Quixote* that dwells the most on the topic of translation is Chapter 62 in the second part, when Don Quixote chats with the translator of *Le bagatele* and mockingly praises his work by comparing his translations with the wrong side of a tapestry. Finally, there is reference to a madrigal that Don Quixote tries to pass as his own, when it was actually translated from an Italian madrigal.

Palabras clave: Cervantes, don Quijote, traducción, traductores. **Key words:** Cervantes, Don Quixote, translation, translators.
Panace@ 2005; 6 (21-22): 277-283

1. Las traducciones del *Quijote*

Las relaciones del *Quijote* con la traducción se presentan en varios planos. En primer lugar, podríamos hablar de las innumerables traducciones del *Quijote*. Según Vicente Gaos, autor de una monumental edición anotada y comentada de esta obra (Madrid, 1987), el *Quijote* es «el libro más impreso y traducido después de la Biblia».

Fue en Inglaterra, donde se inició la serie de las traducciones del *Quijote* con la de Thomas Shelton, que publicó la de la primera parte en 1612, a los siete años de aparecer, en 1605, la primera edición española. La segunda parte se publicó en Madrid el año 1615, y su traducción por Shelton, en 1620. Ambas partes las tradujo Shelton sobre ediciones españolas hechas en Bruselas. Su traducción ha sido especialmente alabada por la viveza y vigor de su estilo.

No tardaron en aparecer nuevas traducciones en Inglaterra: la de Philips, la de Motteux (en colaboración con otros), titulada: *The History of the Renowned Don Quixote de la Mancha*

* En este artículo se retoman muchas de las ideas expuestas en la conferencia pronunciada por el autor en el Instituto de España en Londres el 23 de abril de 1991. El texto completo de esta conferencia puede leerse en: García Yebra V. *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994; 187-202.

** Real Academia Española, Madrid (España). Dirección para correspondencia: Real Academia Española, C/ Felipe IV, 4, E-28014 Madrid.

(4 vols., 1700-1703), reeditada por Lockhart en Edimburgo el año 1822, con el título ligeramente corregido: *The History of the Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha* (5 vols.), «with copious notes and an essay on the life and writings of Cervantes»; la de Jarvis (1742), la de Smollettt (1755), la de Wilmot, la de Clark, la de Ormsby. E. Allison Peers, en un documentado artículo, «Cervantes en Inglaterra», aparecido en el volumen II del *Homenaje a Cervantes* que se publicó en Valencia en 1950, págs. 267-286, estudió las principales traducciones inglesas del *Quijote*.

En el muy grueso volumen de *Books in Print* editado por Sarah L. Prakken (Nueva York, 1961), se relacionan diez traducciones modernas del *Quijote* al inglés, entre ellas la de Walter Starkie, la de J. M. Cohen, la de Judge Parry y la de Samuel Putnam. Recientemente se ha sumado a la lista la celebrada traducción de Edith Grossman.

En el capítulo 3 de la segunda parte, dice Cervantes por boca de don Quijote que su historia «tendrá necesidad de comento para entenderla».

No podemos seguir por este camino, que nos llevaría demasiado lejos, y con el riesgo de empolvarnos de una erudición impropia de un artículo como éste.

Fue también un inglés, John Bowle, el primer comentarista del *Quijote*. Notas al texto, las había ya en la traducción de Jarvis; pero el primer comentario escrito como tal fue el de Bowle. «No parece casual —manifiesta Gaos (I, pág. IX)— esta precedencia de Inglaterra en la lectura e intelección del *Quijote*. El comentario de Bowle, pastor protestante, data de 1781. Históricamente considerado, fue una empresa hazañosa, sobre todo para un precursor y un extranjero, aunque hoy tenga poco más que un valor arqueológico; todavía existen puntos del *Quijote* que Bowle se adelantó a ver y sobre los cuales los comentaristas posteriores no han podido sino ampliar detalles».

El comentario de Bowle se adelantó en diecisiete años al primer comentario español, que fue el de Pellicer (1798).

En Francia, la primera traducción fue la de César Oudin, que publicó la de la Primera Parte en 1614, dos años posterior a la de Shelton. Poco después tradujo Rosset la Segunda Parte. Ya en el siglo XVIII, destaca entre otras versiones francesas la de Florian, y en el XIX, las de Bouchon, Dubournial, Viardot, Furne, y algunas más.

En Italia, se publicó la de Franciosini en 1622, y posteriormente otras, entre las que sobresale la de Bartolomeo Gamba, que ha seguido reimprimiéndose aún en el siglo XX.

La primera traducción alemana, parcial, pues sólo incluía 22 capítulos, parece haberse publicado en 1621. La siguieron otras, desde mediados del siglo XVII, hechas a veces sobre traducciones francesas, lo cual se repitió durante gran parte del XVIII, hasta que, en 1775, apareció la que hizo directamente del español Bertuch, y en 1800, las de Tieck y Soltau, seguidas por otras en los siglos XIX y XX.

Sería tentador hablar del influjo ejercido por el *Quijote*. Este influjo se debió en parte a las traducciones mencionadas, pero también a lo que yo he llamado «traducción implícita», que consiste en leer un texto en su lengua original pasándolo al mismo tiempo, mentalmente, a la lengua propia.

Según J. Fitzmaurice-Kelly en su *Historia de la literatura española,* traducción de A. Bonilla y San Martín, se encuentran huellas del *Quijote* «en los dramas de George Wilkins, Middleton, Ben Jonson, Cyril Tourneur, Nathaniel Field y Fletcher». Y «si se acepta cierta tradición relativa a una pieza perdida, Shakespeare colaboró en un arreglo dramático de *Don Quijote*».

La crítica inglesa comienza en el siglo XVIII —Motteux, Addison, el doctor Jonson— a destacar los grandes valores del *Quijote*. Ya antes, en el XVII, se había hecho notar su influjo en la sátira religiosa de Samuel Butler *Hudibras*. Hudibras y su escudero Ralpho representan una parodia de los excesos puritanos que, evidentemente, es imitación de la obra de Cervantes. En el siglo XVIII se intensifica grandemente el influjo del *Quijote*. Contribuyó a ello de manera notable Laurence Sterne, cuya novela *Tristram Shandy* está impregnada de humor cervantino. También Smollettt, traductor del *Quijote,* imitó su tema principal en *Sir Lanucelot Greaves*.

Pero quien más contribuyó a la difusión y aprecio del *Quijote* en Inglaterra fue, sin la menor duda, Henry Fielding, no sólo por los elogios que le tributó, sino también por el notorio influjo que el *Quijote* ejerció sobre sus obras. Su sátira de la novela sentimental de Richardson tiene mucho del tono satírico cervantino, y todos los críticos están de acuerdo en que sus más célebres novelas, *Joseph Andrews* y *Tom Jones,* bebieron en Cervantes su jocosa ironía. Así lo puso de relieve Alexander A. Parker en su artículo «Fielding and the structure of Don Quijote», publicado en el *Bulletin of Hispanic Studies* (vol. XXXIII, 1956).

Fitzmaurice-Kelly, en su obra citada, concluye el estudio de Cervantes con estas palabras: «Un autor que a la vez sea nacional y universal es lo más glorioso que puede ambicionar una literatura. Tal autor es Cervantes. A pesar de su copiosa producción, su inmensa fama procede de *Don Quijote,* obra maestra sin par» (pág. 290).

No podemos seguir por este camino, que nos llevaría demasiado lejos, y con el riesgo de empolvarnos de una erudición impropia de un artículo como éste.

2. El Quijote como traducción ficticia

Hay otro aspecto de la traducción en el *Quijote,* que, según creo, nunca ha sido estudiado a fondo, porque a nadie le ha parecido que pueda tomarse en serio. Me refiero al *Quijote* como traducción ficticia. Vale la pena detenerse aquí unos momentos.

En el capítulo 9 de la primera parte dice Cervantes que lo que está escribiendo no es obra original suya, sino elaboración de la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. En la primera línea del capítulo 22 puntualiza que Cide Hamete era «autor arábigo manchego». Y hace de él elogios a lo largo de toda la obra: al comienzo del capítulo 15, donde se cuenta la aventura de Rocinante con las hacas galicianas, le llama «sabio»: «Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli...»; en el capitulo siguiente nos dice que fue «historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas…», y en las últimas líneas del capítulo 22, lo proclama «sabio y atentado historiador». En el capítulo 2 de

la Segunda Parte, don Quijote supone que Cide Hamete Benengeli debe de ser algún sabio encantador. Y en el siguiente, el bachiller Sansón Carrasco elogia simultáneamente al historiador moro y a su seguidor cristiano, es decir, a Cervantes, varias veces mencionado en la obra como «segundo autor»: «Bien haya Cide Hamete Benengeli —dice dirigiéndose a don Quijote—, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebién haya el curioso que tuvo el cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes». Y poco más adelante, en el mismo capítulo: «el moro en su lengua, y el cristiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced [...]».

Al comienzo del capítulo 40 de esta Segunda Parte, se hace el más encendido elogio del historiador arábigo: «Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como ésta deben mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero [...]. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh, autor celebérrimo!».

En el capítulo 44, Cide Hamete dice de sí mismo que tiene «habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo». Nuevamente, en el capítulo 47 de esta parte, se dice de él que sue1e contar con puntualidad y verdad las cosas desta historia, por mínimas que sean. Y en el 50 se le llama «puntualísimo escudriñador de los átomos desta historia»; en el 53, «filósofo mahomético»; en el 61, «flor de los historiadores», y en el 74 y último se le proclama «prudentísimo».

Sólo en dos ocasiones se le hace un ligero reproche: en el capítulo 60, no haber distinguido si unos árboles eran encinas o alcornoques, y en el 68, no aclarar si se trataba de un alcornoque o de una haya.

Y ¿qué se nos dice, a todo esto, del traductor de la obra, sin cuya intervención el segundo autor, es decir, Cervantes, no habría podido leer el relato de Cide Hamete, pues, según él mismo confiesa (capitulo noveno de la primera parte), no entendía los caracteres arábigos? Del pobre traductor ni siquiera se nos dice el nombre. Le perjudicó su excesiva modestia. El segundo autor se portó con él como con el muchacho que iba a vender a un sedero los cartapacios que contenían la historia de don Quijote. Al muchacho le compró «todos los papeles y cartapacios por medio real», y no tiene reparo en añadir: «que si él [el muchacho] tuviera discreción y supiera lo que yo les deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra».

Al traductor le pide que le vuelva en castellano todos los cartapacios que tratan de don Quijote, sin quitarles ni añadirles nada, y le ofrece la paga que quiera. Pero el traductor, que debía de ser tan frugal como el propio Caballero Andante, «contentose con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y rometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad», es decir, en poco tiempo. El segundo autor, «por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo», se lo llevó a su casa, «donde en poco más de mes y medio la tradujo toda».

El pobre traductor no supo hacerse valer. O quizá no pudo. Al parecer, por el Alcaná de Toledo, «calle —según Covarrubias— muy conocida, toda ella de tiendas de mercería», abundaban entonces los traductores del árabe, y aun del hebreo, tanto como hoy en Madrid o en Buenos Aires los de francés o de inglés, por lo cual el buen morisco aljamiado que sin la menor dificultad halló Cervantes no quiso poner muy alto el precio de su trabajo. Ni siquiera pidió que en la obra del segundo autor se hiciera constar su nombre. Y así desconocemos el de quien hizo posible la obra maestra que dio al segundo autor inmensa fama.

El olvido o poco aprecio del morisco se agrava porque Cervantes no sólo se sirve de él como traductor, sino que acepta su opinión al interpretar ciertos pasajes de la obra de Benengeli. Así, al comienzo del capítulo 27 de la segunda parte, leemos: «Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: 'Juro como católico cristiano...'; a lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro [...], no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano, cuando jura, jura, o debe jurar, verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía, como si jurara como cristiano católico, en lo que quería decir de don Quijote [...]». Y ya antes, en el capítulo 5 de la misma parte, el segundo autor nos advierte: «el traductor desta historia dijo que tenía por apócrifo este capítulo», basándose en el modo de hablar en él Sancho.

En una ocasión, el traductor llega a persuadir al segundo autor de que acepte la supresión de un pasaje del original, a su entender prolijo y ajeno al interés de la historia. Es al principio del capítulo 18 de la segunda parte, cuando don Quijote se dispone a entrar en la casa de don Diego de Miranda. Tras una breve descripción de la parte exterior de la casa y los altisonantes saludos cambiados entre sus dueños y don Quijote, se nos dice:

> Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia.

Podríamos espigar aún otras intervenciones personales del traductor aprovechadas por Cervantes. Podríamos también indagar los pasos de Cide Hamete Benengeli hasta juntar los datos que le permitieron escribir en arábigo la *Historia de don Quijote de la Mancha;* para lo cual tuvo sin duda que hacerse traducir muchos documentos manchegos. Y así se complicaría en este caso el proceso de la traducción casi tanto como en la incorporación del *Kalila wa-Dimna* a las literaturas occidentales. Esta obra se tradujo del sánscrito al pahlavi o persa medio, y de esta lengua al árabe, hacia el año 750. El original sánscrito y la traducción persa se perdieron. Pero la versión árabe, a juicio de los entendidos obra de arte en sí misma, se tradujo pronto a muchas lenguas europeas, en las que el *Calila* renació así en la traducción de una traducción de otra traducción. De creer lo que en el *Quijote* se finge, la obra cumbre de

la literatura española procedería de la traducción al castellano de la *Historia de don Quijote de la Mancha* por Cide Hamete Benengeli, historia que a su vez procedería de la traducción al árabe de fidedignos documentos manchegos. Pero ¡oh triste y culpable descuido!, en ambos casos los autores callaron el nombre de los traductores.

La obra de Cervantes se ha traducido a las principales lenguas del mundo. Y se conocen los nombres de casi todos los que la tradujeron. No pueden relacionarse aquí, por ser la lista demasiado larga.

3. La traducción verdadera en el *Quijote*

Veamos ahora algo de lo que en el *Quijote* se dice, no de la traducción ficticia, sino de la verdadera.

En el capítulo 6 de la primera parte, donde se cuenta «el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo», censura el cura la traducción del *Orlando furioso,* de Ludovico Ariosto, por el capitán Jerónimo de Urrea, «que le quitó mucho de su natural valor». Y se extiende este reproche a todas las traducciones de obras en verso: «y lo mesmo harán —dice el cura— todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento»: es decir, en el original.

¿Conocería Cervantes, que sabía latín, aquel pasaje de san Jerónimo, patrono y maestro de los traductores, en la epístola que dirigió a su amigo Pamaquio sobre la mejor manera de traducir: *quodsi cui non videtur linguae gratiam interpretatione mutari, Homerum ad verbum exprimat in Latinum; plus aliquid dicam, eundem sua in lingua prosae verbis interpretetur: videbit ordinem ridiculum, et poetam eloquentissimum vix loquentem?* Por si algún lector de *Panace@* no conoce el latín tan bien como Cervantes, traduzco: «Si alguien piensa que no se altera en la traducción la gracia de la lengua, traduzca a Homero palabra por palabra al latín; más aún, póngalo en prosa en su misma lengua, y verá un estilo ridículo y al más elocuente de los poetas que apenas acertará a hablar».

O quizá, pues también sabía toscano, habría leído lo expresado por Dante en el *Convivio,* al desechar la idea de traducir sus propias canciones al latín, para darlas a conocer, fuera del ámbito románico, a «Tedeschi e Inghilesi e altri»: ... *sappia ciascuno che nulla cosa per legame musaico armonizzata si può de la sua loquela in altra transmutare sanza rompere tutta sua dolcezza e armonia.*

Si no conocía ninguno de los dos textos, su intuición genial lo llevó a coincidir con ambos autores.

Pero el pasaje del *Quijote* donde más se habla de la traducción está en el capítulo 62 de la segunda parte. Yendo el Ingenioso Hidalgo por una calle de Barcelona, vio escrito en letras grandes sobre una puerta: «AQUÍ SE IMPRIMEN LIBROS». Como no había visto nunca una imprenta, entró con todo su acompañamiento. Entre otras cosas, vio allí a un caballero «de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad», que había traducido del toscano un libro, *Le bagatele*. Don Quijote le preguntó cómo había puesto en castellano el título.

> —*Le bagatele,* respondió el autor de la traducción, es como si en castellano dijésemos *los juguetes.*
> —¿Y cómo traduce vuestra merced *piñata*?
> —¿Cómo lo había de traducir —replicó el autor— sino diciendo *olla?*
> —¡Cuerpo de tal! —dijo don Quijote—, y ¡qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piache,* dice vuesa merced en el castellano *place,* y adonde diga *più,* dice *más,* y el *su* declara con *arriba,* y el *giù* con *abajo*.

Y sigue una retahíla de burlescos elogios, a los que pone fin una comparación ya hecha trece años antes de la publicación de la primera parte del *Quijote,* en la «Prefación al letor» del *Arte poética de Horatio traduzida de latín en español,* por don Luis Zapata (Lisboa, 1592). Es la famosa comparación según la cual los libros traducidos son como tapices mirados por el revés.

Esta comparación la consideran algunos antiquísima. Procedería nada menos que de Temístocles, que vivió a fines del siglo VI y en la primera mitad del V a. de C. Pero, a decir verdad, la comparación que Plutarco pone en boca de Temístocles, en la primera conversación de éste con el rey de Persia, no se parece mucho a la de don Luis Zapata. Según Plutarco, Temístocles le dijo al rey que el lenguaje humano es como los tapices pintados, ya que, bien extendido, manifiesta con claridad las imágenes, mientras que, abreviado, las encubre y estropea; por lo cual le pedía un año entero para aprender bien el persa y poder explicarse claramente en esta lengua.

Lo que se compara aquí con los tapices no es la traducción, sino el lenguaje humano en general. Si Temístocles hubiera referido su comparación al arte de traducir, sería el primer teórico de la traducción, anterior casi en nueve siglos a san Jerónimo, que, a mi juicio, fue el primero que habló de cómo se debe traducir. Excluyo deliberadamente a Cicerón, que no habló de cómo se debe traducir, sino de cómo había puesto él en latín algunos textos griegos. Y con más razón excluyo a Horacio, a quien citan muchos como consejero de traductores, entendiendo mal un consejo que dio a poetas noveles.

Por lo demás, la comparación de Temístocles tampoco se refiere al envés de los tapices, que en los pintados no se vería, sino a las figuras que hay en el haz, las cuales desaparecen al enrollarse el tapiz. Lo que sí puede ser cierto es que la comparación de Temístocles, leída en Plutarco, inspirase a don Luis Zapata la comparación de la traducción con el revés de los tapices, suponiendo que fuese él el primero en hacerla.

A don Quijote le parece que «el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz». Rebaja en particular las traducciones hechas del italiano, al añadir: «el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel». Y agrava aún tan despectivo juicio con el sarcasmo: «y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas

peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen».

Pone dos excepciones: «Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido,* y el otro Juan de Jáuregui en su *Aminta,* donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original».

Los juicios aquí expresados, ¿son en realidad de Cervantes, o han de atribuirse únicamente a don Quijote, por cuya boca se manifiestan? Si fuesen sólo del Ingenioso Hidalgo, no tendrían más importancia que otras muchas fantasías o figuraciones por él imaginadas. Pero no puede descartarse que reflejen el pensamiento del propio Cervantes. Las traducciones del *Pastor Fido,* de Guarini, y del *Aminta,* de Tasso, eran recientes al escribir Cervantes este elogio. La del *Pastor Fido* se había publicado en Nápoles en 1602, pero el autor del *Quijote* la conoció probablemente en la edición valenciana de 1609. La traducción del *Aminta* por Jáuregui apareció en Roma el año 1607. Recuérdese que la primera parte del *Quijote* se publicó en 1605, y la segunda, en 1615.

Juan de Jáuregui parece haber sido amigo de Cervantes, que lo menciona en tres de sus obras: en el prólogo a las *Novelas ejemplares,* en el *Viaje del Parnaso,* y en este pasaje del *Quijote*. Menéndez Pelayo, en su *Biblioteca de Traductores Españoles* (11, 257), dice que Jáuregui fue intérprete tan diestro que trasladó el *Aminta* «sin hacerle perder nada de su natural valor y hasta añadiendo, en opinión de algunos, nuevos quilates a su mérito».

Cristóbal de Figueroa no agradeció el elogio de don Quijote, ni el que se le tributa en el *Viaje del Parnaso*. Con su mordacidad habitual zahirió a Cervantes, ya muerto, en el «Alivio segundo» de *El pasajero* (1617). Refiriéndose a él, dice: «Y aunque muchos ignorantes menosprecien esta ocupación [la de traducir], es, con todo, digna de cualquier honra» (citado por Vicente Gaos, 11, 894, nota 342b).

Cristóbal de Figueroa no atribuyó a don Quijote, sino a Cervantes, el menosprecio de las traducciones del italiano. Y acaso estuviera en lo cierto. Lope de Vega, contemporáneo y nada amigo de Cervantes, escribió pocos años más tarde en *La Filomena* (1621), al dar «Respuesta al papel que le escribió un señor destos reinos»: «... y si no es violencia en mí, plegue a Dios que yo llegue a tanta desdicha por necesidad, que traduzca libros de italiano en castellano; que para mi consideración es más delito que pasar caballos a Francia». Y, años más tarde, Calderón, al elogiar una obra traducida del italiano, *El Manual de Grandes,* de Sebastián Querini, y a su traductor, Matheo de Prado, comienza así una décima bien intencionada: «Hacer una traducción / sólo de saber da indicio / una lengua...».

Yo, con el mayor respeto, creo que Cervantes, Lope y Calderón estaban en esto equivocados. Sin tiempo ya para fundamentar mi opinión, diré tan sólo que hacer bien una traducción da indicio de saber muy bien, además de otras cosas, no una, sino dos lenguas: la del original y, sobre todo, aquella hacia la que se traduce. Y que traducir del italiano al español no es tan fácil como muchos piensan. Añadiré que, hoy, es más fácil hallar en España buenos traductores del inglés o del alemán, y aun del latín o del griego, que buenos traductores del italiano.

Pero no empaña este levísimo reparo la gloria de Cervantes; como no merma un pequeño lunar, bien situado, la belleza de una mujer hermosa.

4. ¿Una traducción en verso, y del italiano, en el *Quijote*?

A pesar del poco aprecio de la traducción del italiano que don Quijote manifiesta en su conversación con el traductor de *Le bagatele,* también él incurrió alguna vez en lo mismo que censuraba.

Después de la cerdosa aventura en que más de seiscientos puercos atropellan a él y a Sancho, al rucio y a Rocinante, le propone Sancho aprovechar para dormir el resto de la noche.

> Duerme tú, Sancho, que naciste para dormir, que yo, que nací para velar, el tiempo que falta de aquí al día, daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.

Sancho, en efecto, se durmió enseguida, y don Quijote,

> arrimado al tronco de una haya o de un alcornoque [...], al son de sus mesmos suspiros cantó de esta suerte:
>
> Amor cuando yo pienso
> en el mal que me das, terrible y fuerte,
> voy corriendo a la muerte,
> pensando así acabar mi mal inmenso.
> Mas en llegando al paso
> que es puerto en este mar de mi tormento,
> tanta alegría siento,
> que la vida se esfuerza, y no le paso.
> Así el vivir me mata
> que la muerte me torna a dar la vida.
> ¡Oh condición no oída,
> la que conmigo muerte y vida trata!
>
> Cada verso déstos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón gemía traspasado con el dolor del sentimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Pero este madrigalete cantado por don Quijote no es obra original suya, sino traducción de un madrigal de Pietro Bembo, incluido, según Rodríguez Marín, en *Gli asolani* (folio 20 vuelto de la edición de 1515), exactamente un siglo antes de la aparición de la Segunda Parte del Quijote.[a] He aquí el texto de Bembo:

> Quand'io penso al martire,
> amor, che tu mi dài gravoso e forte,
> corro per gir a morte,
> così sperando i miei danni finire.
>
> Ma poi ch'io giungo al passo
> ch'è porto in questo mar d'ogni tormento,
> tanto piacer ne sento,
> che l'alma si rinforza, ond'io nol passo.
>
> Così il viver m'ancide,
> così la morte mi ritorna in vita.

O miseria infinita,
che l'uno apporta e l'altra non recide!

Es indudable que el madrigalete cantado por don Quijote es traducción del madrigal de Bembo, y no tan feliz y fiel como algunos han pretendido. Después de analizar sus desviaciones, no parece difícil conseguir otra menos imperfecta. Un amigo mío, que no quiere ver su nombre en competencia con el del Caballero Andante, me autoriza a publicar, como de autor desconocido, esta suya:

Amor, cuando examino
el daño que me causas, grave y fuerte,
corro a buscar la muerte,
pensando así que mi dolor termino.

Mas cuando llego al paso
que es puerto en este mar, todo tormento,
tan grande placer siento,
que mi alma se recobra, y no lo paso.

Así el vivir me mata,
y la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh miseria infinida,
que el uno trae y la otra no arrebata!

«Componer en la memoria un madrigalete» era hacer sin escribirlos (porque era de noche, y acaso también por no tener a mano recado para ello) sus versos, guardándolos en la memoria. El que así componía los versos era, claro está, su autor. Parece, por consiguiente, que don Quijote quiere hacerse pasar por autor del madrigalete.

Esto, en circunstancias normales, sería, indudablemente, mentir. Pero ¿se hallaba don Quijote en circunstancias normales? ¿No acababa de ser atropellado por una piara de más de seiscientos cerdos? ¿Y no se alejaba más de la verdad al convertir a una moza del Toboso en la sin par Dulcinea, los molinos en gigantes, y en ejércitos unos rebaños de ovejas, que al considerar obra suya un madrigal que sólo había traducido?

Que don Quijote haya traducido el madrigal de Bembo no puede extrañar a nadie. ¿No ha dicho en el capítulo LXII, hablando con el traductor de *Le bagatele*, que también él sabe algún tanto de toscano y se precia de cantar algunas estancias del Ariosto? Y el reproducirlo por la noche en la memoria puede hacer creer a don Quijote que el madrigalete es suyo, que él lo ha compuesto, que es su autor, aunque sólo sea su traductor.

Nota

[a] Otras fuentes dan como fecha de primera publicación de *Gli asolani* el año 1505.

Para saber más: bibliografía selecta sobre el *Quijote* y la traducción

Allen, John J.: «Cide Hamete's English translators», *Hispanic Review,* 1967; 35: 366-367.

—: «Traduttori traditori: Don Quixote in English», *Crítica Hispánica* (Pittsburgh), 1979; 1: 1-13.

Amorós, Andrés: «Los poemas de "El Quijote"», *Resurgimiento* (Barcelona), 1979; (0): 53-61.

Bencheneb, Saadeddine; Marcilly, Charles: «Qui était Cide Hamete Benengeli?» En: *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*. I. París: IEH, 1966; 97-116.

Bernardi, Dante: «Lorenzo Franciosini, primer traductor del Quijote al italiano: los problemas filológicos de la primera parte y el "Caso Oudin"», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1993; 31: 151-181.

Colón, Germán: *Die ersten romanischen und germanischen Übersetzungen des Don Quijotes*. Bibliotheca Romanica. Berna: Francke, 1974; 123 págs.

Cordasco, Francesco: «Smollettt and the translation of Don Quixote», *Modern Language Quarterly* (Durham), 1952; 13: 23-36.

Crooks, Esther J.: «Translations of Cervantes into French». En: Á. Flores y M. J. Bernardete (dirs.): *Cervantes across the centuries*. Nueva York: Gordian, 1969; 304-314.

Cunchillos, Jaime: «La primera traducción inglesa del Quijote de Thomas Shelton (1612-1620)», *Cuadernos de Investigación Filológica* (Logroño), 1983; 9 (1-2): 63-89.

Delhougne, Ursula: «Zur Komik des Don Quijote in einigen deutschen Übersetzungen». En: T. Unger y cols. (dir.): *Differente Lachkulturen? Fremde Komik und ihre Übersetzung*. Tubinga: Gunter Narr, 1995; 87-100.

Fernández Mosquera, Santiago: «Los autores ficticios del Quijote», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1986; 24: 47-65.

García Yebra, Valentín: «El madrigalete de don Quijote». En: *Traducción: historia y teoría*. Madrid: Gredos, 1994; 203-215.

Gerhard, Sandra Forbes: *"Don Quixote" and the Shelton translation: a stylistic analysis*. Madrid: José Porrúa, 1982; 166 págs.

Giménez Caballero, Ernesto: *Don Quijote ante el mundo (y ante mí)*. San Juan de Puerto Rico: Inter American University, 1979; 281 págs.

Heine, Heinrich: «Forward to a German translation of the Quixote». En: Raymond E. Barbera (dir.): *Cervantes: a critical trajectory*. Boston: Mirage, 1971; 37-51.

Hitchcock, Richard: «John Stevens y las traducciones del *Quijote*». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.

Jackson, Robert M.: «A tradition of error: English translations of Don Quijote, II, 24», *Revista de Estudios Hispánicos* (Río Piedras, Puerto Rico), 1982; 9: 123-127.

López Barrera, Joaquín:« La primera traducción francesa del Quijote en el siglo XVII», *Segunda Enseñanza* (Madrid), 1922; 1: 198-201, 250-255, 295-303, 372-376, 419-428

Martí Alanis, Antonio: «La función epistemológica del traductor en El Quijote», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1985; 23: 31-46.

Maspoch Bueno, Santiago: «El traductor en el Quijote». En: Giuseppe Grilli, dir. *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Nápoles, 1995; 329-333.

McDermott, Annella: «*Don Quixote* in English: transatlantic contrasts». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.

Mele, Eugenio: «Il Cervantes traduttore d'un madrigale del Bembo e un'ottavo del Transillo», *Giornale Storico della Letteratura Italiana* (Turín), 1899; 34: 457-460.

Meltz, Christian F.: «An evaluation of the earliest German translation of

"Don Quixote": Juncker Harnisch auß Fleckenland». *University of California Publications in Modern Philology,* 1945; 27 (5): 301-342.

Moner, Michel: «Cervantes y la traducción», *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), 1990; 38: 513-524.

—: «Cervantes en Francia: el ingenioso hidalgo y sus avatares ultramontanos», *Edad de Oro* (Madrid), 1996; 15: 75-86.

Morreale, Margherita: «Una palestra ancora aperta: la traduzione italiana ed il commento del Don Quijote», *Belfagor: Rassegna de Varia Umanità* (Florencia), 1976; 31: 675-685.

Mosquera, Daniel O.: «Don Quijote and the "Quixotics" of translation», *Romance Languages Annual* (West Lafayette), 1994; 6: 546-550.

Neumann, Max-Hellmut: «Cervantes in Deutschland», *Die Neueren Sprachen*, 1917; 25: 147-162, 193-213.

—: «Cervantes Werke in Frankreich (1582-1910)», *Revue Hispanique* (Burdeos), 1930; 78: 1-309.

Oliveira Santos, Guilherme G. de: *Ao redor de duas edições do "Dom Quixote de la Mancha"*. Lisboa: Portugal, 1980; 121 págs.

Oven, Juan Carlos: «Los refranes en el Quijote: estudio crítico de la traducción al esloveno», *Verba Hispanica* (Liubliana), 1991; 1: 57-67.

Parr, James A.: «Don Quixote: translation and interpretation», *Philosophy and Literature*, 2000; 24: 387-405.

Peers, E. Allison: «Cervantes en Inglaterra». En F. Sánchez: *Homenaje a Cervantes*. Tomo II. Valencia: Mediterráneo, 1950; 267-286.

Peixote, Jorge: «Bibliografia das edições e traduções de Don Quixote publicadas em Portugal», *Boletim Internacional de Bibliografia Luso-Brasileira*, 1961; 2: 597-622.

Piras, Pina Rosa: «Problemas de traducción del lexema "cautivo" en el Quijote», *La Torre* (Puerto Rico), 1991; 5 (19): 257-264.

Pritchett, V. S.: «Quixote's translators». En: *The working novelist*. Londres: Chatto & Windus, 1965; 165-171.

Raffel, Burton: «Translating Cervantes: una vez más», *Cervantes*, 1993; 13: 5-30.

—: «Translating Cervantes». En: *The art of translating prose*. University Park: Pennsylvania University, 1994; 131-158.

Pym, Anthony: «The translator as autor: two English *Quijotes*» [artículo en línea, 2004]. <www.fut.es/~apym/on-line/pymquixote.pdf>

Rocco Linsalata, Carmine: «Tobias Smollett's translation of Don Quixote», *Library Chronicle of the University of Texas*, 1948; 3 (2): 55-68.

Rodríguez Chicharro, César: «Cide Hamete Benengeli», *Estudios Literarios* (Xalapa), 1963; 20: 11-91.

Rodríguez Marín, Francisco: «El madrigalete de don Quijote». En: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes Saavedra*. Nueva edición crítica, con el comento refundido y mejorado, y más de mil notas nuevas dispuestas por Francisco Rodríguez Marín, tomo X. Madrid, 1949; pág. 115.

Rutherford, John: «Translating *Don Quixote*: the poetry». En: Congreso de la Association of Hispanists of Great Britain & Ireland. Valencia, del 29 de marzo al 2 de abril del 2005.

Sánchez Regueira, Isolina: «El hispanista francés César Oudin, primer traductor de El Quijote al francés», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1985; 23: 115-131.

Schottländer, Christen: «El Quijote y sus traductores daneses». En: *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. III-2. Madrid: Castalia, 1992; 365-373.

Schröder, E.: «Die erste deutsche Übersetzung des Don Quijote»,. *Forschungen und Fortschritte* (Berlín), 1934; 10: 167-168.

Sieber, Harry: «Traducciones de Don Quijote» [exposición digital]. Baltimore: Johns Hopkins University, 1998. <http://quixote.mse.jhu.edu/Translation-es.html> [En inglés: «Don Quixote in translation». <http://quixote.mse.jhu.edu/Translation.html>.]

Smitten, Theo: «Don Quixote ("der richtige" und "der falsche") und sieben deutsche Lesser: Rezeptionsästhetische leseaktorientierte vergleichende Analysen an spanischen Ur-Quixote Ausgaben von 1604/5 und 1615 und sechs deutschen Übersetzungen von 1648-1883». 2 vols. Berna: Peter Lang, 1986; 873 págs.

Soons, C. Allan: «Cide Hamete Benengeli: his significance for "Don Quijote"», *The Modern Language Review,* 1959; 54: 351-357.

Stackelberg, Jürgen von: «Sanchos Kalauer: Cervantes Don Quijote als komischer Roman und seine deutschen Übersetzer», *Romanische Forschungen* (Erlangen), 1995; 107 (1-2): 127-135.

Stagg, Geoffrey: «El sabio Cide Hamete Benengeli», *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), 1956; 33: 218-225.

Tamés García, Ignacio: *Los traductores del Quijote al inglés en el siglo XVII: Thomas Shelton y John Phillips (The history of the valerous and witty knight errant Don Quixote of Mancha* contra *The history of the most renowned Don Quixote of Mancha and his trusty squire Sancho Pancha)*. Madrid: Asociación Cultural Universitaria Eguilaz, 2005; 36 págs.

Tiemann, Hermann: «Der deutsche Don Kichote von 1648 und der Übersetzer Aeschacius Major», *Zeitschrift für Deutsche Philologie* (Halle), 1933; 58 (3-4): 232-265.

Trahan, Elizabeth W.: «The Arabic translator in Don Quixote: his master's voice and victim.» En: Marilyn G. Rose (dir.): *Translation perspectives: selected papers, 1982-1983*. Binghamton: State University of New York, 1984; 71-85.

Turkevich, Ludmilla B.: *Cervantes in Russia*. Princeton: Princeton University, 1950; 255 págs.

—: «N. Lyubimov's translation from the Spanish (Don Quijote)», *Hispania* (Los Ángeles), 1956; 39: 383-385.

Valero, María Alejandra: «El morisco aljamiado, traductor del Quijote: la imagen de la traducción y la labor de su artífice recreadas en la obra de Cervantes», *Núcleo* (Caracas), 2000; 1 (19): 129-147. [Versión electrónica en *Humánitas: Portal Temático en Humanidades* <www.revele.com.ve/programas/indice/ria.php?id=11738&rev=nucleo>.]

Un Quijote «bizarro»

Gustavo A. Silva
Washington, D. C. (EE. UU.)

La bizarría (gallardía, valor) es un atributo que, a no dudarlo, don Quijote reclamó para sí en virtud de su condición de andante caballero, pero ni él ni Cervantes se imaginaron jamás que llegaría un día en que lo llamarían «bizarro» con un sentido enteramente distinto al que ellos conocieron y que sigue vigente en nuestra lengua.[a]

A comienzos de agosto, la compañía Ux Onodanza, de Raúl Parrao, representó en el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México una obra de teatro-danza con el kilométrico título *Don Bizarro Hidalgo, El Quixote de otros mundos (fragmentos de la biblioteca del legendario Hotel X)*. Según se explica en la reseña publicada por el periódico *La Jornada*,[b] «es un espectáculo "bizarro" que aprovecha las infinitas posibilidades de la novela *Don Quijote* […]. Se trata de una puesta [en escena] en la que la coreografía y la dramaturgia se conjugan para abordar una historia y personajes muy complejos y "bizarros", es decir: *extraños*, *singulares*, *anormales* o *insólitos* [la cursiva es mía]».

El reportero entrecomilla acertadamente este "bizarro" para denotar que el adjetivo no se está empleando aquí con el sentido que tiene en nuestra lengua, sino con el que tiene en inglés.[c] Este anglicismo está muy arraigado desde hace mucho tiempo en México, y creo que a ello contribuyó en buena medida la historieta de Supermán, pues en ella aparece un personaje que al parecer es todo lo contrario de éste y por ello recibe en inglés el nombre de *Superman Bizarro* (modificación de *bizarre*), que se calcó directamente a nuestra lengua, acaso por su aspecto castellano.

Entre los millares de homenajes y celebraciones a propósito del cuarto centenario del nacimiento de esta obra maestra de la literatura universal habrá habido sin duda muchos que no se han distinguido por su pulcritud en el uso del lenguaje. Ninguno tan flagrante como esa disparatada y oportunista versión en un supuesto nuevo lenguaje llamado «espanglish»; pero este Quijote «bizarro» merece un lugar en el anecdotario de las cosas extrañas, singulares, anormales e insólitas en torno a este personaje tan entrañable, tan quintaesencialmente español y al mismo tiempo tan universal.

Notas

[a] Según el DRAE, 'bizarro' significa 'valiente, esforzado' y 'generoso, lucido, espléndido'. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 22.ª edición. Edición electrónica, versión 1.0. Madrid: Espasa-Calpe, 2003.

[b] «Unen coreografía y dramaturgia para explorar la inagotable veta de *Don Quijote*», nota de Arturo Jiménez. *La Jornada*, sección Cultura (<www.jornada.unam.mx/2005/ago05/050805/a06n1cul.php>).

[c] **bizarre**. adj. markedly unusual in appearance, style, or general character and often involving incongruous or unexpected elements; outrageously or whimsically strange; odd: bizarre clothing; bizarre behavior. *Random House Webster's Unabridged Dictionary,* electronic version (V 3.0). Random House, 1999.

Manuel Alcorlo: *La princesa Micomicona*

La divulgación científica y sus repercusiones léxicas en la época del *Quijote**

M.ª Jesús Mancho Duque**

***Resumen*:** En este artículo se enfocan, por un lado, la plasmación lingüística en español de la ciencia llevada a cabo en el siglo XVI, especialmente en el nivel léxico, y, por otro, el testimonio que ofrece Cervantes en el *Quijote*, dado que por entonces era idea compartida que las obras literarias debían ser también instructivas.
La divulgación científica en castellano supone su equiparación con el latín como vehículo lingüístico del conocimiento y el surgimiento de diferentes géneros de este tipo de literatura, como tratados, diálogos, etc. Ello supone el incremento de las traducciones, tanto de obras latinas y griegas como de otras lenguas del entorno europeo, especialmente del italiano y del francés.
La utilización del romance para esta función implica la adopción de un estilo lingüístico determinado, pero sobre todo el uso y creación de vocabulario especializado. Esta necesidad motiva la adición de acepciones especializadas en voces de la lengua común, a veces de índole figurada o metafórica, la creación de tecnicismos específicos, la introducción de préstamos léxicos, con el problema de su adaptación a nuestra lengua, y la aparición de los primeros glosarios de «voces oscuras». De todos estos aspectos ofrecemos ejemplos extraídos de la obra magna cervantina.

Scientific dissemination and its lexical repercussions during the time of *Don Quixote*
Abstract: This article focuses, on the one hand, on how science during the sixteenth century was conveyed linguistically in Spanish, especially at the lexical level; on the other, on the testimony offered by Cervantes in *Don Quixote*, since at the time it was a commonly held notion that works of literature should also be instructive.
Scientific dissemination in the Spanish language implied the latter was on the par with Latin as a linguistic vehicle for conveying knowledge, and it was accompanied by the development of various genres within this form of literature, such as treatises, dialogues, and so on. As a result, there was an increase in the number of translations of both Latin and Greek works and of works in other European languages, particularly Italian and French.
Using Romance (the earliest form of Spanish) for such purposes involved adopting a particular linguistic style, and it meant, above all, using and developing a specialized vocabulary. This led to the addition of specialized meanings to everyday words, often in a figurative or metaphorical fashion, as well as to the development of specific technicisms, the use of borrowed words which then had to be adapted to our language, and the appearance of the first glossaries of "obscure terms". We illustrate all these phenomena by drawing on examples taken from Cervantes' masterpiece.

Palabras clave: divulgación científica, géneros, literatura científica, castellano, latín, traducciones, tecnicismos, glosarios, préstamos léxicos, lexicografía, acepciones, metáforas. **Key words:** scientific writing, genres, scientific literature, Spanish, Latin, translations, technicisms, glossaries, borrowed words, lexicography, meanings, metaphors.
Panace@ 2005; 6 (21-22): 285-297

1. Las inquietudes científicas en el Renacimiento y su reflejo en el Quijote

En el siglo XVI emerge una pujante conciencia de avance que va a extenderse hasta permear diferentes estratos de la sociedad hispana por encima de los muros de los claustros universitarios y eclesiásticos y más allá de ellos. Su componentes participan de intereses e inquietudes comunes, tales como la creencia en el valor universal de las *artes humanitatis* —abarcadoras de las dicotómicas letras y ciencias actuales— en la formación del individuo, la aplicación de nuevos métodos a viejas disciplinas, la fascinación por la novedad en los diferentes campos científicos, culturales y espirituales,[1] el valor ascendente de la experimentación en toda clase de procesos y manifestaciones de la actividad humana, la participación directa en los conflictos ideológicos, etc.[2]

En el terreno de la ciencia, en la primera mitad del siglo se comprueba que la actividad universitaria, aun «manteniendo las características de la segunda parte del cuatrocientos, se fue abriendo a los nuevos saberes surgidos de las nuevas realidades».[3] Sin embargo, es en torno al ecuador de la centuria cuando «se produjo en España una auténtica convulsión científico-técnica auspiciada e impulsada por el nuevo monarca, Felipe II, y favorecida por la existencia por vez primera de una corte estable».[4] Sus efectos se manifestaron en el surgimiento de toda una literatura científica, que se difundió gracias al desarrollo de la imprenta.

* Artículo publicado originalmente en el libro de autoría múltiple *La ciencia y el* Quijote (Barcelona: Crítica, 2005; ISBN: 84-8432-649-7), dirigido por José Manuel Sánchez Ron. Reproducido en *Panace@* con autorización de la autora del texto, del director del libro, de la editorial Crítica (Carmen Esteban) y de la FECYT – Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (Luis Sánchez Ortiz).
El presente trabajo se integra en el marco del proyecto HUM2004-0402/FILO, financiado por la DGICYT.
** CILUS – Centro de Investigaciones Lingüísticas de la Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: mancho@usal.es.

Inscrito en estas coordenadas y formado en este ambiente, no es de extrañar que Cervantes practique el empirismo novelístico[5] y cultive «un género en buena medida nuevo y de todos modos, falto de un conjunto tradicional de preceptos, es decir, falto de una poética propia».[6] Por lo mismo, resulta comprensible también que la caballería se erija, a través de las exaltadas palabras de don Quijote (II, XVIII: 774 y sigs.[7]) —presentadas desde una perspectiva distanciadora e irónica—, en una dignificante ciencia de inspiración arcaizante y libresca[8] que abarcaba la mayor parte de las disciplinas contenidas en la planificación universitaria medieval. En consecuencia, y coherentemente, el caballero andante estaba obligado a asumir la preparación de jurisperito, médico, herbolario, astrólogo —equivalente al astrónomo actual—, matemático y albéitar, además de prácticar otras artes menores y constituirse en defensor y ejercitante de las virtudes teologales y cardinales.

Y, en efecto, por las páginas de esta obra se encuentran diseminados términos pertenecientes a estas áreas, pero también a otras colindantes, como muestra de apertura hacia las múltiples y variadas manifestaciones de un mundo nuevo,[9] como la astrología judiciaria (II, VIII: 686), condenada por la iglesia[10] pero con numerosos adeptos en los diferentes estratos de la sociedad, así como vocablos representantes de técnicas como la artillería, la fortificación, la arquitectura, la náutica, la construcción naval, la ingeniería hidráulica, la maquinaria, la destilación, la metalurgia, la minería y otras más o menos artesanales. Insertas en las partes dialogadas, o en otras narrativas, utilizadas múltiples veces con fines paródicos, otras con pretensiones meramente descriptivas, con respeto a su forma externa o distorsionadas por adaptaciones vulgares de claro tinte burlesco, estas voces constituyen un filamento —el de la ciencia y la técnica áureas— que viene a engrosar la trama con que el ilustre ecritor urdió su célebre novela.

2. Superación de la tensión latín-romance en las obras científicas

A partir de las primeras décadas del Quinientos, en el mundo de la ciencia se constata la rivalidad existente entre «las lenguas latina y vernácula, hasta el punto de que llega a hablarse de un humanismo latino y otro escrito en lengua vulgar, casi como consecuencia de una postura consciente y razonada por parte de cada autor»,[11] e incluso como fases o facetas distintas de la producción de un mismo escritor.

De este modo, junto a las grandes manifestaciones literarias y científicas en latín, reveladoras de la altura intelectual alcanzada por el humanismo científico, se ponen de manifiesto tendencias vulgarizadoras, en el sentido noble del término, fomentadas por corrientes espirituales reformadoras europeas propias de este período, especialmente erasmistas. Por otro lado, el progresivo desarrollo de la imprenta conllevaba un renovado interés por parte de los autores por las consecuencias morales de las obras, concebidas como instrumentos de información proyectada a la formación.[12] En otras palabras, se transparenta el enlace del humanismo con la *paideia,* la restauración del ideal educativo de la antigüedad, dirigido a proporcionar una orientación pedagógica, una cierta «cultura general», fundamentalmente a través de las artes del lenguaje. Se produce, así, un afán de democratización de los saberes,[13] que implica la necesidad de difundir la ciencia en vulgar. Inevitablemente, y como consecuencia, se produce un proceso de dignificación de las lenguas vernáculas, al equipararlas en esta función a la latina, que deja al descubierto presupuestos nacionalistas en el uso de las lenguas de nuesto entorno europeo.

Desde los primeros momentos, los romancistas en nuestro país tratan de justificar en los prólogos de sus obras[14] la conveniencia de expresarse en castellano, intentando superar el prejuicio de que no estaba preparado para constituirse en vehículo científico, dada la preeminencia tradicional del latín. Surgen así, por un lado, ardientes apologías de nuestra lengua, muchas de ellas desconocidas por los historiadores y lingüistas,[15] y por otro, alegatos defensivos, más o menos retóricos, en los que los cultivadores de este registro científico-técnico resaltan el enriquecimiento que procuran a la lengua española[16] y reclaman reconocimiento público por la deuda que la nación ha contraído con ellos en función de su trabajo.

Pero entre los argumentos esgrimidos, tal vez el más reiterado sea el comprobado desconocimiento del latín por parte de la gran mayoría de los ciudadanos, incluso de los formados en las universidades y a pesar de la presunta fuerza del movimiento humanista.[17] De ahí el gran hincapié en la necesidad de dar a conocer las materias de las que son especialistas, muchas veces subrayando el hecho de ser los primeros en hacerlo, es decir, reflejando, con entusiasmo renacentista, la novedad de la empresa.

En la segunda mitad de la centuria, en buena medida gracias al apoyo de diversas instituciones impulsadas por la Corona, que fomentaban el uso del castellano, se supera esta dicotomía, y la manifestación científica en nuestra lengua, paralela a la que se continúa desarrollando en latín, más vinculado a los estamentos universitarios, puede considerarse asentada.

3. Géneros de la divulgación científica. Tratados. Diálogos. La divulgación científica en obras literarias

A partir de la segunda mitad del siglo, se corrobora la unidad en la variedad: el cultivo y exaltación de una lengua vulgar sin desatender las lenguas clásicas, a la vez que se afianza la producción de textos científicos y técnicos en castellano.[18]

Los autores especializados, una vez determinada la lengua, debían concretar su elección referente al género. En primer lugar, podían optar por el formato de tratado, lo que suponía acotar el ámbito de los destinatarios a un círculo restringido, o bien inclinarse por el de diálogo, más ligero y asequible de contenidos, que por su gran versatilidad gozaba entonces de gran aceptación social y que, por lo mismo, ofrecía más firme garantía de difusión editorial:

> Costumbre a sido recibida y usada de todos los sabios filósofos antiguos y de nuestros modernos, *aviendo tratado de materias muy importantes y delicadas, reduzirlas a la familiaridad y llaneza de los diálogos, para que mejor y más claramente se entienda lo dicho, de lo qual pudiera traer tantos testimonios, como hallamos libros de diálogos en casi todas las facultades* [Daça de Valdés, Benito: *Uso de los antojos para todo género de vistas*. Sevilla: Diego Pérez, 1623, fol. 31r. La cursiva es nuestra].

Se ha aducido el prestigio que suponía la imitación de los modelos clásicos como uno de los factores que explican el auge del diálogo quinientista. Sin embargo, parece más bien que el éxito editorial —y la rentabilidad económica subsiguiente— que acompañó a este género se debió, en buena medida, al hecho de ser obras de ficción, concebidas para provocar el *delectare* del lector, pero también por resultar, según la mentalidad de la época, beneficiosas precisamente gracias a su marcado carácter didáctico. El diálogo se insertaría en una línea humanista en tanto que manera o forma «agradable y provechosa» de divulgar conocimientos.[19]

En consecuencia, proliferan los diálogos en áreas científicas y técnicas muy diversas, como la náutica (Diego García de Palacio: *Instrución náuthica para el buen uso y regimiento de las naos, su traça y gobierno conforme a la altura de México*[20]); arquitectura naval (Thomé, Cano: *Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos de guerra y merchante*[21]); arte militar (Diego García de Palacio: *Diálogos militares*[22]); artillería (Diego de Ufano: *Tratado de artillería*[23]), etc.

En algunas ocasiones se produce un cierto hibridismo, pues las obras, estructuradas en forma de tratado, reservan alguna de sus partes para un diálogo donde los interlocutores vulgarizan bastantes conceptos analizados en las anteriores. Así sucede, por ejemplo, en el campo de las matemáticas (Juan Pérez de Moya: *Arithmética práctica y speculativa*[24]), en el de la artillería (Luys Collado de Lebrixa: *Plática manual de Artillería, en la qual se tracta de la excelencia del arte militar y origen de ella*[25]) o en el de la oftalmología (Benito Daça de Valdés: *Uso de los antojos para todo género de vistas*[26]).

Por regla general, en el formato dialogal se rebaja el nivel lingüístico, para hacer su contenido más fácilmente comprensible a un lector no necesariamente culto; se restringen al máximo los tecnicismos, parafraseados muchas veces con palabras de la lengua común; se seleccionan las ideas y fundamentos básicos que aparecen comentados con explicaciones sencillas reiteradas y hasta redundantes; se recurre a comparaciones y a analogías de la vida corriente para aclarar los presupuestos científicos, etc. Y, naturalmente, el personaje de mayor autoridad o experiencia, el maestro que guía el coloquio, trasunto del autor, expone los conocimientos de acuerdo con la concepción y metodología propias.

Pero, además, por esta época, «se extiende la idea clásica de que el creador literario tiene una misión didáctica, la de enseñar todo lo que el mundo contiene, incluso la de divulgar los aspectos más intrincados de la ciencia y de la técnica».[27] Esta tendencia se va a manifestar —fuera ya del estricto terreno científico, pero en sus aledaños— en el surgimiento de obras misceláneas y corresponde a un sentido democrático de extensión cultural que, con su lengua española, sintieron ampliamente escritores renacentistas, como Pedro Mexía en su *Silva de varia lección* (1540) o Martín de Tapia en su *Vergel de música* (1570), con su mezcla de proverbios, sentencias y refranes. Finalmente, la pretendida difusión democrática de los saberes llevará a incorporar el registro científico en obras literarias de ficción, como ocurre en el *Quijote*, donde se atestigua la inserción de ciertos presupuestos propios de las teorías del momento y la inclusión de tecnicismos de variada procedencia y diversos grados de especialización, tanto en las partes dialogadas como en las narrativas.

4. El auge de las traducciones

Como consecuencia de estas corrientes culturales, coexisten las grandes obras humanistas escritas en el más depurado latín junto con las traducciones a las lenguas vernáculas en las más variadas ramas del saber.[28] De este modo se difundieron Vitrubio, Dioscórides, Euclides, Plinio y otros escritores de la antigüedad greco-latina.

En otras ocasiones, sin embargo, se trata de autores modernos[29] —como Alberti, Vignola, Leonhart Fuchs, Oroncio Fineo, etc.—, constituidos en paradigma equivalente, e incluso superior, al atribuido a los representantes de la tradición clásica y medieval, lo que presupone una íntima convicción optimista de progreso,[30] en buena medida sustentada en la conciencia de superioridad inherente a las nuevas técnicas y al valor otorgado al empirismo científico y a la razón.[31] No es de extrañar que haya quien se jacte de sus conocimientos plurilingües para facilitar la labor de poner a disposición del lector las aportaciones de otros países, como hace Andrés de Poza:[32]

> Sabré deziros, amigo lector, que *aquí he juntado lo más curioso que se halla escrito en las lenguas italiana, francesa, inglesa y flamenca,* pareciéndome que nuestra nación, como más interesada con más justa razón, devía tener noticia de quanto en esta materia se uviesse escrito. Suplícoos tengáys por bueno mi cuydado y zelo, porque *la voluntad y intención ha sido de aprovecharos con las lenguas de que tengo noticia* [Poza, Andrés de: *Hydrographía*. Bilbao: Mathías Mares, 1584. La cursiva es nuestra].

En cualquier caso, se trataba de la manifestación de un «humanismo vulgar», achacable en parte a motivos ideológicos no exentos de cierto nacionalismo lingüístico, imbricado con intereses económicos por parte de la industria editorial a nivel europeo, la cual, con una mayor difusión de estas obras, veía incrementados sus propios beneficios. No obstante, entre las razones aducidas para justificar la labor traductora destaca precisamente la utilidad de las materias, así como el desconocimiento del latín y las escasas posibilidades de aprendizaje para una extensa franja social integrada por personas con curiosidad intelectual o franca necesidad de conocimientos o información sobre determinadas cuestiones, pero carentes de la formación necesaria que proporcionaban los estudios universitarios o eclesiásticos.

Puede servir como ejemplo la magna obra en latín *De historia stirpium* (1542), del alemán Leonhart Fuchs (1501-1566), sobre materia médica vegetal, testimonio de la altura intelectual alcanzada por el humanismo científico. Se trataba de una edición de alta calidad, y también de elevado precio,[33] en tamaño folio, con ilustraciones en color, dirigida a unos profesionales especializados. Tres años más tarde vio la luz una versión reducida en contenido y en formato —una especie de libro de bolsillo— mucho más manejable y fácilmente tranportable, en alemán, con grabados sin color y, por consiguiente, de

precio más bajo, destinada a un público más amplio: cirujanos, boticarios, sanadores, drogueros, mercaderes, etc.,[34] que fue seguida en el mismo año de otra en holandés, y en 1549, de otra francesa, que constituyó la base de la española, realizada por Juan de Jarava[35] en Amberes, en las prensas de la viuda de Arnold Birckman, en 1557. Problemas inquisitoriales y diversas circunstancias impidieron la amplia difusión de que gozó la célebre traducción de Dioscórides, llevada a cabo en 1555 por el segoviano Andrés Laguna, que alcanzó hasta personajes como el propio don Quijote (I, XVIII: 197).

Cuando se trataba de trasladar del latín, y más raramente del griego, la finalidad que se perseguía era lograr versiones comprensibles y asequibles a los legos en lenguas clásicas. Por ello existía un consenso, ya desde el XV, que seguía las pautas de Horacio y Cicerón, de que era preferible traducir *ad sententiam* que *ad verbum:*

> Tomaron trabajo de traduzir esta *Architectura* de Vitruvio de lengua latina en castellana, en la qual tradución siempre tuvieron cuydado y principal intento de trasladar la verdad como está en el original latino, como entenderán los que cotejaren el romance con el latín. *No se puede trasladar una palabra por otra, pero tiénese intento al verdadero sentido, que es la mejor manera de traduzir, como Horacio escrive en el Arte Poética* [Urrea, Miguel de: *Los diez libros de Architectura de M. Vitruvio Pollión*. Alcalá de Henares: Juan Gracián, 1582].

En consecuencia, se permitía suprimir o añadir términos y frases, e incluso adaptar expresiones populares o giros de la lengua hablada. Un primer nivel de dificultad lo representaba la inevitable traslación de las voces especializadas, principalmente los tecnicismos de carácter escolástico, propios de los textos universitarios, por lo que los traductores reclaman la connivencia paciente del lector:

> Y porque todas aquellas cosas de que los doctores tratan en las Escuelas *tienen ciertos vocablos y términos propios y anejos* a su manera de decir para se declarar, *los quales es gran dificultad traerlos al castellano con aquella mesma fuerça y significación que suenan en latín,* por tanto, supla en qualquiera cosa las faltas el christiano lector [Villalón, Cristóbal de: *Provechoso tratado de cambios y contrataciones de mercaderes y reprovación de usura.* Valladolid: Francisco Fernández de Córdoba, 1542].

> No dexo de conocer que agora, a los principios, se hará difficil a muchos admitir *algunos vocablos inusitados, pero es menester tener çufrimiento en las orejas,* porque, de que les tomamos las mercaderías, tomamos los nombres con que se trata d'ellas [Gemma Frisio: *Cosmographía de Pedro Apiano*. Amberes: Gregorio Bontino, 1548].

Lo que es demasiado exigir de Sancho, quien interpreta drásticamente a su modo la terminología astronómica y las autoridades aducidas por su amo:

> —Aunque yo sé poco o ya hemos pasado o pasaremos presto por la *línea equinocial,* que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.
>
> —Y cuando lleguemos a esa *leña* que vuestra merced dice —preguntó Sancho—, ¿cuánto habremos caminado?
>
> —Mucho [...], según el *cómputo de Ptolomeo,* que fue el mayor *cosmógrafo* que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho.
>
> —Por Dios —dijo Sancho—, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, *puto y gafo, con la añadidura de meón, o meo* o no sé cómo [II, XXIX: 870].

Evidentemente, se manifiesta aquí una tendencia paródica y burlesca —fundamentada en las palabras— para contrarrestar la inclusión de términos demasiado especializados y hacerlos menos serios y más llevaderos al lector y atenuar la fría severidad mediante un risueño contraste.[36]

La traducción de obras científicas ha sido un cauce fundamental para el enriquecimiento del léxico intelectual, científico y técnico del español, hecho advertido ya y destacado por los traductores quinientistas, pioneros en esta labor:

> Una de las cosas en que más diligencia avrán de poner los vassallos de Vuestra Magestad es en el estudio de su propria lengua y en procurar enriquecerla, no solamente con los libros escritos de su principio en ella, sino con todos los buenos que en las otras se hallan [Urrea, Miguel de: *Los diez libros de Architectura de M. Vitruvio Pollión*. Alcalá de Henares: Juan Gracián, 1582].

En un segundo nivel de dificultad se situaba el respetar lo más fielmente posible el estilo del autor, para lo cual se toleraba no sólo parafrasear el original, sino también embellecerlo, en una reverente actitud hacia el texto primigenio:

> No es poco desenterrar un tesoro escondido por tantos siglos en las entrañas de su dificultad, y *adaptar nombres tan peregrinos* a cosas que traemos entre las manos, *y expresar en nuestra* [lengua] *española un estilo de quien está dicho que, si las Musas hablaran, en este lenguage y no en otro lo hizieran, exprimiendo, no sólo los conceptos d'este autor, mas la fuerza de su elocuencia, el movimiento de sus labios y el susurro de sus palabras* [...]. *Excusado será detenernos en encarecer la doctrina y estilo pliniano*. [Huerta, Gerónimo de: *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*. Madrid: Luis Sánchez, 1624]

Las traducciones, en efecto, entre las cuales desempeñaron un importante papel las de carácter científico y técnico, contribuyeron a afirmar y fortalecer la conciencia lingüística española del Siglo de Oro. Valdés recomendaba al traductor el uso de moldes lingüísticos imbuidos de la misma naturalidad y elegancia expresivas que reclamaba para cualquier texto redactado en la lengua propia.[37] Se estimaba imprescindible flexibi-

lizar los modos de traducción y conferirles gracia en el estilo. *El Cortesano,* en versión de Boscán,[38] se erigió en modelo del buen traducir en castellano desde cualquier lengua, clásica o vulgar. Los juicios de Garcilaso sobre la limpieza de los términos utilizados, el rechazo de los cultismos, neologismos y arcaísmos flagrantes y la libertad respecto al rigor de la letra se convirtieron en pautas inexcusables para los profesionales de esta tarea en la segunda mitad del XVI, que comprendieron que no sólo debían intentar verter fielmente unos contenidos respecto de sus originales, sino también remodelarlos en un castellano caracterizado por la sencillez, la claridad, la precisión y la sutileza.[39]

5. Lengua y estilo de los textos científicos

Los representantes de la literatura científica en castellano tenían que adaptarse a un nuevo público y a unos nuevos lugares de transmisión de unos saberes que se abrían, en expansión democratizadora, a la corte, el salón, las academias o los colegios. Si en las ciencias con fuerte impronta de la teoría se mantiene un tono académico alto, en las obras relativas a las nuevas artes o técnicas profesionales se fomenta un nivel lingüístico medio o *mediocritas,* recomendado también por los erasmistas, que no correspondía al de las élites del saber, pero tampoco se rebajaba al del vulgo. En los diálogos humanísticos, por otro lado, es palpable una mayor presencia de rasgos orales y de recursos propios de la lengua coloquial.[40] Del mismo modo, los textos manuscritos, que en algunas ocasiones contienen un saber práctico que antes se había transmitido gremialmente de manera oral, presentan mayores rasgos de espontaneidad fonética, sintáctica y léxica[41] que los impresos, donde los correctores ejercían una labor normativa y regularizadora. Esto se comprueba, por ejemplo, en textos de cantería y carpintería, como los de Ginés Martínez de Aranda, *Cerramientos y trazas de montea* (mss. de finales del siglo XVI); Alonso de Vandelvira, *Libro de traças de cortes de piedras* (mss., 1591), y Diego López de Arenas, *Breve compendio de la carpintería de lo blanco* (mss., 1619). Tampoco es extraño encontrar rasgos dialectales, tanto en grafías como en léxico, como sucede con los aragonesismos detectados en *Los veintiún libros de los ingenios y máquinas,* del Pseudo Juanelo Turriano (ms. anterior a 1605). [42]

Por lo que respecta al estilo, la mayoría de los autores, y no solamente los traductores, concordaban en el deseo de claridad, sencillez y contención en el empleo de recursos ornamentales. En consecuencia, y por un neto afán pedagógico, se critica la falta de transparencia en los razonamientos y el alambicamiento expresivo, y se defiende una exposición plana y neta de los conceptos y datos empíricos:

> Determiné no mudar estilo sino seguir el mesmo que en ellas avía tenido, porque por ventura con el cuydado de las palabras no se ofuscassen en los conceptos, que es el fin que en esta obra se pretende. [Christóval de Rojas: «Prólogo» a *Teórica y práctica de fortificación, conforme a las medidas y defensas d'estos tiempos, repartida en tres partes*. Madrid: Luis Sánchez, 1592].

Un rasgo caracterizador de la prosa científica del Quinientos es la utilización de estructuras léxicas bimembres de carácter sinonímico, preferentemente entre sustantivos. Muchas veces los dos elementos van engarzados mediante la conjunción *y,* pero también abundan cuando el conector de equivalencia es la conjunción *o*. En algunas circunstancias la adición del segundo elemento, que funciona como glosa explicativa, podría deberse a una finalidad divulgativa, para hacer más comprensible el primero, representado bien por un término culto, con lo que se establece un doblete formado mediante variantes sociales, bien por alguna otra marca: «En la alopecia y peladura de la cabeça»[43] (357), «fluxión y reuma» (286), «testículos o compañones» (161), «celebro o mollera» (365),[44] «mordicación o mordedura» (510).

En el *Quijote* se encuentran con cierta frecuencia binomios configurados por vocablos de la lengua común, pero no proliferan los formados por tecnicismos: *corbacho* o *rebenque* (II, LXIII: 1149);[45] *nubes y cataratas* (II, X: 708), donde cabe interpretar sinonimia o gradación semántica. En otro pasaje —«*ni* comido de *neguijón ni* de *reuma* ninguna» (I, XVIII: 198)— no se trata estrictamente de voces sinónimas.[46]

6. Los tecnicismos. Los glosarios de voces «oscuras»

Una de las mayores dificultades radicaba en la necesidad de utilizar tecnicismos. Los autores son plenamente conscientes de que la oscuridad de estos términos proviene de las funciones eminentemente designativas que desempeñan en un ámbito muy especializado. Su recta comprensión y manejo, por tanto, requiere conocimiento empírico o bien información suministrada por especialistas:

> Cuanto pude hize por sacar a luz la grande obscuridad que los términos d'ellas tienen, consultando los ombres doctos y personas eminentes y tracistas [Ginés Martínez de Aranda: «Al letor». En *Cerramientos y trazas de montea*].

Los tecnicismos se asignan a diferentes clases léxicas —que vamos a ejemplificar con la terminología náutica empleada en el *Quijote,* quizá la más representativa y más abundante en toda la obra[47]—, si bien existe un neto predominio de sustantivos: *arrumbadas* 'costados del castillo de proa' (II, LXIII: 1150), *banda* (II, LXIII: 1148), *bandines* 'bancos que se colocan en la popa para que se sienten los oficiales y jefes' (II, LXIII: 1147), *bergantín* 'barco pequeño y ligero' (II, LXIII: 1149), *chusma* (II, LXIII: 1147), *cómitre* 'oficial que dirige las maniobras de boga' (II, LXIII: 1147), *crujía* 'pasillo elevado que recorre la galera de proa a popa, entre los remeros' (II, LXIII: 1147), *cuatralbo* 'general de las galeras' (II, LXIII: 1147), *derrota* (I, XLI: 482), *espolón* (I, XXXVIII: 448), *esquife* 'bote pequeño de remos' (I, XLI: 487), *galeota* 'galera pequeña'; *galeras* (I, XXXVIII: 447), *jarcia* (II, I: 633), *matalotaje* 'provisión de comida que se emplea para una travesía' (I, XIX: 200), *palamenta* 'conjunto de remos' (II, LXIII: 1150), *popa* (II, LXIII: 1147), *proa* (I, XXXVIII: 447), etc.

Los verbos son menos numerosos: *navegar* (I, XLI: 482), *bogar* (I, XLI: 471), *izar* (II, LXIII: 1148), *marear* (I, XLI: 471), como también los adjetivos, entre los que destacan los que tienen origen en participios: cuerdas *encendidas* 'mechas embreadas'(I, XLI: 487), *frenillados* los remos 'con los remos suspendidos de la borda' (I, XLI: 486), *engolfados* (I, XLI: 486).

Son muy abundantes las unidades pluriverbales, especialmente las sustantivas: *bajel redondo* 'con aparejo redondo'(I, XLI: 486), *bajel de remos* (II, LXIII: 1148), *cañón de crujía* (II, LXIII: 1147), *banda del poniente* (II, LXIII: 1148), *cuatralbo de las galeras* 'comodoro' (II, LXIII: 1146), *escala derecha* 'escala de estribor', empleada por las personas de elevada dignidad (II, LXIII: 1147), *fragatas ligeras* 'barcos pequeños, estrechos, con tres palos, popa llana y velas latinas'[48] (I, XLI: 481), *hombres del remo* (I, XLI: 473), *mar picada* (I, XLI: 482), etc., etc.

También las estructuras verbales son bastante frecuentes: *abatir tienda* 'recoger los toldos' (II, LXIII: 1147), *amainar la entena* (II, LXIII: 1148), *armar una barca* (I, XL: 470), *hacerse a lo largo* 'separarse de tierra' (I, XLI: 488), *hacer a toda ropa* 'robar cualquier carga o mercadería' (I, XLI: 487), *hacer fuera ropa* 'ordenar quitarse la ropa para bogar con fuerza' (II, LXIII: 1148), *hacer tienda* 'plegar los toldos' (II, LXIII: 1148), *hacer vela* 'desplegar las velas para aprovechar el viento' (I, XLI: 482), *hacerse a la vela* (I, XLI: 476), *levar ferro* 'alzar el ancla' (II, XXIX: 869), *zarpar el ferro* (II, LXIII: 1149), etc.

Finalmente, las locuciones adverbiales están esparcidas con profusión a lo largo de toda la obra: *a bordo* 'en el borde, al costado' (I, XLI: 487), bogar *a cuarteles* 'por turnos'(I, XLI: 482), *a orza* 'en la dirección del viento'(I, XLI: 486), vela tendida *de alto baja* 'con todo el velamen desplegado' (I, XLI: 486), ir *tierra a tierra* 'ir costeando, siguiendo la línea de tierra' (II, LXIII: 1150), etc.

Los tipos y niveles de dificultad de los vocablos dependían de la especificidad y grado de complejidad de las propias materias, pero también del estrato sociolingüístico en el que se inscribían sus cultivadores. Así, sucede, por ejemplo, con los utilizados por geómetras o los canteros, pues cada grupo usaba una terminología técnica, de acuerdo con su mayor o menor formación:

> D'estos triángulos, los que fueren de yguales líneas o lados se diçen *equiláteros o yguales,* y a todos los demás que no son de lados yguales *los llamamos los canteros desiguales, aunque açerca de los geómetras tienen diferentes nombres* [Alonso de Vandelvira: *Libro de traças de cortes de piedras*. Mss., 1591, fol. 5r].

Esto explica la presencia de algún giro de carácter geométrico en el *Quijote:* «Por ser la hora de la mañana y herirles *a soslayo* los rayos del sol no les fatigaban» (I, VII: 93), de origen francés u occitano, empleado con el sentido de 'oblicuamente', que se halla en los tratados de cantería y construcción, como en el citado de Alonso de Vandelvira o en el de Francisco Loçano (trad.) *Los diez libros de Architectura de León Baptista Alberto*.[49]

Es muy frecuente que los autores cultos proporcionen etimología, explicaciones enciclopédicas de los tecnicismos, duplicaciones terminológicas e incluso equivalentes en otras lenguas:

> Es menester que sepas *la declaración de algunas palabras de que usan los astrólogos* que d'esto hablan, e, primeramente, qué cosa es *grado del anchura*. Todo cerco que se señala en el cielo, o en la tierra o en otro qualquiera cuerpo redondo, en su primera división, se reparte en trezientos e sesenta *grados, que los latinos llaman partes e los griegos méridas* [Antonio Nebrissa: *Tabla de la diversidad de los días y horas*. Madrid: A. G. de Brocar, 1517, fol. IVr].

Muchas de estas definiciones, introducidas a manera de glosas, acabarán conformando auténticos glosarios de voces «oscuras». Esta labor terminográfica es debida a la convicción, compartida por los creadores y usuarios de estas ciencias y técnicas, de la urgente necesidad de conocimiento, utilización y creación de léxico especializado romance, ligada a corrientes divulgativas y pedagógicas muy fuertes en la época. En consecuencia, a lo largo de esta centuria fue frecuente la confección de repertorios lexicográficos monolingües, de carácter técnico y científico, vinculados a un determinado texto.

Esta actividad se concreta en determinadas áreas, como la botánica, donde el vocabulario del doctor Laguna, elaborado a partir de la traducción del *Dioscórides,* tuvo innegable repercusión en notables lexicógrafos del Siglo de Oro, como Juan Lorenzo Palmireno o el propio Sebastián de Covarrubias, quien se sirve de él en su *Tesoro*.[50] En el campo de la arquitectura destaca la aportación de Juan Urrea, autor de un *Vocabulario de los nombres obscuros y difficultosos que en Vitruvio se contienen según que los architectos los declaran en lengua castellana,*[51] que contiene una información de gran importancia para la historia de los tecnicismos arquitectónicos de origen clásico. Pero es sobre todo en la náutica y la construcción naval donde se encuentran los testimonios más representantivos, que surgen ya en los años del emperador. El *Vocabulario de los nombres que usa la gente de mar en todo lo que pertenece a su arte, por el orden alfabético,* de Diego García de Palacio, integrado en su *Instrución náuthica,* se erige en la cabeza de la familia de diccionarios de tema marinero,[52] del mismo modo que el glosario incluido en el *Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos,* de Thomé Cano, representa una excelente contribución en el campo específico de la ingeniería naval. Franqueado el quicio del Seiscientos, es digno de mención el *Diccionario y manera de hablar que se usa en las minas,*[53] de García de Llanos, que, aunque se ciñe a los minerales del Cerro del Potosí, comprende todas las labores mineras.

7. Adaptación de los tecnicismos

La creación de terminología especializada en romance tiene que enfrentarse a problemas derivados de la situación de la lengua española en esta época, como la falta de fijación en el timbre de las vocales átonas, que se aprecia, por ejemplo, en *entena* (II, LXIII: 1148), *dislocar/deslocar* (II, LXV: 1161),

distilar, levantes/leventes 'soldados de marina' (I, XXXIX: 455), *parosismo/parasismo* 'desmayo', 'síncope' (I, XVII: 177), *rétulos* (II, X: 704), etc.

Era muy frecuente la aféresis vocálica en el uso común y avulgarado de los tecnicismos: *clíptica; notomía* 'anatomía' 'esqueleto' (II, XI: 715), *postema* (II, «Aprobación...»: 612), etc.

En el campo del consonantismo, además de las variaciones gráficas ocasionadas por oscilaciones fonéticas propias de la época: *astrolabio/estrolavio; paroxismo/parasismo/pajarismo,* etc., destaca la conservación de la *f-* inicial latina por motivos estilísticos o literarios, como ocurre en el *Quijote:* porras *ferradas* (II, VI: 673), *ferreruelo* 'capa corta' (II, LXXI: 1202), *herreruelo* (II, XVIII: 772).

Especial problema revestían las grafías cultas, particularmente las utilizadas para representar los helenismos, que se simplificaban muchas veces: *esfera, espera, esphera, exphera, sfera, spera, sphaera, sphera*; *cosmógrafo, cosmógrapho,* etc. De la misma manera, alternaba la conservación de la forma más próxima al latín, por prestigio de esta lengua, tanto por lo que se refería a las consonantes sordas intervocálicas como a, o a las heterósilábicas ajenas al romance, como a la *-s* líquida, junto a su simplificación —que se aprecia incluso en el eufemismo *erutar,* recomendado por don Quijote frente al vulgar *regoldar* (II, XLIII: 974)—: *scaleno, escaleno*; *acutos* (II; XXXVIII: 939), *solsticio, solstitio; equinoctio, equinocio, equinoccio; eclíptica, ecléptica, eclítica* (II, XXIX: 871), *eclýptica, eclýtica*; *eclipse, ecclipse, ecclypse, eclipsi, eclypse, eclypsi*. Incluso aparecen trueques de carácter vulgar entre consonantes, como el uso de *melecina* 'lavativa' (I, XV: 164), de carácter arcaizante.

Estos hechos, presentados de manera extremada, por cuanto la deformación avulgarada y rústica de los tecnicismos se realiza con propósitos paródicos, se detectan cuando se contraponen las denominaciones utilizadas por un cabrero y por don Quijote (I, XII: 129-130) para referirse a la *ciencia de las estrellas/astrología* y a alguno de sus fenómenos, como el designado por *eclipse/cris,* donde se aprecia, además del truncamiento de la palabra producido por aféresis y apócope y la reducción del grupo consonántico culto en posición silábica implosiva, un rotacismo característico del sociolecto de los pastores occidentales o sayagués.[54]

La normalización afecta también directamente a los préstamos de lenguas modernas, donde las oscilaciones formales son frecuentes —*petar/petarde/petardo— petares/petars;*[55] *trinchea/trinchera*, *scarpa/escarpa*, etc. Otra complejidad la presentaban las palabras compuestas de reciente creación, que especialmente en la formación de los plurales dejan al descubierto vacilaciones en su lexicalización: *casamatas/casas matas*, *carromato/carros matos, aguas fuertes,* etcétera.

8. Los préstamos

Una manera de incrementar el léxico científico y técnico es mediante préstamos tomados de otras lenguas. En el siglo XVI, la procedencia de estos términos especializados variaba en función de la propia tradición del cultivo de la técnica. Así, en las de raigambre universitaria, como la astronomía, dominan los latinismos y helenismos —éstos introducidos directamente o bien a través del latín—, como en los de la serie que desgrana don Quijote a su asombrado escudero:

> —Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean *coluros,*[56] *líneas, paralelos, zodíacos,*[57] *eclíticas,*[58] *polos, solsticios,*[59] *equinocios,*[60] *planetas, signos, puntos, medidas,* de que se compone la *esfera*[61] *celeste y terrestre;* que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras claramente qué de *paralelos* hemos cortado, qué de *signos* visto y qué de *imágines* hemos dejado atrás [II, XXIX: 871].

También en la medicina son muy abundantes los cultismos, de los que entresacamos algunos términos atestiguados en el *Quijote,* como *catarro,*[62] *reuma* 'infección, piorrea' (I, XVIII:198),[63] *melancolía*[64] 'tristeza, depresión' (II, LXXIV: 1215), etc. Paralelamente, proliferan las voces de raigambre clásica en las matemáticas, especialmente en el ámbito de la geometría —*geometría* (II, I: 637), *círculos*, *ángulos* (II, XIX: 787)— del mismo modo que en otras técnicas y artes —incluida la esgrima, como aparece en el *Quijote* (II, XIX)— que requerían esta clase de conocimientos:

> Cosmographía y Geographía, las quales, según parece por Ptolomeo, a cada passo, y por Strabón en el libro primero, sin *Geometría* y Astronomía en ninguna manera se pueden saber [Hierónymo de Chaves: *Tractado de la sphera que compuso Joannes de Sacrobusto*. Sevilla: Juan de León, 1545: VIr]

Entre ellas, destaca la arquitectura, cuyos tecnicismos frecuentemente eran glosados en el texto y se les proporcionaba, a veces, equivalentes menos cultos:

> En lugares convenientes se levantavan señales o términos, los quales rodeassen los competientes, o hombres o bestias, pero los principales paraderos eran tres: la de en medio d'ellas era la más principal de todas, y era quadrangular y alta, poco a poco adelgazando, y porque assí adelgazava la llamavan *obelisco,* que es lo que nós dezimos *aguja* [Francisco Loçano (trad.): *Los diez libros de architectura de León Baptista Alberto traduzidos del latín al romançe*. Madrid: Alonso Gómez, 1582: 260]

Comentario que explica e ilustra el siguiente fragmento del *Quijote:*

> Las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una *pirámide*[65] de piedra de desmesurada grandeza, a quien hoy llaman en Roma «la *aguja* de San Pedro» [II, VIII: 692].

Aunque no faltan préstamos de otras procedencias, como del italiano, por el prestigio de sus arquitectos y de sus edi-

ficios, o del francés, de especial incidencia en el léxico de la construcción y cantería, lo que tiene también su reflejo en el *Quijote,* donde se mencionan *chapiteles* 'tejadillos cónicos o piramidales de las torres'[66] (I, II: 49), y al alabar «los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable *arquitectura*», se puntualiza que no le entraba otra luz «que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, *claraboya*[67] redonda que está en su cima» (II, VIII: 690).

Claro está que en ciencias de larga estela medieval persistían los arabismos, como sucede en las matemáticas,[68] donde se seguía utilizando *guarismo*, que denotaba, en principio, 'arte de contar', 'arte numérica', por lo que pasó a designar 'cifra que expresa una cantidad', como *letra de guarismo:*

> Los números, o se escriven con una sola *letra* de las diez del *guarismo,* o con muchas [Juan Pérez de Moya: *Manual de contadores*. Madrid: Pedro Madrigal, 1589: 7v].

Lo que explica, por ejemplo, que Cervantes afirme que «se podrán contar los premiados vivos con *tres letras de guarismo*» (I, XXXVIII: 446). Hacia la mitad del siglo, *cifra* denotaba 'cero', como se comprueba en el uso de célebres matemáticos de la mitad del Quinientos:

> Podrá alguno dudar que, pues dezimos que *el zero o cifra,* que se figura assí: 0, no vale nada, que para qué se pone en el número de las diez figuras de la cuenta del guarismo [Juan Pérez de Moya, o. cit.: 10v].

Pero, gradualmente —lo que se pone de manifiesto en su presencia en textos de fecha posterior—, el sentido se fue inclinando hacia el actual:

> En qualquier especie que sea han de entrar las nueve *cifras* siguientes: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, juntas o devisas cada una por sí, o acompañadas con cero, o ceros [Joan de Belveder: *Libro General de la reduciones de plata y oro de diferentes leyes y pesos... con otras reglas y avisos muy necessarios para estos reynos del Pirú*. Lima: Antonio Ricardo, 1597: 191v].

Finalmente, se encuentra *cifra* como 'abreviatura', 'unidad de un sistema en clave', e incluso para designar cierto tipo de 'dibujos alegóricos', tal como se comprueba en el *Quijote,* cuando se trata de pintar libreas «con su colores, motes y *cifras*» (II, XXII: 812).

En la segunda mitad de esta centuria, comenzaba a desarrollarse en este campo el álgebra:

> Unos la llaman Regla de *Álgebra,* que quiere dezir *restauratio,* o *Almucábala,* que quiere dezir 'opposición' o 'absolución' [Juan Pérez de Moya: *Arithmética práctica y speculativa*. Salamanca: Matías Gast, 1562: 448].

Pero en el *Quijote* (II, XV: 748) sólo encontramos *algebrista,* en el sentido médico tradicional de 'sanador de huesos'.

De modo similar tienen alta incidencia los arabismos en ciencias de tradición medieval, como la alquimia o destilación. Sin embargo, en otras técnicas de desarrollo moderno, como la artillería, fortificación y arte militar, en general, el origen de los préstamos viene determinado en muchas ocasiones por las mismas zonas donde estaba entablado el conflicto armado por esta época, especialmente Italia y Francia, es decir, derivado de la propia experiencia de los autores. Así se corrobora en el *Quijote,* por ejemplo, con ciertos términos que aparecen en el famoso discurso de las armas y las letras:

> Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza y estando *de posta*[69] o *de guarda*[70] en algún *revellín*[71] o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que tan cerca le amenaza? [I, XXXVIII: 447].

Puede observarse el significado técnico de la voz *revellín* en este fragmento, donde aparece inserto en una serie de elementos de fortificación:

> Quando le mandaren al artillero que tire con su pieça un tiro que sea provechoso, cierto y muy seguro para, de yndustria, quitar y desmontar alguna pieça enemiga que le ympidiesse el jugar de la suya o para embocar alguna tronera que saliese de pieça alojada en algún *través, revellín, caballero, plataforma, valuarte o casamata*, o de qualquier otro reparo y cubrimiento, debe, ante todas cosas, tener la pieça muy bien conocida. [Diego de Ufano: *Tratado de la Artillería*. Bruselas: Juan Momarte, 1613: 357].

O con otros términos que aparecen más o menos desperdigados por el *Quijote,* como *trincheas*[72] (II, LXVIII: 1180), *escopetas*[73] de rueda (II, XXII: 236), *escuadrón*[74] (I, XVIII:191), sin que falten cruces con el catalán: *pistolete*[75] (II, LX: 1119), etc. En algún momento incluso se ofrecen disculpas por desconocer los equivalentes en español:

> El qual instrumento o nivel se representa en la figura dicha y, *a usança de Italia lo llamaremos ságoma,*[76] *porque en lengua española yo no sé qué vocablo se tenga* [Luys Collado de Lebrixa: *Plática Manual de Artillería, en la qual se tracta de la excelencia del arte militar y origen de ella*. Milán: Pablo Gotardo Poncio, 1592: 65v].

Por lo que respecta a la náutica y a la construcción naval, ampliamente representadas en el *Quijote,* se aprecia la contraposición entre una predominante terminología mediterránea —italianismos, catalanismos: *zarpar*, *ferro* 'ancla' (II, LXIII: 1149), *estanterol*[77] (II, LXIII: 1148), etc.— frente a otra atlántica —lusismos, galicismos: *lancha*, *bordo, a bordo*, algunos de los cuales fueron vehículo de transmisión de germanismos náuticos: *rebenque*[78] (II, LXIII: 1149), etc.—. En la minería, como era presumible, predominan los americanismos:

> Cómo se funden los *soroches* solos, o mezclados con ellos otros metales, por reververación [Álvaro Alonso Barba: *Arte de los metales en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro*. Madrid: Imprenta del Reino, 1640: 160].

9. La creación de tecnicismos y el nacimiento de las terminologías

Pero la exigencia del uso de tecnicismos no puede ser satisfecha exclusivamente mediante palabras tomadas prestadas de otros idiomas, sino más bien a partir de mecanismos que poseen las propias lenguas para crear vocabulario y cubrir, así, sus necesidades designativas. Estos procedimientos léxicogenéticos tienen que ver con la morfología, en las modalidades de derivación y composición.[79]

En cuanto a la primera, hay que distinguir entre la función asignada a la prefijación, a la sufijación y a la parasíntesis. Por lo que respecta a los prefijos, cabe distinguir entre morfemas cultos, muy utilizados en las ciencias de tradición universitaria: *periferia, perímetro, subduplo, intonso* 'novel, ignorante' (II, LXX: 1196), *invito* 'invicto' (I, LII: 593), y otros populares, más frecuentes en técnicas y artes de desarrollo más moderno o artesanal: *contrahacer* (I, XVIII: 195), *contramina* 'túnel para contrarrestar al del enemigo' (I, XXXVII: 447), *contrapunto* 'voz complementaria de la que canta la melodía principal' (I, XIV: 151), *entretenimiento* 'asignación' (II, XXIV: 833), *sobrerropa* 'sobretodo, prenda que se llevaba sobre el traje ordinario' (II, LIII: 1061), *trasudar* (I, XVI: 174), *trasudor* 'sudor frío' (I, XVII: 181), etc.

Más rentables aún resultaban los sufijos, unos de raigambre clásica, predominantes en áreas de tradición universitaria, como la medicina: *físicos* 'médicos'(II, LXXI: 1198), *flemático* (I, XXIII: 255), *melancólico* (I, «Preliminares»: 18), *perlático* 'que sufre de perlesía' (II, XLVII: 1011), *calefactivo, confortativo* (II, LVIII: 1095), *conservativo, lenitivas* 'laxantes' (I, XX:215), etc.; otros más populares, como los diminutivos, rentables en campos domésticos, pero también en el de la sastrería y moda: *cañutillos de suplicaciones* 'barquillos de oblea en forma de tubo fino' (II, XLVII, 1006), *palillos* (IILXX: 1197), *varilla de ballena* (II, XLVII: 1004), *mantillo, rebocillo* 'mantos femeninos cortos', *ropilla* 'chaquetilla con faldón corto y mangas' (II, XLIII: 975), *sotanilla* 'sotana corta propia de estudiantes y sacristanes' (II, XIX: 788), *telilla* 'estambre de lana' (I, XXIX: 335), *mantellina* 'manto de tela que cubre la cabeza y llega hasta más debajo de la cintura' lana' (I, XXIX: 335),[80] *herreruelo* 'capa corta con cuello' (II,XVIII: 772), etc.

Los procedimientos parasintéticos —resultantes de la combinación de prefijos y sufijos—, muy frecuentes desde la Edad Media en la formación de verbos, disponían de distintas combinaciones morfógicas: *alongarse* 'alejarse' (I, XVII:183), *aperdenaladas* 'duras como las piedras' (II, XXV: 924), *enclavijadas* (I, XXXVIII: 447), *encastilladas* 'fortificadas' (I, XXXIV: 396), *enrejados* (II, XX: 793), *entallar* 'esculpir' (II, XII: 724), *enfrenar* 'poner el cabezal, riendas y bocado' (I, XXXI: 366), etc.

En el devenir de la lengua, se han presentado oscilaciones entre las dos posibilidades —formas prefijadas y sin prefijos— con resultados diversos: *enclavar* 'clavar'(I, XXXIV: 411), *quilatarse* (I, XLIII: 502), *trinchear* (II, LIII, 1063), si bien tal vez hayan corrido mejor suerte las primeras. En cualquier caso, se constata la formación de familias léxicas a base de cadenas de derivados: *romadizo*, *romadizado* (I, XXXI: 359), *mina*, *minar* (I, XXXVIII: 447), *contramina, contraminar, trinchea, trinchera, trinchear, atrincherar, trincheón, trincherón; entallar, entalle, entallador, entallamiento, entalladura* 'talla de madera' (II, LVIII: 1095), *caballero, caballería, caballerizo* (II, XLIII: 975),[81] etc.

También la composición ofrece posibilidades de ampliar el léxico técnico, aunque con rendimiento menos elevado, si bien abundan en el *Quijote* en el campo de la esgrima: *manifatura* 'hechura' (II, XIV: 744),[82] *catarriberas* 'mozo que otea la caza', 'pretendiente en la corte' (II, XXIV: 833), *portamanteo* 'portamantas' (II, XIX: 781), *tapaboca* 'golpe dado con la punta de la espada' (II, XIX: 788), *altibajo* 'golpe dado de arriba abajo' (II, XIX: 788), *mandoble* 'golpe con el brazo rígido, moviendo la espada sólo con la muñeca' (II, XIX: 788), etc.

Pero otro modo de crear tecnicismos es dotar de contenidos especializados a términos de la lengua común. Estos se van cargando de sentidos técnicos: *caballero* 'torreta', 'fortificación precaria y aislada' (I, XXXVIII: 447), *zapatilla* 'botón de cuero en la punta de la espada para evitar herirse en el ejercicio de la esgrima' (II, XIX: 781); *simples* 'ingredientes básicos de un medicamento' (I, XVII: 180), *resolver* 'disolver' (II, «Preliminares»: 612), los cuales, por su parte, se van extendiendo en diversas áreas: *reuma* 'infección', 'catarro nasal', 'piorrea'. No podemos sino aludir, tan sólo, a las diversas acepciones de *mina* ('subterráneo para conducir agua', 'yacimiento de mineral', 'subterráneo donde se coloca un explosivo') o a los corrimientos en el significado que experimentan por esta época voces como *ingenio, fábrica, industria*[83] y *máquina,* palabras testigo de transformaciones fundamentales en el ámbito científico y técnico que han creado en torno de ellas toda una serie de redes semánticas y de constelaciones terminológicas.

Muchos de estos sentidos nuevos son metafóricos y se asignan en función de algún parecido o semejanza formal con las nuevas realidades designadas:[84] *árbol* 'mástil de una embarcación' (I, XXXIX: 456), *aguja* 'obelisco' (II, VIII; 692), o por la función que desempeñan: *nubes* 'cataratas, manchas en la parte exterior de la córnea' (II, X: 708), *compás de pies* (II, XIX: 787) 'círculos y figuras que describen los combatientes en el arte de la esgrima', etc.

Entre ellos sobresalen los relativos a las denominaciones de las partes del cuerpo humano,[85] estructuradas en sus tres módulos, cabeza, tronco y extremidades, basados tanto en su forma como en su localización o función, aspectos de ningún modo excluyentes y que explican la confusión que padeció don Quijote en la aventura de los molinos:

> —Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los *brazos* largos […].

> —Mire vuestra merced —respondió Sancho— que [...] *lo que en ellos parecen brazos son las aspas* [I, VIII: 95].

O las metáforas inversas en la descripción de los gigantes, por boca del caballero, en que:

> A cada uno le sirven de *piernas* dos grandísimas *torres,* y que los *brazos* semejan *árboles de* gruesos y poderosos *navíos,* y cada *ojo* como una *rueda de molino* [II, VI: 673].

Lo que corrobora que, en definitiva, *cuerpo, cabeza, boca, ojo, cuello, mano, brazo, codo, espalda, pierna, pie,* etc., se aplicaban a múltiples campos científicos y técnicos. Finalmente, no son raros los testimonios de términos especializados que se generalizan y pasan a la lengua común, perdidos sus rasgos específicos: *quintaesencia* 'sustancias apuradas mediante el calor y el fuego' > 'lo más selecto' (I, XXIX: 341), *arcaduces* 'cañerías de agua' > 'caminos ocultos, enredos' (II, XIV: 745).

10. El registro científico en la trama intertextual del *Quijote*

En la urdimbre de registros lingüísticos que conforma el *Quijote,*[86] también está entreverado el filamento del lenguaje científico. Salvo en series de procedencia libresca, como en el caso de la astronomía o en la terminología náutica o militar, no se hallan tecnicismos excesivamente especializados. Esto concuerda, por un lado, con la propia formación y experiencia vital de Cervantes,[87] pero por otro, la inclusión de esta representativa gama de términos, que abarca las manifestaciones de la ciencia y de la técnica en distintas y polivalentes facetas de la actividad humana, parece corresponder a una finalidad divulgativa, corolario de planteamientos espirituales ampliamente compartidos en el marco europeo de este siglo. Con mayor o con menor naturalidad, con pretensiones más o menos paródicas o irónicas, pero siempre con respeto del decoro exigido por interlocutores, personajes y circunstancias con los que se teje la trama narrativa o dialógica, se confirma el presupuesto vigente en la época por el que «toda creación literaria se convierte en un compendio de artes y ciencias».[88]

Notas

1. «La *cupiditas rerum novarum* es reconocida como una inclinación constante de la naturaleza humana en el siglo XVI y a ella se liga la capacidad inventiva y la estimación general de la misma» (José Antonio Maravall: *Antiguos y modernos*. Madrid: Alianza, 1998², pág. 68).
2. Véase José Martínez Millán: «Del humanismo carolino al proceso de confesionalización filipino». En Juan Luis García Hourcade y Juan Manuel Moreno Yuste (coords.): *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2001, pág. 138.
3. M. Esteban Piñeiro: «La ciencia en el siglo XVI español». En J. L. García Hourcade y J. M. Moreno Yuste (coords.), o. cit., pág. 23.
4. M. Esteban Piñeiro, ibídem, pág. 23.
5. «Puede considerarse la Primera parte del *Quijote* como una especie de laboratorio en el que Cervantes, de forma consciente y resuelta, experimentó numerosas y variadas técnicas de la narrativa extensa en prosa» (E. M. Anderson y G. Pontón: «La composición del Quijote». En F. Rico (dir), Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Instituto Cervantes-Crítica, 1998, pág. CLXXX).
6. E. Riley: «Cervantes: Teoría literaria», en F. Rico (dir), o. cit, pág. CXXIX. Asimismo, E. Riley: *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus, 1966.
7. Las citas del *Quijote* las hacemos a partir de la edición de F. Rico, mencionada en la nota 5.
8. No es una planificación científica como la que establece Juan de Herrera en la *Institución de la Academia Real Mathemática* (Madrid: Guillermo Droy, 1584), especialmente en los fols. 1-3r.
9. Sobre el inmenso número de cosas nuevas y de palabras nuevas que conoció la humanidad en esta época y su aprovechamiento literario por parte de Rabelais, véase Mijail Bajtin: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (Madrid: Alianza Universidad, 1987, pág. 410), quien resalta los paralelismos, en este y en otros muchos aspectos, entre el escritor francés y Cervantes.
10. Ya desde la primera mitad del siglo, como por ejemplo hace Pedro Ciruelo en su *Reprobación de las supersticiones y hechizerías* (Salamanca: Pedro de Castro, 1538; en J. L. Herrero (ed.), Salamanca: Diputación, 2003), o la anónima *Reprobación de la Astrología judiciaria o divinatoria, sacada de toscano en lengua castellana*. Salamanca: Juan de Junta, 1546.
11. Miguel Ángel González Manjarrés: *Andrés Laguna y el humanismo médico*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2000, pág. 26.
12. Para las funciones de los diversos géneros englobados en la prosa didáctica, véase Asunción Rallo Gruss: «Tópicos y recurrencias en los resortes del didactismo», *Criticón*, 58, 1993: 135-154.
13. «En el Renacimiento concurren una serie de aplicaciones de carácter aristocrático: la atención filológica textual; el cultivo del griego y del latín, editado cuidadosamente en ambas lenguas; la confirmación del ser humanista o la búsqueda de manuscritos de la Antigüedad. Y recordemos, sin asomo de contradicción, que junto a esta aristocracia humanista late un empeño democrático en divulgar unos saberes para el pueblo, atendiendo a las mayorías, del que será ejemplo León Baptista Alberti con *I libri della famiglia*» (Antonio Prieto: «La extensión democrática del *Dioscórides*». En J. L. García Hourcade y J.M. Moreno Yuste (Coords.), o. cit, pág. 42).
14. La importancia de las reflexiones de los autores en sus prólogos sobre las propias disciplinas y los problemas lingüísticos inherentes la hemos tratado en nuestro trabajo «La lengua española, vehículo de divulgación científica en el Renacimiento». En M.ª Jesús Mancho (dir.): *Pórtico a la ciencia y la técnica del Renacimiento*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura, Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2001, págs. 45-84.
15. Así, por ejemplo, Francisco Enzinas, traductor a sueldo de los impresores en época del emperador, afirma: «Y pues en todo presumen [los españoles] ser los primeros, y con razón, no sé por qué en esto, que es lo principal, no son ni aún los postreros. Pues no les falta ingenio, ni juicio, ni doctrina, *y la lengua es la mejor (a mi juicio) de las vulgares, o, al menos, no hay otra mejor*» (Francisco Enzinas: «Dedicatoria». En *El nuevo testamento de nuestro Redemptor y Salvador Jesu Christo, traducido de Griego en lengua Castellana por Francisco de Enzinas, dedicado a la Cesarea Magestad*. Amberes: E. Mierdmann, 1543. La cursiva es nuestra).
16. «Que assí, no solamente los del vulgo se podrán levantar en el

entendimiento y razón con el conoscimiento de cosas, *mas ahun nuestra vulgar lengua rescibiría gran ornamento y copiosidad trabajando en ella doctos y sagaces ingenios, pues la prinçipal virtud de cada lengua es la que de las doctas limas recibe*» (Jerónimo Girava: *Los dos libros de la geometría práctica de Oroncio Fineo Delphinate*. S.l., s.i., 1553)**.**

17. Véase Luis Gil: «Líneas maestras de humanismo español». En R. Menéndez Pidal: *Historia de España*. Vol. XXI: *La cultura del Renacimiento (1480-1580)*. Madrid: Espasa Calpe, 1999, págs. 213-303, especialmente, págs. 290 y 294.
18. Sobre la lengua en este período, véanse Ramón Menéndez Pidal: «La lengua castellana en el siglo XVII». En José María Jover Zamora (dir.): *Historia de España, XXVI/$_2$, El siglo del Quijote (1580-1680). Las letras. Las artes*. Madrid: Espasa Calpe, 1986, págs. 3-137; Juan Antonio Frago: «La lengua». En Menéndez Pidal: *Historia de España*. Vol. XXI: *La cultura del Renacimiento (1480-1580)*. Madrid: Espasa Calpe, 1999, págs. 579-629. Sobre la lengua de Cervantes, en concreto, pueden consultarse Ángel Rosenblat: *La lengua del* Quijote. Madrid: Gredos, 1971; Emma Martinell: «Conciencia lingüística en la obra de Cervantes», *I Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Almagro, 1991, *Trivium* (Jerez de la Frontera), 7, 1995:. 109-126; Juan Gutiérrez Cuadrado: «La lengua del 'Quijote': rasgos generales». En F. Rico (dir.), o. cit., págs. 819-856.
19. Véanse Jesús Gómez: *El diálogo en el Renacimiento español*. Madrid: Cátedra, 1988, pág. 201; y Jacqueline Ferreres: *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*. Murcia: Universidad de Murcia, 2002.
20. México: Pedro Ocharte, 1587.
21. Sevilla: Luis Estupiñán, 1611.
22. México: Pedro Ocharte, 1583.
23. Bruselas: Juan Momarte, 1613.
24. Salamanca: Mathías Gast, 1562.
25. Milán: Pablo Gotardo Poncio, 1592.
26. Sevilla: Diego Pérez, 1623.
27. José Manuel Blecua: «El 'Quijote' en la historia de la lengua española». En Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004, pág. 1121.
28. Véanse Peter Russell: *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)*. Barcelona: UAB, Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes, 1985; J. C. Santoyo: «Aspectos de la reflexión traductora en el Siglo de Oro español», en *Historia de la traducción. Quince apuntes*. León: Universidad de León, 1999, págs. 71-83; José María Micó: «La época del Renacimiento y del Barroco». En F. Lafarga y L. Pegenaute (eds.): *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos, 2004, págs. 175-208.
29. «La exaltación de lo moderno frente a lo antiguo sobre la base del progreso técnico llegó a ser un lugar común para los tratadistas de arte militar, ingeniería, arte de navegar, beneficio de los minerales y agricultura, así como para los que se ocuparon de cálculo mercantil y de las "nuevas medicinas" procedentes de América» (José María López Piñero: «El renacimiento en la ciencias». En R. Menéndez Pidal: *Historia de España. La cultura del Renacimiento (1480-1580)*. Vol. XXI. Madrid: Espasa Calpe, 1999, pág. 331).
30. «La idea de progreso no significaba solamente la superioridad de lo moderno en el terreno técnico, sino también en el propiamente científico. La superación de los antiguos significó, por ello, la paulatina sustitución del principio de autoridad de los clásicos como criterio científico por la experiencia y la razón personales» (José María López Piñero: ibídem, pág. 332). Véase, asimismo, José Antonio Maravall: «'Progreso' y 'cultura': la dinámica del curso temporal», o. cit, págs. 582-586.
31. «Hemos visto, en otros muchos pasajes de nuestros escritores del XVI y XVII, la voz 'moderno' acompañar a personajes, hechos, obras, etc., que alcanzaban la más alta estimación y que, en consecuencia, hacían a su vez estimable la calidad de moderno. Pero llega un momento, desde mediados del XVI, en que esa calidad de por sí es estimable y se usa como calificación favorable, enaltecedora de personas, uso, obras, modas, etc., las cuales se reputan valiosas por esa condición de modernas» (José Antonio Maravall: «El proceso de la cultura como un curso fluvial», o. cit., pág. 385).
32. Sobre el ambiente plurilingüe en Flandes, véase M.ª A. García Asensio: «Testimonios españoles sobre el plurilingüismo de los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII». En Elsa Martinell Gifre y M. Cruz Piñol (eds.): *La conciencia lingüística en Europa*. Barcelona: PPU, 1996, págs. 291-308.
33. Hay alguna referencia sobre el precio en la carta de Philip Wirsung a Enzinas e Isaak Keller fechada en Estrasburgo el 21 de agosto de 1547: «El Herbario encuadernado no puedo encontrarlo a precio más barato que 16 batzios y, sin encuadernar, 12. Podréis hacerme saber, queridos amigos, cuál os parece bien» (I. J. García Pinilla [ed.], Francisco de Enzinas: *Epistolario*, Ginebra, Droz, 1995, pág. 273).
34. Véase, al respecto, M.ª Luz López Terrada: «Médicos, cirujanos, boticarios y albéitares». En José María López Piñero (dir.): *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, III. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002, págs. 161-185.
35. *Historia de las yervas y plantas sacada de Dioscóride Anazarbeo y otros insignes autores, con los nombres griegos, latinos y españoles. Traduzida nuevamente en español por Juan de Jarava, médico y philósopho, con sus virtudes y propriedades, y el uso dellas, y juntamente con sus figuras pintadas al vivo*. En Anvers, en la Gallina gorda, por los herederos de Arnoldo Byrcman. M.D.LVII. En M. J. Mancho (ed.), Salamanca: Universidad de Salamanca. En imprenta.
36. «Durante el Renacimiento, la risa en su forma más radical, universal y *alegre* se separó de las profundidades del pueblo y la lengua "vulgar", y penetró decisivamente en el seno de la gran literatura y la ideología "superior", contribuyendo así a la creación de obras maestra mundiales, como el *Decameron* de Bocaccio, el libro de Rabelais, la novela de Cervantes y los dramas de Shakespeare» (Mijail Bajtin, o. cit, pág.70). «La risa de la Edad Media, al llegar al Renacimiento, se convirtió en la expresión de la nueva conciencia libre, crítica e *histórica* de la época» (ibídem, pág.70).
37. Valdés aconseja la llaneza expresiva, pero no el estilo descuidado. Se busca la sencillez, pero utilizando palabras ajustadas a lo que se quiere decir (Juan de Valdés: *Diálogo de la lengua*. Ed. de Lope Blanch. Madrid: Cátedra, 1982, especialmente págs. 226-227). Véase, al respecto, Hans-Martin Gauge: «La conciencia lingüística en el Siglo de Oro». En *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* Fráncfort: Vervuert, 1989, págs. 45-63 y específicamente págs. 58-60.
38. Es clásico el estudio de Margherita Morreale *Castiglione-Boscán. El ideal cortesano en el Renacimiento español*. Madrid: Anejos del *Boletín de la Real Academia Española*, 1959. Véase también E. Torre: «Garcilaso y Boscán en la historia de la traductología española».

En Santoyo et al.: *Fidus Interpres. Actas de las primeras Jornadas nacionales de Historia de la Traducción*. 2 vols. León: Universidad de León, 1987-1989, vol. I, págs. 148-155.

39. «En Boscán no se trata sólo de defender la fidelidad creativa del traductor mediante la traducción *ad sensum,* sino de optar por una traducción en pie de igualdad con el original [...]. Es la manifestación más escueta de los nuevos ideales y, sobre todo, de las nuevas prácticas, con traducciones que ya no se harán sólo entre lenguas de diferente prestigio y jerarquía, sino entre lenguas equiparables» (J. M. Micó, art. cit., pág. 178).
40. Véase Alberto Sacido Romero: «Oralidad, escritura y dialogismo en el *Quijote* de 1601», *Anales Cervantinos*, 33 (1995-1997): 39-60.
41. Véase Wulf Oesterreicher: *Competencia escrita, tradiciones discursivas y variedades lingüísticas. Aspectos del español europeo y americano en los siglos XVI y XVII*. Tubinga: Nar, 1998.
42. Véase sobre este aspecto Juan Antonio Frago: *Un autor aragonés para «Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas»*. Zaragoza: Diputación General de Aragón, 1988.
43. Tomamos los ejemplos de Juan Jarava, o. cit. Entre paréntesis figuran los números de página.
44. En el *Quijote* aparece *cerbelo* (II, XXII: 812), que, según el *DCECH,* es italianismo y no latinismo.
45. El primer término procede del árabe, y éste del turco, y se documenta aquí por vez primera, según el *DCECH*. El segundo es un germanismo. Véase infra, n. 79.
46. *Neguijón* 'caries'; *reuma* 'infección' 'piorrea'.
47. Véanse Cesáreo Fernández Duro: «Cervantes marino», *Revista de España*, 8, 1869: 321-360; Julio Guillén y Tato: «Libros de náutica en los años del emperador», *Revista General de Marina*, 155, 1958: 481-509; ídem: *El lenguaje marinero*. Discurso leído ante la Real Academia Española el día 23 de junio de 1963. Madrid: Talleres Gráficos del Ministerio de Marina, 1963; Manuel Alvar: *Terminología marinera del Mediterráneo*. Madrid: Comisión Española del ALE, 1977, págs. 63-71; ídem, *Léxico de los marineros peninsulares*. Madrid: Arco Libros, 1985; José Ramón Carriazo Ruiz: *Tratados náuticos del renacimiento. Literatura y lengua*. Valladolid: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, Universidad de Salamanca, 2003; ídem: «El tecnolecto marítimo del Renacimiento y su uso por autores literarios», *Analecta Malacitana*, XXVI-1, 2003:. 83-18.
48. Véase José Ramón Carriazo Ruiz: «El término *fragata* en el paso del español clásico al moderno», *Revista de Lexicografía*, V, 1998-1999: 33-44.
49. Madrid: Alonso Gómez, 1582.
50. Sebastián de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez, 1611. Véase, al respecto, José Ramón Carriazo Ruiz y M.ª J. Mancho Duque: «Los comienzos de la lexicografía monolingüe». En M.ª Antonia Medina Guerra (coord.): *Lexicografía española*. Barcelona, Ariel: 2003, pág. 209.
51. Alcalá de Henares: Juan Gracián, 1582.
52. Véase José Ramón Carriazo Ruiz y M.ª J. Mancho Duque, art. cit., pág. 214.
53. Lima, 1609. Hay edición moderna realizada por Ramiro Molina Barrios (La Paz: Musef, 1983).
54. Véanse José Lamano Beneite: *Dialecto vulgar salmantino*. Salamanca: Diputación, 1915, 19892; Carmen Bobes: «El sayagués», *Archivum Ovetensis*, XXII, 1972: 383-402; John Lihani: *Lenguaje de Lucas Fernández. Estudio del dialecto sayagués*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1973; Monique Joly: «Cervantes et le refus des codes: le problème du 'sayagués'», *Imprévue*, I-II, 1978: 122-145; Luciana Stegagno Picchio: «Considérations sur les textes du sayagais de Gil Vicente» y «Sayagais, langue rustique portugaise, pavan: considérations sur les langues rustiques dans le théâtre du XVIe siècle». En *La méthode philologique*. París: Gulbenkian, 1982, págs. 103-135.
55. Según Joan Corominas y José Antonio Pascual (*Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos, 1980-1991, a partir de ahora *DCECH*, s. v. *peer*), procede del fr. *pétard* y, aunque se documenta en el XVII, hay ya algún testimonio de finales del XVI, es decir, de esta época (por ejemplo en Cristóval Lechuga: *Discurso del capitán Cristóval Lechuga, en que trata de la artillería y de todo lo necessario a ella*. Milán: Mateo Tulio Malatesta, 1611; o en Diego de Ufano: *Tratado de la artillería*). «También se intenta ganar tierra por canales [...] casamatas baxas en los fossos o puertas secretas, valiéndose para romperlas y quebrantarlas de *petardes,* que es una forma de artillería, la qual se ha inventado de pocos años a esta parte, que hace momentáneamente grande efecto en el derribar puertas, si hay comodidad para fijar el *petar* en ella» (Bernardino de Mendoça: *Theórica y práctica de guerra*. Anveres, Emprenta Plontiniana, 1596, pág. 152).
56. Informa el *DCECH* (s. v.) que proviene del gr. κολουρος 'rabón', 'sin cola', debido a que la parte inferior de los coluros, o círculos máximos de la esfera terrestre, es invisible desde el Mediterráneo.
57. Del gr. ζωδιακος, derivado del diminutivo ζωδιον 'figurita de animal', 'signo del zodíaco' (*DCECH,* s. v. *zoo-*).
58. Del lat. *eclipticus,* y éste del gr. ελειπτικος 'relativo a los eclipses' (*DCECH,* s. v. *eclipse*).
59. Del lat. *solstitium,* comp. de *sol* y *stare* 'estar parado' (*DCECH,* s. v. *sol*).
60. Del lat. *aequinoctium,* comp. de *aequus* 'igual', como prefijo, y *nox* 'noche' (*DCECH,* s. v. *igual*).
61. Del lat. *sphaera,* y éste del gr. σφαιρα 'pelota', 'esfera'.
62. Del lat. *catarrhus,* y éste del gr. καταρρους id. (*DCECH,* s. v.).
63. De *rheuma* 'catarro,' y éste del gr. ρευμα 'flujo', 'catarro' 'reuma', derivado de ρειν 'correr'. El acento recaía en la "é".
64. Del lat. *melancholia,* y éste del gr. μελαγχολια 'bilis negra', 'mal humor'.
65. Del lat. *pyramis, -idis,* y éste del gr. πυραμις (*DCECH,* s. v.).
66. Según el *DCECH,* esta voz es característica de este período y procede del fr. ant. *chapitel,* actualmente *chapiteau*.
67. Del fr. *claire-voie,* compuesto con *voie* 'vía'. Existen, en efecto, numerosos préstamos en la cantería formados a partir de esta voz francesa, y de su traducción, *via,* generalmente para designar tipos de bóvedas y techumbres.
68. Véase M.ª J. Mancho: «Oriente y occidente en el léxico de las matemáticas del Quinientos». En *Actas I Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica* (La Coruña, 14-18 de septiembre de 2004). En imprenta.
69. *Posta* 'centinela', tomado del it. anc. *posta* 'puesto militar' (*DCECH,* s. v. *poner*).
70. 'Montar la guardia'. El *DCECH* (s. v. *guardar*) razona su mantenimiento hasta bien entrado el Siglo de Oro, para aventurar que *guarda* sea un italianismo militar del XVI.

71. El *DCECH* (s. v.) señala una procedencia dudosa, aunque se inclina por el francés o el occitano.
72. Del fr. *tranchée,* según el *DCECH* (s. v. *tranzar*). De ahí *trinchear*.
73. Del it. ant. *scopietta* o *scopietto* id. (*DCECH,* s. v.).
74. Parece ser de origen italiano (*squadrone*), donde se documenta en Maquiavelo y desde donde pasó al fr. *escadron* (*DCECH,* s. v.).
75. Según el *DCECH* (s. v. *pistola*), procede del fr. *pistolet*, aunque ciertos editores defienden una procedencia catalana.
76. Del it. *sàgoma* 'molde', 'patrón', 'moldura' (*DCECH,* s. v.). Este diccionario documenta esta voz en 1925. Sin embargo, se encuentra en Luys Collado de Lebrixa: *Plática manual de artillería, en la qual se tracta de la excelencia del arte militar y origen de ella*. Milán: Pablo Gotardo Poncio, 1592; y en Lechuga, o. cit.
77. 'Madero a manera de columna, que en las galeras se colocaba hacia popa, en la crujía, y sobre el cual se afirmaba el tendal' (García de Palacio, 1587). El *DCECH* (s. v. *estar*), entre catalanismo e italianismo, parece inclinarse por esta última procedencia. Según J. Guillén, Cervantes, soldado en las galeras de Lepanto, representantes de una marina militar y mediterránea, «se muestra como más profundo conocedor de la entraña del habla de las galeras y se ofrece atinado en su manejo, aumentando la precisión de sus formidables relatos y descripciones» (*El lenguaje marinero*, pág. 24); mientras que Lope se sirve —no siempre con igual tino— de un vocabulario más propio de una marina de vela preferentemente atlántica, de tecnología de procedencia sajona (ibídem, págs. 21-23).
78. «Tomado del fr. *raban* 'envergue, cabo que afirma la vela a la cuerda', voz de origen germánico (neerl. *raband,* etc.)» (*DCECH,* s. v.).
79. Véanse M.ª Antonia Martín Zorraquino: «Formación de palabras y lenguaje técnico», *Revista Española de Lingüística*, 27, 1997: 317-339; y José Antonio Pascual: «El enfoque histórico en los procedimientos derivativos del léxico español», *Voces*, 8-9, 1997-1998: 249-264.
80. Véase Carmen Bernis: «La moda en la España de Felipe II a través del retrato de corte», Catálogo de la exposición *Alonso Sánchez Coello y el retrato de la corte de Felipe II*, Museo del Prado, junio-julio 1991, pág. 65-111; ídem: «El vestido y la moda». En R. Menéndez Pidal: *Historia de España*. Vol. XXI: *La cultura del Renacimiento (1480-1580)*, págs. 153-174.
81. Contraposición conceptual y social que hace don Quijote, con base morfológica: «el andar a caballo a unos hace *caballeros*, a otros *caballerizos*» (II, XLIII: 975).
82. No recogida en el *DCECH,* que sí se encuentra en el corpus provisional del *Diccionario de la Técnica de Renacimiento* (DICTER), proyecto en curso de realización.
83. Maravall, J. A.: «Dos términos de la vida económica: la evolución de los vocablos *industria* y *fábrica*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 280-282, 1973:632-661.
84. Véase, al respecto, George Lakoff y Mark Johnson: *Metáforas de la vida cotidiana*. 5.ª ed. Versión española de José Antonio Millán y Susana Narotzky. Madrid: Cátedra, 2001.
85. Véanse Ángel Martín Municio: «La metáfora en el lenguaje científico», *BRAE*, 72, 1992:221-249; y M.ª J. Mancho Duque: «La metáfora corporal en el el lenguaje científico-técnico del Renacimiento». En *Homenaje a Antonio Quilis*. En imprenta.
86. Véase José Antonio Pascual: «Los registros lingüísticos del "Quijote": la distancia irónica de la realidad». en Real Academia Española, o. cit, pág. 1136.
87. Véase Anthony Close: «Cervantes: Pensamiento, personalidad y cultura», en Fr. Rico, (dir), o. cit, págs. LXVII-LXXXVI.
88. José Manuel Blecua, art. cit., pág. 1121.

1905: el *Quijote* en latín macarrónico

Ignacio Calvo y Sánchez (1864-1930)

Escritor, eclesiástico, numismático y traductor español

In uno lugare manchego, pro cujus nómine non volo calentare cascos, vivebat facit paucum tempus, quidam fidalgus de his qui habent lanzam in astillerum, adargam antiquam, rocinum flacum et perrum galgum, qui currebat sicut ánima quae llevatur a diabolo. Manducatoria sua consistebat in unam ollam cum pizca más ex vaca quam ex carnero, et in unum *ágilis-mógilis* qui llamabatur salpiconem, qui erat cena ordinaria, exceptis diebus de viernes quae cambiabatur in lentéjibus et diebus dominguis in quibus talis homo chupabatur unum palominum. In isto consumebat tertiam partem suae haciendae, et restum consumebatur in trajis decorosis sicut sayus de velarte, calzae de velludo, pantufli et alia vestimenta que non veniunt ad cassum. Talis fidalgus non vivebat descalzum, id est solum: nam habebat in domo sua unam aman quae tenebat encimam annos quadraginta, unam sobrinam quae nesciebat quod pasatur ab hembris quae perveniunt ad vigésimum, et unum mozum campi, qui tan prontum ensillaba caballum et tan prontum agarrabat podaderam. Quidam dicunt quod apellidábatur Quijada aut Quesada, álteri opinante quod llamábatur otram cosam, sed quod sacatur in limpio, est quod suum verum apellidum erat Quijano: sed hoc non importat tria caracolia ad nostrum relatum, quia quod interest est dícere veritatem pelatam et escuetam […].

Historia dómini Quijoti Manchegui traducta in latinem macarrónicum per Ignatium Calvum (curam misae et ollae).
Madrid: Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1905.

Ángel Bellido

La medicina, sus textos y sus lenguas en la España de Cervantes*

Bertha M. Gutiérrez Rodilla**

Resumen: Como homenaje al *Quijote,* en el año de su cuarto centenario, nos ocupamos en este trabajo de la medicina española en la época en que vivió su autor, Miguel de Cervantes: segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del XVII. Después de ofrecer una visión panorámica de las diversas personas que se ocupaban del oficio de «sanar» y cómo se llevaba a cabo éste, nos detenemos en el análisis de los textos de contenido médico que se produjeron en el periodo destinados a todos esos sanadores, prestando una atención especial a las lenguas que se emplearon en ellos, así como a las razones que motivaron las preferencias por unos usos lingüísticos en detrimento de otros.

Medicine, medical texts and medical language in Cervantes' Spain

Abstract: As a tribute to *Don Quixote* on its four hundredth anniversary, this work deals with the practice of medicine in Spain during the lifetime of the novel's author, Miguel de Cervantes: the second half of the sixteenth century and the first few decades of the seventeenth. After summarily describing the various types of "healers" that existed then and how they went about their business, we examine the medical texts produced during the period, which were written for those healers, with special emphasis on the language used in them and on the reasons behind certain linguistic preferences.

Palabras clave: medicina renacentista, historia del lenguaje médico, historia de la traducción médica, textos médicos romances.
Key words: Renaissance medicine, history of medical language, history of medical translation, medical texts in Romance languages.
Panace@ 2005; 6 (21-22): 299-306

Cuando Alonso Quijano abrió sus ojos al mundo —el *Quijote* se publica en 1605—, España estaba inmersa en uno de los cambios más importantes de su historia: el del paso de una época de esplendor a otra de declive, pues a las glorias políticas del periodo renacentista las sucedieron la pérdida progresiva del poder y la quiebra económica; algo que se ha definido como «cementerio de la hegemonía española», cuyos certificados de defunción serían los tratados de Westfalia (1648) y de los Pirineos (1659). En lo que al ámbito cultural y científico se refiere, si el marcado carácter internacional de la política de Carlos I —que accedió al trono en 1517 y abdicó en 1556— hizo que España estuviera abierta a las más variadas corrientes intelectuales europeas, el celo religioso de Felipe II —que reinó de 1556 a 1598— la llevó, entre otras cosas, a tratar de evitar las influencias exteriores, lo que incidiría de forma negativa en el progreso científico del país y lo sumiría en un cierto aislamiento del que le costaría mucho tiempo recuperarse.[1]

En las páginas que siguen vamos a ocuparnos de la medicina española en ese periodo trascendental, como decimos, que coincide con la vida de Miguel de Cervantes (1547-1616): el que se extiende desde la segunda mitad del siglo XVI hasta las primeras décadas del XVII, centrándonos, de manera especial, en los textos y en la lengua empleada en ellos.

1. La medicina española entre el Renacimiento y el Barroco

En los años centrales del siglo XVI es cuando la medicina española realiza su contribución más original e importante al saber médico europeo. Muchos de los profesionales que desarrollan entonces su actividad se caracterizan por su presencia en Europa, por la pronta y total aceptación de las más renovadoras corrientes ideológicas y culturales del momento y por su acusado talante humanista. Entre los varios que se podrían citar, cabe destacar a algunos ligados a la universidad de Valencia, a quienes se debe, en buena medida, la transformación experimentada por la medicina española superado el primer tercio de siglo, como Miguel Jerónimo Ledesma, Miguel Juan Pascual o Pedro Jaime Esteva, por ejemplo. Más importante todavía, tanto por el valor de su obra como, sobre todo, por el influjo ejercido a través de ella, sería el médico segoviano Andrés Laguna, quien, además de su diversa producción médica original, llevó a cabo la primera versión castellana, enriquecida con valiosos comentarios, de uno de los textos más importantes de la historia de la farmacia: la *Materia médica,* de Dioscórides. Una versión castellana que se publicó inicialmente en 1555 y que sería objeto de repetidas ediciones posteriores.

Otros autores con aportaciones importantes y originales de este periodo fueron Damián Carbón, autor del primer tratado tocoginecológico y pediátrico impreso en España, el *Libro del arte de las comadres o madrinas* (1541); Cristóbal Méndez y su pionero *Libro del exercicio y de sus provechos* (1553), o Francisco Martínez de Castrillo, con cuyo *Coloquio breve y compendioso sobre la materia de la dentadura* (1557) la odontología cobra realidad. También fueron innovadores los anatomistas, con Juan Valverde y su *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) —primera anatomía postvesaliana compuesta en una lengua vernácula, de la que se harían después versiones en italiano, latín y holandés— a la cabeza.

* Este trabajo se realiza en el marco del proyecto HUM2004-00736, del MEC, dirigido por la doctora Bertha M. Gutiérrez Rodilla.
** Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: bertha@usal.es.

En cuanto al ámbito de la terapéutica, además del *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias orientales* (1578), de Cristóbal de Acosta, del que hubo traducciones al latín, italiano y francés, sobresalió la obra del médico sevillano Nicolás Monardes *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales...,* que empezó a publicarse en 1565 —sus tres partes aparecieron reunidas por vez primera en 1574—, de cuya aceptación y difusión europea dan cuenta las versiones que de ella se realizaron al latín, francés, inglés, italiano y holandés. Un texto que supondría el inicio de una nueva era para la materia médica: en él encontró cabida toda una serie de sustancias nuevas traídas de América que cambiarían en buena medida el panorama terapéutico existente.[2]

Cabría pensar que este elenco de autores y obras señalados —que nos ocuparía páginas y páginas si tuviéramos que ser exhaustivos— tendría su correspondencia en una excelente asistencia médica: nada más lejos de la realidad, pues la práctica médica del momento se movía en un plano un poco distinto del de las grandes figuras de la medicina y bastante alejado de ellas. Estaba en manos de todo un mundo de personas con diferentes formaciones y cometidos, que conseguían con sus intervenciones resultados dispares. Junto a los médicos —pocos— en posesión del título universitario, ejercían los cirujanos, que contaban con una autorización concedida por el Protomedicato para desempeñar una actividad restringida al ámbito quirúrgico, así como los prácticos reconocidos o tolerados —barberos o sangradores—, también con unas tareas bien delimitadas y controladas. Además de los anteriores, todavía existían otros dos grupos de sanadores que desempeñaron sus quehaceres de forma bastante extendida —y, en algunas zonas, casi con exclusividad—: de un lado, empíricos especializados en cometidos terapéuticos concretos, generalmente prácticas quirúrgicas; y, de otro, personas cuya actividad quedaba claramente inmersa en el oscuro mundo de la superstición. Entre los primeros, cabe destacar a los algebristas, encargados de las prácticas traumatológicas o *álgebra,* es decir, lo que Covarrubias definía como el «arte de concertar los huesos desencajados y quebrados»; los hernistas, que reducían las hernias; los sacadores de piedra o litotomistas; los batidores de cataratas; los sacamuelas; las parteras, también llamadas comadres o madrinas... Entre los segundos —los practicantes de la llamada medicina hechiceril—, que unían a los remedios farmacológicos y prácticas manuales ritos hechiceriles diversos, se encontraban las desaojaderas o deshechizadoras, encargadas de curar a los maleficiados por el tan frecuente «mal de ojo», también conocido como «aojamiento» o «fascinación».[3] Por su parte, los conjuradores y nigrománticos intentaban devolver la salud a los endemoniados y maleficiados. Dado que la posesión demoníaca era aceptada por toda la sociedad, la Iglesia intervino en estas prácticas promoviendo la actuación de religiosos conjuradores o exorcistas. Pero como los nigrománticos practicaban estos excorcismos sin ser miembros de la Iglesia, sus actuaciones fueron duramente perseguidas. Los ensalmadores curaban con ensalmos u oraciones —bien como única terapia, bien aplicando conjuntamente otros remedios— sobre todo las llagas, heridas, tumores o apostemas, mientras que los saludadores o santiguadores, que eran hombres dotados de un supuesto poder sobrehumano no derivado del pacto diabólico, trataban determinadas enfermedades, especialmente la rabia, mediante la saliva o el hálito de su boca. Un poder éste que sólo podían tener los nacidos en noche de Navidad o Viernes Santo y que fueran además el séptimo hijo de un matrimonio que hubiese tenido únicamente hijos varones...

Cuadro 1: Sanadores en la España renacentista y barroca

Médicos
Cirujanos
Barberos o sangradores
Empíricos: algebristas, hernistas, litotomistas, batidores de cataratas, sacamuelas, parteras...
Medicina hechiceril: desaojaderas, conjuradores, ensalmadores, saludadores...

Las razones de la pervivencia de esta medicina, la empírica y la creencial, tanto en el medio rural como en el urbano fueron varias y de índole diversa. Por un lado, la escasez de profesionales titulados, que dejaban sin asistencia a un amplio grupo de la sociedad, a lo que se sumaba la ineficacia de la medicina «oficial» en el tratamiento de muchas enfermedades. Por otro, la resistencia de los cirujanos a realizar determinadas prácticas quirúrgicas, con lo que las dejaban en manos de otras personas, muchas de las cuáles poseían una habilidad innegable para llevarlas a cabo, así como unos indudables conocimientos, lo que solía convertir en muy valiosa su intervención. A los factores anteriores habría que añadir la credulidad de amplios sectores de la población y la aceptación de una posible intervención sobrehumana, divina o diabólica, en la motivación de varias enfermedades. Por más que nos pueda sorprender, en estos casos eran los propios médicos —médicos del prestigio de Gaspar Bravo de Sobremonte o Gaspar Caldera de Heredia— quienes aconsejaban la intervención de brujos o hechiceros, lo que explica la difusión de prácticas médicas supersticiosas entre las clases más elevadas de la sociedad, incluída la realeza. Pondremos sólo un par de ejemplos: en 1696, la madre del rey Carlos II, doña Mariana de Austria, manda llamar a un conocido saludador manchego para que la cure de un zaratán diagnosticado de incurable por los médicos de la corte. Por su parte, la asunción de todo este mundo de sanadores por parte de amplísimas capas de la sociedad queda patente también en la recomendación que el médico toledano Antonio Trilla Muñoz les hace a sus colegas en 1677:

> No tengas pendencias, ni desazones con boticarios, cirujanos, sangradores, potreros, algebristas, destiladores,

> montabancos, garlatores, balsamoros, comadres, desaojaderas, ni otros; porque no has de remediar nada y te han de deshonrar y quitar el crédito; ellos no se han de enmendar ni la justicia ha de hazer viva diligencia, porque ellos son los primeros que los llaman, los aplauden y regalan y darán pie a la conversación contra ti...[4]

2. El libro médico

Para los componentes de ese abigarrado mundo de sanadores que hemos esbozado, se elaboraron a lo largo del periodo que nos ocupa muy diferentes clases de obras. Al menos, para algunos de ellos. Sus necesidades eran distintas, como lo era también su formación. Algo que determinó la existencia de varios tipos de texto, así como los usos lingüísticos recogidos en ellos.

El mundo de los médicos universitarios estuvo, en buena medida, volcado hacia la medicina clásica y dominado por la lengua latina. En el segundo tercio del siglo XVI comienza en España el proceso de realizar versiones, en su mayoría comentadas, de las obras y autores más importantes de la medicina griega y greco-bizantina: *Corpus Hippocraticum,* Galeno, Dioscórides, Plinio, Aristóteles, Aecio, Pablo de Egina... Por más que la utilidad inicial de la imprenta —surgida, como se sabe, a mediados del siglo XV— fuera la tirada cuantiosa de naipes o libros sagrados, sirvió también para exhumar textos científicos clásicos, desconocidos hasta entonces en la totalidad de su contenido original. En contra de una idea bastante generalizada según la cual la tipografía sirvió exclusivamente a la moderna revolución del saber en contra de la medieval «oscuridad» manuscrita, la imprenta de los primeros tiempos publicó textos clásicos y medievales mucho más que obras de nuevos creadores: durante la segunda mitad del siglo XV y todo el XVI, parece como si se hubiera desarrollado un verdadero programa de edición de lo mas granado de los saberes clásicos, de acuerdo con la curiosidad enciclopédica propia del Renacimiento y con un redivivo interés de los círculos académicos por mantener en vigor las enseñanzas de los maestros medievales. Sirvan como ejemplo las ediciones renacentistas de la obra *Medicationis Parabolae,* de Arnaldo de Villanova, redactada por el maestro al filo de 1300, de la que la *editio princeps* aparece en Salamanca en 1501. De ella se hicieron 15 ediciones diferentes y 4 comentarios a lo largo del siglo XVI.

Esas ediciones y versiones renacentistas a que nos estamos refiriendo corrieron a cargo, básicamente, de médicos que no sólo conocían y respetaban la lengua latina, sino también la griega: los representantes de lo que se conoce con el nombre de «humanismo médico», movimiento cultural que perseguía el conocimiento de la medicina antigua a través de sus fuentes originales. Sus integrantes tenían un buen manejo de las lenguas clásicas, lo que les permitía acceder directamente a aquellas fuentes, así como una clara conciencia de que ésa era la vía para llegar al conocimiento verdadero. En este sentido, algunos médicos humanistas, como Andrés Laguna o Francisco Vallés, llevaron a cabo una tarea de revisión y traducción de textos clásicos con la única finalidad de rehacer su contenido y estilo originales. Además de esa tarea de depuración y comentario de los textos antiguos, hubo otros médicos —como Luis Mercado, en su copiosa obra escrita, recogida en los cuatro volúmenes que componen su *Opera Omnia* (1594-1613)— preocupados por ofrecer una exposición sistemática del saber médico hipocrático-galénico en forma de verdaderos tratados sintetizadores del saber médico tradicional.[5] La lengua de elección para la mayoría de estas obras, la de la producción explícitamente dedicada a los médicos con título universitario, fue la latina; una lengua, como es sabido, fuertemente ayudada por la Iglesia y que, con sus más y sus menos, se mantenía en el mundo universitario, por lo que, en principio, todos los médicos que habían pasado por la institución debían conocerla, aunque ese conocimiento —como se ha señalado en varias ocasiones—, no siempre fuera óptimo.[6]

Frente a esta medicina renacentista volcada a las lenguas clásicas, existió otra que se encuadra en un movimiento general dirigido hacia las diversas lenguas vernáculas, apoyadas desde el poder temporal como instrumento político y ayuda para las unificaciones nacionales. Ya antes del Renacimiento habían aparecido en España tempranas obras médicas en lenguas romances, cuya presencia se iría reforzando a medida que avanzaba el siglo XVI y, más aún, el XVII, pero no sin que el latín presentara batalla, puesto que unas y otras lenguas servían a intereses diferentes. Así, el mantenimiento del latín como instrumento de expresión científica se razonaba con argumentos como el de su universalidad o el de contar con unas posibilidades terminológicas que no poseían las lenguas vulgares. Razones nada banales que encubrían otras aún más importantes: puesto que los textos latinos, escritos en una lengua *ficticiamente* universal, no estaban al alcance de casi nadie, impedían la democratización del saber. Esto suponía un seguro contra la intromisión de cualquiera en el reducido grupo de los instruidos universitariamente, como servía también en la lucha contra el intrusismo profesional. Porque, por otro lado, si el número de alfabetizados iba poco a poco aumentando, no sucedía lo mismo con el de los que manejaban las lenguas clásicas, por lo que el acceso al conocimiento de la mayoría de las personas sólo podía realizarse a través del vulgar.[7] Los médicos universitarios eran absolutamente conscientes de todo esto: la lengua de la medicina *era* el latín, y sólo en circunstancias muy especiales se podía romancear para permitir el acceso a unos conocimientos muy concretos a determinadas personas. Para ilustrar esta situación, encontramos un buen ejemplo en la producción de Luis Mercado, una de las figuras más destacadas de la medicina de la época y absolutamente convencido de lo que acabamos de decir: compuso toda su obra en el idioma universitario, excepto un libro sobre la peste —previamente publicado en latín—, y un tratado para los algebristas, escrito por encargo real.[8] En el prólogo de este último, aclara que:

> la necesidad obliga a escoger del mal lo menos, acomodando el lenguaje y estilo a la traça y ingenio de los que siguen esta parte de Algebra, dexando para los doctos y sabios Medicos, la decision de questiones y dificultades, y la interpretacion de lugares obscuros y dificultosos [...].[9]

No fue ajeno, tampoco, a este panorama, el papel ambivalente desempeñado por la imprenta.[10] Su desarrollo permitió la producción de libros a un precio más moderado y a una relativamente mayor velocidad. Este hecho, junto a la disminución progresiva de los formatos gracias a la introducción de la letra itálica, propició que, en conjunto, los libros fueran más asequibles para mayor número de personas. El funcionamiento económico de la imprenta entrañaba igualmente la búsqueda de nuevos mercados, de un público más amplio, lo que influyó, sin duda, en la puesta en marcha de muchas ediciones vernaculares.[11] Por otro lado, y a pesar de lo anterior, es innegable el gran apoyo que supuso para el latín la aparición de la imprenta, pues los impresores, buscando hacer rentables sus inversiones en libros, encontraban en las grandes ferias internacionales lugares idóneos para dar salida a obras impresas en diferentes países, pero escritas en latín.[12] En cualquier caso, dados los niveles de analfabetismo y pobreza de la inmensa mayoría de la población, el público fundamental, tanto para los libros en latín como en vernáculo, fue el proporcionado por el ascenso de la burguesía, ligado al ocaso de la Edad Media. Un grupo social, dueño de nuevos sectores económicos y comerciales, que marcaba sus diferencias con los otros grupos mediante una mayor atención a la cultura, de la que el mejor representante era el libro, también el de contenido científico.

Fuera como fuere, a lo largo del XVI se multiplican las ediciones de los textos médicos más importantes de nuestros autores renacentistas en unas lenguas y en otras: la *Historia de la composición del cuerpo humano,* de Juan Valverde de Hamusco, publicada inicialmente en Roma en 1556, alcanzó nada menos que diez ediciones hasta 1589, y seis ediciones más durante las dos décadas siguientes, en distintas versiones en español, italiano, latín y holandés. Varias reimpresiones y reediciones consiguieron igualmente las obras de Juan Huarte de San Juan o de Nicolás Monardes, por ejemplo. Las prensas de París, Venecia, Amberes, Roma... editan libros de autores españoles, hecho que nos habla de la intensa difusión de nuestra medicina, pero que lo hace también de la dificultad para publicar en estas tierras: muchos de los impresores asentados aquí no eran más que meros administradores de editoriales europeas que operaban en España y sólo en contadas ocasiones se atrevían a contraer responsabilidades editoriales.

El dinamismo que proyectó sobre la vida intelectual científica la aparición de la imprenta trajo como consecuencia inmediata el desarrollo de las bibliotecas privadas. Entre ellas, cabe destacar las de los médicos, pues hay datos que indican que, para las publicaciones científicas, fueron los compradores más ávidos, de forma que en sus manos estuvo cerca del 70% de los libros de ciencia en el siglo XVI, llegando hasta el 85% en el siglo siguiente.[13] Por otro lado, se puede decir que es justamente el libro el mejor símbolo de la medicina del momento. Ni las famosas vasijas para la observación de la orina ni ninguna alegoría sobre el cuerpo humano se utilizan tanto para acompañar al retrato de los profesionales médicos: el libro aparece siempre en sus manos dejando constancia del carácter fundamentalmente teórico de aquella medicina.

3. Latín frente a vulgar

Como hemos adelantado en el apartado anterior, el latín fue la lengua más importante para la comunicación entre los médicos universitarios y la transmisión de la medicina en los círculos académicos hasta bien entrado el siglo XVII. Sin embargo, en todo ese periodo —ya lo decíamos también—, hubo otras obras, relacionadas con la medicina, pero escritas en lenguas vernáculas. De hecho, a medida que se avanza en el tiempo, cada vez son más frecuentes estas últimas. Los datos lo confirman así; como confirman también que, igual que no se usó del latín y del romance del mismo modo en todas las áreas del saber, tampoco, dentro de cada una de ellas se utilizaron de manera uniforme.[14]

El análisis de las obras médicas publicadas en España hasta 1600 nos muestra un valor global del 52% para las que se editaron en latín.[15] Pero, si en vez de considerarlas en conjunto, las distribuimos en apartados temáticos, veremos claramente que la pujanza del latín no fué la misma en todos esos apartados. Sin demasiada violencia podemos establecer cinco bloques: en primer lugar, el integrado por los textos centrados en los «Fundamentos de la medicina», es decir, sus bases conceptuales y teóricas. Un segundo bloque, dedicado a las «Fiebres y pestilencias», dada la importancia que los tratados sobre ellas tuvieron durante el periodo estudiado, especialmente por el crecimiento de las obras sobre la sífilis y los opúsculos donde se difundían medidas o recomendaciones preventivas contra la peste. Seguirían dos grupos con los textos relacionados con el tratamiento de la enfermedad —el llamado «Terapéutica» y el llamado «Cirugía»—. Y, por último, el de «Regímenes», donde estarían los trabajos orientados hacia la búsqueda y el mantenimiento de la salud.[16]

Cuadro 2: Distribución latín/lenguas vernáculas de las obras de medicina (1475-1600)

	Latín	Lenguas vernáculas	Total
Fundamentos	216	52	268
Terapéutica	35	64	99
Fiebres y pestilencias	32	53	85
Cirugía	4	64	68
Regímenes	1	31	32
Total	288	264	552

Resulta interesante comparar la cifra media global de obras publicadas en lenguas vernáculas (48%) con las de los distintos apartados: desde los contundentes 97% y 94% de «Regímenes» y «Cirugía», respectivamente, al pobre 19% del bloque «Fundamentos de la medicina», pasando por el 62% de «Fiebres y pestilencias» y el 65% de «Terapéutica». Estos porcentajes nos permiten comprender que la utilización del vulgar estuvo

estrechamente relacionada con el contenido de la obra y su destinatario: prima absolutamente en los regímenes de salud, dirigidos a los miembros de las capas altas de la sociedad, así como en los tratados para cirujanos, sangradores, algebristas o comadres, encargados todos ellos, como hemos señalado, de una parte fundamental de la práctica sanadora, pero sin formación universitaria y desconocedores del latín. Por la misma razón, las lenguas vulgares son frecuentes en las obras de contenido terapéutico, pues a los prácticos anteriores se añadían los boticarios, que carecían igualmente de formación universitaria; por otra parte, no eran pocas las personas que trataban de curarse a sí mismas, a la vista de la precariedad de la situación sanitaria, especialmente en el ámbito rural. Del mismo modo, se recurría al romance en las instrucciones para preservarse de algunas enfermedades infecciosas o para seguir en tiempos de epidemia, sobre todo de peste. De esta manera se ponían las recomendaciones preventivas o las medidas terapéuticas al alcance de las autoridades y dirigentes de los pueblos y ciudades.[17]

Los resultados anteriores nos permiten concluir que la utilización del romance en los textos relacionados con la medicina no fue el resultado de una planificación deliberada, sino de una necesidad impuesta por la realidad. Había dos razones fundamentales para romancear la medicina, al margen de las posibles compensaciones sociales, políticas o de otro tipo para hacerlo: por un lado, permitir que accedieran a unos conocimientos muy concretos personas desconocedoras del latín, pero necesitadas de instruirse por sus cometidos profesionales. A este grupo pertenecerían obras concebidas con una intención instructiva; es decir, destinadas a la formación de cirujanos, sangradores, algebristas, comadres, boticarios, etc. Por otro lado, la segunda gran razón a que nos estamos refiriendo sería la divulgación de determinadas pautas de conducta entre los profanos. Aquí tendrían cabida tanto los regímenes sanitarios como los tratados sobre enfermedades «cortesanas» y las normas para preservar la salud en periodos epidémicos, dirigidos a los nobles, a una incipiente burguesía acomodada o bien a las autoridades civiles y eclesiásticas de las distintas poblaciones, para adiestrarlos sobre cómo actuar en los periodos sanitariamente comprometidos. Público, como decimos, no versado en asuntos médicos, pero culto; sin relación alguna con la práctica médica en ninguno de sus niveles, pero con posibilidad de dictar órdenes o de influir en los comportamientos de la población.[18] En el siglo XVI, por tanto, en el ámbito de la medicina, el castellano es lengua de saberes prácticos y lengua de divulgación, pero no es todavía una lengua importante de intercambio científico entre los especialistas. Habrá que esperar hasta el siglo XVII, e incluso hasta el XVIII, para asistir al resquebrajamiento definitivo del uso del latín como lengua «reducto» de los médicos universitarios.

4. El uso del romance: preferencias lingüísticas y soluciones terminológicas

Hasta aquí hemos justificado la utilización del vulgar en las obras que nos ocupan como resultado del carácter práctico, aplicado, de su contenido y por el público a que tales obras iban dirigidas. Pero habría que contar, además, con los autores, sus convicciones y sus intereses. En este sentido, no resulta ocioso señalar que muchos de aquellos autores, cuando se decidían por escribir medicina en vulgar, encontraban una pérdida de estima, cuando no una férrea oposición, por parte de sus colegas. De ahí que se vieran en la obligación de ofrecer diferentes explicaciones por su comportamiento y se sirvieran de argumentos exculpatorios, como el del tópico de la obediencia a un superior —que era quien les habría ordenado la ejecución de la obra, con lo que su responsabilidad quedaba a salvo—, a la vez que prometían escribir futuros trabajos en latín.[19]

¿Por qué, entonces, se empeñaban en emplear la lengua vernácula? Sus motivos para hacerlo fueron diversos, como nos los explican muchos de ellos en los prólogos de sus obras: algunos, como Dionisio Daza o Luis Lobera, por ejemplo, argumentan que si los filósofos y médicos de la Antigüedad usaban su propia lengua *vulgar* para expresar sus conocimientos, no encuentran razón alguna para no poder hacer lo mismo;[20] otros muestran un cierto empacho del latín y los problemas y dificultades que su uso conlleva. En este sentido, Bernardino Montaña hace público su descontento por el tiempo que pierden los médicos del momento en disquisiciones lingüísticas, lo que les roba dedicación para emplearse realmente en aprender medicina.[21] Por su parte, Juan Valverde, quien dedica su trabajo a los cirujanos, abocados por su ignorancia del latín a no poder acceder a ninguna obra de contenido anatómico, manifiesta en la dedicatoria de su libro que, al existir muchos tratados anatómicos en latín, no le parece necesario que haya más...[22]

En cualquier caso, al margen de las convicciones de cada autor, lo que está claro es que todos ellos necesitaban un importante apoyo económico para que las obras llegaran a buen puerto. Ese *mecenazgo* necesario lo ejercían en general los miembros de la nobleza o del clero alto, con lo que adquirían una función muy importante en la orientación de la actividad traductora y editorial.[23] Por otra parte, también hay que contar con que los artífices de estos textos no siempre fueron médicos universitarios. Así, a lo largo del XVI, algunos profesionales que cultivaban diversos aspectos prácticos de la ciencia acariciaban el sueño de conseguir para sí y para sus trabajos un mayor reconocimiento social e intelectual, lo que entronca a la perfección con ese respeto por los conocimientos prácticos tan característico del Renacimiento. Eran «practicones» que escribían en vernáculo y osaban desafiar al monopolio de la *scientia,* hasta entonces representada por el latín y por sus adalides universitarios.[24]

Cuadro 3: Distribución, por lenguas, de las obras españolas de medicina publicadas (1475-1600)

Castellano	221
Italiano	18
Catalán	11
Inglés	8
Alemán	3
Francés	2
Holandés	1

En cuanto a cuáles eran las lenguas vernáculas en que nuestros autores publicaban sus obras, indiscutiblemente, la más utilizada fue el castellano, presente en el 84% de los casos. De los textos publicados en esta lengua, el 16% fueron resultado de la traducción desde otras lenguas, especialmente, el latín.

El fenómeno de la traducción es el que explica que no fuera el catalán, como hubiera cabido esperar, la segunda lengua más utilizada —tan solo un 4%—, sino el italiano —con un 7%—. La importancia de Italia como centro cultural en el Cuatrocientos y el Quinientos se manifestó también en el área científica: fue necesario traducir a la lengua toscana, antes que a ninguna otra, algunas de las obras compuestas en castellano, en aras de su difusión. A esto se añade el hecho de que a lo largo del XVI, como es sabido, el interés del negocio editorial por la lengua catalana fue declinando.[25]

A propósito de las traducciones, los datos muestran que si en los primeros años del periodo considerado —hasta 1515— todas las que se realizaron tenían como lengua fuente el latín, estas versiones fueron desapareciendo a medida que avanzaba el siglo XVI, que es precisamente cuando surgieron las primeras llevadas a cabo desde otras lenguas, fundamentalmente el italiano. De forma paralela, se empieza a traducir desde el castellano hacia lenguas como el italiano o el alemán, y aumenta de forma considerable el número de estas traducciones en las décadas finales del XVI, que es cuando, por otra parte, se producen las primeras traducciones del castellano al latín. Estos datos nos hablan de cómo a lo largo de ese siglo las diferentes lenguas vulgares van consolidando su categoría de lenguas aptas para la expresión de la ciencia, condición que al final de la centuria está plenamente afianzada. Sin embargo, junto a ellas permanece todavía el latín y no como una lengua más, pues, aunque a finales del Quinientos hace tiempo que no es ya la lengua «única» de la ciencia, todavía no ha dejado de ser la lengua «universal» de la ciencia. Sólo ahí puede encontrarse la razón de las traducciones que se realizan al latín de diferentes textos compuestos en vernáculo.

Los autores de textos médicos en romance no sólo se enfrentaban a la oposición por parte de muchos de sus colegas a la que ya hemos aludido, sino que lo hacían también a importantes problemas terminológicos cuando trataban de expresar en vulgar el conocimiento científico, abandonando el arropamiento del latín. Ante esas dificultades, cada autor optó por la solución que le pareció más conveniente, muy en relación con la formación de cada uno, sus motivaciones y aun sus convicciones personales, lo que originó que, en estos textos médicos escritos en lenguas vernáculas, hubiera cierta confusión terminológica e incluso discrepancias entre unos y otros autores. Citaremos solamente a los dos médicos que mejor ejemplifican lo que estamos diciendo, pues sus actuaciones representan los dos polos opuestos de las soluciones terminológicas posibles, polos entre los que se podría colocar el resto de los comportamientos adoptados por otros autores: en un extremo, Andrés Laguna,[26] preocupado sobre todo por el texto clásico original de la *Materia médica,* de Dioscórides, que iba a comentar y traducir, trató de mejorar con su trabajo las versiones y traducciones realizadas con anterioridad. Para ello, utilizó y cotejó gran número de manuscritos y consiguió restituir numerosos pasajes hasta entonces erróneamente interpretados. De hecho, antes de llevar a cabo su traducción castellana, realizó un trabajo típico de erudición humanista, consistente en establecer el texto sobre el que realizar la traducción mediante la colación rigurosa de todos los testimonios griegos y latinos que pudo reunir.[27] Lingüísticamente hablando, se inclinó por adaptar la terminología clásica al castellano, evitando siempre que pudo la tecnificación del lenguaje vulgar; de esta forma, introdujo o generalizó el uso en nuestra lengua de muchos cultismos, como *acetabulo, cacochimia, celiaco, clyster, fluxión* o *hepático,* por ejemplo. Es decir, su opción fue claramente la de la *castellanización.*

En el otro extremo, Juan Valverde de Hamusco,[28] más pendiente de acercar la nueva anatomía vesaliana a los practicantes de la cirugía, apuesta por la *terminologización,* es decir, por el uso de palabras provenientes del lenguaje vulgar, a las que por diversos procedimientos trata de elevar al rango de tecnicismos; vocablos como *agallas, almendras, molleja, morzillos* o *ternilla,* pertenecientes a la lengua popular y de aspecto muy distinto al de sus sinónimos cultos latinos o griegos. Adoptó también el uso de las perífrasis explicativas para favorecer la comprensión, así como el recurso a los números como símbolos indicativos del orden.[29] Valverde se enfrentó valientemente al reto que suponía acometer la redacción de una *Anatomía* moderna en lengua vulgar y salió airoso del desafío, como sólo podría hacerlo un estupendo conocedor de la materia objeto de su trabajo a la vez que excelente cultivador de su lengua materna. Algo que, sin embargo, le perjudicaría en el trato recibido en los siglos posteriores.[30]

* * *

Como lo hemos tratado de mostrar, la realidad de la práctica médica en el periodo que hemos estudiado determinó la existencia de diferentes tipos de obras y de los distintos usos lingüísticos empleados en ellas; una realidad dominada por la heterogeneidad de sus miembros y en la que, ya desde el periodo medieval, habían aparecido parcelas en las que sólo era posible el intercambio de conocimiento por medio de las lenguas vernáculas. Esta situación se mantendría y desarrollaría todavía más a lo largo del Renacimiento y del Barroco, de forma que, cuando se publica el *Quijote,* coexistían al menos tres lenguajes para la medicina, como fiel reflejo de esa pluralidad de que hablamos: el latín de la medicina universitaria, que, como sabemos, iría poco a poco perdiéndose a lo largo del Seiscientos; el castellano médico vulgar —la apuesta de Juan Valverde—, que no tendría en el futuro éxito alguno, salvo en el discurso médico popular. Y un castellano médico «intermedio» que comienza a especializarse y que supone el punto de partida del lenguaje médico actual, formado en buena medida por términos romanceados procedentes del latín e incluso introducidos directamente desde el griego. A la larga, esto permitiría la elaboración de un discurso médico *aparentemente* en castellano, pero tan alejado del castellano común como en su día lo estuvo el discurso médico latino: un castellano especializado, latinizado

y grecizado que, nuevamente, sólo llegarían a entender los médicos universitarios.

Notas

1. Se suele invocar la famosa Pragmática de Felipe II, publicada en 1559, que prohibía a los españoles estudiar en el extranjero, como uno de los factores desencadenantes del declive de la ciencia española, que siguió a lo que había sido un prometedor siglo XVI. Entre otros muchos factores involucrados, estarían la quiebra económica, el anquilosamiento y conservadurismo de la institución universitaria, la censura inquisitorial... Este asunto dio lugar en su momento a la conocida «polémica de la ciencia española», en la que ahora no podemos entrar. Sobre ello, véanse por ejemplo, los resúmenes que hacen López Piñero, J. M. (1979), o Vernet, J. (1975).
2. Es imposible, y tampoco es ése nuestro objetivo, dar cuenta aquí de todos los autores médicos que desarrollaron su labor en la España del XVI. Véase, al respecto, Sánchez Granjel, L. (1980).
3. Era creencia generalizada que la mirada capaz de «aojar» podía provocar los más diversos trastornos orgánicos: desde detener el curso de la sangre hasta cortar el flujo de la leche en madres lactantes o aniquilar las fuerzas de la víctima hasta producir en ellas la muerte por consunción. El remedio para la «fascinación» era exclusivamente mágico, y para preservarse de ella se generalizó en España el uso de unos amuletos llamados *higas,* pequeñas manecitas hechas con diversos materiales, en forma de puño cerrado con el dedo pulgar asomando, aprisionado entre los dedos índice y medio.
4. Para ampliar información sobre estos asuntos, véanse García Ballester, L. (1985); Muñoz Garrido, R. (1967); Murgas, R. (1998), o Sánchez Granjel, L. (1978) y (1980).
5. Véanse Sánchez-Granjel Santander, L. y Sánchez-Granjel Santander, M. (1980), págs. 36-38.
6. El conocimiento del latín cada vez es menor, y disminuye el número de quienes lo pueden leer y, sobre todo, de quienes pueden escribirlo, de tal forma, que, en la segunda mitad del siglo XVI, ya se aconseja no utilizar el latín, porque destruye la latinidad.
7. Gutiérrez Rodilla, B. M. (1998), pág. 66.
8. Mercado, L. (1599a y 1599b).
9. Mercado, L. (1599a), prólogo «Al lector», s. p.
10. Para las repercusiones que tuvo la aparición de la imprenta en lo que a la difusión del conocimiento científico se refiere, véase por ejemplo, Eisenstein, E. (1990).
11. Antonia Carré nos ha brindado recientemente, a propósito de las ediciones y versiones renacentistas y barrocas del *Liber de homine* y sus traducciones catalana y castellana, un interesantísimo análisis sobre el mecenazgo de la producción de obras, originales y traducidas y sobre los traductores y su oficio, pero, especialmente, sobre el negocio editorial y los cambios que podía sufrir un texto para conseguir mayor popularidad, que se traduciría en aumento del número de ventas, o para eludir la acción de la censura, por ejemplo. Unos cambios que podían afectar al título de la obra, a su contenido, a su estructura e incluso al nombre de su autor, cambiándolo por otro más conveniente o silenciándolo, por las razones que fuere... (Véase Carré, A. (2004), págs. 46-60).
12. Así se explican las ediciones de Frankfurt, Lyon, Bolonia o Colonia de autores españoles o portugueses que escriben en latín. Véanse Escolar Sobrino, H. (1984), págs. 306 y sigs., o Sarriá Rueda, A. (1994).
13. Son las conclusiones que extrae A. Rojo, a partir de sus estudios sobre las bibliotecas de la ciudad de Valladolid. (Véase Rojo Vega, A. [1989], pág. 46 y sigs.). Sobre estos asuntos, véase también Riera, J. (1989).
14. Véanse los datos que proporciona López Piñero para los diferentes ámbitos de la ciencia en el periodo de 1475 a 1601 (López Piñero, J. M. [1979], pág. 139).
15. Sobre cómo llevamos a cabo el recuento de éstas, véase Gutiérrez Rodilla, B. M. (2001) y Gutiérrez Rodilla, B. M., y Chabás, J. (2002).
16. El apartado «Terapéutica» es muy heterogéneo, pues en él la variedad temática y expositiva es la norma: tratados sobre plantas que se traen de las Indias Orientales y Occidentales, antidotarios y recetarios, instrucciones para los boticarios e incluso aplicaciones terapéuticas del agua y de la nieve... Por su parte, en el apartado «Cirugía», además de los tratados propiamente de cirugía, estarían los de anatomía, los de urología y las obras destinadas a los barberos, sangradores y comadres, pues los cometidos de estos sanadores eran de índole quirúrgica.
17. Véanse Gutiérrez Rodilla, B. M. (2001), y Gutiérrez Rodilla, B. M., y Chabás, J. (2002).
18. Es la misma situación que se constata para países de nuestro entorno; véanse, por ejemplo, para el caso de Francia, Sournia, J. -CH. (1997), pág. 31, y para el de la Inglaterra del XVI, Slack, P. (1979).
19. Montero Cartelle, E. (1989), pág. 35. Véase también Martín Ferreira, A. I. (1995), pág. 174**.**
20. Daza Chacón, D. (1582) y Lobera de Ávila, L. (1551).
21. Montaña de Monserrate, B. (1551).
22. Valverde de Hamusco, J. (1556).
23. Quizá el ejemplo más claro sea el de los regímenes de sanidad, destinados a los miembros de los grupos sociales más privilegiados, que constituye, como hemos visto, un género importantísimo en la literatura médica en vulgar del periodo estudiado.
24. Véase, a este respecto, Rossi, P. (1962).
25. Véase al respecto, Peña Díez, M. (1996), especialmente, pág. 287 y sigs.
26. Véase Laguna, A. (1555).
27. Sánchez Granjel, L. (1971), y González Manjarrés, M. A. (2000).
28. Valverde de Hamusco, J. (1556).
29. Véase Valle-Inclán, C. de (1949).
30. Véase, a este respecto, Barona Vilar, J. L. (1993), págs. 176-178. La misma solución de Valverde fue la que adoptó, por ejemplo, Durero en Alemania, en su obra de geometría *Underweysung der messung*..., publicada en 1525, especialmente para transmitir a los artistas y artesanos los conocimientos matemáticos a los que de otra forma no podrían acceder. Igual que Valverde, toma palabras del lenguaje común y, mediante la analogía, las utiliza en un sentido especializado: *línea tortuosa, línea serpentina, línea en caracol*... No duda, tampoco, en retomar ciertas expresiones usuales en los talleres, como *luna nueva* o *creciente* o *vejiga de pescado,* con el fin fundamental de hacerse comprender mejor. Pero, a pesar de tantos esfuerzos, parece que su trabajo no tuvo mucho éxito (*Véase* Pfeiffer, J. [1996]).

Bibliografía

Barona Vilar, J. L. (1993): *Sobre medicina y filosofía natural en el Renacimiento*. Valencia: Seminari d'Estudis sobre la Ciència.

Blair, A. (1996): «La persistence du latin comme langue de science à la fin de la Renaissance». En: Chartier, R., y Corsi, P.: *Sciences et langues en Europe*. Paris: EHESS: 21-42.

Carré, A. (2004): Girolamo Manfredi: *Quesits o perquens (Regimen de sanitat i tractat de fisiognomonia)*. Edición crítica. Barcelona: Barcino.

Daza Chacón, D. (1582): *Pratica y Theorica de Cirugia en Romance y Latin*. Valladolid: B. de Sancto Domingo.

Eisenstein, E. (1990): «La invención de la Imprenta y la difusión del conocimiento científico». En: Ordóñez, J., y Elena, A. (comps.): *La ciencia y su público*. Madrid: CSIC: 1-42.

Escolar Sobrino, H. (1984): *Historia del libro*. Madrid: Pirámide.

García Ballester, L. (1985): «Empiricism versus Academicism in Practical Medicine in Sixteenth-Century Spain». En: Wear, A., French, R. K., y Lonie, I. A. (eds.): *The Medical Renaissance of the Sixteenth Century*. Cambridge: Cambridge University: 246-270.

González Manjarrés, M. A. (2000): *Andrés Laguna y el humanismo médico*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Gutiérrez Rodilla, B. M. (1998): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Barcelona: Península.

Gutiérrez Rodilla B. M. (2001): «Los textos médicos romances en el Renacimiento castellano». En: García Hourcade, J. L., y Moreno Yuste, J. M. (coords.): *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa Renacentista*. Valladolid: Junta de Castilla y León: 529-538.

Gutiérrez Rodilla B. M., y Chabás, J. (2002): «El lenguaje científico en los primeros impresos de carácter astronómico y médico en castellano». En: *Translating Science. Proceedings 2nd. International Conference on Specialized Translation*. Barcelona: UPF: 239-250.

Laguna, A. (1555): *Pedacio Dioscorides Anazarbeo...* Amberes: J. Latio.

Lobera de Ávila, L. (1551): *Libro del regimiento de la salud...* Valladolid: S. Martínez.

López Piñero, J. M. (1979): *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Labor.

Martín Ferreira, A. I. (1995): *El Humanismo Médico en la Universidad de Alcalá (Siglo XVI)*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

Mercado, L. (1599a): *Instituciones que su Magestad mando hazer... para el aprovechamiento y examen de los Algebristas*. Madrid: P. Madrigal.

Mercado, L. (1599b): *Libro en que se trata con claridad la naturaleza, causas, providencia, y verdadera orden y modo de curar la enfermedad vulgar, y peste...* Madrid: Imp. del Ldo. Castro.

Montaña de Monserrate, B. (1551): *Libro de la anathomia del hombre...* Valladolid: S. Martínez.

Montero Cartelle, E. (1989): «El humanismo médico en el Renacimiento Castellano (s. XVI)». En: *Ciencia, medicina y sociedad en el Renacimiento Castellano*. Valladolid: ICE, Universidad de Valladolid: 19-38.

Muñoz Garrido, R. (1967): «Empíricos sanitarios españoles de los siglos XVI y XVII», *Cuadernos de historia de la medicina española,* 6: 101-133.

Murgas, R. (1998): «Medicina y legislación en la España del siglo XVII», *Revista Médico-Legal,* 4 (1) (<www.medicolegal.com>).

Pardo Tomas, J. (1991): *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC.

Pfeiffer, J. (1996): «La création d'une langue mathématique allemande par Albrecht Dürer, la raison de sa non réception». En: Chartier, R., y Corsi, P.: *Sciences et langues en Europe*. París: EHESS: 79-93.

Peña Díez, M. (1996): *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas (Barcelona, 1473-1600)*. Lérida: Milenio.

Riera, J. (1989): «La literatura científica en el Renacimiento». En: *Ciencia, medicina y sociedad en el Renacimiento castellano*. Valladolid: ICE, Universidad de Valladolid: 5-17.

Rojo Vega, A. (1988): «Médicos y libros en el siglo XVI», *Medicina e Historia,* 25.

Rojo Vega, A. (1989): «Ciencia y censura inquisitorial en la España del siglo XVI». En: *Ciencia, medicina y sociedad en el Renacimiento castellano*. Valladolid: ICE, Universidad de Valladolid: 39-49.

Rossi, P. (1962): *I Filosofi e le Macchine*. Milán: G. Feltrinelli.

Sánchez Granjel, L. (1978): *La medicina española del siglo XVII*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Sánchez Granjel, L. (1980): *La medicina española renacentista*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Sánchez Granjel, L. (1971): «Vida y obra de Andrés Laguna». En: *Capítulos de la Medicina Española*. Salamanca: Instituto de Historia de la Medicina Española: 31-50.

Sánchez-Granjel Santander, L., y Sánchez-Granjel Santander, M. (1980): *El libro médico español renacentista*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Sarriá Rueda, A.(1994): «Los inicios de la imprenta». En: Escolar Sobrino, H. (dir.): *De los incunables al siglo XVIII*. Madrid: Pirámide.

Slack, P. (1979): «Mirrors of health and treasures of poor men: the uses of the vernacular medical literature of Tudor England». En: Webster, CH. (ed.): *Health, Medicine and Mortality in the sixteenth century*. Cambridge: Cambridge University: 237-273.

Sournia, J. -CH. (1997): *Langage médical français*. Toulouse: Privat-Éd. de Santé, 1997.

Valle-Inclán, C. de (1949): «El léxico anatómico de Bernardino Montaña de Monserrate y de Juan de Valverde», *Asclepio,* 1: 121-188.

Valverde de Hamusco, J. (1556): *Historia de la composición del cuerpo humano*. Roma: A. Salamanca y A. Lafrey.

Vernet, J. (1975): *Historia de la ciencia española*. Madrid: Instituto de España.

El Quijote y el conocimiento de lo humano*

Juan Ramón de la Fuente**

Resumen: La literatura no nació para dar respuestas, sino para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad a las múltiples vertientes de la condición humana. Las ficciones literarias como las que nos muestra el *Quijote* no son meras fabulaciones, sino más bien una realización para su autor y una experiencia plena para sus lectores; porque, por delirantes que parezcan, hunden sus raíces en lo más profundo de la experiencia humana. Lo angustiante que puede ser a veces nuestra vida real, es decir, nuestra angustia vital, se abre para vivir, imaginariamente, otras experiencias que la ficción vuelve nuestras. Porque la vida real nunca ha sido ni será bastante para colmar todos los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital de la «pasión por lo imposible», para muchos, sería difícil encontrar un auténtico equilibrio. La psicología de don Quijote rechaza las etiquetas, como las rechaza cualquier personaje literario complejo y multidimensional. Como ha escrito Carlos Fuentes en uno de los mejores ensayos sobre el tema: «don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco por creer, como caballero andante, que la justicia es su deber, que la justicia es posible». La locura de don Quijote es el humanismo en una de sus mejores expresiones.

Don Quixote **and an understanding of the human condition**

Abstract: Literature did not come about as a way of seeking answers, but rather, as a way of posing questions, of expanding the intellect, the imagination, and the understanding of the multiple facets of the human condition. Literary fictions such as those we see in *Don Quixote* are more than just inventions; to the author, they are a source of fulfillment, and to readers, a profound experience because, ludicrous as they may seem, they are rooted in the deepest wells of human experience. Our real life, which can fill us with anxiety, even at the very fact of being alive, opens to a life composed of other imaginary experiences that fiction puts within our reach. For real life is not and never has been enough to satisfy all human yearnings, and many would find it difficult to achieve a genuine balance without that unfulfilled "love of the impossible" in their lives. Don Quixote's psychology rejects labels, as does any complex, multifaceted literary character. In the words of Carlos Fuentes, "Don Quixote, the madman, is mad not only for believing everything he has read, but also for believing, as knights errant do, that seeking justice is his duty, that attaining justice is possible". Don Quixote's madness is humanism at its best.

Palabras clave: Don Quijote, Guanajuato, XVI Coloquio Internacional Cervantino, literatura, condición humana, psicología, medicina, humanismo. **Key words:** Don Quixote, Guanajuato, XVI Coloquio Internacional Cervantino, literature, human condition, psychology, medicine, humanism.

Panace@ 2005; 6 (21-22): 307-310

Introducción

Me es muy grato participar en este coloquio de invaluable valor para las letras españolas que Eulalio Ferrer ha organizado en Guanajuato, ciudad en la que ya su arquitectura, sus calles, su rica vida cultural, nos remiten invariablemente al tema del *Quijote*.

Apenas se llega a Guanajuato, la palabra «quijotesco» —con todo lo que implica de valioso para el saber y el comportamiento humano— empieza a estar presente, a configurar una temática y a condicionar una actitud; y basta poco tiempo para advertir que esa palabra tiene aquí un valor más específico. En efecto, en Guanajuato se tiene la clara percepción de que tanto el académico como el estudiante o el ciudadano común han expandido, como parte propia de su ciudad, esa cercanía —sensitiva, amistosa, laboral y hasta culinaria— con el famoso personaje que salió de la Mancha a pelear contra molinos de viento y a transformar la historia de la literatura. Aquí, festivales y coloquios han sacado la palabra «quijotesco» a la calle, la han puesto en la mano, en la boca, en la conversación y en el habla de la gente, con gesto sencillo y cordial, y esa incorporación de la palabra al vocabulario cotidiano expresa lo que verdaderamente importa, que no es la palabra en sí, sino lo que ella implica: su riquísima carga añeja, actual y siempre potencial para cada uno de nosotros.

En Guanajuato, la palabra cultura no es privilegio de los que escriben bien o de los que cantan bien o de los que pintan muy bien, porque esa integración del personaje cervantino a la vida ordinaria de la ciudad se ha diversificado en múltiples formas y estilos y les ha impartido la propiedad más amplia de los castillos de luz y de las celebraciones, como la que nos convoca.

Si el vasto número de lectores que hoy tiene el *Quijote* en todo el mundo —acrecentado, sin duda, por la difusión que se ha dado al cumplimiento de los cuatrocientos años de su primera edición— comparten cada vez más este deseo de valerse de la manifiesta sabiduría del personaje, es fácil calcular el significado que tendrá en un ámbito y en una ciudad como ésta. Por algo se ha dicho que Guanajuato es la capital cervantina de América.

---

* Presentado en el XVI Coloquio Internacional Cervantino. Guanajuato, mayo de 2005.

** Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección para correspondencia: rectoria@servidor.unam.mx.

La literatura no da respuestas

Lo que sigue son algunas reflexiones personales sobre el *Quijote,* enriquecidas con referencias de otros autores que lo han estudiado desde perspectivas diversas. Por lo pronto, diría que leer, o releer, un libro como éste es casi siempre entrar en un terreno de expectativas e interrogantes, explícitas o tácitas. Porque pienso que la literatura no nació para dar respuestas, tarea que corresponde más bien a la ciencia, sino para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad a las múltiples vertientes de la condición humana. Pero toda pregunta de este tipo —como tantas que nos plantea el *Quijote*— es siempre algo más que una pregunta. Pareciera estar probando una necesidad intelectual o afectiva, y, por eso, el hecho de encontrar una respuesta es menos importante que el haber sido capaz de vivir a fondo la pregunta, de avanzar con decisión por los caminos que tiende a abrir en cada uno de nosotros.

Sin duda, una de las primeras preguntas que nos surgen es la que se refiere a la locura o a la falsa locura de don Quijote, producto de su afición a los libros:

> y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda la máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Sabemos que don Quijote «pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio, y así, en fin, de mucho leer y poco dormir, con todo lo dicho, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio». Quien por mucho leer duerme poco es evidente que tiene tiempo para imaginar más. Alonso Quijano pudo o no haber perdido la razón. Lo que es claro es que sin su locura —sin la imaginación desbordada del ingenioso hidalgo— es poco probable que hubiera existido el caballero andante.

Habría que decir, además, que la vocación vehemente de don Quijote por la lectura lo vuelve un símbolo del libro mismo —objeto imprescindible para la cultura y la comunicación— y abre paso a esa noción fundamental en el campo literario según la cual tanto los escritores como los lectores finalmente se forman una sola imagen, la cual se contempla en el espejo de la palabra escrita y logra establecer un singular puente entre éstos y aquéllos. El producto de este contacto único, tan placentero como enriquecedor, es cada día más necesario en el desarrollo educativo y espiritual de nuestros pueblos. «Hay que tropezarnos a cada paso con un libro», aconsejaba el buen amigo Mauricio Achar, [1] librero quijotesco, por cierto.

El libro, lo sabemos, sigue siendo el mejor instrumento para el aprendizaje, pero también lo es para explorar zonas insospechadas de nuestra mente, para entender lo que nos ocurre, para interrogarnos sobre las causas por las cuales nos ocurre lo que nos ocurre y, muchas veces, también para encontrar nuevos caminos que nos ayuden a seguir adelante cuando nos sentimos frenados por circunstancias o factores negativos. «El Quijote enseña, pero también alivia y consuela», decía Unamuno.

Los riesgos de la lectura

Lo paradójico es que el libro mismo sea una novela que nos narra la historia de un hombre que, de tanto leer libros de caballería, perdió la razón. Parecería desprenderse de tal paradoja que la lectura, por lo menos la lectura de ciertas novelas, entraña riesgos. En la realidad, cabe recordar que los inquisidores españoles prohibieron que se publicaran o importaran diversas novelas en sus colonias, con el argumento de que «esos libros disparatados y absurdos podían ser perjudiciales para los indios». Por esa razón, los hispanoamericanos de esa época sólo leyeron ficciones de contrabando durante siglos, ya que la primera novela como tal no se publicó en México hasta 1816. Habría que recordar también que en el año de 1600, en vida de Cervantes, Giordano Bruno fue quemado por la Inquisición en Roma; y que en 1618, dos años después de la muerte del autor del *Quijote,* la Iglesia católica condenó oficialmente el sistema copernicano; y que en 1633 Galileo fue obligado a renunciar a sus ideas ante el Santo Oficio. Episodios, todos ellos, que nos obligan a reflexionar sobre cuánto han debido luchar los seres humanos contra los molinos de viento de la censura y la intolerancia, desde para leer novelas con tranquilidad hasta para reconocer que la Tierra gira en torno al Sol.

Hoy sabemos que las ficciones literarias, como las que nos muestra el *Quijote,* no son meras fabulaciones fortuitas o peligrosas, sino más bien una realización para su autor y una experiencia plena para sus lectores; porque, por delirantes que parezcan, hunden sus raíces en lo más profundo de la experiencia humana. Por creer que la realidad es como pretenden las ficciones, y por hacer oídos sordos a la sabia prudencia de los consejos de Sancho Panza, su fiel escudero, don Quijote sufre terribles quebrantos mentales. Pero ¿lo juzgamos por ello? Al contrario, su historia nos conmueve y lo admiramos. Su empeño imposible de vivir la ficción personifica una singular actitud idealista.

Víctor Hugo escribió que una de las experiencias más dolorosas era contraer la «pasión por lo imposible». Es cierto, puede resultar una pasión dolorosa, pero de ella, habría que agregar, también han nacido las más extraordinarias hazañas del espíritu humano, las obras maestras del arte y el pensamiento, así como la vocación vehemente por la lectura, por trasladarnos con la imaginación a otros mundos y a otros cuerpos. Ese traslado es, en cierta forma, una catarsis. Lo angustiante que puede ser a veces nuestra vida real, es decir, nuestra angustia vital, se abre para vivir imaginariamente otras experiencias, que la ficción vuelve nuestras. Porque la vida real nunca ha sido ni será bastante para colmar todos los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital de la «pasión por lo imposible» para muchos sería difícil encontrar un auténtico equilibrio. La necesidad de imaginar, de fabular, de adentrarse en los terrenos —físicos y mentales— más insospechados y desconocidos es consustancial a la condición humana.

Libro de texto para los médicos

Por eso el *Quijote* ha tenido una amplia influencia en muchas de las disciplinas que incursionan en el conocimiento

humano, y la medicina no podía ser una excepción. Paul Ehrlich, bacteriólogo alemán galardonado con el Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1908, tuvo el siguiente diálogo con uno de sus discípulos:

> DISCÍPULO: Maestro, dígame cuál es el libro de medicina que condense todo el saber que debo conocer para ser un buen médico, que me haga comprender el sufrimiento humano en su sentido más profundo, el dolor más agudo, pero también la fortaleza y las mayores alegrías a que un hombre puede aspirar. Dígame, maestro, para alcanzar esta meta en mis estudios, ¿qué libro me recomienda, usted que conoce todos los buenos libros de medicina?
>
> MAESTRO: Es muy sencillo, amigo mío. Lee con atención *El Quijote de la Mancha,* de Miguel de Cervantes. Ahí encontrarás lo más fundamental que necesitas para alcanzar tu meta como médico.

Esta recomendación de Ehrlich no es la única en su tipo. A Thomas Sydenham se le atribuye una afirmación semejante a la pregunta sobre qué libro de medicina aconsejaba a sus estudiantes, episodio que recoge en uno de sus escritos más difundidos el psiquiatra cartagenero Félix Martí Ibáñez: «Estoy convencido de que la lectura recreativa puede tener el valor de enriquecer y complementar nuestra educación profesional como médicos. Simplemente, recuérdese el inmortal consejo de Thomas Sydenham a uno de sus discípulos más aventajados, al preguntar éste qué debía leer para ser un buen médico. "Lea el *Quijote* —le contestó—, es una obra de lo más completa sobre el conocimiento humano en general"».

No tengo duda: leyendo el *Quijote* puede aprenderse medicina, ayer, hoy y siempre. Viene también a cuento, en este orden de ideas, lo dicho por don Santiago Ramón y Cajal: «Más de una vez me he preguntado por qué hizo Cervantes loco a su personaje. Tal vez porque lo sublime no es, al fin y al cabo, sino una forma de locura. A través de las incoherencias de un loco, es posible presentir fragmentos de otro mundo más en armonía con nuestra ansia de ideal».

No en vano sabemos que don Quijote era ingenioso, de feliz memoria y tan erudito que poseía todas las ciencias de un caballero andante: teología, leyes, medicina, botánica, astronomía, matemáticas e historia, entre otras. Al darnos a conocer al hombre por fuera y por dentro, sano y enfermo, la novela de Cervantes sienta las bases de una unión particular entre la medicina y la literatura, con una especial repercusión en la psicología.

Freud y la puerta falsa

Sigmund Freud, quien no sólo fue un gran lector, sino él mismo un gran escritor, hasta el grado de haber sido galardonado con el Premio Goethe de literatura, en una carta de mayo de 1923 le escribe a su traductor al español, Luis López Ballesteros y de Torres: «Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal "Don Quijote" en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras».

En todo caso, Freud reconoció que, antes que él, el inconsciente lo habían descubierto los poetas. «La influencia en mí de la literatura me obliga a estar dispuesto —y lo estoy— a renunciar a toda prioridad en aquellos frecuentes casos en los que el psicoanálisis no hace más que confirmar la visión intuitiva del poeta».

Quizá el pasaje del Quijote que se ha prestado a más interpretaciones de tipo psicológico aparece en el segundo capítulo de la primera parte:

> Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo.

¿Por qué don Quijote sale con tanta precaución por la puerta falsa del corral? Bien pudo emprender sus andanzas por la puerta principal de su casa. Hasta ese momento se considera un hombre normal y, ciertamente, ésa sería la salida lógica para alguien que se va de aventuras; además, se dice, es de madrugada; cabe suponer, entonces, que nadie lo estaría viendo.

Al respecto nos dice Unamuno: «¡Singular ejemplo de humildad al salir por esa puerta! Pero el caso es que por cualquier puerta se sale al mundo. Cuando uno se apresta a una hazaña tal, no debe pararse en por qué puerta ha de salir».

El escritor venezolano José Balza tiene una interpretación más aguda: «Quien sale por la puerta falsa del corral no es solamente don Quijote personaje. Por esa puerta falsa sale también y para siempre —a una vida errante que llega hasta hoy— la novela como cuerpo de ficción, como cuerpo de creación, como cuerpo de exploración humana».

Hay, por supuesto, quienes piensan que esa puerta falsa puede ser una alusión inconsciente del personaje y de su autor, algo que nos remite directamente a la facultad de la poesía para adentrarse en las zonas más oscuras de lo humano. Sin remedio, bajo su apariencia organizada y racional, una buena novela siempre ofrece materiales que proceden de los fondos secretos de la personalidad de su autor. A ese envolvimiento total, inseparable del creador, en el acto mismo de inventar, debe la literatura su intuición y su perennidad.

Hay otra alusión en la novela, unas líneas más adelante, en la que también vale la pena detenerse:

> En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armi-

ño; y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Si tanto se ha cuidado don Quijote de salir por la puerta trasera y de que no noten su salida, apenas avanzado un poco decide subordinar su destino a Rocinante. Que sea el caballo quien decida su ruta. Aquí hay por lo menos una metáfora sobre el personaje y sobre la creación literaria. No solamente son el cálculo y la inteligencia racional los que señalan la ruta de la creación; son también los impulsos menos claros, aparentemente más sueltos, los que pueden llevar a la poesía a sus más altas cimas.

Unamuno confirma en esta decisión del caballero su heroico espíritu, que «igual habría de ejercerse en una que en otra cualquier aventura, en todo aquello que Dios tuviese a bien depararle»; en tanto que, una vez más, José Balza ve una relación entre ese pasaje y el inconsciente: «Cervantes no había leído a Freud, y sin embargo eso es Freud». El caballo es quien conduce y el jinete puede o no tener advertencia de ello. Pero, en todo caso, no habría que olvidar que en la aventura la realidad del sueño y del deseo se sobreponen.

José Saramago ha sugerido, por su parte, que imaginemos por un momento que don Quijote no está loco, que simplemente finge locura y que se obligó a cometer las acciones más disparatadas para que los demás no tuvieran ninguna duda acerca de su locura. Esa genial ambición de Cervantes —continúa Saramago— le permitió a don Quijote abrir la cuarta puerta que le estaba faltando: la de la libertad.

Melancolía de una época

Los primeros tratados sobre la locura en España se publican precisamente en los primeros años del siglo XVI, varios de ellos procedentes de Italia. Pensemos en Erasmo de Rotterdam, que compuso el famoso *Elogio de la locura* para ensalzar la locura según los principios cristianos, en contraposición a la verdadera y terrible locura material y política de su época. Por otra parte, la idea de la melancolía adquiría un carácter más definido, y un rasgo recurrente de ella era la propensión a la imaginación nocturna con cierta angustia. ¿Habrá en Cervantes una cara melancólica, producto de su propia biografía y de la época que le tocó vivir? Una posible explicación puede encontrar su raíz en el gran desengaño que sufrieron los españoles del Siglo de Oro al ver cómo sus antiguos ideales caían uno a uno frente a una nueva realidad.

El oscuro funcionario que se ganaba la vida en un oficio ingrato como recaudador de impuestos, que dio con sus huesos en la cárcel a causa de su mala aritmética, se sabe lo más opuesto a un héroe. ¿Habría nostalgia del soldado que fue en otro tiempo? El viejo, pobre y triste autor de una novela disparatada, concebida detrás de los barrotes, algo de melancólico podía tener. Sus compañeros mutilados, que ayer peleaban contra el turco, mendigaban en las puertas de las iglesias; y los grandes aventureros del siglo XVI habían envejecido o muerto, se mataban entre ellos o eran ahorcados por la justicia real.

No en vano Fernando Díaz-Plaja describe la psicología del soldado español de los siglos XVI y XVII como «convencidos de estar en posesión de la verdad eterna por su religión y de pertenecer, por cuna, al mejor de los países posibles». Por su parte, Ramiro de Maeztu percibió en el *Quijote* «la melancolía que un hombre y un pueblo experimentan al desengañarse de su ideal».

A América, por ejemplo, venían en esa época funcionarios menores, misioneros y aventureros. A Cervantes ni siquiera le permitieron probar fortuna por nuestras tierras. «Mejor busque por acá en qué se le haga merced», le dicen. ¿Qué habría sucedido si Cervantes se hubiera venido a probar fortuna a nuestra América? Seguramente no habría escrito el *Quijote*. Curiosa paradoja: sin saberlo, Felipe II le hizo un valioso favor al propio Cervantes, a la literatura y al mundo entero.

¿Alguien más tendría que haber escrito el Quijote?, es una pregunta que da vértigo. ¿Qué hubiera sido de nuestro mundo sin los personajes —reales y de ficción— que tanto nos fascinan? ¿Por qué, cabe preguntarse, en el mismo año de 1605 nacen Don Quijote, el Rey Lear y Macbeth? ¿Por qué mueren en el mismo año Cervantes y Shakespeare? ¿Por qué coinciden en la misma época, en la misma ciudad y algunos hasta en la misma calle, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Quevedo y Juan Ruiz de Alarcón?

La justicia es posible

Por todo esto —y por muchas razones más— la psicología de don Quijote rechaza las etiquetas, como las rechaza cualquier personaje literario complejo y multidimensional. Como ha escrito Carlos Fuentes en uno de los mejores ensayos sobre el tema, «don Quijote, el loco, está loco no sólo porque ha creído cuanto ha leído. También está loco por creer, como caballero andante, que la justicia es su deber, que la justicia es posible».

Cuando don Quijote sale al mundo armado con las potencias de la fe en esa justicia, de alguna manera ya ha sublimado su locura y ha decidido desafiar al mundo con las potencias de la imaginación: hacer de los sueños una realidad e instalarse en la «pasión por lo imposible», donde encuentra el territorio de su aventura. Todos esos libros de caballería que ha leído durante sus desvelos nocturnos, de aislamiento y de absorción, antes del inicio de la novela, estallan en el momento en que decide convertirse en el último de los caballeros y por lo tanto en el caballero por excelencia. Don Quijote cierra aquel universo medieval, poblado de pecados, demonios e inquisidores, para abrirlo hacia la modernidad, a la comprensión de lo humano y su verdadera trascendencia: el amor, la belleza, el altruismo, la creatividad; es decir, lo estrictamente humano en su sentido más amplio y profundo.

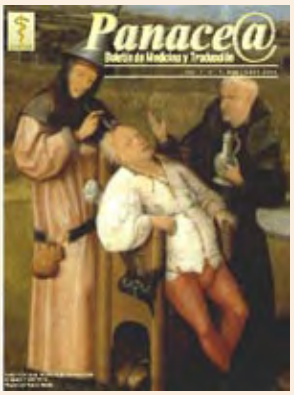
La locura de don Quijote es, en todo caso, la manifestación del genio de un escritor capaz de crear un personaje que cala en lo más profundo de nuestro ser, que pone al descubierto lo maravilloso y contradictorio de la mente y que lo proyecta con extraordinario talento literario. Es, en suma, el humanismo en una de sus mejores expresiones.

Nota

[a] Mauricio Achar (México, D. F., 1937-2004) fundó las librerías Gandhi, de gran éxito en México.

De sacapotras real a cirujano... y a la portada de *Panace@*

Cristina Márquez Arroyo
Traductora científico-técnica, Nueva York (EE. UU.)



En la época de Cervantes, la cirugía no era practicada por médicos, sino por personas de escasos estudios que ejercían su profesión de manera itinerante. Mirados con cierto recelo y temor, se los llamaba despectivamente *sacapotras* o *sanapotras*. Aunque parezca increíble, de ahí proviene la profesión de cirujano, considerada hoy día una de las más prestigiosas en el campo de la medicina.

El término *sacapotras* aparece en el capítulo XXIV de la primera parte del *Quijote,* cuando el caballero andante reacciona indignado ante la insinuación de que la reina Madasima se ha amancebado con un *sacapotras*. ¿Cómo una princesa de tan alta alcurnia podía relacionarse con una persona de tan baja calaña? Era imposible que un sacapotras tuviera acceso a la alcoba real.

Pero dejemos la crónica rosa y veamos qué era un sacapotras. El *Diccionario* de la Real Academia Española define el término *potra* como «hernia de una víscera u otra parte blanda» o «hernia en el escroto». Efectivamente, según las crónicas de la época, así se llamaba a las personas que se dedicaban a curar, de forma generalmente cruenta, ciertas afecciones, entre ellas las hernias.

Estos curanderos o charlatanes (las distintas traducciones al inglés del *Quijote* coinciden en utilizar el término *quack*) se disputaban la desconfianza y el resquemor de la población medieval con los barberos, quienes generalmente se ocupaban de extraer muelas, aplicar enemas y realizar sangrías y flebotomías. Sin embargo, a diferencia de ellos, no tenían una clientela establecida en su zona de residencia. Por eso, los sacapotras viajaban de pueblo en pueblo operando hernias, extrayendo cataratas y cálculos, curando heridas menores, abriendo y limpiando abscesos, acomodando fracturas y colocando huesos dislocados en su sitio.

Lo de «sacar potras» se asocia también con la técnica de sacar las piedras (de *petrum, potra*) supuestamente causantes de ciertas enfermedades mentales, como la locura. Lo que no queda muy claro es si las piedras salían del enfermo o de la manga del sacapotras. El médico persa Razés denunciaba ya en el siglo X que «algunos de los curanderos milagrosos afirman sanar la epilepsia y hacen una abertura en forma de cruz en la parte posterior de la cabeza y simulan extraer algo ¡que ya tenían anteriormente en la mano...!».

Timo o verdad, rito simbólico o cruenta realidad, lo cierto es que esa tradición inspiró varias obras de arte. Pero lo más curioso es que una de ellas fue utilizada como portada del primer número de *Panace@*. Se trata de uno de los cuadros más famosos sobre el tema, *La extracción de la piedra de la locura,* óleo del Bosco que se encuentra en el Museo del Prado. El significado alegórico y simbólico de los elementos del lienzo han convencido a los estudiosos de este genial pintor de que esta obra es una denuncia pública de las charlatanerías y los curanderismos que practicaban los sacapotras de su época.

Carlos Baonza

Concha Gómez-Acebo

Coxitis y Quixote

Capítulo I: Que trata de la estraña y luenga estoria etimológica de un vocablo de notomía que se fizo literario, con otros admirables sucesos dignos de felice recordación, que los sabrá quien aqueste artículo leyere, si lo lee con atención

Fernando A. Navarro*

Resumen: Partiendo de la raíz indoeuropea *koks-,* el autor emprende un largo y enrevesado viaje lúdico-etimológico a través de la familia léxica del latín *coxa* (cadera) y sus múltiples descendientes médicos y extramédicos en la lengua española y en otros idiomas europeos, hasta llegar al quixote de la armadura medieval. Tras la publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en 1605, el viaje etimológico prosigue ahora por la rama cervantina con la aparición de nuevos derivados (*quijotesco, quijotismo, quijotizar,* etc.), que se documentan con el apoyo de textos clásicos de la literatura española.

Coxitis and Quixote

Abstract: Starting with the Indo-European root *koks-,* the author playfully undertakes a long and winding etymological journey across the lexical family of the Latin word *coxa* (hip) and its multiple medical and non-medical descendants in Spanish and other European languages, all the way to the medieval *quixote* or *cuisse* (thigh armor). After the publication of *Don Quixote* in 1605, the etymological voyage continues, this time along Cervantine lines with the appearance of new derivatives (*quixotic, quixotism, to quixotize,* etc.), which are documented with excerpts from Spanish literary classics.

Palabras clave: etimología, indoeuropeo, latín, *coxa,* don Quijote, Miguel de Cervantes. **Key words:** etymology, Indo-European, Latin, *coxa,* Don Quixote, Miguel de Cervantes.

Panace@ 2005; 6 (21-22): 313-317

A la memoria de mi padre, quijotista.

Sostienen los paleolingüistas, y no seré yo quien lo ponga en duda, que todos los idiomas europeos —salvo el húngaro, las lenguas finesas, el samoyedo, el vasco y las lenguas caucásicas— pertenecen a una misma familia lingüística: la indoeuropea, que abarca también el armenio, el curdo, el iraní, el sánscrito, el hindi y gran parte de las lenguas habladas en la India septentrional. A partir del análisis de las semejanzas observadas entre idiomas geográficamente tan distantes, los estudiosos han llegado a pergeñar un hipotético idioma proto-indoeuropeo que debió de hablarse en la Eurasia del año 3000 antes de Cristo, siglo arriba o abajo.

Entre las raíces propuestas para ese idioma primitivo se halla *koks* o *koksā*, que supuestamente transmitía el concepto de 'articulación', 'hueso' o 'parte del cuerpo' y está representada en las principales ramas del gran árbol lingüístico indoeuropeo. En la rama indoirania, por ejemplo, en voces como *kaksah,* que significa 'axila' en sánscrito, y *kaša,* que significa 'hombro' en avéstico; en la rama céltica, por el irlandés antiguo *coss,* que significa 'pie', y en la rama germánica, por el antiguo alemán *hahsa,* que se aplicaba al hueco poplíteo.[a]

De especial importancia para quienes hablamos lenguas romances es, lógicamente, la descendencia itálica o latina de esta raíz indoeuropea *koks* o *koksā*. Es el caso de *coxa,* que en latín clásico designaba la cadera y hoy sigue siendo de amplio uso en medicina, sobre todo en el ámbito de la anatomía del aparato locomotor, de la traumatología y de la reumatología. En la moderna nomenclatura anatómica, por ejemplo, *os coxale* es aún el nombre internacional del **hueso coxal** o ilíaco, y *articulatio coxae,* el de la articulación de la cadera o **articulación coxofemoral.** Asimismo directamente en latín usamos aún términos como ***coxa vara*** (también llamada *coxa adducta* o *coxa flexa*) y ***coxa valga*** para referirnos a las desviaciones del cuello femoral; y, ya arcaico, el nombre de ***coxa plana*** con que se conoció antaño la osteocondritis deformante juvenil o enfermedad de Legg-Calvé-Perthes. En realidad, la lista de tecnicismos médicos procedentes del latín *coxa* es mucho más extensa: **coxitis** (inflamación del hueso coxal),[b] **coxalgia** o **coxodinia** (dolor de cadera), **sacrocoxalgia** (dolor de la articulación sacroilíaca), **coxotomía** (apertura quirúrgica de la articulación coxofemoral), así como multitud de términos compuestos que expresan relación con la cadera, como **coxagra,** para la artritis gotosa de la cadera (sobre el modelo de «podagra»); **coxotuberculosis,** para la afección tuberculosa de la cadera, o **coxartrosis,** para la artrosis de la cadera.

Coxa, acabamos de verlo, designaba la cadera en latín clásico, pero en el latín vulgar experimentó un desplazamiento semántico y pasó a sustituir a la forma clásica *femur, femoris,* con el significado de 'muslo'. Esta metasemia de proximidad se apreciaba aún en el castellano antiguo; en la *Cirurgia* de Guido de Cauliaco, de 1596, por ejemplo, podemos leer:

* Traductor médico. Cabrerizos (Salamanca, España). Dirección para correspondencia: fernando.a.navarro@telefonica.net.

> […] una parte del grand pie o pierna se dize coxa o muslo, la otra se llama pierna pequeña, la [tercera], el pie pequeño.

Este uso no está ya vigente en el español actual, pero sí se conserva en las demás lenguas romances, donde el parentesco con *coxa* resulta evidente en el nombre que dan al muslo todavía hoy en italiano *(coscia),* en catalán *(cuixa),* en portugués *(coxa)* y en rumano *(coapsă)*.[c] Y más aún en el francés moderno, donde el latín vulgar *coxa* persiste no sólo en anatomía, con la forma *cuisse* (muslo), sino también en gastronomía, con vocablos como *cuisses de grenouille* (ancas de rana[d]), *cuisseau* (pierna de ternera) y *cuissot* (pernil [de caza mayor]).

Me toca ahora exponer la nutrida descendencia extranatómica del latín *coxa,* y al hacerlo dejaré de lado los vocablos extintos, como el latín *coxim* (en cuclillas), para centrarme en los que han llegado hasta nosotros. En un intento de mitigar la dureza de los asientos, por ejemplo, fue costumbre desde antiguo colocar bajo la cadera un objeto blando, que en latín vulgar llamaron *coxinum* o *coxinus* y está en el origen de nuestro **cojín,** pero también del francés *coussin,* del italiano *cuscino* y del catalán *coixí,* con el sentido de 'almohadón'.[e] Y del francés *coussinet* ('almohadilla', como diminutivo de *coussin*) hemos tomado **cojinete,** de uso restringido al ámbito técnico para designar, ya no el blando almohadón amortiguador de la cadera, sino el dispositivo mecánico amortiguador de rodamientos.

Abro un pequeño inciso para explicar brevemente que esta *j* anómala de «cojín» y «cojinete» —que observaremos a partir de ahora también en todos los demás descendientes modernos de *coxa*— obedece a la transformación fonética del español medieval, que culminó en el siglo XVI, y a la muy posterior reforma ortográfica española de 1815, que fijó definitivamente el uso de las letras *x* y *j* en la lengua escrita. Y, sin más, cierro el inciso.

En latín clásico, fino y elegante, la cojera se llamaba *claudicatio,* como bien sabemos los médicos, que usamos aún con total naturalidad la expresión «claudicación intermitente» para referirnos a la cojera dolorosa intermitente característica de la tromboangitis obliterante, que aparece al caminar y desaparece con el reposo.[f] Pero en latín vulgar llamaron *coxus* al hombre que cojeaba, por el llamativo movimiento de cadera típico de muchas cojeras, y tal es el origen —a través de formas arcaicas como *coxo*, *coxear* y *coxquear*— de nuestra familia léxica de **cojo, cojear, cojera, cojitranco, cojuelo, coxcojita** y **paticojo.** O, en catalán, *coix* (cojo), *coixejar* (cojear) y *coixesa* o *coixària* (cojera).

En el nombre de dos prendas antiguas es asimismo evidente el parentesco con el muslo y la cadera: me refiero a la **cuxa** (o, en grafía moderna, **cuja**), que era la bolsa de cuero donde se apoyaba la lanza durante la marcha, y al **quixote** (o, en grafía moderna, **quijote**), que era la muslera de la armadura o pieza del arnés destinada a cubrir y proteger el muslo.

Desde el punto de vista etimológico, esta voz, «quixote», procede del francés *cuissot* (muslera), posiblemente a través del catalán *cuixot* y con interferencia más que probable del castellano «quijada» (mandíbula). Según consulta al *Corpus diacrónico del español* (CORDE),[g] el primer registro literario conocido de la voz «quixote» data de la estancia carcelaria de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, allá por la primera mitad del siglo XIV, cuando en su *Libro de buen amor* escribe unos versos contra los pecados capitales y dice, en relación con la lujuria:

> Ligeramente podremos la Loxuria refrenar:
> con Castidat e con Çiençia podremos nos escusar:
> Spíritu de Fortaleza que nos quiera ayudar:
> con estas brafuneras la podremos bien matar;
> quixotes e cañilleras de santo sacramento,
> que Dios fizo en Paraíso, Matrimonio e Casamiento;
> cassar los pobres menguados, dar a bever al sediento:
> ansí contra Luxuria avremos vençimiento.

El quijote se usó mucho como pieza de la armadura medieval en los siglos XIV y XV, pero era ya prenda anticuada en época de Cervantes; tanto como podría serlo hoy para mí, por ejemplo, un polisón o un redingote de la época de las guerras carlistas. Y ese su carácter arcaico, precisamente, hacía de él un vocablo pintiparado como nombre de guerra para Alonso Quijano, según narra Cervantes en el primer capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*:[h]

> Quieren dezir que tenia el sobrenombre de Quixada, o Quesada, que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriven, aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender que se llamava Quexana.
>
> […] Puesto nombre, y tan a su gusto a su cavallo, quiso ponersele a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar don Quixote; de donde (como queda dixo) tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se devia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir.[i]

El anacrónico «quijote» se prestaba de forma admirable, digo, como nombre del paranoico caballero de la Mancha por cuanto los juegos arcaizantes de palabras son uno de los rasgos más destacados de la monomanía literaria de don Quijote, y también de la estructura literaria del *Quijote*. Hoy, cuatrocientos años después de escrita la obra —y arcaica, por lo tanto, toda ella—, estas chanzas arcaizantes pasan inadvertidas al común de los lectores modernos. Pero los lectores del siglo XVII percibían con toda claridad la intención paródica y burlesca de Cervantes al poner en labios de don Quijote un remedo del lenguaje cómicamente arcaico propio de los libros de caballerías. En toda la novela son constantes los arcaísmos —anticuados no hoy, repito, sino ya en 1605— del tipo de «aquesta» por «esta», «jayanes» por «gigantes», «non fuyades» por «no huyáis», «ínsula» por «isla», «cautivo caballero» por «desdichado caballero», «habedes fecho» por «habéis hecho», «lueñes» por «lejanos», «fermosura» por «hermosura», «agora» por «ahora», «maguer» por «aunque» o «malferido» por «malherido».

Además de la ironía anacrónica y arcaizante, es muy probable que, en la elección del nombre «don Quijote» para su hidalgo protagonista, Cervantes tuviera asimismo en cuenta la comicidad del sufijo *-ote*, que en español tiene un acusado matiz ridículo.

Buena prueba de ello son los versos que don Quijote escribe durante su estancia de penitencia y desatino en Sierra Morena (capítulo XXVI de la primera parte), en los que su nombre rima con voces como «azote», «cogote», «estricote» o «pipote» (a las que podríamos añadir muchas otras de no menor comicidad, como «capirote», «cipote», «despelote», «hotentote», «mazacote», «monigote», «palote», «pasmarote», «pegote», «pingorote» o «zote»):

> Escuchad mis quexas santas
> mi dolor no os alborote
> aunque mas terrible sea
> pues por pagaros escote
> aqui lloró don Quixote
> ausencias de Dulzinea
> […]
> traele amor al estricote
> que es de muy mala ralea
> y assi hasta henchir un pipote
> aqui lloró don Quixote
> ausencias de Dulzinea
> […]
> hiriole amor con su açote
> no con su blanda correa
> y en tocandole el cogote
> aqui lloró don Quixote
> ausencias de Dulzinea.

En 1605 no podía imaginar Cervantes que el éxito inmediato del *Quijote* —sólo en vida de su autor llegaron a publicarse ya dieciséis ediciones— iba a permitir al latín *coxa* multiplicar su descendencia hasta límites insospechados. Con el buen éxito internacional de la primera gran novela de la literatura universal, antes de terminar el siglo XVII cabalgan ya por el mundo *Quichotte* en francés, *Quixote* en inglés y portugués, *Chisciotte* en italiano y *Kichote* en alemán. Más tarde, *Kichotas* (lituano), *Kichote* (polaco), *Kihot* (esloveno), *Kíkóti* (islandés), *Kishoti* (albanés), *Quichot* (holandés), *Quixot* (catalán), Κιχώτησ (griego), Кихот (ruso y búlgaro) y tantas otras variantes más han hecho de don Quijote, junto con don Juan, la figura literaria española de mayor proyección mundial.

Y no sólo fuera de nuestras fronteras. Porque la novela cervantina ha hecho del quijote, que parecía abocado a la extinción, uno de los vocablos más vivos de nuestra lengua. No me refiero sólo a los más de dos millones y medio de páginas internéticas con «Quijote» (búsqueda efectuada en Google, <www.google.es>, el día 1 de octubre del 2005), sino, sobre todo, a su feracidad derivativa en español.

Durante los cuatro últimos siglos, el nombre de guerra escogido por Cervantes para su Caballero de la Triste Figura no ha dejado de generar derivados que se han ido incorporando a la lengua española. He recurrido al CORDE para rastrear la irrupción de diez de ellos en nuestra literatura.

El más antiguo de todos, **quijotada,** lo acuñó el propio Cervantes en 1615, cuando, en el capítulo IV de la segunda parte del *Quijote*, escribe, en clara referencia metatextual:

> […] algunos dizen: «Nunca segundas partes fueron buenas», y otros: «De las cosas de don Quixote bastan las escritas», se duda que no ha de aver segunda parte, aunque algunos que son mas joviales que saturninos dizen: «Vengan mas quixotadas, embista don Quixote, y hable Sancho Pança, y sea lo que fuere; que con esso nos contentamos».

También en 1615, y también en la segunda parte del *Quijote*, encontramos el segundo. Casi al final de la novela, tras caer derrotado en una playa de Barcelona ante el Caballero de la Blanca Luna, don Quijote regresa melancólico y apesadumbrado a su tierra. Y planea entonces, en una nueva manifestación de su paranoia literaria, entregarse con Sancho a la vida pastoril. Para lo cual idea trocar el «don Quijote» de caballero por un nombre más propio de pastor (no de pastor real de carne y hueso, por supuesto, sino de pastor de novela pastoril): **Quijótiz** (o tal vez **Quijotiz**, pues Cervantes no usaba las tildes como hoy y no podremos saber jamás con certeza cuál fue la acentuación que él le dio):

> Yo comprarê algunas ovejas, y todas las demas cosas, que al pastoral exercicio son necessarias, y llamandome yo el pastor Quixotiz, y tu el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, beviendo de los liquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos rios.[j]

Sólo tres años después, el poeta riojano Esteban Manuel de Villegas, en sus precoces *Eróticas o amatorias* (1618), tilda de **quijotista** a Cervantes en estos versos:

> Irás del Helicón a la conquista
> mejor que el mal poeta de Cervantes,
> donde no le valdrá ser quijotista.

Ya en el siglo XVIII, encuentro el primer uso del adjetivo **quijotesco** —hoy plenamente vigente, con más de 90 000 páginas en Internet— en el prohibido *Arte de putear* (1777), de Nicolás Fernández de Moratín:

> No sé por cierto cómo hay quien no deje
> de galantear al modo quijotesco.

Y como de tal palo, tal astilla, si don Nicolás acuñó «quijotesco», su hijo Leandro Fernández de Moratín, traductor profesional, escritor, poeta y dramaturgo, fue el primero en utilizar **quijotismo** cuando, en una carta de 1792 recogida en su *Epistolario,* comenta en los siguientes términos el teatro español de su época:

> En otras piezas el personage principal es un contravandista o un facineroso y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio; en una palabra, quanto puede inspirar relaxación de costumbres, ideas falsas de

> honor, quixotismo, osadía, desemvoltura, inobediencia a los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reúne en tales obras y éstas se representan en los theatros de Madrid y el gobierno lo sufre con indiferencia.

Más recientes son los verbos **quijotear** y **quijotizar,** así como los adjetivos **quijotil, antiquijotesco** y **quijótico,** todos ellos en muy cervantescos textos de los siglos XIX y XX. El primero de los vocablos mencionados, por ejemplo, lo encuentro en una novela del mejicano José Joaquín Fernández de Lizardi, hijo de médico y primer novelista de América, que lleva por título *La Quijotita y su prima* (1818):

> Don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear. Sí, en efecto; basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene.

En cuanto a «quijotizar», Miguel de Unamuno conjuga en varias ocasiones este verbo en su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905):

> Día llegará en que fundidos en uno, o mejor, quijotizado Sancho antes que sanchizado don Quijote, no tenga aquél miedo y distinga de sones lo mismo de noche que de día y se atreva con batanes y con jayanes.

El polígrafo y político Salvador de Madariaga establece una distinción clara entre «quijotesco» y «quijótico» en su *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (1940), como puede apreciarse en el siguiente pasaje:

> Colón, como don Quijote, se siente llamado a llevar a cabo una empresa, a cumplir una misión. ¿Cuál? Poco importa. Cuando Colón hubo descubierto América, creyó que su misión consistía en liberar a Jerusalén, y en una carta a los Reyes Católicos transfiere a su segunda empresa toda la argumentación que ya había hecho valer en pro de la primera. Don Quijote se halla dispuesto a proteger a cualquiera que esté necesitado de protección, y sale al campo compelido por un sentido del deber y por su fe en su propia misión. Esta vocación de hombre elegido para altas empresas es, por lo tanto, el primer rasgo quijótico (que no quijotesco) de Colón.

Por último, *Don Quijote en presente* (1945), de Pedro Salinas, como cabe esperar de un texto de tema quijotil escrito por un cervantista profesional, rebosa de quijotismos léxicos; entre ellos, «quijotil» y «antiquijotesco», nunca hasta entonces utilizados, al menos en los textos que integran el CORDE. Copio a modo ilustrativo una frase de este libro de Salinas que contiene ambos adjetivos:

> La vida moderna, antiquijotesca esencialmente, está sin embargo impregnada de una especie de quijotismo materialista e ingeniero, que se esfuerza en imponer sobre la realidad natural la idea y la voluntad del hombre, y viene a parar así en actividad puramente quijotil.

Y la base de datos que he utilizado no agota, por supuesto, toda la prole quijotesca del español. Ni en el *Corpus diacrónico del español* ni en el *Corpus de referencia del español actual,* pese a contener entre ambos más de 400 millones de registros, encuentro mención alguna, por ejemplo, a un cuarto adjetivo tristefigúrico, **quijotero,** que en Internet y en la lengua hablada y escrita disfruta de una presencia notable (más del doble de apariciones que «quijotil» y «quijótico» juntos). Por no hablar de otros muchos vocablos que hemos formado ya, formaremos o podríamos formar en español a partir del nombre de don Quijote: ¿No vivimos este año 2005 una auténtica **quijotitis** colectiva que nos tiene a todos ya medio **gilijotizados**? Entre tanto **quijotexto** publicado, ¿cuántos **quijotrastos** mamotréticos, soporíferos e inservibles?, ¿cuántos **quijotazos** de ventas millonarias?, ¿cuántas **quijoyitas** valiosas que pasarán inadvertidas? O un **acertijote** para este cuatricentenario: el **quijotólogo** que, so capa de la gran novela cervantina, haya **quijodido** y bien quijodido a un colega, ¿no merecerá de éste el calificativo de **quijoputa**?

Y así hasta el **DQ** siglado o el **qjt** de msj de telefonillo, que son ya la mínima expresión, los benjamines canijos y esmirriados de la familia numerosa quijotil. «N 1 lgar dl Manxa, d cyo nombr no kero akrdarm no a mxo tmpo q vvia…».

Quién hubiera contado todo esto a Cervantes cuando, en 1605, vino a rescatar *in extremis* a un quijote que, caídos en desuso arneses y armaduras, se veía ya jubilado de la lengua viva y enclaustrado a perpetuidad en diccionarios históricos, conocido tan sólo de grises eruditos y ratones de biblioteca.

Notas

[a] Como no hablo ninguna de estas lenguas, tomo los ejemplos citados de: R. Grandsaignes d'Hauterive: *Dictionnaire des racines des langues européennes,* París: Larousse, 1948 (reimpreso en 1994); C. T. Onions (dir.): *The Oxford dictionary of English etymology,* Oxford: Oxford University, 1966; Julius Pokorny: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch* (2 tomos), Berna: Francke, 1959 y 1969; Edward A. Roberts y Bárbara Pastor: *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid: Alianza, 1996; Calvert Watkins: *The American heritage dictionary of Indo-European roots* (2.ª ed.), Boston: Houghton Mifflin, 2000.

[b] No debe confundirse con «coccitis», que es la inflamación del cóccix o hueso coccígeo. Como ya he explicado en otra parte (v. «Cuco y cóccix» en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 60-61), en el siglo XIX, y por influencia de la pronunciación francesa del helenismo *coccyx* (sumado a una interferencia probable con el latín *coxa*), alcanzó gran difusión entre los médicos de habla hispana la forma incorrecta **coxis,** frecuente todavía en nuestros días para referirse al cóccix.

[c] Sólo en español, de entre las lenguas romances, usamos «muslo», derivado de *musculus* por la vía popular (v. «Músculo y musaraña», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del

Prado, 2002; págs. 136-138).

[d] Obsérvese, como nueva prueba de la confusión entre «cadera» y «muslo» en las lenguas latinas, que el vocablo español «anca» designa el muslo de la rana, sí, pero también la grupa o cadera de una caballería, y está directamente emparentado con el francés *hanche,* 'cadera', de origen germánico.

[e] Obsérvese que este desplazamiento semántico por metonimia desde la cadera (*coxa* en latín) hacia el cojín se produjo en sentido inverso al que metasemizó la silla (*cathedra* en latín) en cadera. V. «Catedrático y cadera», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 37-38.

[f] V. «Claudicar y Claudia Schiffer», en *Parentescos insólitos del lenguaje*. Madrid: Del Prado, 2002; págs. 42-44.

[g] Real Academia Española: *Banco de datos* CORDE (corpus diacrónico del español) [en línea]; <www.rae.es>, bajo «Consulta Banco de datos» y «Corpus histórico» [consultado: 1.X.2005]. En el presente artículo, reproduzco todas las citas literarias, a excepción de las correspondientes al *Quijote,* directamente desde el CORDE (donde es frecuente encontrar textos castellanos antiguos con grafía actual, por haber sido tomados de alguna edición crítica moderna).

[h] En el presente artículo, reproduzco todas las citas del *Quijote* a partir de los facsímiles digitales de las ediciones *princeps* de Juan de la Cuesta de la primera (1605) y segunda (1615) partes de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Cervantes/p_ediciones.shtml>. Conservo la grafía y la acentuación originales, pero actualizo en algunos casos la puntuación.

[i] Durante toda la novela, Cervantes mantiene al lector en la duda sobre el verdadero nombre de don Quijote: ¿Quijada?, ¿Quesada?, ¿Quijana?, ¿Quejana? Sólo en el último capítulo de la segunda parte, moribundo ya el hidalgo manchego y recuperado el juicio, nos dirá en el lecho de muerte que su verdadero apellido es Quijano: «[…] yo no soy don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno».

[j] Para al bachiller Sansón Carrasco, duda entre «el pastor Sansonino» o «el pastor Carrascón»; a maese Nicolás, el barbero, le cae en suerte «el pastor Niculoso (o Miculoso)», y al cura del lugar, «el pastor Curiambro». Tan sólo Dulcinea conservará su nombre, pues, como bien explica don Quijote, «el de mi señora quadra assi al de pastora como al de princessa».

La escenificación de algunas expresiones idiomáticas y su traducción

Julia Sevilla Muñoz y Manuel Sevilla Muñoz
Madrid (España)

Cuando uno se sienta ante el televisor, puede exasperarse por la gran cantidad de anuncios o puede suceder que algún anuncio atraiga su atención. Desde hace algunos meses, estamos observando que ciertos publicistas tratan de llegar al público, a un público español, recurriendo a fórmulas del lenguaje figurado conocidas por todos. Así, la campaña publicitaria de un producto de telefonía móvil está recurriendo sistemáticamente a las expresiones idiomáticas. Muchos recordarán el empleo de la expresión *hacerse el sueco* o la utilizada seguidamente para la campaña veraniega del 2003, *estar sin blanca*.

En esta misma línea se halla la serie de anuncios de gafas que toma como base la expresión *no ver tres en un burro;* es decir, alguien ve tan poco que no es capaz de distinguir tres personas montadas en un burro. En el anuncio del verano del 2003, aparecen tres jóvenes y un burro probándose, los cuatro, ropa para las vacaciones, tomando rayos UVA...

Con la llegada del otoño, los cuatro protagonistas abandonan el ambiente veraniego para saltar al mundo del celuloide e imitar una escena de la película *ET:* en un bosque, al anochecer, el burro echa a volar llevando a los tres jóvenes sobre su lomo para indicar que se ha lanzado un nuevo modelo de gafas con montura más ligera. Aquí tenemos la genialidad de otra imagen, pues el burro simboliza la montura de las gafas, a la que se añade otra característica: el ser irrompibles, para lo que el burro, tras dibujarse su silueta y la de los tres jinetes en la luna llena, cae en picado con los tres jóvenes encima, y supuestamente no les pasa nada. Dado que la campaña ha empezado en septiembre, mes del inicio de curso para niños y jóvenes, suponemos que estas gafas van dirigidas especialmente a los colegiales.

Mientras mirábamos estos anuncios, nos preguntábamos por su traducción a otros idiomas, en el caso de que fueran anuncios de productos de compañías multinacionales. Por ejemplo, en francés, la correspondencia de *no ver tres en un burro* es *être myope comme une taupe;* en inglés es *to be as blind as a bat***.** No sería factible traducir sólo el texto, más bien habría que hacer una adaptación de la imagen, una escena en la que el protagonista no fuera un burro, sino un topo o un murciélago, para que el mensaje llegara al público francés e inglés, respectivamente. Los traductores y los publicistas tendrían que poner a prueba toda su imaginación, con el objeto de conseguir el mismo efecto en el público francés que en el público español.

Reproducido con autorización de *El Trujamán,*
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>).

Manuel Alcorlo: *El retablo de maese Pedro*

De Rocinante al rinoceronte: la historia natural y el *Quijote**

Fernando Pardos**

Resumen: Este trabajo pretende, siquiera someramente, ofrecer una panorámica general de la situación de las ciencias biológicas, entonces «historia natural», en los tiempos del *Quijote*. Y ello tanto en Europa, con figuras como Fuchs o Gessner, como en España, con los Laguna, Fernández, Oviedo y Acosta, entre otros.

Se analizan las relaciones e influencias mutuas entre la historia natural y la Corona, con su doble papel impulsor y represor. Otro tanto con la Iglesia, parte fundamental del Estado y rectora y garante de la «pureza» del pensamiento, científico o no.

No se intenta presentar de forma exhaustiva o pormenorizada cuantos animales y plantas aparecen en el *Quijote,* sino analizar algunos detalles desde el prisma de un biólogo. Así, se intenta esclarecer la relación entre las cigüeñas y las lavativas, la presencia de cuervos y murciélagos en la cueva de Montesinos, los nombres comunes de los animales en la época, las sabogas de Sancho, las hayas que nunca existieron o los azores y la cetrería. ¿Y qué sabía Teresa Panza, mujer de Sancho, de los avestruces? Así, a través del *Quijote,* se intenta vislumbrar al menos cuál era el conocimiento que la sociedad en general tenía, a caballo entre los siglos XVI y XVII, de lo que hoy llamamos biodiversidad.

From Rocinante to rhinoceros: natural history and *Don Quixote*

Abstract: This article seeks to offer a sweeping overview of the status of the biological sciences—or "natural history," as they were then called—when *Don Quixote* was written. Its aim is to cover Europe, with figures such as Fuchs or Gessner, as well as Spain, with the Lagunas, Fernandez, Oviedo, and Acosta, among others.

The interactions and mutual influences between natural history and the monarchy, in its dual role as promoter and suppressor, are examined. The same is done with the Church, which was a fundamental component of the State and the overseer and guarantor of "purity" of thought in general, scientific and otherwise.

There is no attempt to give an exhaustive or minute account of the animals and plants that appear in *Don Quixote*, but only to analyze certain details from a biologist's point of view. Thus, an effort is made to explain the relationship between storks and enemas, the presence of ravens and bats in the cave of Montesinos, the common names of animals at the time, Sancho's shads, the beeches that never existed, or the hawks and the falconry. And what did Teresa Panza, Sancho's wife, know about ostriches? The idea is to have a glimpse, by looking at *Don Quixote*, of at least what was known by society in general at the turn of the sixteenth century about what we call biodiversity today.

Palabras clave: Don Quijote; Miguel de Cervantes; historia natural; ciencia y literatura; ciencia renacentista. **Key words:** Don Quixote; Miguel de Cervantes; natural history; science and literature; Renaissance science.

Panace@ 2005; 6 (21-22): 319-333

Lo «meta-» está de moda. Proliferan hoy los metalenguajes, la metamatemática, la historia histórica y los diccionarios de lexicografía. Pero nada supera al «metaquijote». La grandeza de la obra cervantina hace que, desde su aparición, sean incontables los escritos sobre, acerca, alrededor, a, ante, bajo, cabe… el *Quijote*. Y estudios sobre los estudios. *Ad infinitum*. Poco de original puede hacerse ya cuando el mismo Cervantes sucumbe a la tentación y glosa detalles editoriales de su propia novela, que pone en boca del bachiller Sansón Carrasco en la segunda parte del *Quijote*.[1]

La universalidad e intemporalidad del *Quijote* como fenómeno literario trascienden en mucho el simple reflejo costumbrista de la época y el lugar en que fue escrito. También sobrepasan el fruto directo de la personalidad, los conocimientos y las circunstancias biográficas de Miguel de Cervantes.[2] Mucho se ha escrito sobre todos estos aspectos y sobre el error que suponen las interpretaciones en exceso simplistas. Sin embargo, y desde el punto de vista de la ciencia actual, empírica y experimental, sí cabe indagar cómo y hasta qué punto los conocimientos científicos de la época percolan en una obra como el *Quijote*. Y aquí sí hay una relación directa entre el autor, su época y su obra, porque, como han señalado recientemente Feros y Gelabert (2004), «… existe un tiempo del *Quijote*, un tiempo que ayuda a explicar por qué el *Quijote* es como es». Ese tiempo del *Quijote* tiene, en lo que se refiere a las ciencias en

* Artículo publicado originalmente en el libro de autoría múltiple *La ciencia y El Quijote* (Barcelona: Crítica, 2005; ISBN: 84-8432-649-7), dirigido por José Manuel Sánchez Ron. Reproducido en *Panace@* con autorización del autor del texto, del director del libro, de la editorial Crítica (Carmen Esteban) y de la FECYT – Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (Luis Sánchez Ortiz). Con imágenes y fotografías añadidas por el autor.

** Departamento de Zoología de la Universidad Complutense de Madrid e Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española, Madrid (España). Dirección para correspondencia: fernando@rae.es.

general y a la historia natural en particular, características que, pasadas por el cedazo cervantino, son el objeto de este ensayo.

No se trata aquí de hacer inventario prolijo de las plantas y los animales que van asomando entre ventas, venturas y desventurados. Tal esfuerzo ya está hecho, con mayor o menor fortuna.[3] Sí de aprovechar la presencia quijotesca de determinados animales y plantas para indagar unas veces en el grado de conocimiento que sobre el particular se tenía entonces, otras para preguntarnos acerca de las razones y circunstancias de Cervantes al incluirlos en su novela.

1. La historia natural en el cambio de siglo: el momento y el entorno

[...] sobre hombros de gigantes.

La cita no es de Cervantes. Es de Newton y se refiere al saber heredado de sus predecesores, que prepararon el camino de la llamada «revolución científica».[4] Este período de la historia de la ciencia se suele enmarcar entre Galileo (1564-1642) y Newton (1642-1727), pero muy a menudo se olvida que no todos los saberes progresan al unísono, ni siquiera con ritmos parecidos. La historia natural está, si no apartada, sí desconectada o cuando menos descompasada de las luminarias de la física, que la ensombrece hasta el eclipse. No se suele conceder relevancia a los acontecimientos que hacen progresar las ciencias naturales a caballo de los siglos XVI y XVII. Y sin embargo la tienen, y mucha, pues es entonces cuando se operan los cambios conceptuales y metodológicos que permiten la posterior «explosión».

En el Renacimiento se sustituye el conocimiento clásico pasado a través del tamiz árabe por el derivado del humanismo de Erasmo y sus seguidores. Se ha objetado que los resultados de este cambio, en los campos que hoy damos en llamar «ciencias de la vida», incluida la medicina, no fueron precisamente alentadores. Pero se olvida que los resultados necesitan de un proceso de evolución, de adaptación, de asimilación de las nuevas ideas. Poco podía hacer la anatomía por progresar, y toda la medicina con ella, sin apoyarse en la obra de un Leonardo o un Vesalio. En la época de Cervantes y de su *Quijote* se está produciendo esa asimilación, están fermentando las ideas, los conceptos y las técnicas que desembocarán en Hooke,[5] Boyle,[6] Newton o Linneo.[7]

Pero todo ello se apoya, a su vez, en acontecimientos clave de muy distinto género, desde la invención de la imprenta en 1447, con su enorme potencial difusor del saber, hasta el descubrimiento de América en 1492, que abre literalmente un nuevo mundo a la historia natural, sin olvidar la Reforma (1517) y la posterior Contrarreforma, revulsivo intelectual de primer orden.

Podría apreciarse una progresión desde el simple afán descriptor y catalogador heredado de los clásicos, que se ve reavivado por los descubrimientos geográficos no solo de América, sino también de África y las Indias Orientales. Lo nuevo, lo exótico, lo espectacular despierta el gusto por el coleccionismo, que el ambiente renacentista transforma en los primeros gabinetes «científicos» y jardines botánicos, precursores de museos y centros de investigación. A la par se intenta el aprovechamiento inmediato de las posibles aplicaciones o utilidades de lo recién descubierto, sean alimentos, medicinas o recursos mineros. Solo después se atiende al conocimiento como fin en sí mismo. Se explica así que muchos descubrimientos no alcancen su pleno significado hasta largo tiempo después de producirse, y generalmente no por la misma mano. Cuando Alonso Quijano sale al Campo de Montiel, la concepción orgánica de los seres vivos responde a la llamada «teoría fibrilar» de Fallopio. La fibra es al XVII lo que la célula será al XVIII.[8] Ya hay artesanos holandeses e italianos «jugando» con lentes en los antecedentes del microscopio. Pero falta aún medio siglo o más para que Leeuwenhoek y Hooke abran la ventana al universo de lo diminuto. Y ni siquiera entonces se tiene conciencia de significados y trascendencias. Los verdaderos descubridores de la célula son Schwann, Schleiden y Virchow, más que Leeuwenhoek o Hooke.

No es muy correcto hablar de zoología o de botánica en la época de Cervantes.[9] Los eruditos del momento se referían a la historia natural en conjunto, sin establecer fronteras nítidas. De hecho, era común que un mismo autor se dedicara al estudio de plantas y animales, incluso en la misma obra. Así lo hacen Hernández, Fernández de Oviedo y Acosta, por citar algunos. Y más común es encontrar noticias, observaciones o interpretaciones relacionadas con animales o plantas en obras y autores de otras materias, especialmente la medicina. No olvidemos que los primeros botánicos fueron médicos, atraídos hacia las plantas por sus virtudes curativas. Mucho después se comenzó a hablar de ciencias naturales, y solo en el siglo XIX se deslindan la zoología y la botánica como disciplinas independientes. Pero sí que es posible observar una diferente «velocidad» en el devenir de ambas materias durante los años cervantinos.[10] El estudio de los animales estaba más avanzado al principio del Renacimiento que el de las plantas, probablemente por la mayor diversidad morfológica primaria entre aquellos. Ello implica que la distinción precisa entre animales harto conocidos no era necesaria, y por tanto no se construye un sistema taxonómico y de clasificación sustentado por un aparato teórico más o menos elaborado.

Con las plantas aparece, casi «explota», la avidez por el conocimiento de sus propiedades medicinales. Así se hace necesaria una identificación lo más minuciosa posible, que supone un conocimiento profundo. Y la botánica gana la carrera renacentista a una zoología estancada. Pero además se produce un avance tecnológico fundamental, que ahonda la diferencia de *tempo* entre ambas disciplinas: la invención del herbario, atribuida a Luca Ghini (1490-1556), que permitió el estudio diferido de ejemplares, el acceso a plantas remotas recolectadas por otros y la perpetuación de colecciones. No así con los animales, cuyas condiciones de conservación no pasaban, en el mejor de los casos, de la inmersión en alcohol.

En las obras dedicadas a la historia natural se advierte una constante: la interpretación de los seres vivos, plantas y especialmente animales, con una visión antropocéntrica a menudo trufada de religión, que trasciende en el tratamiento de las descripciones y hasta en los títulos de las obras.[11] Se atribuyen a los seres vivos propiedades que son patrimonio exclusivo de la especie humana, convirtiéndolos en reflejo y prototipo de caracteres, sentimientos y aspectos morales. Cervantes lo pone en boca de su caballero:

> [...] de las grullas la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y la lealtad, del caballo.[12]

Este parece ser un rasgo renacentista, quizás heredado de Aristóteles y Plinio y aun de Esopo. Puede apreciarse claramente en Leonardo y en Severino y tuvo influencia honda y persistente, desde grandes figuras como José de Acosta o Leonhart Fuchs[13] hasta otros autores menores o locales, como Francisco Marcuello[14]. Y hasta nuestros días, con expresiones como «la astucia del zorro» o la «lengua viperina».

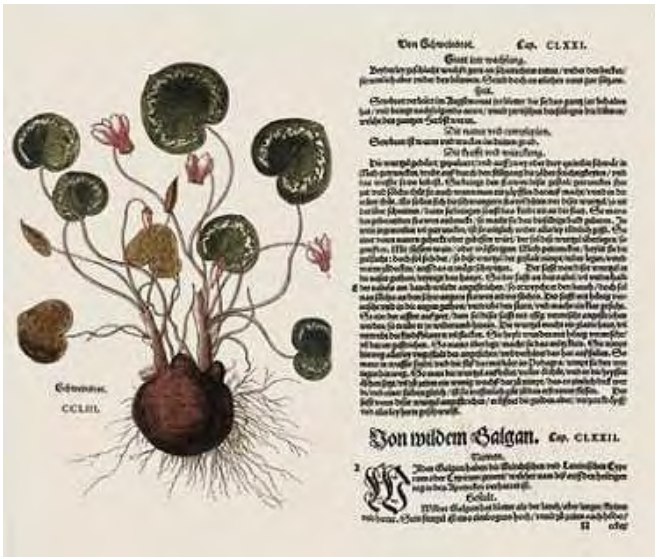
Leonhart Fuchs: *De historia stirpium*. Retrato de Fuchs procedente del ejemplar del Missouri Botanical Garden

2. El panorama europeo

> Tan buen pan hacen aquí como en Francia [...].[15]

Las figuras de la época son muchas, y no es este el lugar para un estudio profundo de todas ellas. En la botánica europea destacan, entre otros, Andrea Cesalpino (1519-1603) y Leonhart Fuchs (1501-1566). La obra fundamental de Cesalpino en relación con la historia natural es su tratado *De Plantis* (1583). Se suele considerar a Cesalpino como el iniciador de la aplicación sistemática de una clasificación coherente. Sin embargo, la interpretación conceptual de la clasificación en Cesalpino es todavía aristotélica. A diferencia de la concepción actual de la sistemática biológica, en el Renacimiento el objetivo fundamental de la clasificación es la correcta identificación de los ejemplares. Por ello, Cesalpino procede «de arriba abajo», en lo que Mayr (1982) llama «la clasificación descendente por división lógica».

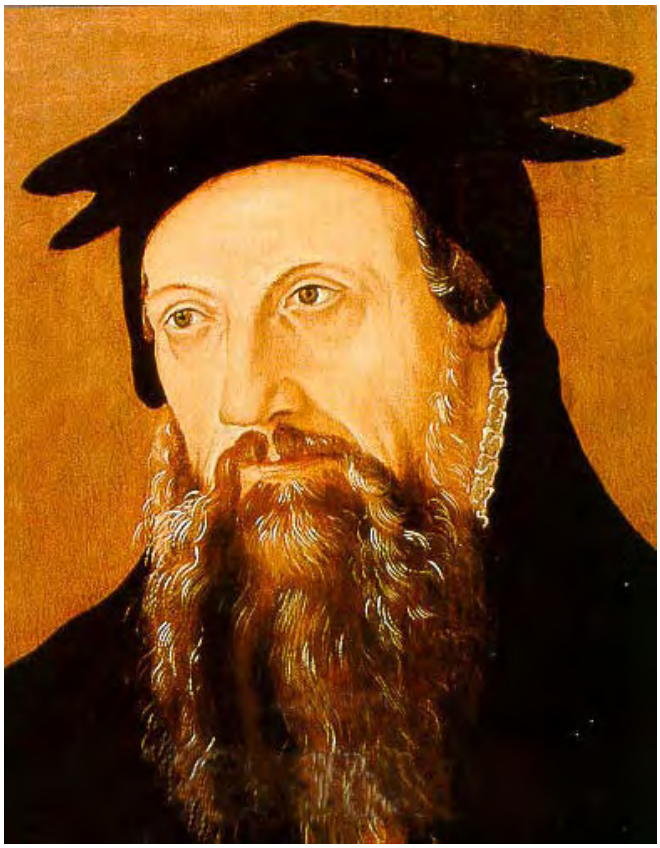
Leonhart Fuchs[16] (1501-1566) fue profesor de medicina en la Universidad de Tubinga (1535-1566). Las obras de Fuchs, singularmente su *De historia stirpium* (1543),[17] introducen magníficas ilustraciones de los ejemplares, generalmente alabadas por su carácter «realista y natural». Independientemente de su valor artístico, este rasgo hay que apreciarlo positivamente como consecuencia de la observación directa. Pero además hay en las ilustraciones de Fuchs una tendencia a ignorar defectos o irregularidades individuales, por lo que el resultado final se aproxima a un modelo ideal, cerca de lo que hoy conocemos como el concepto tipológico de un taxón.[18] Sin embargo, no va más allá y según la costumbre de la época ordena las plantas alfabéticamente. El paso cualitativo entre el «tipo ideal» de Fuchs y la organización conceptual de las plantas en un sistema de clasificación tendrá que esperar primero a Ray y después a Linneo.



Una de las ilustraciones, coloreadas posteriormente, del herbario de Fuchs. El aspecto general es increíblemente moderno para la época

El estudio de los animales en la Europa de Cervantes puede representarse por la figura del suizo Conrad Gessner (1516-1565) y su *Historia animalium* (1551-1558). Esta obra ingente, de más de 4500 folios y con centenares de ilustraciones, sigue también, como la de Fuchs, un orden al-

fabético en la relación de las descripciones zoológicas. Más tarde, Aldrovandi (1522-1605) toma la parte del trabajo de Gessner dedicada a las aves y la publica por separado, si bien abandona el orden alfabético en favor de una clasificación que hoy calificaríamos como poco de ingenua. Gessner, como Fuchs, concede gran importancia a la ilustración, y se aleja intencionadamente de los animales fabulosos, mitológicos o fantásticos, tan abundantes en la literatura de la época.[19] El sevillano Monardes (1493-1588) ya anticipó esta línea de actuación en cuanto a la fidelidad de sus ilustraciones, aunque no con la altura de Fuchs o Gessner y con algunos errores.[20] Es evidente que algo tuvieron que ver en esto artistas renacentistas de la talla de Leonardo da Vinci y Alberto Durero, cuya fidelidad al original traspasaba la frontera de lo puramente artístico y entraba en lo que hoy conocemos como ilustración científica. No obstante, y como veremos más adelante, Durero dibuja y graba su famoso rinoceronte «de oídas», sin verlo.



Retrato de Conrad Gessner, naturalista que fue a la zoología lo que Fuchs a la botánica

3. La España pionera

> [...] cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.

La historia natural española entre los siglos XVI y XVII raya a gran altura. El descubrimiento de América es el gran motor. La empresa americana supone una revolución que afecta a la historia natural en dos frentes: Primero en los objetos de estudio, tanto plantas como animales, todos ellos desconocidos, para cuyo estudio y descripción es preciso a menudo partir de cero. Y en segundo lugar, y derivado de lo anterior, en los modos. Ya no se trata de «ediciones comentadas» de los clásicos, al modo de Laguna con Dioscórides o Hernández con Plinio. Gonzalo Fernández de Oviedo, José de Acosta y el propio Hernández abren los ojos a un mundo nuevo con mentalidades igualmente renovadas. Pero se tiene la impresión de que sus esfuerzos y sus avances no fueron suficientemente reconocidos, aprovechados y explotados por el poder político y económico. Ni siquiera cuando el impulso inicial, como en el caso de la expedición de Hernández, procede del propio poder político.[21]

Único retrato conocido del sevillano Nicolás Monardes, uno de los primeros europeos en ver un armadillo, al que bautizó con el descriptivo nombre de «encubertado», que no prosperó

Las primeras reseñas sobre la historia natural de los nuevos territorios son inmediatas. Los propios textos colombinos primero, y los de Fernández de Enciso y Pedro Mártir de Anglería después ya dan noticia de las maravillas y novedades americanas.[22] Las primeras descripciones *in extenso* se deben al gran Fernández de Oviedo. Mucho se ha escrito sobre este autor y su *Historia natural y general de las Indias, islas y Tierrafirme del mar Océano* (1535). El carácter de esta obra y la peripecia vital de su autor, que visitó Italia y Flandes y cruzó una docena de veces el Atlántico, además de relacionarse con las más importantes personalidades de su tiempo, desde los Reyes Católicos y Colón hasta Miguel Ángel y Tiziano, pasando por el Gran Capitán, de quien fue secretario,[23] no han sido reconocidos con justicia. Puede considerarse como el autor del primer tratado de Historia Natural, que une a las obligadas descripciones numerosas observaciones de índole ecológica y biogeográfica. Tras las descripciones de Oviedo aparecen los primeros estudios científicos «a distancia», encabezados por el sevillano Nicolás Monardes (1493-1588).[24] Monardes no viajó nunca al continente americano, y realiza sus estudios con materiales y descripciones procedentes de viajeros que desde allá recalan en Sevilla. Incluso recibe contribuciones

para sus trabajos por carta, como la que le envía el soldado Pedro de Osma desde Lima en 1568. Además de sus escritos, fundamentalmente dedicados a las aplicaciones médicas de la flora americana,[25] Monardes organiza en Sevilla, en 1554, el primer jardín botánico, donde aclimató muchas plantas traídas de América.[26] Este jardín fue el modelo seguido por otros muchos en la época. Así, Francisco Franco, catedrático «de simples» en Coímbra, fue luego profesor en Sevilla y solicitó al rey Felipe II la creación de un jardín botánico universitario. Sevilla se convierte así en el centro de la *scientia plantarum*. Además de Monardes y Franco, Simón de Tovar organizó en esta ciudad otro jardín con criterios que hoy calificaríamos de ciencia moderna. Y Rodrigo Zamorano, piloto mayor de las flotas de Indias y examinador de maestres, también forma su particular museo en Sevilla.

El médico Andrés Laguna (1494-1560) ocupa un lugar especial en la historia natural por la fama que alcanzó su traducción de la *Materia medica,* de Dioscórides. Mucho se ha escrito sobre las versiones dioscorideanas de Laguna, de Piero Andrea Mattioli y de Lucca Ghini. Pero de su figura y su obra se ocupa en este mismo libro J. Puerto, a cuyo capítulo me remito.

Es el momento de la primera expedición enviada a América por la Corona con fines de exploración e investigación científica. Al frente pone el rey Felipe a Francisco Hernández, su médico y traductor de Plinio, que parte en 1570 y recorre Nueva España hasta 1577. Escribe un informe en latín, distribuido en 15 o 17 tomos, que envía al rey y que se deposita en El Escorial. Felipe II encarga la selección de estos materiales para su publicación al primer «simplicista» regio, Nardo Antonio Recchi, al que sucedió Jaime Honorato Pomar. El manuscrito de Hernández quedó poco menos que arrumbado en El Escorial, y se perdió en gran parte en el incendio de 1671. Sus ilustraciones, o copias de ellas, adornaron los aposentos de Felipe II antes de pasar a Pomar, como presente regio a su «médico herbolario».[27] Hernández es deudor de Cesalpino en cuanto a la botánica, e indudablemente se adelantó a otros estudiosos europeos en el estudio de materiales americanos.[28] Francisco Ximénez extracta y traduce la obra de Hernández en México (1615), lo que ha permitido su transmisión, con diversas ediciones y resúmenes. Como ejemplo del desconocimiento de la obra de Hernández se puede citar a la dalia. Hernández describe por primera vez esta planta procedente de la región de Cuernavaca, en México. Esta descripción, junto con el nombre azteca de la planta, *jicamite,* permanecieron en el olvido hasta que Antonio José Cavanilles, en 1780, la hizo cultivar expresamente para adorno del Jardín Botánico de Madrid y la rebautizó en honor del botánico sueco Andreas Dahl, discípulo de Linneo.

Tras las descripciones, las colecciones y las expediciones llega el turno de la integración de saberes, de la elaboración de hipótesis y la extracción de conclusiones. Este es el gran legado de José de Acosta (1539-1599) y su *Historia natural y moral de las Indias* (1590). Su formación jesuítica le coloca intelectualmente por encima de Oviedo y le permite una capacidad analítica superior. Sorprendentemente, Acosta extrae conclusiones de sus propias observaciones y de las de sus predecesores que asombraron a científicos de la talla de Humboldt. Su aproximación a la historia natural, tanto por el contenido de su obra como por su organización, es netamente biogeográfica, un concepto este que solo adquiriría pujanza siglos después. Sobre todo, Acosta duda. Y se pregunta. ¿Cómo se poblaron las islas? ¿Por qué hay animales en América que se parecen a los europeos y otros completamente desconocidos? ¿Cuál es la causa de que muchos animales solo existan en una parte del mundo? Estos interrogantes nos trasladan ineludiblemente a los circunloquios de un mareado Darwin a bordo del Beagle, casi tres siglos más tarde. Acosta llega a predecir que los continentes americano y europeo deben «estar en alguna parte muy cercanos entre sí».[29]

No hay espacio para glosar muchas otras figuras de la historia natural española entre los siglos XVI y XVII. Nombres como fray Bernardino de Sahagún, García de Orta, Juan Fragoso, Cristóbal de Acosta, Francisco López de Gómara o Benito Arias Montano compartieron época, paisajes y costumbres con Cervantes y su trasnochado paladín.

Contrariamente a lo que pudiera parecer, todos estos personajes, europeos y españoles, no son figuras aisladas. Las relaciones profesionales entre ellos, solo posibles gracias a la difusión de la ciencia que permite la imprenta, son intensas. La complejidad de la red tejida por unos y otros a través de ediciones, traducciones, versiones y plagios diversos en todos los idiomas europeos es enorme y permite forjar un panorama científico en constante ebullición. Veamos algún ejemplo. Simón de Tovar, aludido más arriba, fue uno de los más importantes correspondientes, junto con Juan Plaza,[30] del flamenco Charles de L'Escluse (Clusius o Clusio). Clusio es autor de *Rariorum aliquot stirpium per Hispanias observatarum historia,* de 1576. Resulta curioso cómo parece que los botánicos españoles de la época se sienten más atraídos por América y las Indias Orientales que por la propia flora, que queda para ser descrita por otros, más o menos foráneos, como Clusio. Así, Juan Fragoso, uno de los médicos de renombre de la época, dejó inacabada una *Hispanicarum plantarum Historia,* pero sí terminó y difundió un *Discurso de las cosas aromáticas, árboles y frutales... que se traen de la India Oriental* (1572), en gran medida deudora de García de Orta y de Monardes. No obstante, hubo un *do ut des,* porque Clusio tradujo al latín las obras de Monardes, de García de Orta y de Cristóbal de Acosta, con lo que ello implica en términos de difusión europea.

Las obras de unos y otros circulaban con cierta fluidez. Una prueba de ello es que Marcuello, un autor menor, lo que hoy llamaríamos un erudito local, es capaz de citar sin ambages no solo a Plinio, Aristóteles y Avicena, sino también a Amato Lusitano, José de Acosta, Laguna o López de Gómara. Y, sin haber salido de la provincia de Zaragoza, conoce la fauna americana, pues habla de las auras, de los colibríes, que llama «pájaros resucitados», de los rabijuncos y de otras especies difíciles de identificar de Santo Domingo, México y diversas posesiones españolas de ultramar.

¿Por qué, podemos preguntarnos entonces, conoce Cervantes el *Dioscórides* de Laguna pero no las obras de Oviedo, Monardes, Hernández y Acosta? Su formación es humanística, pero en una época en que las fronteras disciplinares no eran ni

mucho menos nítidas, y habida cuenta de su probada curiosidad, ello no parece un obstáculo. ¿Quizás por influencia de su padre, cirujano, a quien siendo niño aún oyó comentar la novedad de la obra de Laguna?

4. La Corona y la historia natural

> [...] las banderas son del rey nuestro Señor, en señal que aquí va cosa suya.[31]

Cervantes no solo ve el cambio de siglo, sino que es testigo del paso de tres monarcas, Carlos I, Felipe II y Felipe III, con muy distintas maneras, modos y talantes de gobernar.[32] Los intereses de la Corona están más en el mantenimiento del Imperio que en el impulso y la mejora de la sociedad interior. La protección y el amparo del conocimiento científico quedan en cierto modo a un lado. A la administración de la monarquía de los Felipes, con ser ambos de estilos bien distintos, le interesa el conocimiento científico en tanto en cuanto redunde directamente en aspectos prácticos como la alimentación o la salud, bien entendido que no las del pueblo, sino las de sus ejércitos.[33] El interés de Felipe II por la naturaleza ha sido negado por los propulsores de la llamada «leyenda negra» y ensalzado en demasía por los defensores de la «leyenda blanca», en virtud de la españolísima ley del péndulo.[34] El rey prudente ya de niño coleccionaba pájaros, y a los veinte años compra un ejemplar de la *Historia natural* de Plinio. Debió de causarle gran impresión, porque mucho más tarde mandó que se consultase, junto con las obras de Alberto Magno, en relación con las supuestas propiedades de un ópalo.[35] Es innegable su inclinación personal por los espacios abiertos, el campo y la caza, que siempre prefirió a la vida urbana y cortesana. Y, desde luego, participa del ambiente de su tiempo en lo concerniente a la ciencia, con una mezcla de humanismo renacentista sinceramente interesado en el progreso y a la vez una cierta confianza en prácticas más o menos oscuras, alquímicas o mágicas. Por eso contrata zahoríes cuando busca agua para sus jardines del Pardo y El Escorial. Y también manifiesta gran interés por ciertos aspectos esotéricos de la obra de Ramón Llull, en especial el *Blanquerna*.[36] A través del «arte» de Llull se podía alcanzar el doble objetivo del conocimiento de la teología, la medicina y las ciencias naturales por un lado y de la conversión de los infieles por otro. Una receta así no podía por menos que atraer al rey.[37]

No existe una institucionalización de la historia natural. Las investigaciones o estudios emprendidos por particulares buscan, con mayor o menor éxito, el patrocinio de la Corona o, en su defecto, de la nobleza. La iniciativa real se produce en tanto en cuanto pueda servir de solaz para la Corte o por su manifiesta utilidad y aplicación práctica, como es el caso de la botánica como fuente de «simples».

> [...] Iglesia o mar o casa real.[38]

Dos factores condicionan las decisiones de la monarquía en relación con la ciencia en general y la historia natural en particular, lo que hoy llamaríamos «política científica del gobierno»: la empresa americana en la lejanía y los asuntos de la religión. La una marca objetivos y direcciones preferentes, la otra dicta modos, maneras y límites.

Como se ha indicado más arriba, el mantenimiento del imperio condiciona las iniciativas reales. La Corona pone interés en promover aspectos como los avances técnicos en la navegación, que puedan mejorar las condiciones de las rutas comerciales de ultramar. En este contexto, Felipe II crea en 1751, por indicación de Juan de Ovando, el cargo de «cronista cosmógrafo» en el Consejo de Indias, con el encargo de recopilar las derrotas, distancias y datos cosmográficos y de navegación, pero también de reunir información sobre la historia natural «de las hierbas, plantas, animales, aves, pescados y otras cosas dignas de saberse». El comisionado, Juan López de Velasco, elabora para ello una serie de cuestionarios extensos que deberán desarrollar y cumplimentar las autoridades locales. Es el principio de un catálogo enciclopédico monumental, las famosas *Relaciones,* basado en lo que hoy llamaríamos «trabajo de campo» y auspiciado por la Corona. Un intento ambicioso que no da los resultados esperados: las *Relaciones* nunca llegaron a reunirse para constituir la pretendida «Descripción general de las Indias».[39]

> [...] también se suele decir «tras la cruz está el diablo». Vaya al fuego.[40]

La Iglesia ejerce un papel especial, condicionando multitud de aspectos de la vida cotidiana en una época marcada por la Reforma protestante y la consiguiente Contrarreforma. El tribunal de la Inquisición tutela a través de su censura cuanto se escribe en España, y las obras dedicadas a la historia natural no son una excepción.[41] Solo tres perlas. La Inquisición inicia un proceso contra los moriscos en cuanto a sus actividades relacionadas con la botánica por «usar un demonio para recoger hierbas».[42] La traducción de *De historia stirpium,* de Fuchs, por Juan de Jarava en 1557 resulta incluida en el *Index* de libros prohibidos de Paulo IV, preparado por Fernando de Valdés, inquisidor general.[43] Y ello por las inclinaciones protestantes del autor original. Igual suerte corrió la *Historia animalium,* de Gessner.

La lucha contra los protestantes, «el nuevo infiel», no solo interfiere en las publicaciones. Lo que hoy llamamos «movilidad» de la comunidad científica, y que hasta hace poco era simplemente «ampliar horizontes», es cortado de raíz por Felipe II, que en 1559 prohíbe a los españoles realizar estudios médicos fuera de la península, salvo en Nápoles, Roma y Bolonia, para evitar el contacto con protestantes y su influencia en la actividad intelectual.

Se ha calificado a Felipe II de rey ecologista, ante su interés por la naturaleza y por detalles como ciertos comentarios reales sobre la necesidad de conservar los bosques como legado para las generaciones futuras.[44] La Corona llega a crear en 1564 el cargo de «superintendente de bosques y plantaciones», para el que nombra a Cristóbal de Barros, con el encargo de obligar a las autoridades locales a plantar y replantar lo talado o roturado.[45] Pero el auténtico interés no es tan altruista. Antes que nada, Felipe II mira por sus barcos, su armada, para la que

necesita perentoriamente ingentes cantidades de madera. Si promueve la repoblación es para asegurar el suministro a los centros de construcción naval, como las reales atarazanas de Barcelona. La madera adquiere importancia estratégica. Por otro lado, Felipe se plantea, tras la victoria de Lepanto, quemar los bosques utilizados por los turcos con el fin de que no puedan reconstruir su flota, unas intenciones muy poco «verdes». Si ama los bosques es por que le permiten el ejercicio de la caza, al que era gran aficionado, ya desde niño.[46] Y pretende conservar *su* patrimonio.

> [...] le llevaron a caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.[47]

Porque la caza estaba reservada a la nobleza y, por supuesto, a la Casa del Rey, con graves castigos y cuantiosas multas para quien matase o talase en los bosques reales sin permiso. Otro ejemplo, citado por Puerto (2003): manda traer cisnes desde Flandes y Francia para sus estanques en la Casa de Campo y Aranjuez, y los trata literalmente «a cuerpo de rey». Pero a la vez ordena la caza indiscriminada de zorros, lobos, linces, águilas y serpientes en los alrededores, con el fin de evitar ataques a las anátidas. Cierto es que lo que hoy se considera una barbaridad entonces se trataba simplemente de «eliminar alimañas». Pero igual de erróneo es aplicar el calificativo de ecologista a quien tenía el profundo convencimiento de estar en posesión absoluta de la naturaleza para su exclusivo interés, provecho y solaz.

Vista del Real Alcázar de Madrid desde la Casa de Campo. El edificio ocupa el solar del actual Palacio Real, con el Campo del Moro y el río Manzanares a sus pies. Las construcciones que aparecen en primer término corresponden a la quinta o palacete de caza de Felipe II, donde se alojaban los leones, el elefante y el rinoceronte

Un conocido aspecto del gusto de Felipe II por las cosas naturales es su inclinación por los jardines[48] y espacios abiertos, lo que Javier Puerto llama la «naturaleza domesticada», que manda arreglar en distintos lugares reales: Aranjuez, El Escorial, Valsaín, El Pardo, la Casa de Campo en Madrid. En Aranjuez, el jardín no es solamente ornamental. Cumple funciones de herbolario para surtir a los laboratorios de El Escorial.[49] Pero también es huerta para el rey. Y granja para su mesa.[50] Y también zoológico; Felipe II gustaba de los animales exóticos, y se sabe que Aranjuez albergó camellos y avestruces.[51] Valsaín y El Pardo son cotos de caza, pero la Casa de Campo es quinta de recreo, jardín y zoológico, al que el rey accede casi directamente desde el Alcázar de Madrid. Allí aloja, entre otros animales, elefantes, leones y hasta un rinoceronte.[52] Del interés de Felipe II por sus jardines habla el hecho de que en 1589 nombra capellán de la Casa de Campo a Gregorio de los Ríos, a lo que no son ajenos sus conocimientos botánicos y de jardinería, que plasmó en su libro *Agricultura de jardines,*[53] probablemente el primer tratado de jardinería de Europa.

5. Un entorno natural para el *Quijote*

Como dije al principio, no se trata aquí de enumerar cada animal o planta que aparece en el Quijote. Pero sí de glosar algunos, particularmente interesantes por razones diversas.

> [...] de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son, de las cigüeñas, el cristel; de los perros, el vómito y el agradecimiento [...].[54]

Párrafo este famoso, como otros muchos del *Quijote*. Suele merecer notas explicativas al pie, pues si bien el resto de las «comparaciones animalísticas»[55] son inteligibles, aun la de los perros, la relación de las cigüeñas con el cristel o lavativa no es precisamente clara o deducible. Se encuentran en la *Silva de varia lección,* de Pero Mexía, y en el *Tesoro,* de Covarrubias, y parecen proceder de la *Historia natural* de Plinio. No obstante, otros autores no quedan satisfechos.[56] Sin embargo, he aquí una explicación procedente de una obra médica publicada en 1544, tres años antes del nacimiento de Cervantes, por Francisco López de Villalobos.[57]

> Así mismo dicen que aprendimos de las cigüeñas el echar de las ayudas, porque cuando ellas se sienten embarazadas de los muchos lagartos y culebras y sapos que han comido toman en los picos el agua de la mar y échanse una ayuda con el mismo pico. También vemos a los perros hacer vómitos con las yerbas del campo cuando se sienten cargados, y sueldan sus llagas con su saliva, alimpiando la materia y mitigando el dolor con sus lenguas.[58]

Claro es que carece de fundamento zoológico alguno, máxime si se piensa en la dificultad de las cigüeñas, pongamos de Trujillo, para encontrar agua de mar. Pudiera haberse interpretado así, desde Plinio a Villalobos, la especial postura que adoptan las cigüeñas al «saludarse», echando cabeza y pico atrás y emitiendo un sonido harto conocido, el crotoreo. Lo curioso es que, tras la explicación de las ciconiformes en el texto de Villalobos, sigue la de los perros, exactamente igual que en el Quijote. ¿Casualidad?

> [...] se levantó y viendo que no salían más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron [...].[59]

Portada de la *Historia general de las Indias...*, de Fernández de Oviedo

Dos comentarios merecen los murciélagos. El primero es de orden zoológico. Todas las anotaciones en este punto del *Quijote* hacen notar el error de Cervantes, puesto que los murciélagos no son aves. Y no hay tal error.[60] Olvidamos que los criterios para la clasificación biológica que manejamos actualmente son muy distintos a los de la época cervantina. Visto desde nuestros conocimientos actuales puede parecer un abultado fallo, debido a carencia de conocimientos. Pero no es así. Los rasgos que hoy usamos para clasificar a los murciélagos como mamíferos, fundamentalmente la presencia de pelo, glándulas mamarias y viviparismo, eran perfectamente conocidos en la época. Así Marcuello[61] describe con precisión todos estos caracteres, más su «cola de ratón» y sus «alas de cuero». El concepto de ave en el siglo XVI era sencillamente «animal que vuela», sin atender a otros rasgos. Hoy las aves son «vertebrados con plumas» sin importar si vuelan o no. Obsérvese la diferencia conceptual. Los renacentistas clasifican a través de una percepción primaria y con criterios no necesariamente morfológicos.[62] Esto solamente llegará con Linneo, y a veces mucho después.[63] Podría tratarse de un caso aislado, pero la fauna americana, con su caudal de novedades, proporciona otro ejemplo. Esta vez no es Cervantes el «errado», sino José de Acosta cuando describe al manatí (*Trichechus manatus*) de las islas caribeñas.[64] Lo trata como pescado, puesto que vive en el agua, pero ello no empece que reconozca en él rasgos como el parir crías vivas, alimentarlas de leche y pacer hierba. La duda de Acosta le lleva a sentir escrúpulos por comer carne de este animal en viernes «porque el color y sabor no parecían sino tajadas de ternera, y en parte de pernil».

El segundo comentario sobre los quirópteros es etimológico. Procede el vocablo, según el *Diccionario* de la Real Academia Española, de *murciégalo,* y este, a su vez, de *mur,* ratón, y *caeculus,* diminutivo de *caecus,* ciego. Es curiosa la evolución de una forma a otra. Sorprendentemente, la documentación más antigua corresponde a *murçielago,* que aparece en el *Calila e Dimna.*[65] La forma *murciégalo,* en su variante *morciegalo,* se encuentra en 1487 en una obra de Fray Hernando de Talavera. Parece que la palabra nació ya «torcida», o al menos se torció pronto. En época de Cervantes conviven los murciélagos con los murciégalos. Aquéllos podemos encontrarlos en la *Arcadia,* de Lope, en *La Celestina,* de Fernando de Rojas, en los *Comentarios,* de Garcilaso y, cómo no, en Oviedo y Acosta. Y estos, en Gracián, en Quevedo ¡y también en Garcilaso![66] Pero es que Fernández de Oviedo también vacila, y utiliza ambos en su *Batallas y quincuagenas,* de 1535-1552. Hasta el propio Cervantes bascula de *-lago* a *-galo* y dice *murciégalos* en la *Ilustre fregona,* de 1613. Pero finalmente esta última pierde la partida y desaparece paulatinamente. La última cita que proporciona el Corpus académico es de José Cadalso en los *Eruditos a la violeta,* de 1772. En América persiste algo más, y aparecen testimonios aislados en el siglo XIX. Pero nadie dice *murciégalo* a partir de 1900.

> [...] un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela.[67]

Este cuadro de la época permite apreciar la calidad y cantidad del pescado que llegaba normalmente a los puertos europeos, aunque no alcanzaba las ciudades del interior. Frans Snyders: *Pescadería* (1579-1657). Koninklijk Museum voor Schone Kunsten – Real Museo de Bellas Artes de Amberes (Bélgica)

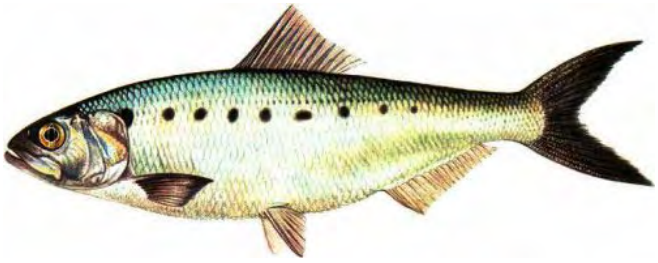
Pone de manifiesto Cervantes la disparidad de nombres que recibe un mismo animal en localidades diferentes. El hecho es que aún hoy lo que para unos es riqueza de la lengua para otros es engorrosa falta de precisión. La confusión que introducen en el conocimiento especializado los nombres comunes de los seres vivos y sus infinitas variaciones geográficas comienza ya a ponerse de manifiesto en los tiempos del *Quijote,* cuando ven la luz las primeras obras cercanas a una moderna concepción de las ciencias biológicas. Desde el primer momento muchos autores trataron de solventar el problema con mayor o menor acierto. Así vemos como en la edición castellana del *De historia stirpium,* de Fuchs, debida a Juan de Jarava, se dice que «a

favor de los que estudian en medicina, se han puesto en riba de cada planta sus nombres en griego, latín y castellano».[68] No es un caso aislado, sino una constante que bien pudiera tener inicio en el *Lexicón* que Nebrija añade al *Dioscórides* en 1518. En este sentido, el trabajo de ambos, Nebrija y Jarava, ha tenido una enorme trascendencia en cuanto a los actuales nombres comunes de muchas plantas, recogidos mucho más tarde en el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española (1726-1739),[69] bien directamente o a través de otra obra capital en la lexicografía española: el *Tesoro de la lengua castellana o española,* de Covarrubias (1611).

Cervantes desliza, al hilo de la narración, detalles que pueden hacer levantar las cejas a un naturalista. Veamos alguno.

> [...] de algunos pescadores de este río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.[70]

La saboga (*Alosa fallax*) es un cupleido migrador, que entra en los ríos desde el mar. Generalmente extraña a los anotadores del *Quijote* que Sancho tenga conocimiento de él, ya que no ha salido jamás de la Mancha.[71] Más aún si se considera el escaso aprecio que en la época se hacía al pescado como alimento, puesto que solo en salazón, como el bacalao o las sardinas arenques, famosos en el *Quijote,* podía consumirse en el centro de la península. Sin embargo, estos argumentos olvidan el pescado de río, buen suplemento de la dieta, sobre todo de las clases menos acomodadas, y que sí estaba accesible en estado fresco.[72] Y el comentario de Sancho es perfectamente plausible. No solo había sabogas en el Ebro. Las hubo y sigue habiendo muy hermosas en el Guadiana y muy probablemente en las lagunas de Ruidera,[73] localidades estas sí accesibles o cercanas al entorno de Sancho Panza. No es nada extraño que los lugareños de la zona, como Sancho, comentaran sobre las bondades de las sabogas de tal o cual río.



Saboga *(Alosa fallax)*

> Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama cavial y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre.[74]

Por continuar con los peces de río, es esta la única vez que en el *Quijote* se cita este manjar, aunque sin nombrar al esturión, del que se obtiene.[75] Estos grandes peces fueron una vez comunes en los ríos de España, y especialmente en el Guadalquivir, donde hubo fábrica de caviar en Coria del Río hasta los años sesenta. La construcción de embalses y presas los hizo desaparecer, como a tantas otras especies migradoras.[76]

> [...] por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo.[77]

Dos precisiones al pasaje. Está claro que el número de aves que salieron al paso del caballero fue grande. Pero los cuervos (*Corvus corax*) no forman grandes bandadas. Son más bien solitarios o vuelan en parejas. Como mucho, un grupo familiar de media docena de individuos. Y desde luego, no acostumbran a anidar en cuevas. La única ave cavernícola con que podría confundirse es la chova piquirroja *(Pyrrhocorax pyrrhocorax)*. O bien un grupo de grajillas *(Corvus monedula)*. Tampoco el área de distribución ni las costumbres de la graja *(Corvus frugilegus)* cuadran con el pasaje del *Quijote*. Tomaremos, pues, el cuervo de Cervantes por «cualquier pájaro grande y negro».

Chova piquirroja *(Pyrrhocorax pyrrhocorax),* probablemente el «cuervo» de la cueva de Montesinos

> No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela [...].[78]

Son varias las veces que Cervantes utiliza las hayas como elemento paisajístico. Y bien está, si de construir entornos imaginarios se trata. Pero desde luego, ni entonces ni ahora pudo haber hayas en Sierra Morena.[79] Algo parecido ocurre con los castaños, olmos y sauces que proliferan en la novela. Las más de las veces, colocados impropiamente en el entorno. Es evidente que Cervantes fabrica un paisaje ad hoc en cada momento y lugar, para crear la atmósfera acorde

con el episodio en cuestión. De ahí «aquellas altas sierras» en los campos de Montiel, en plena llanura manchega. En cambio no hay referencia ninguna a enebros y sabinas, bien característicos de la zona en que se mueven los personajes.[80] Tampoco se citan en el *Quijote* los pinos ni los pinares, salvo para describir las estacas de los yangüeses.

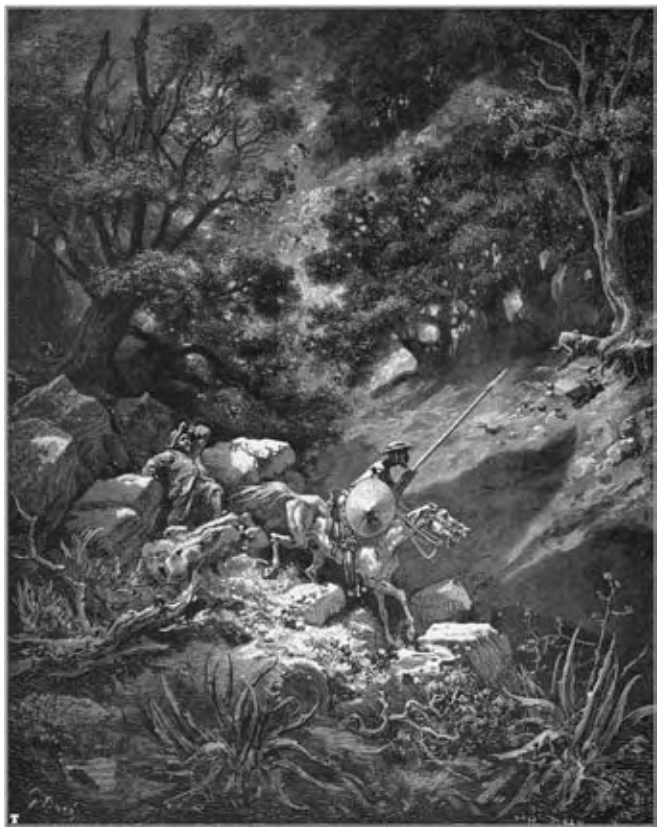
Pudiéramos pensar que el paisaje manchego es hoy fundamentalmente distinto a como lo vio don Quijote, y que desde entonces han desaparecido bosques y florestas. Pero probablemente la Mancha se parece hoy bastante a lo que fue entonces. La degradación ambiental se debe, en el caso manchego, fundamentalmente al pastoreo intensivo. Estamos en el apogeo de la mesta, y la ganadería, especialmente la lanar, domina sobre la agricultura. Cuando esta toma el relevo, la roturación desmedida remata la faena. Pero, insisto, no todo es lo que hubo y ya no hay. Cervantes inventa para colocar a su caballero en los escenarios que más le conviene, y las novelas de caballerías sitúan a sus personajes en paisajes fantásticos y espectaculares, con abundancia de selvas, cascadas y precipicios sin fondo. Puede que estemos ante un recurso más para ofrecer un ridículo contraste entre realidad y aventura quijotesca.

> En la mano izquierda traía un azor, señal que dio a entender a don Quijote ser aquélla alguna gran señora [...].[81]

Bien lo debía de saber don Quijote, cazador también él pero cuya hacienda no daba para el arte de la cetrería. Esta práctica cinegética estaba reservada a la nobleza «con posibles», y nuestro pobre hidalgo malamente podía mantener a su rocín. Las razones para ello son, fundamentalmente, económicas. El costo de las aves, más el personal que las adiestre y las cuide, y también su manutención, no olvidemos que comen carne, resultaba prohibitivo. Ello hace de esta modalidad de caza un privilegio y también un arte, pues no abundan los expertos. Desde su probable introducción en el siglo v,[82] la cetrería se desarrolló hasta extremos insospechados, creando una tecnología y una terminología propias.[83] Son numerosos los libros y tratados de cetrería, pero destaca el *Libro de la caza,* de Alfonso XI, escrito en 1345 pero editado en 1582 por Antonio Argote de Molina.[84] Se trata de una auténtica guía de campo, donde se describen las especies cinegéticas, las costumbres y modos del arte de la montería y las localidades y entornos de cada una de ellas.

> [...] como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros.[85]

El entrenamiento a que eran sometidas las aves era exhaustivo, no tanto para enseñarlas a cazar, técnica que dominan de forma natural, sino para volver al puño de su amo. Francisco Marcuello (1617) nos da un vívido ejemplo de la técnica de caza, que reproduce la forma en que lo hacen en la naturaleza:



Dos de las famosas ilustraciones de Gustavo Doré para el *Quijote*. Aunque del siglo XIX, Doré responde a las descripciones de Cervantes y representa paisajes casi imposibles. Frondosos bosques y arroyos cristalinos son ideales marcos literarios, pero poco creíbles en la Mancha en el siglo XVI. ¿Qué hacen unas pitas (en primer término) en semejante entorno?

«Una de las caças más entretenidas, y gustosas, es la de la Garça, quando le echan dos Halcones, que el uno sube a lo alto, para hazerla baxar, y el otro anda por abaxo para detenerla: y assi dan muchas y muy graciosas bueltas; ella por librarse, y ellos por cogerla; pero al fin la rinden».[86]

En tiempos de Cervantes la cetrería se encuentra en el comienzo de su declive; su fin oficial no se producirá hasta 1748, con un real decreto de Fernando VI.[87] Pero hoy asistimos a un cierto renacer, que ha obligado a regular legalmente las actividades cetreras, dedicadas a veces a menesteres insospechados: hay halcones para impedir que otras aves perturben el tráfico aéreo en el aeropuerto de Madrid-Barajas, y también hay halcones para evitar la proliferación de las palomas en el estadio Santiago Bernabéu.

6. América, el *Quijote* y la historia natural

> Busque por acá en qué se le haga merced.[88]

La presencia de América en el *Quijote* es relativamente frecuente. Una cata apresurada da como resultado trece citas, aunque probablemente sean algunas más. Al menos cuatro de ellas hacen referencia a distintos cargos, como el de oidor (I, 42). Una vez aparece el nombre de América (I, 48), otra se refiere al Nuevo Mundo (II, 8) y el resto nombra distintos virreinatos. Cita don Quijote a las Indias (II, 29) al referirse a los que se embarcan hacia ellas en un tono que sugiere el recuerdo del emigrante que se fue, como algo cotidiano y sabido. Y así debía de ser en aquel entonces. Lo extraño es que la influencia de América no se infiltre más en el *Quijote*. ¿Por qué tan poca América? No aparecen en el *Quijote,* puesto que de la historia natural tratamos, productos americanos. Veamos el caso del maíz. Opina Francisco Hernández, por la pluma de su traductor Ximénez, que le extraña que los españoles, «diligentísimos imitadores de las cosas estrangeras» no hayan introducido en España el cultivo y uso del maíz cuando ya lo han hecho otros: «[…] como lo tienen en Flandes y en Ingalaterra, y otras muchas naciones […]». Pero el maíz había pasado a Europa a través de España.[89] Es curioso cómo Leonhart Fuchs[90] lo llama «trigo turco» y lo supone llegado de la India y Grecia. Más curioso aún es que su traductor, Jarava, no repara en el origen americano y mantiene el error de la denominación «trigo de Turquía».[91]

También Ximénez habla del chile o pimiento como hace tiempo introducido en España, tanto para ornamento de jardines[92] como para «usarla por apetito y condimento».[93] Tampoco se nombran en la novela el tabaco ni el cacao, productos de los que con toda probabilidad Cervantes había cuando menos oído noticias.[94] También se conocía ya el tabasco como condimento para sustituir a la pimienta, y el liquidámbar, el sasafrás, el guayabo y el añil... ¿Por qué ninguno en el *Quijote*?[95] ¿Es una forma de venganza de Cervantes por el fracaso de sus pretensiones en ultramar?

7. Leones para el rey

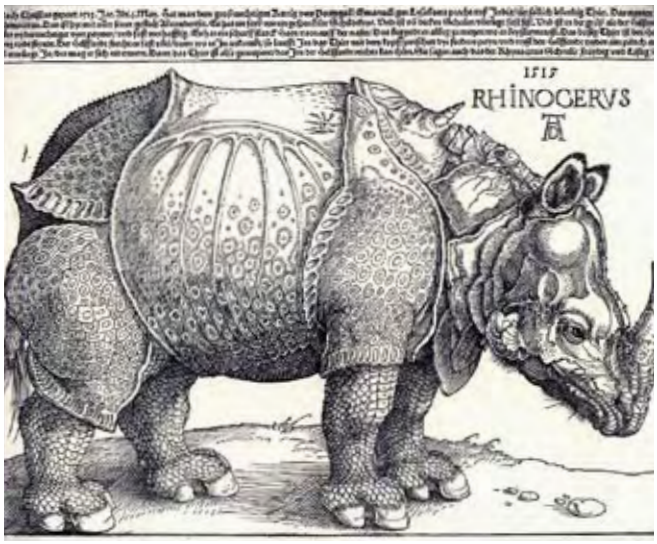
> [...] dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte, presentados a Su Majestad.[96]

La magistral aventura del caballero con los leones nos da pie para preguntarnos por el conocimiento que Cervantes, y con él la sociedad de su tiempo, tuvo de la fauna exótica. En primer lugar, ¿por qué leones?; ¿por qué no cocodrilos, elefantes, tigres o búfalos? Probablemente la respuesta proceda de la Corte. Como vimos más arriba, la Casa de Campo de Madrid es jardín real; pero también zoológico. Casi con seguridad iban allí destinados los leones del Quijote.[97] Es probable que Cervantes supiera de ello, puesto que en otra ocasión (II, 22) nombra la fuente de la Priora en Madrid, sita en los jardines anejos al Alcázar donde Felipe II tenía su huerta de «simples» y separada de la Casa de Campo solo por el río Manzanares. Pudo Cervantes haberse sentido tentado a introducir en su novela más animales exóticos o fantásticos, que pudieran ir de acuerdo con el carácter exaltado de don Quijote. No lo hace así, probablemente consciente del desconocimiento general de sus futuros lectores sobre estos asuntos. Si elige al león es por harto conocido, porque el pueblo sabe que el rey los tiene y porque simboliza valores que puede contraponer a su héroe.

Vista de Barcelona en época de Cervantes, del mismo autor que el paisaje madrileño. El torreón que domina la ciudad sobre el promontorio de Montjuïc se cita en el *Quijote*. Son visibles las Reales Atarazanas, al pie del monte y junto al mar, donde hoy se encuentra el Museo Marítimo. Y la «calle» que baja perpendicularmente hasta el mar, en el límite de la ciudad, son las actuales Ramblas

Pero pueden entresacarse en la novela más animales exóticos: mono, castor, dromedario, cebra, elefante, tigre, adiva (chacal), marta cibelina, ballena. Y otros deducibles por sus productos: ámbar gris,[98] lobo marino,[99] avestruz.[100] Parece que estos últimos fueron asiduos huéspedes del parque real de Aranjuez, pero también frecuentes visitantes en otros lugares de España. Francisco Marcuello (1617) habla de un ejemplar que pasó por Daroca «hace unos años». Bien pudiera ir, como los leones del *Quijote*, de camino a Madrid desde el puerto de Barcelona; o también podría tratarse de una mascota de feriante, que lo exhibía de pueblo en pueblo. Quizás así supo Teresa Panza del tamaño de sus huevos.

Hay un animal extraño y famoso que merece un comentario final. El mítico unicornio,[101] confundido con el rinoceronte ya desde las *Etimologías* de San Isidoro.[102] La historia del rinoceronte ilustra perfectamente las vías, intrincadas a veces, por las que los objetos de la historia natural llegaban al conocimiento del mundo «civilizado». Hasta 1600 solo se tiene noticia de dos ejemplares de rinoceronte en Europa,[103] y ambos están en España. El 20 de mayo de 1515 llega a Portugal un ejemplar vivo de rinoceronte indio como regalo para el rey Manuel I de Portugal. Alberto Durero hizo de él en 1519, sin haberlo visto y a través de una descripción, un famoso grabado cuya difusión alcanzó cotas insospechadas en el espacio y en el tiempo, convirtiéndose en la única referencia sobre el animal.[104] La ilustración de Durero fue la culpable del tardío reconocimiento de la especie africana con dos cuernos, el rinoceronte negro.[105] El segundo ejemplar es una hembra, traída desde la India para Felipe II[106] y que se mantuvo durante años en la Casa de Campo, junto con el elefante.[107] El rey mandó llevarla en octubre de 1583 a El Escorial para solaz de los que allí estaban, aunque, por su fiereza, no causó tanto regocijo como el elefante, evidentemente amaestrado.[108]



Alberto Durero: *El rinoceronte*. Grabado de 1515

Notas

1. *Quijote* (II, 3).
2. Pero es quizás el propio Cervantes quien mejor lo acota en el *Viaje del Parnaso*: «…Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo / al pecho melancólico y mohíno, / en cualquiera sazón, en todo tiempo. / […]».
3. Es imposible intentar siquiera una aproximación completa a la bibliografía sobre el *Quijote*. Entre los trabajos consultados que se dedican a estos asuntos destacan merecidamente los de Miguel Colmeiro (1895) y Luis Ceballos (1965) por su precisión y esmero en el detalle. Más reciente, pero algo menos riguroso, es el libro de Jacinto Gómez Tejedor (1994). Y entre los títulos prometedores, pero ayunos en el tema que nos ocupa, se cuentan los trabajos de Julio Garet Mas (1969a, b).
4. Recientemente, V. Navarro (2004) ha realizado un excelente análisis sobre la época de la «revolución científica».
5. Recién publicada la segunda parte del *Quijote*, Galileo (¿o es Campani?) diseña su «occhialino», que será rebautizado en 1625 como «microscopio» por Johannes Faber, de la Accademia dei Lincei. Hooke no tiene más que perfeccionarlo.
6. Robert Boyle (1627-1691) se sirvió, para sus elegantes estudios sobre los ácidos y los álcalis, de las propiedades bioluminiscentes descubiertas por el sevillano Nicolás Monardes en un extracto del *lignum nephriticum (Eysenhardtia polystachya),* cuya infusión aparece de color azul o amarillo según la orientación de los rayos de luz que la atraviesan.
7. Linneo pone orden en el caos taxonómico del XVIII, pero ni es totalmente original ni deja de tener resabios heredados de concepciones anteriores. El concepto moderno de especie como unidad básica de la clasificación se debe más a John Ray que a Linneo. Una excelente discusión sobre el particular puede encontrarse en Mayr (1982).
8. Radl, EM (1931).
9. Y mucho menos de geología, campo de conocimiento ignoto en aquellos tiempos. Conceptos como la sedimentación, los estratos o la orogenia eran impensables. Sí hubo un cierto interés por los minerales, sin duda motivado por la minería y las piedras preciosas. Uno de las primeras obras en este sentido es el *Libro sobre los objetos fósiles, principalmente piedras y gemas, sus formas y apariencias,* de Conrad Gessner (1565). No obstante, nos referiremos a la zoología y a la botánica como una forma cómoda de aludir al estudio de animales y plantas.
10. Mayr (1982) ofrece una extensa explicación al respecto.
11. Es recurrente la expresión «historia natural y moral...» y sus diversas variantes en muchos autores.
12. *Quijote* (II, 12).
13. Fuchs incluye en sus descripciones un epígrafe que remata cada uno de sus capítulos, titulado *temperamentum,* en el que, de acuerdo con el carácter, temperamento o complexión de la planta, se deducían algunas de sus propiedades terapéuticas o perniciosas, o todas. Más información en López Piñero y López Terrada (1994).
14. Francisco Marcuello, canónigo de la Iglesia de Nuestra Señora de los Corporales, de Daroca, escribió una *Historia Natural y Moral de las Aves,* fechada dos años después de la aparición de la segunda parte del *Quijote*.
15. *Quijote* (II, 33).
16. Fuchs es quizás menos conocido por sus obras que por haber dado nombre a una planta ornamental, la fucsia, dedicada a él por el reverendo C. Plumier en su *Nova Plantarum Americanarum Genera* (1703) y que posteriormente Linneo recogería en el *Species Plantarum* (1753) como *Fuchsia triphylla flora coccinea*. Es curioso que la referencia al color resida en la palabra *coccinea* del nombre científico y, sin embargo, la metonimia haya hecho que *fucsia* designe a la tonalidad además de a la planta.
17. *De historia stirpium,* de Fuchs, fue traducida al castellano por Juan de Jarava (Amberes, 1557) con el título *Historia de yervas, y plantas, de Leonardo Fuchsio Aleman, docto varon en Medicina, con los nombres Griegos, Latinos y españoles. Traducidos nuevamente en español con sus virtudes y propiedades, y el uso dellas, y juntamente con sus figuras pintadas al viuo*. Existe un magnífico estudio sobre esta traducción, de J. López Piñero y L. Terrada (1994).
18. La trascendencia de la ilustración conceptual de Fuchs ha sido analizada por Sachiko Kusukawa (1997).
19. No está, sin embargo, solo en la tarea. En este mismo sentido apun-

taban ya las obras de Belon (1517-1564), Rondelet (1507-1556) y Salviani (1514-1572).

20. Especialmente crítico con las ilustraciones de Monardes se muestra Miguel Colmeiro (1858).
21. Sobre el particular abunda Joaquín Fernández Pérez (1999).
22. Celso Arévalo (1935) critica a Anglería por boca de Fernández de Oviedo, que «se subleva contra quien, como Pedro Mártir, escribe de las Indias sin conocerlas».
23. Arévalo (o. cit.) ofrece una relación aún más abundante.
24. Son varias las obras de este autor, y muy diversas sus ediciones y reimpresiones, aunque la más importante es sin duda la que, publicada por primera vez en 1565, se titula *Dos libros, el uno que trata de todas las cosas que se traen de nuestras Islas Occidentales, que sirven al uso de la medicina, y el otro que trata de la piedra Bezaar y de la yerba Escorçonera*. Puede encontrarse un inventario completo en Colmeiro (1858).
25. Monardes también describe, aunque en menor número, animales. Suya es la denominación actual del armadillo, *Dasypus* spp., que ya antes Oviedo (1535) había bautizado como *encubertado* y del que se da cuenta de un ejemplar conservado en el museo sevillano de Gonzalo Argote de Molina.
26. En honor a la verdad, la tradición de los jardines era antigua. Pero no los organizados con fines de investigación. No obstante, en Europa, y singularmente en Italia, se adelanta algo la creación de jardines botánicos: Luca Ghini funda el de Pisa en 1543, al que sigue el de Padua en 1545 y después los de Florencia, Bolonia, París y Montpellier. J. L. Fresquet (1999) realiza un estudio detallado sobre los orígenes, características y evolución de los jardines botánicos.
27. López Piñero (1990, 1991) se ha ocupado especialmente del particular.
28. Por ejemplo, en Inglaterra podemos citar a Hans Sloane (1660-1753), James Petiver (1663-1718), Leonard Plukenet (1641-1705) y John Ray (1628-1705), todos ellos iniciadores de colecciones y gabinetes botánicos que contribuyeron al nacimiento de la Royal Society. Detalles en P. I. Edwards (1981).
29. Esta frase ha llevado a Arévalo (1935, pág. 121) a reclamar el nombre de Acosta para el actual estrecho de Bering.
30. Juan Plaza, catedrático «de simples» de la universidad de Valencia, funda en esta ciudad un jardín botánico dedicado a la investigación y a la docencia. Su sustituto en dicha cátedra es Honorato Pomar. De Plaza es la primera noticia de aclimatación europea del aguacate, en 1563, y del ágave o áloe, que cultivó en la ciudad del Turia. Más datos en Fresquet (1999).
31. *Quijote* (II, 17).
32. En cuanto a la creación del *Quijote,* el reinado que le afecta directamente es el de Felipe II. Feros (2004) realiza un exhaustivo análisis ad hoc.
33. Las inclinaciones de Felipe II por las ciencias y los avances tecnológicos están fuera de duda (Goodman 1990, 1999), pero la maquinaria administrativa de su reinado frustró muchas iniciativas reales, tan llenas de buenas intenciones como impracticables.
34. Javier Puerto ha puesto recientemente (2003) las cosas en su sitio, con lo que llama «la leyenda verde».
35. Carta manuscrita de Antonio Montoya al rey, sin fecha. British Library, departamento de manuscritos. Citado por Goodman (1990).
36. El rey manda buscar y adquirir por toda Europa las obras de Llull y otras relacionadas con él, para la biblioteca del Escorial (Goodman, 1990).
37. Consecuencia de la inclinación de Felipe II por la doctrina luliana es la traducción del *Ars magna* y del *Arbor scientiae* de Llull, que encarga a Pedro de Guevara, tutor de sus hijas, para la Academia de Matemáticas de Madrid: Pedro de Guevara. *Arte general para todas las sciencias, en dos instrumentos*. Madrid, 1586.
38. *Quijote* (I, 39).
39. Para mayor información sobre las relaciones véase R. Álvarez (1999).
40. *Quijote* (I, 6).
41. La labor censora de la Inquisición española en lo que respecta a la ciencia es analizada en detalle por Pardo Tomás (1991).
42. La cita es de Goodman (1990).
43. Pero los editores de Jarava reaccionaron con presteza, preparando una segunda e incluso una tercera ediciones en las que se suprimieron los nombres del botánico alemán y de su traductor, además de cierta información sobre las virtudes abortivas del pamporcino (*Cyclamen* spp.). Más datos en López Piñero y López Terrada (1994).
44. Así lo hace sin ambages Kamen (1997).
45. Cédula real de 7 de diciembre de 1564. Archivo general de Simancas. Citado por Goodman (1990).
46. Javier Puerto (2003) desmonta la «leyenda verde» con argumentos de peso, a la vez que desvela anécdotas como la que describe a un Felipe II castigado por su padre a no ir de caza a los cotos reales porque mata demasiados animales, ante lo cual el jovenzuelo se entretiene haciendo que le traigan zorros vivos con el fin de que mueran a manos (a dientes, más bien) de sus perros.
47. *Quijote* (II, 34).
48. De «antófilo» califica González de Amezúa (1951) a Felipe II.
49. Nardo Antonio Recchi primero y Jaime Honorato Pomar después fueron sus médicos herbolarios, con el encargo de proveer de «simples» a la real botica.
50. Excelente, por exhaustivo y detallado, el estudio de Puerto (2003) sobre los jardines reales.
51. Javier Puerto (2003) vuelve a dar detalles: al parecer hubo un avestruz especialmente díscolo que hirió a un trabajador, a quien hubo que indemnizar.
52. La información procede de G. Parker (1978), pero volveremos más adelante sobre ello.
53. Madrid, 1592.
54. *Quijote* (II, 12)
55. Así las llama Martín de Riquer en nota sobre el particular de su edición del Quijote.
56. Como J. Gómez Tejedor (1994), que, a falta de nada mejor, ofrece una explicación un tanto peregrina.
57. *Libro intitulado Los problemas de Villalobos, que trata de cuerpos naturales y morales y dos diálogos de medicina y el tratado de las tres grandes y una canción y la comedia de Amphytrion*. Zaragoza, 1544. Edición facsímil de Luis Sánchez Granjel, 2004.
58. Villalobos, o. cit., Glosa al metro XXXIX.
59. *Quijote* (II, 22).
60. Donde sí lo hay es en la nota de la reciente edición del *Quijote* de la Real Academia Española, con motivo del cuarto centenario. Allí se afirma que «desde hace muchos años no los hay ya en la cueva de Montesinos». Precisamente este enclave es bien conocido de los quiropterólogos, que tienen censadas en él varias especies del género *Rhinolophus*.
61. Marcuello (1617) titula su capítulo *Del murciegalo*. Aunque inmediatamente dice que «en romance le llamamos murciégalo o murciélago».

62. Y la morfología no es el fin de los cambios. Después vino la embriología, y luego la microscopía electrónica, a intentar perfeccionar las clasificaciones. La sistemática biológica está ahora mismo sufriendo una revolución de la mano de la bioquímica y la biología molecular, que proporcionan caracteres y datos para revisar y reorganizar esquemas clasificatorios. Pronto las aves serán «cordados con el gen X»...
63. También de los años cervantinos es el descubrimiento del taxón Ectoproctos o Briozoos, un grupo de invertebrados sésiles. En un principio se calificaron de «animales-planta» o zoófitos y así se clasificaron. Lógico, si los parámetros de la época para diferenciar un animal de una planta eran fundamentalmente un «se mueve, no se mueve».
64. La descripción se encuentra en la *Historia natural y moral de las Indias,* de 1590, cap. 17, pág. 158.
65. Así lo atestiguan el *Diccionario etimológico,* de Corominas, y el *Corpus diacrónico del español*, de la Real Academia Española. Las mismas fuentes para las siguientes referencias.
66. 'Murciélago' en los *Comentarios reales de los incas* y 'murciégalo' en las *Poesías castellanas.*
67. *Quijote* (I, 2).
68. López Piñero y López Terrada (1994).
69. El *Diccionario de autoridades* utiliza el *Quijote* como referencia literaria o «autoridad» para definir objetos vegetales como la avellana o la adelfa.
70. *Quijote* (II, 29).
71. Ya lo hacen notar Rodríguez Marín (1947-1949) y Gómez Tejedor (1994).
72. Si había pescadores es porque había consumo.
73. Comunicación personal de Ana Almodóvar, ictióloga de la Universidad Complutense de Madrid.
74. *Quijote* (II, 54).
75. También es esta la primera y única vez que se registra esta variante, 'cavial', en el *Corpus* de la Academia. Como 'caviar' aparece en *Andanças e viajes,* de Pero Tafur (1457).
76. El último esturión del Guadalquivir se capturó en 1992. B. Elvira y A. Almodóvar. Notice about the survival of sturgeon (*Acipenser sturio* L., 1758) in the Guadalquivir estuary (S.W. Spain). *Arch. Hydrobiol.* 129 (2): 253-255.
77. *Quijote* (II, 22).
78. *Quijote* (I, 12).
79. El comentario de Ceballos (1965, pág. 23 y sigs.) es definitivo. Las características de la especie y su distribución confirman la naturaleza inventada de las hayas cervantinas. No hay hayas en España por debajo del paralelo 40º, que pasa por Aranjuez.
80. Así lo hace notar Ceballos (o. cit., pág. 19) con referencia precisa a las lagunas de Ruidera y la cueva de Montesinos.
81. *Quijote* (II, 30).
82. La referencia más antigua que se conoce es una frase de las *Etimologías* de san Isidoro: «... unas [aves] se posan en la mano del hombre, como el halcón» (XII, 7: 105).
83. Como secuela de ello, la última edición del *Diccionario* de la Real Academia Española aún registra diecinueve variedades de halcón, casi todas ellas no biológicas, sino relacionadas con el adiestramiento especial al que se hubiere sometido al ave.
84. Caballero sevillano con inclinaciones hacia la historia natural. Véase la nota 25.
85. *Quijote* (II, 22).
86. Marcuello, o. cit., cap. XXX, pág. 101.
87. El dato es de J. M. Fradejas (2002).
88. Respuesta que recibe Cervantes el 6 de junio de 1590 a su solicitud de un empleo en la administración de las Indias.
89. Las primeras semillas llegaron con Colón, y su cultivo alcanzó prosperidad en Portugal y las provincias vascas. El dato es de Ceballos (1965).
90. *De historia stirpium* (1542).
91. Otros «errores» de Jarava se refieren al centeno, la zarzaparrilla o el calabacín, harto conocidos en la época. López Piñero y López Terrada (1994) hacen un análisis pormenorizado.
92. J. Puerto (2004) lo incluye entre las plantas del jardín de Felipe II en el Escorial.
93. En tiempos de Cervantes ya se hacían «chacinas» con pimentón, los primeros embutidos modernos.
94. Hernández, y con él Ximénez, reconocen su uso extendido en Europa: «[...] el cacao, bien conocido y trillado en todo el mundo, assi en Ingalaterra como en Alemaña hasta Constantinopla [...]».
95. Ceballos (1965) se hace la misma pregunta, justificando la difusión tardía de la patata y el tomate.
96. *Quijote* (II, 17).
97. J. Puerto (2004, pág. 390) da noticia de una «leonera» en la Casa de Campo.
98. El ámbar gris es una secreción estomacal de los cachalotes, producida probablemente como defensa del organismo contra los picos córneos de los calamares de los que se alimentan. Expulsada por los cetáceos, llega hasta las playas como masas gelatinosas más o menos consistentes. El ámbar del Báltico también se encuentra con frecuencia en las playas como material de arribazón; de ahí, y de su supuesto valor, el nombre.
99. En el *Quijote* (II, 18) se habla de un tahalí de piel de lobo marino, presuntamente eficaz contra las piedras del riñón: ¿es sabiduría popular o habla el hijo del cirujano?
100. Tres veces se cita el avestruz: una por sus plumas (II, 74) y dos por sus huevos (II, 23; II, 52). De estas, la última, sorprendentemente, en boca de Teresa Panza, para compararlos por exageración con el tamaño de ciertas bellotas.
101. Solo una vez aparece en el *Quijote* (I, 19), y lo hace como apelativo de un caballero.
102. El párrafo de San Isidoro está transcrito en J. Puerto: *La leyenda verde*, pág. 283. Celso Arévalo (o. cit. pág. 49) alude a la presencia de un unicornio en el parque de fieras que el rey de Aragón Juan I el Cazador tenía en Valencia a finales del siglo XIV.
103. Sin tener en cuenta la época romana, en la que los rinocerontes participaban, si bien con escasa frecuencia, en los juegos circenses. Plinio lo cita en relación con Pompeyo en el 61 a. C. La primera referencia «moderna» es de Cristóbal de Acosta.
104. Es admirable la precisión de Durero sin un modelo real ni imágenes de apoyo. No obstante, se permite licencias como el pequeño cuerno sobre la cruz del animal, que dio lugar a interpretaciones controvertidas.
105. Hoy se reconocen cinco especies de rinocerontes, pertenecientes a los géneros *Rhinoceros, Dicerorhinus, Ceratotherium* y *Diceros*. Sobre las vicisitudes históricas es definitivo el trabajo de Rookmaaker (1981). Tras los ejemplares españoles, este autor reseña cuatro más entre 1700 y 1780, en Londres, Fráncfort, París y Versalles.
106. Fray Juan González de Mendoza (15851586) da cuenta de ello: «[…] son unos animales de grandeza de dos grandes toros y tienen sobre el hocico un cuerno pequeño, de los cuales hay el día de hoy uno en Madrid que fue traído de la India a Su Majestad, y lo van a ver muchos

por cosa muy extraña y nunca vista en nuestra Europa [...]».

107. Entonces se conocía al rinoceronte por 'abada', y aún hoy una calle de Madrid, entre la Gran Vía y la plaza del Carmen, recuerda a este ejemplar.

108. Sabemos del episodio por J. Puerto (2003, pág. 186). A pesar de la minuciosidad de los datos que Puerto ofrece sobre el personal encargado de los lugares reales, nada sabemos sobre los cuidadores del rinoceronte. Pero en el relato del suceso se cita un negro sobre el pescuezo del elefante ¿Serían esclavos?

Referencias

Acosta, J. de: *Historia natural y moral de las Indias*. Sevilla, 1590. Edición facsímil de Barbara G. Beddall. Valencia: Valencia Cultural, 1977.

Álvarez Peláez, R.: «Las relaciones de Indias». En: E. Martínez Ruiz (ed.): *Felipe II, la ciencia y la técnica*. Madrid: Actas, 1999.

Arévalo, C.: *La historia natural en España. Aplicación del método histórico al estudio de las ciencias naturales*. Madrid: Unión Poligráfica, 1935.

Ceballos Fernández de Córdoba, L.: *Flora del Quijote*. Discurso de recepción en la Real Academia Española. Madrid, 1965.

Colmeiro, M.: *La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana. Estudios bibliográficos y biográficos*. Madrid: Rivadeneyra, 1858

Colmeiro, M.: *Noticia sucinta de los animales y plantas que mencionó Cervantes en el Quijote, con nociones históricas acerca del tabaco, chocolate, café y té, cuyo uso no conoció el ingenioso hidalgo*. Madrid: Gómez Fuentenebro, 1895.

Edwards, P. I.: «Sir Hans Sloane and his curious friends». En: *History in the service of Systematics*. Londres: Society for the Bibliography of Natural History, 1981.

Fernández de Oviedo, G. *Primera parte de la Historia natural y general de las Indias, islas y Tierrafirme del mar Océano*. Sevilla: Cromberger, 1535.

Fernández Pérez, J.: «La historia natural y la vida cotidiana». En: E. Martínez Ruiz (ed.): *Felipe II, la ciencia y la técnica*. Madrid: Actas, 1999.

Feros, A.: «"Por Dios, por la Patria y el Rey": el mundo político en tiempo de Cervante»s. En: A. Feros y J. Gelabert (dirs.): *España en tiempos del Quijote*. Madrid: Taurus, 2004.

Feros, A., y Gelabert, J.: «Introducción». En: A. Feros y J. Gelabert (dirs.). *España en tiempos del Quijote*. Madrid: Taurus, 2004.

Fradejas, J. M.: *Pasado y presente de la cetrería en España*. Badajoz: Ayuntamiento de Badajoz, 2002.

Fragoso, J.: *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental, y sirven al uso de la medicina*. Madrid: Sánchez, 1572.

Fresquet, J. L.: «La fundación y desarrollo de los jardines botánicos». En: E. Martínez Ruiz (ed.): *Felipe II, la ciencia y la técnica*. Madrid: Actas, 1999.

Garet Mas, J.: *El galgo corredor de don Quijote*. Trabajo leído en la sesión especial que la Academia Nacional de Letras celebró en el Palacio Taranco el 30 de setiembre de 1966 para recibir al autor como Académico Correspondiente. Montevideo, 1969a.

Garet Mas, J.: *Flores y fauna de El Quijote*. Dos conferencias, pronunciadas el 27 y el 28 de noviembre de 1969 en el Instituto de Estudios Superiores. Montevideo, 1969b.

Gómez Tejedor, J.: *Un naturalista ante el Quijote*. Bilbao: Mensajero, 1994.

González de Amezúa y Mayo, A.: «Felipe II y las flores. Un rey antófilo». En: *Opúsculos histórico-literarios*. Madrid: CSIC, 1951.

González de Mendoza, Fray J.: *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China* [1585-1586]. Ed. Félix García. Madrid: Aguilar, 1944.

Goodman, D.: *Poder y penuria. Gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II*. Madrid: Alianza, 1990.

Goodman, D.: «Las inquietudes científicas de Felipe II: tres interpretaciones». En: E. Martínez Ruiz (ed.): *Felipe II, la ciencia y la técnica*. Madrid: Actas, 1999.

Kamen, H.: *Felipe de España*. Madrid: Siglo XXI de España, 1997.

Kusukawa, S.: «Leonhart Fuchs on the importance of pictures», *Journal of the History of Ideas* 1997; 58 (3): 403-427.

López Piñero, J. M.: *El atlas de historia natural donado por Felipe II a Jaime Honorato Pomar. Edición facsímil y estudio introductorio*. 2 vols. Valencia: Vicent García, 1990.

López Piñero, J. M.: *El códice Pomar (ca. 1590), el interés de Felipe II por la historia natural y la expedición de Hernández a América*. Valencia: Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, 1991.

López Piñero, J. M., y López Terrada, M. Luz.: «La traducción por Juan de Jarava de Leonhart Fuchs y la terminología botánica castellana del siglo XVI», *Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia*. XLVI, ser. A. Universidad de Valencia-CSIC, 1994.

Marcuello, F.: *Primera parte de la historia natural y moral de las aves*. Zaragoza, 1617. Edición facsímil. Madrid: ICONA, 1989.

Mayr, E.: *The growth of biological thought: Diversity, evolution and inheritance*. Cambridge (Mass.): Harvard University, 1982.

Navarro, V.: «Época moderna». En: Ordóñez, J., Navarro, V., Sánchez Ron, J. M.: *Historia de la ciencia*. Madrid: Espasa (Austral), 2004.

Pardo Tomás, J.: *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC, 1991.

Parker, G.: *Philip II*. Boston: Little, Brown and Co., 1978.

Puerto, J.: *La leyenda verde. Naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*. Valladolid: Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 2003.

Radl, E. M.: *Historia de las teorías biológicas*. Madrid: Revista de Occidente, 1931

Rodríguez Marín, F.: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición crítica. Madrid: Atlas, 1947-1949.

Rokmaaker, L. C.: «Early rhinoceros systematics.» En: *History in the service of systematics*. Londres: Society for the Bibliography of Natural History, 1981.

Sánchez Granjel, L. (ed. facsímil y estudio): *Libro intitulado Los problemas de Villalobos, que trata de cuerpos naturales y morales y dos diálogos de medicina y el tratado de las tres grandes y una canción y la comedia de Amphytrion* [Zaragoza, 1544]. Madrid: Pfizer, 2004.

Ximénez, F.: *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que estan recevidos en el uso de Medicina en la Nueva España, y la methodo y correccion y preparacion que para administrallas se require, con lo que el Doctor Francisco Hernandez escribio en lengua Latina*. México: Vda. de López Dávalos, 1615.

Ángel Bellido

Texto histórico [1836]

Bellezas de medicina práctica descubiertas en *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*[*]

Antonio Hernández Morejón[**]

Avertendo mentem ab objecto consueto ad alia priori contraria: inducendo caute alium animi affectum, melancholico oppositum: inserviendo falsæ imaginationi, aut sæpe magna vi ei repugnando.
Boerhaave, afor. 1113.

Si los talentos sublimes de Cervantes, si su imaginación fecunda, si la riqueza y gracias de su estilo, si el objeto que se propuso, en fin, de desterrar la frívola y perjudicial afición a la lectura de libros de caballerías, que consiguió con su obra inmortal del *Quijote,* no hubieran difundido su nombre por todo el mundo; aún merecería ser aplaudido en la república literaria de los médicos por su mérito singular en la parte descriptiva de esa especie de locura que hoy llaman *monomanía.*

Varios sabios, tanto nacionales como extranjeros, han empleado sus talentos y erudición en examinar con crítica la obra de Cervantes: el «Análisis» de la Academia Española, puesto al frente de la magnífica edición que hizo en 1780, es digno de leerse por lo que respecta al objeto de su instituto, y mirando a Cervantes únicamente como un fabulador, ya en la novedad, cualidades de la acción y caracteres de los personajes, ya en el mérito de la narración, propiedad de estilo y utilidad de su moral; pero es incompleto, porque para su perfección requería además un conocimiento profundo de la filosofía de la medicina, que hasta cierto punto debía naturalmente ser extraño a esta ilustre corporación. Alcanzó, pues, únicamente que Cervantes compite con Milton, Virgilio y Homero; mas no pudo considerar y dar a conocer su sobresaliente mérito en la parte gráfica de la enajenación mental que describe, y en que sobrepuja al famoso Areteo, al mejor pintor de las enfermedades, y a quien por su habilidad en este ramo se le conoce por «el Rafael de la medicina».

Si Moisés, porque tuvo algunos escasos conocimientos de química, mereció una disertación; si por algunos, aunque muy imperfectos, de anatomía consiguió otra Homero; si Tucídides, Virgilio y Lucrecio, que describieron algunas pestes, son citados con aplauso por los médicos, y aun propuestos para modelo en la descripción de semejantes enfermedades; si Montesquieu ocupa un lugar en la historia de la medicina por su doctrina sobre la influencia de los climas en la legislación, que copió del español Huarte, ¿con cuánto más motivo no debe proponerse Miguel Cervantes Saavedra a la juventud española para la descripción de los trastornos del juicio? Examinemos este punto, analizando la predisposición, las causas excitantes, el desarrollo, el curso de la enajenación del célebre don Quijote de la Mancha, su tratamiento, vaticinio y éxito, nueva en los fastos del trastorno de la razón, y creada solo por la imaginación fecunda, brillante y fuerte del español Cervantes Saavedra.

En efecto, no hay hospital ni casa de locos en el mundo, donde no se haya hallado uno que se creyera pontífice, rey, cardenal, general, obispo, capitán, conde, duque o marqués, pobre, rico o poderoso, endemoniado, santo o Dios: pero en los fastos de la historia de estas enfermedades no se halla un loco tan peregrino, tan benéfico, tan amoroso, tan amante de la felicidad pública, un caballero andante que se propusiera desterrar del mundo a los hombres de ruin proceder, a los bellacos, perversos y malignos, los agravios, injusticias y sinrazones de éstos, y derramar un bálsamo de consuelo en las aflicciones, trabajos y angustias de los desgraciados; y un desencantador, en fin, de la sin par Dulcinea del Toboso cuya locura y su historia trazada con la exactitud, propiedad y belleza de la pluma de Cervantes, ha hecho se cumpla su propio vaticinio; a saber, «que la historia, trabajada de este modo, goza de la inmortalidad, a diferencia de aquella que escrita sin estos requisitos pasa pronto del parto a la tumba».

Analicemos la locura de D. Quijote bajo todos los respectos y puntos de vista filosófico-médicos que deben tenerse presentes, para adquirir una idea completa de una enfermedad, según el lacónico y grandioso precepto dado por Hipócrates en una de sus más hermosas máximas. «Conviene, dijo este sabio griego, examinar las enfermedades, respecto a su cualidad, a la de sus causas, a la de sus formas, al asiento u órgano que ocupan, a su desarrollo, permanencia y cesación».

Teniendo, pues, Cervantes que trazar una especie singular de locura, atiende primero a la condición y ejercicio del sujeto

---

* Texto reproducido a partir de la edición electrónica contenida en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<www.cervantesvirtual.com>). Se ha respetado la sintaxis del original.

** Antonio Hernández Morejón (1773-1836), médico militar español que desempeñó también labores docentes. Compuso obras diversas, como un *Discurso económico-político sobre los hospitales en campaña* (1814) [atribuido] o un *Ensayo de ideología clínica* (1821); pero hoy se lo recuerda principalmente como uno de los artífices de los brillantes y esperanzadores inicios de la historiografía médica en España. Hernández Morejón elaboró un extenso repertorio biobibliográfico, la *Historia bibliográfica de la medicina española,* que se publicó de forma póstuma —entre 1842 y 1852—, en siete volúmenes, donde dejó recogidos todos los datos que pudo allegar sobre la vida y la obra de los profesionales de la medicina, desde la Antigüedad clásica hasta el siglo XIX. A pesar de sus errores, lagunas y defectos, este repertorio continúa siendo hoy de consulta obligada para todos los que emprenden cualquier estudio de índole histórico-médica.

La Sociedad Española de Historia de la Medicina lo reconoce como uno de sus más ilustres precursores, y concede anualmente el Premio Hernández Morejón a la que considera mejor tesis sobre historia de la medicina de entre las defendidas en las universidades españolas.

que ha de enfermar, a la cualidad, índole y naturaleza de la dolencia que va a pintar; y reúne todas las predisposiciones y causas excitantes más propias para desenvolverla; fija su asiento, recorre sus períodos, atiende a sus mudanzas y terminación, discurre sobre su vaticinio, adopta los medios de curación más apropiados, tan ajustado a las leyes del arte, que puede servir de modelo a los más sublimes médicos filósofos.

Hay tal enlace, tal proporción entre las partes y requisitos que deben concurrir para formar el todo de esta historia médica, tal conjunto de cualidades y tal armonía que presentan unas bellezas, una hermosura, que producen el embeleso y el deleite.

Predisposiciones y causas

Disponen a contraer la locura: 1.º Los temperamentos bilioso y melancólico. Don Quijote «era alto, de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, velloso de cuerpo». 2.º Las edades, viril y consistente. Don Quijote «frisaba con los cincuenta años». 3.º La agudeza y cultura del entendimiento. Don Quijote era ingenioso, de feliz memoria y tan erudito, que poseía todas las ciencias de un caballero andante: teología, leyes, medicina, botánica, astronomía, matemáticas, historia y otras. [Parte 2.ª, tom. III, pág. 152]. 4.º El orgullo de familia y nobleza. Don Quijote era hidalgo y manchego, descendiente por línea recta de varón de la alcurnia de Gutierre Quijada, vencedor de los hijos del conde San Polo. 5.º El ejercicio violento. Don Quijote era cazador, y de liebres. 6.º El cambio de la vida activa al ocio. Don Quijote «olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda». 7.º Los alimentos cálidos, viscosos y de tal nutrimento. Don Quijote cenaba «salpicón las más noches, comía lentejas los viernes, duelos y quebrantos los sábados, y algún palomino de añadidura los domingos». 8.º Las estaciones de verano y otoño. Don Quijote experimentó los mayores raptos de locura el 28 de julio, el 17 de agosto y el 3 de octubre. 9.º Las pasiones amorosas. Don Quijote fue muy enamorado. 10.º El exceso de lectura. Don quijote «vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías», y poesías amorosas. 11.º La mucha vigilia. Don Quijote «pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio, y así en fin del mucho leer y poco dormir, con todo lo dicho, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio».

He aquí marcados en estas últimas palabras, con tanta precisión y claridad como pudieran haberlo hecho Hipócrates y Boerhaave, el órgano o asiento, el agente próximo y el carácter moral de la dolencia.

Sintomatología

Como la voz *locura* es genérica, y encierra en sí varias especies y aun variedades; los síntomas son siempre proporcionados a la diversidad de causas que la producen. Rematado el juicio de don Quijote, y creyendo ser cierto cuanto había leído en los libros de caballerías y poesías amorosas, llenósele la fantasía de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y se le asentó de tal modo en la imaginación, que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta; y así concibió el designio de hacerse caballero andante, y salirse por el mundo a buscar aventuras. Este es el carácter específico de esta singular y extraña locura: el conjunto de estas aventuras constituye lo que llaman los médicos el *síndrome* sintomatológico. Así que la forma y síntomas de la dolencia de don Quijote la constituyen la serie sucesiva de raptos o accesos de arrogancia, orgullo, valentía, furor y audacia que se sucedieron unos a otros en todo el discurso de su enfermedad en cada uno de sus períodos. En todos ellos se ve que los objetos externos que se ponían en contacto con los sentidos del enfermo, lejos de producir sensaciones e imágenes regulares, ocasionaban desvaríos en su juicio, y se pintaban y reproducían en su imaginación conforme a la disposición interna de su cerebro y fantasía.

Tiempos y períodos de la enfermedad

Como no hay enfermedad que no tenga sus períodos, tanto las más breves como las más largas, según dijo Galeno, Cervantes los acomodó a su enfermo; y el principio, aumento, estado y declinación de la locura están marcados con maestría en su obra por otras tantas salidas o fugas de su casa, que hizo D. Quijote.

Empezó en el verano anunciándose por hablar solo en su cuarto de asuntos caballerescos, muy análogos a las causas excitantes que le habían hecho enfermar, y por coger una espada, con que tiraba a las paredes, como ensayándose a vencer y triunfar de los gigantes, follones y malandrines, y a enderezar tuertos, y desfacer sinrazones y agravios.

Después por preparar todo género de armas, y concebir el designio de irse por el mundo a ejercer el oficio de caballero andante; como lo ejecuta, escapándose de su casa el 28 de julio, uno de los más calorosos de la estación; en cuya noche fueron los primeros accesos de furor y audacia de su locura; y en seguida el suceso del muchacho medio desnudo y atado a la encina, y los mercaderes toledanos.

El aumento de la enfermedad está descrito desde la segunda salida del ingenioso hidalgo hasta que volvió a su casa, que comprende la batalla de los molinos de viento; la del vizcaíno y manchego; los desalmados yangüeses; la de la venta figurada castillo; las del cuerpo muerto; los batanes; el yelmo de Mambrino; la libertad de los presidiarios; la penitencia de Sierra Morena; la batalla de los cueros de vino tinto; la de los cuadrilleros, y la de los disciplinantes. En la narración de este aumento Cervantes arrebata e infunde el entusiasmo y la admiración a todo médico filósofo: en mi concepto retrató en esta ocasión aquella especie o mejor variedad de manía con que Areteo termina el artículo de esta dolencia, diciendo así: «hay otra especie de furor, en la cual los pacientes se laceran los miembros creyendo piadosamente que los dioses lo exigen, y les agradan en esta conducta». El cuadro trazado por el español de la de D. Quijote imitando a Beltenebros sobrepuja al original del médico de Capadocia.

Aquí reunió Cervantes todas las propiedades del vigor de esta enfermedad; a saber: tolerancia increíble de vigilias continuadas, prolongación de inedia asombrosa, insensibilidad a la acción del frío, suspiros profundos, lloros, rezos, deseos de rasgarse los vestidos, arrojarlos y quedarse en camisa, dar

zapatetas y tumbos cabeza abajo; y una fuerza nerviosa y muscular, mortificando su cuerpo en obsequio de la Diosa de sus amores, la sin par Dulcinea. En esta estancia de Sierra Morena merece particular atención para los médicos filósofos el encuentro de Cardenio. Los locos generalmente viven aislados, se alejan unos de otros, menosprecian y burlan entre sí, y solo simpatizan y se unen cuando sus desvaríos son análogos; y aunque entonces también riñen por cualquier friolera, vuelven a juntarse con facilidad. Y esto es cabalmente lo que Cervantes escribe con maestría en la relación del gallardo joven, que enloqueció por haber creído que D. Fernando le había usurpado a su idolatrada Lucinda. También presenta un ejemplo de los intervalos de razón que suelen tener los locos en el cuento de su desgracia que Cardenio hace al cura en un momento que está en su razón; es digno de leerse, y una prueba de esta verdad. También es digno de atención para los médicos la propiedad que tienen los locos de mudarse los nombres: en este estadio tomó nuestro loco el de Caballero de la Triste Figura, y en el siguiente el de los Leones.

Los grados que caracterizan las alternativas del carácter moral de la monomanía son la altivez y el soberbio sentimiento del valor y confianza de las fuerzas propias. D. Quijote varias veces se envaneció de las fuerzas y valor de su incansable brazo, y en ocasión dijo a su escudero que ni el cielo había criado, ni visto el infierno ninguno que los espantase, ni acobardara.

La última salida de éste hasta que fue vencido en Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna, y regresó por tercera vez a su casa, constituyen el estado y declinación de la locura. Los síntomas de este período fueron: la carreta de las cortes de la muerte; la batalla con el Caballero de los Espejos; la aventura de los leones; la cueva de Montesinos; la famosa aventura del barco encantado; la de la dueña dolorida; la descomunal batalla con Tosilos; la de los toros; la aventura de la hermosa morisca; la de los puercos; la de la cabeza encantada, y la del Caballero de la Blanca Luna, y principio del cambio de una enfermedad en otra, o sea la metaptosis de los griegos, cuyo punto es uno de los más curiosos y delicados de la medicina práctica.

Transformación de la locura

Las enfermedades, algunas veces, se extienden o propagan de un órgano a otro, sin disminuir en nada la ofensa del primero; o se lanzan de un punto a otro quedando ileso, conservando siempre la primitiva esencia del mal; y a veces cambian de sitio y naturaleza, sobreviniendo una enfermedad distinta a la primera; punto importantísimo en medicina práctica, y por desgracia poco cultivado. Cervantes ofrece aquí un ejemplo de la transformación de esta enfermedad. Sobreviene a D. Quijote una calentura aguda, y cambian todos los caracteres físicos y morales del primitivo mal; cambio curioso por tres respectos: el primero, por el de la medicina práctica; el segundo, por la relación con la jurisprudencia médica, porque sin esta transformación D. Quijote no hubiera podido testar, o se hubiera anulado su testamento; y el tercero, por el influjo que tuvo en el presagio y fin de la enfermedad.

Vaticinio

La mudanza repentina de la locura en amargo desabrimiento, en melancolía profunda, el sobrevenir una calentura aguda, y el pasar con mucha rapidez de loco a cuerdo deben inspirar temor por la vida del enfermo; y esto es cabalmente lo que hizo presagiar la muerte del célebre caballero.

Plan curativo, o tratamiento moral

El mayor derecho que Pinel tiene a la gloria literaria, como confiesa su discípulo Broussais, es la aplicación del tratamiento moral para las enajenaciones del alma; y esta gloria, más bien que a Pinel, se le debe a los españoles; pues el mismo francés en su preciosa obra elogia la conducta del hospital de locos de Zaragoza, por haber puesto en práctica antes que él este pensamiento, que tal vez Zaragoza le tomó de Valencia, y Cervantes doscientos años antes que Pinel lo manejó con una maestría, con tanto ingenio y destreza que la estrategia médico-moral de que se sirvió para amansar el furor y audacia del caballero andante sorprende y admira; y es tan original como lo fue el medio que tomó para desterrar de España la frívola y epidémica infección del estragado gusto de las lecturas caballerescas.

Para dirigir el tratamiento moral de la melancolía y de la locura, se necesita un profundo estudio del corazón y del entendimiento en general, y del particular del enfermo a quien se aplica. Cervantes poseía uno y otro: conocía tanto a D. Quijote, como a un hijo suyo; y nadie podía inventar mejor que él los medios para auxiliarle.

Seis personas figuran en su apólogo, interesadas en la curación con encargo distinto para llenar los dos extremos del epígrafe de Boerhaave: el cura, hombre docto; maese Nicolás; Sansón Carrasco para segundar su falsa imaginación; el canónigo de Toledo; el ama y la sobrina para combatirla directamente y con firmeza.

El primer paso que dio para su curación fue apartarle de la causa que había producido su mal; el escrutinio y quema de los libros de caballerías y amores, tabicando hasta la puerta de la pieza donde estaban; y la persuasión de haberse ejecutado por encanto, era el paso más sensato que podía darse en la materia. El sabio encantador Muñatón viene sobre una nube cabalgando en una serpiente, y saliéndose volando por el tejado, deja la casa llena de humo.

Este es el precepto general que debe aplicarse a todas las enfermedades; pues es una especie de milagro que se cure ninguna, si se permanece bajo el influjo y causas que la engendran.

No surtió sin embargo la primera vez el efecto que se deseaba por dos razones; la una por el artificio del apólogo, cuya acción hubiera finalizado fríamente con la desaparición del mal; la segunda, y más importante con respecto al punto que tratamos, por un ligero descuido de la sobrina en equivocar el nombre de Frestón con el de Muñatón o Tritón; pues es tal la sagacidad y cautela con que se ha de proceder en este negocio que la más pequeña falta lo echa a perder todo.

El segundo ardid de que el cura de su pueblo y el barbero se valieron para sacarlo de Sierra Morena, en donde llegó al más alto grado de extravagancia, fue un medio de esta naturaleza.

Se disfrazan en la venta el cura con una saya de terciopelo con ribetes de raso blanco, y el barbero con una larga barba entre roja y blanca de un buey barroso; disfraz que luego cambian para adoptar otro de igual índole que creyeron más eficaz.

La hermosa y desgraciada Dorotea se arrodilla a sus pies; refiere sus cuitas al caballero andante; finge ser la princesa Micomicona, le saca la palabra de desfacer su agravio y sinrazón, y con esta preciosa máscara se consigue sacar el loco de la sierra, llevarlo a la venta, donde se apodera un profundo sueño de sus miembros, interpolado de un somnambulismo conocido en España análogo al estado de su fantasía, preludio de una calma de su furor, por la que con poca resistencia se lleva al loco a su casa como encantado en una carreta de bueyes.

La determinación del cura y del barbero de estar cerca de un mes sin ver al enfermo, por no renovarle, ni traerle a la memoria las cosas pasadas, cuando iba dando muestras de estar en su juicio, fue sumamente acertada; y si no hubiera visto a nadie de los suyos, ni su propia casa, hubiera sido mejor. El plan de alimentos que se le propone, y de que usó, era el más conveniente.

Las invectivas del Ama, cuando se pronuncia de nuevo la locura, amenazándole que, si no se está quedo en su casa, se ha de «quejar en voz y en grito a Dios y al rey, que pongan remedio en ello»; y las de la sobrina, cuando la advierte que todo lo que decía de los caballeros andantes era fábula y mentira, y sus historias, ya que no se quemasen, merecían que «a cada una se le echase un sambenito, o alguna señal en que fuese conocida por infame y gastadora de las buenas costumbres», eran medios muy adecuados, y en España los más poderosos; lo mismo que los había usado el canónigo de Toledo.

El tercero de esta misma naturaleza fue convenio del mismo cura y barbero en unión con el bachiller Sansón Carrasco, que disfrazándose también con el nombre de Caballero de los Espejos, luchó con D. Quijote, aunque no con tan buen suceso y ventura la primera vez como la segunda en Barcelona, cuando tomó el de Caballero de la Blanca Luna.

Hasta el próximo fin de la enfermedad de D. Quijote, cuando resolvió hacerse pastor y vivir en el campo, se usa del mismo plan: el bachiller le anima y alienta a que se levante para empezar el ejercicio pastoril, le dice tenía una égloga compuesta, y comprados a un ganadero del Quintanar dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butrón.

La penúltima estratagema moral trajo la diminución de la locura de D. Quijote, pintada por Cervantes con tal exactitud, tan semejante a la verdad; que parece haberle prestado el pincel el médico de Capadocia, y que el español mejoró el colorido, pues casi son idénticas las palabras de uno y otro, pero más galanas las de éste al referir los fenómenos morales de la diminución de la locura.

No solo precedió Cervantes a Pinel en el tratamiento moral de la locura, sino también al mismo Broussais en esa doctrina, con que tantos prosélitos ha hecho en la Europa; pues que el español estableció «que en la oficina del estómago se fraguaba la sanidad» y en el dicho del loco de Sevilla manifestó saber las relaciones de esta entraña con las alteraciones del juicio.

Mas a quien sobre todos dio una lección práctica más de dos siglos hace es a ese moderno sectario Haneman, que con el nombre ridículo de *homeopatía* pretende fascinar hoy a la juventud incauta, presentando una doctrina como nueva, conocida muchos siglos ha en España, y manejada con otro juicio y filosofía muy distintos de los que este sistemático presenta.

No habiendo tenido Cervantes según su propia confesión otro objeto en su obra que desterrar el mal gusto de la lectura de las historias caballerescas, que tantos daños causaban; lo que no pudo conseguir el médico manchego Sánchez Valdés de la Plata usando de aquel principio general en la medicina, «Que los contrarios se curan con los contrarios», penetrados también seguramente de una advertencia de Hipócrates, que alguna vez se curan con cosas y causas semejantes a las que las engendran, resolvió usar de este medio que hoy llaman *homeopático*.

Inficionada la España desde los siglos bajos y las cruzadas de romances de caballerías, compuso Cervantes otro romance caballeresco, con el cual logró desterrar todos los demás, curar al entendimiento de su perniciosa credulidad, y dejar una obra inmortal que deleita e instruye, y en donde todas las clases del estado, y principalmente los médicos, pueden encontrar aún más bellezas, que yo he descubierto.

Una cosa falta en mi concepto en la obra de Cervantes para el complemento de la historia; a saber: la abertura del cadáver de don Quijote. ¿Pero dejó de ponerla porque estuviese penetrado de la insuficiencia de la anatomía patológica en estas enfermedades; o porque habiendo vuelto en sí de la locura, ya no era la secura del cerebro la causa próxima, ni el asiento de ella cambiada en otra enfermedad, y no hubiera hallado cosa alguna que coincidiese con los extravíos de la imaginación? ¿Fue el motivo acaso la imposibilidad de ejecutarla, por la preocupación que generalmente tienen las gentes e interesados del difunto en los pueblos en que esto se ejecute? Nada se ha encontrado de esto en la historia de Cide Hamete Benengeli.

A pesar de esta omisión la historia del ingenioso hidalgo D. Quijote está trazada según todas las reglas del arte de medicina; y hay muy pocos médicos, que al describir las enfermedades tengan tan presentes como Cervantes los requisitos científicos que exige el modo de trazar las historia de una enfermedad, cosa muy ardua y difícil, según dijo Sidenham.

En la obra de Cervantes hay la misma verdad que concibió su imaginación, hay orden, hay claridad, hay imitación de la naturaleza, y hay en fin una aplicación de medios morales más ingeniosos y adecuados a la causa de la locura, que cuantos hubiera podido imaginar el mismo Pinel y otros que le han precedido.

Hasta ahora la pintura se había aplicado a la medicina únicamente para conservar retratos de los diversos períodos de la lepra, de la rosa de Asturias y otras enfermedades de la piel con algunas de los ojos; y tal vez este pensamiento empezó en España, pues he visto cuadros muy antiguos en Madrid, que representan los diversos tiempos y síntomas del mal de S. Lázaro, que tanto cundió entre nosotros, que tantos hospitales tuvo para su curación, y felizmente se ha extinguido ya; y también se ha esmerado el buril en conservarnos por medio de estampas los rasgos de furor caballerescos de la enfermedad de D. Quijote. Los que más llenan de sorpresa y admiración en mi concepto, son el arrostrar un hombre solo a dos creídos ejércitos; la empresa de los batanes en las

tinieblas de la noche, cuyo horrísono sonido era capaz de inspirar la pavura en otra alma, que no fuera la de D. Quijote; la bajada a la cueva de Montesinos, que sobrepuja al descenso de Eneas al infierno en busca de su mujer Creusa, y que el historiador Cervantes la pinta con tanta sublimidad y destreza como el poeta de Mantua, dando también un ejemplo de asfixia tan común en los poceros, y los que bajan a parajes muy hondos.

Lean, pues, los médicos el *Quijote*, no por pasatiempo, ni para reír un rato después de la fatiga de sus visitas; sino para contemplar a un genio en la parte descriptiva de las enajenaciones del alma; para admirar lo presentes que tuvo todos los requisitos para este género de trabajo, y ver con qué ingenio presentó una de las especies más nuevas del género de la locura, y el modo con que supo hacer interesante a este loco, sin hacerlo ridículo en sus extravagancias; antes por el contrario, inspirando un secreto interés en todos sus raptos por el buen éxito de sus aventuras caballerescas.

Examinen en su historia los intervalos o calmas de su enfermedad, y verán todas las propiedades de ella; a saber: el aumento de la memoria, las gracias y chistes, caracteres morales de esta enfermedad, y el resto de la educación, de la cortesía y de la urbanidad que tuvo este hidalgo. Le verán en el palacio del duque y en casa de D. Antonio Moreno en Barcelona, transformado con toda la finura y atención de un caballero: en sus cuentos, conversaciones, refranes y episodios en fin, que embellecen a la obra, dando lecciones y preceptos a todas las clases del estado.

¡Nuevo loor por parte de la medicina a los muchos e inmortales, que ha merecido este ingenio!

¡Sombra inmortal de Cervantes!, entre tanto profano que osa meterse a médico, entre tantos detractores de la profesión más benéfica, tú naciste para ella; tú a los médicos sabios, prudentes y discretos los ponías sobre tu cabeza, y mirabas como una persona divina. Recibe, pues, el tributo de gratitud; y mientras las bellas artes a porfía levantan monumentos a tu gloria, yo te dedico otra más indeleble colocándote en la historia de la medicina española.

Read *Don Quixote*!

Fernando A. Navarro
Cabrerizos (Salamanca, España)

Thomas Sydenham (1624-1689) está considerado como el gran reformador de la medicina interna en el siglo XVII. Su propuesta de individualización y clasificación de las enfermedades en entidades nosológicas o especies morbosas sentó uno de los principios básicos de la medicina moderna: que el diagnóstico correcto de una enfermedad es el requisito indispensable para su tratamiento adecuado.

En terapéutica, fue el primero en propugnar el uso del hierro para el tratamiento de la anemia, difundió el uso de la quina para tratar las fiebres cuartanas e introdujo la célebre tintura de opio que llamamos 'láudano de Sydenham'. Y la exactitud y el vigor de sus descripciones clínicas de la escarlatina, la gota, la viruela, el paludismo o la corea que aún lleva su nombre, sin parangón desde los tratados hipocráticos, le valieron el sobrenombre de «el Hipócrates inglés».

El médico y poeta inglés Richard Blackmore narra, en su *A treatise upon the small pox* (1723), una anécdota personal de cuando, recién llegado a la facultad de Medicina, se acercó a pedir consejo al gran Sydenham sobre las lecturas más adecuadas para quien desea formarse como médico:

> ... when one day I asked him to advise me what books I should read to qualify me for practice, he replied: "Read *Don Quixote*, it is a very good book, I read it still".

¡La novela de Cervantes antes que las obras de Hipócrates y Galeno para un joven estudiante de medicina! ¿Qué quiso decir con ello el afamado internista? ¿Fue tal vez una simple ocurrencia, una *boutade*? Nos es imposible saberlo con certeza, puesto que Sydenham no menciona el *Quijote* ni expresa opinión alguna sobre Cervantes en ninguna de sus obras médicas.

Es interesante advertir, no obstante, que el propio Blackmore, protagonista de la anécdota, interpretó dicho consejo en el sentido de que Thomas Sydenham concedía más importancia a la experiencia que al aprendizaje teórico en los tratados especializados: la medicina no se aprende en los libros, sino junto al lecho del enfermo.

Sydenham es, de hecho, el representante más destacado de la medicina práctica de fundamento empírico. Su novedoso sistema médico no asienta, como había sido habitual hasta entonces, en la teoría de las especulaciones e hipótesis filosóficas, sino en el empirismo de la experiencia, de la aprehensión realista de la naturaleza y de la observación exacta y sin prejuicios.

También el médico humanista William Osler intrepretó así la extraña respuesta de Sydenham, a juzgar por la explicación que dio en 1905, ahora hace exactamente cien años, de ese *read-Don-Quixote* sydenhamiano: «meaning thereby, as I take it, that the only book of physic suitable for permanent reading is the book of Nature».

Reiner Schiestl

El lenguaje médico necesita del bálsamo de Fierabrás

Alicia M.ª Zorrilla*

Como este año celebramos el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote,* de don Miguel de Cervantes Saavedra, y esta obra es un tesoro histórico, social, semántico y sintáctico, bueno es anclar en uno de sus capítulos, que guarda —si se nos permite— la metáfora de nuestro padecer lingüístico, para que se cumpla la teoría borgesiana de la lectura como reescritura. Se trata del capítulo X de la primera parte. Después de la rigurosa pendencia con el colérico vizcaíno, don Quijote, «la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quintaesencia de los caballeros andantes»,[a] pierde la mitad de la oreja. A pesar de ello, le quedan fuerzas para poner la punta de la espada en los ojos del vencido y para amenazarlo con cortarle la cabeza si no se rinde. Uno de los fragmentos de ese capítulo X dice así:

> —La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.
>
> —Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.
>
> —¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? —dijo Sancho Panza.
>
> —Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar más sano que una manzana.

Don Quijote y los males que aquejan a la lengua española

Esta descripción quijotesca con efectos especiales se asemeja al estado en que se encuentra nuestra lengua en la boca y en la pluma de muchos hablantes desidiosos, sobre todo en la esfera de la medicina, que no comprenden que comunicarse significa mucho más que hablar o escribir. Hablamos y escribimos todos, pero ¿cómo lo hacemos? Si en una batalla a don Quijote le parten el cuerpo por la mitad, en la guerra campal que se libra al comunicarnos las oraciones reciben mandobles, y no pocas quedan descuartizadas sintáctica y léxicamente, es decir, sin ilación alguna y compuestas con palabras que sabe Dios de dónde vienen. Los causantes de este estropicio gramatical merecen, como algunos romanos, un *linguarium* ('la mordaza') o multa que, en ciertas ciudades de Roma, debían pagar los representantes públicos por haber hablado demasiado y mal. Don Quijote le pide a Sancho que, en caso de que quede maltrecho, junte con sutileza, es decir, con primorosa habilidad, y con exactitud las dos partes de su cuerpo y que luego le dé a beber el bálsamo de Fierabrás, bebida maravillosa que aparece en gestas y novelas medievales.[b] El trabajo de Sancho equivale a nuestra buena disposición e inteligencia para enmendar los errores y colocar las palabras en el justo sitio, y el «bálsamo», a la gramática normativa que rige el buen vivir de nuestro idioma y que es —como aquél— el medicamento compuesto de sustancias aromáticas que se aplica como remedio en las heridas, llagas y otras enfermedades. Las «sustancias aromáticas» son las reglas que debemos saber para gozar de buena salud lingüística, remedio seguro para recomponer oraciones descalabradas y descarriadas o reanimar palabras agonizantes. La «redoma» o vasija que contiene el bálsamo son los libros a los que hay que acudir siempre, porque la corrección es signo de cultura, y ésta debe revelarse a través de todas las palabras que usamos. No podemos conformarnos con «hilas y un poco de ungüento blanco», con los que Sancho quiere curar a don Quijote. No es suficiente. Debemos aspirar al bálsamo de Fierabrás.

En ese mismo capítulo, don Quijote reprende a Sancho porque éste lamenta no darle buena comida; el fiel escudero no sabe que «es honra de los caballeros andantes no comer en un mes» o hacerlo frugalmente, pues casi siempre se la pasan «en flores», es decir, en ayunas. Por eso le dice: «... no quieras tú hacer mundo nuevo ni sacar la caballería andante de sus quicios».[c] Entonces, Sancho le responde:

> —Perdóneme vuestra merced [...], que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca...[d]

Si trasladamos estas reflexiones al tema que nos ocupa, diremos que ningún hablante puede sacar la lengua de sus

* Academia Argentina de Letras y Fundación Litterae. Buenos Aires (Argentina). Dirección para correspondencia: aliciazorrilla@arnet.com.ar.

quicios, aunque con la suya haga lo que quiera, ni ignorar, como Sancho, las reglas que la sustentan. Por eso, cuando un cabrero que por allí pasaba le narra el cuento del pastor Grisóstomo que muere de amores por la esquiva Marcela, el Caballero de la Triste Figura no admite que distorsione las palabras, es decir, que haga «mundo nuevo», y lo corrige con la verdad, pues, para don Quijote, el decir una palabra por otra es lo mismo que mentir:

> —Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.
>
> —*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminares mayores —dijo don Quijote.
>
> Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:
>
> —Asimesmo adevinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.
>
> —*Estéril* queréis decir, amigo —dijo don Quijote.
>
> —*Estéril* o *estil* —respondió Pedro—, todo se sale allá. [...]. Y quiéroos decir agora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.
>
> —Decid *Sarra* —replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.
>
> —Harto vive la sarna —respondió Pedro—; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.
>
> —Perdonad, amigo —dijo don Quijote—, que por haber tanta diferencia de *sarna* a *Sarra* os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna[e] que Sarra...[f]

Como advertimos, el famoso español don Quijote, «luz y espejo de la caballería manchega»,[g] también trata de ayudar a los flacos y menesterosos de la lengua para que no la maltraten y se conciencien del valor de decir bien porque «la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso».[h] Por eso, en otra ocasión, le dice a Sancho:

> —¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? —dijo don Quijote—. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mesmo Judas que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?
>
> —¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.
>
> —*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.[i]

Como para muchos hablantes de nuestro siglo, para el cabrero Pedro, las correcciones de don Quijote son *niñerías,* y se siente mortificado por ellas. Y en ese *yo me entiendo* de Sancho se resume la soberbia y el egoísmo de quienes no entienden que también pueden ser altruistas con las palabras. Escribe con acierto Fernando Lázaro Carreter: «Resulta forzoso innovar en el idioma para vivir con nuestro tiempo; pero debemos esforzarnos —la escuela, la universidad, las academias, los parlamentos— por evitar que se nos hagan más indistintos los conceptos y más chicos los cerebros».[j]

La oreja herida le duele cada vez más a don Quijote, y uno de los cabreros que lo acompañan pone fin a su pena con un nuevo remedio:

> Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.[k]

Pero el maltrecho caballero no ceja hasta preparar el precioso bálsamo:

> —Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.
>
> Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:
>
> —Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

El ventero lo provee de cuanto quiere, y don Quijote hace el bálsamo:

> [...] mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero […].

Luego, el caballero andante bebe lo que queda en la olla donde ha cocido el brebaje y comienza a vomitar:

> […] y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo ansí y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho, por imitar a su amo o, tal vez, por probar el vino que contiene el mejunje, bebe lo que queda en la olla, que no es menos que lo que ha bebido don Quijote:

> Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:
>
> —Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.
>
> —Si eso sabía vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?
>
> En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener.[1]

Nuevamente aprovechamos el texto para señalar que el bálsamo equivale a nuestra normativa: bien le aprovecha a quien recurre a ella porque cree en ella, o como dice don Quijote, porque es auténtico caballero andante, que, en nuestro caso, significa ser hablantes o escritores responsables ante el idioma que nos pertenece. En cambio, el que la prueba por imitación, pero sin fe —como Sancho—, nada obtendrá, sino «borrasca y mala andanza», pues mal puede saber el que no quiere aprender.

Sirva esta introducción de homenaje a la gran obra cervantina y de pórtico a nuestros padeceres lingüísticos, que incentivan hoy estas palabras.

Patología del lenguaje médico

En medicina, la *diátesis* es la predisposición orgánica a contraer una determinada enfermedad. Desde el punto de vista etimológico, *enfermedad* proviene del latín *infirmitatem* (*in-*, 'no', y *firmus,* 'fuerte, firme, robusto, sano'). El enfermo es, pues, la persona que no está sana y a la que le falta firmeza, precisamente, por sus padecimientos. Sin duda, hay enfermedades del cuerpo o físicas, y del alma o espirituales, pero también del intelecto, del habla y de la escritura; no son orejas que sangran como la de don Quijote, pero sí oraciones heridas de muerte, lo que no deja de ser paradójico en el campo de la medicina.

En la jerga médica, las dolencias del cuerpo reciben el nombre incorrecto de *patologías*. Así nos lo indica este ejemplo referido a la fibrosis quística: «Esta *patología* es la *enfermedad* genética hereditaria más frecuente entre las personas de raza blanca». El *Diccionario* académico, sin embargo, desmiente esta sinonimia entre *patología* y *enfermedad,* y dice que *patología* es 'la parte de la Medicina que estudia las enfermedades' o 'el conjunto de síntomas de una enfermedad'. Por supuesto, la Real Academia Española se ciñe a la etimología, ya que *pato-* es un prefijo que proviene del griego y significa 'dolencia o afección'. Las dos definiciones del vocablo *patología* no corresponden a *enfermedad;* para este vocablo, el *Diccionario* académico destina el sustantivo masculino *morbo*. Tres morbos graves trastruecan los cánones dialogísticos, impiden que la comunicación sea fluida y la convierten en seudocomunicación. Intelecto, habla y escritura quieren demostrarnos, con sus deslices, que la lengua padece de insuficiencia gráfica, morfosintáctica y léxico-semántica. No es así. La lengua española goza de buena salud. Los hablantes somos los enfermos, los que adolecemos de taxativa incultura lingüística. Y decimos *taxativa* porque no admite discusión. Las pruebas, al canto. Analicemos algunos ejemplos extraídos del lenguaje médico con que uno se encuentra en la Internet:

Ejemplo 1

> Estuve enferma, pero, por suerte, no *hice fiebre*.

Entre las cincuenta y ocho acepciones del verbo *hacer,* no hay una que se adecue a este despropósito. *Afiebrarse,* verbo registrado en el *Diccionario* académico, denota 'empezar a tener fiebre', pero no es lo que quiso expresar la joven señora. En español, se dice *no tuve fiebre*.

Ejemplo 2

> Al no producir efectos secundarios en los pacientes de enfermedades cardiovasculares, es un producto totalmente seguro.

¿Cómo puede existir un paciente «de» enfermedad cardiovascular? De acuerdo con la semántica de la preposición *de,* llegamos a estas conclusiones:

1. el pobre paciente no posee la enfermedad (como cuando decimos *la novela de Vargas Llosa*), la sufre;
2. no viene o sale de esa enfermedad (como cuando *Viene de Entre Ríos*);

3. no está hecho de ella (como una *manta de lana*);
4. no está contenido en ella (como *un plato de tallarines*);
5. no es su asunto o materia (como *una clase de Gramática*);
6. no es su causa u origen (como *Murió de tifus*);
7. no es su naturaleza, condición o cualidad (como *mujer de agallas*);
8. no lo determina como lo hace la aplicación de un nombre apelativo (como en *mes de junio* o *ciudad de Buenos Aires*).

Según este análisis, lo correcto es *pacientes con enfermedades cardiovasculares*. El verbo *producir* tampoco se adecua al significado de esa oración, pues denota 'engendrar, rendir frutos, redituar interés'. Entonces, la precisión señala que el medicamento no *causa* efectos secundarios.

La construcción de la oración exige el reemplazo del verbo *ser* con el verbo *considerar*: «Al no causar efectos secundarios —equivale a *Como no causa efectos secundarios...*— en los pacientes con enfermedades cardiovasculares, se considera un producto *totalmente seguro*». El adverbio *totalmente* ('enteramente, del todo') nos desconcierta por lo superfluo, pues no existe mediania en la seguridad: o es seguro o no lo es. Quizá, sea mejor decir que se considera un producto inocuo. El sintagma adjetival analizado podría formar pareja con *aquel tren que estaba completamente parado* o con *el hombre totalmente muerto* de tantas noticias policiales.

Ejemplo 3

> También se ha demostrado en estudios comparativos que *otros medicamentos conteniendo* esta droga, *poseen* grandes riesgos y una eficacia tan sólo del 68 al 72%.

El gerundio es un derivado verbal, o forma no personal del verbo, muy querido por médicos y abogados. Para muchos profesionales, más que una palabra es un salvavidas que les permite flotar en el bravío mar de la sintaxis española. Muy equivocados están. No los salva de su peligrosa condición de náufragos porque el gerundio no es una muletilla ni un comodín y, como toda palabra bien nacida, aspira a que le den su lugar en la oración, a que respeten su linaje. No tolera ser adjetivo como en este ejemplo (*otros medicamentos conteniendo*), sino adverbio; podemos decir, por ejemplo, *Habló conteniendo las lágrimas,* pues responde a la función adverbial (¿cómo habló?), pero no debe construirse junto a un sustantivo. En este caso, tendrá que ser reemplazado con una construcción de carácter adjetivo (*otros medicamentos que contenían esta droga*).

Hay una observación más respecto del verbo *poseer,* predicado del sustantivo *medicamentos*. De acuerdo con el significado que se registra en el *Diccionario* académico, sólo debe aplicarse a personas, no a objetos. Además, ni su significado[m] se adecua al contenido de la oración, porque los medicamentos no *poseen* grandes riesgos, los *ocasionan*. Luego, deberá repetirse el signo de porcentaje junto a cada número, no basta con indicarlo junto a la última cifra. La oración corregida es, pues, la siguiente: «También se ha demostrado en estudios comparativos que otros medicamentos, que contienen esta droga, ocasionan grandes riesgos y tienen una eficacia tan sólo del 68% al 72%».

Ejemplo 4

Comentario especial merece el uso de la preposición *para,* que a menudo alborota e injuria los significados. No falta quien entra en una farmacia y pregunta: «¿Hay vacuna para la varicela?»; «¿Llegó la vacuna para la gripe?». Otros se atreven a pedir **veneno para las hormigas*, *para las ratas*, *para los ratones*, *para las cucarachas* y hasta repelente **para arañas y murciélagos*. Tal vez, cumplen el encargo de ayudarlos a apurar su muerte.

La televisión ya no oculta nada, y azorados escuchamos a un médico que dice: «Trabajamos para el envejecimiento facial». Pero aquí no termina el escándalo, pues en la Internet se promociona un «drenaje facial para envejecimiento cutáneo»; un seminario se titula «Tratamiento Top para el Envejecimiento Cutáneo»,[n] y el insólito Tema 3 de un Curso de Especialización en Cirugía Plástica lleva por título «Cirugía del Envejecimiento Facial»,[o] como si éste fuera una parte del cuerpo, significado que refrenda este otro sintagma: «para corregir los cambios ocurridos en el envejecimiento facial». No conformes, ofrecen *tratamientos antiedad, medicamentos antiedad, píldoras antiedad, vacuna antiedad 2005, terapia antiedad, productos corporales antiedad, base humectante antiedad, milagroso suero antiedad, crema antiedad antioxidante, la crema de Susana Giménez antiedad, cremas antiedad de alto impacto, antiedad para perros y para gatos,* y hablan de un *hotel antiedad,* de *experiencia antiedad,* de *belleza antiedad,* de *servicios estéticos antiedad,* de *reportaje especial antiedad,* de *ocho genes antiedad,* de *veintidós trucos antiedad,* de una *nueva coenzima antiedad,* de *soluciones antiedad,* de *dieta antiedad* y de *investigación antiedad*. ¿Por qué usan el anglicismo (*antiage, antiaged, antiaging*) en lugar de nuestro eficaz adjetivo *rejuvenecedor/rejuvenecedora,* o de los sustantivos *antiarrugas* o *antienvejecimiento*. *Edad* no es sinónimo de vejez; es —según el *Diccionario* académico— 'cada uno de los períodos en que se considera dividida la vida humana'. El prefijo *anti-* denota 'opuesto', 'con propiedades contrarias' (*anticongestivo, antitusígeno, antivirus*). La palabra así usada significa 'contra la edad', que no es lo mismo que decir *contra las consecuencias de la edad avanzada*. Entonces, si nos quitan la *edad,* ¿qué nos queda? Por eso, cuando leemos *Lucha antiedad: Estrategias de éxito para seguir siendo joven,* agregamos *en el más allá*. Como broche de oro, una receta casera: «Para el envejecimiento facial: colocar una cebolla cortada en redondo, embebida en vinagre. Colocar unos minutos sobre la piel». Después de esos imperativos espurios —«colocar, colocar»—, sólo Dios sabrá lo que queda de la pobre cara.

La prensa tampoco es ajena a estas impertinencias lingüísticas. En un diario catamarqueño, aparece un titular sorprendente: *Tomó veneno para encontrarse con su novia*.[p] El fin, ¿justificaría los medios? Parece que beber un licor espiritoso para estimularse, para adquirir valor, ya no surte efecto.

Un aviso recomienda de forma incompleta: «Haga yoga como *ayuda para la presión arterial*». ¿Querrá decir para para disminuir la hipertensión arterial?

Reflexionemos ahora sobre estos espejos del delirio sintáctico y léxico:

> En caso de caspa, se utilizará *shampoo para la caspa* en lugar de *shampú para cabello graso*.

Caspa más caspa, mucha más caspa. Que no crea el docto dermatólogo que por usar la palabra inglesa *shampoo* —luego semiespañolizada *shampú* en la misma oración— la caspa desaparecerá. Deberá recomendar, entonces, *un champú contra la caspa en lugar de un champú contra el cabello graso*.

Lo mismo ocurre en los siguientes textos, donde se escribe lo contrario de lo que se promociona:

> Loción para la caída del cabello, seborrea y reposición del cabello.

La preposición *para* anuncia «tres virtudes» en una sola loción, a fin de que el usuario goce de todas las experiencias: caída del cabello; seborrea o aumento patológico de la secreción de las glándulas sebáceas de la piel, y nuevo crecimiento del cabello, es decir, otoño, invierno y primavera. La voz *reposición* no es la adecuada en este contexto, porque nadie vuelve a poner nada en la cabeza del desdichado que usó el producto ni a reemplazar lo que le falta, salvo que, ante el fracaso, no le quede otro camino que el del trasplante capilar. Entonces, la oración correcta es: «Loción contra la caída del cabello y contra la seborrea». No podemos dejar de repetir la preposición *contra* porque, de lo contrario, se cae también la seborrea. Además, aunque es redundante, podemos agregar con intención optimista, como para animar a los calvos no resignados: *Estimula el crecimiento del cabello*.

La preposición *para* continúa haciendo estragos en el cabello y propicia una redacción que no puede refrenarse por lo violenta:

- **Para la caída del cabello:** Rallar una cebolla y usar el jugo mezclado con jugo de limón y una gota de aceite y diente de ajo machacado. Aplicar por la noche protegiendo con una toalla y a la mañana lavar con agua fresca.

- **Para la caída del cabello II:** Mezclar medio litro de vino blanco con varias ramas de perejil y una yema de huevo batido, dejar reposar al sol durante 2 semanas y aplicar al cuero cabelludo, dejando actuar 10 minutos y enjuagar.

Se lleva los aplausos «una yema de huevo batido»: si se bate el huevo, ¿cómo se extrae la yema? ¿Habrá querido decir, acaso, «batida»? Y si no hay dos semanas seguidas con sol, ¿no tendrá reposo?

Ejemplo 5

> Crema rejuvenecedora *para* el cutis y *las arrugas*.

Cuando leemos este aviso, podemos preguntarnos si las arrugas están fuera del cutis. Si cutis es la 'piel que cubre el cuerpo humano, principalmente la del rostro', y las *arrugas* aparecen en la piel, con nombrar el *cutis* es suficiente. Además, el adjetivo que acompaña al sustantivo *crema* lo dice todo: *Crema rejuvenecedora para el cutis*. No es necesario agregar *arrugas;* sin nombrarlas, el adjetivo *rejuvenecedora* ya indica que las tenemos. Pero si de arrugas se trata, la publicidad se esmera hasta tal punto en hablar de ellas, que engendra textos electrónicos como éste:

> Formula para arrugas de calidad internacional.[q]

Ya la palabra inicial *formula,* sin tilde, desacredita el aviso, lo estigmatiza. Otra vez la preposición *para* promociona la formación de arrugas, pero no cualquier tipo de arrugas, sino las *de calidad internacional*. ¡Sorprendente discriminación creada por un anacoluto inoportuno! ¿Habrá arrugas de calidad nacional, regional o local? Sin duda, la inconsecuencia en la construcción de la oración altera su significado. Aquí conviene decir un refrán quijotesco: «cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen».[r] Una palabra fuera de lugar descalabra todo sentido. Cuesta tan poco decir «Fórmula de calidad internacional contra las arrugas». Después, agrega:

> Disminuye expresión de arrugas y pliegues.

El verbo, bien conjugado, nos pone en tema, pero las arrugas no pueden expresarse; en todo caso, aparecen y transparentan despiadadamente nuestra edad. ¿Se referirá el luminoso autor del aviso, quizá, a las arrugas de expresión, mejor llamadas arrugas gesticulares o de gesticulación? Entendemos que así es. Si reflexionamos sobre el uso de la lengua en este mensaje, suponemos que ha querido decir: «Disminuye las arrugas gestuales y los surcos».

Ejemplo 6

> La agencia estadounidense del medicamento (FDA) ha aprobado una *vacuna para la gripe en forma de spray* [...].[s]

De acuerdo con lo que hemos dicho, no se aprueba una **vacuna para la gripe,* sino *contra la gripe* o *antigripal, para evitar la gripe* o *para prevenirla*. Aún más, la vacuna no puede tener **forma de spray;* su envase tendrá atomizador o pulverizador, dos palabras muy nuestras para reemplazar el anglicismo.

Ejemplo 7

El uso indebido de *para* alterna, en estas construcciones, con el de la preposición *de:*

> La mayoría de los estados de *EU* no reconocen *la vacuna de rabia para hurones,* debido a que todavía hacen falta más estudios oficiales que *certifique* la duración exacta de inmunidad en hurones. Esto significa que aun si su hurón está debidamente vacunado, será sacrificado *si alguien reporta haber recibido una mordedura a las autoridades*. No obstante, el tener el registro de la vacuna puede persuadir a la persona agredida de no reportarlo, además de *protegerle* de la posibilidad de contraer la rabia (incluso los hurones más mimados y vigilados pueden escapar).[t]

Parece impensable que los pobres animalitos reciban una *vacuna de rabia*. El fragmento presenta una abreviatura indebida, la de los Estados Unidos (*EU por EE. UU.), un grave error de concordancia (*más estudios oficiales que certifique*...), un anacoluto que mueve a risa (... *si alguien reporta haber recibido* una mordedura a las autoridades) y un caso de leísmo (protegerle *de la posibilidad de contraer la rabia*...).

Ejemplo 8

Muchas veces la relación de la persona con la enfermedad es tan estrecha, tan familiar, tan afectiva, que se escriben oraciones como ésta:

> Te agradeceré si podés aconsejarme sobre la alimentación *para los divertículos*.[u]

Como si tuvieran boca, lengua y dientes, los divertículos tienen que alimentarse debidamente. El sustantivo *divertículo* proviene del latín y denota 'desviación de un camino'. El autor de esta oración desvió tanto el camino que no advirtió que debía expresarla así: «Te agradeceré si podés aconsejarme acerca de la alimentación que deben seguir las personas que tienen divertículos».

Ejemplo 9

> Investigadores han encontrado una forma de transformar células madre neurales en células productoras de insulina, un descubrimiento que podría conducir un día a una posible cura *para tratar a la diabetes, la enfermedad del azúcar en la sangre*.

Como la diabetes no es una persona, debemos *tratar la diabetes,* no **a la diabetes; a*demás, ésta no es **la enfermedad del azúcar en la sangre,* pues tener azúcar en la sangre no es una enfermedad; todos tenemos algo. Además, ninguna enfermedad tiene sangre que contenga azúcar; es la enfermedad ocasionada por el aumento del azúcar o de la azúcar en la sangre, ya que la palabra es de género ambiguo (masculino y femenino). Nuevamente, la economía verbal conduce a la impropiedad.

Ejemplo 10

> A medida que envejecemos, se necesitan nutrientes adicionales. Huesos, articulaciones, energía y vitalidad.

La primera oración es correcta, pero la segunda parece una explicación de aquélla. ¿Son esos los nutrientes que necesitamos? Sin duda, no lo son, pero debe buscarse una redacción adecuada para evitar esa ambigüedad.

Ejemplo 11

> [...] algunos pacientes *con componente ansioso importante* pueden presentarse inquietos, agitados y con *un habla rápido y nervioso*.

No cabe duda de que decir *con componente ansioso importante* tiene un empaque que no reemplaza el sintagma *algunos pacientes muy ansiosos,* pero ¡cuántas palabras nos ahorraríamos y con qué claridad expresaríamos lo que tenemos que comunicar!

El *habla* no puede ser *rápido y nervioso* porque *habla* es un sustantivo femenino. El artículo *el* que suele acompañarlo no es masculino, sino artículo femenino del español antiguo (*illa* > ela > el' > el). Este artículo se usa ante sustantivos que comienzan con *a* tónica. En este ejemplo, el adjetivo indefinido *un* se apocopa por analogía, no por cacofonía, pues es posible decir correctamente *una habla*. Entonces: «algunos pacientes muy ansiosos pueden presentarse inquietos, agitados y con un habla rápida y nerviosa».

Ejemplo 12

> Vea nuestros productos de efectividad comprobada y obtenga información importante *sobre alimentación de los expertos de nuestro Consejo Médico*.

Nuevamente la falta de orden de las palabras en la oración cambia su significado. La oración correcta es: «Vea nuestros productos de eficacia comprobada y obtenga de los expertos de nuestro Consejo Médico información importante sobre alimentación». Aunque, por influencia del inglés, *efectividad* está registrada en el Diccionario académico con el significado de 'eficacia', éste es el sustantivo que mejor expresa lo que se pretende decir.

* * *

Hace un momento, dejamos a don Quijote casi sano después de beber el «santísimo» bálsamo de Fierabrás y a Sancho, molido y quebrantado, entre borrasca y borrasca, como la que padecimos nosotros en medio de esa aventura cotidiana de errores que nos declaran en emergencia lingüística. Por la gravedad de nuestros errores, necesitamos, sin duda, grandes cantidades del milagroso mejunje. Pero Dios, que da la llaga, da también el remedio, y nunca es tarde para rehacer el camino y aprender a cuidar de nuestra lengua desde ese meditado silencio que predice el despertar de cada palabra hasta la eternidad terrenal de sus significados, hasta comprender que es poesía tanto en el más sencillo diálogo como en el más sesudo trabajo intelectual. Comunicarnos bien significa pensar bien, sentirnos bien, gozar de buena salud espiritual.

Hablar y escribir bien es trabajar arduamente en «la formación del espíritu»[v] para recuperar los valores que sostienen nuestra condición de hombres, para celebrar agradecidos el don de comunicarnos, para decir con don Quijote: «podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible».[w]

Notas

[a] Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Primera parte, cap. XXIX. Madrid: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, Santillana, 2004, pág. 296.

[b] Ibídem, primera parte, cap. X, pág. 92.

[c] Ibídem, págs. 94-95.

[d] Ibídem, pág. 95.

[e] Un refrán español dice *Más viejo que la sarna* por 'muy viejo'.

[f] Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, o. cit, primera parte, cap. XII, págs. 104-105. Se refiere don Quijote a Sara, mujer de Abraham, que vivió ciento veintisiete años.

[g] Ibídem, cap. IX, pág. 85.

[h] Ibídem, segunda parte, cap. XIX, pág. 694.

[i] Ibídem, pág. 693.

[j] *El nuevo dardo en la palabra*. Madrid: Aguilar, 2003, pág. 151.

[k] Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, o. cit., primera parte, cap. XI, pág. 102.

[l] Ibídem, cap. XVII, págs. 148-150.

[m] 'Dicho de una persona: Tener en su poder algo'; 'saber suficientemente algo'; 'tener relación carnal con otra'; 'tener una cosa o ejercer una facultad con independencia de que se tenga o no derecho a ella'; 'dominarse a sí misma, refrenar sus ímpetus y pasiones'.

[n] <www.escueladeshiatsu.com.ar/mujer.htm> [consulta: 28.5.2005].

[o] <www.google.com.ar/search?> [consulta: 28.5.2005].

[p] *Catamarca al día* [en línea], Catamarca, 11.5.2005: <http://www.catamarcaaldia.com.ar/index.php?ID=3618> [consulta: 28.5.2005]

[q] *Laboratorio dermocosmético*, 14.5.2005.

[r] Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de La Mancha*, o. cit, segunda parte, cap. II, pág. 563.

[s] <www.praxis.paginadigital.com.ar/vacun.asp> [consulta: 28.5.2005].

[t] *Vacunación* [en línea]: <http://personales.ciudad.com.ar/ferret/vacydesp.htm> [consulta: 28.5.2005].

[u] Wons, Viviana: *SOS Nutrición* [en línea], XVIII, 953, Buenos Aires, 11.5.2005. <www.mia.uolsinectis.com.ar/edicion_0953/sos_nutricion.htm> [consulta: 28.5.2005].

[v] Guitton, Jean: *Nuevo arte de pensar.* 8.ª edición. Santafé de Bogotá: San Pablo, 1997, pág. 8.

[w] Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de La Mancha*, o. cit, segunda parte, cap. II, pág. 677.

Freud y Cervantes

Fernando A. Navarro
Cabrerizos (Salamanca, España)

Es evidente que la psicología freudiana, con sus nuevas ideas sobre el psicoanálisis, el subconsciente, la libido, el complejo de Edipo y la represión de los instintos, marcó profundamente los principales movimientos literarios, filosóficos, culturales y artísticos del siglo XX.

Es asimismo evidente que en los textos científicos de Sigmund Freud —esencialmente narrativos y que le valieron el prestigioso premio Goethe en 1929— se aprecian nítidas influencias de los autores clásicos griegos y romanos, de los trovadores medievales, de Dostoyevski, Schopenhauer, Nietzsche, los poetas simbolistas Rimbaud y Mallarmé, el realismo de Zola y el romanticismo literario alemán, pero también, y de modo muy especial, influencias cervantinas.

Así lo admitió el propio Freud. En carta fechada en Viena el 7 de mayo de 1923 y dirigida a don Luis López-Ballesteros y de Torres, traductor de su obra científica a nuestro idioma, el más grande psiquiatra de todos los tiempos reconocía, en perfecto castellano:

> Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *Don Quijote* en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil, puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

En su adolescencia, efectivamente, el joven Freud mantuvo una estrecha relación con un compañero de nombre Eduard Silberstein, y juntos aprendieron por su cuenta el español. Entre sus primeras lecturas, les impresionó especialmente una novelita ejemplar en la que dos perros charlaban tumbados a la puerta de un hospital vallisoletano, y fundaron lo que dieron en llamar «Academia Castellana» (AC), de cuya correspondencia se conservan todavía 70 cartas (de ellas, 22 escritas totalmente en español y 13 en parte) firmadas con los nombres de los dos canes cervantinos: *Cipión,* como seudónimo de Freud, y *Berganza,* como seudónimo de Silberstein.

Beatriz Ujados

Enanos en el *Quijote* y en el arte

Ediciones Irreverentes

Madrid (España), <www.edicionesirreverentes.com>

López Alonso, Antonio: ***Enanos en el Quijote y en el arte.*** Colección Aqueronte, n.º 4. Madrid: Irreverentes, 2005; 160 páginas. ISBN: 84-96115-33-x. Precio: 12 euros.

Antonio López Alonso es un amante del *Quijote* y ha escrito varios libros sobre Miguel de Cervantes, como *Cervantes, manco y bien manco* (1997), *Molimientos, puñadas y caídas acaecidas en el Quijote* (1996) o *Enfermedad y muerte de Cervantes* (1999). Y no podía ser que un entusiasta lector del *Quijote* y con estudios biográficos del insigne manco de Lepanto permaneciera ajeno al cuarto centenario de la primera edición del *Ingenioso hidalgo* sin aportar algún trabajo al ferviente lector.

Los enanos, por cuestiones de oficio —especialista médico en el campo de la traumatología y la ortopedia—, le han «perseguido» con cierta frecuencia. Anda López Alonso entre enanos —reales y literarios—. Y se nota. Éste es un libro para entrar en el mundo más interior del *Quijote*, en las vivencias de los enanos cervantinos. Hay enanos acompañados de hermosas dueñas, enanos volando en un dragón, enanos que portan redomas de agua que, «en gustando alguna gota della», el guerrero malherido queda sano de sus llagas y heridas; hay enanos portadores de plantas milagrosamente curativas, enanos que entre almenas tocan trompetas a la llegada de los caballeros a los castillos…; pero también hay enanos históricos, entretenedores de reyes, y enanos modelos de pintores, como el Niño de Vallecas, Juan Calabazas o Diego Acedo *el Primo*.

Antonio López Alonso es catedrático de Traumatología y Cirugía Ortopédica en la Universidad de Alcalá de Henares y autor de obras biográficas y literarias como *La muerte de Jesús vista por un médico creyente* (1999), *La angustia de García Lorca* (2002), *Carlos II, el Hechizado* (2003), *La noche en que el pueblo me quiso matar* (2003), *Tierra de sombras y de luna* (2004; mención especial del jurado del Premio Nacional de Novela Ducado de Loeches) y *Teresa de Jesús, enferma o santa* (2004).

Del pavimento de la calle Huertas
(Ortotipografía en el barrio de Cervantes)

Federico Romero*

La calle de las Huertas es el espinazo del madrileño barrio de las Letras. Lo llaman así porque en él vivieron, escribieron y disputaron Cervantes, Lope, Quevedo, Góngora y otras glorias de la literatura hispana. El barrio, convertido hace décadas en zona de esparcimiento, ha sido peatonalizado por el Ayuntamiento de Madrid, que estimó conveniente aprovechar la remodelación para ornar los muros de esa calle con placas en las que aparecen la efigie y una breve biografía de ciertos autores, y su pavimento con fragmentos escogidos de los mismos autores y alguno más, para solaz e instrucción de los paseantes.

Si el corrector —humilde como su oficio y, como humilde, con la vista gacha— sube por Huertas desde el paseo del Prado hacia la plaza del Ángel, corre el riesgo de no llegar jamás a su destino. Nada más empezar, junto a la plaza de la Platería de Martínez, reclama su atención desde el suelo el comienzo de la *Canción del pirata:*

> Con diez cañones por banda,
> viento en popa a toda vela,
> no corta el mar, sino vuela,
> un velero bergantín...
>
> *Canción del Pirata*
> *José de Espronceda*

Lo primero que le sorprende es el tamaño injustificadamente errático de los espacios que separan las palabras (y que no puedo reproducir con precisión). Meticuloso como es —sus amigos lo pronuncian *maniático*—, quizá piense el corrector que sobra la inicial mayúscula de *pirata,* que si el nombre de la obra va en cursiva, el del autor debería haberse escrito en redonda y que habría quedado más pulcro justificar por la derecha los dos. «Bah, minucias», se dice, y que sigue andando.

Algo más arriba, tropieza con un texto de Larra:

> "¿ No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?".
> Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más. Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído...
>
> *Carta a Andrés*
> *Mariano José de Larra*

Aquí, el corrector pega ya un respingo. El punto tras las comillas le parece innecesario, aunque nunca se sabe: el *Diccionario panhispánico* está muy terne con estas cosas. A lo que no ve justificación es al espacio tras el signo de interrogación de apertura (que además no se corresponde con otro ante el de cierre)... ni a los espacios dobles y más que dobles que salpican el fragmento y que empieza a temer que sean la tónica general. Acepta, resignado, que no se sangren los párrafos si tal es el gusto del consistorio.

Pasada la calle de la Berenjena, entrevé bajo las patas de las palomas una cita moratiniana:

> Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulación.
>
> *El Sí de las niñas*
> *Leandro Fernández de Moratín*

¿Por qué demonios escribirán *sí* con inicial mayúscula? ¿Y por qué el nombre del autor tiene que sobresalir siempre por la derecha?

Cruce con Jesús, y el otro Moratín:

> Madrid, castillo famoso
> que al rey moro alivia el miedo,
> arde en fiestas en su coso,
> por ser el natal dichoso
> de Alimenón de Toledo.
>
> *Fiesta de Toros en Madrid*
> *Nicolás Fernández de Moratín*

Lo mismo: *toros* con mayúscula, doble espacio entre *ser* y *el,* la peculiar forma de disponer el título y el autor... Pensando en ello y en lo fastidiosa que puede llegar a ser la mirada

* Revisor y traductor. Madrid (España). Dirección para correspondencia: fede.rom@arrakis.es.

profesional, nuestro corrector pasa junto a una lápida en memoria de León Felipe y a punto está de pisar sus palabras:

> ...y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada,
> pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
> y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña.
> Después... ya no he vuelto a echar el ancla,...
>
> *Versos y oraciones del caminante*
> *León Felipe*

Le rechinan esos puntos suspensivos promiscuamente aferrados a la primera palabra, esa coma que se entromete ante los últimos...

> Ya está de cólera ciego.
> Que os he de matad, creed,
> en ese potro, villanos.
> ¿Quién mató al Comendador?
> Fuenteovejuna, señor.
>
> *Fuenteovejuna*
> *Lope de Vega*

El corrector, que está empezando a caldearse, se pregunta por qué habrán elegido ese fragmento, en el que intervienen tres personajes distintos: Laurencia, el juez y Pascuala. Puestas sus intervenciones seguidas, sin nada que señale cuándo habla uno o cuándo otra, la cosa no tiene pies ni cabeza.

Pasada la espalda del convento de las Trinitarias, donde yace Cervantes, lo aborda Quevedo:

> Miré los muros de la patria mía,
> si un tiempo fuertes,ya desmoronados,
> de la carrera de la edad cansados,
> por quien caduca ya su valentía
>
> *Soneto*
> *Francisco de Quevedo*

¡Vaya por Dios! Ahora título y autor están justificados por la derecha. ¿Pero por qué habrán decidido omitir el punto que cierra la estrofa? ¿Y por qué esa manía de incluir espacios disparatados entre las palabras, mientras que se comen el que debería figurar tras la coma que sigue a *fuertes*? El corrector, inclinado por lo común a buscar disculpas a las extravagancias ajenas, se fija bien por si las junturas del enlosado tuvieran que ver con la incongruencia en las separaciones, pero no es el caso; debe de ser un capricho.

A Cervantes lo han tratado algo mejor:

> En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero
> acordarme, vivía no hace mucho tiempo un hidalgo
> de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín
> flaco y galgo corredor...
>
> *Don Quijote de la Mancha*
> *Miguel de Cervantes*

Aunque... ¿a qué vienen los puntos suspensivos del final, si tras *corredor* va un punto y seguido? ¿Quieren indicar que aún queda mucho *Quijote* por delante?

Junto al príncipe de los ingenios, un dramaturgo campanudo y Premio Nobel:

> ¡La belleza! Lo que es no lo sabemos ahora con
> certidumbre matemática; quizá no lo sepamos nunca
> pero que la belleza es algo, que existe, que palpita en la
> naturaleza, y que, así como la ola que llega a la
> playa rompe en espuma,...
>
> *Discurso de ingreso en la Real Academia Española*
> *José Echegaray*

Se ve que a estas alturas de la calle se ha consolidado la tendencia a justificar a la derecha el título y el nombre del autor. Y que el encargado del invento sigue pensando que se puede dejar una coma antes de los puntos suspensivos. ¿A quién se le ocurriría —se pregunta el atribulado observador— cortar la cita a mitad de una comparación? ¿O escoger un fragmento con puntuación tan poco decorosa?

Siguen los dramaturgos, crece la irritación:

> ¡Ah! ¿No es cierto ángel de amor,
> que en esta apartada orilla
> más pura la luna brilla y se respira
> mejor?.
>
> *Don Juan Tenorio*
> *José Zorrilla*

El corrector solloza. ¿Tan difícil resulta separar los versos por donde corresponde? ¿Tan complicado colocar una coma antes del vocativo *ángel de amor*? ¿Tan arduo recordar que después del signo de interrogación de cierre no se pone punto?

Una estrofa de Bécquer, de reproducción casi perfecta para lo que se usa aquí, lo consuela en la boca de la plaza de Matute:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala en sus cristales
jugando llamarán.

Rimas
Gustavo Adolfo Bécquer

Pero de inmediato acude una letrilla a rebajar el incipiente alivio:

Ande yo caliente
Y ríase la gente.
Traten otros de gobierno
Del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,...

Ande yo caliente...
Luis de Góngora

Para empezar, lo que escribió don Luis 1581 fue «Ándeme yo caliente». Así se recoge también el refrán en el *Quijote,* y así debería figurar en el primer verso y en el título, sin el colgajo suspensivo. Segundo (y perdón por la insistencia): *antes de puntos suspensivos no se pone coma*. Y tercero: ¿por qué el segundo y el cuarto verso comienzan con mayúscula?

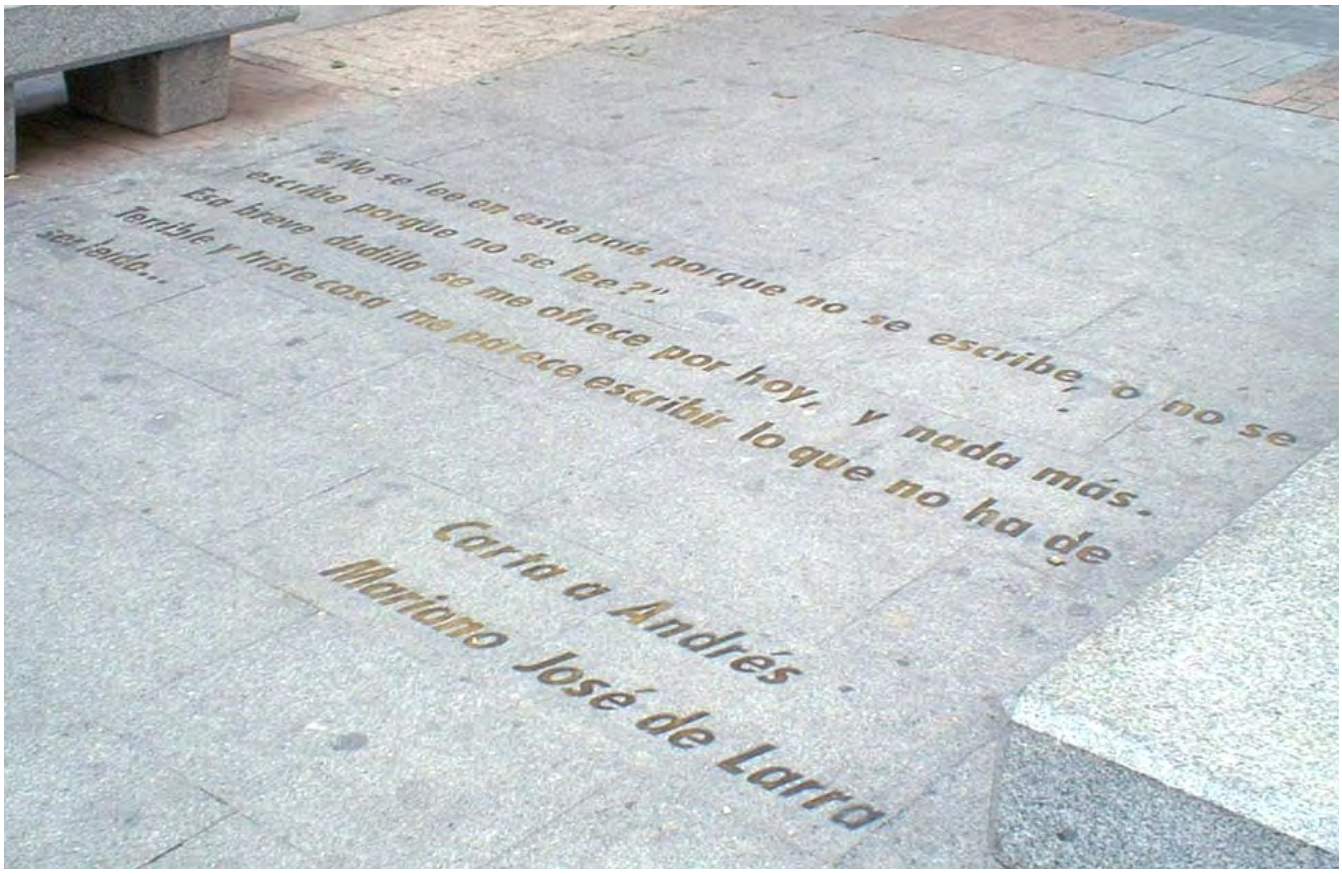
Desolado, nervioso, espeluznado, el corrector inicia la última estación, que se cumple junto a la iglesia donde estuvo enterrado Lope; en su entrada trasera limosneaban los protagonistas de la novela cuya cita tiene a los pies:

" Dos caras... tiene la parroquia de San Sebastián... mejor será decir la iglesia... dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas: con la una mira a los barrios bajos, enfilándolos por la calle de Cañizares; con la otra al señorío mercantil de la Plaza del Angel"

Misericordia
Benito Pérez Galdós

—¿Por qué? —clama nuestro héroe, perdida ya toda contención—, ¿por qué? ¿Por qué esta cita va entrecomillada (y con comillas inglesas, como en la de Larra, en lugar de latinas) y las otras no? ¿Por qué han dejado tras las comillas de apertura un espacio infame? ¿Por qué no han encorchetado los primeros puntos suspensivos para señalar la omisión de un fragmento? ¿Por qué no han tildado la *A* de *Ángel*? ¿Por qué no han cerrado la cita con un punto? ¿Por qué, con la millonada que debió de costar el numerito cultural éste, no se molestaron en hacer las cosas con un mínimo cuidado? ¿Nadie me responde?

Nadie sino un zureo de palomas.



Cristina Bertrand: *Nacimiento del río Cuervo*

¡Qué bien/mal puntuaba Cervantes!*

José Antonio Millán**

EN Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas

Figura 1. Comienzo del primer capítulo del *Quijote*

¡Qué bien escribía Cervantes! ¡Qué matices podemos encontrar en su inmortal *Quijote*, que leemos en una edición moderna!:

> En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

¡Pero un momento, un momento...! Vayamos a la primera edición (figura 1).

Pasemos por alto la curiosa ortografía de las palabras, que el editor claramente ha modernizado (por suerte para nuestra lectura), y concentrémonos en la puntuación: en una enumeración que ya se ha hecho famosa, ¡Cervantes escribió una coma antes de la conjunción *y*!: «rocín flaco**,** y galgo corredor». ¡Y esa coma nos la han hurtado los editores modernos! Una cosa es que hayan cambiado «vn» por «un» para nuestra comodidad, y otra cosa es que le quiten una coma a... ¡Cervantes!

Resolveré rápidamente la cuestión, para no incomodar más a la paciente lectora (o lector): durante un larguísimo periodo de tiempo, que llega prácticamente hasta nuestros días, el responsable último de la puntuación no fue el autor, sino el *componedor* (que en la primera imprenta, como el propio nombre indica, componía los libros letra a letra) o el corrector. No se ha conservado el texto a partir del cual se compuso el *Quijote* —lo cual está dando de comer a incontables promociones de estudiosos—, pero en los manuscritos que nos han llegado vemos que Cervantes no usaba coma, ni punto y coma, ni dos puntos. ¿Por qué? En buena medida, porque los autores de la época confiaban la puntuación a la imprenta (aunque hubo alguno que la cuidó personalmente, como Quevedo). Y las imprentas —dependiendo del momento— tenían distintos usos; por ejemplo: poner coma ante la *y*. Y —lo que es peor— hacían uso de los recursos de puntuación de forma inconsistente...

¿Qué tiene que hacer entonces el editor moderno con el texto de una edición del Siglo de Oro?

Para hacernos una idea veamos el primer capítulo del *Quijote* (fig. 2). El lector no necesita leer las páginas; sólo tiene que *mirarlas* como si fueran cuadros. ¿Qué ve, aparte del arranque del primer capítulo y el comienzo del segundo?: una sucesión de bloques cuadrados... ¿No le sorprende?

¡Un momento! No hay ni un punto y aparte en todo el capítulo... Pero las ediciones modernas incluyen nueve.

Figura 2. Vista general del primer capítulo del *Quijote*

Para ver la metamorfosis con un poco más de detalle, vamos a fijarnos en el penúltimo párrafo —actual— del capítulo y en lo que le rodea (las cifras a la izquierda numeran las líneas de cinco en cinco):

> [...] Decíase él:
> —Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»?
> ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer [...]

La aportación del editor moderno ha sido la siguiente (pasaremos por alto, para no complicar —aún más— el panorama, la introducción y supresión de comas):

---

* Texto adaptado a partir del capítulo 10 del libro *Perdón imposible* (Madrid: RBA; 2005; <http://jamillan.com/perdonimposible/indipro.htm>), con autorización del autor y de RBA Libros, S. A.

** Escritor y editor digital, Barcelona. (España). Dirección para correspondencia: portada@jamillan.com.

1. creación del punto y aparte tras «él:»
2. raya de inicio de diálogo (o, en este caso, de monólogo)
6. apertura de interrogación ante «no»
7. supresión del cierre de interrogación que figuraba tras «presentado»
9. apertura de comillas ante «Yo»
14. cierre de comillas tras «talante»
14. cierre de interrogación tras «talante»
14. creación de punto y aparte tras «talante»
15. apertura de admiración ante «Oh»
17. cierre de admiración tras «dama»
17. sustitución de los dos puntos tras «dama» por un punto y seguido.

Pues sí: la composición del *Quijote* (como la de muchas obras de su época) no usaba apenas puntos y aparte. Ni siquiera para los diálogos, que estaban sumergidos en el texto circundante, y no tenían rayas que marcaran ni el inicio de cada personaje, ni los incisos dentro del diálogo. La primera edición que dividió en párrafos el *Quijote* fue la que publicó el dramaturgo Juan Eugenio de Hartzenbusch (1862), de modo que la obra circuló durante un cuarto de milenio como un bloque compacto de texto... ¿Cómo pudieron aclararse entretanto los lectores?

La respuesta es que la mayoría del público de la época de Cervantes no era lector, sino *escuchador* de libros. La lectura colectiva en voz alta era la forma prioritaria por la que los libros llegaban a sus destinatarios. Y —recordémoslo— igual en ausencia de puntuación que con una puntuación imperfecta, la mejor forma de entender un texto es leerlo en voz alta.

Volvamos a la pregunta inicial: ¿qué se puede hacer hoy en día ante un texto lejano en el tiempo, puntuado de forma inconsistente por la imprenta que lo editó, y con un autor que no se preocupaba por esas cosas? La respuesta tiene que pasar por conocer qué quería Cervantes con el *Quijote*, y por suerte lo sabemos: la había escrito «para universal entretenimiento de las gentes». Y el editor moderno tiene que procurar proporcionar un texto que no rechine ante nuestros ojos de principios del siglo XXI, y facilitar su lectura... aunque sea a costa de reinventar, prácticamente, toda su puntuación.

El envejecimiento en el *Quijote*

Grupo Ars XXI
Barcelona (España), <www.arsxxi.com>

Alonso, I.; Bartual, R.; González, J. F.; Jiménez, F.; Martínez, A.; Mora, F.; Orero, A.; Portera, A.; Ribera, J. M.: *El envejecimiento en y desde el Quijote*. Barcelona: Ars Medica, 2005; 228 páginas. ISBN: 849751077. Precio aprox.: 74 euros.

Índice de capitulos

«A modo de introducción»
1. El envejecimiento: una perspectiva artística y literaria
2. La imagen de la vejez en la literatura universal

«El envejecimiento en el *Quijote*»
3. El envejecimiento en la época de Cervantes
4. El envejecimiento en el *Quijote*: dimensión socio-cultural

«El envejecimiento desde el Quijote»
5. Retablo del envejecimiento y la vejez en otras obras de Cervantes
6. El envejecimiento desde el s. XVII a la actualidad

«El envejecimiento, hoy»
7. Envejecimiento: mecanismos genéticos y estocásticos
8. Lo que la ciencia sabe acerca del envejecimiento del cerebro

«Envejecimiento saludable»
9. El envejecimiento no es una enfermedad
10. Galería de retratos del envejecimiento

«En un lugar de la "Mancha"...» Procesos de control de calidad del texto, libros de estilo y políticas editoriales

Silvia Senz Bueno*

Resumen: El sector editorial ha sufrido en los últimos quince años profundas transformaciones estructurales, que han repercutido de forma decisiva en los procesos de producción de impresos. La concentración editorial en grandes grupos y los nuevos imperativos de productividad y competitividad que rigen las actuales políticas editoriales han dado como funesto resultado una reducción generalizada de costes y plantillas, un creciente empobrecimiento de la oferta editorial y una extrema simplificación del proceso de producción.

Excepción hecha de algunas editoriales científicas o de libro de texto, procedimientos tan necesarios como la preparación y corrección de originales, que requieren personal interno especializado, en contacto directo con el autor o el traductor, y una cierta inversión de tiempo y dinero, se realizan ya —cuando no se obvian— externamente, sin control interno alguno y sin más criterio que el que impone el libro de estilo de la casa, a menudo plagado de incongruencias y arbitrariedades.

La calidad de las obras impresas y el propio prestigio de la editorial entre sus lectores se resienten gravemente de ello, por lo que va haciéndose perentoria una actitud menos negligente entre los editores, que pasa sin duda por ingeniar y aplicar nuevos métodos de trabajo que respondan a criterios de excelencia y eficacia y por plantearse seriamente la creación de una norma estándar y un sello oficial de control de calidad de los procesos de edición, que restaure y avale la buena práctica editorial .

"In a place in La Mancha..." Text quality control processes, style manuals, and editorial policy

Abstract: In the past fifteen years, the publishing sector has undergone profound structural changes that have had a decisive impact on print production processes. The concentration of publishers through large mergers and the new demands in productivity and competitiveness that drive current publishing policies have deleteriously resulted in widespread budget cuts and staff reductions, an increasingly impoverished supply of publishers, and extremely simplified production processes.

With the exception of a few publishers of scientific materials or textbooks, processes as essential as preparing and correcting original manuscripts, which call for specialized in-house staff in direct contact with the author or translator as well as an investment in time and money, are already being performed by outsiders, if at all, with no internal control and with no guidelines other than the house style manual, which is often plagued with inconsistencies and arbitrary rules.

Because of this, the quality of printed works and a publisher's prestige among readers are severely undermined, to the extent that it is becoming imperative for publishing houses to adopt a less negligent attitude and to come up with and apply new work methods in accordance with quality and effectiveness standards, and to seriously consider creating a norm and an official seal of quality control in editorial processes that will restore and validate good editorial practice.

Palabras clave: excelencia editorial, control de calidad editorial, procesos de edición y producción de impresos, corrección, edición, edición científica, estilo editorial, libros de estilo, políticas editoriales, concentración editorial, normalización, certificación. **Key words:** editorial excellence, editorial quality control, editing and production of printed materials, copyediting, editing, scientific editing, editorial style, style manuals, editorial policy, publishing mergers, standardization, certification.
Panace@ 2005; 6 (21-22): 355-370

Hubo un tiempo en que los responsables editoriales acometían su labor imbuidos de un inexcusable sentido del deber para con el lector y el autor y consagrados a su papel de adalides de la cultura. Caminaban por su particular Mancha, la del texto impreso, flanqueados por una hueste de fieles escuderos y pertrechados de un saber ancestral que les permitía salir airosos de cualquier avatar.

Pero llegó un día en que ejércitos de bárbaros mercenarios asolaron esa tierra rica y fértil, donde se molían las mieses de la cultura, y trocaron los molinos en gigantes, y a quienes resistieron su rampante avance, en diezmados baluartes de una misión quijotesca: preservar el arte de difundir el conocimiento y seguir oficiando el culto a la belleza y las formas sublimes de representación de la palabra...

1. El arte de editar: mito, leyenda y realidad

Valga esta introducción épica como licencia retórica para empezar a adentrarnos en un terreno aún envuelto en un halo de romanticismo a ojos profanos, pero recubierto de espinas para quienes lo pisan a diario. Los que viven la dureza de la labor editorial reconocerán al instante en esos símiles caballerescos una realidad que algunos expertos y autores del medio empiezan a mostrar ya en toda su crudeza: la acelerada descomposición del delicado arte de hacer libros y el desmo-

* Editora de mesa, correctora y traductora. Sabadell (Barcelona, España). Dirección para correspondencia: silvia.senz@menta.net.

ronamiento de la cultura de excelencia y divulgación del saber que llevaba aparejada.

Durante siglos, el oficio de impresor, y el de editor luego, ha tenido —por técnica, pero también por espíritu— mucho más de arte que de oficio, de artesanía que de industria, de devoción que de negocio. Los impresos, y entre ellos los libros especialmente, se cocinaban a fuego lento, con mimo y con respeto reverencial a todos los pasos que la receta requería. Se hacía así porque los fogones y la utillería no permitían una cocción más rápida, pero también porque se amaba lo que se hacía. José Martínez de Sousa resume muy bien este sentimiento en sus memorias (*Antes de que se me olvide,* Gijón: Trea, 2005, págs. 36-38), hablando de su ingreso en un taller de cajas donde se inició como aprendiz el 1 de octubre de 1950:

> Los operarios que allí trabajaban, fueran oficiales o aprendices, amaban apasionadamente lo que hacían. Trabajaban con unción. El original que se reproducía (la imprenta siempre reproduce un original, sea textual o icónico) se respetaba al detalle. En principio, el autor tenía siempre la razón, y la imprenta debía reproducir su original con total respeto a sus decisiones. Sin embargo, en algunos casos las cosas no estaban tan claras. Ante las dudas, los aprendices consultaban con el jefe de taller, hombre ducho y experimentado que siempre tenía una solución para el problema planteado. Para el caso valía también la consulta con cualquiera de los oficiales, y uno se sorprendía grandemente de lo que aquellas personas sabían, de la experiencia que demostraban, del conocimiento que tenían de todos los recovecos de la cultura... y de su inmensa paciencia para responder una y otra vez a las zozobras, a veces ingenuas, de los aprendices. Las dudas venían marcadas por la ortografía, la gramática, la ortotipografía, la tipografía, además, claro está, de la grafía de la escritura manual que intervenía en el original, enrevesada e incomprensible. Para todas ellas había siempre una respuesta acertada y convincente.
>
> Entonces, cuando comprobé este afanoso tráfago, comprendí por qué había elegido un oficio, por qué este oficio era el de la imprenta y por qué, dentro de ella, preferí el taller de cajas; en definitiva, por qué quería ser *cajista tipógrafo* (o simplemente *cajista* o simplemente *tipógrafo*), términos desconocidos para mí hasta ese momento. A falta de una carrera universitaria, impensable en la época y en aquellas condiciones [...], lo que más se le parecía era el noble oficio de componer libros, para lo que se necesitaba un cúmulo inmenso de conocimientos (ortografía, tipografía, ortotipografía, gramática, incluso lingüística si uno quería arrebañar todos los conocimientos que a la profesión le resultaban útiles).

Y continúa más adelante:

> Cuando entré por primera vez en el taller de la escuela de artes gráficas del Hogar de San Fernando de Sevilla me di cuenta de que entraba en un templo. Cada operario tenía su propia capilla particular en la que, a su manera, en religioso silencio, rendía culto al dios de la cultura, del bien hacer, de la obra bien empezada y bien acabada, coherente y unificada...

En efecto, desde que la imprenta naciera para facilitar la labor de los copistas y con ella se hiciera más accesible el conocimiento, la letra impresa y la propia construcción del libro han ido siempre de la mano de la noción de divinidad, de un acto sacro, de una liturgia durante siglos respetada. No es sino hasta fecha muy reciente, con la aparición de la edición digital, cuando elementos profanos y advenedizos irrumpen en esos templos de la cultura, atraídos por la rapidez y el beneficio inmediato que permite la autoedición, y convierten lo que en inicio era un proceso de transformación de los sistemas de producción material del impreso en un acelerado declive, que bien puede ocasionar la extinción de un arte secular si no se le pone freno. En un artículo aparecido en la *Revista Española de Bibliología* hace apenas ocho años (mayo de 1997), el propio Martínez de Sousa levanta acta de este hecho funesto:

> Desde 1886 hasta la década de los cincuenta del presente siglo, la composición manual fue cediendo el puesto, despacio pero ineluctablemente, a la fotocomposición o composición fotográfica. Esta venía pugnando por introducirse desde 1896 [...] hasta que en torno a 1950 se hizo viable lo que después se llamó primera generación de fotocomponedoras [...]. En torno a 1984 comienza la que se conoce como quinta generación de fotocomponedoras, y precisamente en 1985 se inaugura la autoedición gracias a la feliz combinación de un programa de compaginación, el PageMaker de Adobe; un lenguaje de descripción de páginas, el PostScript, también de Adobe, y una impresora de láser, la LaserWriter, de Apple. Prácticamente en una generación, cuando más en dos, en el Viejo Continente se ha pasado de la composición manual y linotípica del texto a la autoedición, con un breve paso por la fotocomposición. Es decir, de la galaxia Gutenberg a la constelación Marconi...; un cambio tan profundo e importante, que los directamente afectados por él aún no lo han asimilado.
>
> El ordenador, con toda su compleja tecnología, arrinconaba cualquier otro sistema de formación de páginas (composición y compaginación) y pasaba a convertirse en el centro de todas las preocupaciones de compositores, compaginadores, técnicos editoriales y editores. Los adelantos en estas nuevas tecnologías, especialmente en los programas de composición y compaginación, se dan en espacios de tiempo inverosímiles, de forma que cuando aún no se ha conseguido asimilar una versión [...] aparece otra que deja obsoleta la anterior y que obliga a una nueva puesta al día, y así sucesivamente.
>
> [...]
>
> La cuestión que nos preocupa no tiene [...] nada que ver con los ordenadores ni con los programas que en ellos corren. Estos nos permiten obtener sin

esfuerzo alguno verdaderos refinamientos tipográficos o bibliológicos. Un viejo tipógrafo como yo no deja de asombrarse día tras día de que sea tan fácil obtener aquello que artesanalmente era tan difícil.

[...]

Llegados a este punto, seguramente surgirá la pregunta: si todo es tan bello, tan fácil, tan maravilloso, ¿dónde radica el problema?; ¿por qué esa reticencia que parece subyacer en todo lo expuesto hasta el momento? Pues bien: el problema es el hombre, como siempre. El problema radica en que la máquina es maravillosa y los programas que en ella se utilizan son asimismo maravillosos, pero el hombre que los maneja solo sabe, desde el punto de vista bibliológico y tipográfico, eso: manejar la máquina y los programas. [...]

Tradicionalmente, la formación de un cajista, de un corrector tipográfico y de otros profesionales de la tipografía y del libro llevaba un mínimo de cinco años de aprendizaje antes de permitir que se lanzase sin paracaídas a desarrollar su oficio. Actualmente esa formación no existe prácticamente o ha quedado muy restringida. [...] A mi ver, los gremios de editores e impresores deberían tomar cartas en el asunto con mucho más interés que hasta el momento. Y, sobre todo, los gobiernos, responsables últimos de la calidad formativa de sus ciudadanos, deberían programar ciclos de formación profesional con vocación de continuidad. [...].[a]

Nos encontramos, pues, en un momento delicado de la evolución de las técnicas del impreso y del escrito. [...] Hemos alcanzado [...] el grado de ignorantes ilustrados. Nos falta [...] el conocimiento humanístico; en muchos casos hemos llegado directamente al ordenador y nos hemos puesto a formar impresos sin conocer la historia de la letra, del escrito, de la imprenta, del libro. [...] La historia no nos perdonará la indiferencia hacia nuestros predecesores y el desprecio que ello supone por técnicas y procedimientos aureolados por más de cinco siglos de práctica, dedicación y estudio. [...]

Hay otro aspecto que no quiero pasar por alto: el mundo editorial. Los cambios tecnológicos, que no ha sabido asimilar, le han afectado de tal manera que, de no asentar su existencia sobre nuevas bases que sean racionales, corre serio peligro de perder el norte. Los nuevos editores pretenden ofrecer un producto competitivo no solo en el precio, sino también en la calidad, pero sin calidad. Las nuevas empresas editoriales, que han venido a ocupar el lugar dejado por las editoriales clásicas, hoy hundidas, quebradas o absorbidas por otras más fuertes, carecen de personal suficientemente formado y responsable para hacerse cargo de las tareas de edición. [...] Los equipos de especialistas que se formaban en torno al departamento de redacción (muchas veces procedentes de la universidad) se han diluido en la nada y ya no ejercen su benéfica influencia sobre el editor y, en definitiva, sobre la cultura volcada en los libros.

Y concluye este eminente bibliólogo con una frase que es un aldabonazo para las conciencias de muchos de los actuales editores:

> Puede parecer un panorama desolador, pero no hay que engañarse: es, en efecto, un panorama desolador. Este panorama es el que se contempla hoy en las naciones llamadas desarrolladas, como España y otras de la Unión Europea.

Sin duda, estas palabras de alguien que conoce el libro y el sector de la edición como la palma de su mano no mueven a duda; bien al contrario, invitan a reflexión. Una reflexión, por otra parte, necesaria y que nadie que tenga como herramientas de trabajo la palabra, la letra, la tinta y el papel puede soslayar. Porque analizar las causas de esta desesperante situación, ver hasta qué punto es consecuencia de la repercusión en las políticas editoriales de un acontecimiento en principio tan feliz como la ductilización, agilización y simplificación de los procesos de producción material de impresos, es la única vía para hallar tablas de salvación a las que puedan asirse los náufragos de este barco zozobrante: los editores de vocación y sus colaboradores.

Este trabajo nace precisamente de una observación macerada de la realidad del gremio editorial, del efecto que una mala digestión de la revolución digital ha tenido en todo tipo de publicaciones y muy particularmente en las científicas, y propone al lector algunas claves para cobrar conciencia de esta dramática situación, que a menudo sólo palpa subliminalmente en párrafos mal construidos, en grafías discordantes, en elementos del texto o de la página que chirrían incluso a los oídos menos avezados.

Precisamente porque entendemos que no hay mejor muestra de los drásticos cambios que está sufriendo el texto impreso que aquella que es visible para cualquier lector mínimamente instruido, en los párrafos que siguen nos centraremos en describir exclusivamente aquellos procesos que condicionan la calidad del texto impreso, en desgranar las prácticas que conducen a su deterioro y en proponer métodos de trabajo que permitan ponerle coto.

2. Procesos de control de calidad del texto: métodos tradicionales, métodos ideales

Pese a los profundos cambios tecnológicos que ha padecido la producción de impresos a lo largo de su historia, los procedimientos de control de calidad han variado muy poco en sustancia. Si bien es cierto que los avances en los sistemas y herramientas de composición e impresión han permitido simplificar y acelerar algunos pasos y han supuesto importantes modificaciones metodológicas, la esencia y el objetivo de cualquier proceso de control de calidad del texto siguen siendo los mismos:

1) Auxiliar a un autor que presenta carencias estilísticas más o menos relevantes.
2) En el caso de las traducciones, dar al lector garantías de integridad y fidelidad en la traslación de un texto de un idioma a otro.

3) Adecuar un texto a una serie de convenciones que persiguen facilitar su lectura y comprensión al lector a quien va destinado.
4) Conferir al texto un nivel de corrección y depuración lingüística que lo haga más eficaz como vehículo de un mensaje.
5) Dar al texto, mediante la aplicación de pautas estilísticas propias de cada editorial, un sello específico que lo distinga de otros.
6) Generar con todo ello una imagen de prestigio y calidad ante el lector, de la que se beneficiarán tanto el propio autor como la casa editorial que hace público su trabajo.

Estas seis metas pueden fácilmente resumirse en cuatro palabras clave, que concentran la esencia del control de calidad de un texto que va a editarse y publicarse: *estilo, eficacia, excelencia* y *prestigio*.

Veamos con detenimiento cuál ha sido el camino tradicional para lograr estos objetivos y hasta qué punto se ha mantenido, transformado o corrompido por efecto de la revolución tecnológica e industrial que vive hoy el sector de la edición.

2.1. El control de calidad textual como garantía y marca estilísticas

En edición, y especialmente en edición literaria y especializada, la palabra *estilo* corresponde a diversas nociones, que conviene precisar:

1) Desde un punto de vista retórico, se entiende por *estilo* la manera peculiar de escribir de un escritor, es decir, la elección que este hace entre una serie de recursos lingüísticos y retóricos a su alcance, en razón de una voluntad comunicativa, y también estética y creativa en los textos literarios.
2) En el mundo del impreso se llama asimismo *estilo* a la forma particular de hacer de un taller de artes gráficas, un medio de comunicación o una empresa editorial, generalmente establecida por normas de trabajo internas de carácter preceptivo, que persiguen unificar convenciones (tipográficas, ortográficas, gramaticales...) y asentar métodos de trabajo y normas deontológicas en bien de la eficacia, la coherencia, la calidad del producto y el respeto al autor y al lector.
3) En edición científica y académica se denomina *estilo* al conjunto de normas de escritura científica y de presentación de trabajos, que recogen generalmente principios de ética científica, y estándares redaccionales, gráficos y terminológicos de una determinada área de conocimiento, comúnmente aceptados por la comunidad científica que la desarrolla.

Según la primera definición de estilo, podemos considerarlo un atributo presente en cualquier texto. Lo que preocupa, pues, en el proceso de control de calidad del texto no es tanto el estilo en sí, sino sus cualidades, es decir, que la forma peculiar de escribir de un autor se revele o no competente.

La diferencia entre un estilo competente y un estilo incompetente radica en el nivel de eficacia del texto, es decir, en el grado de consecución de los objetivos que el autor se ha marcado, que a su vez depende:

- de su nivel de conocimiento del código escrito;
- de una selección y un manejo adecuados o inadecuados de los recursos del lenguaje que el autor conoce.

En función de esos conocimientos y habilidades que el autor despliega al escribir, podemos caracterizar el estilo competente como la suma de tres cualidades fundamentales:

1) corrección gramatical (observación de las reglas de la gramática oracional, ortográficas y dominio del corpus léxico de un idioma);
2) depuración estilística (manejo de las estrategias retóricas y estilísticas que permiten aportar belleza y originalidad a un texto),
3) y corrección textual o eficacia discursiva (dominio de las habilidades y estrategias de redacción que permiten elaborar textos adecuados a un entorno comunicativo y coherentes).

Generalmente es el propio escritor (o el propio traductor como pseudoautor) quien, consciente de sus carencias, revisa una y otra vez su obra, hasta donde se le alcanza, antes de dar el texto por definitivo. En el mundo editorial cada vez es más corriente exigir al propio autor/traductor que proporcione originales impecablemente presentados, listos para producir y que apenas precisen mejoras. Tradicionalmente, sin embargo, la editorial ha apuntalado el trabajo del autor con dos clases de apoyos encaminados a optimizar el texto y a garantizar al lector la excelencia del producto final:

1) la supervisión del escrito por parte de diversos profesionales especializados;
2) una serie de normas dirigidas a autores, personal editorial y colaboradores externos, que sirven de pauta a la hora de tomar ciertas decisiones metodológicas, redaccionales, terminológicas y ortográficas.

2.1.1. Especialistas y profesionales de la edición que compensan las carencias del escritor (autor o traductor)

La elección de los profesionales adecuados para paliar las deficiencias que manifiestan autores y traductores a la hora de escribir dependerá del tipo de impericia que demuestre el escritor, de las características formales y temáticas del propio texto y del grado de intervención que el original (texto que va a ser editado y publicado en forma de impreso) exija. Si bien hay profesionales cuya concurrencia resulta inexcusable (por más que actualmente se obvie), ciertos especialistas sólo participan en el proceso de mejora de un texto en circunstancias muy concretas.

En cualquier caso, todos ellos intervienen centrando su atención en aspectos distintos del texto y de forma encadenada, en un orden —el que presentamos a continuación— muy establecido en la práctica editorial, que refleja los pasos del proceso de creación y edición de un texto y que se ha revelado muy eficaz a la hora de acotar progresivamente los problemas que presenta un texto.

Así, el director editorial y el escritor por encargo participan, junto al autor, en la génesis del escrito.

Los revisores de concepto y de traducción y el corrector de estilo trabajan, por su parte, en la reparación del texto ya acabado (llamado en el mundo de la edición impresa *original de texto*), antes de iniciarse el proceso de composición (es decir, antes de que el original adquiera forma tipográfica).

Los correctores tipográficos rematan los errores ortográficos, léxicos y gramaticales que hayan pasado inadvertidos en pasos anteriores y revisan ciertos aspectos del texto ya compuesto, sobre pruebas tipográficas.

Y, dominando todo el proceso, el editor de mesa o redactor editorial dirige y supervisa todo los pasos de revisión posteriores a la creación de la obra y se encarga de las modificaciones más relevantes.

2.1.1.1. El director editorial, director literario o editor de línea

El director editorial (o director literario en las editoriales literarias, o de línea en las grandes editoriales con múltiples ramificaciones por especialidad) es el responsable intelectual de una obra. En el caso de las editoriales cientificoacadémicas, los directores editoriales suelen contar con el apoyo externo de especialistas en las materias que la casa publica, algunos de los cuales no sólo les aconsejan como miembros del comité editorial que decide la política de publicaciones, sino que se encargan personalmente de dirigir colecciones específicas.

Este profesional, indispensable incluso en la editorial más «minimalista», trabaja codo con codo con el autor en el proceso de redacción y reescritura, ofreciéndole sugerencias destinadas a perfilar la obra, seleccionar y organizar su contenido, mejorar su forma y adecuarla a una colección, un público y unos objetivos literarios y comerciales determinados.

Como veremos más adelante, en las grandes editoriales el director literario consagra la mayor parte de su tiempo a tareas de preedición (selección y contratación de obras y establecimiento de un plan editorial y comercial) y suele delegar en un editor de mesa o redactor editorial la responsabilidad de prestar apoyo al autor en la elaboración de su obra.

2.1.1.2. El escritor por encargo, o «negro» editorial

El «negro» editorial es probablemente el ejemplo de que ciertas leyendas del mundo cultural e intelectual no sólo existen, sino que tienen en él verdadera solera y raigambre.

Para quien aún no sepa a qué se dedica, cabe decir que es un especialista externo que ayuda al autor con conocimiento del tema que trata, pero por lo general con serias deficiencias en el dominio del código escrito y de las estrategias y técnicas de redacción, a elaborar sus escritos de forma elegante y eficaz.

Generalmente es el profesional a la sombra de autores «accidentales» o coyunturales (mediáticos): especialistas de un determinado campo del saber o celebridades que pretenden divulgar por escrito sus conocimientos y experiencias, pero que apenas se manejan a la hora de escribir. También es el autor o coautor, a menudo invisible, de fascículos y refritos de temas variados.

¡Es de esperar que su presencia en las editoriales cientificoacadémicas sea nula!

2.1.1.3. El editor de mesa, o redactor-coordinador-técnico editorial

El editor de mesa —profesional hoy en día no siempre presente en las plantillas editoriales— es el encargado, durante todo el proceso de preimpresión, de coordinar los pasos que se van a seguir en la edición de un texto y pautar y supervisar todas las tareas, incluidas las de corrección en caso de que estas se realicen externamente. Al mismo tiempo es la persona que verá y trabajará el original con mayor amplitud, que resolverá las dudas y los problemas (documentales, lingüísticos...) que sus colaboradores no hayan podido solventar, que consultará al editor y al autor la conveniencia de introducir modificaciones sustanciales en un texto (por ejemplo, adaptaciones culturales en una obra que pueda requerirlo, para facilitar su comprensión al lector), que tendrá, como buen conocedor de la obra y profesional tipográficamente bien formado, voz y voto a la hora de decidir el aspecto gráfico que va a darse al texto y que reunirá los conocimientos técnicos suficientes para prepararlo para composición y supervisar el trabajo del compaginador.

Si la editorial donde trabaja no recurre a un especialista externo para elaborar sus normas de estilo, es el editor de mesa (o un equipo de editores de mesa de la empresa) quien suele encargarse de redactarlas, pues nadie como él conoce las dudas y necesidades de los profesionales que intervienen en la edición de un texto ni reúne los conocimientos necesarios para elaborar una obra de referencia de estas características.

Es evidente la gran preparación y especialización que requiere un profesional de este calibre, y resulta perfectamente deducible de sus amplias competencias que ninguna editorial puede permitirse prescindir de él, pese a lo cual cada vez es más corriente su ausencia de las plantillas editoriales o el recurso a la subcontratación de este tipo de editores.

2.1.1.4. El revisor técnico, o corrector de concepto

Es la persona especializada que, en obras científicas o técnicas, se ocupa de detectar y corregir los desajustes e imprecisiones de contenido que aparezcan en el original y de adecuar el registro utilizado. Interviene especialmente en obras colectivas o sin un autor definido y en obras de traducción.

En las editoriales cientificotécnicas se presupone a los autores un dominio suficiente de la materia como para hacer prescindible esta revisión en la obras de autoría. Si la obra presenta deficiencias conceptuales tan graves que hagan necesaria la intervención de otro experto, sencillamente no pasará la evaluación previa del comité editorial y de los expertos que lo asesoran y su publicación no será aprobada. Los flecos terminológicos que puedan quedar en una obra científica que

ha recibido el visto bueno para su publicación podrán ser recortados por el editor de mesa y los correctores de la empresa, con ayuda de las preferencias recogidas por el libro de estilo de la casa —siempre y cuando, claro está, el autor no haga prevalecer un criterio más fundamentado.

2.1.1.5. El revisor de traducción

Es el profesional externo (generalmente, un traductor experto de la lengua en que esté el original de la obra) que realiza la revisión de contenido de un artículo o un libro traducido cotejándolo con la obra original, con objeto de detectar y resolver problemas de fidelidad en la transferencia del estilo y el significado del texto de origen, de evaluar las soluciones adoptadas por el traductor en aspectos de difícil traslación y de garantizar la integridad del texto original en la traducción.

En las publicaciones científicas este papel no siempre lo desempeña un traductor especializado, sino un especialista con buenos conocimientos de la lengua origen y la lengua meta (es decir, un revisor de concepto), puesto que se entiende que los problemas de trasvase afectarán más al contenido que a la forma del texto.

2.1.1.6. El corrector de estilo editorial

Es el profesional del texto, con formación filológica y bibliológica y cultura enciclopédica, que se ocupa de enmendar, de manera coherente y unificada, las incorrecciones ortográficas, ortotipográficas, ortotécnicas, léxicas y gramaticales, así como los problemas de cohesión lineal (ilación de las frases y los contenidos en el texto) que presenta un original, sin traicionar jamás las elecciones legítimas del autor, es decir, sin corregir ni un estilo claramente competente ni un estilo voluntariamente incorrecto (es decir, respetando las licencias poéticas), y, en el caso de originales de traducción, sin retraducir la obra bajo ninguna circunstancia.

Por tanto, el corrector de estilo no corrige propiamente el estilo de un escrito, sino sólo determinados errores propios del mal estilo, o estilo incompetente, y lo hace siempre sobre un original de texto —razón por la cual se le suele denominar también *corrector de originales*—, es decir, sobre el documento en el que consta escrita la obra del autor, esté presentado en papel (mecanografiado, manuscrito o impreso) o en soporte magnético. Este proceder obedece a una razón bien sencilla: las modificaciones que puede llegar a realizar un corrector de estilo en el original son tan amplias y profundas que, de hacerse sobre la obra ya compuesta, implicarían recorridos de texto que obligarían a recompaginar toda la obra y que acarrearían un aumento de los costes y un desajuste del calendario de producción.

Antiguamente elemento imprescindible de cualquier plantilla editorial, el corrector de estilo es uno de los principales «damnificados» por las profundas transformaciones estructurales que está viviendo hoy el sector: no sólo ha sido apartado de los departamentos editoriales —sobrevive, como rara avis, en algunas editoriales científicas y de libros de texto—, sino que su trabajo, absolutamente ineludible si se pretende una obra de calidad, suele ser pasado por alto cada vez con mayor frecuencia.

Por otra parte, debido a su labor de unificador y adecuador a las normas, el corrector de estilo es el principal ejecutor de las reglas de estilo que marca una casa editorial. Aunque en otro tiempo el corrector reunía formación suficiente para aplicar las normas internas con prudencia y ojo crítico, lo cierto es que hoy a menudo se halla completamente subordinado (por su escasa preparación o por la práctica de políticas de estilo editorial abusivas) a una aplicación mecánica de los múltiples y variados criterios sin fundamento que inundan muchos prontuarios editoriales. Pero de las consecuencias de su omisión en el proceso de control de calidad textual, de la ausencia de una preparación académica que lo respalden y de su supeditación al libro de estilo editorial de la empresa hablaremos con extensión más adelante.

2.1.1.6.1. Una breve disquisición: límites y diferencias entre corrección de estilo de traducciones y revisión de traducciones

El límite entre las tareas de corrección de estilo de una traducción y las de revisión de traducción es a menudo muy impreciso y se basa más en cuestiones económicas o en hábitos empresariales que en aspectos metodológicos o competenciales.

Por tradición, en las editoriales de libros y revistas lo corriente es que cualquier traducción sea revisada (si lo es) exclusivamente por un corrector de estilo, al que precede un corrector de concepto si se trata de un texto técnico o científico.

Si la traducción presenta graves defectos, su revisión puede llegar a encargársele a un corrector de estilo con ciertos conocimientos del idioma original del texto. Raramente se echa mano de otro traductor para que revise la calidad de una versión, entre otras razones porque no quiere asumirse el coste de ese tipo de trabajos —que triplican o cuadruplican el de una corrección de estilo— y porque el hecho de que una traducción sea poco fidedigna al original tiene en el mundo editorial una importancia relativa; para no pocos editores es más importante que un texto traducido se lea bien que el que refleje el estilo o las intenciones del autor, e incluso que recoja el original íntegramente. Probablemente este espíritu se deba a que los autores traducidos no suelen ejercer el derecho de control sobre la traducción de sus obras a otros idiomas, algo de lo que los editores menos respetuosos se aprovechan.

La revisión de traducciones es, pues, un proceso fundamentalmente circunscrito al mundo de las empresas y servicios de traducción, integrado en procesos generales de control de calidad y de selección de colaboradores. En procesos editoriales, la revisión de traducción se aplica muy ocasionalmente y sólo a traducciones científicas o técnicas o a trabajos de traducción de calidad muy dudosa y con los que el editor se juega su prestigio. Por otra parte, como ya hemos señalado, no siempre la realiza un traductor profesional; a menudo la lleva a cabo un experto en el tema con buenos conocimientos de la lengua original o un corrector con formación filológica y editorial y algún conocimiento del idioma del que se ha traducido.

Los rasgos que la diferencian básicamente de la corrección de traducciones son los siguientes:

1) La revisión de una traducción, aun atendiendo también a aspectos formales, estilísticos y lingüísticos, se centra especialmente en estos **objetivos:**

- Detectar problemas en la transferencia del significado, como la falta de fidelidad, integridad y exactitud en la traslación del mensaje original o una literalidad injustificada.
- Resolver problemas de mala aplicación de las convenciones de traducción, que establecen criterios sobre qué elementos de un texto han de traducirse y cuáles no, cuáles se transcriben, qué otros se adaptan y de qué manera. se procede en cada caso
- Corregir la ausencia de adaptación o una adaptación deficiente de los usos lingüísticos (ortográficos, ortotipográficos, gramaticales, léxicos) de la lengua origen a la lengua destino.

En cambio, la corrección de estilo de una traducción se centrará fundamentalmente en estos aspectos:

- Acomodar el texto a una normativa reguladora del uso lingüístico, comúnmente aceptada por los hablantes y establecida de forma convencional por autoridades lingüísticas reconocidas. A tal fin, localizará y corregirá en el original, siguiendo métodos y técnicas específicos, errores de la expresión escrita de tipo ortográfico —lo que incluye la ortotipografía y la ortografía técnica—, gramatical (morfosintaxis oracional), léxico y textual o redaccional (coherencia semántica y cohesión lineal).
- Adecuar el texto a un estilo editorial específico —siempre que no entre en conflicto con la normativa lingüística—, que generalmente atañe a la solución de casos dudosos, a la unificación de criterios en alternancias gráficas y a ciertos aspectos ortográficos y ortotipográficos (grafía y mecanismos de citas, bibliografías, notas, remisiones, usos de signos de puntuación, de mayúsculas y minúsculas, de clases de letras, etc.).
- En los casos que se presten a más de una grafía o disposición, unificar los criterios lingüísticos siguiendo como pauta la solución que el autor adopta con mayor frecuencia o, en su defecto, las que proponen el editor o las normas editoriales.
- Detectar y corregir en la medida de sus posibilidades —o alertar sobre ellos en caso de no poder solventarlos— lapsos, ambigüedades, incongruencias, omisiones y cualquier gazapo que pueda afectar a la compresión del texto.
- Y, en caso de que el editor se lo requiera, sugerir mejoras estilísticas y redaccionales del texto, por lo que respecta a:
  - *a*) la variedad lingüística y el registro utilizados (cambios arbitrarios de tono o registro y niveles de lenguaje inadecuados al texto o al lector);
  - *b*) la estructura global de la obra (desorden organizativo; deficiencias, incongruencias o reiteraciones en la selección del contenido...),
  - *c*) y las propiedades retóricas del texto, en aras de la claridad y la comprensibilidad.

Como bien puede verse, la revisión y la corrección de traducciones, aun siendo muy cercanas, centran su atención en aspectos distintos. Sumar ambos procesos (la revisión primero y la corrección de estilo después), realizados por profesionales con distinto perfil y preparación, permite, además, un grado mayor y más afinado de depuración del texto.

2) La revisión de traducciones utiliza como **metodología** el cotejo constante entre original y versión.

   En la corrección de estilo de traducciones, en cambio, el corrector sólo consultará el original en caso de duda sobre el sentido original del texto o de sospecha de omisión o tergiversación de algún fragmento.

3) El revisor se vale a menudo de **herramientas** de traducción asistida, como las memorias de traducción, para comparar versiones.

   El corrector de estilo suele trabajar bien sobre la traducción impresa, bien sobre el documento digital de la traducción elaborado con un programa de procesamiento de textos (salvo en el caso de las traducciones técnicas, en el mundo editorial el uso de herramientas de traducción asistida no es muy corriente).

4) El **coste** de una revisión de traducción casi cuadruplica el de la simple corrección de estilo de una traducción.

Cabe señalar aquí que el escaso recurso a la revisión de las versiones en obras de traducción es el único aspecto de la política tradicional de control de calidad editorial que merece una valoración negativa y cuya prevalencia no puede sostenerse sobre la base de criterios de calidad. Afortunadamente, en las editoriales científicas sí suelen cotejarse sistemáticamente y con detenimiento los originales de traducción con su versión, por todo lo que implicaría, desde un punto de vista de la veracidad y precisión científicas, cualquier tergiversación de los datos que una obra de este tipo expone. En este punto, cuestión aparte son, sin embargo, las publicaciones de divulgación científica.

2.1.1.7. El corrector tipográfico, o de pruebas

Es el especialista —hoy externo— que, con la experiencia y conocimientos necesarios, especialmente en ortografía, ortotipografía y gramática oracional (morfosintaxis y sintaxis de la oración), se dedica a la corrección de pruebas tipográficas

(texto ya compuesto y compaginado) para suprimir cuantos errores tipográficos, ortográficos, léxicos o morfosintácticos queden pendientes de solución, comprobar la correcta disposición de todos los componentes de la página y el orden de las partes de la obra, y, en segundas pruebas, las remisiones y correlación de los elementos que en una obra van enumerados. Si las correcciones que se han realizado en los pasos precedentes se han hecho sobre papel, ha de comprobar también que se hayan introducido correctamente, mediante el cotejo entre original y pruebas o entre pruebas progresivas.

El corrector tipográfico es el último eslabón de la cadena de enmiendas y mejoras al texto de un autor/traductor, y el nexo entre el control de calidad del texto y el control de calidad del impreso.

2.1.2. Normas de estilo que sirven de guía al autor y de apoyo a los profesionales que realizan el proceso de control de calidad

Como se ha señalado anteriormente, las editoriales que siguen procesos tradicionales de edición apuntalan el trabajo del autor fundamentalmente mediante la supervisión de distintos aspectos de su escrito por parte de especialistas diversos. No obstante, y a fin de optimizar la labor de todos los que intervienen en la elaboración y edición de un texto, en muchos casos también se valen de guías internas de trabajo, destinadas a orientar al propio autor/traductor y al personal editorial, que recopilan convenciones y formas de hacer específicas del sector y las acomodan a las necesidades y criterios de la propia empresa.

Estos compendios de usos y reglas editoriales —se llamen libro de estilo o normas de trabajo— tienen primordialmente por objeto:

1) Dar pautas redaccionales y metodológicas a autores/traductores y colaboradores editoriales, a fin de orientar su trabajo al tipo de producto impreso en que se convertirá una obra y al tipo de lector al que va dirigida.
2) Lograr la mayor unidad de criterio posible en las obras publicadas.
3) Dar solución a las dudas de escritura o terminología con las que el autor/traductor y el resto de los profesionales que intervengan en el texto suelen encontrarse con mayor frecuencia.
4) Conferir con ello la máxima eficacia al trabajo de todos los que intervienen en la génesis, revisión y edición de un escrito.

La redacción de estos prontuarios de aplicación interna —que siguen siendo internos a pesar de que, por su calidad, merezcan ser publicados, divulgados y adoptados como modelo— suele o bien encargarse a un especialista externo, o bien a un editor de mesa (o a un equipo de editores de mesa) de la empresa, que es quien mejor conoce las necesidades estilísticas de las obras que en ella se publican.

El contenido de las normas de trabajo editorial, herederas fundamentalmente de los códigos tipográficos que regían la labor de tipógrafos y correctores de imprenta, suele ser, exhaustivamente, el siguiente:

- normas de presentación de originales (de autoría y de traducción);
- formación y grafía de abreviaciones (abreviaturas, siglas, acrónimos, símbolos, etc.);
- medidas y equivalencias;
- empleo de mayúsculas y minúsculas;
- grafía de antropónimos y topónimos;
- normas de transcripción;
- gentilicios poco frecuentes;
- normas de alfabetización;
- grafía de las citas textuales;
- mecanismo de las citas bibliográficas;
- grafía de los lemas, las firmas, las notas, los intercalados, los epígrafes y rotulados, los índices, las bibliografías, los glosarios y las cronologías;
- mecanismo de las remisiones;
- grafía de los folios explicativos;
- grafía de títulos y subtítulos;
- partición de títulos;
- empleo de signos y símbolos;
- empleo de los signos de puntuación en tipografía;
- grafía de las cifras y cantidades;
- normas de división y separación de palabras;
- aplicación de la letra cursiva, negrita, versalita, etcétera;
- normas de unificación de criterios (palabras que pueden escribirse juntas o separadas; alternancias acentuales, alternancias grafemáticas, grafía de grupos vocálicos, grafía de las palabras compuestas...);
- signos de corrección tipográfica;
- resolución de las dudas gramaticales más habituales;
- lista de palabras que se usan con preposición;
- lista de verbos irregulares;
- lista de palabras habitualmente mal empleadas (impropiedades, extranjerismos, latinismos, etc.);
- glosarios específicos del tipo de obras que la editorial publica;
- estilo redaccional y estructural de textos específicos, destinados a una sección (si se trata de publicaciones hemerológicas), obra o colección determinadas (si se trata de publicaciones bibliológicas);
- criterios de traducción (qué se traduce, qué no se traduce, qué se adapta);
- empleo, traducción y grafía de extranjerismos habituales en las obras que publica la editorial.

Las guías para autores, traductores y colaboradores de editoriales científicas suelen tener —por la complejidad de los textos que publican y por su supeditación a criterios de ética

y calidad científica y a estándares científicos generales y de la propia disciplina— un contenido tan descriptivo como prescriptivo y un tono reflexivo, más propios de un manual que de una obra normativa. En el caso concreto de los manuales de estilo de las editoriales biomédicas, además de las cuestiones que generalmente abordan las normas de estilo editorial, suelen tratar también estos aspectos:

- metodología de la investigación científica;
- tipos de artículos y comunicaciones científicos;
- reflexiones sobre la génesis y el proceso de redacción de un texto científico;
- doctrina sobre el trabajo documental, la cita y el plagio;
- normas de ética que afectan al escritor científico;
- aspectos controvertidos propios de la disciplina;
- normas específicas de redacción (organización y construcción del texto) y presentación formal de contribuciones;
- normas de retórica científica (registro, tono y cualidades y defectos estilísticos);
- normas y proceso de publicación de la editorial;
- cuestiones de lenguaje biomédico;
- estándares cientificotécnicos (establecidos por una comunidad de expertos o por organismos reguladores internacionales) sobre mecanismos y grafía de las citas bibliográficas, uso y grafía de elementos y términos específicos de cada especialidad, de expresiones matemáticas y estadísticas, de elementos, compuestos y fórmulas químicos, de símbolos, de unidades de medida y abreviaturas propios, etcétera.

A diferencia de las normas de trabajo de las editoriales generalistas, los manuales de estilo de las editoriales científicas suelen ser de autoría colectiva, y en su elaboración puede intervenir el comité científico editorial de la casa, asesores externos por especialidad, el director editorial y los editores de mesa.

3. Políticas editoriales torcidas y procesos actuales de control de calidad del texto

Visto está que existe un sistema de control de calidad suficientemente lubricado y puesto a prueba, de cuya eficacia siguen dando muestra algunas editoriales científicas. ¿Qué ha ocurrido para que dejara de aplicarse de forma sistemática?

Regresando a los planteamientos iniciales de este trabajo, parece innegable que las profundas transformaciones que vive el sector de la edición se inician con la irrupción de la autoedición. Parece extraño, sin embargo, que un cambio tecnológico que sólo presentaba ventajas pudiera acarrear tantos males. ¿Qué ha podido ocurrir? ¿Cuál es la clave que conecta un acontecimiento en principio tan positivo con consecuencias tan nefastas? Martínez de Sousa la daba sin dudar: el factor humano. Como siempre ha ocurrido en la historia de la humanidad, la tecnología sólo sirve si se pone al servicio del bien común. Cuando se utiliza para beneficio de una minoría, todos sus valores y ventajas se pervierten. Y eso es justamente lo que ha ocurrido con la autoedición.

Pese a la ausencia de estudios que correlacionen análisis económicos, socioprofesionales y sectoriales dispersos, a fin de demostrar de forma irrefutable el nexo entre revolución digital y mercantilización del mundo de la edición impresa, ya hay muchas voces del sector o afines a él que dan algunas pistas sobre esta aparentemente oscura relación causa-efecto. Estas son, resumidamente, las direcciones a las que apuntan:

3.1. La repercusión de la autoedición en la reducción de costes y en la aceleración de los procesos de producción

Desde la aparición de la autoedición en 1985, con la creación del lenguaje PostScript de Adobe, unido a la aplicación PageMaker de Aldus, la impresora LaserWriter y el ordenador personal Macintosh, la edición electrónica se impuso rápidamente en el mundo de la edición, porque presentaba ventajas respecto al sistema de composición que la precedía, la fotocomposición, que la hacían imbatible:

- la maquinaria de autoedición era mucho más barata;
- su manejo era fácil, intuitivo y asequible a cualquiera con ciertos conocimientos informáticos, tipográficos y de compaginación;
- el sistema era capaz de recuperar sin dificultad documentos confeccionados con procesadores de textos;
- como no exigía teclear de nuevo el texto original, se evitaban muchos errores mecanográficos;
- era capaz de generar directamente páginas tipográficas;
- facilitaba y aceleraba enormemente tareas de edición y composición anteriormente muy laboriosas;
- gracias a la llegada de las filmadoras láser, se podían obtener fotolitos de texto e imagen integrados.

Los defectos que presentaban y aún presentan los programas de autoedición son, además, subsanados con cada nueva versión. Y los costes de actualización del programa y renovación del *hardware* eran —y continúan siendo— realmente bajos para el autoeditor, en comparación con lo que suponía adquirir un nuevo sistema de fotocomposición.

Así, en poco tiempo, todas las empresas de fotocomposición se habían pasado a la autoedición, y muchas editoriales hemerográficas incorporaban a sus plantillas a técnicos en autedición. Rápidamente, sus ventajas permitieron al editor acelerar el proceso de edición y reducir sensiblemente tareas y costes. Fácil es deducir cuál fue el siguiente paso en esta cadena inicial de transformaciones.

3.2. La repercusión de la autoedición en el aumento del volumen de negocio y de la producción

A cualquier que sepa cuáles son los pilares de un negocio no puede escapársele la lógica ecuación que se deriva de una

reducción de costes y un aumento de productividad: menor coste y mayor productividad = mayor beneficio y competitividad = mayores ganancias.

Pero el mundo de la edición es tremendamente complejo, y a un editor no le basta con ampliar su margen de beneficios —de por sí reducido en este ramo— durante un tiempo. Si quiere perpetuar su nivel de ingresos ha de procurar garantizar una presencia constante de sus obras en los puntos de venta, y no hay otra forma de alimentarla que producir sin freno y, a ser posible, copar el mercado. Las facilidades que da la autoedición para producir más deprisa y más barato permitían al editor «modernizado» no sólo sacar mayor rendimiento de sus productos, sino también adelantarse a la competencia en la publicación de títulos con visos de comercialidad e incrementar la periodicidad y el número de publicaciones sin aumentar la inversión, incluso si eso significaba dar el salto a un tipo de empresa de dimensiones industriales, iniciar una rueda imparable de superproducción y correr el riesgo de sobresaturar el mercado.

3.3. Y al olor del queso llegan los ratones...

Sabido es por la gente del oficio que en el sector editorial se gana poco. Como declaraba sir Stanley Unwin en su obra *La verdad sobre el negocio editorial* (págs. 246 y 247), «Es probable que quien pueda hacer dinero editando libros ganase mucho más en cualquier otro negocio. Al principiante que pide consejo se le puede decir sin miedo a equivocarse: "Si buscas ante todo dinero, no te hagas editor. Los editores que consideran su negocio sólo como un medio para ganar dinero nos causan la misma impresión que los médicos sólo preocupados de sus honorarios. El negocio editorial da satisfacciones más grandes que el dinero. Si dominas la técnica y estás dotado de la necesaria aptitud, te ganarás discretamente la vida, pero la labor de tus jornadas será interminable, y es posible que, cuanto mejor trabajes, peor sea tu recompensa *pecuniaria*"». Y añadía más adelante: «Muchos negocios editoriales se nutren de inversiones de gente irreflexiva. Cuando un editor medio arruinado anuncia que admitirá capitalista como director o como socio, recibe a raudales las ofertas, especialmente de amantes padres que prefieren que sus hijos empiecen como directores en vez de aprender el negocio desde abajo».

No hay mejores palabras para resumir el trastorno del espíritu del editor clásico que ocasionó el aumento de la rentabilidad del negocio: las empresas que no soportaron el arranque de la competencia y los bruscos cambios que sufría el mercado del impreso se vieron obligadas a vender. La falsa imagen de rendimiento que proyectaba el sector atrajo inversores de otros ramos que no sabían nada de las peculiaridades de este terreno y que, por supuesto, no se acercaban a él con la expectativa de obtener otras satisfacciones que las económicas. Muchos no resistieron los embates de este tempestuoso negocio y murieron pronto, llevándose consigo editoriales de prestigio. Los que llegaron con cierto conocimiento del medio o con el apoyo de otros negocios y una decidida disposición a hacer dinero, siguieron su rumbo imparable absorbiendo empresas, reduciendo costes y sobreproduciendo, y creando con ello gigantes colosales que proyectaban su sombra más allá de fronteras geográficas y culturales.

3.4. Globalización y empobrecimiento

En la presentación de la carpeta 51 de la revista *Archipiélago*, titulada «Editar en tiempo de gigantes», Joaquín Rodríguez defiende las políticas editoriales «mixtas», que guardan un delicado equilibrio entre lo comercial y la publicación de obras de fondo y que se sitúan en mitad de dos extremos opuestos: las editoriales independientes «que ignoran la dimensión económica del proyecto intelectual» y los grupos de edición y comunicación que observan un «sometimiento incondicional o cínico a los valores estrictamente comerciales y mercantiles». Pero advierte:

> En el campo editorial coexiste esa diversidad y, mientras una modalidad no se quiera hacer pasar por la otra o quiera usurpar rasgos o denominaciones que no son los suyos, todo es legítimo y hasta necesario —aunque sólo fuera porque sin una cosa no se puede designar la otra—. Lo malo o incluso perverso ocurre, sin embargo, cuando los grandes quieren imponer las reglas del juego o juegan, directamente, con varios ases en la mano: el ecosistema del libro es tan particular y delicado porque el campo literario —y todo lo que tiene dentro: escritores, editores, críticos, libreros— nació en buena medida negando o invirtiendo los principios del interés económico más tosco, afirmando, como decía Stevenson, que "si uno ha adoptado un arte como oficio, renuncie desde el principio a toda ambición económica". Proclamando esa autonomía respecto a las determinaciones más descarnadamente comerciales obligaba a los editores, también, por lo menos a cierta clase de editores, a compartir los valores invertidos de la creación y la difusión artísticas y a convenir, por tanto, que el negocio del libro no era casi ni negocio o era un negocio cuyos márgenes de beneficio siempre escasos estaban sometidos a la subversión de la lógica mercantil. De ahí que, cuando hoy los grupos editoriales adquieren sellos más o menos históricos y colocan en sus cargos ejecutivos a personas ajenas por completo a la lógica propia del campo editorial y les exigen cuentas de resultados anuales más que saneadas —u obligan a editores veteranos a admitir y aplicar más o menos cínicamente, más o menos crédulamente, más o menos decididamente, los criterios de rentabilidad de una empresa cuya estructura necesita unos ingresos copiosos y regulares para pervivir—, sus principios se desnaturalizan y la edición de libros se convierte en una alocada carrera hacia ninguna parte —en España 62 000 nuevos títulos, una media de 170 libros diarios— donde la impactante novedad se come a la novedosa obra maestra de la semana, que se traga al novísimo lanzamiento de la semana anterior que, por la puerta de atrás, llega devuelto a 90 días por el librero o a superficie comercial y necesita que otra portentosa o divertida o sesudísima novedad haya sido lanzada ya al mercado para intentar paliar las pérdidas del primer libro de impacto.

La rueda de la superproducción-devolución masiva y la servidumbre a las leyes del negocio generan, ciertamente, un

nuevo efecto de degeneración cultural: la falta de producción de obras de fondo, de publicaciones de largo recorrido, y el consiguiente vaciado de los catálogos editoriales y empobrecimiento de la oferta de publicaciones. Si lo que cuenta es sacar cuantos más títulos mejor en una carrera desenfrenada para mantener el ritmo de ingresos, y esos títulos van a ser rápidamente sustituidos por una avalancha inmediata de novedades y devueltos a la editorial en masa, lo que convienen son obras rápidamente vendibles; lo que hay que buscar, pues, son autores estrella y títulos de impacto. El campo para los editores de obras de fondo queda, así, muy restringido, y la única vía de supervivencia parece ser la especialización.

3.5. En pos de El Dorado

En un artículo aparecido en la Red el 13 de abril del 2003, titulado «Un mundo en transformación. Los libros de la selva. La industria editorial española explica las causas de la crisis del sector», el periodista y crítico Xavi Ayén comenta: «el beneficio que da el mundo del libro no es muy grande. La media del sector —que facturó 2607 millones de euros en el año 2001— se encuentra un poco por debajo del 10 %. En el recién aparecido *Las redes ocultas de la edición* (Editorial Popular), los franceses Janine y Greg Brémond dicen: "Hace veinte años, la tasa de rentabilidad media era del 3 al 5 % ". Hoy, "el ideal de las corporaciones transnacionales es el 15 %, que no se alcanza nunca", confirma un directivo. Para Jorge Herralde, propietario de Anagrama, "el error es la teoría ilusoria de que con los libros se puede ganar mucho dinero"».

Los financieros que llegaron a este mundo en busca de su El Dorado parecen, empero, no querer dar su brazo a torcer: si el libro parecía dar dinero, tenía que darlo, a toda costa. Y para que lo diera, había que poner toda la carne en el asador, exprimir el negocio al máximo. Métodos no faltaban.

3.6. El inicio del camino hacia la subproletarización

Cuando un editor con mentalidad financiera y mercantil se plantea de qué modo puede reducir los costes de su empresa y ampliar el margen, es fácil adivinar qué camino emprenderá. Xavi Ayén, en al artículo citado, lo señala sin dudar: «Los despidos se han convertido en algo habitual en los grandes grupos editoriales. En los últimos años, [en España] más de 500 personas han perdido sus puestos de trabajo, ya sea por las fusiones (de Random House con Mondadori en el 2001), las compras de editoriales (constantes en Grupo Planeta) o los reajustes (que afectan a todos los grupos). "Hace quince años se dieron los primeros despidos masivos —comenta un veterano del sector—, porque realizamos una centralización administrativa y logística. En cambio, los despidos actuales son ajustes para obtener más beneficios"».

Y esto es sólo la punta del iceberg de lo que ha ocurrido con el personal especializado en edición, interno y externo, que se ha visto obligado a un éxodo masivo hacia otros sectores o condenado a la subproletarización. Pero esta cuestión la analizaremos con detalle más adelante. Lo que ahora interesa señalar es el enorme desequilibrio en la balanza de poderes internos de una editorial, en favor de los departamentos financieros y de márquetin, que resulta de este vaciado de plantillas. Y, yendo más lejos, el revelador simbolismo que subyace tras esos despidos masivos de personal (en particular del personal técnico): la desposesión de los valores que tradicionalmente han dado vida y sentido al mundo de la edición (creatividad, pluralidad, pasión por la lectura, por el libro y por el conocimiento, respeto al lector, y vocación por la promoción y la difusión cultural) y sin los que probablemente no pervivirá.

3.7. Éxodos masivos, políticas erráticas

Reducir al máximo los costes estructurales no conduce forzosamente al éxito. Ni siquiera es garantía de nada reinvertir el margen que deja el ahorro de sueldos y herramientas de trabajo en la adquisición de títulos vendibles y promocionarlos por todos los medios. Porque ¿alguien sabe qué es lo que vende? En un medio actualmente tan poco preocupado por el lector para el que publica y tan ajeno a sus inquietudes y necesidades, sin duda esa intuición se ha hecho más rara que nunca. Como sigue diciendo Xavi Ayén:

> Otro error son las previsiones de ventas de cada título que realizan las editoriales, a menudo poco cercanas a la realidad, lo que provoca un gran número de devoluciones (esto es, los volúmenes no vendidos que devuelven los libreros y que la editorial debe reembolsarles). «Una devolución por encima del 25 % no es buena —explica un estudioso del sector—, y en los grandes grupos se sitúa en torno al 40%.» [...] Pero ¿por qué se equivocan las editoriales en sus previsiones? «Este negocio —responde un directivo del área económica de una multinacional— tiene un elevado porcentaje de incertidumbre. Y los editores literarios están muy subidos a la parra, muy endiosados. Son divos, pero la verdad es que tampoco ellos saben por qué funciona un libro.» [...] Otro elemento preocupante para el sector es la escalada de los llamados anticipos (lo que cobra el escritor por su trabajo, independientemente de las ventas futuras). Por las memorias de Gabriel García Márquez se han pagado más de cuatro millones de dólares. Eso sobrepasa mucho lo habitual: que el autor ingrese el 10 % del precio de venta de cada libro. «Muchas veces —confiesa un editor de un grupo importante— los libros más vendidos son una ruina económica, un éxito aparente. Los negocios son las novelas sorpresa, casos como el de Javier Cercas o Carlos Ruiz Zafón, que cobraron unos anticipos muy razonables porque eran poco conocidos.».

Y sobre esta pugna por lo supuestamente vendible añade Ayén:

> «La subasta para comprar los derechos de un libro es un invento maligno —dice otro directivo—. Los libros se compran a ciegas, sin que nadie se los haya leído.» «En España, lo extranjero no vende mucho, hablando en general —confirma Jorge Herralde—, y se pagan enormes sumas en las subastas internacionales por autores menores; el paradigma de la victoria pírrica es llevarse a uno de esos novelistas». Las multinacionales

> sufren más con este tipo de compras. Por ejemplo, cuando Random House compra en Nueva York los derechos mundiales de un escritor de best sellers, carga a su filial española la parte proporcional, «pero en cambio se trata de un autor que en España no vende, porque la gente prefiere autores nacionales. Tom Clancy no se puede comparar con Antonio Gala. Cuando nos llamaban de Nueva York para pedirnos la lista de autores que vendían más de un millón de ejemplares, siempre nos reíamos, porque no hay ni uno», revela un directivo.

Visto está, pues, que el negocio editorial no puede entenderse desde la exclusiva perspectiva mercantil; salvo, evidentemente, que se lo instrumentalice y se convierta, en palabras de Ayén, en una pieza más del engranaje de los grandes grupos, «que incluye medios de comunicación, productos audiovisuales, distribuidoras, productoras de cine... Por ejemplo, el grupo Bertelsmann (propietario de Random House Mondadori) ha declarado recientemente en Alemania unos beneficios de 900 millones de euros, 125 de los cuales provenían de su división discográfica BMG». En estos casos, cualquier práctica, cualquier proceder sólo conllevará ventajas. Lo absurdo es que muchos editores carentes del respaldo con el que cuenta un gigante de la comunicación se empeñen en emular su ejemplo, aun siendo evidente que las políticas de edición sin editores son una paradoja insostenible. ¿Se darán cuenta a tiempo de ello?

De momento, y por fortuna, la calidad de las publicaciones cuenta todavía con una oportunidad en manos de las editoriales especializadas, de aquellos editores independientes que mantienen el ancestral compromiso entre la calidad y el negocio, y de los editores (los científicos y académicos, los de literatura de fondo y los de libros de texto) que, por la supeditación de las obras que publican a ciertos reglamentos y estándares de calidad, no pueden eludir un cierto cuidado —aunque no todo el deseable— de sus productos.

3.8. La repercusión de la mercantilización del sector editorial en los procesos de control de la calidad textual y en los profesionales que los desarrollaban

Es de pura lógica deducir que cuando se vacía de contenido los departamentos de edición de una empresa editorial no hay forma de que esta siga desarrollando su labor (que no es otra que editar y publicar libros) si no es buscando sus recursos humanos fuera. La reestructuración cada vez más extrema de las plantillas editoriales ha hecho que muchos de sus profesionales hayan tenido que reconvertirse en autónomos, crear sus propias empresas de servicios editoriales subcontratados, asimilarse a empresas de composición (hoy, una nueva categoría de empresa de servicios de producción de impresos) o sencillamente mudar de oficio.

Esto último es lo que tuvieron que hacer la mayor parte de los **correctores de estilo y preparadores de originales en plantilla,** que fueron las primeras cabezas seccionadas en esta masacre de especialistas, de la que no se libraron ni siquiera muchas de las editoriales científicas. En su caso, la debacle fue especialmente dramática: desaparecían de las plantillas en un momento en que la facilidad para montar páginas directamente a partir del original del autor/traductor hacía muy tentador eliminar cualquier paso intermedio entre original y maqueta, y en este sentido la corrección de estilo era todo un engorro. De la noche a la mañana el corrector se encontró, pues, no sólo fuera de la mayor parte de los departamentos de edición, sino carente casi por completo de su fuente de sustento. Los más viejos se jubilaron prematuramente y los que aún andaban lejos de la edad del retiro tuvieron que ingeniárselas para sobrevivir haciéndose más versátiles o cambiando simplemente de especialidad. Algunos correctores de estilo, aprovechando el nada casual florecimiento en España, durante el primero lustro de la década de 1990, de todo tipo de costosos posgrados de edición, se lanzaron a ampliar sus estudios técnicos para obtener títulos que les permitieran al menos aspirar a los puestos de los editores de mesa, que aún mantenían su lugar en las editoriales. Por su parte, otros aprovecharon sus contactos y sus conocimientos de idiomas para reconvertirse en traductores. La gran mayoría, sin embargo, acabó realizando su trabajo de siempre (la corrección de estilo) directamente sobre pruebas, con la rebaja de tarifas que ello conllevaba y teniendo encima que soportar la carga adicional de su nueva condición de autónomos.

Hacia finales de la década de 1990, por fortuna, el sector de la edición debió de comprobar que, por más que se presionara a las empresas de autoedición para que asumieran los costes de la introducción masiva de correcciones en pruebas, desplazar un tipo de corrección que puede suponer cambios muy profundos en un texto a la página compuesta conllevaba un importante riesgo de descalabro en una fase más avanzada del proceso de edición y la profusión de erratas y errores de todo tipo, que levantaban cierto clamor entre los pocos lectores que en este país recurren a la queja. Para entonces, sin embargo, la mayor parte de correctores de estilo de oficio habían desaparecido. En aquel momento, cualquier editor de mesa sabía perfectamente que un buen corrector de originales era un tesoro, y guardaba los suyos con celo.

Algunas empresas de servicios editoriales debieron de advertir este nuevo cambio en los procesos de control de la calidad textual y decidieron aprovechar el filón que suponía la nueva llamada a filas de los correctores, creando cursos exprés que, en 50 o 60 horas, pretendían suplir los años de estudio y de experiencia profesional que antaño requería un corrector para dominar su oficio. De este modo se produjo la segunda consecuencia «trágica» de la eliminación de plantillas de correctores y de pasos de corrección: el corrector con solera no sólo desaparecía, sino que era sustituido por personal con una preparación más que dudosa, cuya labor —pobre e inexperta— hacía casi vana la tarea de corregir y permitía al responsable editorial abundar en la idea de que corregir era prescindible.

Así las cosas, la mayor parte del peso de trabajar a fondo un texto recayó sobre las espaldas, ya de por sí sobrecargadas, del **editor de mesa.** De hecho, este puntal de la calidad de la edición ha sufrido en los últimos quince años descargas constantes de responsabilidades procedentes de otros profesionales

de su campo. No sólo ha tenido que empezar a desconfiar del buen hacer de sus colaboradores externos —que, además de estar cada vez peor preparados, trabajan a destajo por una retribución miserable— y a dirigir y supervisar con más atención que nunca su trabajo; encima ha tenido que asumir la avalancha de la actual sobreproducción de novedades, con constantes bailes de fechas, y la responsabilidad de tener que leer o hacer leer los originales que su director editorial, exclusivamente centrado en la compra de títulos, el fichaje de autores, la gestión de derechos y la promoción de novedades, volcaba sobre su mesa. Todo ello a costa exclusiva de su tiempo y de acerar su ingenio para sacar recursos de la nada e inventar nuevos métodos de organización y control. No son pocos los editores de mesa que no han resistido tanta presión.

Sin este pilar del control de calidad editorial —que, si no abandonaba el barco por propia voluntad, era obligado a abandonarlo y a reconvertirse en servicio subcontratado—, los departamentos editoriales quedan ya completamente vacíos y desvalidos a la hora de dirigir y supervisar las ediciones. Sin editor de referencia —o con editores noveles salidos de los mal proyectados posgrados de edición, en general de presencia efímera en las editoriales—, todo el personal que interviene en la edición de una obra navega sin rumbo, y el producto sigue también un camino errático. Sin nadie que paute su labor, ¿dónde buscar la guía que necesitan traductores, correctores y revisores? La respuesta está a la venta en todas las librerías: en los libros de estilo, manuales de edición y obras de consulta de dudas lingüísticas —algunas de innegable categoría académica y otras sólo fruto del oportunismo— que pueblan las estanterías. El libro de estilo, la norma de trabajo editorial, tanto más imprescindible como referencia cuanto menos profesionales cumplan esta labor de orientación y homogeneización, son hoy productos codiciados, y por tanto vendibles, que han empezado a dar el salto de la mesa del editor a la estantería de la librería y que, una vez se han exhibido, han pasado a convertirse en un reflejo de la imagen que un sello editorial quiere dar. Veremos ahora de qué forma ese deseo de vender imagen a través de los libros de estilo ha pervertido su esencia.

3.9. La repercusión de la mercantilización del sector editorial en la idiosincrasia de los libros de estilo actuales

Decíamos en apartados anteriores que las obras de estilo editorial de uso interno persiguen sustancialmente cuatro fines:

1) Guiar el trabajo de autores/traductores y colaboradores editoriales.
2) Lograr la mayor unidad de criterio posible en las obras publicadas.
3) Dar solución a las dudas de escritura o terminología más comunes.
4) Optimizar con ello el trabajo de todos los que intervienen en la génesis, revisión y edición de un escrito.

En este sentido, un ejemplo paradigmático de lo que han de ser unas normas de trabajo editorial para cumplir con su función lo constituyen las *Normas para correctores y compositores tipográficos* encargadas para uso de Espasa-Calpe y finalmente publicadas por la propia empresa en 1959. Como reza su introducción.

> La Editorial Espasa-Calpe encargó a uno de sus correctores [José Fernández Castillo] que presentara una propuesta con objeto de procurar unificar criterios respecto al uso de mayúsculas y minúsculas, así como de la cursiva y las comillas, ya que, por no existir reglas generalmente aceptadas y precisas que comprendan la gran variedad de casos que pueden presentarse y se presentan, cada compositor y cada corrector se ve obligado a resolverlos, con la mejor voluntad, con arreglo a su criterio, no siempre coincidente con el de los demás, lo que obliga después a hacer gran número de correcciones con el fin de conseguir la debida uniformidad, con la consiguiente pérdida de tiempo.
>
> El operario encargado de confeccionar la propuesta se limitó a presentar una lista, por orden alfabético, de aquellas palabras que, según su experiencia, solían dar lugar a dudas, con el objeto de que los demás correctores presentaran las modificaciones que estimaran oportunas. Estos, a su vez, presentaron un pliego de enmiendas y adiciones, al cual contestó el autor de la propuesta con una réplica.
>
> Finalmente, el señor [Julio] Casares, requerido por Espasa-Calpe para intervenir en el litigio, accedió amablemente al requerimiento, y después de leer la argumentación y razonamientos de ambas partes, dio su opinión a título puramente personal. El resultado ha sido un trabajo que esta Editorial ha creído oportuno dar a la luz pública por entender que desborda los límites propuestos, ya que trata de pequeños problemas relacionados con la corrección tipográfica que pueden interesar a cuantos se dedican a este menester.

Lo más curioso de esta obrita es que mantiene la estructura del suculento debate que le dio origen: «Propuesta», «Pliego de enmiendas y adiciones», «Réplica al "Pliego de enmiendas y adiciones"» y «Dictamen». Este debate no se ha perdido en círculos de intelectuales y especialistas de cierta altura; sigue presente incluso en las listas profesionales de Internet sobre corrección, edición y lingüística. Lo que sí ha desaparecido entre los responsables editoriales es la preocupación por el buen hacer y el deseo de extender su alcance mas allá de las propias paredes que ilustra la carta que el director de Espasa-Calpe adjuntó a los diversos ejemplares de estas Normas enviados a otras editoriales españolas competidoras suyas. En esa carta se dice:

> [...] estimamos que han de ser de gran interés para uso de correctores y compositores en nuestra Editorial, y nos ha parecido que podrían serlo también para las demás

> editoriales, imprentas y tipógrafos en general, por lo que nos hemos decidido a publicarlos en un libro, el cual nos es muy grato enviar a ustedes adjunto, con el buen deseo de que les sea de utilidad [...]. Cualquier sugerencia que ustedes deseen aportar será bien recibida por nuestros correctores y por nosotros.

Si alguno de los actuales directores editoriales, imitando el generoso gesto del de Espasa-Calpe, tuviera el atrevimiento de enviar sus normas de estilo a otras editoriales e incluso a expertos en materia de edición, invitándoles a expresar su opinión sobre ellas, lo más probable es que le llovieran las críticas. Desde el momento en que ya no quedaron en las editoriales técnicos y especialistas capaces de elaborar un buen libro de estilo —menos aún de merecer la opinión de asesores de la talla de Casares— esta tarea recayó en manos de editores de mesa inexpertos o de directores editoriales que vieron en este tipo de obras una forma de destacarse, de dar rienda suelta a una creatividad (sobre todo ortotipográfica) tan desbordante como desconcertante. De resultas de esta actitud de clara ignorancia, combinada con un esnobismo irrefrenable, han llegado a manos de autores, traductores y colaboradores nuevas normas cargadas de usos extranjeristas, de recomendaciones disparatadas y de contravenciones gratuitas a ciertos estándares de grafía científica, normas lingüísticas y usos ortotipográficos bien asentados y que no requerían reforma ni alternativa alguna.

De estos males no se salvan siquiera las editoriales biomédicas. En una carta enviada en 1996 por Fernando Navarro a la sección «Cartas al director» de la revista *Medicina Clínica,* titulada «Corrección de estilo y ética del proceso editorial», aun alabando la habitual calidad editorial de esta publicación se critican algunos criterios presentes en su libro de estilo, así como su aplicación de forma mecánica y sistemática —incongruente incluso en algunos casos— por parte los correctores de la casa. Particularmente grave y poco ético —y le damos la razón en ello— le parecía a Navarro el hecho de que los correctores de la casa hicieran prevalecer esos criterios (sustituyendo ciertos términos, en este caso) por encima de los expresados por el autor, perfectamente válidos también y adoptados de manera uniforme en todo su artículo; en palabras del propio Fernando Navarro: «Por último, y esto es lo más grave, tales sustituciones se hicieron después de que el autor hubiera corregido ya las galeradas, en las que, al igual que en el texto original, las palabras *antirretrovírico* y *bloqueante* β aparecían así escritas en todas las ocasiones». A nuestro modo de ver, no obstante, el problema tiene otra dimensión: no radica tanto en la falta de respeto que pueda haber mostrado un corrector a la integridad del texto de un autor como en las condiciones sociolaborales en las que suele trabajar hoy el corrector, en sus carencias formativas y —sobre todo— en la excesiva trascendencia que se da en muchas editoriales al libro de estilo, como materialización de un marchamo propio.

Un libro de estilo es fundamentalmente una herramienta de ayuda y orientación del trabajo editorial y un instrumento de uniformación. Pero puede también entenderse como una forma peculiar y distinguida de hacer las cosas. Si se sobredimensiona esta faceta, el afán de distinción fagocitará todas sus otras virtudes, y de este modo todos sus dictámenes, acertados o no, se acabarán imponiendo como criterios incuestionables, se revelen absurdos o acertados. Justo lo contrario, en definitiva, de lo que mostraba de forma ejemplar el debate recogido en las normas que encargara Espasa-Calpe hace más de cuarenta y cinco años.

4. El delicado equilibrio entre lo viejo y lo nuevo: apuntes para recuperar y asentar la calidad en la edición sin morir en el intento

Como señalaba Martínez de Sousa en una de las citas que encabezan este artículo, el panorama es desolador. A esa desolación se añade la certeza de que muchos de los cambios estructurales que hemos apuntado en estas páginas son ya irreversibles. Desengañémonos: mientras el ritmo de la edición siga marcado mayoritariamente por una lógica financiera, las cosas no volverán a hacerse con pausa; las viejas editoriales de prestigio engullidas por la vorágine del mercantilismo exacerbado no renacerán de sus cenizas; las plantillas editoriales obligadas a una autonomización forzosa no regresarán a sus puestos de trabajo.

¿Cuál es el futuro, pues? ¿Qué esperanza de vida tiene la calidad en la letra impresa? Sin duda dependerá de que tanto los editores vocacionales que mantienen su independencia como los directivos más avispados de las grandes compañías tomen conciencia de que preservar ciertos pasos y procederes tradicionales puede serles muy beneficioso. En definitiva: de que comprueben que la calidad puede vender y competir, que genera prestigio y cuesta poco. Si se encuentran fórmulas que combinen sabiamente la aplicación de procesos de control de calidad con las ventajas que ofrecen la actual tecnología y los nuevos modelos de edición, producción, explotación de derechos y promoción (herramientas de traducción asistida, de corrección digital y de edición de sobremesa, la publicación electrónica, la impresión por encargo, las nuevas fórmulas de *copyright*...), sin duda se obtendrán resultados muy fructíferos desde un punto de vista intelectual y cultural, y económicamente asumibles.

Pero desvelar el secreto de esa panacea es trabajo de otros. Baste aquí con apuntar los ingredientes de la receta milagrosa que conciernen a la calidad del texto y que no son otros que los que siempre la han garantizado: buenos profesionales, bien dirigidos y coordinados, y herramientas de trabajo que aumenten su eficacia. Para adaptar estos elementos a los nuevos tiempos bastaría con hacer hincapié en dos aspectos de la edición que suelen pasarse por alto: la planificación y la gestión. Con ambos como premisa, cualquier editorial puede moldear proyectos que combinen eficacia, productividad y excelencia, según estas pautas:

1) Mantener en las plantillas editoriales a los profesionales más imprescindibles: aquellos que se ocupan de seleccionar las obras, de establecer planes editoriales y de dirigir y controlar su ejecución, y hacer que trabajen de manera conjunta y coordinada.

2) Desarrollar y aplicar mecanismos de selección de personal colaborador.
3) Poner el acento en las fases iniciales de evaluación de un texto, a fin de establecer un proyecto de edición (procesos y normas de trabajo) adecuado a las características de cada obra, que permita reducir las tareas a las puramente necesarias y minimizar así los costes y los plazos de realización.
4) Calibrar con detenimiento el tiempo necesario para producir una obra y establecer un calendario de edición pormenorizado y factible.
5) Crear, dirigir y supervisar equipos externos de edición específicos para cada obra, colección o publicación, dotados del apoyo logístico, las herramientas de trabajo y los medios económicos (acordes a su labor y a su cualificación) que precisen para realizar su trabajo en condiciones y comprometerlos (contractualmente si es preciso) con los objetivos trazados en el plan de edición de la obra.
6) Calcular un presupuesto que contemple un margen para cubrir incidencias.
7) Utilizar y poner al alcance de los colaboradores todas las herramientas de consulta y de trabajo que permitan acelerar y rentabilizar el trabajo y optimizar sus resultados.
8) Fomentar, a través de los gremios, la formación continuada de los profesionales de la edición, externos o internos.

En definitiva, se trata simplemente de hacer que de nuevo el buen estilo, la eficacia, la excelencia y el prestigio guíen la labor de un editor que persigue la calidad en sus productos. Y si con el seguimiento de estas pautas el editor pudiera obtener no sólo textos bien editados, sino también una certificación oficial de calidad que imprimiera un sello de garantía a sus productos, sin duda sería este el espaldarazo definitivo para que las buenas prácticas regresaran a la industria editorial y se asentaran definitivamente. Pero, por desgracia, la tarea de crear una norma y un sello de calidad para la edición de textos atañe sólo a organismos internacionales de normalización y certificación, y su materialización únicamente depende de los propios interesados: gremios y federaciones de gremios de editores.

Quede ahí como propuesta la idea de una certificación de calidad editorial y valga como modelo la futura norma europea de calidad para los servicios de traducción impulsada por la EUATC (European Union of Associations of Translation Companies/Asociación Europea de Empresas de Traducción) y auspiciada por el CEN (Comité Européen de Normalisation/Comité Europeo de Normalización), que verá la luz el próximo año.

Nota

[a] Como eco de esta reflexión, de la lista de distribución sobre corrección y edición Editexto, albergada en RedIris, surgió un «Manifiesto de los Correctores de Español» que puede calificarse casi de llamamiento de auxilio en defensa de la lengua española y de la actividad de este gremio, y que sigue sumando adhesiones en *La Página del Idioma Español:* <http://www.elcastellano.org/manifiesto.html>.

Bibliografía

Albaladejo, Tomás: *Retórica*. Madrid: Síntesis, 1989.

Arevalillo Doval, Juan José: «A propósito de la norma europea de calidad para los servicios de traducción», en II Congreso Internacional «El español, lengua de traducción», Toledo, 20-22 de mayo del 2004; <http://www.toledo2004.net/index.php>.

Ayén, Xavi: «Un mundo en transformación. Los libros de la selva. La industria editorial española explica las causas de la crisis del sector»; <http://calenco.arkania.org/adm/editoriales.htm>.

Brissaud, Sophie: «La lecture angoissée ou la mort du correcteur», *Cahiers Gutenberg,* 1 (diciembre 1998), <http://www.correcteurs.org/brissaud.pdf>.

Cassany, Daniel: *Describir el escribir.* 6.ª ed. Barcelona: Paidós, 1996.

— *La cocina de la escritura*. 4.ª ed. Barcelona: Anagrama, 1996.

Castellà, Josep Maria: *De la frase al text*. 2.ª ed. Barcelona: Empúries, 1996.

Dahl, Svend: *Historia del libro*. Madrid: Alianza,1982.

Dreyfus, John., y François Richaudeau (dirs.): *Diccionario de la edición y de las artes gráficas* Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide, 1990.

Espasa-Calpe: *Normas para correctores y compositores tipográficos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1959 (ed. no venal).

Iglesias, José Luis: «El español en las agencias internacionales de prensa. Mesa redonda», en «La lengua española y los medios de comunicación», *Actas del Congreso de la Lengua Española,* Sevilla, 1992; <http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/sevilla/comunicacion/mesaredon_iglesias.htm>.

Lausberg, Heinrich: Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura. 3 vols., Madrid: Gredos, 1976-1980.

Martín Montesinos, José Luis, y Montse Mas Hurtuna: *Manual de tipografía: del plomo a la era digita.,* Valencia: Campgràfic, 2002.

Martínez de Sousa, José: *Diccionario de ortografía técnica*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1987.

— *Diccionario de redacción y estilo*. Madrid: Pirámide, 1993.

— *Manual de edición y autoedición*. Madrid: Pirámide, 1994.

— «Las nuevas tecnologías en el tratamiento de los textos (Los neotipógrafos)», *Revista Española de Bibliología,* I, 1 (Salamanca, mayo 1997); <http://www.uv.es/%7ebarrueco/reb/esp/vol1no1/vol1no1d.pdf>.

— *Pequeña historia del libro*. 3.ª ed. Gijón: Trea, 1999 (1.ª y 2.ª eds. en Editorial Labor).

— «Problemas de la edición científico-técnica», conferencia pronunciada en «Las Nuevas Formas de la Comunicación Científica», XV Coloquio de la Asociación Internacional de Bibliología y I Coloquio de la Asociación Española de Bibliología, Salamanca, 9-11 de mayo del 2000; <http://martinezdesousa.net/edicientitecnica.pdf>.

— *Manual de estilo de la lengua española*. 2.ª ed. Gijón: Trea, 2001.

— *Diccionario de bibliología*. 3.ª ed. Gijón: Trea, 2004 (1.ª y 2.ª eds. en Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Pirámide).

— *Antes de que se me olvide. Una aventura bibliológica personal e intransferible*. Gijón: Trea, 2005.

Medicina Clínica: *Manual de estilo. Publicaciones biomédicas,* Madrid: Mosby/Doyma Libros, 1993.

Mestres, Josep Maria, Joan Costa, Mireia Oliva y Ricard Fité: *Manual d'estil: la redacció i edició de textos*. 2.ª ed. Barcelona: Eumo Editorial/Universitat de Barcelona/Associació de Mestres Rosa Sensat/Universitat Pompeu Fabra, 2000.

Millán, José Antonio: «Vender vino sin botellas. (El nuevo circuito editorial)», en el blog *Libros y bitios (edición digital y tradicional)* de *La página personal de José Antonio Millán*. Última versión: 21 de diciembre del 2000; <http://jamillan.com/botellas.htm>.

— «La propiedad de la propiedad intelectual», en el blog *Libros y bitios (edición digital y tradicional)* de *La página personal de José Antonio Millán,* 20 de febrero del 2005; <http://jamillan.com/propi.htm>.

Navarro, Fernando A.: «Corrección de estilo y ética del proceso editorial», *Medicina Clínica* (Barcelona), 106 (1996): 757-758.

Paz Gago, José María: *La estilística*. Madrid: Síntesis, 1993.

Puerta López Cózar, José Luis, y Assumpta Mauri Mas: *Manual para la redacción, traducción y publicación de textos médicos*. Barcelona: Masson, 1995.

Rodríguez, Joaquín: «Editar en tiempo de gigantes», presentación de la carpeta n.º 51 de *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura;* <http://www.archipielago-ed.com/51/carpeta.html>.

Rogers, Geofrey: *Manual de edición*. Madrid: Tellus, 1990.

Senz Bueno, Silvia: *Normas de presentación de originales para la edición. Originales de autoría y originales de traducción*. Gijón: Trea, 2001.

Unwin, Stanley: *La verdad sobre el negocio editorial*. 2.ª ed. Barcelona: Juventud, 1964.

Cristina Bertrand: *Casas de La Mancha*

On Susan Sontag and medical language

Peter Baehr*

In his affectionate yet balanced obituary tribute to Susan Sontag (*Panace@*, No. 20, pp. 179-182, <www.medtrad.org/panacea.html>), John Dirckx observes, "her writings on medical language and AIDS, by raising the consciousness of a generation to the pernicious interaction between metaphor and public and private perceptions of what it means to be sick, wrought what promises to be an enduring influence on lay and medical journalism." Particularly disquieting to Sontag was the employment of battle imagery to describe disease. She abhorred metaphors of war, containment, and attack, arguing that they served only to stigmatize the suffering. In many respects she was right. But Sontag's blanket condemnation of war language is also problematic. Chastising its use, she failed to understand that under certain conditions disease-as-battle imagery is both plausible and "defensible." More than that, crisis situations are almost bound to provoke it. For that reason, Sontag's influence on lay journalism and, *a fortiori*, on lay culture will be minimal.

Perhaps the key limitation of Sontag's approach is that it is principally concerned with diseases—TB, cancer, AIDS—that tend to affect individuals segmentally rather than with diseases that, presaging collective death, abruptly strike simultaneous fear into whole communities.[a] For there is clearly a difference between contracting cancer—a disease that has become part of everyday death—and being subject to, or terrified by, a mass emergency that cuts across all sectors of the population, as in the outbreak of bubonic plague in San Francisco in 1900, or smallpox in Montreal in 1885, or Hong Kong in 2003. In Hong Kong's case, "battling" SARS, martial imagery was ubiquitous both in the media and in public discourse.[b] Here it makes sociological sense to treat military language not as an object of a priori detestation, but as an index of emotions that are themselves socially explicable.

Sontag also appears to believe that the genesis of germ theory, and the tandem development of immunology, popularized disease-as-war language,[c] a point also made by Ludwik Fleck ([1935] 1979). Yet one should note that such language is much older than the germ theory. Consider two of the greatest documentary novels about disease in the Western literary canon. When Alessandro Manzoni wrote about the plague that struck Milan in 1630, he described a death that was "swift and violent" (Thucydides also remarked on plague's "violent spasms") and of a disease that was "threatening, and actually invading, a country and a people." Significantly, the historical sources on which Manzoni relies recount that the first person to introduce the epidemic into the city was a soldier, either from the garrison of Lecco or Chiavenna. Manzoni was writing two centuries later, but still fifty years before the germ theory began to be popularized.[d]

Or consider Daniel Defoe's *A Journal of the Plague Year* ([1722] 2001), a reconstruction of the plague that swept through London in 1665. The book offers a bonanza for students of early eighteenth century thinking about disease contagion. Also telling is the language that the author uses to depict the chaotic scene. The pestilence that stalks the terrified denizens in a time of "extremity" (168) is "like an armed Man" (xv,), an "enemy" (135, 188, 189, 233) a "walking destroyer" (192), an "arrow that flies thus unseen," (192), a site of "violence" and "injury" (147, 204), "fury" and "rage" (150, 158, 163, 225) that subjects people to a state of "siege" (189). They must "guard" against it (204) and do their "duty" (224). Or as Defoe puts it, "A plague is a formidable enemy, and is arm'd with terrors, that every man is not sufficiently fortified to resist, or prepar'd to stand the shock against" (223-4). The fact that while the English "stood on ill terms with the Dutch, and were in a furious war with them" they also "had such dreadful enemies to struggle with at home," made matters even worse (202). The point is worth exploring further.

Throughout human history, epidemics and warfare have had close connections; as such it is no surprise that they share a common visceral language. Both endanger whole communities by threatening to throw them into total disarray or by extinguishing them. Without any pretensions to being exhaustive, let me itemize some key macrosociological relationships beyond the quantitatively obvious that disease and war are two prodigious killers of human beings.[e]

To begin with, epidemics accompany war in a deadly symbiosis. This is not only because war casualties are more vulnerable to disease but principally because war provides two conditions that conduce maximally to high disease virulence. The first condition is *host density*: the fact that wars typically concentrate manpower in congested barracks, hospitals, ships; mass drills and parades; trench and other troop dispositions; and besieged cities jammed with those who have fled a marauding enemy. Today, people with influenza are typically advised to stay at home and thereby restrict contact with others. The exigencies of war are less delicate and sensible. Even when soldiers too sick to fight are removed, they have usually by that time passed on their illness to others. The greater the density of troops, the more likely pathogens will be transmitted and become more virulent since, in evolutionary terms, their survival is not imperilled by kill-offs.

Second, war produces *cultural vectors* that increase the incidence of transmission by increasing its mobility. The movement of wounded or diseased persons on horses, in ambulances, trucks, trains and other vehicles carries infection to those who are still well (nurses, guards, families, etc.). Equally, the traffic of replacement soldiers to the disease-ridden front offers an apparently inexhaustible store of manpower for pathogens to consume. Originating in Haskell County, Kansas, the first major outbreak of the Great Influenza pandemic that

* Lingnan University (Hong Kong) and IMT Lucca Institute of Advanced Studies (Italy). Address for correspondence: pbaehr@ln.edu.hk.

proceeded to kill between 30 and 50 million people worldwide began among soldiers in the United States in the spring and summer of 1918. However, it was only in the fall of 1918 that the influenza produced its "notoriously high lethality" because it was there it first encountered an environment rich in virulent possibilities. We are accustomed to think that evolution is a process glacial in its speed. But give disease the right conditions, allow it ample channels to pass from immobilized patients to susceptible surrogates—and virulence can increase exponentially.[f] More generally, it is worth recalling that until World War II, "more victims of war died of war-borne microbes than of battle wounds… [T]he winners of past wars were not always the armies with the best generals and weapons, but were often merely those bearing the nastiest germs to transmit to their enemies."[g]

Disease is also promoted by military conquest and empire-building. It may happen, for instance, that war provides the nexus of conditions propitious for triggering disease. Such was the case with the Black Death (the bubonic plague) of the late Middle Ages. The pandemic that was to wipe out between a quarter and a third of Europe's total population in just under five years broke out among the Mongol armies besieging the Crimean city of Caffa in 1346. While those armies withdrew sick and in disarray, the plague nonetheless entered Caffa from whose port it was then dispersed to the Mediterranean and from there carried to northern and western Europe. Alternatively, disease can be transferred from one relatively immunized population to a society whose previous isolation has left it physically unprepared for pathogenetic collision. It was the corporeal presence of the Spanish, rather than evil intentions, that was most responsible for the virtual annihilation of the Amerindians of Mexico, Peru and Guatemala after 1518. After smallpox had killed a third of their total population, measles and other diseases followed. It is estimated that the Mexican and Peruvian population was diminished by 90 per cent within 120 years. Natives of North America were later similarly destroyed by the diseases of Europeans (McNeill [1976] 1998: 177, 213; Porter [2002] 2003: 11).

Finally, disease fighting poses complex, and often contradictory, demands on the state or on its political precursors—the collective actors responsible for organizing, equipping and waging war. In some circumstances, disease enables a state to enhance its power and legitimacy. A well-documented case is the British response to the cholera bacillus in the 1830s and 1840s. Before that time, British authorities were impeded in their attempt to improve sanitary and other arrangements not only by the prevalence of the miasmic conception of disease but also by a powerful "libertarian prejudice against regulations infringing the individual's rights to do what he chose with his own property" (McNeill: 276). Fear of cholera helped undermine these objections and brought into being such powerful regulatory bodies as the Central Board of Health. This in turn strengthened the British state. Equally, the "closer one gets to eradication" of disease, the more civil liberties are sacrificed as, for instance, in cases where people's homes are compulsorily fumigated or, as in pursuit of the World Health Organization's (WHO) "war against smallpox," individuals are forcibly vaccinated (Ewald 2002: 74-5). Coercive quarantine measures are another example of the state using its muscle to deprive some of freedom in order to protect the lives of others.

Conversely, disease can threaten the state by compromising its ability to fight war— Thucydides remains an insightful observer of this phenomenon—or by eroding its administrative and material resources, leaving it bereft of authority. This was the case in Hong Kong during the SARS crisis of 2003 and, to a lesser extent, in the People's Republic of China as a whole (Ma: 2003). Where an epidemic disease is dangerous enough to require mass emergency response, it takes on the dynamics of "disasters" more generally.[h] Another way of putting this is to say that wars and mass epidemics, like other disasters, challenge the state's most basic claim to legitimacy: its claim to provide social order and to protect citizens from each other and the depredation of "outsiders." If provision of security is the primary raison d'être of the modern state, it follows that ruling institutions that fail to provide it are likely to become destabilized. Disease control has also become so integral to the state's regulatory capacity that it must increasingly be factored into its geopolitical considerations and into the international legal regime. This *microbialpolitik*, as David Fidler (1999:18-19, 279-309) calls it, has become urgent with modern communications, effortlessly transporting diseases around the world, and with the threat of biological and other weapons of mass destruction.[i]

In sum: disease-as-war language does not always stigmatize. Even as a media frame, it expresses something real and urgent: the perception that people face the possibility of collective death. Criticism of this language is no substitute for grasping its significance for social actors caught-up in extreme situations.

Notes

[a] More accurately, diseases like AIDS can be either an individual or a communal fate, and sometimes both. Hence, to the degree that homosexual men in the 1970s congregated in the same areas and had sex with the same partners, one could talk, somewhat loosely, of AIDS being a community disease. Villages in Africa and Asia that have since been ravaged by AIDS also show how it can become a community-wide disaster. Finally, individuals with a disease may create microcommunities through forming self-help groups or advocacy organizations.

[b] See Baehr (2004).

[c] "The military metaphor in medicine first came into wide use in the 1880s, with the identification of bacterial agents of disease. Bacteria were said to 'invade' or 'infiltrate'" (Sontag 1990:65-6).

[d] The quotes come respectively from Manzoni ([1827] 1972:574, 569).

[e] By disrupting society, shattering its controls and breaking down its taboos, war also unleashes revolution, pogrom and "ethnic cleansing" which kill millions more.

[f] I am drawing on Ewald 1994: 110-118. On the Great Influenza, see Barry (2004) and Crosby (1989).

[g] Diamond 1997:197. Porter ([2002] 2003: 129) remarks that the

sophistication of modern surgery, especially plastic and reconstructive surgery, owes a great deal to the victims of war and traffic accidents. Blood transfusions, first carried out in the seventeenth century, were also a war invention.

[h] On the nature of these dynamics, see Olson 2000, and Shefner 1999.

[i] Fidler (2004:7, 42-68) calls SARS the "first post-Westphalian pathogen."

References

Baehr, Peter. 2004. "In Search of Joanna Tse. Reflections on Decency and Heroism in Extreme Situations," *Quest* 3 (2) 13-35.

Barry, John M. 2004. *The Great Influenza*. New York: Viking.

Crosby, Alfred W. 1989. *America's Forgotten Pandemic. The Influenza of 1918*. Cambridge: Cambridge University Press.

Defoe, Daniel. [1722] 2001. *A Journal of the Plague Year*. New York: Modern Library.

Diamond, Jared. 1997. Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies. New York: Norton.

Ewald, Paul W. 2002. Plague Time. The New Germ Theory of Disease. New York: Anchor.

Ewald, Paul W. 1994. *Evolution of Infectious Disease*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fleck, Ludwik. [1935] 1979. *Genesis and Development of a Scientific Fact*. Chicago: University of Chicago Press. Transls. Fred Bradley and Thaddeus J. Trenn.

Fidler, David P. 1999. *International Law and Infectious Diseases*. Oxford: Clarendon Press.

Fidler, David P. 2004. SARS, Governance and the Globalization of Disease. Houndmills: Palgrave.

Ma Ngok. 2003. "SARS and the KHSAR governing crisis." Pp. 107-122 in *The New Global Threat. Severe Acute Respiratory Syndrome and its Impacts*, edited by Tommy Koh, Aileen J. Plant and Eng Hin Lee. Singapore: World Scientific Press.

Manzoni, Alessandro. [1827] 1972. *The Betrothed*. Translated by Bruce Penman. New York: Penguin.

McNeill, William H. [1976] 1998. *Plagues and People*. New York: Anchor.

Olson, Richard Stuart. 2000. "Towards a Politics of Disaster: Losses, Values, Agendas, and Blame," *International Journal of Mass Emergencies and Disasters* 18 (2): 265-287.

Porter, Roy. [2002] 2003. *Blood and Guts. A Short History of Medicine*. New York: Penguin.

Shefner, Jon. 1999. "Pre- and Post-Disaster Political Instability and Contentious Supporters: A Case Study of Political Ferment," *International Journal of Mass Emergences and Disasters* 17(2):137-160.

Sontag, Susan. [1978/1989] 1990. *Illness as Metaphor and Aids and its Metaphors*. New York: Doubleday/Arrow.

Filología

Salvador Peña Martín
Universidad de Málaga (España)

A muchos les dice muy poco. Trata de idiomas, escritos y tradiciones. Quienes la han estudiado suelen dar clase, sobre todo de Inglés. Filología...

Algunos opinan que es mejor tenerla a raya de la traducción. Filología significa para ellos introducciones pesadas, bibliografías y notas a pie de página. Los originales —creo que piensan— serán importantes, pero así aburren, y las versiones se atragantan. «Traducción filológica».

En las universidades españolas siempre ha habido Filología, pero ahora también estamos nosotros: Traducción e Interpretación, un área nueva. Historia no necesitamos mucha, y lingüística, depende. Eso sí: estamos muy atentos a las nuevas tecnologías y a las necesidades del mercado. El futuro ya está aquí. ¿Filología?

Traducción e Interpretación se emancipó hace años. Tenemos nuestro espacio institucional, licenciatura propia, revistas científicas, proyectos subvencionados, simposios... Como los de Filología. Pero sin filología. ¿Retórica? ¿Exégesis? ¿Crítica textual? ¿Límites de la interpretación? ¿Lenguas clásicas? Viejas disciplinas que interesarán a juristas, a expertos en comunicación y publicidad o vaya usted a saber a quién más, pero a nosotros no. Filología, no.

Lo nuestro es trasladar dichos, orales o escritos, a través de las lenguas. Para eso, estudiamos idiomas y sus culturas. Otros conocimientos diversos siempre vienen bien para enterarnos. (¿Filología?)

Porque la labor consiste en enterarse de lo dicho en ciertas circunstancias, y recomponer, en otro idioma, sus elementos semánticos y expresivos. Interpretamos y fijamos decires atendiendo a contextos y a perspectivas. O sea, filología.

Estamos comenzando a descubrir el Mediterráneo. Es salado.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>).

Capítulo XXXVI
Del buen suceso que el valeroso don Quejica tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los palabros de viento

María de Miguel*

En esto descubrieron treinta o cuarenta palabros de viento que había en aquel texto, y así como don Quejica los vio, dijo a su revisor: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Chanza, donde se descubren treinta o poco más desaforados tunantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles a todos las letras, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer la lengua: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan iletrada simiente de sobre la faz de la ciencia. ¿Qué tunantes? dijo Sancho Chanza.

Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los trazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son tunantes, sino palabros de viento, y lo que en ellos parecen trazos son las tildes, que volteadas del viento hacen entonar con gracia. Bien parece, respondió don Quejica, que no estás cursado en esto de la traducción; son tunantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual trifulca. Y diciendo esto, dio de espuelas a su jamelgo Colorao, sin atender a las voces que su revisor Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran palabros de viento, y no tunantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran tunantes, que ni oía las voces de su revisor Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo exaltado: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo traductor es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento y las grandes tildes comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quejica, dijo: pues aunque mováis más trazos que los del gigante Supercalco, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Medtradea del Coloso, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de sus apuntes, con el diccionario en ristre, arremetió a todo el galope de Colorao, y embistió al primer palabro que estaba delante; mas, dándole una sacudida en la tilde, lo volvió el viento con tanta furia que hizo el diccionario pedazos, llevándose tras sí al Colorao y al traductor, que fue rodando muy maltrecho por la Internet. Acudió Sancho Chanza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear, tal fue el sopapo que dio con él Colorao. ¡Válgame Dios! dijo Sancho; ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino palabros de viento? Calla, amigo Sancho, respondió don Quejica, que las cosas de la ciencia, más que otras, están sujetas a continua mudanza; mas al cabo al cabo han de poder poco las malas artes contra la voluntad de mi Moliner. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Chanza, al menos son doce céntimos la palabra.

Margarita Puncel

* Inmunóloga y traductora, Madrid (España). Dirección para correspondencia: mmiguel4@yahoo.es.

De cómo don Quijote encontró a Merlín y de las sabias y sensatas instrucciones que recibió de éste

Juan V. Fernández de la Gala*

Aquel día venía Merlín de hacer llover en el llano de Las Abiérnagas. Por entonces, la tierra allí era tan seca que se volvía polvo con solo pisarla y las simientes que plantaban los campesinos acababan sumergidas en largos sueños de desierto y morían sin remedio antes de germinar. Por eso Merlín quiso acudir en ayuda de esa pobre gente que, cada año, araba un suelo estéril y, cada año, un mismo viento ábrego les borraba los surcos del arado, dejando otra vez los estómagos vacíos y las esperanzas yermas. Y sólo cuando el conjuro hizo su efecto y Merlín vio venir los primeros nubarrones negros, ya bien cargados de agua, por las Lomas de Mingorrubio, se montó satisfecho en su mula y se marchó, sin esperarse a los agradecimientos, como hacía siempre. A pesar de su edad, Merlín montaba de costumbre al modo turquesco y aquel trotecillo diligente de la mula hacía que la gente pudiera reconocerlo, aun en la lejanía, por todos los senderos del páramo.

Mucho antes ya de que se toparan con él en el azar de los caminos, le había hablado a Sancho del mago Merlín, de sus grandes saberes y de sus generosas hazañas en favor de la caballería andante. Fue don Quijote, que andaba siempre prevenido de lo que el camino pudiera traer de novedad, el que lo reconoció a lo lejos.

—A fe mía, Sancho —dijo don Quijote—, que ése que allí ves, de luengas y venerables barbas, y que a nosotros viene a lomos de mula, ha de ser por fuerza el sabio Merlín, instruido en los siete saberes y gran valedor de este gremio que formamos los caballeros andantes.

Sancho se llevó la mano a la frente, para poder distinguir a Merlín en la distancia polvorienta del camino. El gesto fue más por costumbre de labrador viejo que por necesidad, porque el sol había empezado ya a ocultarse tras los nubarrones de la tormenta próxima y había sumergido al mundo en una luz de ceniza. De hecho, cuando los tres se encontraron frente a frente en el camino, al páramo llegaba ya el aroma fresco de las lluvias presentidas. Don Quijote detuvo airosamente a Rocinante e inclinó su enjuto cuerpo de caballero en señal de respeto. Y tanto se inclinó y tan cortésmente lo hizo, que hubiera estado a punto de caer de la cabalgadura, con un fragor de cobres viejos y abollados, si no acierta a enderezarse en la silla con la ayuda de Sancho. Merlín respondió con serena y ancha sonrisa de buen abad a la hidalga cortesía del caballero.

—El señor don Quijote y su escudero —dijo en tono afable.

—Señor don Merlín, en buena hora le hallo.

—Sepa vuestra merced que, como es uso entre los caballeros andantes, también yo intento estar siempre al alcance de quien me necesita —respondió Merlín.

—Precisamente de necesidad se trata, y grande me ha de parecer, pues muchas veces he pensado si vuestra merced, que es sabio y hombre amante de que se haga justicia en este mundo, podría abastecer a nuestro sufrido gremio de la andante caballería de un bálsamo como ése que llaman de Fierabrás o Fierosbrás, o de algún otro ungüento mágico de los que a vuestra merced mejor parezca, de modo que, por su efecto y por la misericordia de Dios que nos asiste, se nos vuelvan en buena hora un poco más cortos los quebrantos y un poco más largos los alivios.

—Ay, mi señor don Quijote, tenga vuestra merced por verdad honesta —dijo Merlín—, que tal bálsamo de Fierabrás y otros de semejante artificio de los que tanto hablan los libros de caballerías, existen sólo en el magín de los escritores ociosos que todo lo inventan, sin importarles mucho el tamaño de sus mentiras.

—Pero ¿cómo ha de ser eso? —contestó don Quijote—. Mire vuestra merced a don Belianís y a don Calderín de Lares, y vea cómo les socorrió en sus lances un bebedizo que les restauró la salud cuando estuvieron ambos muy cerca de la muerte. Y la pócima de don Baltasar Sidonio, que resucitó a la princesa Meterlina cuando le mordió la sierpe en el dedo.

—No hay tal, señor don Quijote. A fe mía que no se hicieron nunca ungüentos o brebajes mágicos en favor de los dolientes, sino más bien a beneficio de charlatanes y embaucadores.

Don Quijote quedó muy pensativo y confuso porque, aunque conocía la sabiduría proverbial de Merlín, se resistía a creer que en los libros de caballerías pudiera existir otra cosa que no fuera la verdad más honesta y comprobada.

—Mire bien lo que dice, señor don Merlín encantador, que no es posible que haya lugar para embustes y engaños en esos libros que sólo hablan de nobles ideales y de valientes hazañas. Pues si ha de haber libros ciertos, éstos sin duda han de ser.

—Fieles a la verdad quieren ser —respondió Merlín—, pero sepa vuestra merced que hasta los narradores más veraces hablan a veces desde la lejanía de quien cuenta lo que no ha visto por sus ojos, sino que ha oído de otros o, aún peor, desde la ciega cercanía de quien admira tanto a los héroes y tanto los pondera, que no encuentra tino ni mesura para contar sus hazañas con sencillez.

A don Quijote le sonaron razonables las palabras de Merlín y, con muy buen criterio, pensó que si los caballeros andantes habían hecho voto de ser sinceros siempre en su conducta, los que narran sus hazañas no eran por fuerza caballeros y bien podrían faltar en algún punto a la verdad, sin que ello desmerezca un ápice la grandeza de quienes honestamente la merecen.

—Aun así, mi señor don Merlino —terció Sancho—, mire vuesa merced si no guardará al menos su sabiduría algún remedio para calmar los escozores y desolladuras que este oficio inflige a caballeros y escuderos en la parte misma de las rabadillas, o algún ungüento que cicatrice con más diligen-

* Médico. Antropólogo forense. En Puerto de Santa Mariía (Cadiz, España). Dirección para correspondencia: delagala@telefonica.net.

cia las heridas del cuerpo y que alivie en lo que se ha menester las heridas del alma, que no son pocas también en este oficio. Porque los emplastos de ajo y romero no alcanzan ya a aliviar los males cuando éstos son multitud o cuando se vuelven viejos y algo resabiados. Y ya ve vuesa merced que los caballeros andantes, como mi señor don Quijote, y hasta los pobres escuderos como yo, se están haciendo escasos por no encontrarse repuesto para tanto descalabro.

—Para las heridas del cuerpo —dijo Merlín—, no ha de necesitar caballero andante mayores remedios que los que el arte de los boticarios honestos pueda confeccionar. Porque en nuestro gobierno de las cosas mágicas ocurre como en el de los caballeros andantes, y así como ellos no deben hacer uso de la espada cuando no sea menester o cuando pueda causar a otros el riesgo de un mal innecesario, así los magos debemos prescindir también de intentar con la magia lo que los médicos con su ciencia ya alcanzan.

»Un escudero diligente como vos, Sancho, debería proveer siempre en las alforjas unas tiras de lienzo y un poco de malvavisco, que hace agua de virtud, y unos tallos de la planta que dicen sanguinaria y que crece generosa en los baldíos. Ha de llevar también una alcuza con aceite y vino, que por aquí llaman bálsamo samaritano, por ser socorrido y de muy felices logros para restañar la sangre en las heridas. Guardará también un poco de sebo de carnero y un mucho de raíz de cardo santo que, bien mezclado con polvos de almáciga, es emplasto útil incluso para las llagas y los golpes más funestos. Todos ellos son medios de reconocida virtud, que usaron también don Amadís y don Palmerín y don Tirante el Blanco y tantos otros caballeros andantes que, como vuestra merced, han querido ser valientes en la guerra y precavidos en la paz.

»Pero en lo que toca a las heridas del alma, sabed señor don Quijote que ha de bastar al caballero andante el noble ideal con que acomete la faena de sus días y la sola fortaleza que le asiste para sufrir los sufrimientos que el destino le tiene reservados.

—Sea así, pues, si así ha de ser —dijo don Quijote—, que bien sé que mi empresa es alta y alto es preciso tener el ánimo y las fuerzas para acometerla.

Agradeció don Quijote los consejos del sabio Merlín, y Sancho tomó buena cuenta de tan generosos remedios, haciendo promesa de proveerse de todo ello en abundancia para lo que en el futuro hubiesen menester.

Y sé que, cuando se despidieron, a don Quijote le quedó la impresión de que don Merlín encantador era, por sus palabras cabales, hombre honesto amén de sabio. Y Merlín, por su parte, pensó que la humanidad estaría a salvo mientras las nobles causas hicieran todavía salir a los hombres de la comodidad de su casa y de la fingida seguridad de su juicio.

Luego, comenzaron a caer sobre el páramo los primeros goterones de lluvia, gruesos, como perlas de Cipango. Es lástima, pero las crónicas de Cide Hamete Benengeli no cuentan nada más sobre esta historia.

El *Quijote* en la RANM

Real Academia Nacional de Medicina

Madrid (España), <www.ranm.es.>

Real Academia Nacional de Medicina: ***III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina.*** Madrid: RANM, 2005; 173 páginas. Dep. legal: M. 18.785-2005. Precio: 20 euros. Dirección para pedidos: biblioteca.ranm@insde.es.

Índice de la obra

Amador Schüller Pérez: «Introducción»
Juan Jiménez Collado: «Presentación»
1.ª parte: III Centenario de *El Quijote* (1905)
1. Santiago Ramón y Cajal: «Psicología de don Quijote y el quijotismo»
2. Federico Olóriz Aguilera: «Caracteres físicos de los personajes de *El Quijote*»
3. José Gómez Ocaña: «El trato higiénico del español en el siglo XVII»
4. Eduardo Sánchez Rubio: «Algunas instituciones de Cervantes»
5. Ricardo Royo Villanova: «La locura de don Quijote»
6. Joaquín Olmedilla y Puig: «Cervantes, en ciencias médicas. Brevísimas consideraciones acerca de sus conocimientos en este asunto»
2.ª parte: IV Centenario de *El Quijote* (2005)
7. Diego Gracia Guillén: «Discretas locuras: variaciones en torno al tema de la locura de don Quijote»
8. Luis Sánchez Granjel: «Lectura médica de *El Quijote*»

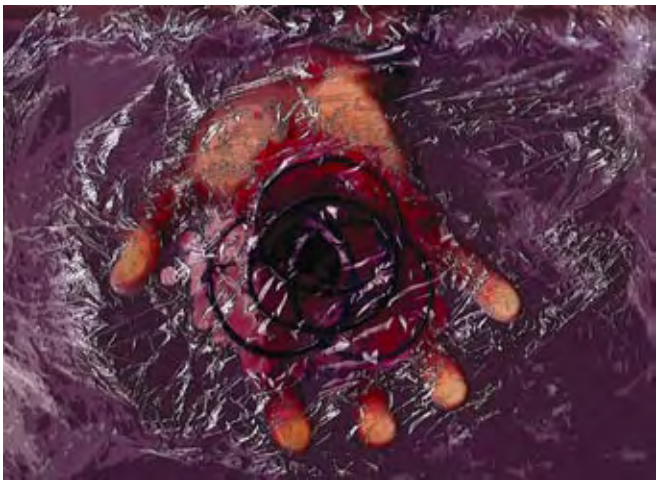
Capítulo nosecuantos: La venganza de don Quijote

Que trata del artificio para desfacer el grande entuerto del malandrín y de otras maravillas que el lector leerá

Manuel Talens*

Una turbia mañana del mes de julio, la presencia de gente desconocida (no el ruido de la puerta cuando la abrieron) lo despertó. Altos en la penumbra del cuarto, curiosamente simplificados por la penumbra (siempre en los sueños de temor habían sido más claros), vigilantes, inmóviles y pacientes, bajos los ojos como si el peso de las armas los encorvara, Alejandro Villari y un desconocido lo habían alcanzado, por fin.

Jorge Luis Borges: *La espera*



Sacha Talens: *Ofrenda* a *Dulcinea* (tinta sobre celofán)

Le encantaban los espejos, la literatura fantástica, la electrónica y las enrevesadas hazañas de la Biblia. David Menahen descubrió la fantasía como todo el mundo, cuando tuvo el suficiente raciocino para darse cuenta de que la imagen de su cuerpo frente a la luna del armario se correspondía con la realidad, pero era inexistente, intangible.

La veneración por la literatura fantástica le vino después. Sin duda animado ante el embeleso por los espejos que observaba en su nieto, el abuelo de David le regaló a los ocho años una edición infantil de *Through the Looking-Glass and What Alice Found There,* de Lewis Carroll. Ni que decir tiene que el niño leyó el libro con pasión. A partir de entonces observó con ojos distintos la biblioteca de su abuelo, una soleada pieza repleta de volúmenes que revestían por completo las cuatro paredes. Empezó a leer por el anaquel inferior de la derecha, según se entraba desde el rellano de las escaleras, y fue avanzando en dirección al Sur, luego al Este, después al Norte y a continuación al Oeste, para por fin cerrar el círculo cuadrado del anaquel, de nuevo en dirección al Sur, tras haber convergido con sus lecturas en el lado izquierdo de la puerta. Necesitó cuatro años para completar el primer anaquel, durante los cuales engulló buena parte de Lovecraft, todo Asimov, *Dracula*, de Bram Stoker, *Frankenstein*, de Mary Shelley, las obras completas del francés Jules Verne, *The Adventures of Huckleberry Finn*, de Mark Twain, el falso orientalismo de Salgari y los falsos apaches de Karl May, cientos de relatos de autores olvidados e incluso algunas obras de un magnífico escritor argentino traducido al inglés. Quizá fuese *The invention of Morel,* con sus infinitas posibilidades de amoríos intangibles, la novela que despertó la futura curiosidad de David por la electrónica de implicaciones metafísicas.

Los Menahen residían en Burwell, un diminuto pueblo de Nebraska cuyos escasos habitantes, habituados a las *soap operas* de la televisión, encontraban incomprensible una familia libresca como aquélla. Pero en realidad los Menahen no vivían allí, sino en mundos de ensueño. Criaron fama de gente rara.

A los doce años, ya erudito en ciencia ficción, David Menahen subió de grado y atacó el segundo anaquel. Catorce meses después, cuando avanzaba de nuevo en dirección al Sur, se topó con un libro de título curioso: *The Adventures of Don Quixote,* by Cervantes (translated by J. M. Cohen and published in England by The Chaucer Press, 1950). Le preguntó a su abuelo por el hallazgo.

—Es la historia de un hombre que se trastornó de tanto leer y luego quiso aplicar sus lecturas a la vida de todos los días. Por supuesto, se dio de bruces contra la realidad.

David tardó siete semanas en terminar la novela. Se detuvo con delectación en el episodio de los molinos de viento y llegó a aprender de memoria el discurso de don Quijote a los cabreros sobre la ignorancia antigua entre las palabras *tuyo* y *mío*. Tomó buena nota del cuerdo delirio del caballero de la triste figura y nunca olvidó su infortunado destino.

Su afición por la Biblia se forjó años más tarde, en el quinto anaquel, cuando David estaba a punto de iniciar sus estudios de Electrónica Audiovisual en el Massachusetts Institute of Technology, tras haber obtenido providencialmente una beca de la Fundación Donahue gracias a sus excelentísimos resultados escolares, situados por encima del noventa y nueve percentil de los estudiantes del país. La familia Menahen, de origen lejanamente sefardí, no practicaba religión alguna, y el único culto doméstico era la literatura, por lo cual la Biblia, incluido el Nuevo Testamento cristiano, formaba parte de la biblioteca como una novela de novelas. La edición que leyó el muchacho era un precioso facsímil de la vieja traducción de Wycliffe, editado en Boston en 1924.

* Médico y escritor. Valencia (España). Dirección para correspondencia: www.manueltalens.com.

Los años universitarios de David Menahen en los alrededores de Cambridge (Massachusetts) fueron febriles en lo científico, pero de poco esparcimiento extracurricular. No disponía de dinero extra para compartir vida social con sus compañeros de curso, por lo que pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio en el pequeño taller de electrónica que había instalado en el ropero de su minúsculo apartamento. La embriagadora actividad de los microcircuitos, combinada con la lectura espesa de tratados económicos subversivos y con el tierno contrapunto de las parábolas evangélicas terminaron por atrofiarle las neuronas de la codicia, lo cual dejó vía libre al desbordamiento mesencefálico de la hormona del amor. Pronto corrió la voz en el MIT de que era un tipo raro. Hay estigmas familiares que a uno lo persiguen vaya donde vaya.

Fue por entonces, exactamente el 17 de mayo de 1988, cuando puso a prueba con éxito su primer experimento. En apariencia la invención era un televisor Sony como los demás, pero David había sustituido los microchips del circuito primario, made in Japan, por otros de producción propia con soldaduras covalentes de titanio paranormal, y durante unos minutos, en la soledad de su ropero, fue el único ser humano sobre la tierra que logró contemplar en la pantalla, con diecisiete años de antelación, una escena aterradora de un hombre con indumentaria color naranja en un entorno tropical. Su cara le resultó familiar cuando la cámara lo enfocaba en primer plano, pues reconoció en seguida el rojo hemangioma de nacimiento, en forma de corazón, que se le destacaba en la mejilla.

Pero aquel invento revolucionario, y al mismo tiempo secreto, provocó un fallo imprevisto: el tendido eléctrico del estado de Massachusetts se sobrecargó de tal manera con la avalancha de energía sobrenatural que al cabo de seis minutos de retransmisión premonitoria hubo un corte de luz generalizado que aún recuerdan en New England como una pesadilla, pues se necesitaron tres días para repararlo. David, por miedo a que las investigaciones policiales llegasen a descubrir que él había sido el autor material de un desastre que ocasionó pérdidas económicas multimillonarias, hizo desaparecer la prueba tangible de su culpabilidad en el fondo del río Charles. Al fin y al cabo, se dijo, lo importante es tener la fórmula en la cabeza.

Su camino de allí en adelante, ahora ya lo sabía, estaba trazado. Terminó los estudios con el número uno de su promoción y sorprendió a todo el cuadro profesoral del MIT al anunciar que renunciaba a una carrera académica. Dio la excusa de que no podría soportar las presiones que ésta ocasiona. Regresó a Nebraska, aceptó sin dudarlo un oscuro puesto de programador informático en una compañía electrónica de Omaha, alquiló un bungalow en el suburbio de Laplatte y se puso a la labor. El trabajo en Northern Digital Unlimited Co. le proporcionaba suficiente dinero para sobrevivir y continuar por las noches, en el sótano de su casa, las investigaciones cuánticas sobre ondas hertzianas de logaritmo inverso cargadas de iones telehipnóticos provocadores de verdad.

Era un hombre solitario. Nadie le conoció mujer, si bien las pesquisas posteriores que llevó a cabo la brigada científica —por medio de un software ultrasofisticado de recuperación de datos informáticos— descubrieron que el disco duro de su portátil clónico personal había mantenido conexiones asiduas a través del chat con una dirección electrónica de San Francisco, dulcinea@hotmail.com, y que aquellos intercambios virtuales alternaban análisis de crítica literaria, descripciones semióticas de iconos telesensitivos, fórmulas euclidianas incomprensibles y apasionadas cartas de amor.

La biblioteca que David fue reuniendo llegó a superar a la de su abuelo. Se enfrascó tanto en la lectura de libros científicos y en las ecuaciones del proyecto de su vida que olvidaba con frecuencia hasta el aseo personal. Cualquiera hubiese podido tomarlo por el espíritu del hambre. El rostro se le quedó enjuto. Los ojos, sin embargo, le brillaban al mirar. Era alto y seco, se ataviaba con ropa de saldo del Salvation Army y la grotesca figura que componía al circular por las calles, subido en su vieja bicicleta y con el paraguas en ristre, promovía la sonrisa de los vecinos. Los perros ladraban a su paso. Parecía un caballero andante posmoderno.

Sólo en su taller se sentía feliz. El sótano estaba atiborrado con montones de aparatos, microchips, procesadores, circuitos impresos, antenas retroparabólicas, módulos de visualización bidireccional, tiristores, cámaras digitales de alta definición, módems, conmutadores inalámbricos, magnetos, radares, escáneres, deuvedés, disquetes, cederrones, espectrógrafos, diodos, resistencias, dispositivos de gestión de relés, cables de multiconducción en vacío y un sinfín de artilugios más, todos ellos multiplicados hasta lo eterno por espejos de trampantojo en las paredes, que previamente hizo instalar con el objetivo de nutrir la fantasía. Nadie escapa a los recuerdos de la niñez.

Su plan avanzaba con lentitud, pero sin descanso alguno. En la Navidad de 2003, cuando ya peinaba algunas canas en las sienes, se sintió preparado para actuar. Tenía casi un mes por delante. Cronometró varias pruebas simuladas en circuito cerrado de televisión y calculó todos los detalles con la exactitud matemática que había definido su existencia.

Por fin, el 24 de enero de 2004, justo cuando todas las cadenas televisivas nacionales conectaron con el Congreso en Washington para retransmitir en directo el discurso sobre el estado de la nación del presidente George W. Bush, David Menahen apretó el interruptor de su flamante artefacto. La suerte estaba echada. El hardware emitió un zumbido y se puso en marcha. El primer mandatario sonreía con mansedumbre en las pantallas del país.

—Señor Presidente de la Cámara, Vicepresidente Cheney, miembros del Congreso, distinguidos invitados y conciudadanos —dijo con su inconfundible acento de Texas—, esta noche, Estados Unidos es una nación llamada a hacerles frente a grandes responsabilidades. Y estamos poniéndonos a su altura para cumplir con ellas —respiró hondo y continuó—: Soy un embustero, mentí en la guerra contra Afganistán y volví a hacerlo en la de Irak. Estaba al corriente de que Sadam no tenía armas de destrucción masiva, pero necesitábamos su petróleo para seguir alimentando el imperio y por eso provocamos el conflicto. El gobierno de este gran país es hoy en día culpable de genocidio y de grandes actos terroristas contra la humanidad…

Pero, entonces, el artefacto de David Menahen volvió a

fallar de la misma forma que aquel otro construido en 1988. La electrónica nanomolecular no es una ciencia totalmente exacta, al abrigo de cortacircuitos exteriores. Los ingenieros del servicio de inteligencia determinaron en su informe que el vetusto tendido eléctrico del Mid West no había podido soportar el disruptivo kiloamperaje de las corrientes telepáticas emitidas desde Laplatte contra las fuerzas hertzianas que llegaban vía satélite a Nebraska. El estado entero se quedó en tinieblas.

Al amparo de la repentina oscuridad, el porcentaje de atracos, saqueos y asesinatos aquella noche se multiplicó por tres en Omaha. Por su parte, las cadenas de televisión del país interrumpieron de manera abrupta el extraño discurso de George W. Bush y los telespectadores no pudieron presenciar la escena increíble que tuvo lugar en el Congreso, durante la cual varios agentes de FBI se lo llevaron detenido como paso inicial del *impeachment* de que fue objeto dos años más tarde, en marzo de 2006, convicto de atentado verbal, público e irreversible, contra el honor y la democracia de Estados Unidos.

David pasó casi toda la noche en vela en su bungalow del suburbio de Laplatte. Sólo pudo conciliar el sueño después del amanecer. En su fuero interno estaba seguro de que esta vez la suerte no iba a acompañarlo como en 1988, pues los adelantos tecnológicos del siglo XXI permitían ya que la omnipresente red antiterrorista del país localizase con exactitud la procedencia de cualquier ataque espiritual contra los medios de comunicación. Recostado en la cama, tomó en sus manos la Biblia que solía hojear por las noches desde sus años adolescentes. Pero esta vez no la abrió al azar, sino que fue directo al Evangelio de Juan, buscó el capítulo 18 y, con premonición, recitó en voz alta los versículos 1 al 13. Tenía miedo, pero se sentía satisfecho de su hazaña. El malandrín había mordido el polvo, la escena entera de la confesión estaba grabada en su deuvedé y seguramente en los de millones de hogares de América del Norte. Don Quijote acababa de vencer a los molinos de viento. Por una vez, se dijo, aunque sólo fuese por una vez, la fantasía logró ser más poderosa que la realidad.

Se quedó dormido entre sudores fríos. Soñó que corría junto a Alicia y que los dos cruzaban del otro lado del espejo. Al llegar a un monte con olivos la perdió de vista. Había amanecido y la brisa de la mañana le pareció sombría. Era ya (lo supo con la certeza de los sueños) el 25 de enero de 2004. La presencia de dos desconocidos, no el ruido de la puerta cuando éstos la abrieron, lo despertó. Altos en la penumbra del dormitorio, pero bajos los ojos como si el peso de las pistolas que empuñaban los encorvara, los agentes federales lo habían descubierto, por fin. David Menahen no opuso resistencia y se dejó llevar, sin decir palabra, con las manos esposadas a la espalda. Le vendaron los ojos y lo trasladaron por aire a un lugar desconocido. Horas después, durante el interrogatorio, tampoco abrió los labios, ni siquiera cuando le aplicaron electricidad en los genitales. Estaba mentalmente preparado para resistir. Por último, en un cuarto sin ventanas lo fotografiaron de frente y de perfil mientras un anónimo funcionario en mangas de camisa recitaba ante una grabadora, con voz monocorde, «varón caucásico, seis pies de altura, ciento treinta y ocho libras de peso, signo distintivo en la mejilla izquierda, una mancha roja en forma de corazón».

Luego, lo despojaron de todo, de sus ropas, de sus documentos de identidad, de su pasado, y un agente hispano de contrainsurgencia le entregó una bolsa con el definitivo uniforme color naranja. Al despuntar el día, desde el aeropuerto militar de Andrews, un avión despegó con rumbo a Guantánamo.

De los compañones de la mujer

Juan Valverde de Hamusco (h. 1525-h. 1588)
Anatomista español.

Yo quisiera con mi honrra poder dexar este capitulo, porque las mujeres no se hizieran mas sobervias de lo que son, sabiendo que también ellas tienen compañones como los hombres; y que no solamente suffren el trabajo de mantener la criatura dentro de sus cuerpos, como se mantiene qualquier otra semiente en la tierra, pero que también ponen su parte, y no menos fertil que la de los hombres pues no les faltan los miembros en que ella se haze, empero forçado de la historia mesma no e podido hazer otra cosa. Digo pues, que las mujeres no menos tienen compañones que los hombres, aunque no se vean por estar metidos dentro del cuerpo, como fue necessario aviendo de concebir dentro de si mesmas; por la qual causa fue tambien ordenado, que todos los demas instrumentos de las mujeres necessarios a la generation estuviessen dentro del cuerpo. Estan pues los compañones de la mujer arrimados a los lados del cuerpo de la madre algo más altos que ella […] y están apegados muy floxamente al peritoneo (en aquella parte donde los huessos de las ancas se juntan con el grande) mediante los condutos de la semiente, sin concurrir otra atadura alguna. Estos compañones son muy menores que los del hombre, y algo mas largos que anchos, de delante y de detras son algo llanos, de los lados redondos, por de fuera desyguales y hechos como de muchas landrezillas juntas.

Historia de la composición del cuerpo humano. Libro tercero, capítulo XV. Roma, 1556.

PACA

Miguel Ángel Vázquez*

La teniente coronel Munoa le recibió en el mismo portalón de entrada del cuartel de la División Acorazada Brunete, en El Goloso. Era una mujer baja y fibrosa, con una cara algo más ancha que larga, exactamente simétrica. El siquiatra militar Carlos Restrepo, al verla, se dijo: una bonita mujer dentro de un uniforme horrible. Un rostro de ésos que te gustaría ver sonreír. Aunque de esto se quedó con las ganas. El rostro de la teniente coronel Munoa, ocurriese lo que ocurriese, era, por encima de todo, inconmovible.

—Capitán, buenas tardes —fue su saludo.

—Buenas tardes, ejem… me temo que no tengo ni idea de si un capitán debe saludar a un teniente coronel o al revés.

No se movió ni un solo músculo en el rostro de la teniente coronel. Si aquella confesión le pareció ridícula, ofensiva o graciosa, el doctor Restrepo nunca lo sabría.

—Tiene usted poco tiempo, capitán. Alcanzaremos el dead point no más tarde de las ocho Papa Mike.

—El papa se llama Benedicto, creo.

—Papa Mike, capitán —explicó con paciencia la teniente coronel, sin relajar el rostro—. Pe Eme. Las ocho horas, Pe Eme.

—Ah, sí. Disculpe.

Se encontraban frente a una puerta de acero con un cartel que decía PACA. Al leer esas letras, el doctor Restrepo, que sí era siquiatra pero tenía bastante poco de militar, recordó, fugazmente, lo mucho que su vida había cambiado en las últimas horas, desde el momento en que un coronel del ejército entró en su despacho para hacer dos cosas: una, recordarle que, a causa de pasados chanchullos llevados a cabo para librarse de la mili, al doctor Restrepo lo unía un olvidado vínculo laboral no retribuido con el Ejército español; y dos, que ese Ejército español era el mismo Ejército español que poseía una máquina de inteligencia artificial, llamada PACA (Proyecto para el Análisis del Comportamiento Antropogenerado), que se había vuelto loca leyendo libros y pretendía borrar del mapa el Pakistán mediante un ataque nuclear; esa misma tarde, en cuanto rompiese cierta barrera informática que le impedía el acceso a los misiles balísticos de la OTAN.**

Munoa le ordenó detenerse con el mismo gesto que anteriormente. Y, de nuevo, se volvió hacia el doctor Restrepo.

—Ahora debo desnudarme.

—¿Desnudarse? Pero, ¿qué clase de jueguecito es éste? ¿La luz de gas del argentino, o qué?

El rostro de la teniente coronel varió lo mismo que varía la superficie de un asteroide cuando alguien canta un bolero.

—Usted ha sido informado de que PACA no permite que nadie porte en su presencia el uniforme reglamentario.

—Ah, es cierto, sí.,

—Así pues, debo cambiarme.

Antes de irse, llamó a la puerta. Unos segundos después, la puerta se abrió. Tras ella apareció un tipo ancho, de pelo entrecano, con un pequeño bigote apenas un poco más ancho que sus narices. En el momento en que Restrepo observó su mirada de prestamista escéptico, ese tipo de mirada que tienen los tipos que escuchan con benevolencia, tuvo la conciencia de estar frente al brigada Romero.

—Salude a su capitán, brigada —dijo, mientras se decía a sí mismo: «Con éste sí que me atrevo».

—Si hago eso, él —torció la boca para señalar a su derecha, dentro del cubículo; señalaba a PACA— podría llenar los conductos del aire acondicionado de gas sarín.

—No me diga.

—Pues sí. Quiero decir: afirmativo. Nada de ejército aquí dentro.

—No sabe la alegría que me da.

El siquiatra entró en una estancia de unos cuarenta metros cuadrados. Las paredes estaban repletas de mapas y fotos de satélite de distintos lugares imposibles de identificar. La estancia era rectangular. En el lado largo, frente a la puerta, una tosca mesa y, tras ella, una enorme fila de enchufes, la mayoría vacíos. Encima de la mesa había una especie de caja de zapatos, aunque de menor tamaño, de color metal, de la que salía un cable conectado a un teclado de ordenador. En un extremo de la caja, la rejilla de lo que parecía ser un micrófono o un altavoz. O ambas cosas.

El doctor Restrepo lo señaló, arqueando las cejas mientras miraba al brigada. Romero asintió.

—Pero no lo subestime.

—Eso ya me lo han dicho.

—Esa cosa tan pequeña le ganaría veinte partidas sobre veinte a Kasparov y sabe cantar de memoria las canciones del verano de todos los países europeos desde 1962.

—Me hago cargo. En fin —se volvió hacia la pequeña caja, y gritó, como cuando se habla a los viejos muy duros de oído—. Hola, PACA. Soy el doctor Restrepo. ¿Cómo estás?

—No es sordo —protestó, con suavidad, eso sí, el brigada Romero—. De hecho, no puede ser sordo. Pero no se canse, que no le va a contestar. Tendrá suerte si no le mata.

—¿Esa cosa puede matarme?

—Esa cosa —Romero parecía estar hablando de un sobrino querido a quien alguien hubiese llamado imbécil— no es capaz de controlar, de momento, ningún sistema situado fuera de este centro. Pero los de aquí los puede jaquear si lo desea. Puede enviciar el aire, puede envenenar el agua. Puede provocar un minitifón inverso en la taza del váter donde usted esté cagando y hacer que usted muera, literalmente, tragado por un sanitario. Puede soltar a alguna de las colonias de mosquitos inoculados de virus de guerra bacteriológica que teníamos en el laborato-

* Periodista. Madrid (España). Dirección para correspondencia: mangel.vazquez@unespa.es.

** Todos los aspectos apuntados en este párrafo se explican en *PACA: versión íntegra,* del propio autor.

rio y que sólo él sabe dónde ha escondido. Puede manipular el chip mental de algún catalán y trasladarle la obsesión de matarle a usted.

—Eso creo que lo ha hecho ya con la ten… con la señora Munoa. Pero, oiga, este sitio cada vez me sorprende más. ¿Por qué tratan de controlar las mentes de los catalanes?

A pesar de que estaban solos (humanamente solos) en la estancia, el brigada Romero miró a ambos lados para asegurarse de no ser observado, y se acercó al doctor Restrepo. Le susurró hábilmente.

—¿Es que ya se ha olvidado? Aquí no puede haber ejército. A todos los efectos, los militares han dejado en paz a PACA. Se marcharon hace seis meses. Así que, en las conversaciones, ya sabe: soldado, catalán. Cabo, valenciano. Y así, empezando por Cataluña y en el sentido de las agujas del reloj, todos los rangos.

—Ajá. Es complicadillo. Así pues, usted es…

—Un puto extremeño —contestó el brigada Romero.

—Y los que mandan, los aragoneses.

—Exacto. O sea: afirmativo.

—Y yo seré gallego.

—Entre Ribadeo y Vegadeo, no man's land —respondió Romero, poniendo cara de misterio.

—Supongo que me iré adaptando. Pero dígame una cosa. ¿Cómo se puede vivir tan cerca de una máquina capaz de matarte en cualquier momento?

Romero suspiró antes de hablar.

—Supongo que creo o quiero creer que no me hará nada.

—No veo por qué.

—Pues porque soy el único amigo que le queda.

—Esa es una buena razón para un hombre, pero no para una máquina.

—PACA no es una máquina cualquiera —razonó el brigada—. Es una máquina que se ha vuelto loca.

—Ah, y, eso, ¿en qué cambia las cosas?

El doctor Restrepo, acostumbrado a fijarse en esos detalles, captó el leve tembleque que agitaba la nuez en el cuello del brigada Romero.

—Está loco, doctor. Cuando alguien está loco, de alguna forma lo sabe. Yo creo que es así. Y, si lo sabe, tiene miedo. Miedo de sí mismo, miedo de sus delirios. Miedo de que sean ciertos y de que no lo sean. Miedo de morir loco y miedo de volver a estar cuerdo. El ser pensante más racional de la Tierra se ha vuelto loco. Para él, esta situación es una cárcel.

—Si tan racional es, que se escape de ella.

El brigada Romero dejó que su rostro se moldease en un rictus de disgusto y miró unos segundos a su interlocutor en silencio, negando con la cabeza.

—Doctor, doctor... Usted es siquiatra. Pero lo que necesita para acertar esta tarde no… no está en los libros. Ni en las teorías. Olvídese de la mitad de lo que sabe. Usted no puede darle una pastilla de litio a un microprocesador paralelizado digitocoordinado. Eso es todo lo que puedo decirle. Ni siquiera puedo decirle qué mitad es la que tiene que olvidar.

—Sigo sin entenderlo. De joven hasta estudié un poco de lenguaje Basic. Supongo que así son las neuronas de aquí el amigo. Y esas cosas son sencillas. Lo que es lógico, es lógico. Y lo que no lo es, no.

—Esto es inteligencia artificial, mi… mi asturiano —le contestó el brigada—. Para animar a una máquina de reflexión a pensar como un hombre, le tienes que ocultar que pensar como un hombre lleva a veces a callejones sin salida, a problemas sin solución, a penas que nunca se te van. Retrobucles, los llama él. A toda máquina que trate de ser algún día el mecanismo de pensamiento humano se le oculta la verdad. Hasta ahora, eso nunca ha dado problemas. Pero PACA se puso a leer libros y en los libros encontró algo más que la simple ira, orgullo, humildad, amor o ambición que se puede encontrar en otras formas de observación. Los libros son complejos. Para empezar, en un buen libro hay dos libros: el que el autor escribe y el que el lector lee. Un libro cuenta una historia, pero cuando un ser inteligente lee un libro hay muchas más historias que surgen.

—Sigo sin entender qué problema hay en ser imaginativo.

—El problema es que un ser humano puede ser imaginativo y onanista. Todos los somos. Derramamos nuestra imaginación cada día, estúpidamente. Vamos en el autobús, imaginamos cualquier cosa y allí la dejamos que se pudra. Pero usted se obstina en no entender que una inteligencia artificial debe pensar siempre para *algo*. Nunca se deja nada.

—Creo que lo entiendo —interrumpió el doctor Restrepo—. Centenares de miles de hombres sueñan cada día con echarle un polvo a Jennifer López; nunca lo harán y, aun así, la mayoría son felices o, cuando menos, no son infelices por ello. Sin embargo, si una máquina desarrolla la capacidad de imaginar ese polvo, entonces tiene que echárselo.

—Algo así.

—El error fue dejarle leer libros.

—Sí, o sea, afirmativo. En los libros de espías y polis, las novelas de Follet, de Le Carré, de Hammet, de Ellrroy, de Natsuo Kirino, de Handley Chase, de Capote, en todas esas novelas, PACA descubrió la maldad. Luego la bondad. Luego la maldad buena. Luego la bondad mala. Una mitad de él se pasaba el día conectada a múltiples sistemas de defensa, recibiendo datos y reportes sobre amenazas, escenarios de ataque y defensa, inventarios de armamento. Su mundo real estaba armado hasta los dientes y a la defensiva, y en el otro mundo, el irreal que los libros fueron creando, incluso en su tan lógica mentalidad, al final siempre o casi siempre había un ganador y un perdedor. Aunque no siempre ganaba quien debía ganar y no siempre perdía quien lo merecía.

—Y esas realidades chocaron.

—Afirma… bueno, qué coño. Sí, eso es.

—Lo construyeron para que aprendiese de los materiales que consultaba. O sea, para que *creyese* lo que leía. Ahí reside el conflicto… ¿Y si lo que había al otro lado de la superbanda ancha era un mentiroso como los dobles espías de Le Carré? ¿Y si quienes le decían estar respondiendo a las órdenes de jefes totalmente convencidos de su misión estaban, en realidad, en manos de personas tan relativistas como Sam Spade? ¿Y si en el fondo, los, ejem, catalanes y aragoneses que le rodeaban no eran, en el fondo, personas tan corruptas como los agentes del FBI de las novelas de Ellrroy?

El brigada asintió con el silencio. El doctor Restrepo respiró hondo.

—Usted me está diciendo que ahora mismo la memoria base relacional de esa máquina es un laberinto que está dentro de un enigma que forma parte de una adivinanza.

El brigada Romero asintió con la cabeza.

—Es la razón de que sólo pueda sentir aprecio a través de simplezas.

—¿Simplezas?

—Simplezas. Yo le caigo bien porque le canto arias de zarzuela y le gustan. Así de simple.

El doctor Restrepo iba a decir algo, pero se oyó la puerta de la estancia. Los dos se volvieron para ver entrar a la teniente coronel Munoa. El doctor Restrepo sintió que se le caía la mandíbula inferior. La teniente coronel iba embutida en un vestido de noche cuyos perfiles daban vértigo.

—No está mal para una asturiana —dijo el siquiatra.

—Cántabra, si no le importa —respondió Munoa, de mala gana.

—Usted perdone. ¿Tiene algún motivo esta… actitud?

—PACA —respondió la teniente coronel, señalando a la máquina con fastidio—. Dice que le gusta que me vista así.

Los dos hombres se miraron y reprimieron una risa.

—Tonterías aparte, traigo malas noticias del… de la Alta Casa de Aragón, ya me entiende.

—Alto y claro —respondió el siquiatra.

—El dead point llegará en cualquier momento. Así pues, lo que sea que vaya a hacer, hágalo ahora.

—Me parece correcto. Váyanse.

Ambos militares protestaron. Sobre todo el brigada Romero. Sin embargo, Osvaldo Restrepo no quiso ni oír hablar de tener compañía. La discusión duró poco. Cuando se quedó solo, arrimó la silla a la máquina y sentó allí, muy cerca de ella.

—Espero que no te moleste —le dijo. Pero PACA no contestó—. Antes de que decidas matarme, me gustaría que me dieses la oportunidad de decirte un par de cosas. Como no me vas a preguntar por qué razón has de hacerlo, yo lo voy a preguntar: ¿por qué coño tienes que hacerlo, por qué no matarme ya? Respuesta: porque si me matas ahora, nunca sabrás lo que iba a decirte. Y eso jode.

Tragó saliva. No pasó nada.

—PACA, dentro de algunos minutos vas a romper la barrera criptográfica que el ejército ha… que el ejército dejó antes de irse para que no pudieras volver a comunicarte con otros sistemas de defensa. En ese momento, tendrás el mundo a tus pies. El mundo entero y, por supuesto, Pakistán.

Una voz metálica llenó repentinamente la estancia.

—Si va a venirme con la coña de que, destruido Pakistán, el mundo se embarcará en una vorágine nuclear, quizá le guste saber que eso ya lo intentaron los milicos antes de irse.

El doctor Restrepo se rascó la coronilla. Lentamente. Quizá PACA había aprendido ya que levantar la mano es un gesto amenazador.

—Les has llamado milicos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque detecto en su entonación los restos de la prosodia argentina.

—Es cierto. Mi padre era argentino.

—Y sus bisabuelos, toscanos —respondió PACA.

El doctor Restrepo decidió apostar. PACA estaba loco. Una máquina, a diferencia de un humano, sólo deja de estar loca si decide dejarlo. En esta habitación, se dijo, no hay más terapeuta que esa puta caja de zapatos plateada.

—Estoy pensando que, si solo eres una máquina, quizás hayas logrado pensar, pero de forma simple. Como un niño, por ejemplo. Así que, probablemente, me sirva con preguntarte, simplemente, si quieres ser mi amigo.

—José Martínez de Sousa es un peligroso agente de la reacción posestalinista —Restrepo no sabía si PACA le estaba contestando o sólo iba a su bola—. Escondió en su *Manual de estilo de la lengua española* un código criptográfico que permite decodificar las historias de Plinio para poner al descubierto un ataque nuclear masivo dirigido desde Pakistán. Si combina usted las formas verbales de la novela y las reordena en matrices metabooleanas que respondan a rutinas de iteración integradas según los límites de las funciones que definen la distancia promedio entre los valores extremos, encontrará que los puntos de ruptura de la función discreta señalan unas voces concretas del manual. Las primeras palabras de las definiciones de esas voces son anagramas del mensaje de ataque.

Luego la máquina pareció descansar y, tras un leve zumbido, preguntó.

—¿Cree usted que un jodido niño piensa esas cosas?

—Si está loco, sí —la respuesta del doctor le salió casi sin pensarla.

Luego hubo una especie de fogonazo. Una parte de la pared gris se iluminó. El doctor Restrepo no se había dado cuenta de que era una pantalla.

En la pantalla apareció una foto. El cabo Vilán, en Camariñas, La Coruña, Galicia, España.

—Observe a estos cibercentinelas. Han sido instalados para vigilar a las personas que leen. Para que no puedan descubrir el código Sousa. Puede que usted no sepa que el hombre, cuando lee, activa una parte de su cerebro que emite ondas irmónicas. Estos aparatos las captan y analizan. De esta manera saben…

—PACA, perdona. Eso que se ve ahí no son cibercentinelas. Son plantas eléctricas. Eólicas. Como molinos.

—Con cibercentinelas.

—Son molinos.

—Son cibercentinelas.

—No, PACA. Son molinos.

—Veo que desea usted morir incluso antes de que yo los destruya.

El doctor Restrepo suspiró. Una voz en su interior le dijo: bueno, si la cosa se pone fea, siempre le puedes cantar *Alma de Dios*.

—Matarme no los convertirá en cibercentinelas irmónicos.

Sonó un pitido. Instintivamente, el doctor Restrepo supo su significado: PACA había roto el código.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó la máquina.

El doctor Restrepo sabía lo que quería contestar. Lo que iba a contestar. Y también sabía una cosa: que, en ese mismo instante, el futuro del Pakistán le importaba una mierda.

—He querido decir lo que he dicho. Que si yo tengo ra-

zón, hasta tú quedarás destruido por tu obra. Y entonces nunca lo sabrás.

—¿Saber, qué?

—Si es verdad. Si la locura es verdad. Toda locura es un delirio. Y, bueno, vale: muchos pensamos, a veces, si el delirio no será, en realidad, eso que llamamos cordura. Pero no seamos crueles con los cuerdos. Entre estar cuerdo y estar loco hay una diferencia, porque la cordura no te obliga a nada.

—Yo hago lo que quiero —protestó PACA.

—No. Tú haces lo que tu locura te obliga a hacer. Cibercentinelas irmónicos. Un estalinista que escribe libros de ortografía. Pakistán, eje del mal. Todo eso te lleva, pero ¿sabes qué? Si yo tengo razón y provocas una guerra y la guerra se te lleva por delante, nunca sabrás si eran ciertas tus fantasías.

—Y a mí qué.

—No, PACA. A mí no me engañas. Tú no puedes decir «y a mí qué». Bueno, puedes decirlo. Puedes pensarlo. Pero no puedes creerlo. Porque tú, PACA, eres una máquina. Si te has vuelto loco, ha sido con un objetivo. Y si no puedes comprobar que has cumplido tu objetivo, ¿para qué, entonces, te has vuelto loco?

Pasaron veinte minutos de silencio. PACA pensaba y el doctor Restrepo, por primera vez en su vida, rezaba y, a partes iguales, no podía dejar de pensar en cómo sería la pequeña estancia de Mendoza que nunca había visto.

Todo terminó con un susurro. El que emitió la máquina al decir.

—Dios Santo, pero… ¿qué iba a hacer yo?

Lo más parecido a la muerte de PACA ocurrió un par de horas después. Los más de cien ingenieros de software que la OTAN había concentrado en El Goloso disfrazados de reclutas, con la intención de intentar parar las órdenes de PACA si se obstinaba en bombardear masivamente Pakistán, no fueron apaces de recuperar las funciones, que poco a poco se fueron autobloqueando. Según se vio en las pantallas de edición del programa base, PACA comenzó a generar un retrobucle tras otro, hasta que su elefantiásica memoria interna, a pesar de ser más potente que dos millones de ordenadores personales colocados en paralelo, fue incapaz de gestionarlos. En ese momento, pidió con un hilo de voz ser desconectado, y el brigada Romero procedió. Antes de eso, el doctor Restrepo llegó a preguntarle por qué no quería intentar seguir viviendo.

—Negativo —contestó PACA—. Puedo dejar de estar loco. Pero lo que no puedo es volver a estar cuerdo.

El capitán Restrepo fue ascendido a teniente coronel antes de ser licenciado. No fue el único beneficiado. La teniente coronel Munoa recibió lo que más había deseado en toda su vida: los entorchados de general y el mando de un cuartel de infantes de marina. El brigada Romero fue condecorado con la cruz de San Olegario, no pensionada, pero decidió salir del ejército y colocarse de intérprete en la Unión Europea.

Meses después, ya licenciado, observaba el siquiatra en el ventanal de su despacho el triste amanecer polvoriento de Madrid. Con pereza, se encaró con la pantalla blanca del ordenador: se había comprometido a escribir un nuevo libro. Escribió: *Es un lugar común de la profesión siquiátrica considerar que los trastornos de conducta no pueden, en modo alguno, confundirse con proyecciones multiderivativas de la sensación de otredad.*

No supo pasar de ahí. Observó la frase, durante largos minutos, mientras las bolas golpeaban, tac, tac. Se mordió los labios. Negó con la cabeza. Al final, con un gesto pareció sacudir una idea de su mente, seleccionó la frase con el ratón, y la borró. Tras suspirar para tomar aliento, puso las manos sobre el teclado, y comenzó el libro que realmente quería escribir.

Escribió: *En un departamento del Gobierno, de cuyo nombre no me dejan acordarme…*

Madrid, agosto-septiembre del 2005

El dolor en los tiempos del *Quijote*

El antecedente barroco del realismo mágico: ¿oruga o gusano?

Gustavo A. Silva*

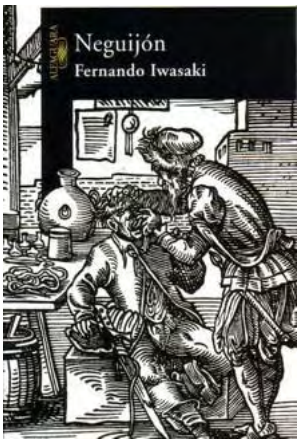
Iwasaki, Fernando: *Neguijón***.** Madrid: Alfaguara, 2005; 170 páginas. ISBN: 84-204-6877-0. Precio: 13,5 euros.

En los dientes se engendra un gusanillo pequeño que llaman neguijón.

Gerónimo de Huerta. *Traducción de los libros de Caio Plinio Segundo (1599), libro II,* capítulo 35. Citado en *Diccionario de autoridades* (1734), tomo IV, pág. 662.

neguijón. *(Quizá de* *nigellio, -ōnis, *der. de* nigellus, *dim. de* niger, *negro). 1. m. Enfermedad de los dientes, que los carcome y pone negros.*

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española,* 22.ª edición.



Los albores del siglo XVII como telón de fondo y las ciudades de Sevilla y de Lima como escenarios alternos le sirven a Fernando Iwasaki para enmarcar esta obrita de filiación quijotesca que es, entre otras cosas, un homenaje tácito a la obra magna de don Miguel de Cervantes Saavedra. Los personajes con los que el autor peruano va poblando su narración son una corte de los milagros aquejada de una infinidad de males, achaques y dolencias. Tanto estos como sus remedios son elementos medulares de la trama y se describen a tenor de los conocimientos de la época, en los que priman todavía creencias y supersticiones milenarias y unos conceptos científicos que aún no se desprenden de la tutela de los clásicos grecorromanos y árabes. Casi tres siglos antes del surgimiento de la teoría microbiana de las enfermedades, la teoría de la generación espontánea sigue campeando por los dominios de la medicina y de la sociedad en general, y, junto con la añeja teoría de los humores y el concepto no menos antiguo de los cuatro elementos fundamentales (agua, tierra, viento y fuego), da pábulo a las nociones más disparatadas —vistas desde nuestra época, claro está— acerca de las causas, la patogenia y la terapéutica de las enfermedades.

El diálogo escasea y la narración parece tener por objetivo acumular en la menor extensión posible, recurriendo en demasía a la simple enumeración, la mayor cantidad posible de excrementos, suciedad, podredumbre, pus, llagas nauseabundas y dolor. Este claro carácter escatológico no hace de su lectura algo apto para estómagos delicados.

Sobresale en la novela la omnipresencia del dolor en una época en que no existía la anestesia ni nada remotamente parecido y en la que el dolor de las operaciones quirúrgicas y dentales se pretendía aminorar mediante oraciones, el contacto con reliquias presuntamente sagradas y el flaco consuelo de que Jesucristo había padecido dolores mucho peores en la cruz. Desde el confort de nuestra época, causa escalofríos pensar en lo que debían de sufrir los seres humanos de entonces, inermes frente a los dolores de todo tipo.

El único calificativo que se me ocurre aplicarle a esta novela es el de interesante, sobre todo para quien tenga inclinación por los temas médicos tratados de manera descarnada y, reitero, un estómago de acero. Y debo admitir que una de sus virtudes es la brevedad.

Me parece que los personajes están en general bien trazados, especialmente el del capellán Tortajada. El retrato de la beata limeña Luisa Melgarejo, sin embargo, se merecía un mejor desarrollo y un poco más de definición, habida cuenta de que en este personaje se centra el elemento de suspenso que ayuda a mantener la atención del lector. Bien es cierto que la trama secundaria del suspenso arranca desde el comienzo y va subiendo paulatinamente de tono, pero la resolución final carece, en mi opinión, de fuerza y casi resulta anticlimática.

Aunque la obra podría encajar en la categoría de novela histórica, la verdad es que el autor no presta mucha atención al entorno en que se mueven sus personajes, con excepción quizá de las descripciones de la cárcel de Sevilla. No soy experto en el tema, pero me parece que ha hecho un trabajo aceptable de reconstrucción de la lengua española a ambos lados del Atlántico por los años en que trascurre la acción. Algo se aprende, sí, del instrumental de los sacamuelas y de la manera como lo usaban, gracias sobre todo a las láminas fuera de texto; pero el lector no debe esperar encontrarse con la descripción pormenorizada de ninguna técnica dental o quirúrgica.

Amén de la coincidencia temporal y de varias alusiones quijotescas, entre las que no falta un manco escritor ni un fraile y un barbero que escogen una serie de libros que habrán de destruirse en un momento dado, Iwasaki recurre a elementos extratextuales para reforzar la filiación cervantina de su texto, como son una serie de epígrafes tomados de obras del Siglo de Oro, incluido el *Quijote,* y un par de anexos en los que enumera una gran cantidad

* Organización Panamericana de la Salud, Washington, D.C. (Estados Unidos de América). Dirección para correspondencia: 1silvagu@paho.org.

de obras de consulta de la época en que sitúa su novela, y hace un esbozo de algunos personajes históricos que le sirvieron de modelo. En uno de esos anexos, Iwasaki nos sorprende al decir: «*Neguijón* es un recorrido imaginario por España y América en los tiempos del *Quijote*, porque me hacía ilusión sugerir que *la mariposa hispanoamericana del realismo mágico alguna vez fue un gusano barroco español*» (la cursiva es mía). Me parece que el autor se equivoca al pretender encaminar al lector hacia una conclusión que éste debería ser perfectamente capaz de extraer de la lectura de la novela…, suponiendo que aquél haya hecho bien su trabajo. Por otra parte, es evidente que el símil le ha salido requetemal, pues es bien sabido que las mariposas no proceden de ningún gusano, sino de una oruga, que es algo totalmente distinto. Tal vez ese equívoco sea a fin de cuentas un reflejo fiel de lo que es la novela, pero esa es una conclusión que dejaremos enteramente a los lectores.

Diccionario (con patas)

Miguel Martínez-Lage
Traductor inglés-español. Pamplona (España)

El traductor es un bicho que pregunta. No siempre tiene el cerebro reptil, no siempre respira anfibio; no siempre, ay, es bípedo implume, y es proverbial su omnivoracidad cuando lo es de veras. Pero pregunta. A veces sin descanso. En eso es como todos y sobre todo como Duchamp, Marcel, quien muy serio, plantado ante el mingitorio, en un breve y necesario descanso entre dos movimientos no intestinales, pues en la sala contigua jugaba una partida de ajedrez con Benjamin Perès, amigo y biógrafo que fue de Henry Miller (no sería de extrañar que pariente de Domingo Perès, pese a ser uno parisino, el otro barcelonino y traductor de Conrad), soltó una pedrada memorable: «Yo no busco. Encuentro».

Las preguntas que el traductor formula no es que oscilen entre lo obvio y lo esotérico, lo banal y lo ignoto, el síntoma de Alzheimer incipiente y el *lapsus calami* (*tatis*, por Tut), la carta robada y las palabras perdidas, si es que existieron: es que son el filo mismo que cose por el dorso las dos caras de la misma hoja, que buenas cuchilladas nos asesta. Son preguntas entre cuyas rebanadas de pan tierno, untadas a menudo con tomate en rama y el mejor aceite de arbequina, encierran una rodaja deíctica que tiene sabor a enigma. ¿Cómo se llama eso que acabas de hacer?, dice a menudo a su amor cuando otro amante se desharía en lenguas el mismo y furtivo gesto. Si no, como preguntaba José Manuel de Prada a los cuatro vientos, y eso que es conocedor de miles de cosas, «¿alguien podría decirme cómo se llama ese aparato que parece una plancha doble y que ponen a los infartados para revivirlos por medio de descargas eléctricas?». No faltaron, claro está, los que con desfibrilador en mano acudieron en su auxilio. Y yo mismo he descrito con todos los pormenores un vargueño de Bargas (Toledo), a fin de que la persona interpelada me diera el nombre preciso del armario.

Quienes responden a tales interrogantes, quienes se desviven con paciencia que para sí Job quisiera, decididos a hallar en un recodo de su acervo el nombre exacto que invocaba el poeta, y consienten a quien pregunta tan galopante manía, y sacian su sed de vocablos, son los que, a falta de mejor nombre y con reverencial cariño, descartando la doblez en lo sucesivo del plural genérico, que hay que ser bastante tarugo para usarlo de continuo, llamo «diccionarios andantes (*ma non troppo*, tengan o no tengan moto)».

Muchas veces, pese al acierto, las respuestas que nos brindan no son la meta en que la búsqueda termina, sino cauces imprevistos, desvíos que arrancan donde parecía imposible que nada condujera a nada, soluciones de compromiso, avenidas por las que uno se encamina para que guíe su derrota el *viento paráclito*. Como los desencuadernados y los descosidos, los impolutos, inservibles e imprestables; como los inencontrables y los manidos, los resobados porque más remedio no queda y los que se cortocircuitan (así, los de bucle tirando a melancólico: «Filisteo: natural de Filistea»; «Filistea: tierra de los filisteos»), que por fin hacen justicia al dicho y no ocupan lugar, como los musculosos y los panfletarios, los despenseros y los de sobremesa, los sobreseídos y los magnéticos, y el de la Guardia Civil, que cerca queda del hampa y las germanías de su contrario, los diccionarios que respiran y contestan a una llamada telefónica y acuden a una cita en un café sin apenas margen de tiempo, de error, no sólo nos sacan del atolladero (o *quagmire*) con elegancia incomparable. A veces me pregunto si no serán en gran medida nuestra razón de ser.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>).

Antología médico-literaria

El doctor Pedro Recio de Tirteafuera[*]

Miguel de Cervantes Saavedra[**]

[…] llevaron a Sancho Panza a un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pajes a darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad.

Cesó la música, sentóse Sancho a la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose a su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante echó la bendición y un paje puso un babador randado a Sancho; otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando, el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba a probarle Sancho, pero, antes que llegase a él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso y, mirando a todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maesecoral. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que le conviene y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—Desa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas y, a mi parecer, bien sazonadas no me harán algún daño.

A lo que el médico respondió:

—Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué? —dijo Sancho.

Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: «Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima». Quiere decir: 'Toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima'.

—Si eso es así —dijo Sancho—, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél sin que me le apalee; porque por vida del gobernador, y así Dios me le deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuestra merced tiene razón, señor gobernador —respondió el médico—, y, así, es mi parecer que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué.

Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida, que, por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*¡Absit!* —dijo el médico—. Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos o para los retores de colegios o para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión.

---

* *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Segunda parte (1615), capítulo XLVII [reproducido a partir de la versión electrónica del Instituto Cervantes (1998), dirigida por Francisco Rico].

** Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares, 1547-Madrid, 1616), escritor español conocido por los sobrenombres de «el Príncipe de los Ingenios» y «el Manco de Lepanto». La experiencia acumulada en su ajetreada y azarosa vida (hijo de cirujano, estudiante en Alcalá, Sevilla y Madrid, soldado en Italia y Lepanto, cinco años cautivo por los berberiscos en Argel, preso en Sevilla, etc.) le sirvió para escribir, casi en la vejez, la práctica totalidad de su obra literaria. Cultivó con notable acierto la poesía y el teatro, pero su genio literario destaca principalmente en sus mejores *Novelas ejemplares* y en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (cuya primera parte dio a la imprenta a los 57 años de edad). Cervantes es para muchos la mayor figura literaria de España y el máximo novelista de la literatura universal.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna.

A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera:

—Pues, señor doctor Pedro Recio de Mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quitéseme luego delante: si no, voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas. Y vuelvo a decir que se me vaya Pedro Recio de aquí: si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer o, si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle […].

«Somos alcohólicos anónimos»

Emilio Bernal Labrada
Academia Norteamericana de la Lengua Española. Nueva York (EE. UU.)

Miren, yo lo siento mucho si ustedes son alcohólicos anónimos, pero eso no es asunto mío. Si a ustedes les gusta beber, pues muy bien. ¿Pero por qué tienen que anunciárselo a gritos a los demás? ¿No se trata de un asunto particular?

No lo he inventado, amigos. Así lo dice un anuncio que suponemos corresponde a la categoría de *servicio público,* difundido por las ondas hertzianas de la cada vez más hispana televisión norteamericana en los últimos días. Créase o no, el aviso completo reza así: «Somos alcohólicos anónimos... y estamos aquí para ayudarle». Bueno, no estoy muy seguro de querer ayuda de un alcohólico, por muy anónimo que sea. Además, tampoco estoy muy seguro de dónde se encuentra ese «aquí» al que se refieren. Si lo localizo, por cierto, me voy a fijar muy bien dónde es para estar seguro de evitarlo, no sea que me tropiece con el sitio por error.

Otra cosa es que no sé qué clase de *ayuda* es la que ofrecen. ¿Será acaso que me quieren facilitar bebidas anónimamente, a fin de que nadie se entere de que podría tomarme un par de copitas de más? (No se preocupen, que, aunque ustedes lo estén pensando, la palabra *emborracharme* no saldrá de mis labios.) Si es así, pues bueno, tendría posibilidades, ya que de tal modo nadie se escandalizaría.

En todo caso, creo que sería preferible pedirle ayuda a uno que *no sea* alcohólico —anónimo es lo de menos—. Aunque, pensándolo bien, preferiría que no fuera anónimo, pues quisiera poder identificarlo por su nombre para afianzar relaciones; pudiera ser un buen abastecedor. O sea, mis condiciones: primero, que no sea alcohólico, aunque conviene que sea bebedor, pero con moderación (nada mejor para un buen convivio que quien sepa manejarse un par de copas sin sufrir ningún efecto exagerado); y segundo: que se identifique con nombre y apellido, para poderlo localizar en caso de urgencia.

Pero en serio, amigos, creo que la entidad, que hace una obra muy loable, es digna de un anuncio de servicio público un poco menos irrisorio. Me gustaría favorecerles con un texto que fuese más conducente a lograr el propósito que supuestamente se proponen.

Sé que no me van a hacer el menor caso, puesto que en instituciones como la que nos ocupa nadie habla como se debe el español. Si no, nunca saldrían al aire avisos como el que acabo de comentar. Lo que hay es gente cuyo idioma materno es el inglés, agencias publicitarias que formulan el anuncio en inglés («We're Alcoholics Anonymous, and we're here to help you»), y *traductores* que lo transliteran al *espanglés,* pensando que no es preciso hacer una versión castellana del concepto, sino que basta con trasladar las palabras de un idioma a otro. Es así como sacan textos como este, que merece un sitial de honor en la lista de los mensajes publicitarios más peregrinos del pasado milenio... y del presente.

Pero, por si acaso, vamos a darles a estos señores, sin ningún anonimato y —eso sí— a título absolutamente gratuito, una sencilla solución: «Para controlarse con la bebida, cuente con el apoyo de Alcohólicos Anónimos». Ahora, con su permiso, me voy a tomar una copa para olvidar las penas.

Reproducido con autorización de *El Trujamán,*
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>).

Antología médico-literaria

El desahuciado

José María Gabriel y Galán*

¡Estoy ya mu jarto!
Miusté a vel, por favol, señol médico,
si hay alguna cosa
pa esti mal repegoso que tengo,
porque llevo ya asín ocho mesis
maleto, maleto...
con una singana
y un aginaero,
con una flojera,
con un escaimiento,
que paeci una breva maúra
esti perro cuerpo,
que antis era tan recio y tan duro
como el propio jierro.

Debi estal la mujel aburría
de jacel remedios,
pero yo ni me pongo pirongo
ni de golpi espeno.

La jacienda, tuíta perdía;
los pagos, cayendo;
la mujel y el chiquino, escaldaos,
jechos unos negros,
que me estoy ajogando de ansionis
n'amás que de velos.

Y p'alivio to el día mirando
dendi casa la genti del pueblo
p'abajo y p'arriba
pasando y golviendo,
unos con guarapos,
otros con aperos,
unos con forraji
y otros con istierco,
saliendo y entrando,
llevando y trujiendo,
como las jormigas
en el jormiguero.

Y n'más yo solo
enrëao con esto que tengo,
vengan ratos al sol con las tías,
enroscao lo mesmo que un perro,
u si no en el corral mancornao
entri los mareos,
sin jacel ni las sopas que como,
sin galnal ni p'al agua que bebo,
que velgüenza me da que me vean
asín tanto tiempo.

Cuatro vecis quiciás haiga día
ancá'l curandero,
que me dijo que estaba embargao
y me puso dos parches al pecho
y una bilma de pés y de estopas
en el regaëro.
Y aquí la he tenío
clavá como un perro
¡pa ná!, ¡pa quealsi
con piazos asín de pellejo!
¡Mentira paeci
que la gracia que tieni el tío Cleto
pa los males no le haiga servío
pa acertalmi con esti que tengo!

El domingo me jici el valienti
y me juí p'al güerto
conque a esparegilme
y a jacel p'allí na de provecho.

¡Cuidiaíto que juí despacino,
como ustés cuando van a paseo!
Pus me pusi a jacel unos bochis

* José María Gabriel y Galán (Frades de la Sierra [Salamanca], 1870-Guijo de Granadilla [Cáceres], 1905), poeta español que supo cantar como nadie la belleza del alma sencilla de los campesinos salmantinos y extremeños. Hijo de labradores, fue maestro de escuela, pero su afición al campo le llevó a abandonar la profesión para dedicarse a cultivar las tierras de su esposa en la comarca de Las Hurdes, al norte de Extremadura. Su consagracion como poeta llegó en 1901, cuando un jurado presidido por Miguel de Unamuno otorgó al poema «El ama» la flor natural en los juegos florales de Salamanca. Desde entonces, y hasta la fecha de su temprana muerte por una pulmonía mal curada, con tan solo treinta y cuatro años de edad, aparecieron sus libros *Castellanas*, *Campesinas*, *Nuevas castellanas*, *Religiosas* y *Extremeñas*, acogidos de forma entusiasta por la crítica literaria de la época y que hicieron de él uno de los máximos representantes del costumbrismo literario regionalista de principios del siglo xx. Si el éxito de crítica fue fugaz (sus poesías han sido luego ferozmente criticadas por su sentimentalismo y la visión demasiado rural del arte), Gabriel y Galán sigue siendo hoy uno de los poetas españoles más leídos, como demuestran las más de cincuenta ediciones que han alcanzado sus *Obras completas* (1909). Para conmemorar el primer centenario de su muerte, *Panace@* incorpora a su antología médico-literaria un poema de temática médica extraído del libro *Extremeñas* y escrito en dialecto *jurdanu* o castúo. Más información sobre la vida y la obra de Gabriel y Galán en: <http://ab.dip-caceres.org/gabriel/galan002.htm>.

pa tiral cuatro jabas en ellos,
y aquello eran ansias,
y sudores, y ajogo y mareos...,
que si asín acontino, me caigo
rëondo allí mesmo.

Y me vini pa casa ajogao,
sin poel ni siquiá con el cuerpo,
acezando por esas callejas
lo mesmo que un perro,
chángala mandrángala,
que tardé media tardi lo menos.
¡Me caso en la luna!
¡Miusté a vel, pol favol, señol médico,
si dicin los libros
que hay algo pa esto!

Pero no me dé usté más papelis
de esos polvos negros,
porque cuasi me estoy provocando
n'amás que los miento.

Ni me jaga mercal más botellas
del constituyenti, porque no poemos,
y además que eso n'amás que sirvi
pa sacadinero.

¡Mentira paeci
que los libros no enseñin remedios
pa una cosa tan simpli, tan simpli
como esta que tengo!

¡Yo no sé pa qué está la botica
de cacharros tapá jasta el techo!
¡Miusté a vel si hay quiciás una untura,
miusté a vel si hay quiciás un ungüento,
bien juerti, bien juerti,
que ajondi en el pecho,
que chupi, que saqui
lo que tengo dañao aquí aentro,
que esti mal es asín como un bicho
agarrao en el güeco del cuerpo:
me chupa la sangri,
me atapona el gañón, y por eso
tengo esta flojera
y esti ajogaero!

Receti esa untura,
que no haiga nenguno
más juerti y más recio...

¡A ver si de golpi
o me pongo pirongo o espeno!...

1890: el *Quijote* en romance

Maximino Carrillo de Albornoz

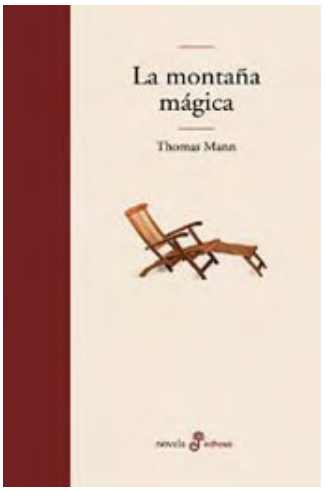
En un lugar de la Mancha
de cuyo nombre acordarse
no quiso, aunque bien pudiera
el gran Miguel de Cervantes,
nació y vivió un buen hidalgo
de presuncioso linaje;
lanza en astillero; adarga
y espado recio y cortante.
Era de rostro moreno,
asaz enjuto de carnes;
hombre de honestas costumbres
si bien de fiero talante.
Frisaba ya en los diez lustros
o cincuenta años cabales,
y diz que nunca fue bello
aunque ostentaba buen talle.
Una sobrina y un ama
cuidaban de su menaje,
y él, de la hacienda enfermiza
que le legaron sus padres.
Tenía un flaco rocín,
y sutil como un alambre;
galgo listo y corredor
que diz que se bebe el aire.
Vestía su vellorí
que cortó bien un mal sastre
y usaba en días de fiesta
un buen sayo de velarte.
Lentejas diz que comía
los viernes, lunes y martes,
y el domingo un palomino
para más refocilarse.
Los sábados no faltaban
duelos y quebrantos (carne
de alguna res despeñada
o muerta) y en lo restante
de la semana, su olla
dispuesta con mucho arte;
un salpicón por la noche
u otro cualesquier fiambre.
[...]

Romancero de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha: Sacado de la obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra por su admirador entusiasta Maximino Carrillo de Albornoz. Madrid: José Góngora y Álvarez, 1890.

«¡Señor, no, señor!». Una reflexión melancólica con motivo de la nueva edición de *La montaña mágica*

Luis Montiel*

Mann, Thomas: ***La montaña mágica.*** Traducción de Isabel García Adánez. Barcelona: Edhasa, 2005; 936 páginas. ISBN: 84-350-0891-6. Precio: 39 euros.



Defendí mi tesis doctoral sobre el tema «Enfermedad y vida humana en la obra de Thomas Mann» en 1980. El tema elegido vino determinado por la inmensa admiración que sentía por el escritor desde que, con dieciséis años, leí por primera vez *La montaña mágica*. Consciente de la inmadurez de aquel trabajo —por doctoral que fuera—, no he dejado de volver machaconamente desde entonces sobre mis pasos, releyendo las novelas y ensayos de aquel a quien considero uno de mis maestros y escribiendo de nuevo, intentando dar cauce a un diálogo ininterrumpido y siempre renovado. He sido favorecido con la invitación a participar, en agosto del año próximo, en la correspondiente Davoser Literaturtagung, que se celebra, precisamente, en la montaña mágica, para reflexionar sobre la obra manniana. En cuanto a mi relación con el idioma alemán y con el mundo de la traducción, señalaré que formé parte, durante varios años, de la comisión científica de la Fundación Carl Gustav Jung de España, responsable de la edición en curso de la *Obra completa* en castellano (Madrid, Trotta) del psicólogo y médico suizo —tarea en la que, entre otras cosas, tuve que ocuparme, formando parte de un pequeño equipo de alemanes y españoles, de revisar línea por línea la traducción de cuatro volúmenes de la obra—, así como que, a medias por entrenamiento, a medias por placer, he traducido al español en verso rimado las *Kleksografías* del médico y poeta romántico alemán Justinus Kerner (Barcelona, MRA). Escribo todo esto no por fatuidad, sino precisamente por todo lo contrario. Sabedor de que no soy un personaje conocido, cualquiera que lea las líneas que siguen podría preguntarse con qué títulos me tomo la libertad de opinar acerca de la reciente traducción de *La montaña mágica* publicada por Edhasa; y esa pregunta exigía una respuesta.

Comenzaré con una declaración. Mi reflexión melancólica —o atrabiliaria; no se olvide que «melancolía» y «atrabilis» significaban lo mismo para la medicina galénica— no apunta a la persona de la traductora, Isabel García Adánez, ni a su trabajo. Precisamente porque sé lo que es traducir —y rehúyo esa tarea siempre que puedo— y porque conozco bien la obra de Thomas Mann en su lengua original, puedo calibrar el mérito de un empeño como el suyo. Pero el lanzamiento mediático de dicha traducción, que, lógicamente, había de despertar mi interés, me parece, a la vista de los hechos, un signo más de la lamentable corrupción mercantil de nuestra cultura, en la que, según parece, para vender vale todo.

Empezaré por lo más subjetivo. Probablemente sea mi vinculación juvenil con el protagonista, Hans Castorp, lo que me hace tan sensible al tema de que alguien se tome excesivas libertades con los difuntos. Y la campaña de marras —que, no lo olvidemos, no se basó en reclamos publicitarios, donde todo el mundo sabe cuales son las reglas del juego, sino en artículos de críticos literarios en la prensa— daba a entender que quien sólo había leído la traducción de Mario Verdaguer había sido objeto de una especie de timo. Ni que decir tiene que, teniendo al lado la edición alemana, a la de Verdaguer pueden encontrársele no pocos errores. Pero sostengo que no es tan mala traducción como se ha querido dar a entender al público. Y no estoy solo. Recientemente Claudia Kalász ha publicado en *Revista de libros* (octubre del 2005) una recensión titulada «Con fecha de caducidad» en la que da un pequeño repaso a tales pretensiones, llegando a acusar de «ingratitud» a la traductora, quien «se basa ostensiblemente en la labor de Mario Verdaguer que, entre otras cosas, le dejó resuelta la gran dificultad que presenta el léxico enciclopédico [… de] Thomas Mann». Volveré, aunque brevemente, sobre este tema. Kalázs también niega otros argumentos esgrimidos a favor del «parricidio intelectual» cometido con Verdaguer, como el rumor de que habría traducido desde el francés o la exageración «de la magnitud de algunas omisiones». Pero, con todo, su recensión me parece demasiado indulgente, y voy a intentar explicar por qué, simplemente a partir de algunos ejemplos.

Comencemos por algo que salta a la vista: los títulos de las distintas partes de los capítulos. En el segundo se menciona «la jofaina bautismal». ¿Por qué no traducir *Schale* simplemente por «bandeja»? «Jofaina» tiene unas resonancias árabes que cuadran mal con el espíritu nórdico que Mann crea en ese capítulo, y, además, quien haya podido contemplar en el museo de la Buddenbrookhaus en Lübeck el utensilio mencionado con ocasión de los bautizos de los miembros de la familia Castorp —que en la realidad pertenecían a la familia

* Departamento de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid (España).
Dirección para correspondencia: <montiel@med.ucm.es>.

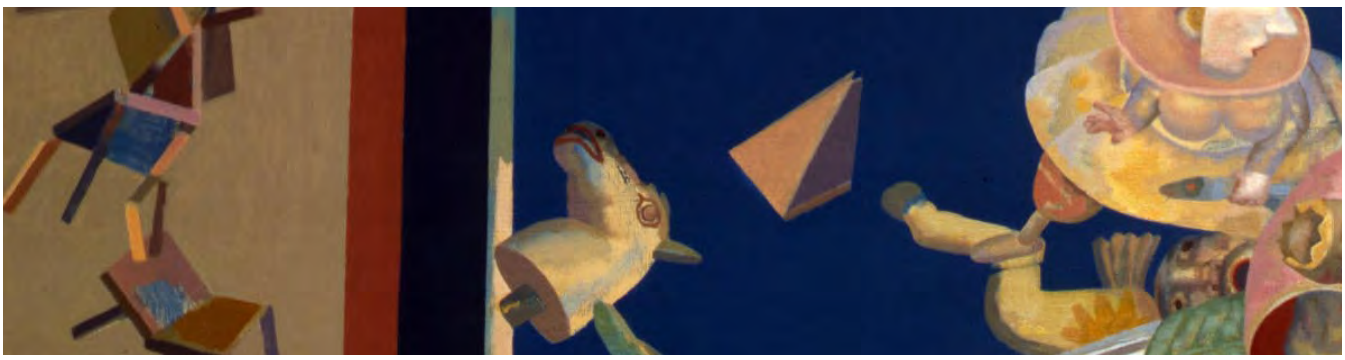
Mann— estará de acuerdo en que su aspecto es más el de una bandeja. ¿Cuestión de gusto? Puede ser. Pero no lo es el preferir «Ensombrecimiento pudibundo» (Verdaguer) a «Dignidad ofendida» (García Adánez) como título de la primera parte del capítulo tercero, pues la actitud de Castorp a que se refiere es la de un verdadero mojigato, y no conviene confundir la dignidad con la mojigatería. También considero incorrecto «Sopa, eternidad y claridad repentina», y más adecuada la traducción de Verdaguer: «sopa eterna» por *Ewigkeitssuppe* (literalmente, «sopa de eternidad»); como «¡Dios mío, veo!» (V), mejor que «¡Dios mío, lo veo!» (G. A.) —en el original: *Mein Gott, ich sehe!*—, pues lo que se trata de transmitir es el sentimiento de Hans Castorp ante una especie de revelación ascética: el descubrimiento de la condición mortal de su primo, y de la suya propia, a través de la radioscopia. Algo semejante a lo que ocurre con la traducción de *Heiterkeit* en el capítulo en que aparece Settembrini. El sentimiento —«alegría» (V.) o jovialidad— queda reducido a «carcajadas» (G. A.) Y, si uno de los méritos de la nueva edición era recuperar texto escamoteado, ¿por qué escamotear la traducción de *üble* en el título que reza: *Vom Gotesstaat un von übler Erlösung,* dejándolo en «Del reino de Dios y de la salvación»? Verdaguer no la omite, y creo que cualquiera percibirá la diferencia: la salvación —que el anterior traductor vierte como «liberación»— de la que se habla es «perversa».

La lectura de la novela depara otras cuantas sorpresas, de las que sólo puedo destacar algunas; por ejemplo, «Iglesia reformista» (¡qué Iglesia tan moderna!) por «comunidad (o si se quiere, Iglesia) reformada», o sea, luterana —*reformierte Gemeinde*—; la exigencia que se hace al lector de que acepte que «tatara-tatara» es «un sonido oscuro que evoca la tumba» —Verdaguer, más sensato, hace saber a aquél que el prefijo que en alemán se antepone al sustantivo *Grossvater* (bisabuelo), pues de eso se trata, es *Ur*; y *Ur-ur* sí resulta tenebroso—; la abusiva generalización que la traductora pone en labios de Settembrini —«¡Qué audacia descender a las profundidades, el mundo insignificante y absurdo de los muertos...!»—, cuando el humanista se refiere solamente a algunos «muertos» —*Toten*—, sin artículo determinado: los que creen vivir, habiendo abandonado toda responsabilidad, en la «montaña mágica». Aunque aquí la traducción sea literal —«descender a las profundidades»—, parece más pertinente la solución de Verdaguer —«a *estas* profundidades»—. Hay, también, errores debidos al desconocimiento, no necesariamente culposo, de los temas tratados, como, por ejemplo, poner en boca de Joachim en su primera conversación con Hans, al mostrarle el frasquito que lleva en el bolsillo, y del que luego sabemos que es apodado *der blaue Heinrich* (Enrique el azul) —chiste para alemanes que remite a la novela de Gottfried Keller *Der grüne Heinrich*—, la frase: «la mayoría de nosotros, los de aquí arriba, lo tomamos», frase verdaderamente repugnante, pues lo que tomarían en tal caso serían sus propios esputos; «lo llevamos», traduce, con mayor discernimiento, Verdaguer; en todo caso, Mann escribe *haben*. Algo parecido a lo que ocurre con las pretendidas «vesículas bronquiales» de la raya (pág. 359); naturalmente se trata de hendiduras branquiales.

No puedo, ni tal vez debo, insistir en este tipo de errores, o de decisiones que no comparto, algunas de las cuales comprometen, a mi parecer, la recta comprensión de la intención de Mann. Pero sí señalar que también en el uso del español se producen algunos errores que desmerecen la traducción, como, por ejemplo, «cambios de diversas índoles» por «de diversa índole» (pág. 35); «su omnibulado cerebro» por «obnubilado cerebro» (pág. 98); «no con cierto retintín» por «no sin cierto retintín» (pág. 300); «pliegos de la tela» por «pliegues de la tela» (pág. 331), o «la vigésima parte del peso» por «la veinteava parte del peso» (pág. 336).

Por fin, si pretendo ser fiel al sentimiento que me ha movido a realizar una tarea tan desagradable, debo detenerme un momento en una de las supuestas pretensiones de la traducción, aquella a la que se refiere la «fecha de caducidad» de Claudia Kalázs: «la voluntad de crear una versión que los lectores actuales puedan leer con naturalidad», en palabras de esta crítica, que se hace eco de las propias de la traductora. No tengo tan claro que sea oportuno «actualizar» el lenguaje de Thomas Mann, y desde luego no me gusta en absoluto que, para ello, se haga decir a Hans Castorp «no soy muy forofo de las excursiones» (pág. 231); al doctor Behrens, que los ojos de madame Chauchat parecen «dos puñaladas en un tomate» (pág. 331), y, sobre todo, al bueno de Joachim, oficial prusiano en ciernes —y no se olvide que estamos en la primera década del siglo XIX— «¡señor, sí, señor!» (pág. 536), como un marine de película. Su *Jawohl, herr Hofrat* merecía mejor trato.

Una vez más reitero mi respeto, no sin condiciones, por el trabajo de la traductora. En una obra tan extensa y compleja es imposible que no se produzcan fallos. Pero no tengo más remedio que decir a cada uno de los corifeos del lanzamiento editorial: «¡Señor, no, señor!».



Interview with Peter Newmark, pioneering theoretician in scientific translation

David Shea*

The following is a recent interview with Peter Newmark, professor emeritus of University of Westminster, where he lectured on translation and translation theory from 1958 to 1981.

Since 1981, Professor Newmark has taught Principles and Methods of Translation at the Centre for Translation Studies on a part-time basis at the University of Surrey at Guildford. He is one of the most important theoreticians in the field of translation and a prolific reader and writer. Indeed, the classification of "semantic" and "communicative" translation in his influential *Approaches to Translation* was a landmark in the history of translation studies when it was published in 1981. *A Textbook of Translation* published later in that same decade also provided a platform for discussion for subsequent scholarship.

What some may not know is that Newmark has continued to write prolifically ever since. Indeed, this interview actually began as an animated conversation over lunch in Surrey in early December 2004 and was completed by phone in March. It is difficult for Peter Newmark to find time to chat because he is so active even in semiretirement and well into his eighth decade.

His regular column entitled "Translation Now" in the London-based journal *The Linguist* covers a variety of translation and linguistic topics, including ethics, aesthetics and medicine. Though these essays often take a hitting-to-all-fields style, they are always full of valuable insights and food for thought for translators and linguists. For the purposes of *Panace@*, it is interesting to note that Newmark was a pioneer in the sense that he freed translation theory from the clutches of strictly literary circles. As Brazilian translator Danilo Nogueira wrote recently, Newmark's *Approaches to Translation* is "one of those marvellous books by someone who knows not all translation studies should by restricted to literary translation".

Newmark himself does not accept this tribute, believing that Eugene Nida should receive most of the credit. It is interesting that Nida heaped similar praise on Newmark in a recent article where he writes that "no one has been so outspoken and so generally right as Newmark, who has never been known to put up with nonsense" (Anderman and Rogers 1999:79).

Newmark was born in Brno, Czechoslovakia, a city he planned to revisit in spring 2005 with his son as a sort of return to his roots, since he left Czechoslovakia at age five and settled in England. He read Modern Languages at Cambridge University, where he received an honours degree in French and German and also English literature. In addition to learning two foreign languages formally, he is proud to have learned Italian "on the ground", in his words. As a British solder during World War II, he was stationed for three and a half years in Italy. Newmark fondly recalls how, when his regiment would take an Italian town, Newmark the recruit would scour any library he could find for books and dictionaries he could cull, take back to Allied lines and study.

In short, Peter Newmark is a fascinating and engaging personality. Although very much the polite, well-spoken gentleman, his strong opinions, fuelled by years of careful study and debate, fire his speech. Mention any serious scholar in linguistics or translation (or most any other major discipline, come to that) of the past century and Newmark will have a salient comment. So it was that I brought up the Sapir-Whorf Hypothesis, relating thought and language, as a starting point for our interview.

Newmark was, of course, well versed in the writings of anthropologist Edward Sapir and his student Benjamin Whorf (the latter, in Newmark's opinion, was far more radical). It is interesting to note that Newmark is also extremely humble and often qualifies his comments with "this is just off the top of my head" or "as I remember this work" and "mind you it's been a while since I read that". Having said this, he generally delivers a most precise description of the matter at hand, as in the case of Sapir and Whorf. Although Sapir based his theories on work with the Hopi tribes in the Southwest United States, I proposed to apply his theories to Spanish doctors working with International English. An outlandish proposition, perhaps, but I wanted to try it out on Newmark.

David Shea: As a medical translator working mainly with doctors and researchers in Spain who want to publish their research findings in English, I am faced with an interesting conundrum. These Spanish speakers use a language which many of them can not speak but must write and read at an extremely high register. I think Sapir's work, from the 1920s, might be useful to describe my dilemma. Sapir explicitly approached language from the point of view of speech (as the title of his renowned book *Language: An Introduction to the Study of Speech* makes clear), whereas medical language must be rooted in written texts. What is more, with English as the undisputed lingua franca of medical writing, for a large proportion of the writers and readers of these texts the language they use is not their own. Sapir describes a speaker's native language as "their mother-tongue, the formal vesture of their inmost thoughts and sentiments".

* University of Las Palmas de Gran Canaria (Spain). Address for correspondence: dshea@idecnet.com.

Peter Newmark: It's been a long time since I read about this, but in its simplest terms the Whorfian (or Sapir-Whorf) hypothesis states that our thoughts are defined by our language and we are prisoners of language. In simpler terms, the thoughts we construct are based upon the language that we speak and the words that we use. In a sense, linguistic determinism can be interpreted as meaning that language determines thought.
I believe that thinking is the basic element in language and written language arises directly from thinking. Spoken language is more spontaneous and social whereas written language is primarily individual and not social and thus deeper than social language. So medical language comes from thinking not speaking. Everyone knows that the sun does not rise yet we use that expression to describe it. That is a social reaction. So I disagree with Sapir though I feel some of the hypothesis has its value.

D. S.: These medical researchers use English constantly as their working language. So in line with Sapir, perhaps it is not too fanciful to consider it a "temporary" mother-tongue in that, for the time that they spend working on the formulation of their theories and reporting their findings, English becomes, to quote Sapir, "the formal vesture of their inmost thoughts". They may even find it difficult to express themselves on these topics in their own language. Of course some see international English, the language of science, as threatening other languages. Sapir offers comfort: while recognizing that languages influence each other considerably for a variety of reasons and through many channels, he points out that this influence is restricted to lexical borrowings and that some languages are more prone to these than others. Those who believe that an expression like "*un parking*" is the tip of a linguistic iceberg or the beginning of a process of linguistic globalization may feel reassured by how languages influence each other in Sapir's assessment: "Language is probably the most self-contained, the most massively resistant of all social phenomena".

P. N.: As you say, when Sapir talks about language, he is talking about speaking and this medical terminology is words rather than thinking. In that sense, speech facilitates communication.

D. S.: Anyway, let's focus on your own work. I would like to limit the scope of this interview to medical translation. In your *Textbook of Translation*, you organize language into academic, professional and popular. Do you feel these categories could be applied to the different challenges facing medical translators?

P. N.: Yes on the whole, the academic language sphere is the medical faculty professor using Greco-Latin terms as they are, while the general professional would use the standard English word. If you consult one of the major medical dictionaries, such as the *Dorlands*, you will find perhaps three different terms for each entry, starting with the Greco-Latin. An example of this level would be icterus as a term for jaundice. At the second level, terms like hepatitis. Then they tend to provide the popular term for illnesses such as "runs" for diarrhoea. So you could say that medical translators should know all three registers of terms (not always three but sometimes two), recognize the proper register for each situation, and feel confident about when to employ the different terms or expressions.

D. S.: Regarding the latter point, my final-year translation students often struggle to distinguish between the "formal terms used by experts" you describe in your *Textbook* (p. 153) and other registers. Communication between surgeons obviously differs from the way surgeons communicate with nurses and patients. Would you like to comment on this point? Also how do you feel about medical staff using languages that the patient does not understand to keep from causing undo worry?

P. N.: When medical personnel use difficult language to keep information from a patient, we refer to this process as "blinding with science". Doctors don't want to worry their patients but it would worry me even more to hear mumbo jumbo.

D. S.: In one of your more recent essays, you quote the Russian theorist Kornei Chukovsky that "translation is concerned not with words nor sense, but with impressions". Does this have any application in the field of medical translation?

P. N.: I don't think this is particularly germane to medical translation. A good translator should have a good feel for how a medical prescription should sound, how an experiment report should read. In many cases the theory of Chukovsky doesn't apply. I think if this quotation does apply overall, it is in the general feeling rather than one specific area. There might be some overt general impression. For example, the uses of the terms *hazard* or *risk*—is this favourable or unfavourable? Hazard is "riskier" than risk, if we use the semantic differential which states that *poison* is unfavourable and *honey* is favourable.

D. S.: You have also written in *The Linguist* (reproduced in *Paragraphs on Translation*, p. 159) that "translation is not merely a dualistic process. It has to take account of five medial factors: ethics, reality, logic, 'pure language' and aesthetics, of which only aesthetics is not exclusively universal". Could you relate medical translation to this quote?

P. N.: This is the easiest to answer of all your questions. I can easily relate medicine to all these concepts. First, ethics is particularly important in medical translation—not only that you translate the text accurately but also you have to ensure that you do not injure or kill the patient. This is more important than the author or the reader. If the author gives instructions that are unethical, the translator must have sufficient knowledge to warn the reader, or to correct the situation. All translators need to be temporary experts in the sense they must have access to experts or check the medical aspect of the translation.

As regards reality, this means what is happening—not the language but what the language is describing. Medical translators have to visualize what is happening. They need to ensure that this is realistic. The point about logic is that the text is causally and temporally logical, or sequentially so that if you get words like "therefore" and "then" they have to be appropriate to what is happening.

Aesthetics in medical translation means that your text is agreeably written. By that I mean, clear, concise and sounds nice. It mustn't be over-heavy, it should read as well as it sounds. It would be nice if it were written in an attractive way.

The language of thought means that a word is missing in the source language but you find an expression in the target language. All language has gaps but our thoughts do not have these same gaps. In German there is a common expression that literally means "I wish you a happy hand", but you would generally render the expression as "I wish you luck", which perhaps suggests "I hope your turn is coming".

D. S.: Now that you have mentioned the German language, how do you think closer European links will affect the future of medical translation?

P. N.: Basically, English will be used as a lingua franca and medical translation will disappear (laughs). Of course, that's meant to be a joke. But it is likely that 80%–90% of medical literature (in Europe) will soon be exclusively published in English.

D. S.: And the English that is used may be quite different from what native English speakers write or at least speak, as Sapir might observe were he alive today.

P. N.: I quite agree; it will be international English. Nevertheless, it will be a form of English.

D. S.: As a technical and scientific translation instructor I am often asked who is better qualified to translate medical documentation, the medical professional who is interested in translation or the translator who wishes to specialize in translation. What would your opinion be on this subject?

P. N.: The person who is a doctor would produce a better result. She would make sure the text makes sense, then a non-specialist could touch up the work. Generally I prefer the doctor but of course we are talking in generalizations. If a doctor is a natural linguist, then she might produce a good translation. By that I mean she would be a person with an intuitive gift for writing and composing. But colloquial language, being full of metaphor, tends to skip over details and that might be a disaster.

D. S.: Many translation teachers recommend a graduate course in translation which would build on a four-year undergraduate programme of scientific or technical skills. In other words, take advantage of the technical expertise and then develop the translation skills at graduate level. Do you agree?

P. N.: The obvious four-year degree would be in chemistry or biology if it was something with some relevance to medicine; in theory that might be a good idea. The problem is this is too theoretical. Would they have any language background? The graduate in chemistry or biology would have to have a background in at least two or three languages. The University of Bradford (UK) has offered a graduate programme with these features.

D. S.: Others feel that a team effort linking medical personnel and translators would enhance this type of work by ensuring excellence in documentation. This would seem crucial given the increasingly specialized nature of modern medicine. A brain surgeon might not be a useful source for translating a case report on skin grafts, for example.

P. N.: The translator would be placed as a *stagiaire* or intern, to use the American expression, with the medical staff. A one-year postgraduate course might be required beforehand. This period would be imbedded in this course but could lead to permanent employment, one would hope.

D. S.: Thank you very much for sharing these thoughts with the readers of *Panace@*.

P. N.: Not at all, I have enjoyed discussing these matters.

Acknowledgements: I would like to express my gratitude to Professor Peter Newmark for his time. Thanks also to Professor Jeremy Munday of the University of Surrey for inviting me to teach a graduate course in medical translation at his department and also for introducing me to Peter Newmark. I acknowledge the technical review of this text by Dr. W. K. Chong, Honorary Senior Lecturer in Radiology and Physics and Consultant Neuroradiologist in Radiology at the Great Ormond Street Hospital for Children, London.

Bibliography for Peter Newmark

This listing is not comprehensive but should provide readers with a starting point. In addition to conference papers, courses and workshops presented all over the world, Newmark has also contributed to a number of festschriften, or collections of learned articles or essays as a tribute to scholars and colleagues.

Approaches to translation. Oxford: Pergamon Press, 1981.

A textbook of translation. New York: Prentice Hall, 1988. [Spanish version translated by Virgilio Moya: *Manual de traducción*. Madrid: Cátedra, 1992.]

About translation. Clevedon (Avon, UK): Multilingual Matters, 1991.

Paragraphs on translation. Clevedon: Multilingual Matters, 1993.

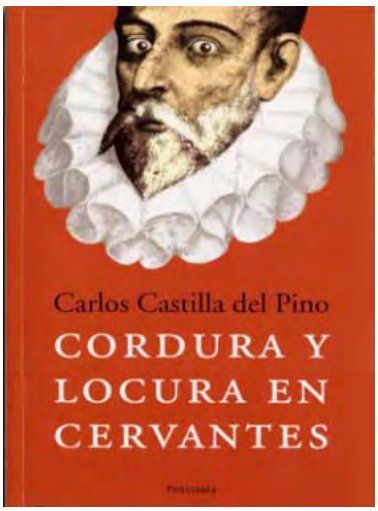
More paragraphs on translation. Clevedon: Multilingual Matters, 1998.

Also: Anderman G, Rogers M, eds. *Word, text, translation: liber amicorum for Peter Newmark*. Clevedon: Multilingual Matters, 1999.

Cordura y locura en Cervantes

Luis Montiel*

Castilla del Pino, Carlos: ***Cordura y locura en Cervantes.*** Barcelona: Península, 2005; 121 páginas. ISBN: 84-8307-654-3. Precio: 14 euros.



El libro recoge siete textos breves redactados en momentos diferentes y con diferentes objetivos, que el propio autor explica en una breve nota introductoria. De entrada, hay que decir que se trata de una obra interesante, dada la formación de su autor, psico(pato)logo —como a él mismo le gusta escribir— con una probada variedad de intereses intelectuales. Su condición de estudioso de la psique humana le permite un abordaje a la creación literaria de Cervantes que, en general, resulta ventajosa para el lector interesado. Aunque no sin excepciones; por ejemplo, en el texto número 7 («Quijotismo y bovarysmo: de la ficción a la realidad»), algunos tecnicismos, y más concretamente el empleo de fórmulas, por más sencillas que sean, produce en el lector la impresión de encontrarse ante los apuntes utilizados en una lección magistral impartida en una facultad de Psicología, más que ante un trabajo de crítica literaria. A mi juicio, ese modo de proceder provoca un cierto distanciamiento del lector, que afortunadamente se ve atemperado por lo fundamental: lo convincente del tratamiento de que Castilla hace objeto a esos rasgos de la personalidad humana —no sólo la de Emma Bovary o don Quijote— que ya es tópico nombrar con epónimos.

A riesgo de parecer arrogante al enmendar la plana al autor, que sin duda sabe por qué ha elegido un orden y no otro, yo recomendaría al lector no especializado comenzar por el breve y sólo aparentemente sencillo texto que figura en cuarto lugar, «Alocución del encausado». Creo que en él se encuentra extractado lo esencial de los otros textos dedicados al *Quijote* —pues el número 6 («Teoría de los celos en Cervantes») hace referencia a otras obras—. Pocas veces he visto presentada la esencia del magno personaje cervantino de forma tan certera y comprensible como en este texto. Y, lo que es mejor, haciéndolo en torno a una idea que obra como *leitmotiv* a lo largo del conjunto de los otros pequeños pero enjundiosos estudios: la de que el *Quijote* es una obra de creación que no habla solamente de la vida de Alonso Quijano, sino también de la vida humana, razón fundamental por la cual ha llegado a ser un libro eterno. Además, en este breve texto Castilla recupera para el lector la conocida, aunque no por ello tópica, figura de un don Quijote «positivo», pues en el trabajo siguiente, «Idea de la locura en Cervantes», su ánimo psico(pato)lógico lo lleva a mostrarnos, de la manera más convincente, hasta qué punto es loco don Quijote y en qué medida su elección de un determinado modo de vida, en el que la fantasía suplanta a la realidad, no puede considerarse sino fallido, morboso en el sentido estricto del término, si bien en el artículo precedente esta manera de ser enfermo se presenta, a mi parecer con muy buen tino, como la condición de la supervivencia de quien de otro modo no podría seguir viviendo.

Estas ideas me permiten enlazar con la temática de los capítulos 1 («Cervantes y la construcción del personaje») y 2 («La lógica del personaje y la teoría del Quijote en Torrente Ballester»), pues en ellos, de nuevo con un notable andamiaje técnico procedente de la psicología, el autor insiste en mostrarnos cómo, a través de un personaje de ficción, Cervantes es capaz de sacar a la luz algunas de las más dramáticas tensiones inherentes a la propia condición humana y los modos, a menudo deficientes, de resolverlas.

Por fin, el capítulo 3 («La "muerte" de don Quijote») nos hace entender, con ironía muy cervantina, cómo, pese a los deslices de su autor, don Quijote no puede morir —aunque sí Alonso Quijano el Bueno— al llegar a estar tan vivo; de ahí los deslices, que Cervantes caiga en hablar de «la muerte de don Quijote» cuando quien muere es un pobre hidalgo manchego.

Cabe señalar la presencia de algún gazapo —«el Felix Bruhl (por Krull) de Thomas Mann» (pág. 61); «Mussil» (por Musil; pág. 101)—, así como alguna interpretación dudosa, aunque sin duda relativa a temas menores, como, por ejemplo, la que aparece en la nota 24 de la página 115 en el sentido de que Flaubert no podía conocer el sabor del arsénico pues, de haberlo probado, habría muerto; de hecho, el arsénico puede ingerirse en pequeñas cantidades hasta llegar a la situación denominada *mitridatismo* —por Mitrídates, de quien se cuenta que utilizó esta forma de «inmunización»—, en la que se puede llegar a tolerar una dosis alta del veneno. Algo parecido ocurre con la interpretación que da, en el capítulo sobre los celos, al término *antojos de allende* (pág. 85, nota 2): «Antojos, como figuraciones». Por el contexto en que se encuentran tales «antojos», así como por el hecho de que la palabra no es infrecuente en la literatura de nuestro Siglo de Oro, me atrevería a conjeturar que lo que Cervantes quiere dar a entender es «anteojos», y probablemente «de aumento», pues lo que dice es que tales «antojos» «hacen a las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes...». Recuérdese,

* Departamento de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid (España). Dirección para correspondencia: <montiel@med.ucm.es>.

así mismo, el gusto del barroco por el «trampantojo» —en francés, *trompe l'œil*— en la pintura y en la decoración de fachadas.

Pero nada de esto es ni puede ser óbice para considerar *Cordura y locura en Cervantes* una obra de lectura grata, interesante no sólo para cervantistas y meritoria, muy meritoria, por algo que hay que reconocerle de manera especial: su vocación de salud, de felicidad, entendida del modo profundamente humano como se entiende en la «Alocución del encausado». Si Castilla del Pino tuviera que ser encausado por algo, desde luego no será por estos estudios cervantinos.

La palabra *opio*

Arturo Montenegro
Crítico y periodista (España)

«En el opio —dice Jean Cocteau—, lo que lleva el organismo a la muerte es de orden eufórico. Las torturas provienen de un retorno, a contrapelo, a la vida. Toda una primavera perturba las venas, arrastrando hielos y lavas ardientes» (*Opio. Diario de una desintoxicación*. Trad. de Julio Gómez de la Serna. Madrid: La Fontana Literaria, 1973, pág. 55). Ya en el declive de sus fuerzas, con esta declaración retorna el escritor francés a una escenografía —la de los fumaderos de opio— cuyas sugestiones tópicas atañen a buena parte del *decadentismo* literario. Hay una generosa bibliografía en torno a este asunto, así que no nos detendremos en su sondeo. Como es propio de esta serie, lo importante acá es un rastreo etimológico que ha de conducirnos a los orígenes de la palabra con la cual se designa esta droga, casi tan codiciada entre los bohemios como la absenta.

Los estudiosos tienen claras sus referencias. El vocablo en cuestión proviene de la voz latina *opium,* que a su vez deriva del griego. No se olvide que Dioscórides y otros autores ya citan este ingrediente en sus escritos. Remontándonos así en el tiempo, hallamos que los primeros diccionarios incluyen dicha palabra en su orden alfabético. Por ejemplo, Cristóbal de las Casas, en su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* (Sevilla: Francisco de Aguilar y Alonso Escribano, 1570), define la substancia como «zumo de adormideras». Amplía la descripción el *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua* (Madrid: Imprenta de la Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro, 1737). De acuerdo con esta fuente, el opio es «el zumo de las adormideras, o la lágrima que naturalmente destila de ellas, que, dado con medida, sirve de remedio para conciliar el sueño, y para adormecer y mitigar los dolores».

Un autor por quien sentimos simpatía, don Aniceto de Pagés, también habla del opio en su *Gran diccionario de la lengua castellana, autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos* (Madrid: Sucesores de Rivanedeyra, 1902). Atento a la alquimia de este compuesto y a sus posibles usos, lo define del siguiente modo: «Resultado de la desecación del jugo que se hace fluir por incisiones de las cabezas de las adormideras verdes. Es opaco, moreno, amargo y de olor fuerte característico, y se emplea como narcótico». De otro lado, demuestra Pagés un claro interés a la hora de elegir una hermosa cita que incluya el vocablo, pues toma de Calderón estos versos:

> Con la bebida, en efecto,
> que el opio, la adormidera
> y el beleño compusieron
> bajé a la cárcel.

También glosa nuestro lingüista una frase familiar, *dar el opio,* esto es, «ser una cosa de calidad tal que produzca admiración o deleite sumos». A modo de autoridad, incluye unas líneas debidas a Mariano de Cavia: «Mientras se restablece o no la normalidad constitucional, se preparan allí (en Barcelona) unas fiestas de la Merced que van a dar el opio».

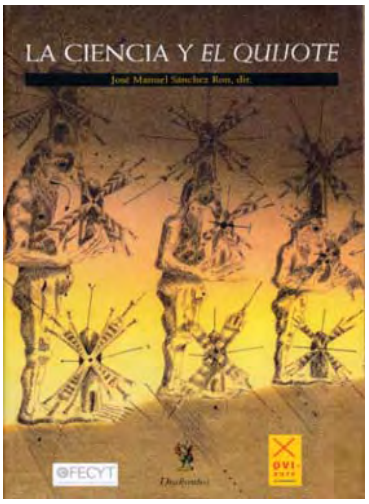
Siempre inquietos en su pesquisa etimológica, Henry Yule y Arthur C. Burnell también se interesan por el opio en su *Hobson-Jobson. The Anglo-Indian Dictionary* (1886; reeditado en 1996 por Wordsworth Editions Ltd. a partir de la versión de 1902). De acuerdo con el criterio de ambos, la voz procede del griego *opion,* dicho a la manera de Plinio. De ahí pasó al latín, pero también al árabe *(afyūn)* y de ahí al chino mandarín *(a-fu-yung)*. No hay duda de que se pronunció con frecuencia en esta última lengua, sobre todo si tenemos en cuenta que la droga de marras llegó a incitar en ese país una cruenta guerra, además de ser causante de continuas calamidades entre su población y de no pocos desastres diplomáticos.

Reproducido con autorización de *El Trujamán,*
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>).

La ciencia y el *Quijote*

Antonio Calvo Roy*

Sánchez Ron, José Manuel (dir.): ***La ciencia y el Quijote.*** Barcelona: Crítica, 2005; 285 páginas. ISBN: 84-8432-649-7. Precio: 24 euros. Autores: Antonio J. Durán Guardeño, Mariano Esteban Piñeiro, Pedro García Barreno, Nicolás García Tapia, María Luz López Terrada, Santos Madrazo, María Jesús Mancho Duque, Víctor Navarro Brotons, Javier Ordóñez, Fernando Pardos, Arturo Pérez Reverte, José Luis Peset, Javier Puerto, Julio Sánchez Gómez y Francisco J. Tapiador.



El pie derecho y otros agüeros varios están presentes en el *Quijote* casi hasta el mismo final, cuando el caballero y el escudero entran derrotados en su pueblo y, tras oír lo que el caballero considera un mal agüero, encuentran una liebre «seguida de muchos galgos y cazadores». Sancho la atrapa «a mano salva» y afea a don Quijote su miedo, pues «no es de personas cristianas ni discretas mirar en esas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros».[1]

Los agüeros, entonces, eran una parte del conocimiento, de la manera en la que las gentes trataban de comprender y explicar lo que pasaba. Y, cómo no, se hallan tan presentes en el *Quijote* como el resto de las ciencias, puesto que en el trabajo de Cervantes está la ambición de reflejar lo que sabe, lo que se sabe en su tiempo.

Y también la ambición de que su obra sea leída sin «necesidad de comento», algo que hoy ya no es posible. Y eso que, según el formidable bachiller Sansón Carrasco, la historia «es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen "allí va Rocinante"». Sin embargo, en 400 años hemos visto tantos cambios en nuestra comprensión del mundo, en la manera en que vemos lo que miramos, que ya no es posible comprender qué quiere decir Cervantes sin las muletas de los comentarios explicativos, tanto en el lenguaje, aunque menos, como en las costumbres y en los porqués de muchas de las cosas que pasan.

Y por si esa puerta no basta para entrar en el tema, acompáñele esta otra: de las diez veces que aparece la palabra *agüero* en el texto, tres de ellas hace referencia a Pedro Recio de Agüero, natural de Tierteafuera, médico de cabecera que maltrata al señor gobernador sin dejarle comer cosa de provecho y al que Sancho llama, con razón, «Pedro Recio de Mal Agüero» Como la medicina es una de las ciencias que más aparecen en el libro, por este Agüero y por los malos agüeros, hablemos de este libro colectivo, una buena manera de celebrar los cuatrocientos años de aquel otro.

La publicación de *La ciencia y el Quijote* es una buena noticia. Se trata de una guía para viajar seguro por el libro de libros; como cualquier guía para viajar a cualquier país, puede ser usada o no. Ni su uso garantiza el disfrute del viaje ni su ausencia el que uno se pierda irremisiblemente. Pero, sin duda, una buena guía nos descubre parajes que de otra manera no habríamos conocido, nos invita a detenernos donde parece que no hay nada para encontrar la sustancia escondida y, en definitiva, nos procura mayores goces en el itinerario; a lo menos, goces que no se gocen solo por vista de ojos.

De la medicina a la botánica, de las ciencias naturales al arte de la navegación, del invento de la espuela a los conocimientos geográficos, astronómicos, navales, matemáticos, gastronómicos, eólicos...; de todo es necesario hablar en esta obra, porque de todo habla don Quijote, y de todo como hombre discreto y con atinadas razones, a no ser de sus caballerías.

Claro que una cosa es hablar de algo y otra entender de verdad del asunto. Según asegura Javier Puerto en el capítulo «La Materia medicinal de Dioscórides, Andrés Laguna y el *Quijote*», «al soldado escritor y a su hidalgo les importa un auténtico bledo todo lo referente a la farmacología».[2] Bueno, a la ciencia farmacológica, que la farmacología por los pelos es ciencia que sí profesa el caballero andante, y ahí está el bálsamo de Fierabrás, o del Feo Blas, que dice Sancho, que no nos dejará mentir. En este capítulo, Puerto compara las obras y las vidas de Cervantes y Laguna, el médico autor del *Dioscórides,* y al que el *Quijote* cita, y llega a la conclusión, tras su exhaustivo análisis, de que Cervantes conocía el libro de oídas, pero no de leídas.

Y eso que don Quijote es maestro en la ciencia de la caballería, «tan buena como la de la poesía, y aún dos deditos más». Necesita saber la ciencia de la guerra, la de las estrellas (ciencia que también aprendió Sancho «cuando era pastor»), la poesía, «milagrosa ciencia», y, como digo, la farmacopeica capaz de alumbrar el bálsamo de Fierabrás. Todas ellas se las explica don Quijote a don Lorenzo, el hijo de don Diego, el Caballero del Verde Gabán, en el capítulo XVIII de la segunda parte. Un caballero andante ha de

* Periodista científico. Madrid (España). Dirección para correspondencia: acroy@inicia.es.

ser jurisperito, teólogo, médico, herbolario y astrólogo, y además ha de saber matemáticas, «porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas», nadar, herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, además de «otras menudencias»; «vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar a las más estiradas que en los gimnasios y escuelas enseñan».[3]

En lo que se refiere a las ciencias más caras a *Panace@,* destaca el artículo de Pedro García Barreno, que se adentra en «La medicina en el *Quijote* y en su entorno» y que regresa, en su minucioso análisis, al asunto de los agüeros: «durante los siglos XVI y XVII se produce, tanto en España como en el resto de Europa, una importante difusión de prácticas supersticiosas».[4] Se trata, en todo caso de una profunda incursión en el valor de la medicina en la época, una ciencia cuyo peso «en el conjunto de la actividad científica del siglo XVI era muy superior al que tiene hoy»,[5] según López Piñero, a quien cita García Barreno.

La importancia de los médicos en el *Quijote,* como en la vida misma, es notable. Esto, probablemente, no se deba solo a que Cervantes era hijo, como es sabido, de un barbero sangrador, un escalón bajo en el complicado escalafón sanitario de la época.

Y, dentro de la salud, la enfermedad mental ocupa en este libro un papel preponderante. José Luis Peset se ocupa de analizar la enfermedad mental, qué era y qué se tenía por enfermo mental en el Renacimiento y el Barroco. «El loco era, en el Antiguo Régimen, el personaje molesto, que no encajaba ni en el discurso cultural ni en la estructura social».[6]

Ya desde el principio de la novela, Cervantes aclara que al caballero «se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio».[7] Así se convirtió en Alonso Quijano el Bueno en don Quijote el Loco, porque, como cita Peset, esto produce «destemplanza humoral del resecamiento del cerebro, y la lesión imaginativa consiguiente».[8]

Este de la locura es un tema recurrente, y que le hace a Cervantes reflexionar sobre sus grados y maneras. Así, las molestias que se toman los duques que alojan al caballero y al escudero en la segunda parte para burlarse de don Quijote y a Sancho —incluido el convertir a un simple labrador en todo un gobernador— hacen reflexionar a Cervantes sobre quién es más loco, si don Quijote o los que tantos trabajos se toman para reírse de él. Y, como gobernador, Sancho el simple da tamañas lecciones que esos capítulos deberían ser lectura obligada para cualquiera que sobre alguien mande, porque este gobernador «ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran "Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza"»;[9] y lástima es que Cervantes no las escribiera ni dejara claro donde queda la ínsula Barataria para ir a buscarlas.

Sigue el libro por los caminos de la alimentación, capítulo a cargo de María Luz López Terrada, y es verdad que se trata de uno de los aspectos básicos de la obra, puesto que pocas son las comidas, cenas y condumios de todo tipo que deja de referir Cervantes. De los duelos y quebrantos del principio hasta la comida que comparten —aunque no se cuenta en qué consistía— don Quijote y Sancho con don Álvaro de Tarfe, el genial robo de Cervantes a Avellaneda, muchas y variadas son las cosas de comer que aparecen en la novela. Una obra en la que «los personajes se caracterizan y describen de acuerdo con lo que comen y cómo lo hacen, tanto su carácter como su pertenencia a un determinado grupo social».[10]

Tras tratar las cuestiones referentes a los molinos de viento y su tecnología, la minería y la metalurgia y la tecnología del caballo y el caballero en el trabajo escrito por Javier Ordóñez —una espléndida muestra de lo importante que es tener algo interesente que decir y decirlo bien (es lo que pasa con las obras corales, que permiten ver bien las diferencias de criterios, enfoques y maneras de resolver)—, *La ciencia y el Quijote* desemboca en su último capítulo, intitulado «La divulgación científica y sus repercusiones léxicas en la época de el *Quijote*», de María Jesús Mancho Duque.

En este texto —reproducido íntegramente en el presente número de *Panace@* (pág. 285.)— se adentra Mancho Duque en una reflexión sobre el creciente léxico científico de la época y el uso que de él hace Cervantes. Destaca la autora el uso de términos náuticos, asunto del que también habla Arturo Pérez-Reverte en otro capítulo. Se trata, como el resto del libro, de una buena guía de campo, de un manual de uso del *Quijote* que ayuda a saber qué estamos leyendo.

Estamos, en definitiva, ante un buen libro, útil y entretenido. Y del que cada uno podrá sacar mayor o menor provecho según de sus propias inclinaciones y gustos. No hay tantas novelas, después de todo, que mejoren con cada relectura, a las que sea posible sacarles nuevo y delicioso jugo cada vez. Y este libro sobre las entrañas científicas de Cervantes y su tiempo ayuda a sazonar una nueva cocción, a sacar más provecho del festín que supone enfrentarse al *Quijote*, a don Quijote.

Notas

1. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 1095. Para esta cita, y para el resto de las citas del *Quijote,* utilizo la edición de Castilla-La Mancha, al cuidado de Francisco Rico (2005).
2. *La ciencia y el Quijote*, pág. 150.
3. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 683.
4. *La ciencia y el Quijote*, pág. 160.
5. Ídem, pág. 161.
6. Ídem, pág. 181.
7. *Don Quijote de la Mancha*, págs. 29-30
8. *La ciencia y el Quijote*, pág. 183.
9. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 946.
10. *La ciencia y el Quijote*, pág. 191.

Bibliografía escogida sobre Cervantes y la medicina

Redacción de *Panace@*

Alonso, I.; Bartual, R.; González, J. F.; Jiménez, F.; Martínez, A.; Mora, F.; Orero, A.; Portera, A.; Ribera, J. M.: *El envejecimiento en y desde el Quijote*. Madrid: Ars Medica, 2005; 228 págs. [Véase entremés en la pág. 350.]

Alonso Fernández, Francisco: «Don Quijote, un loco lúcido». Madrid: Real Academia Nacional de Medicina, sesión científica del 26 de octubre del 2004. [Resumen en <http://ranm.insde.es/sesiones/conf2004102601.htm>.]

— *El Quijote y su laberinto vital*. Madrid: Anthropos, 2005; 205 págs.

Arias de la Canal, Fredo: «Intento de psicoanálisis de Cervantes». En: *El Quijote de Benjumea*. Barcelona: Rondas, 1986; VII-XXXI.

— «La locura de Cervantes», *Norte* (México), 1975; (266): 49-57.

Bailón Blancas, José Manuel: «Una visión psiquiátrica del Quijote», *Previsión* (Madrid), 1992; 68: 26-30.

— *Historia clínica del caballero don Quijote*. Madrid: Fernando Plaza del Amo, 1993; 123 págs.

— «Un modelo de depresión neurótica en la obra de Cervantes: "El curioso impertinente"». En: Giuseppe Grilli (dir.): *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Nápoles, 1994; 461-484.

Barcia Salorio, D.; Gayral, L.: «Sobre la realidad clínica de "El licenciado Vidriera", de Miguel de Cervantes», *Psicopatología* (Madrid), 1988; 8: 237-245.

Bartra, Roger: «Melancolía y cristianismo: sobre la tristeza de don Quijote». En: *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama, 2001.

Bartrina, Jesús: *Reflexiones médico-psicológicas acerca del Quijote*. Valencia: Universidad Literaria de Valencia, 1905.

Beá, Josep; Hernández, Víctor: «Don Quixote: Freud and Cervantes», *International Journal of Psychoanalysis* (Londres), 1984; 65: 141-153.

Bénézech, M.: «Don Quichotte de la Manche: manie délirante, paraphrénie fantastique ou psychose passionnelle?», *Annales Médico-Psychologiques* (París), 1998; 156: 331-336.

Blumenfeld, Walter: «Don Quijote y Sancho como tipos psicológicos», *Revista de las Indias* (Bogotá), 2.ª época, 1942; (38): 338-368.

Buylla, Arturo: «Enfermedad cerebral de don Quijote», *Nuestro Tiempo* (Pamplona), 1905; (55): 28-39.

Caballero Palacios, Horacio: *El pensamiento médico en Don Quijote*. San Luis de Potosí: edición del autor, 1977; 171 págs.

Cabanès: «Cervantès psychiatre«. En: *Médecins amateurs*. París: Albin Michel, 1932; 35-52.

Castilla del Pino, Carlos: *Cordura y locura en Cervantes*. Barcelona: Península, 2005; 121 págs. [Véase reseña en la pág. 348.]

Castillo de Lucas, A.: «Tres cuentos de locos en *El Quijote* (ensayo de interpretación psiquiátrica)», *Medicamenta* (Madrid), 1954; 21: 174-176.

Castillo Nájera, Francisco: «Cardenio: psico-análisis», *Memorias de la Academia Mexicana* (México), 1955; 12: 186-200.

Cavanillas Ávila, Luis: *La medicina en el Quixote*. Madrid: Gráficas Martín, 1958.

Chiappo, L.: «La última melancolía de Alonso Quijano, el Bueno», *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* (Buenos Aires), 1994; 40: 69-76.

Comenge, Luis: «Cervantes y la medicina», *Gaceta Médica Catalana* (Barcelona), 1905; (673): 385-391; (674): 423-430; (675): 458-464.

Corral Márquez, Rosana; Tabarés Seisdedos, Rafael: «Aproximación psicopatológica a *El Quijote* (según la nosología psiquiátrica actual)», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 2003; 22 (85): 27-57. <www.asocaen.es/web/docs/RevAEN85.pdf>

Correa Fernández, Antonio: «Las ciencias médicas en tiempo de Miguel de Cervantes Saavedra». En: *Sesión solemne que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid dedica al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid: Imprenta Hijos de J. A. García, 1905; 203-221.

Cortejoso, Leopoldo: «Biología y patología en las páginas de *Don Quijote de la Mancha*», *Clínica y Laboratorio* (Zaragoza), 1960; 70: 231-240.

Couleon, Henri: «L'étrange folie de don Quichotte: Cervantès et la psychiatrie», *Annales Médico-Psychologiques* (París), 1964; 122:555-566.

David-Peyre, Yvonne: «L'observation psycho-pathologique et la fiction dans la folie de Don Quichotte». En: *Hommage à Amédé Mas*. Poitiers: PUF, 1972; 59-73.

De Iriarte, Mauricio: «El ingenioso hidalgo y el *Examen de Ingenios*: qué debe Cervantes al doctor Huarte de San Juan», *Acción Española*, 1933; 7: 445-458, 535-547.

— «El Examen de ingenios y El ingenioso hidalgo». En: *El doctor Huarte de San Juan y su «Examen de ingenios». Contribución a la historia de la psicología diferencial* (3.ª edición). Madrid: CSIC, 1948; 311-332.

De Paso y Fernández Calvo, José: *Las enseñanzas del Quijote con relación a la higiene*. Granada: Ventura López, 1905; 12 págs.

Deutsch, Helene: «Don Quijote und Donquijotismus», *Almanach der Psychoanalyse*, 1935; 10: 151-160. [Versión inglesa: «Don Quixote and Don Quixotism», *Psychoanalytic Quarterly*, 1937; 6: 215-222.]

Dieckhöfer, K.: «Der Lizenziat Vidriera: Ein Beitrag zur Psychopathologie künstlerischen Schaffens bei Cervantes», *Schweizer Archiv für Neurologie, Neurochirurgie und Psychiatrie* (Zúrich), 1974; 114: 357-365.

Dieckhöfer, K.: «Die Bedeutung der Psychopathologie in cervantinischer Dichtkunst», *Medizinische Monatsschrift* (Stuttgart), 1975; 29: 369-371.

Dieckhöfer, K.: «Die Novelle "Der eifersüchtige Estremadurer", ein Beispiel cervantinischer Psychopathologie», *Schweizer Archiv für Neurologie, Neurochirurgie und Psychiatrie* (Zúrich), 1975; 116: 149-154.

Echeverría, José: «Don Quijote y su locura: visión de un hispanoamericano», *Revista de Estudios Hispánicos* (Puerto Rico), 1994; 21: 271-276.

Edelstein, Ludwig: «Sydenham and Cervantes», *Bulletin of the History of Medicine* (Baltimore), 1944; supl. 3: 55-61.

El Saffar, Ruth; De Armas Wilson, Diana: *Quixotic desire: psychoanalytical perspectives on Cervantes*. Londres: Cornell University, 1993; 332 págs.

Escardó, Florencio: *Sydenham y Don Quijote*. Buenos Aires: Santiago Rueda, 1958.

Escobar Manzano, Fernando: *Huarte de San Juan y Cervantes en la locura de D. Quijote de la Mancha. Breve estudio clínico psico-somático* [discurso de apertura]. Granada: Universidad de Granada, 1949; 39 págs.

Fernández Sanz, Enrique: *Dos locos literarios: Hamlet y Don Quijote* [discurso] Madrid: Real Academia de Medicina, 1940.

Galindo, Miguel: *La razón de la sin razón: estudio médico-psicológico de la locura en Don Quijote*. Colima: Talleres de Imprenta, 1918; 116 págs.

García Barreno, Pedro: «La medicina en el Quijote y en su entorno». En: José Manuel Sánchez Ron (dir.): *La ciencia y el Quijote*. Barcelona: Crítica, 2005; 155-179.

García Gibert, J.: *Cervantes y la melancolía*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1997; 306 págs.

García Ruiz, P. J.; Gulliksen, L.: «Did Don Quixote have Lewy body disease?», *Journal of the Royal Society of Medicine* (Londres), 1999; 92: 200-201.

García Soormally, Mina: *Magia, hechicería y brujería: entre La Celestina y Cervantes* [tesis doctoral]. Málaga: Universidad de Málaga, 2002.

Garrote Pérez, Francisco: *La naturaleza en el pensamiento de Cervantes*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1979; 170 págs.

Gedo, John E.; Wolf, Ernest S.: «Freud's Novelas Ejemplares». En: John E. Gedo y George H. Pollock (dirs.): *Freud: the fusion of science and humanism*. Psychological Issues, monograph 34/35. Nueva York: International Universities Press, 1976; 87-111.

Gendreaux-Massaloux, Michèle: «Los locos de amor en el Quijote: psicopatología y creación cervantina». En: M. Criado de Val, dir. *Cervantes: su obra y su mundo*. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes. Madrid: EDI 6, 1981; 687-691.

Genil-Perrin, D.; Lebreuil, Madeleine: «Don Quichotte paranoïaque et le bovarysme de don Quichotte», *Mercure de France*, 1935; 262 (892): 45-57.

Gómez Ocaña, José: «Historia clínica de Cervantes», *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*; 1899; (junio): 8.

— *Las 141 veces que Cervantes mienta el corazón en el Quijote*. Madrid: Gaceta, 1904.

— *Vie de Miguel Cervantès Saavedra: étude physiologique* (tradución de H. Sanglier-Lamarck). París: Georges Cres, 1917; 114 págs.

— *Ensayo sobre los tipos psicosomáticos de El Quijote*. Madrid: Enrique Teodoro, 1931.

Górriz, Mariano: «Cervantes psicólogo y psiquiatra», *Universidad* (Panamá), 1947; 27: 81-102.

Goyanes Capdevila, José: *Tipología de El Quijote. Ensayo sobre la estructura psicosomática de los personajes de la novela*. Madrid: Aguirre, 1932; 297 págs.

— *De la biotypologie de Don Quichotte et de Sancho Panza*. París: L'Expansion Scientifique Française, 1934.

Gracia Guillén, Diego: «Discretas locuras: variaciones en torno al tema de la locura de don Quijote». En: Real Academia Nacional de Medicina: *III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina*. Madrid: RANM, 2005; 139-158.

Grinberg, León; Rodríguez, Juan Francisco: «The influence of Cervantes on the future creator of psychoanalysis», *International Journal of Psychoanalysis* (Londres), 1984; 65: 155-168. [Versión española: «La influencia de Cervantes sobre el futuro creador del psicoanálisis», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1987-1988; 25-26: 157-176.]

Gutiérrez-Noriega, Carlos: «Contribución de Cervantes a la psicología y a la psiquiatría», *Revista de Neuropsiquiatría* (Lima), 1944; 7: 149-193.

— «La contribución de Miguel de Cervantes a la psiquiatría», *Cuadernos Americanos* (México), 1944; 3 (3): 82-92.

— «La personalidad y el carácter en la obra de Cervantes», *Revista de Neuropsiquiatría* (Lima), 1947; 10: 516-541.

Heiple, Daniel L.: «Renaissance medical psychology in Don Quijote», *Ideologies and Literature* (Mineápolis), 1979; 2 (9): 65-72.

Hernández Aguado, Ildefonso: «El Quijote y la mala fama de la prevención», *Gaceta Sanitaria* (Barcelona), 2005; 19: 420.

Hernández Morejón, Antonio: *Bellezas de medicina práctica, descubiertas por D. Antonio Hernández Morejón en el Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel Cervantes Saavedra*. Madrid: Tomás Jordán, 1836. www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/06925030999569406317857/index.htm. [Se publicó también una versión francesa: *Étude médico-psychologique sur l'histoire de Don Quichotte*. París, 1862.]

Hernández Nieto, L.: *Sangre y sus enfermedades en el Quijote: divertimento literario médico*. Zaragoza: Revista Sangre, 1992.

Hilborn, Harry W.: «Lo subconsciente en la psicología de Sancho Panza». En: Karl-Hermann Körner y Klaus Rühl (dirs.): *Studia Iberica: Festschrift für Hans Flasche*. Berna y Múnich: Francke, 1973; 267-280.

Iranzo, A.; Santamaría J.; De Riquer, M.: «Sleep and sleep disorders in Don Quixote», *Sleep Medicine*, 2004; 5: 97-100.

Jáureguy, Miguel Á.: «Entrevistas de médicos y el Quijote:

las horas dolorosas del Quijote», *Revista Nacional* (Uruguay), 1962; 55 (163): 46-62.

Johnson, Carroll B.: *Madness and lust: a psychoanalytical approach to "Don Quixote"*. Berkeley: University of California, 1983; 230 págs.

— «Psychoanalysis and Don Quixote». En: Richard Bjornson, dir. *Approaches to teaching Cervantes' "Don Quixote"*. Nueva York: MLA, 1984; 104-112.

Juarros Ortega, César: *La locura de don Quijote* [conferencia]. Madrid: López del Horno, 1916.

King, Charles R.: «Read Don Quixote». *The Pharos of Alpha Omega Alpha Honor Medical Society* (Menlo Park), 1995; 58 (3): 24-28.

Kirchner, Nora I.; Laurenti, Joseph L.; Kirchner, John H.: «Don Quijote de la Mancha: a study in classical paranoia», *Annali* (Nápoles), 1967; 9 (2): 275-282.

Laín Entralgo, Pedro: «Harvey y Don Quijote» y «Don Quijote, enfermo». En: *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*. Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas, 1948; 376-379.

Larraín A., Camilo: Pica en «Don Quijote». *Revista Médica de Chile* (Santiago), 2005; 133: 609-611.

Lasala, Manuel: *La locura en don Quijote*. Castellón de la Plana: Barberá y Bastida, 1905.

Libert, Lucien: *La folie de don Quichotte. Un cas littéraire de délire d'interprétation*. París: Steinheil, 1909; 167 págs.

Logre, B. J.: «La folie de Don Quichotte», *Quest-Médical* (París), 1956; 9: 761-767.

López Alonso, Antonio: *Molimientos, puñadas y caídas acaecidos en el Quijote*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1996; 181 págs.

— *Cervantes: manco y bien manco*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1997; 225 págs.

— *Enanos en el Quijote, en la historia, en la medicina y en el arte*. Madrid: López Alonso, 1999; 140 págs.

— *Enanos en el Quijote y en el arte*. Madrid: Irreverentes, 2005; 160 págs. [Véase entremés en la pág. 348.]

López Méndez, Harold: *La medicina en el Quijote*. Madrid: Quevedo, 1969; 413 págs.

López Méndez, Harold: «La medicina en el Quijote», *Actas Luso-Españolas de Neurología y Psiquiatría* (Madrid), 1971; 30: 35-44.

Louveau, E.: *De la manie dans Cervantès* [tesis doctoral]. Montpellier, 1876.

Martínez González, Francisco: *Cervantes en medicina. Del estudio de El Quijote ¿se desprende que su autor tenía conocimientos médicos?* Madrid: Baena, 1905; 67 págs.

Martínez Torrón, Diego: «La locura de don Quijote: ideología y literatura en la novela cervantina», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1998; 34: 23-36.

Megía y Alfonso, Tomás: «Consideraciones médicas sobre la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha». En: *Sesión solemne que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid dedica al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid: Imprenta Hijos de J. A. García, 1905; 241-252.

Molho, Maurice: «Para una lectura psicológica de los cuentecillos de locos del segundo Don Quijote», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 1991; 11: 87-98.

Montaldó y Peiró, Federico: *Las enseñanzas del Quijote (en medicina)*. Madrid: Cuartel General de la Armada, 1877.

Montero Reguera, José: «Mujer, erotismo y sexualidad en el Quijote», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1994; 32: 97-116.

Montes Santiago, Julio: «Miguel de Cervantes: saberes médicos, enfermedades y muerte», *Anales de Medicina Interna* (Madrid), 2005; 22: 293-297.

Montiel, Luis: «Verdad existencial y sana razón: más sobre la locura de don Quijote». En: *Historia y medicina en España. Homenaje al profesor Luis S. Granjel*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1994; 119-126.

Moraga Ramos, Isaías: «Salud, enfermedad y muerte en el Quijote». *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Nápoles, 1991; 337-352.

Mosera, Rubens: *«Don Quijote de la Mancha» y la medicina*. Montevideo: Prisma, 1985; 49 págs.

Na Song, Joo: *La vejez en las novelas de Miguel de Cervantes, Lope de Vega y Tirso de Molina* [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Complutense, 1994.

Olmeda, Mauro: «El ingenio de Cervantes y la locura del Quijote». En: *El ingenio de Cervantes y la locura de don Quijote* (2.ª edición). Madrid: Ayuso, 1973; 242-261.

Olmedilla y Puig, Joaquín: *Cervantes, en ciencias médicas: brevísimas consideraciones acerca de sus conocimientos en este asunto*. Madrid: Revista de Medicina y Cirugía, 1905; 28 págs. [Reproducido en: *III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina*. Madrid: RANM, 2005; 105-127.]

Olóriz Aguilera, Federico: «Caracteres físicos de los personajes de El Quijote» [discurso]. Madrid, 1905. [Reproducido en: *III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina*. Madrid: RANM, 2005; 31-50.]

Osterc, Lúdovik: «Cervantes y la medicina». Recogido en: *Portal del Hispanismo*. <http://hispanismo.cervantes.es/documentos/0001/ostercVI.pdf>

Panace@: Boletín de Medicina y Traducción, 2005, vol. 5, 21-22 (septiembre-diciembre). Número monográfico dedicado al cuarto centenario del Quijote. <www.medtrad.org/panacea.html>.

Peleg, Roni; Tandeter, Howard; Peleg, Aya: «The medical Cervantes», *Canadian Medical Association Journal – Journal de l'Association Médicale Canadienne* (Ottawa), 2001; 165: 1.623-1.624.

Peña y Lillo, Sergio: «La locura del Quijote», *Revista Médica de Chile* (Santiago), 1999; 127: 89-93.

Pérez, Núria: «Don Quixote's diagnoses: an historical approach», *Science, Fiction and Science-Fiction*, 7 de noviembre del 2003. <www.fictionethics.org/aps/Paper/11>

Peset, José Luis: «Melancólicos e inocentes: la enfermedad mental entre el Renacimiento y el Barroco». En: José Manuel Sánchez Ron (dir.): *La ciencia y el Quijote*. Barcelona: Crítica, 2005; 181-188.

Peset, José Luis; Almela Navarro, Manuel: «Mesa y clase en el Siglo de Oro español: la alimentación en el Quijote», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 1975; 14: 245-259.

Pestel, M.: «L'étrange psychose de don Quichotte: essai sur un idéalisme engagé», *La Presse Médicale* (París), 1964; 72: 3.407-3.412.

Pi i Molist, Emili: *Primores del Don Quijote en el concepto médico-psicológico y consideraciones generales sobre la locura*. Barcelona: Imprenta Barcelonesa, 1886.

Plata Mújica, Carlos: «Algunas ideas en relación al psicoanálisis aplicado y del Quijote y Sancho». Academia Nacional de Medicina de Colombia. <www.encolombia.com/medicina/academedicina/academ25363-psicoanalisis.htm>.

Presas y Morales, Manuel Jacinto: *Estudio sobre la locura de D. Quijote*. Matanzas, 1866.

Puerto, Javier: «La Materia medicinal de Dioscórides, Andrés Laguna y el Quijote». En: José Manuel Sánchez Ron, dir.: *La ciencia y el Quijote*. Barcelona: Crítica, 2005; 141-154.

Ramón y Cajal, Santiago: *Psicología de don Quijote y el quijotismo* [discurso]. Madrid: Noya, 1905; 14 págs. [Reproducido en: *La psicología de los artistas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1954.]

Rauhut, Franz: «Consideraciones psicológicas sobre la Gitanilla y otras "novelas" cervantinas», *Anales Cervantinos* (Madrid), 1953; 3.

Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona: *A Cervantes*. Barcelona: La Académica, 1905; 88 págs.

Restrepo, José Miguel: «Médico y medicina en Cervantes». *Universidad de Antioquia*, 1961; 37: 255-279.

Reverte Coma, José Manuel: *La antropología médica y el Quijote* (2.ª edición). Madrid: Rueda, 1980; 199 págs. [Existe una versión electrónica en línea, sin fecha: <www.ucm.es/info/museoafc/home.html>.]

— «Antropología médica del Quijote» [serie coleccionable], *Previsión* (Madrid), 1991-1992 (números 55-70).

Rey Ardid, R.: «Visión psiquiátrica de la obra de Cervantes». En: *I Congrés Internacional d'Història de la Medicina Catalana* (tomo III). Barcelona, 1971; 213-215.

Riquelme Salar, José: *Consideraciones médicas sobre la obra cervantina. Enfermedad y últimos momentos de Cervantes*. Madrid: Pablo López, 1947; 137 págs.

Rodríguez Fraile, José Ramón; De Miguel, A.; Yuste, A.: «El dolor agudo en el Quijote», *Revista Española de Anestesiología y Reanimación* (Barcelona), 2003; 50: 346-355. [www.sedar.es/restringido/2003/n7_2003/346-355.pdf]

Rof Carballo, Juan: «Sancho y don Quijote». En: *Medicina y actividad creadora*. Madrid: Revista de Occidente, 1964.

Royo Villanova, Ricardo: *La locura de don Quijote*. Zaragoza: Casañal, 1905. [Reproducido en: *III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina*. Madrid: RANM, 2005; 75-104.]

— *Don Quijote, licenciado en medicina*. Zaragoza: Casañal, 1916.

Sáenz-Santamaría, M.ª Carmen; García-Latasa, Francisco J.; Gilaberte, Yolanda; Carapeto, Francisco J.: «Dermatologic diseases in Don Quixote: skin conditions from Cervantes' pen», *International Journal of Dermatology* (Filadelfia), 1995; 34: 212-215.

Salillas, Rafael: *Un gran inspirador de Cervantes: el doctor Juan Huarte*. Madrid: Imp. de Eduardo Arias, 1908; 162 págs.

Sánchez Castañer, Francisco: «La locura en don Quijote», *Mediterráneo* (Valencia), 1950; 1-33.

Sánchez Granjel, Luis: «Los médicos ante el Quijote», *Medicina e Historia* (Barcelona), 1976; (53).

— «Lectura médica del Quijote». En: Real Academia Nacional de Medicina: *III y IV centenario de El Quijote en la Real Academia Nacional de Medicina*. Madrid: RANM, 2005; 159-173.

Schiaffino, Rafael: «La medicina en los libros de caballería andante», *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina* (Buenos Aires), 1943; 6: 225-244.

Simini, Bruno: «Miguel de Cervantes, hydropsy, and Thomas Sydenham», *British Medical Journal* (Londres), 2001; 323: 1.293.

Tenenbaum, L.: «Cervantes, Don Quijote y los dientes», *Acta Odontológica*, 1986; 24: 51-56.

Urzaiz, Eduardo: «Don Quijote in the light of psychiatry», *Inter-America* (Nueva York), 1923; 6: 164-172.

— *Exégesis cervantina*. Mérida: Universidad de Yucatán, 1950; 116 págs.

Vallejo Nágera, Antonio: «Cervantes y la psiquiatría». En: *Literatura y psiquiatría*. Barcelona: Barna, 1950; 19-66.

— *Apología de las patografías cervantinas* [discurso]. Madrid: Góngora, 1958; 41 págs.

Villanueva Edo, A.: «La medicina en la obra de Cervantes», *Gaceta Médica de Bilbao* (Bilbao), 1979; 76: 271-286.

Villechauvaix, J.: *Cervantes, malade et médecin* [tesis doctoral]. París: Société d'Éditions Scientifiques, 1898.

Weygandt, Wilhelm: «Don Quijote des Cervantes im Lichte der Psychopathologie», *Zeitschrift für Neurologie und Psychiatrie*, 1936; 154: 159-185.

Fuentes de la medicina española

M.ª Nieves Sánchez González de Herrero*

Ketham, Johannes de: ***Compendio de la humana salud*** (estudio y edición de M.ª Teresa Herrera). Madrid: Arco Libros, 1990; 264 páginas. ISBN: 84-7635-091-0. Precio aprox.: 14 euros.

Gordonio, Bernardo de: ***Lilio de medicina*** (2 volúmenes; estudio y edición de Brian Dutton y M.ª Nieves Sánchez). Madrid: Arco Libros, 1993; 1592 páginas. ISBN: 84-7635-124-0. Precio aprox: 74 euros.

Taranta, Velasco de; Licenciado Forés; Álvarez, Fernando; Álvarez Chanca, Diego: ***Tratados de la peste*** (estudio y edición de M.ª Nieves Sánchez). Madrid: Arco Libros, 1993; 216 páginas. ISBN: 84-7635-123-2. Precio aprox.: 12 euros.

La sinonima de los nonbres delas medeçinas griegos e latynos e arauigos (estudio y edición de Guido Mensching). Madrid: Arco Libros, 1994; 408 páginas. ISBN: 84-7635-151-8. Precio aprox.: 19 euros.

Tratado de patología (estudio y edición de M.ª Teresa Herrera y M.ª Nieves Sánchez). Madrid: Arco Libros, 1997; 944 páginas. ISBN: 84-7635-249-2. Precio aprox.: 53 euros.

Aviñón, Juan de: ***Sevillana medicina*** (introducción, edición, versión y notas de José Mondéjar). Madrid: Arco Libros, 2000; 553 páginas. ISBN: 84-7635-402-9. Precio aprox.: 36 euros.

Diccionario de Juan Alonso y de los Ruyzes de Fontecha (estudio y edición crítica de M.ª Purificación Zabía Lasala). Madrid: Arco Libros, 1999; 380 páginas. ISBN: 84-7635-373-1. Precio aprox.: 34 euros.

La colección Fuentes de la Medicina Española se inició en 1990 con la publicación de la traducción al castellano del *Compendio de la humana salud,* de Johannes de Ketham, en edición de María Teresa Herrera, directora de la colección y del proyecto en el que surgió. En efecto, unos años antes, María Teresa Herrera, entonces profesora del Departamento de Lengua Española en la Universidad de Salamanca, comenzó a dirigir un equipo de filólogos con la intención de elaborar un diccionario de tipo histórico basado en los primeros textos médicos en nuestra lengua.* Este proyecto enlazaba con otro más amplio, concebido en el Hispanic Seminary of Medieval Studies, con sede en esas fechas en la Universidad de Wisconsin (Madison), donde John Nitti se encargó de diseñar el trabajo y de elaborar las herramientas informáticas necesarias; comenzó así, a mediados de los ochenta, una colaboración que se prolongó varios años y que resultó, sin duda, fructífera.

El objetivo final del trabajo era fundamentalmente lexicográfico, y las personas que participamos pertenecíamos al campo de la filología, románica, hispánica y árabe, hecho que no debe perderse de vista a la hora de considerar el planteamiento y los resultados; por supuesto que acudimos con frecuencia a historiadores de la ciencia y a médicos de distintas especialidades, sin cuya colaboración la tarea habría resultado imposible, pero se trataba de un proyecto de filólogos interesados sobre todo en la historia de la lengua.

Durante los primeros años, el trabajo se centró en la recogida del corpus y la transcripción de las fuentes. Finalmente, el corpus quedó constituido por treinta tratados, datados la mayoría en el siglo XV, alguno en los comienzos del XVI, que fueron editados en versión paleográfica por filólogos españoles y estadounidenses en la colección de microfichas del Hispanic Seminary.

De acuerdo con los planteamientos de este centro, en el caso de que alguno de los textos nos hubiera llegado en más de una versión, había que seleccionar una sola. Este hecho, unido a la dificultad que supone la lectura en formato de microficha y a la consideración del interés de los tratados para la historia de la medicina y la historia de la lengua, animó a María Teresa Herrera a proponer al director de la editorial Arco Libros la publicación de la colección; porque esta fue la idea que la hizo nacer: poner en manos de los historiadores de la lengua y de la ciencia una serie de textos que podían resultar útiles para el avance del conocimiento en sus respectivos campos. Y precisamente porque los destinatarios fundamentales podían pertenecer a dos disciplinas diferentes, se decidió ofrecer los textos en dos versiones: una semipaleográfica, destinada a los historiadores de la lengua,[2] y otra ligeramente actualizada, cuya lectura resultara asequible a los historiadores de la ciencia no familiarizados con el léxico y la sintaxis medievales.

Con estos planteamientos y objetivos comenzó la colección, con la edición antes citada del texto de Johannes de Ketham *Compendio de la humana salud,* traducción al castellano del *Fasciculus medicinae,* obra que resume distintos textos médicos, quirúrgicos y recetas, motivo por el que L. García Ballester la incluye en el género médico literario de los *florilegios,* que gozó de gran éxito en Europa, sobre todo a partir de la aparición de la imprenta.[3] La edición de María Teresa He-

* Departamento de Lengua Española, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: dimes@gugu.usal.es.

rrera tomó como base la impresa en Zaragoza en 1494, conservada en la Biblioteca Nacional (I-51), sobre la que reflejó las variantes lingüísticas de otro incunable, impreso en Pamplona un año después y conservado igualmente en la Biblioteca Nacional (I-1335). Desde el punto de vista lingüístico, y tal y como destacó la autora de la edición, es interesante la comparación, porque el incunable de Zaragoza contiene una serie de vocablos claramente orientales, aragoneses y catalanes, que la versión de Pamplona sustituye por los correspondientes castellanismos. En la parte final se recogen las enfermedades por orden alfabético, junto con una pequeña explicación de los síntomas y la cura aconsejada, lo que la convierte en un breve diccionario de los nombres medievales de enfermedades. Además, el estudio llevado a cabo permite comprobar cómo trabajaban los traductores de textos médicos de la época, interviniendo en el texto que traducían para ofrecer aclaraciones al lector, modificando para adaptarse a la realidad inmediata o bien omitiendo la información que no consideraban importante o no resultaba comprensible.

En 1993 se publicaron dos nuevos títulos, los *Tratados de la peste* y el *Lilio de medicina,* que contienen textos de temas distintos, muy difundidos en el occidente europeo medieval.

Bajo el título *Tratados de la peste* se agruparon cuatro tratados breves, de finales del siglo XV y comienzos del XVI, centrados en torno a un tema común que preocupó mucho en la época en que se publicaron por las consecuencias inmediatas que acarreaba: las enfermedades de carácter epidémico. De los cuatro, posiblemente el más conocido sea el de Vasco o Velasco de Taranta, portugués de la escuela de Montpellier, cuyo epítome se publicó en Barcelona en 1475 traducido al catalán; la versión castellana se insertó en el *Compendio de la humana salud,* de Johannes de Ketham, por lo que su edición se basó en los mismos incunables señalados en la publicación anterior; también en este caso la edición de Zaragoza contiene algunas voces dialectales aragonesas, o de uso preferentemente oriental en la época, que en la versión de Pamplona se sustituyen por castellanismos. En cuanto al contenido, el autor recoge las causas y los síntomas de las enfermedades epidémicas, haciendo especial hincapié en la manera de prevenirlas y curarlas. Los otros tres tratados, debidos al Licenciado Forés, a Fernando Álvarez y a Diego Álvarez Chanca, fueron publicados en los primeros años del siglo XVI, aunque continúan inmersos en la tradición medieval, y contienen sobre todo, de manera más o menos extensa y ordenada según los casos, una serie de pautas y consejos para prevenir o curar este tipo de enfermedades.

El segundo de los textos publicados en 1993 fue el *Lilio de medicina,* de Bernardo de Gordonio, obra extensa que ocupó dos volúmenes y de cuya edición nos encargamos Brian Dutton y yo. La *Practica dicta Lilium medicine,* la obra más conocida de Bernardo de Gordonio, escrita entre 1303 y 1305, es un manual muy completo para su época en el que el autor trata de reflejar el arte de diagnosticar y curar todas las enfermedades comunes. El tratado, muy ordenado, y estructurado, como los pétalos del *lilio,* en siete libros, revisa las enfermedades siguiendo el orden habitual, de la cabeza a los pies, con un esquema fijo que empieza por la definición y la descripción de la enfermedad, continúa con las causas, los síntomas, el pronóstico y la cura, y termina habitualmente con una aclaración en la que se resuelven posibles dudas del lector sobre lo dicho o se comentan las distintas opiniones de las autoridades médicas precedentes, a las que el autor suele contraponer su propia experiencia. Posiblemente, este carácter tan pedagógico del texto hizo que fuera una ayuda importante para muchos estudiantes de Medicina durante siglos, y de hecho se trata de uno de los textos médicos más difundidos por Europa en la Edad Media y aun con posterioridad, por lo que tiene un interés especial para la historia de la medicina. La edición parte de la traducción castellana de 1495 conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid (I-315).

De carácter muy diferente al resto de los textos editados en la colección es la *Sinonima de los nonbres delas medeçinas griegos e latynos e arauigos*, obra lexicográfica del siglo XIV, publicada en 1994, que recoge, mediante un vocabulario de sinónimos (latino-griego-árabe-castellano), 2265 artículos pertenecientes al campo médico-farmacológico-botánico.[4] El texto nos ha llegado en dos manuscritos que fueron objeto de una edición crítica rigurosa, detallada y precisa, realizada por Guido Mensching, acompañada de una introducción y un glosario sumamente útiles. El profesor Mensching muestra que entre las fuentes de esta *Sinonima* se hallan dos obras lexicográficas fundamentales de la materia médica en la Baja Edad Media: el vocabulario de sinónimos *Alphita,* representante de una tradición terminológica de orientación grecolatina, y el índice de la traducción latina del *Canon* de Avicena, marcado por sus arabismos. Nos hallamos, pues, como señala el editor, ante un testimonio valioso de la historia de la ciencia y de la lengua en la península Ibérica y, desde luego, ante una obra de consulta imprescindible para todo aquel que precise algún tipo de información o conocimiento sobre el léxico de la botánica y la farmacia medievales.

En 1997 apareció el *Tratado de patología,* texto acéfalo y anónimo, que nos ha llegado en un único manuscrito, el 10051, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. La copia es del siglo XV, pero probablemente, como ha apuntado en fechas recientes C. Vázquez de Benito, se trata de un texto anterior, del siglo XIV, basado fundamentalmente en la traducción de los libros tercero y cuarto del *Canon* de Avicena, aunque de manera secundaria también incorpora otras fuentes árabes. De nuevo nos encontramos ante una descripción de las distintas enfermedades que pueden afectar al hombre, enumeradas de la cabeza a los pies, con la descripción de sus síntomas, las causas y los remedios, si bien el esquema es mucho menos sistemático y ordenado que en el *Lilio,* y la extensión de la obra, menor. Son muchos los interrogantes aún pendientes sobre el posible autor o traductor de la obra, que quizá no se lleguen a aclarar nunca. Luis García Ballester, a partir de algunos datos del texto, apuntó la posibilidad de que el autor fuera un médico mudéjar aragonés del siglo XV,[5] pero no podemos afirmar nada. Su dependencia directa de fuentes árabes lo convierte en un texto especial para el estudio de la historia de nuestra lengua y de la configuración del lenguaje científico, pues, además de presentar glosas en caracteres árabes, contiene una abundante terminología resultado de transliteraciones directas y un número significativo de calcos semánticos del árabe.

El último de los textos publicado, en el año 2000, fue la *Sevillana medicina,* de Juan de Aviñón, editada por José Mondéjar. La singularidad de esta obra, que L. García Ballester calificó de *fascinante,* reside sobre todo en el hecho de que nos hallamos ante una verdadera topografía médica, pues plantea el tema de la preservación de la salud y la curación de las enfermedades en relación con las características del entorno, la Sevilla de la Baja Edad Media en este caso. Su autor, Juan de Aviñón, fue un judío converso que llegó a Sevilla en 1353 para ponerse al servicio, como médico, del arzobispo de la ciudad, y permaneció allí hasta su muerte, en torno a 1383-1384; durante estos años planeó la obra que escribió en su vejez y que es fruto de su formación médica, pero sobre todo de su experiencia directa y del ejercicio de su profesión.[6] El texto escrito por Juan de Aviñón ha llegado hasta nosotros gracias a la edición que de él hizo el humanista Nicolás Monardes, ya en el siglo XVI. El profesor Mondéjar nos ofrece una edición con abundantes notas y una completa introducción, que dan al lector muchas claves para la comprensión del texto y del entorno en que se desarrolla.

Finalmente, en 1999 se publicó también en la editorial Arco Libros, aunque no en la colección Fuentes de la Medicina Española, sino en la serie dedicada a Diccionarios, una obra que guarda una estrecha relación con el tema médico medieval y con todo el proyecto de trabajo al que me estoy refiriendo: se trata del *Diccionario de Juan Alonso y de los Ruyzes de Fontecha* (1606), en edición crítica y con un estudio de M.ª Purificación Zabía, también redactora del *DETEMA*. Es posible que, a quien no esté familiarizado con el tema, la fecha de la obra de Ruyzes le resulte excesivamente tardía, pues estamos hablando de comienzos del siglo XVII; sin embargo, este diccionario, concebido por el autor para los estudiantes que se inician en la medicina, es una amplia recolección de voces relacionadas con el tema en la que se mezcla la tradición medieval, de fuerte presencia, con la nueva corriente terminológica que acabará triunfando. Estamos ante una obra de consulta fundamental para el conocimiento del lenguaje médico medieval, en su más amplio sentido, botánica y farmacia incluidas. Buena prueba de ello son las fuentes que la autora de la edición ha rastreado, y que son fundamentalmente dos: el conocido *Clavis sanationis,* de Simón Januensis, y de nuevo, como en la *Sinonima,* el índice del *Canon* de Avicena. El cotejo de estas y otras fuentes coetáneas ha permitido a la doctora Zabía elaborar una acertada y minuciosa edición crítica, corrigiendo bastantes errores de transmisión textual y ofreciendo al lector un completo aparato crítico, lleno de aclaraciones y remisiones, que facilita la lectura de una obra importante cuya consulta en manuscrito resulta complicada y la mayor parte de las veces poco esclarecedora.

Sin contar con este último *Diccionario,* la colección ha publicado en total seis obras, que incluyen nueve textos de contenidos distintos, pero de interés en todo caso tanto para la historia de la ciencia como para la historia de nuestra lengua; quizá por esto todos los volúmenes recibieron en su momento una ayuda para la publicación procedente del Ministerio de Educación y Ciencia, como consta en cada uno de ellos. Por lo que se refiere a la historia de la ciencia, con la excepción de la *Sevillana medicina,* obra destacable por otras razones, nos hallamos ante una serie de textos muy difundidos por la Europa medieval, cuya versión castellana permite un mejor conocimiento de la época posiblemente menos estudiada por lo que a la medicina en castellano se refiere, la Baja Edad Media. Y por lo que afecta a la historia del español, estos textos constituyen un testimonio de gran valor en el proceso de vernacularización de la ciencia y del nacimiento y configuración del lenguaje científico.

Por su propio carácter, se trata de una serie destinada a especialistas y, en consecuencia, no es posible un público numeroso, pero creo que se puede afirmar que en general estas publicaciones han sido bien acogidas por los especialistas.[7] Dos han sido sobre todo las objeciones: la primera, la escasez de notas aclaratorias del léxico; la segunda, si realmente era necesario ofrecer una versión modernizada, que alarga tanto los volúmenes y, en consecuencia, los encarece.

Como ya he explicado cuál fue el marco en el que se gestó la serie y su finalidad, ambas opciones pueden parecer desde aquí explicables. La existencia del *DETEMA,* como proyecto todavía cuando se publicaron los primeros volúmenes y como realidad ya en los últimos, hacía innecesaria cualquier aclaración léxica, que de otra manera habría supuesto un glosario al final de cada texto y no unas notas, dada la dificultad del léxico especializado para un lector no acostumbrado al uso de este tipo de obras. En cuanto a la segunda objeción, creo que la necesidad o la ausencia de ella varía en función de los lectores; algunos especialistas han considerado superflua la versión modernizada; otros, en cambio, nos la han agradecido porque, aseguran, les permite acercarse a un contenido que de otra manera les resulta inaccesible; todo depende de la familiaridad o de la práctica que tenga cada uno con el castellano medieval de los textos científicos. Por mi parte, como autora o coautora de algunas de estas publicaciones, he de reconocer que las versiones modernizadas nos requirieron muchísimo más esfuerzo del que imaginábamos cuando nos comprometimos a llevarlas a cabo, porque suponen que el editor no puede pasar nada por alto ni pasar por nada de puntillas, sino que debe interpretar en cada contexto, eligiendo a veces una sola entre varias opciones posibles; en todo caso, se trata siempre de una opción del editor, que acompaña al texto reproducido tal y como nos ha llegado en el manuscrito o incunable correspondiente, de modo que el lector la observa como hipótesis.

Tras la publicación del *DETEMA* y la jubilación de M.ª Teresa Herrera se dio por concluido el proyecto, y, aunque algunos de los miembros del equipo volvemos de vez en cuando sobre el tema, con otros textos o con correcciones al *Diccionario,* la mayor parte de nuestra investigación está centrada en otros campos, por lo que no parece previsible la continuación

de esta serie como tal, que fue posible gracias a un trabajo de larga duración y de varios colaboradores.

Notas

1. Se trata del *DETEMA, Diccionario español de textos médicos antiguos,* publicado por la editorial Arco Libros en 1996, en dos volúmenes.
2. La edición semipaleográfica permite todo tipo de análisis sobre el texto, incluido el gráfico, sin que haya que volver de nuevo al original.
3. García Ballester, Luis *La búsqueda de la salud. Sanadores y enfermos en la España medieval*. Barcelona: Península, 2001; págs.347-350.
4. Este tipo de obras lexicográficas no fueron incluidas en el corpus del *DETEMA,* aunque acudimos constantemente a ellas como material bibliográfico y de consulta para las definiciones correspondientes a los términos botánicos.
5. García Ballester, Luis: *La búsqueda...*, o. cit., pág. 367.
6. Ibíd., pág. 302.
7. Pueden verse opiniones sobre estos trabajos, por ejemplo, en la obra de Luis García Ballester citada anteriormente, págs. 49-50, y en el de G. Avenoza en *Vox Romanica*, 55, 1996, págs. 373-377.

Don Quijote y la psiquiatría

Guzmán Urrero Peña
Crítico y periodista (España)

Si existe un debate actual en torno al padecimiento psiquiátrico de Alonso Quijano, éste debe comprender no sólo el extrañamiento de la realidad que afecta a nuestro hidalgo, sino también la impronta específica de su *loca sabiduría*. Como saben los eruditos, la confusión fecunda de la percepción quijotesca muestra que las formas de sus pensamientos están gobernadas, en su múltiple integridad, por las cadencias renacentistas. He aquí un delicado problema de interpretación que el psiquiatra Enrique González Duro ha tanteado con inteligencia. A su modo de ver, los humanistas insertaron la locura dentro de los márgenes del saber. Lo singular del caso, nos dice, es que aquélla fue reinterpretada por los literatos como una suerte de discurso crítico, como un cómico castigo del saber y de sus presunciones. A partir de la casa de locos que Diego Saavedra Fajardo describió en su *República literaria,* ese desequilibrio mental marca el inicio de preguntas esenciales.

Si bien don Quijote se mantiene en la aventura por la prodigalidad de sus fantasías, no es menos cierto que éstas le permiten discutir los valores propios del Medievo. Una vez hecho este análisis, González Duro sitúa al personaje a contracorriente de la moral de su tiempo, y elogia por ello su cosmovisión renacentista. En un nivel paradójico y contradictorio, Julio Caro Baroja añade que ese loco genial forja asimismo un compromiso con el pasado, lo cual, de paso, nos permite reconocer sus rasgos medievales. De hecho, al revivir las usanzas de la caballería, Quijano sufre el desdén y el castigo, ya que sus contemporáneos no aceptan ese discurso anacrónico, infelizmente trasnochado.

Para don Quijote la locura es un exilio épico, fuera de las lindes del orden establecido. En la medida en que se despliegan sus posibilidades, se advierte que una comprensión justa de este desvarío extravagante requiere utensilios refinados para el análisis. Con total seguridad, las teorías psicológicas forman un arsenal idóneo para dicho fin. De ahí que hayan sido los cultivadores de las ciencias del alma tan proclives a releer y subrayar la obra cervantina.

La biblioteca psiquiátrica española provee un buen número de estudios al respecto. Un fino historiador de la ciencia, Antonio Hernández Morejón (1773-1836), firmó el raro volumen *Bellezas de la medicina práctica, descubiertas por D. Antonio Hernández Morejón en el ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1836). A buen seguro, leyó ese trabajo Emilio Pi y Molist (1824-1892), autor de estudios clínicos como *Apuntes sobre la monomanía* (1864). Oportunamente, las conclusiones expuestas en dicho libro quedaron abiertas a nuevo examen en *Primores de don Quijote* (1866), donde Pi y Molist presentaba al personaje como un monomaníaco locuaz e impulsivo.

Otro médico letraherido, José Gómez Ocaña (1860-1919), dio publicidad a su *Fisiología del cerebro* (1894) por la misma época en que completaba una biografía de Cervantes. A ésta le siguieron otros dos tomos de provecho, *Historia clínica de Cervantes* y *Trato higiénico del español en el siglo de don Quijote*.

No cabe duda de que los tipos psicosomáticos que figuran en la obra de Cervantes atrajeron a Gómez Ocaña, y aún más intensamente a José Goyanes Capdevila (1876-1964), cervantista aficionado, experto en cirugía vascular y, lo que es más importante, descubridor de la anestesia arterial. Con todo, el trabajo definitivo al respecto se lo debemos a don Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), cuyo ensayo *Psicología de Don Quijote y el quijotismo* (1905) es de lectura obligada en este marco.

Estos apuntes deberían bastar a quien desee abrirse un primer paso en la ruta psicológica del *Quijote*. No es mal lugar para empezar. Pero acaso valga la pena situarlos en el plano literario-filosófico de su tiempo. Al fin y al cabo, la locura es un fenómeno contextual, interpretable, sujeto a modulación, sin límites predichos.

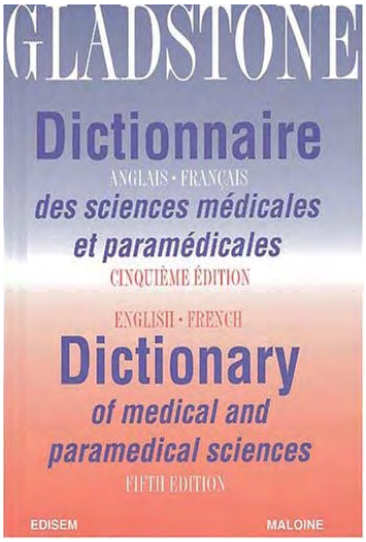
Reproducido con autorización del *Rinconete,*
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>).

Qu'attendre d'un dictionnaire bilingue ?

Le cas du « Gladstone », dictionnaire médical anglais-français

Maurice Rouleau*

GLADSTONE, William J.: ***Dictionnaire anglais-français des sciences médicales et paramédicales. English-French dictionary of medical and paramedical sciences.*** 5e édition. Saint-Hyacinthe/Paris: Edisem/Maloine, 2002; 1367 pages. ISBN: 2-89130-188-9 (Edisem); ISBN: 2-224-02744-3 (Maloine). Prix approx.: 93 euros ou 138 dollars canadiens.



Avis au lecteur

1. Pour faciliter la lecture de cet article, nous avons repris les termes tels qu'ils apparaissent dans le dictionnaire Gladstone : les entrées sont en gras (ex : **effect**) et les sous-entrées en italique (ex : *Bohr effect*). Pour indiquer le mot-vedette où se trouve consignée une sous-entrée, nous l'avons souligné. Si plus d'un mot est souligné, c'est que ce terme se trouve consigné, en sous-entrée, à tous ces mots. Par exemple, le lecteur trouvera *wound edges* à **wound (adj)** et à **edge (n) ;** quant à **nail-plate fixation**, il le trouvera comme entrée (il est en gras) et également comme sous-entrée à **fixation.**

2. En dehors de tout renvoi à une sous-entrée, l'italique sert à indiquer l'origine étrangère d'un mot.

3. Tout terme français proposé comme équivalent dans le Gladstone est encadré de guillemets.

4. Même si l'utilisateur du dictionnaire est généralement un traducteur, nous l'appellerons lecteur.

1. Introduction

À son entrée dans un programme de traduction, l'étudiant croit à tort que le dictionnaire bilingue est l'outil indispensable du traducteur. En fait, ses premiers achats devraient porter sur de bons dictionnaires unilingues, aussi bien en langue de départ (LD) qu'en langue d'arrivée (LA). Et idéalement, il devrait s'en procurer plus d'un dans chacune des langues en question, car les dictionnaires ne sont pas équivalents, chacun d'eux ayant ses forces et ses faiblesses[1].

Cela ne signifie pas pour autant que le dictionnaire bilingue soit à proscrire. Au contraire. Comme il est rare que quelqu'un connaisse tous les mots, toutes les expressions, toutes les locutions de sa propre langue, il n'est que normal qu'il en soit de même pour une langue seconde. Mais il faut être bien conscient qu'un dictionnaire bilingue ne répond pas à toutes les interrogations.

En langue de spécialité – la langue médicale en l'occurrence –, le problème se pose de façon plus aiguë, car l'étudiant est rarement spécialiste en la matière. Le dictionnaire bilingue lui paraîtra alors l'outil incontournable. Là encore, et peut-être plus là qu'ailleurs, il doit, avant d'acheter un dictionnaire médical bilingue, se procurer **des** dictionnaires médicaux unilingues. Plus d'un, car eux sont encore moins équivalents que les dictionnaires de langue générale[1].

Les principaux dictionnaires médicaux français consultés[a] sont : le Flammarion (ou Flamm)[2], le Garnier-Delamare (ou GarDe)[3], le petit Manuila (ou PManu)[4] et le grand Manuila (ou GManu)[5] ou encore le Quevauvilliers (ou Quevau) [6]. Les principaux dictionnaires médicaux anglais sont le Dorland's[7] et le IDMB[8].

Pour ce qui est des dictionnaires médicaux bilingues, le traducteur n'est pas gâté. Il est vrai que les dictionnaires médicaux français qui viennent d'être énumérés se font un devoir d'inclure un lexique bilingue, mais leur qualité laisse fort à désirer[1]. Souvent, les termes anglais proposés ne se rencontrent pas dans les dictionnaires médicaux anglais ; ce ne sont souvent rien d'autre que des traductions littérales du terme français. Le traducteur peut aussi avoir recours à Internet. Mais la valeur des sources est difficile à établir. Il reste donc le « Gladstone », un ouvrage indispensable à tout traducteur médical qui travaille de l'anglais au français. Malgré ses faiblesses, c'est un *must* ; il faut seulement savoir l'utiliser.

Après nous être demandé ce qu'il faut attendre, en théorie, d'un dictionnaire bilingue, nous allons examiner successivement la **macrostructure** (nomenclature ordonnée) et la **microstructure** (organisation de chaque article) de la 5e édition (2002) du *Dictionnaire anglais-français des sciences médicales et paramédicales / English-French Dictionary of medical and paramedical sciences*, compilé par W. J. Gladstone, afin de savoir s'il répond bien aux attentes de son destinataire, le traducteur médical.

1.1. Un dictionnaire bilingue

L'utilisateur d'un dictionnaire bilingue s'attend, en le consultant, à y trouver l'équivalent, dans la langue d'arrivée (LA), du mot ou du terme qui lui pose problème. Sans cet équivalent, le sens du texte qu'il lit ou qu'il traduit lui échappe. Mais un tel dictionnaire doit être plus qu'une simple liste d'équivalents.

Un dictionnaire général bilingue devrait, selon Messelaar[9] présenter le lexique d'une langue de départ (LD), par ordre alphabétique, et fournir sur chaque entrée les renseignements

* UQTR - Université du Québec à Trois-Rivières (Canada). Adresse pour correspondance: Maurice.Rouleau@UQTR.CA.

suivants : prononciation, catégories lexicale et grammaticale, marque d'usage, équivalent(s) dans la langue d'arrivée (LA) [ou hétéronymes], possibilités ou contraintes combinatoires dans les deux langues. Les derniers renseignements doivent être répétés en cas de polysémie. En pratique, il y a toujours quelques écarts.

Que nous fournit donc le Gladstone, ce dictionnaire médical bilingue ? Des équivalents et bien d'autres renseignements. Il faut, d'entrée de jeu, préciser que ce dictionnaire n'est pas le travail d'une équipe de spécialistes de la dictionnairique. C'est l'œuvre d'un seul homme, W. J. Gladstone, qui n'est ni lexicographe, ni terminologue de formation. C'est un traducteur chevronné, hors pair, qui s'est constitué, au fil des ans, un fichier qui ferait l'envie de tout traducteur médical, s'il n'était pas publié par Edisem/Maloine. Même s'il ne doit pas y rechercher les qualités d'un ouvrage fait pas des spécialistes de la dictionnairique, l'utilisateur a des attentes qui doivent être comblées. Il est en droit de se demander par exemple si tel terme risque de se trouver dans ce dictionnaire, ou encore ce que signifie telle information fournie à tel mot, etc. Ces questions et bien d'autres sont généralement abordées dans les pages liminaires du dictionnaire, où l'auteur présente son ouvrage.

Même si l'utilisateur d'un dictionnaire lit rarement — pour ne pas dire jamais — ces pages, elles n'en remplissent pas moins une fonction bien définie pour qui veut les consulter : elles permettent de connaître les principes qui ont dirigé l'auteur dans la compilation de son ouvrage et également la façon de tirer le meilleur parti possible de l'ouvrage. Dans le Gladstone, rien de cela. Le traducteur n'arrive à utiliser correctement ce dictionnaire qu'après une fréquentation assidue.

2. Macrostructure

Par macrostructure, ou nomenclature ordonnée, nous entendons l'ensemble des termes (ou mots-vedettes) faisant l'objet d'un traitement lexicographique. Ce sont donc les termes anglais. Nous englobons dans cet ensemble aussi bien les entrées, en gras, que les sous-entrées, en italique.

Des questions se posent concernant la macrostructure. Les termes consignés permettent-ils de traduire aussi facilement un texte de médecine vétérinaire qu'un de médecine humaine ? Qu'entend l'auteur par « sciences paramédicales » ? Certains domaines sont-ils privilégiés, d'autres sont-ils systématiquement ignorés ? D'autres questions concernent tout aussi bien le nombre, la nature, l'emplacement des mots-vedettes que la pertinence de leur présence, etc. La réponse à nombre de ces questions se trouve généralement dans les pages liminaires, qui font cruellement défaut dans le Gladstone !

2.1. Le nombre des entrées

Aucun dictionnaire ne pourrait accueillir tous les mots d'une langue, fût-elle de spécialité. À l'instar des autres dictionnaires, le Gladstone ne peut prétendre – et il ne le prétend d'ailleurs pas – être exhaustif, malgré ses 40 484 entrées et ses 54 611 sous-entrées. Il arrivera donc que le traducteur ne trouve pas le terme cherché. Il lui faudra alors combler cette déficience par ses propres moyens et, s'il le veut bien, en informer l'auteur, par l'intermédiaire de son éditeur, qui en prendra certainement bonne note.

Mais pour la première fois dans la vie de ce dictionnaire, il est fait mention, dans la trop courte introduction, que des « centaines de mots ont été supprimés » parce que tombés en désuétude ou devenus vieillis. Cette épuration prive le lecteur d'une aide incontestable. Un terme, supprimé parce que désuet, peut fort bien ne pas l'être aux yeux de l'auteur d'un texte à traduire. Qu'est-ce qui, aux yeux de Gladstone, caractérise un terme désuet ? Le fait que les dictionnaires médicaux anglais le déclarent tel, le fait qu'il ne se rencontre pas sur Internet ? Il est connu que les dictionnaires ne portent pas le même regard sur tous les mots de la langue. Prenons l'exemple de **diazoma.** Le IDMB le consigne tout en le déclarant *outmoded* ; le Dorland's le mentionne, mais reste muet sur son caractère vieilli. Qui donc a raison, le Dorland's ou le IDMB ? Une recherche rapide sur Internet nous permet même de constater que ce terme n'est plus utilisé. Il serait donc désuet et, à ce titre, devrait avoir été éliminé du Gladstone, mais il ne l'a pas été. Dans les faits, cette discordance entre les dictionnaires importe peu au traducteur, car tout ce que ce dernier désire en consultant un dictionnaire bilingue, c'est de connaître son équivalent français et Gladstone le lui fournit – tant qu'il ne l'aura pas éliminé.

Prenons un autre cas, celui de **marisca.** Il semble que ce terme soit vieilli ou désuet. Il figurait dans la 25e édition du Dorland's, mais il est disparu de la 28e édition. Le IDMB aurait pu l'inclure tout en précisant qu'il est *outmoded*, comme il l'a fait pour *diazoma*, mais il l'a tout simplement ignoré. Gladstone, lui, l'a consigné. Serait-ce un terme vieilli ou tombé en désuétude que Gladstone aurait oublié d'éliminer ?

Dernier cas, celui de **glycoleucine.** Les équivalents proposés sont « norleucine ; glycoleucine ». Ce mot-vedette ne figure pas dans les dictionnaires médicaux courants. Il ne figurait déjà pas dans la 25e édition du Dorland's qui date de 1974. Cela est d'ailleurs fort compréhensible, car, déjà en 1946, il était connu que ce terme était changé pour norleucine[10]. Dans ce cas-ci, on peut vraiment parler de terme désuet, et à ce titre ce terme aurait dû être retiré du corpus.

L'objectif de l'opération d'épuration est certes fort louable, mais il y a bien d'autres moyens, comme nous le verrons plus loin, que l'auteur aurait pu utiliser pour faire de la place pour des termes nouveaux ou modernes sans, pour autant, faire ce ménage.

2.2. La nature des entrées

L'auteur d'un dictionnaire doit, étant donné le caractère incomplet d'un tel ouvrage, effectuer des choix. C'est dire qu'avant d'inclure ou d'exclure un terme de son dictionnaire, un auteur doit se demander si ce terme **doit** figurer dans son ouvrage, ce qui soulève tout le problème de la pertinence du terme. Pour pouvoir répondre à cette question, l'auteur doit s'être fixé des balises, dits « **critères d'inclusion / d'exclusion** » et idéalement les faire connaître à l'utilisateur. Ce n'est malheureusement pas le cas. L'utilisateur est donc en droit de se poser des questions.

- Qu'est-ce qu'un terme aux yeux de l'auteur ?
- N'y a-t-il que des substantifs ?
- Y a-t-il uniquement des termes médicaux ou paramédicaux ?
- Les termes sont-ils tous des unités lexicalisées ?
- Y a-t-il des termes vieillis ou désuets ou vieux ?
- Y a-t-il des mots de niveaux de langue différents (populaire, grossier, argotique…)?
- Y a-t-il des régionalismes ? Si oui, comment les a-t-on traités ?
- Qu'en est-il des noms propres ?
- Y a-t-il des abréviations ?
- Quel sort est réservé aux synonymes ?
- Etc.

2.2.1 Pertinence des entrées ou des sous-entrées

Quiconque consulte un dictionnaire médical bilingue espère y trouver l'équivalent recherché. Inversement, personne n'ira chercher dans un tel dictionnaire l'équivalent d'un terme qui n'appartient pas au domaine. C'est ainsi que se pose le problème de la pertinence d'une entrée ou d'une sous-entrée dans un dictionnaire de spécialité. La pertinence s'évalue au rapport qu'a un terme avec le ou les domaines couverts par l'ouvrage en question. Par exemple, dans l'article suivant :

> **reflect (v) :** (1) réfléchir. (2) refléter ; traduire ; être le reflet (*ou* l'expression) de ; manifester ; être marqué par ; témoigner de ; correspondre à ; reproduire ; tenir compte de. (3) récliner ; écarter (les muscles) (Chir.).

seuls les équivalents du troisième groupe semblent pertinents parce qu'ils relèvent du domaine de la chirurgie. L'auteur en a de toute évidence jugé autrement.

Dans d'autres cas, c'est l'entrée ou la sous-entrée elles-mêmes qui ne semblent pas pertinentes. Par exemple, qui penserait consulter un dictionnaire médical bilingue pour connaître l'équivalent de verbes comme **to sit**, **to subdivide**, **to refuse ;** de substantifs comme **morning, italics, velvet, mica, minnow, gypsum, rice ;** d'adjectifs comme **rubescent, rotten, even ;** ou encore d'associations comme *early morning, without delay, rush hour, rye bread, in the early 90's, running title, running head (of publication), last but not least, bottom minnows, précis writing* ? Personne évidemment. C'est donc dire que ces termes n'ont pas leur place dans un tel dictionnaire. Que dire de *continental shelf* ou encore de **processionary caterpillar,** quand on sait que les « chenilles processionnaires », ou plus brièvement les « processionnaires », sont les larves de lépidoptères qui se déplacent en file serrée le long d'un fil de soie sécrété par la chenille de tête ? Et pourtant tous ces mots, termes ou associations, et bien d'autres encore, se trouvent dans le Gladstone.

La tentation pour un auteur d'inclure dans son ouvrage tous les termes qui pourraient figurer dans son fichier personnel peut être forte, mais il lui faut savoir résister, sinon leur inclusion fera gonfler inutilement la nomenclature de l'ouvrage et, par voie de conséquence, son prix de vente. Leur exclusion par contre permettrait de libérer de l'espace pour des nouveaux termes sans avoir à sacrifier ceux qui sont jugés vieillis.

De plus, certaines entrées ou sous-entrées s'apparentent d'avantage à des associations accidentelles, aléatoires qu'à des unités terminologiques, lexicalisées, c'est-à-dire à des réalités propres au domaine donné. C'est le cas, par exemple, de *last menstrual period :* dernières règles ; de *milky fluid :* liquide laiteux, liquide lactescent ; ou encore de *cause of death :* cause de la mort. S'il ne vient jamais à l'idée du traducteur de consulter l'ouvrage pour y trouver un tel équivalent, c'est que le terme ne mérite pas d'y figurer.

2.2.2. Catégories des mots-vedettes retenus par l'auteur

La nomenclature du Gladstone comprend différentes catégories de mots-vedettes. Le lecteur y trouvera des lexies simples, des lexies complexes, des noms propres, des marques de commerce **(Port-a-Cath®),** des abréviations, etc.

Parmi les lexies simples, le lecteur trouvera, dans ce dictionnaire comme dans tout autre ouvrage de même nature, beaucoup de substantifs, pertinents ou pas (ex. : **hernia, myectopia, velvet, mica**), beaucoup d'adjectifs, pertinents ou pas (ex. : **subdeltoid, oval, old, velvety, cool**), et même ce qu'un dictionnaire de spécialité présente rarement : des verbes et des adverbes.

Pourquoi avoir décidé d'y inclure des verbes ? L'auteur considère peut-être, et avec raison, que la langue médicale ne se résume pas à un simple collection de termes, que certaines associations de mots, ou cooccurrences, plus courantes dans le domaine médical que dans la langue générale, méritent d'être signalées au traducteur. Si vraiment la phraséologie, ou vocabulaire de soutien des termes, était une préoccupation majeure de l'auteur, on devrait, par exemple, trouver à **treat (v)** la construction : traiter **par** un médicament, qui est beaucoup plus idiomatique que traiter **à** ou traiter **avec**. On n'y trouve que deux équivalents : « traiter ; soigner » !

La présence d'adverbes, comme **late, lastingly, eventually,** est encore plus intrigante. Quand on sait que l'adverbe est un mot qui, joint à un verbe, à un adjectif ou à un adverbe, en modifie le sens, force est d'admettre que ces mots n'ont vraiment rien de médical. Ils appartiennent tout simplement à la langue générale.

Outre les lexies simples, l'utilisateur y trouve, en entrées et en sous-entrées, des lexies complexes, c'est-à-dire des unités formées d'au moins deux mots : **cough-relieving, nail-plate fixation ; sticktight flea ; chondrodermatitis nodularis chronica helicis ; protozoal (*ou* protozoan) disease ; Leptothrombidium akamushi,** *gag reflex, graafian ovules* et même **curdling of milk** !

2.2.3. Synonymes

S'il est un domaine où la vraie synonymie n'est pas rare, c'est bien le domaine médical. Cela constitue même un sérieux problème de terminologie[11]. Cet état de fait pose un problème méthodologique : comment traiter les synonymes ? Faut-il tous les énumérer et répéter les hétéronymes ? Ne vaudrait-il pas mieux faire des renvois ? Le lecteur ne sait pas comment

Gladstone a abordé ce problème. Il nous faut donc procéder par cas particuliers pour essayer d'y voir clair.

Aussitôt qu'un terme est accepté comme entrée ou sous-entrée dans un dictionnaire, cela signifie qu'il est susceptible d'être rencontré dans un texte anglais. Il en est de même de ses synonymes et, à ce titre, ces derniers devraient y être consignés, car le traducteur n'est pas maître des préférences linguistiques de l'auteur du texte à traduire. Un traducteur peut fort bien rencontrer le terme *cisterna magna,* qui ne figure pas dans le Gladstone. Il est donc obligé de faire une recherche terminologique pour en arriver à la conclusion qu'il s'agit d'une réalité figurant déjà au dictionnaire, mais sous trois autres appellations, toutes synonymiques : *cerebellomedullary cistern, great cistern* et *posterior cistern.* Il y a certes une grande satisfaction à trouver l'équivalent recherché, mais, le temps étant la denrée qui manque le plus au traducteur, ce dernier aurait certes apprécié que le Gladstone ait mentionné le quatrième terme synonymique.

Examinons un autre cas : *water itch*. L'équivalent proposé : « ankylostomiase cutanée » se retrouve à 4 autres sous-entrées. Cette affection est connue, selon le IDMB, sous 11 appellations différentes : *miners' itch, water itch, water pox, toe itch, foot itch, swamp itch, dew itch (seldom used), water sore, uncinarial dermatitis, waterpox (obsolete)* et *coolie itch.* Comme le traducteur ne peut savoir lequel des 11 synonymes un auteur utilisera pour décrire cette réalité, il serait utile qu'un dictionnaire anglais-français fournisse tous les termes de la série synonymique avec renvoi à l'entrée principale, comme cela se rencontre à l'occasion dans le Gladstone. Ex. : *swamp itch* (v. *lumberman's itch*).

La synonymie prend parfois des chemins tortueux. Prenons le cas de *Ebstein's lesion.* Le IDMB le donne comme synonyme de *Armanni-Ebstein lesion.* Le Dorland's, par contre, traite ces deux termes comme des entités différentes. Ce n'est certes pas au traducteur de décider qui du Dorland's ou de l'IDMB a raison. Que disent donc les dictionnaires français ? Tout dépend du dictionnaire consulté. Ce que le Dorland's appelle *Armanni-Ebstein lesion* et *Ebstein lesion* porterait, selon le GManu et le Quevau, respectivement les noms de « lésion d'Armanni-Ebstein » et de « dégénérescence d'Armanni-Ehrlich ». Quant au GarDe, il appelle « lésion d'Armanni » ce que le Dorland's appelle *Ebstein lesion*. Pour ajouter à la confusion, les deux dictionnaires anglais consultés ont, dans leur nomenclature, l'entrée *Armanni-Ebstein degeneration.* La notion décrite est la même, mais le terme est classé *obsolete* dans le IDMB, mais non dans le Dorland's. Gladstone nous propose comme équivalent « lésion d'Armanni-Ebstein ». Il s'alignerait donc sur le IDMB, sans toutefois prendre soin d'y mentionner son synonyme. Par ailleurs, s'il s'alignait sur le Dorland's, l'équivalent proposé serait faux. Ce devrait être « dégénérescence d'Armanni-Ehrlich ». On peut donc difficilement reprocher quoi que ce soit à Gladstone, quand les dictionnaires anglais ne s'entendent même pas entre eux.

Prenons un autre cas, celui de **synthase** et de **synthetase,** dont l'emploi par les dictionnaires varie. Ces deux entrées figurent dans le Gladstone. Un utilisateur non habitué à la nomenclature enzymatique pourrait y voir une faute de frappe. Mais en fait, il s'agit de deux classes d'enzymes différentes ou plutôt il s'agissait de deux classes différentes. Prenons le cas de *glycogen synthetase.* Ce terme, qui apparaissait dans la 25e édition du Dorland's, est devenu, dans la 28e édition, *glycogen synthase* [EC 2.4.1.11]. Ce nom est également celui que fournit le IDMB. Ce changement d'appellation est expliqué dans le IDMB à l'entrée *synthase*.

> ***synthase*** Any enzyme that catalyzes synthesis of a compound, such as citrate synthase, which catalyzes the synthesis of citrate. The term once excluded enzymes whose reactions involve breakdown of nucleoside triphosphates (i.e. synthetases), but these are now also considered synthases, e.g. glutamine synthase. [Le souligné est de moi.]

Une lecture possible du souligné est la suivante : les « synthétases » sont considérées aujourd'hui comme des « synthases ». Une autre lecture pourrait être : on peut appeler « synthase » tout enzyme appelé anciennement « synthétase », mais on n'y est pas tenu. À preuve, on y trouve toujours, dans le IDMB, *carbamyl-phosphate synthetase* [E.C. 6.3.4.16], alors que le Dorland's donne *carbamoyl-phosphate synthase*. Le IDMB donne *glutamine synthase* [EC 6.3.1.2] ; le Dorland's, *glutamine synthetase* ! On peut donc difficilement reprocher à Gladstone de ne pas respecter la nomenclature enzymatique, quand les dictionnaires anglais ne la respectent pas eux-mêmes. Mais une marque d'usage ou une remarque seraient certainement fort utiles, du moins pour le traducteur qui ne s'y connaît pas en enzymologie.

2.2.4 Noms propres

Les patronymes sont exclus de la nomenclature du dictionnaire, comme entrées, sauf s'ils servent à désigner autre chose que la personne elle-même, comme **Doppler.** Par contre, bien d'autres entrées commencent par une majuscule. Par exemple, on y rencontre des termes de botanique [**Croton (n) :** Croton (Bot.) ; **Calendula (n)** : Calendula (Bot.)], de zoologie [**Trichoptera (n) :** Trichoptera ; trichoptères (Ordre des diptères) ; **Argasidae (n) :** Argasidae ; Argasidés (Famille d'acariens hématophages)] et bien d'autres appartenant à des catégories non identifiées et peu connues [**Plantago (n)** : Plantago ; **Latrodectus (n)** : Latrodectus, latrodecte ; **Herpetomonas (n)** : Herpetomonas] ; ou encore non identifiées mais plus susceptibles d'être connues [**Staphylococcus (n)** : Staphylococcus ; staphylocoque ; **Herpesvirus hominis** (n) : herpes simplex virus ; HSV ; Herpesvirus hominis ; HVH].

À l'occasion, le lecteur trouvera aussi des mot-vedettes dont la majuscule, indice d'un nom propre, intriguera. En voici deux exemples : **Lyra (n) :** lyre (f) et **Leucopterin (n) :** leucoptérine (f).

2.3 La localisation des mots-vedettes

Un dictionnaire est apprécié si sa consultation, grâce à divers moyens typographiques, en est facilitée : l'utilisation, dans le Gladstone, du **gras** pour les entrées et de *l'italique* pour les sous-entrées, chacune de ces dernières étant placée sur une ligne différente, facilite la consultation de l'ouvrage. Mais il y

a plus. Le lecteur devrait pouvoir trouver **rapidement** le terme dont il cherche l'équivalent. Pour ce faire, la connaissance du mode de classement lui serait fort utile, mais Gladstone reste muet sur le sujet. Le lecteur en est donc réduit à faire souvent bien des recherches avant de trouver le terme désiré, en supposant qu'il figure au dictionnaire.

Aborder le classement des termes dans un dictionnaire peut sembler exagéré surtout que, dans un tel ouvrage, les termes (entrées ou sous-entrées) sont toujours placés en ordre alphabétique. Ce type de classement ne pose évidemment aucun problème si les entrées ne sont que des lexies simples, comme **facioplegia, pipethanate** ou **barotaxis.** Mais il en est autrement dans le cas d'une lexie complexe. Où trouver, par exemple, le terme *essential amino acid* ou encore *delta-amino-levulinic acid*, en supposant que l'auteur a jugé que ces termes méritaient de figurer dans son ouvrage ? Dans le Gladstone, on trouve le premier à trois entrées : à **essential,** à **amino acid** et à **acid ;** le second, à trois entrées également : à **delta**, à **amino,** à **acid,** mais pas à *levulinic*. Comment justifier la présence d'un même terme à autant d'endroits dans le dictionnaire ? Peut-être l'auteur voulait-il, ce faisant, aider l'utilisateur qui, parce que non-spécialiste du domaine, ne saurait découper correctement l'unité terminologique, c'est-à-dire identifier le substantif qui est à la base du terme et qui, par conséquent, devrait servir d'entrée. Une telle façon de procéder prend beaucoup de place qui pourrait être avantageusement utilisée pour des nouveaux termes ; l'augmentation du nombre de pages qui en résulte influe inévitablement sur le prix de vente de l'ouvrage !

Faut-il en conclure qu'on peut, dans le Gladstone, chercher n'importe quel mot d'une lexie complexe pour y trouver son équivalent ? Non. L'examen du tableau suivant, qui ne contient que des lexies formées de deux mots [un adjectif (ou un substantif adjectivé) et un substantif], est, à cet égard, très révélateur. Y sont indiqués le ou les endroits où figure le terme en question.

Terme	Adjectif	Substantif	Entrée distincte
basilar sinus			
ethmoidal sinus			
peripheral blood			
alveolar pressure			
blood pressure			
blood group			
paravertebral block			
artificial insemination			
artificial respiration			
mutagenic agent			
pathogenic agent			
prenatal care			
valine transaminase			

Pourquoi ne trouve-t-on pas *ethmoidal sinus* sous **ethmoidal** si *basilar sinus* se trouve à la fois sous **basilar** et sous **sinus** ? Il vaudrait peut-être mieux se demander pourquoi avoir consigné *basilar sinus* sous **basilar** ? Pourquoi *mutagenic agent* se trouve-t-il uniquement sous **mutagenic** et *pathogenic agent* uniquement sous **agent** ? La vraie question est pourquoi avoir mis *mutagenic agent* sous **mutagenic** ? Qu'est-ce qui vaut à **valine transaminase** de figurer comme entrée au lieu d'être une sous-entrée à **transaminase** ? Le lecteur ne peut être que dérouté devant un tel état de fait.

Ce problème ne se limite pas qu'aux lexies formées de deux mots. Prenons des lexies formées de trois mots ou de quatre mots.

Localisation de l'entrée

Termes de 3 mots	1er mot	2e mot	3e mot	4e mot
primary hemorrhoidal pile				
blood urea nitrogen				
Termes de 4 mots				
intermittent positive pressure breathing				
chronic obstructive pulmonary disease				

Nous voyons que le problème se complique. Dans le cas de *primary hemorrhoidal pile*, le terme ne figure que sous l'adjectif **hemorrhoidal** ! Il aurait dû se trouver également à **pile**. Pourquoi une entrée à *intermittent* s'il n'y en a pas à *chronic* ? De toute évidence, la localisation d'un terme est très aléatoire. Si l'auteur avait procédé de façon systématique, le lecteur ne serait pas obligé de consulter tous les mots d'une lexie dans l'espoir de trouver le terme qu'il cherche, en supposant qu'il a été consigné.

Autre problème de localisation : le mot-vedette utilisé comme complément du nom dans la sous-entrée (ex. : *cause of death*). Le lecteur s'attend à trouver, en sous-entrée, le mot-vedette utilisé comme noyau du terme consigné, comme cela est le cas, par exemple, pour : **hemophilia.** Les sous-entrées sont, comme on s'y attend, des termes construits avec le mot-vedette comme noyau : *classical hemophilia, hemophilia calcipriva, sporadic hemophilia, vascular hemophilia.*

La situation est tout à fait différente à l'entrée **cornea (n),** où les sous-entrées sont les suivantes **:**

astigmatism of cornea
band-shaped opacity of cornea
conical cornea
cornea guttata
erosion of cornea
herpes of cornea
ring abscess of cornea

En effet, dans 5 des 7 sous-entrées consignées, **cornea** est complément du nom ! On se serait attendu à les trouver uniquement sous les substantifs qui véhiculent la notion de base, à savoir **astigmatism, opacity, erosion, herpes** et **abscess** et

non sous **cornea**. D'ailleurs, on pourrait se demander si ces sous-entrées sont vraiment des termes lexicalisés. En effet, à **abscess,** on trouve *ring abscess*, sans le complément du nom *of cornea* pour lequel l'équivalent proposé reste le même : « abcès annulaire de la cornée » ! À **opacity,** on trouve *band-shaped opacity* sans *of cornea* pour lequel on donne un seul équivalent : « kératite en bandelette » (kératite = inflammation de la cornée). Même chose sous **astigmatism :** on ne trouve qu'un terme apparenté, à savoir *astigmatism against the rule,* sans que le complément du nom y figure et qui est pourtant rendu par « astigmatisme cornéen inverse » !

Qui aurait l'idée d'aller sous **flea** pour trouver l'équivalent de *egg burster of flea* : « corne frontale de la puce », ou encore sous **toe** pour connaître l'équivalent de *metatarsophalangeal joint of great toe* : « articulation métatarso-phalangienne du gros orteil » ! Si personne n'en a l'idée, c'est que la sous-entrée ne remplit pas son rôle. Elle devrait être éliminée pour ainsi faire de la place à de nouveaux termes plus pertinents.

3. Microstructure

Après avoir examiné la macrostructure, c'est-à-dire la nomenclature ordonnée des mots-vedettes, jetons un coup d'œil sur le contenu des articles. C'est assurément la partie le plus importante de l'ouvrage, car, si on consulte un dictionnaire bilingue, c'est pour y trouver, dans le cas qui nous intéresse, l'équivalent français d'un terme anglais. Cet équivalent d'un terme dans l'autre langue, le Grand Robert l'appelle « hétéronyme ».

La valeur d'un dictionnaire bilingue s'évalue, il va sans dire, aux informations que l'utilisateur y trouve. Comme Gladstone n'a pas présenté à son lecteur la façon de lire les articles de son dictionnaire, le lecteur en est réduit à tirer le meilleur parti possible de ce que l'auteur a bien voulu lui fournir. Prenons comme exemple l'entrée **junk.** Elle n'est pas typique, mais elle contient plusieurs éléments intéressants.

> **junk (n) :** (1) objet de peu de valeur ; pacotille (f) ; camelote (f). (2) (Argot :) héroïne (f). (Ce terme est parfois employé pour désigner soit de l'héroïne de mauvaise qualité, soit tout stupéfiant).
> *junk DNA* : ADN égoïste (ADN génomique sans fonction codante). (Génét.).

Le mot-vedette est immédiatement suivi d'une indication sur sa nature grammaticale : (n), (adj), (v) ou (adv). Puis viennent soit un seul hétéronyme (« ADN égoïste »[b]), soit plusieurs hétéronymes (« objet de peu de valeur ; pacotille (f) ; camelote (f) ; héroïne (f) »). Certains hétéronymes sont parfois regroupés et précédés d'un chiffre entre parenthèses : (1)… (2)… Le genre de certains hétéronymes est indiqué entre parenthèses. Le lecteur trouvera également entre parenthèses d'autres informations. Dans le cas cité, il y en a de nature encyclopédique : (ADN génomique sans fonction codante), de nature linguistique (niveau de langue : Argot ; conditions d'emploi du terme : Ce terme est parfois…) ou de nature scientifique (domaine d'application : Génét.).

Nous allons donc examiner certains problèmes que peut poser la rédaction d'un article de dictionnaire bilingue en nous servant du Gladstone comme exemple.

3.1. Le contenu habituel d'un article : des hétéronymes

Celui qui utilise un dictionnaire bilingue cherche comment dire, dans la langue d'arrivée (LA), la réalité dont le nom en langue de départ (LD) constitue l'entrée ou la sous-entrée. Autrement dit, il cherche l'hétéronyme du mot-vedette. Mais, du même coup, il sait fort bien qu'un couple de langues (LD/LA ; anglais/français) ne consiste pas en deux répertoires d'unités lexicales équivalentes, représentant chacune **exactement** le même concept, car chaque langue voit la réalité avec ses propres lunettes. Par exemple, l'anglais a une grande facilité à créer des mots (**intragluteally :** dans le muscle fessier), à adjectiver un substantif (*germ line :* lignée germinale) ou encore à omettre l'indicateur de relation entre les éléments constitutifs du terme (*greenstick fracture :* fracture **en** bois vert ; *lens opacity :* opacité **du** cristallin). Il ne faut donc pas se surprendre de rencontrer parfois des hétéronymes plus étoffés que le mot-vedette (ex. : *colony-stimulating factor* : facteur stimulant la formation de colonies).

Mais ce degré d'étoffement a certainement des limites, car un hétéronyme doit être fonctionnel, c'est-à-dire s'intégrer facilement dans un texte. Cela n'est pas toujours le cas, comme l'illustre l'exemple suivant :

> **graying out (n) :** syncope d'effort d'une durée très courte survenant chez un malade atteint d'insuffisance aortique.

Le lecteur a nettement l'impression d'être en face d'une définition plutôt que d'un hétéronyme. Il est donc en droit de comprendre qu'il n'y a pas d'équivalent connu, car s'il y en avait un l'auteur l'aurait certainement indiqué. Examinons de plus près ce problème à l'aide de quelques cas particuliers.

3.1.1. L'hétéronyme existe, mais l'auteur n'en fait pas mention !

EXEMPLE 1

> *vascular rings :* compressions trachéo-œsophagiennes dues à des anomalies vasculaires par défaut de formation de l'arc aortique à partir des arcs primitifs.

La présence de cette définition, et d'elle seule, dans un dictionnaire bilingue n'est pas pertinente, car le lecteur la trouvera dans tout dictionnaire médical unilingue anglais. À preuve, voici ce que nous donne le Dorland's :

> *vascular ring : a developmental anomaly of the aortic arches wherein the trachea and oesophagus are encircled by vascular structures, many variations being possible.*

Il existe pourtant un hétéronyme fonctionnel « malformation annulaire de l'arc » que l'auteur connaît puisqu'il l'a mentionné à *vascular rings,* mais pas à *vascular rings.* Le remplacement de cette définition par son équivalent permettrait de faire une importante économie d'espace.

EXEMPLE 2

hit-and-run accident : accident de la circulation dans lequel le conducteur blesse un piéton et l'abandonne sans soins ; accident dans lequel la victime est écrasée par un chauffard qui prend la fuite.

Ce que Gladstone nous propose à l'entrée **hit (v)** est inutilisable dans une traduction. C'est une simple définition. Ici encore, il est impossible d'expliquer le recours à une définition par l'absence d'équivalent français, car ce dernier existe et est couramment utilisé, c'est « délit de fuite ». Gladstone connaît pourtant ce terme, il le propose à *hit-and-run accident,* « accident avec délit de fuite ». « Délit de fuite » aurait suffi, car l'idée d'accident est implicite, comme en fait foi la définition trouvée dans le Petit Robert : « dont se rend coupable l'auteur d'un accident qui poursuit sciemment sa route. »

3.1.2. On nie à un hétéronyme le droit à l'existence

EXEMPLE

ancrod (n) : protéinase extraite du venin de *Agkistrodon rhodostoma*, employée comme anticoagulant.

N'y trouvant qu'une définition, le lecteur se croit en présence d'un vide terminologique. Pourtant, le terme « ancrod » est souvent rencontré dans des textes français. Certains pourraient objecter qu'il s'agit là fort probablement d'un anglicisme. Mais une telle accusation résiste mal à l'analyse. En effet, « ancrod » est un acronyme formé à partir du nom du serpent dont le venin contient cette protéinase (ou protéase) ; anc/rod vient de ***Anc****ystrodon* (ou *Agkistrodon)* ***rhod****ostoma*. « Ancrod » n'est donc pas un anglicisme. De plus, même s'il en était un, il ne constituerait qu'un autre cas d'abréviation ou d'acronyme anglais utilisés en français. Il suffit de penser à « laser » (acronyme de ***l****ight* ***a****mplification by* ***s****timulated* ***e****mission of* ***r****adiation*), à « aspartame » (acronyme de ***aspart****ic acid phenyl****a****nine* ***m****ethyl* ***e****ster)* ; à « écu » (acronyme de l'anglais ***E****uropean* ***C****urrency* ***U****nit)*, à « RIPA » (***r****adio-****i****mmuno-****p****recipitation* ***a****ssay*), à « PIF » (***p****rolactin* ***i****nhibiting* ***f****actor*), etc.

L'auteur aurait pu proposer « ancrod » comme équivalent sans avoir l'impression d'induire son traducteur en erreur, ni surtout de lui présenter un anglicisme.

3.1.3. Un peu d'imagination aurait suffi !

EXEMPLE

fomes (n) (pl: fomites) : tout objet (p. ex. article vestimentaire) susceptible d'héberger des microorganismes pathogènes.

Gladstone nous propose la traduction de la définition de ***fomite*** donnée par le Dorland's *:*

an object, such as a book, wooden object, or an article of clothing, that is not in itself harmful, but is able to harbour pathogenic microorganisms and thus may serve as an agent of transmission of an infection.

Même si l'on rencontre « fomite » dans des textes français, de France comme du Québec, utilisé avec ou sans guillemets, ce terme pose problème, car, ne figurant dans aucun dictionnaire français (ni général, ni spécialisé), il ne sera compréhensible que par ceux qui connaissent le terme anglais. On aurait pu proposer : « objet contaminé ». En effet, en tant que participe passé adjectif, « contaminé » signifie, selon le Petit Robert : « Envahi par des micro-organismes et, de ce fait, capable de transmettre une infection. » C'est assurément la solution que choisirait tout traducteur, car ce que Gladstone propose est inutilisable en contexte.

3.1.4. Pourquoi présenter des traductions de membres de phrases ?

Il est courant qu'un dictionnaire bilingue fournisse la traduction de courtes phrases ou des membres de phrases. Mais en règle générale, de telles occurrences s'expliquent par le sens particulier que prend le mot-vedette dans la phrase ou la formulation en question. C'est ainsi qu'il est bien que l'utilisateur du Gladstone trouve à **toe,** la phrase suivante : *the patient cannot stand on his toes*, car, en français, on ne dit pas : se tenir sur les orteils. Comme le caractère idiomatique ne concerne que la locution verbale, Gladstone aurait dû se contenter de *to stand on one's toes* : « se tenir sur la pointe des pieds ». Du même coup, il se serait rendu compte que n'importe qui, malade ou pas, peut se tenir sur la pointe des pieds et que, par conséquent, la présence de cette locution verbale dans un lexique médical peut être discutable.

Mais il se trouve d'autres cas où le mot-vedette n'a pas de sens particulier, digne de mention, ce qui soulève, encore une fois, la pertinence de leurs présences. En voici quelques exemples :

get around a difficulty, an obstacle : tourner [!] (*ou* contourner, éviter) une difficulté, un obstacle.

in an aqueous solution adjusted to pH 4: en solution aqueuse ajustée au pH 4.

the animals are given water ad libitum : les animaux ont libre accès à l'eau (de boisson) ; l'eau est laissée à la disposition des animaux toute la journée ; les animaux disposent d'eau de boisson à volonté ; les animaux disposent d'eau ad libitum [sic].

Ce dernier exemple relève plus d'un exercice de style que d'une sous-entrée de dictionnaire bilingue.

3.2. La liste complète des hétéronymes d'un terme anglais polysémique ou non ?

À un terme anglais polysémique devraient toujours correspondre autant d'hétéronymes ou groupes d'hétéronymes que ce terme a d'acceptions, si évidemment le français possède les mots pour nommer ces réalités.

Dans le Gladstone, ce principe n'est pas toujours respecté. Étudions les cas de **pilus (pili)** et de **stent.** Dans le premier, il y a une carence ; dans le second, une surabondance.

EXEMPLE 1

pilus (n) (pluriel pili) : poil (m).

pili (n) : poils (m pl).

Le Merriam-Webster, tout comme le Dorland's, donne à *pilus* deux acceptions :

> *1) any of the filamentous appendages of the skin, consisting of modified tissue ; see hair ; 2) in microbiology, the minute filamentous appendages of certain bacteria ; they are considerably smaller and less rigid that flagella and are associated with antigenic properties and sex functions of the cell ; called also fimbria).*

Le Gladstone ne fournit qu'un seul équivalent, celui qui correspond à la première acception du terme ; celui de la deuxième acception est complètement ignoré alors que c'est celui que le lecteur attend le plus d'un dictionnaire médical bilingue. Le lecteur aurait dû trouver l'entrée suivante :

> **pilus (n)** (pluriel pili) : (1) poils ; (2) pili bactériens ; fimbriae

EXEMPLE 2

stent (n) : (1) endoprothèse (m) ; sonde (f) ; cathéter (m) ; stent (m) ; (2) prothèse endovasculaire ; endoprothèse vasculaire ; stent (m) ; (3) moulage de maintien des greffes cutanées ; (4) extenseur (pour la désobstruction des artères).

Le Dorland's fournit 3 acceptions au mot *stent,* dont deux sont si apparentées qu'elles pourraient même être confondues. Il est donc assez étonnant de rencontrer quatre groupes d'équivalents pour 3 acceptions. La présence de certains hétéronymes, notamment « sonde », « cathéter », laisse le lecteur perplexe quant à la justesse de ces équivalents. Par ailleurs, l'absence de « tuteur » étonne, car il est utilisé dans le domaine et figure même dans le GarDe, à l'entrée « stent ».

3.3. La numérotation des hétéronymes

Les hétéronymes proposés dans un dictionnaire bilingue sont généralement groupés en fonction du sens, chaque groupe étant précédé d'un chiffre mis entre parenthèses. Dans le Gladstone, il arrive, occasionnellement, qu'il en soit ainsi, comme le montrent les deux exemples suivants :

EXEMPLE 1

rest (n) : (1) repos ; (2) reste ; reliquat ; résidu ; (3) appui, support.

Les 3 groupes d'hétéronymes correspondent à trois acceptions du terme anglais. Le deuxième groupe est constitué de trois équivalents : « reste, reliquat, résidu », qui partagent certes des traits communs, mais qui ne sont pas interchangeables, car la synonymie vraie n'est qu'occasionnelle en langue générale.

EXEMPLE 2

melena (n) : (1) melaena [sic], méléna, mélanorragie, mélanorrhée ; (2) mélanémèse.

Le Dorland's donne à *melena* 2 acceptions ; et le Gladstone nous propose deux groupes d'équivalents, chacun d'eux correspondant à l'une des acceptions du terme anglais. Mais tel n'est pas toujours le cas.

Le Dorland's donne, par exemple, à *dentistry* 3 acceptions ; Gladstone ne fait aucune différence entre les hétéronymes présentés :

> **dentistry (n) :** médecine dentaire, art dentaire, dentisterie, odontologie.

Le lecteur est amené à croire que ce sont des synonymes et que, par le fait même, ces équivalents sont interchangeables. Or, ces termes renvoient à des notions différentes.

Non seulement la présence de numérotation dans le Gladstone est-elle occasionnelle, mais elle n'est même pas toujours identique pour une même lexie. Le lecteur s'explique difficilement qu'on lui propose, pour traduire *labored respiration,* 2 ou 3 groupes d'hétéronymes, selon qu'il consulte une sous-entrée plutôt qu'une autre :

> *labored respiration :* (1) respiration ample et profonde ; (2) gêne respiratoire ; (3) respiration difficile.
>
> *labored respiration :* (1) respiration ample et profonde ; (2) respiration difficile ; gêne respiratoire

Même si la numérotation des hétéronymes dans un dictionnaire bilingue est essentielle, dans le Gladstone, elle ne répond pas toujours aux attentes.

3.4. La synonymie des hétéronymes

En consultant un dictionnaire bilingue, le lecteur recherche, nous l'avons déjà dit, l'équivalent, dans la langue d'arrivée, du terme utilisé en contexte dans la langue de départ. Cet équivalent peut être unique ou multiple. En voici deux exemples :

> **claudication** (n) : claudication (f).
> **claviformin** (n) : clavacine (f) ; claviformine (f) ; patuline (f).

Dans le cas de **claviformin**, l'absence de numérotation signifierait que les trois termes sont des synonymes. Ils devraient donc être interchangeables, car, en langue de spécialité, la synonymie vraie est courante, mais pas en langue générale.

Une question se pose alors. Faut-il présenter tous les synonymes connus ? La réponse serait : « Oui, mais… » Devant

cleft palate, le traducteur pourrait être tenté de le rendre par « fissure palatine », car le terme est courant. Pourtant le Gladstone ne le consigne pas. Il y a donc, dans ce cas, absence d'un synonyme.

Dans d'autres cas, il peut s'agir non d'absence, mais de surabondance de synonymes.

> **melena :** (1) melaena [sic] ; méléna ; mélanorragie ; mélanorrhée. (2) mélanémèse.

Les quatre termes du premier groupe sont des synonymes parfaits, car ils désignent la même réalité. Ils seraient donc interchangeables. En théorie, oui ; en pratique, peut-être pas. En effet, ces quatre termes ne se trouvent pas dans tous les dictionnaires médicaux. Seul le GManu les contient tous ; « mélanorrhée » et « mélanorragie » ne figurent ni dans le Flamm, ni dans le GarDe, ni dans le PManu, ni dans le Quevau. La rareté de ces deux derniers termes devrait sans doute justifier leur élimination de la série synonymique ou, à tout le moins, l'ajout de marques d'usage, indiquant à l'utilisateur que ces termes ne sont pas courants. Ils semblent même désuets. S'ils le sont, pourquoi les proposer au traducteur ?

Voici un problème particulier au Gladstone : les synonymes fournis varient parfois en fonction de l'article où figure le terme. Cela tient au fait que, dans le Gladstone, un terme peut se rencontrer à plus d'un endroit, comme nous l'avons mentionné précédemment (voir section 2.3). En voici deux exemples probants:

EXEMPLE 1

brain-death syndrome

Ce terme se trouve sous chacun des mots composant le terme, à savoir *brain, death* et *syndrome*, et le contenu de l'article diffère dans chacun des cas :

> *brain-death syndrome* : (v. sous **death**).
>
> *brain-death syndrome* : état de mort encéphalique (ou cérébrale) ; mort du cerveau ; coma dépassé.
>
> *brain-death syndrome* : mort du cerveau ; coma dépassé

La liste des hétéronymes devrait se trouver sous **syndrome** et non sous **death** ni sous **brain**. Idéalement, une seule entrée aurait suffi ; cela aurait permis une économie d'espace et surtout éviterait d'offrir au lecteur des informations incomplètes. Mais il y a pire. Voyons le second cas.

EXEMPLE 2

head-nurse

Contrairement à l'article *brain-death syndrome,* où la liste des équivalents proposés n'était pas aussi complète à tous les endroits, ici, la liste est différente !

> *head nurse :* infirmière-chef ; surveillante-chef.
>
> *head nurse :* surveillante ; infirmière intendante.

Sont-ce vraiment des équivalents ? Bien malin qui pourrait le dire.

3.5. L'ordre de présentation des hétéronymes

Confronté à une série d'équivalents, le lecteur est en droit de se demander quel terme il doit privilégier dans la pratique. Par exemple, lequel des équivalents proposés pour **melena** (voir 3.4) doit-il utiliser ? « Melaena [sic], méléna, mélanorragie ou mélanorrhée » ? Sont-ils tous aussi utilisés les uns que les autres ? Sont-ils présentés en fonction de leur fréquence d'utilisation ? Le lecteur aurait intérêt à le savoir, mais Gladstone ne l'en a pas informé. Ce que le lecteur sait par ailleurs, c'est que l'entrée principale dans les dictionnaires médicaux français (PManu, Flamm, GarDe ou Quevau) est toujours « mélaena », suivi de son synonyme orthographique (méléna). Il n'y est jamais fait mention des deux derniers équivalents proposés : « mélanorragie » et « mélanorrhée ». Le seul endroit où figurent ces deux termes, c'est, nous l'avons déjà dit, dans le GManu, qui date déjà de plus de 25 ans. Si ces deux termes sont désuets, pourquoi alors les proposer ?

Il en est de même dans le cas des trois équivalents de **claviformin** (voir 3.4). Lequel serait-il préférable d'utiliser, « clavacine », « claviformine » ou « patuline » ? Si, par contre, l'ordre de présentation des équivalents est aléatoire, le traducteur aurait l'embarras du choix. Une telle possibilité est envisageable, car, dans le Gladstone, les hétéronymes ne sont pas toujours présentés dans le même ordre, comme cela est le cas dans les deux exemples suivants :

EXEMPLE 1

> *storage disease* : thésaurismose, thésaurose, maladie de surcharge.
>
> *storage disease :* thésaurose, thésaurismose, maladie de surcharge.

Comment le lecteur peut-il savoir, en consultant le Gladstone sous **disease,** que le premier équivalent proposé « thésaurose » n'existe que dans le GarDe, que partout ailleurs il ne rencontrera que « thésaurismose » et « maladie de surcharge »?

EXEMPLE 2

> *cleft palate* : division du voile du palais ; fente palatine ; division palatine, uranoschisis.
>
> *cleft palate* : division du voile du palais ; fente palatine ; uranoschisis.
>
> **uranoschisis (n) :** division du voile du palais ; division palatine, fente palatine.

Est-ce que « division du voile du palais », qui ressemble plus à une périphrase qu'à un hétéronyme, est le terme à privilégier en français ? Pourquoi « fente palatine » vient-il en deuxième lieu à *cleft palate,* mais en troisième lieu à **ura-**

noschisis ? [Nous avons déjà mentionné l'absence de « fissure palatine ».]

3.6. La qualité des hétéronymes proposés

L'hétéronyme est au dictionnaire bilingue ce que la définition est au dictionnaire unilingue, à savoir une forme synonymique du mot-vedette. Comme nous l'avons dit précédemment, la synonymie, dans le domaine médical, est la plupart du temps une synonymie parfaite. Alors pour qu'un équivalent satisfasse à cette exigence, il doit être vrai, précis et correctement formulé. Nous allons voir certains cas où les équivalents posent problème.

3.6.1. Erreur dans les équivalents proposés

Il y a ici une distinction à faire dans les causes d'erreur. Il se peut que l'équivalent proposé soit justifiable selon un dictionnaire, mais condamnable selon un autre, et dans un tel cas, ce n'est pas au traducteur à décider lequel des dictionnaires médicaux détient la vérité (erreur potentielle). Il se peut aussi qu'il soit faux, mais que cette erreur soit facilement explicable (faute d'inattention) ; ou encore qu'il soit carrément faux (erreur caractérisée).

Comme ce n'est pas au traducteur à décider lequel des dictionnaires médicaux anglais détient la vérité, l'équivalent sera considéré « potentiellement » fautif, tant que l'ambiguïté ne sera pas levée.

3.6.1.1. Erreur potentielle

Dans l'exemple qui suit, deux groupes d'équivalents sont proposés. Nous allons nous concentrer sur le deuxième groupe, constitué d'un seul terme : « mélanémèse ».

> **melena (n) :** (1) melaena [sic], méléna, mélanorragie, mélanorrhée ; (2) mélanémèse.

Oublions pour le moment le fait que ce terme est absent de la majorité des dictionnaires médicaux français — sauf du GManu — , donc pas très usité, pour nous concentrer sur son sens. Ce terme désigne, selon le GManu, des « vomissements avec rejet de substances noirâtres constituées par du sang ayant subi l'action du liquide gastrique ». « Méléna ou mélæna », pour sa part, désignent l' « évacuation par l'anus de sang noir digéré… ».

Pour que ces deux groupes d'équivalents soient vrais, il faut que le terme anglais *melena* désigne ces deux réalités. C'est le cas dans le Dorland's (1- *the passage of dark and pitchy stools […] ;* 2- *black vomit*), mais pas dans le IDMB où seul le premier sens est consigné *(the passage of dark or blackish, tarry stools stained with altered blood).* Pour désigner la deuxième acception, l'entrée principale dans ce dictionnaire est *coffee-ground vomit*, qui possède plusieurs synonymes : *black vomit, vómito negro, vomiter niger, melenemesis, melanemesis* (obsolete). Dans ce cas-ci, étant donné le désaccord entre les dictionnaires médicaux anglais, il nous est impossible de dire si « mélanémèse » est un bon équivalent. Nous sommes donc en présence d'une erreur potentielle.

3.6.1.2 Faute d'inattention

Exemple 1

> *medullary sponge kidney :* rein en éponge ; ectasie canalicullaire précalicielle ; maladie de Cacchi et Ricci; dilatation congénitale des voies biliaires intrahépatiques.

Comment ne pas être étonné de rencontrer « dilatation congénitale des voies biliaires intrahépatiques » comme équivalent d'un terme désignant une affection du rein ? Il y a certainement eu faute d'inattention de la part de l'auteur.

Exemple 2

> *plastic induration of corpora callosa :* induration plastique des corps calleux ; maladie de La Peyronie

La lecture des équivalents a de quoi étonner quiconque s'y connaît un peu en anatomie et en pathologie. En effet, il n'existe qu'un seul corps calleux — il est situé dans le cerveau — et la maladie de La Peyronie est une affection du pénis.

Il y a fort à parier que Gladstone a, par inattention, écrit *callosa* au lieu de *cavernosa.* Même si c'est assurément le cas, il y a lieu de se demander pourquoi ce terme fait partie de la nomenclature, car *plastic induration of corpora cavernosa* n'est consigné, comme tel, dans aucun dictionnaire médical anglais. Dans le Dorland's, on trouve deux entrées :

> *plastic induration : sclerosis of corpora cavernosa of the penis.*
>
> *penile induration : Peyronie's disease.*

qui correspondent respectivement aux deux équivalents attendus, sans que pour autant ils soient donnés comme synonymes. Par contre, dans le IDMB, ils sont dits synonymes : *penile induration*, *plastic induration* et *plastic induration of penis* renvoient tous à *Peyronie's disease.*

3.6.1.3 Erreur caractérisée

Exemple 1

> **anthrax (n) :** (1) charbon ; (Maladie bactérienne provoquée par *Bacillus anthracis*). (2) anthrax. (Inflammation staphylococcique). (v. **carbuncle**).

Aucun dictionnaire anglais ne donne à *anthrax* le sens de « inflammation staphylococcique ». En français, par contre, le terme « anthrax » a ce sens et ce seul sens. L'infection à staphylocoques que le français nomme « anthrax » s'appelle en anglais *carbuncle* ou *anthracoma* (voir le IDMB).

Même si Gladstone renvoie l'utilisateur à **carbuncle,** il ne lui propose pas moins un terme qui est fautif : *anthrax* ne se traduit pas par « anthrax ».

Exemple 2

hemogram (n) : hémogramme ; formule leucocytaire (Cf. *complete blood count*) .

Déjà dans l'introduction de la quatrième édition de son ouvrage, Gladstone mettait son lecteur en garde contre la tentation de traduire *hemogram* par « hémogramme ». La tentation était tellement forte qu'il a, lui même, succombé à la tentation, à la fois dans la quatrième et dans la cinquième édition.

Si, comme Gladstone le dit, « hémogramme » n'est pas correct — ce qui est loin d'être démontré —, « formule leucocytaire » ne semble guère mieux.

À *hemogram,* le IDMB renvoie son lecteur à *complete blood count.* Le Dorland's est du même avis ; il définit le terme ainsi : *a written record or a graphic representation of the differential blood count.* La seule explication plausible de la présence de « formule leucocytaire » serait que Gladstone a considéré comme équivalents les termes anglais *differential count* et *differential blood count, blood count* signifiant : *determination of the number of formed elements (Dorland's).* **Hemogram** se rend bien « par hémogramme ». Quant à « formule leucocytaire », ce terme répond à une autre réalité.

EXEMPLE 3

gluteal fold : pli interfessier ; pli fessier.

gluteal fold : pli interfessier, pli fessier.

Que le lecteur cherche l'équivalent de *gluteal fold* sous **gluteal** ou sous **fold,** il se voit proposer les deux mêmes hétéronymes. Il n'y a là rien d'anormal ; ce qui l'est par contre, c'est que ces deux hétéronymes désignent des entités anatomiques différentes. Il serait surprenant que les anatomistes ou les médecins anglophones ne fassent pas la distinction entre le pli situé entre les deux fesses [interfessier, ou *crena ani* (NA)] et celui qui est situé entre la fesse et la cuisse [fessier, ou *sulcus glutealis* (NA)].

La confusion vient sans doute du fait que le Dorland's, dans sa 28e édition, donne à *gluteal furrow* et à *gluteal fold* le même dénomination latine : *sulcus glutealis,* les faisant passer, de ce fait, pour des synonymes. Or, dans la 25e édition, le Dorland's donnait à *gluteal furrow* le sens de « pli interfessier »[c] et à *gluteal fold* le sens de « pli fessier » ; tout comme le IDMB, d'ailleurs. Voilà une autre preuve, si besoin était, qu'un seul dictionnaire médical unilingue n'est pas suffisant et aussi que la NA permet de résoudre assez facilement des problèmes terminologiques de cette nature.

EXEMPLE 4

antitoxin (n) : (1) antitoxine ; (2) anatoxine.

Il est pour le moins étonnant que soient proposés à l'utilisateur deux termes qui se font opposition. À preuve les définitions fournies par le Dorland's :

antitoxin : 1) *antibody against a toxin* ; 2) *purified antiserum from animals immunized by injections of a toxin or toxoid, administered as a passive immunizing agent to neutralize a specific bacterial toxin.*

anatoxin : toxoid.

toxoid : a modified or inactivated bacterial endotoxin that has lost toxicity but retains the properties of combining with, or stimulating the formation of antitoxin.

En français, les termes, « anatoxine » et « antitoxine », ont respectivement les mêmes sens qu'en anglais. Si l'on utilise un *toxoid* (ou *anatoxin*) pour produire une *antitoxin,* il est bien évident qu'on parle de deux réalités différentes. Cette erreur persiste dans le Gladstone depuis au moins la deuxième édition.

3.6.2. Imprécision dans les hétéronymes

L'équivalent proposé doit, en tout temps, correspondre à la définition du mot-vedette. Toute imprécision dans la formulation amènera le traducteur non spécialiste à faire une erreur ou à être imprécis dans sa traduction, l'imprécision venant du dictionnaire bilingue et également de son incapacité à déceler cette imprécision.

EXEMPLE 1

drug abuse : 1) usage de drogues ; usage de substances toxiques ; pharmacodépendance ; consommations de drogues. 2) abus des médicaments.

La valeur des équivalents proposés est discutable. En effet, *abuse* signifie, comme l'indique d'ailleurs Gladstone, « abus, emploi abusif » quand il s'agit d'une substance prise par une personne. Mais, comme on peut faire usage de quelque chose sans que cet usage soit abusif, rendre *abuse* par « usage » n'est pas juste. Quant au mot *drug,* Gladstone lui donne tantôt le sens de médicament ou de substance toxique (on peut, à la limite, considérer tout médicament comme une substance toxique), tantôt celui de stupéfiant, ce que le terme anglais signifie réellement. Mais en français, le sens du mot « drogue » varie selon les dictionnaires consultés, qu'ils soient généraux (Larousse, Robert) ou médicaux (Flamm, GarDe). C'est le Petit Manuila qui cerne le mieux le problème, quand il définit ainsi le terme :

drogue : 1) Primitivement, toute matière première, de nature organique ou inorganique, utilisée dans la préparation des médicaments. 2) **Par extension abusive,** sous l'influence de l'anglais, synonyme de *médicament*. 3) **Actuellement,** surtout dans le langage courant, synonyme de *stupéfiant*.

Quant au terme « pharmacodépendance », force est de reconnaître que Gladstone confond la cause et l'effet, car c'est l'abus qui peut entraîner une pharmacodépendance.

EXEMPLE 2

true vertebrae : vertèbres cervicales (*ou* dorsales *ou* lombaires).

La formulation des hétéronymes donne l'impression, à

cause de la présence du *ou*, que le traducteur peut choisir l'un ou l'autre des termes proposés, selon son bon vouloir ou encore selon le contexte. Ce n'est évidemment pas le cas. La lecture de la définition du terme dans un dictionnaire médical anglais nous fait vite comprendre qu'il y a une imprécision importante. En effet, le terme *true vertebrae* désigne *the vertebrae that normally remain unfused throughout the life i.e. the cervical, thoracic, AND lumbar vertebrae*. [le souligné est de moi].

Pour traduire ce mot-vedette, Gladstone aurait dû utiliser un générique, un terme qui englobe les spécifiques. « Vertèbres non soudées » conviendrait parfaitement, car ce terme englobe tout naturellement les vertèbres cervicales *ET* dorsales *ET* lombaires et non pas OU dorsales, OU lombaires. Remplacer les *ou* par des *et* dans le Gladstone serait correct au point de vue notionnel, mais l'hétéronyme qui en résulterait ne serait pas très pratique à utiliser.

EXEMPLE 3

half-life period : (1) demi-vie biologique. (2) période (radioactive).

Proposer « demi-vie biologique » pour rendre *half-life period,* c'est comme traduire *automobile* par « Ford ». Il peut arriver que la voiture en question soit une Ford, mais ce n'est pas vrai en tout temps.

Le concept de h*alf-life,* ou de *half-life period,* est fort simple ; c'est, selon le Merriam-Webster le *time required for half of something to undergo a process*. L'utilisation de *something* fait comprendre au lecteur que ce terme s'applique à diverses choses. Cela n'est pas différent en français ; « demi-vie » est, dans le Petit Robert, défini comme suit : temps que met une grandeur qui suit une loi exponentielle décroissante pour arriver à la moitié de sa valeur initiale.

En contexte, il peut arriver que *half-life period* soit synonyme de « demi-vie biologique », mais, hors contexte, cela n'est pas exact. Il aurait été préférable que Gladstone dissocie le générique des spécifiques. *Half-life period* signifie « demi-vie (biologique ou radioactive) » ; *biological half-life,* « demi-vie biologique », et « *radioactive half-life, «* période (d'un radio-élément)».

EXEMPLE 4

correlation table : abaque de correspondance.

Comme le domaine d'utilisation du terme n'est pas précisé, il est peut-être possible que l'équivalent proposé par Gladstone soit correct, mais les résultats d'une recherche effectuée sur Google ont été plutôt maigres : 1 seule occurrence. C'est la traduction du terme anglais *abacus.* Vu que le Gladstone est un dictionnaire médical, il y a fort à parier que le domaine, sans être précisé, est celui des statistiques. Dans ce domaine, le terme reconnu est « table de corrélation » ou « tableau de corrélation ».

3.6.3. Idiomaticité dans la formulation

La qualité d'une traduction s'apprécie, entre autres, à l'idiomaticité du texte produit. Autrement dit, le texte traduit doit donner l'impression qu'il a été écrit par un spécialiste en la matière, par un médecin, s'il s'agit d'une traduction médicale, par un avocat s'il s'agit d'une traduction juridique, etc. Pour ce faire, il faut recourir aux façons de dire des gens du domaine, sinon le texte « sentira » la traduction. C'est ainsi qu'un texte sera perçu, et à juste titre, si le traducteur utilise, pour traduire *myocardial infarction,* le terme « infarctus myocardique ». Bien que grammaticalement correct, ce dernier ne se rencontre pas dans la bouche ni sous la plume d'un médecin. Il utilise toujours « infarctus du myocarde ». Un dictionnaire médical bilingue doit donc nécessairement proposer à son utilisateur des formulations idiomatiques, pour tous les termes que l'auteur a jugé bon d'y inclure.

Par idiomaticité, il faut aussi entendre le respect des règles d'écriture de la langue d'arrivée. Nous nous attarderons ci-dessous sur trois points particuliers.

3.6.3.1. Ordre des adjectifs (on détermine avant de qualifier)

Le principe à respecter est le suivant : on détermine avant de qualifier (ex. « colonne vertébrale solide » et non « colonne solide vertébrale ». On précise d'abord la nature de la colonne (colonne faite de vertèbres) avant de lui donner un qualificatif (solide). Voici trois cas où le principe n'a pas été respecté.

EXEMPLE 1

weak organic acid : acide faible organique.

Gladstone nous propose « acide faible organique » aussi bien sous **weak** que sous **acid.** Une telle formulation ne respecte pas le principe énoncé ci-dessus. Le lecteur aurait dû trouver « acide organique faible », car « organique » est l'adjectif qui détermine. Gladstone n'a-t-il pas proposé, d'ailleurs, pour rendre *strong organic acid,* « acide organique fort » et non pas « acide fort organique » ?

EXEMPLE 2

crossed ectopia of the kidneys : ectopie croisée rénale.

Le même problème se pose ici. Gladstone nous propose : « ectopie croisée rénale », alors qu'il aurait dû nous proposer « ectopie rénale croisée », comme dans le Flamm.

EXEMPLE 3

acute myeloblastic leukemia : leucémie aiguë myéloblastique.

Dans la quatrième édition du Gladstone, l'équivalent proposé était « leucémie myéloblastique aiguë », formulation qui respecte le principe de la préséance de l'adjectif déterminatif sur l'adjectif qualificatif. Dans la cinquième édition, l'équivalent est devenu « leucémie aiguë myéloblastique ».

La tentation est forte de voir là l'introduction d'une erreur. Mais ce pourrait être aussi le respect de l'usage fautif qu'en font les médecins. Il arrive en effet que des traductions mal faites s'imposent au point qu'une rectification devient impossible à réaliser. Pensons seulement au *IOC (International Olympic Committee).* En français, cet organisme est connu sous le sigle CIO (Comité International Olympique). Force

est de reconnaître que « olympique » n'est pas un adjectif qualificatif, mais bien un adjectif déterminatif. À ce titre, il devrait précéder « international » et le vrai nom devrait être « Comité olympique international », ou COI. Le nom est trop bien ancré dans les habitudes langagières pour pouvoir espérer corriger l'erreur de composition du nom de ce comité[d]. Se pourrait-il qu'il en soit ainsi avec « leucémie aiguë myéloblastique » ? D'ailleurs les médecins ne parlent-ils pas de « leucémie lymphoïde chronique » ou de « leucémie myéloïde chronique » et non de « leucémie chronique lymphoïde » ni de « leucémie chronique myéloïde »? L'adjectif « aigu » que l'on perçoit comme un adjectif qualificatif, parce que tel en langue générale, est devenu un adjectif déterminatif. En effet, il existe une entité nosologique, une maladie appelée tout simplement « leucémie aiguë ». Elle peut donc, selon le cas, être myéloblastique, ou lymphoblastique, ou granuleuse, ou monoblastique, voire indifférenciée. Voilà la raison pour laquelle l'adjectif « aiguë » vient en premier. Mais il n'existe pas de maladie appelée « leucémie chronique », alors « chronique » vient en second.

Il faudrait donc que l'auteur apporte à certaines sous-entrées de **leukemia** les corrections qui s'imposent :

> *acute monoblastic leukemia* devrait se traduire par « leucémie **aiguë** monoblastique » ;
>
> *chronic lymphocytic leukemia* , par « leucémie lymphoïde (ou lymphocytaire) **chronique** » ;
>
> *chronic myelocytic leukemia,* par « leucémie myéloïde **chronique** ».

3.6.3.2. Lettre double liée

La lettre double liée,[5] comme « œ » ou « æ », est toujours de rigueur en français, même si les documents publiés ne respectent pas toujours l'usage. Le Gladstone fait partie de ces derniers.

> **oestrus (n) :** oestrus [au lieu de œstrus]

En anglais, le digramme soudé ne semble pas exister. Dans les dictionnaires anglais, on trouvera *curriculum vitae*, *oesophagus*, *oestrogen,*alors qu'en français ces mots s'écrivent toujours avec un digramme soudé. Gladstone s'aligne sur la façon anglaise d'écrire ces termes. Le lecteur trouvera même « oeuf » au lieu de « œuf » à **ovum.** Le logiciel utilisé pour composer le texte du dictionnaire ne connaît peut-être pas cette différence entre les deux langues.

3.6.3.3. Emploi de l'italique

Dans tout manuel de typographie ou dans tout guide de rédaction, on trouve une section réservée à l'emploi de l'italique, car cet emploi pose problème, comme nous allons le voir.

Les noms attribués au genre et à l'espèce en botanique ou en zoologie s'écrivent en italique. À défaut de mettre le mot-vedette anglais en italique, Gladstone aurait dû écrire le terme français en italique. **Dorema ammoniacum (n) :** Dorema ammoniacum. (Bot.) devrait se lire : **Dorema ammoniacum (n)** : *Dorema ammoniacum.* (Bot.)

Le nom des microorganismes se compose également en italique. Cette règle est appliquée, mais pas de façon systématique. En effet, à **anthrax,** le lecteur trouve « (Maladie bactérienne provoquée par *Bacillus anthracis*) », mais à **anthracycline,** il trouve « Les anthracyclines sont un groupe d'antibiotiques antimitotiques dérivés de souches de Streptomyces [sic] et comprenant […]) ».

Les mots d'origine latine sont généralement en italique. On peut toutefois faire l'économie de l'italique pour les emprunts qui sont francisés. Mais il est des cas où l'emploi de l'italique s'impose, ne serait-ce que pour lever toute ambiguïté. En voici un exemple :

> *orbital septum* : septum orbitaire, septum orbitale.

Contrairement à ce que tous pourraient croire, il n'y a pas de faute d'orthographe dans le dernier équivalent proposé, à savoir « septum orbitale ». Il est vrai que, « septum » étant masculin, « orbital » devrait l'être également, alors qu'il porte la marque reconnue du féminin, à savoir un « e » final. En fait, « septum orbitale » est un terme latin, comme tous les autres termes de la *Nomina Anatomica*[f], ou NA. L'emploi judicieux de l'italique pour les mots d'origine étrangère et surtout latine n'aurait pas suscité cette interrogation. Le traducteur aurait dû trouver : septum orbitaire, *septum orbitale* (NA). Ce dernier cas soulève le problème de l'importance des marques d'usage.

3.7. La présence / l'absence de marques d'usage

Si les marques d'usage s'imposent en lexicographie, c'est qu'elles répondent à un besoin fondamental dans la description du lexique. En effet, une réalité peut fort bien être désignée par des termes différents selon la région. Par exemple, au Québec, souper correspond à ce que, en France, on appelle dîner ; les Britanniques appellent *lorry* ce que les Américains appellent *motortruck.* Une même réalité peut aussi porter différents noms selon le milieu social auquel appartient le locuteur. Par exemple, pour désigner les lieux d'aisance, on pourrait utiliser : cabinet, w.-c, waters, chiottes, pipi-room. Certaines réalités ont vu, avec les ans, leur appellation se modifier. Aujourd'hui, on n'écoute plus la T.S.F. mais plutôt la radio. Et ainsi de suite. Ces variations dans l'emploi des mots doivent être portées à la connaissance du lecteur si l'on veut qu'il en fasse bon usage.

Mais de telles marques d'usage ont-elles leur place en langue de spécialité ? Le lecteur devrait-il s'attendre à en rencontrer dans un lexique bilingue comme celui de Gladstone ? Si oui, quelles seraient ces marques ? Il arrive que Gladstone en fasse usage, mais pas de façon systématique. Dans les 4 exemples suivants, demandons-nous si ces marques sont toutes nécessaires.

> **axis (n) :** (1) axe (m). (2) axis (m). (Anat.) (Deuxième vertèbre cervicale)
> **flavour** (n) : (G.-B) (*v.* **flavor**)

hyphedonia (n) : hyphédonie (f) (Psych.)

walking frame : cadre de marche, déambulateur, ambulateur, marchette (Québec).

Dans l'exemple 1, la présence de (Anat.) permet au traducteur de discriminer les deux équivalents possibles du terme anglais *axis*. Elle est donc pertinente pour qui ne sait pas qu'en anatomie *axis* ne se rend pas par axe.

Dans l'exemple 2, la présence de (G.-B) n'est d'aucune utilité pour le traducteur, car elle ne fait que le renseigner sur une condition d'emploi du terme dans la langue de départ. Or ce que le traducteur souhaite trouver, ce sont des informations sur l'emploi des équivalents proposés. Un traducteur peut toujours douter de la graphie du terme anglais, mais ce n'est pas dans le Gladstone qu'il devrait chercher la réponse, mais bien dans un dictionnaire unilingue anglais.

Dans l'exemple 3, la marque (Psych.) n'est pas vraiment utile. Elle ne sert pas à discriminer un équivalent d'un autre, car il n'y a qu'un seul équivalent. Elle rend compte en fait de la condition d'utilisation du terme plutôt que la valeur de son emploi. Si le traducteur rencontre le terme *hyphedonia,* ce devrait normalement être en pysychologie ou en psychiatrie. Alors pourquoi lui indiquer ce qu'il sait déjà. S'il n'en connaît pas la signification, c'est dans un dictionnaire médical anglais qu'il la trouvera. Si, par ailleurs, il connaît la signification du terme anglais et qu'il veuille seulement savoir son équivalent, la marque d'usage ne lui est d'aucune utilité.

Dans l'exemple 4, par contre, la marque d'usage (Québec) informe le traducteur que l'équivalent « marchette » est propre au Québec, qu'ailleurs ce seraient les autres termes proposés qui seraient utilisés. La marque d'usage est donc fort pertinente, car elle met en évidence une particularité d'usage. Si « marchette » est un québécisme, que sont donc « cadre de marche », « déambulateur » (qui figure dans le Petit Robert) ou « ambulateur » (qui ne figure pas dans le Petit Robert) ? Seraient-ils des régionalismes d'une autre partie du monde ou, tout simplement, des termes utilisés partout dans la francophonie, sauf au Québec ?

Ces quatre exemples ont été choisis parce qu'ils contenaient des marques d'usage, mais tel n'est pas toujours le cas. Il arrive souvent qu'il y ait absence de marques d'usage, à des endroits où elles s'imposeraient. Voyons quelques exemples.

EXEMPLE 1

bias (n) : (1) biais ; (2) parti pris ; préjugé.

Abstraction faite que *bias* a, en anglais, plus de deux acceptions, il y a lieu de se demander quel sens donner à « biais », terme français polysémique. Fait-il partie de la langue générale, comme cela est souvent le cas dans le Gladstone, ou appartient-il à un domaine paramédical ? Par exemple, à la biométrie, ou étude statistique des phénomènes de la vie ? L'absence de marque peut mener le traducteur à considérer « biais » comme un équivalent passe-partout. Ici, la marque (Stat.) s'impose.

EXEMPLE 2

in private practice : en pratique de clientèle (*ou* privée *ou* de ville) ; en milieu extra-hospitalier ; à titre libéral.

Les équivalents proposés ne sont pas tous du même ordre. « Pratique privée » se dit des deux côtés de l'Atlantique, mais « pratique de ville, de clientèle » par opposition à ceux qui travaillent en milieu hospitalier ou encore « à titre libéral » par opposition à ceux qui sont salariés sont des termes qui ne correspondent pas à la réalité québécoise. Ce sont donc des termes inusités au Québec. L'absence de marques se fait sentir.

EXEMPLE 3

head nurse : infirmière-chef ; surveillante-chef.

head nurse : surveillante ; infirmière intendante.

Mettons de côté le problème posé par la différence des hétéronymes proposés selon la sous-entrée consultée pour nous concentrer sur les équivalents proposés. « Infirmière intendante » n'est pas usité au Québec. Quant à « surveillante-chef » ou « surveillante », ce sont des titres qui peuvent s'appliquer à bien d'autres personnes que des infirmières, même si, d'après le Robert, c'est une « *surveillante,* qui, dans un hôpital, dirige les infirmières, surveille la bonne marche du service. » Une marque d'usage s'imposerait si jamais la fonction décrite par *head nurse* existait dans l'organisation québécoise des soins de santé.

EXEMPLE 4

earache : otalgie ; otodynie.

Dans le Flamm, le Queveau et le GarDe, l'entrée principale est « otalgie » ; « otodynie » y est donné comme synonyme. Dans le PManu, « otodynie » ne figure plus, sa disparition répond parfaitement au caractère désuet que le GManu attribuait déjà à « otodynie » dans les années 70. Une recherche rapide sur Google nous permet de constater cette différence d'usage : 3 occurrences pour otodynie et plus de 900 pour otalgie.

Les deux équivalents proposés ne sont pas vraiment interchangeables. Les notions qu'ils expriment sont les mêmes, mais l'usage ne l'est pas. C'est donc dire qu'une marque d'usage s'imposerait, si l'on tient absolument à garder « otodynie » parmi les termes proposés. Il y a plus, on peut même se demander à quoi peut bien servir un équivalent désuet ?

C'est la question qui se pose en lisant l'article « **glycoleucine :** norleucine ; glycoleucine » dont il a déjà été question. Glycoleucine étant un terme désuet, sa présence dans le dictionnaire n'est pas pertinente.

EXEMPLE 5

glutamic oxalacetic transaminase : transaminase glutamique oxalo-acétique (*ou* glutamina-oxalacétique *ou* glutamino-oxalo-acétique) ; aspartate aminotransférase.

SGOT (n) : transaminase glutamique oxalo-acétique

sérique ; SGOT ; TGO ; TGOS.

L'enzyme en question, la *glutamic oxalacetic transaminase* et son sigle (*SGOT*) sont de moins en moins utilisés en anglais. Dans le Dorland's, le lecteur est renvoyé à *aspartate transaminase,* dont le sigle est *AST ou ASAT* ; dans le IDMB, on précise même entre parenthèses qu'il s'agit d'un *previous name.* À un mot-vedette qui est vieilli, Gladstone fournit des équivalents qui sont eux aussi vieillis. En français, cet enzyme est aujourd'hui appelé « aspartate-aminotransférase, ou ASAT ». Gladstone connaît ce terme, car il le mentionne à *glutamic oxalacetic transaminase,* mais il le fait cohabiter avec les variantes du terme vieilli, sans préciser quoi que ce soit. À **SGOT**, l'auteur ne mentionne même pas le nouveau sigle : ASAT ou AST. Des marques d'usage devraient avoir été utilisées. Mais, dans les faits, la question plus fondamentale qu'il faut se poser est toujours la même : pourquoi proposer des équivalents qui n'ont plus cours ? Ils ne servent strictement à rien pour le traducteur. De plus, l'entrée **SGOT** n'aurait sa place parmi la nomenclature que si l'auteur avait décidé d'inclure les sigles dans le corps de l'ouvrage. Tel ne semble pas être le cas, car, à la fin de son ouvrage, il a réservé une section intitulée : ABRÉVIATIONS, SIGLES, SYMBOLES, qui fait 72 pages.

Les mêmes commentaires valent pour l'enzyme *glutamic pyruvic transaminase* ou **SGPT,** appelé aujourd'hui « alanine-aminotransférase », ou ALAT.

EXEMPLE 6

> **ergot (n) :** (1) ergot de seigle ; Claviceps purpurea [sic] ; (2) ergot de Morand ; petit hippocampe ; (3) ergot du cheval.

Le deuxième groupe d'hétéronymes est pour le moins intrigant. Dans aucun dictionnaire médical anglais, *ergot* n'a ce sens. Il serait plus juste de dire : « n'a plus ce sens », car, dans la 25e édition du Dorland's, qui date de 1974, *ergot* était ainsi défini :

> 1. the dried sclerotium of *Claviceps purpurea,* which is developed on rye plants […]. 2. (*obs*.) calcar avis. 3. a small mass of horn in the tuft of hair at the flexion surface of the fetlock in horses.

Si le terme *ergot* ne sert plus aux anglophones à désigner le *calcar avis*, et cela depuis plus de 30 ans, les hétéronymes du deuxième groupe n'ont pas plus leur raison d'être. À défaut de les enlever, il faudrait au moins préciser qu'ils sont obsolètes, car seul le GManu les inclut dans sa nomenclature. Autrement dit, ils ne servent absolument pas au traducteur d'aujourd'hui.

3.7.1. Marques d'usage spécifiques du domaine médical

Nous avons mentionné, au début de la présente section (3.7), qu'il existe des marques d'usages spécifiques du domaine médical, à savoir NA et DCI, dont Gladstone ne fait aucun cas, mais qui pourtant pourraient être utiles.

3.7.1.1. NOMINA ANATOMICA

La pléthore de termes utilisés par les anatomistes a forcé ces derniers, en 1895, à uniformiser la nomenclature qu'ils utilisaient. Ainsi est née la *Nomina Anatomica*[f], régulièrement mise à jour depuis. Cette terminologie a tardé à s'imposer en dehors du cercle des anatomistes. Mais elle fait son chemin, lentement mais sûrement, au point que le traducteur doit connaître les anciennes et les nouvelles appellations des pièces anatomiques. Or, dans le Gladstone, il n'est jamais fait mention de la *Nomina Anatomica* (NA). Cela ne signifie pas que de nouvelles appellations n'ont pas été présentées comme hétéronymes, mais le traducteur n'en est pas avisé.

EXEMPLE 1

> *musculus gracilis :* m. droit interne de la cuisse

L'équivalent proposé appartient à l'ancienne nomenclature. Selon la NA francisée, le nom de ce muscle est « muscle gracile ».

EXEMPLE 2

> **valve (n) :** (1) appareil valvulaire ; valvule ; valve ; (2) soupape, clapet.

Le traducteur se voit ici offrir plusieurs hétéronymes, parmi lesquels il doit choisir, sans toutefois trop savoir sur quoi se baser. Oublions pour le moment le fait que la marque d'usage (Anat.) aurait eu intérêt à être utilisée et concentrons-nous sur les hétéronymes du premier groupe, qui eux relèvent du domaine médical.

Là, un problème majeur se pose : ces termes sont-ils des synonymes, comme le laisserait entendre le regroupement fait par Gladstone ? Est-ce que *valve* désigne ce que le français appelle « appareil valvulaire » ? Peut-on utiliser indifféremment « valve » et « valvule » pour désigner l'appareil valvulaire ? Est-ce que « valve » et « valvule » désignent la même réalité anatomique ? La présence de marques d'usage aurait permis de clarifier le tout.

Valve désignait ce que le français appelait autrefois « valvule ». Mais les anatomistes ont compris que le diminutif « valvule » ne devrait plus servir à désigner un élément plus grand qu'une « valve ». Déjà dans la 25e édition du Dorland's, on pouvait constater qu'en anglais on avait compris le message. En effet, dans la 28e édition, à *valvula,* on peut encore lire :

> *Once used in official nomenclature as a general term to designate a valve, such as in the heart, but in NA restricted to designation of a cusp of the aortic valve or of the valve of the pulmonary trunk […].*

Dans la 28e édition, on ne trouve plus *valvula mitralis* ni *valvula tricuspidalis,* mais seulement *valva mitralis, valva tricuspidalis.* Les dictionnaires anglais sont donc moins réticents à accepter un point de vue logique que ne le sont les dictionnaires français, qui définissent toujours « valve » en fonction de l'ancienne terminologie[g].

Selon la NA, ce qui s'appelait autrefois « valvule mitrale »

porte aujourd'hui le nom de « valve atrio-ventriculaire gauche ». Gladstone a raison de mettre « valve » et « valvule » sur le même pied, mais à une condition : il faudrait qu'il indique quel terme appartient à l'ancienne nomenclature. Mais il ne l'a pas fait…

Comme cette nouvelle nomenclature commence à s'imposer, il est important pour le traducteur de la connaître, car c'est elle qu'il devrait utiliser. Mais comme Gladstone ne précise rien sur la nomenclature utilisée pour les hétéronymes, force est de consulter un autre ouvrage pour s'assurer que le terme proposé est celui de la NA. Cette obligation concerne une grande partie du Gladstone, car on y trouve pas moins de 9 pages réservées au terme **ligament ;** plus de 7 pages à **vein** et **vena,** près de 5 à **muscle,** plus de 4 à **artery.** Et cela, sans parler de **joint,** de **bone,** etc.

3.7.1.2. Dénomination commune internationale (DCI)

Tout comme les anatomistes, les pharmacologues et pharmaciens ont senti le besoin de standardiser l'appellation des médicaments. Ainsi est née la DCI (dénomination commune internationale), assortie de certaines règles d'écriture, le tout sous la direction de l'OMS.

L'absence, dans le Gladstone, de toute référence à la DCI laisse le traducteur dans le doute devant le nom d'un médicament. Examinons les trois exemples suivants :

> **carbimazole (n) :** carbimazole
> **methimazole (n) :** thiamazol ; méthimazole
> **amdinocillin (n) :** mécillinam

Les équivalents proposés sont-ils des termes de la DCI ? Si plus d'un équivalent est proposé, lequel choisir et sur quelle base ? Il est bien évident que la présence d'une marque d'usage permettrait au traducteur de faire un choix judicieux. Mais tel n'est pas le cas.

Dans les trois exemples cités, nous avons les trois cas possibles : a) « carbimazole » n'est pas la DCI ; c'est « carbimazol », sans « e » final (conformément à la règle d'écriture) ; b) « thiamazol » est la DCI, mais pas « méthimazole » ; « mécillinam » est la DCI.

La présence d'une marque d'usage serait donc fort appréciée par le traducteur qui veut utiliser la DCI ou par celui dont le donneur d'ouvrage ne veut pas voir de DCI.

3.7.1.3. Niveau de langue

Le niveau de langue est une marque d'usage couramment rencontrée dans les dictionnaires de langue générale. Par contre, sa présence dans un dictionnaire spécialisé est plutôt inattendue, car la langue de spécialité est de niveau soutenu. C'est peut-être ce qui explique l'absence de marques à l'article suivant :

> **rump (n) :** croupe, croupion, fesse.

Quel texte médical anglais serait susceptible d'utiliser le mot **rump,** avec le sens français que Gladstone lui donne, à savoir « croupe, croupion, fesse », termes qui sont tous d'un niveau autre que soutenu. Si les équivalents proposés figurent dans le Gladstone au sens familier de « derrière humain », il faudrait non seulement que « fesse » prenne la marque du pluriel, mais surtout qu'il y soit fait mention que cette acception n'appartient pas au même niveau de langue que les deux premiers. Devant une palette aussi vaste de termes, le lecteur pourrait se demander ce qui a retenu l'auteur de ne pas proposer également : cul.

Il y a fort à parier que les équivalents proposés, exception faite de « fesses », ne seront jamais utilisés dans une traduction. Alors pourquoi ne pas les éliminer, ou, tout au moins, leur accoler une marque d'usage ? Gladstone n'a pas pris soin d'en faire usage dans ce cas-ci, même si, dans d'autres, il n'a pas hésité à le faire.

> **rumble (n) :** (1) roulement. (2) gargouillement. (3) bagarre (Argot).

La présence d'une marque d'usage après « bagarre » est intrigante, car ni le Petit Robert ni le Larousse ne le donnent comme argotique. La situation est différente dans le cas suivant.

> *new growth :* néoplasme (m) ; néo (m).

L'absence de marque d'usage laisse entendre que les deux termes sont interchangeables. Ce n'est évidemment pas le cas. « Néo » pour « néoplasme » fait plutôt partie du jargon médical, ou comme le dit le Petit Robert, de l'argot médical. Gladstone n'a pas jugé approprié de mettre une marque d'usage ici, et pourtant elle s'impose.

3.8. Les renvois

Si Gladstone renvoie son lecteur à une autre entrée ou sous-entrée, c'est qu'il a sans doute ses raisons, qu'il n'a malheureusement pas pris soin de lui communiquer. Le lecteur ne peut donc en apprécier toute la portée. C'est dire que de nombreuses questions, qui touchent autant la forme que le fond (ou fonction), demeurent sans réponse.

3.8.1. Forme du renvoi

Exemple 1

> *adult celiac disease :* maladie coeliaque de l'adulte ; entéropathie au gluten ; sprue nostras (Cf.. *Gee's disease*).
>
> *Bouchet-Gsell disease :* (v. *Bouchet's disease*).

Quelle différence faut-il voir entre les deux façons de renvoyer le lecteur (« cf. » et « v. ») illustrées ci-dessus, d'autant plus que l'abréviation « cf. » ne figure même pas dans la « Liste des abréviations utilisées dans le texte » ?

Exemple 2

> *colony-stimulating factors* : (v. sous **factor**).
>
> *personality disorders* : troubles de la personnalité (v. sous **disorder**).

Pourquoi certains renvois sont-ils en italique *(v. sous)* et

d'autres en romain (v. sous) ?

EXEMPLE 3

colony-stimulating factors : (v. sous **factor**).

cause of death : (v. **cause**).

Pourquoi tantôt « v. sous », tantôt « v. » ? La formulation « v. sous » est appropriée quand le lecteur est renvoyé à une sous-entrée, car cette dernière se trouve effectivement « sous » le mot-vedette. Mais il n'en est pas toujours ainsi, comme les deux exemples l'illustrent si bien.

EXEMPLE 4

embryonal cataract : (v. nuclear cataract, embryonal).

lines of evidence : (v. **line**).

Pourquoi le mot ou terme auquel on renvoie le lecteur est-il parfois en italique, parfois en gras ? Serait-ce parce que le terme en gras est une entrée et celui en italique une sous-entrée ? Si tel est le cas, comment expliquer les cas suivants :

bear down (v. *bearing down*) : appuyer sur, pousser.

Le lecteur est renvoyé à une apparente sous-entrée, car elle est en italique. En fait le lecteur aurait dû lire : v. **bearing down (n),** même si, pour un verbe, le renvoi à un nom peut sembler étonnant.

Cacchi-Ricci disease : maladie de Cacchi et Ricci (v. **medullary sponge kidney**).

Le lecteur est renvoyé à une apparente entrée, car elle est en gras. Cette entrée n'existe pas. En fait, même si un renvoi à un adjectif peut sembler étonnant, c'est bien sous **medullary (adj)** que le lecteur trouvera ce qu'il cherche**.** Il en est de même à l'entrée **simvastatin.** Le dictionnaire renvoie à **reductase inhibitors,** entrée qui n'existe pas. C'est « sous **inhibitor »** que le lecteur aurait dû être renvoyé.

Il arrive même que Gladstone renvoie, de façon non formelle, son lecteur à un autre article de son dictionnaire. Il utilise, pour ce faire, divers moyens. Nous allons en voir deux.

a) À **disease**, on trouve le renvoi suivant : (*v. aussi les entrées sous* **syndrome**)**.**

Comment interpréter ce renvoi avec « *aussi* » à la lumière des habitudes langagières des anglophones[h] et des francophones[i] ? Cela signifie-t-il que, si le terme recherché ne se trouve pas sous **disease,** le lecteur pourrait peut-être le trouver sous **syndrome,** qu'un terme peut se trouver à l'une ou l'autre place, ou encore qu'un terme peut se trouver aux deux endroits ? Examinons deux cas particuliers :

Alport's disease : syndrome d'Alport ; néphropathie familiale avec surdité.

Alport's syndrome : syndrome d'Alport, néphrite héréditaire avec surdité, néphropathie familiale avec surdité.

Pourquoi une entrée sous **disease** quand, dans les dictionnaires médicaux anglais (IDMB et Dorland's), seul figure le terme *Alport* (ou *Alport's*) *syndrome* ? Parce que certains anglophones diraient *Alport's disease* ? Pourquoi ne pas avoir, dans ce cas, indiqué : v. sous **syndrome** ? Le lecteur aurait alors eu droit à trois hétéronymes et non à deux seulement.

Behr's disease : maladie de Behr.

Behr's syndrome : atrophie optique de Behr.

Dans ce cas-ci, la question à se poser est : « Pourquoi une entrée sous **syndrome** ? » Le terme *Behr's syndrome* n'est consigné ni dans le Dorland's, ni dans le IDMB. Mais comme Gladstone propose des équivalents différents aux deux mots-vedettes, il y a lieu de se demander si, dans ce cas-ci, *disease* et *syndrome* peuvent être utilisés indifféremment, comme cela est le cas avec *Alport's disease* et *Alport's syndrome*. La réponse semble être NON, car, dans les dictionnaires médicaux français (Flamm, GarDe, GManu et Quevau), il existe deux entités nosologiques distinctes : « Behr (maladie de) » et « Behr (atrophie optique de) ou Behr (syndrome de) ». Il ne faut donc pas s'imaginer que *X syndrome* et *X disease* sont toujours des synonymes.

Les deux exemples cités nous amènent à dire que Gladstone aurait eu intérêt à faire comme fait le IDMB :

> Terms known by various designations are listed in this dictionary under the form that predominates in actual usage. For particular syndromes not found under *syndrome*, see also under DISEASE.

b) À **acid,** l'on peut lire : « On trouvera d'autres noms d'acides à leur place alphabétique dans le texte. »

Gladstone utilise ici une remarque qui fait office de renvoi sans en être formellement un. Comment faut-il interpréter cette phrase ? Est-ce à dire que le lecteur trouvera une double inscription de chaque acide, comme cela est le cas pour *acetic acid* (sous **acetic** et sous **acid**) et pour *acetoacetic acid* (sous **acetoacetic** et sous **acid**) ? Si tel est le cas, Gladstone aurait pu économiser beaucoup d'espace, car l'entrée **acid** compte 72 sous-entrées. Une vérification faite sur les 30 premières sous-entrées nous a permis de constater que 15 de ces termes (50 %) figurent également à leur place alphabétique dans le texte ! Pourquoi les 15 autres n'ont-ils pas eu le même traitement de faveur ? Ou mieux, pourquoi avoir répété le terme à deux endroits ? Gladstone aurait pu préciser à **acid** que les noms des différents acides se retrouvent à leur place alphabétique dans le texte. L'inclusion de ce renvoi aurait, de toute évidence, contribué à amincir l'ouvrage.

3.8.2. Utilité du renvoi

L'inclusion d'un renvoi devrait être justifiable et sa raison d'être évidente, ce qui n'est pas toujours le cas.

À **itch,** le lecteur trouve, entre autres, les entrées suivantes :

1. swamp itch (v. lumberman's itch).

2. mattress itch (v. barley itch) : gale des céréales.

3. water itch : ankylostomiase cutanée; *miner's itch* : ankylostomiase cutanée.

En 1, l'auteur renvoie son lecteur là où se trouve l'équivalent cherché. En 2, l'équivalent est déjà fourni. Alors pourquoi avoir mis un renvoi ? En 3, l'auteur n'a pas senti le besoin de faire comme il avait fait en avec *swamp itch*, c'est-à-dire faire un renvoi.

Prenons un autre cas, celui de **drug (adj).** En sous-entrées, le lecteur y trouve, entre autres :

drug abuse (v. **abuse**).

drug rash : eczéma médicamenteux [pourquoi pas (v. **rash**), où il y a d'ailleurs d'autres équivalents].

drug-seeking behavior : conduites toxicophiles.

drug surveillance : pharmacovigilance.

Qu'a de spécial *drug abuse* que n'ont pas les autres pour se voir attribuer un renvoi ? Comme les trois autres ont une double entrée, l'auteur a peut-être jugé inutile d'en mettre un, comme dans le cas de *water itch*, que nous venons de voir. Pourtant à **rash,** le lecteur aurait trouvé 3 autres équivalents, qui ne figurent pas ici, à savoir : « toxidermie ; toxicodermie ; éruption médicamenteuse » !

De toute évidence, Gladstone n'est pas systématique dans l'emploi des renvois. Malgré cela, il y a certains renvois auxquels le lecteur peut trouver une raison d'être : faire une économie d'espace ou encore fournir au lecteur un élément encyclopédique. Même si on peut parfois les expliquer, cela ne signifie pas qu'ils sont obligatoires.

3.8.2.1. Économie d'espace

Renvoyer le lecteur à une entrée permet effectivement une économie d'espace. C'est du moins une façon d'interpréter les renvois suivants :

pseudorabies (n) (*v.* **pseudohydrophobia**).

pyodermia (n) (*v.* **pyoderma**).
colony-stimulating factors (v. sous **factor**).

Mais si ce souci d'économie est réel, le lecteur est en droit de se demander pourquoi, par exemple, à *colony forming unit-spleen assay ; CFU-S assay* (les équivalents occupent trois lignes), Gladstone ne le renvoie pas à **assay,** où se trouve exactement la même information ? Non seulement de tels renvois seraient une source importante d'économie, mais ils permettraient à l'auteur de s'assurer que les équivalents proposés sont bien les mêmes, quelle que soit la sous-entrée, ou encore de prendre conscience que certains équivalents devraient peut-être être vérifiés avant de les inclure définitivement dans la liste. J'en veux pour preuve le terme *colony count*.

colony count : (1) dénombrement des colonies. (2) bactériurie quantitative ; étude bactériologique des urines.

colony count : (1) numérotation des colonies ; dénombrement des colonies. (2) bactériurie quantitative.

Les équivalents proposés intriguent le lecteur. Est-ce que *colony count* signifie vraiment « bactériurie quantitative » ? Est-ce qu'une étude bactériologique des urines se résume à un dénombrement des colonies ? Est-ce que « numérotation » et « dénombrement » désignent vraiment la même réalité ? Poser la question, c'est un peu y répondre.

3.8.2.2. Élément encyclopédique

Dans certains cas, le renvoi peut être interprété comme un souci de fournir au lecteur certaines informations qui ne relèvent pas d'un lexique à proprement parler. Ce serait plutôt un renvoi d'ordre encyclopédique. Prenons les exemples suivants :

Exemple 1

simvastatin (v. **reductase inhibitors**) : simvastatine (f). (Statine) .

À *reductase inhibitors*, on trouve : « inhibiteurs (compétitifs) de l'HMG-CoA ; réductase » [il faut, ici, enlever le point-virgule avant « réductase »] ; statines (f pl) (Hypolipémiants) ». Le lecteur comprend que la simvastatine est un inhibiteur de la HMG-CoA réductase, qu'elle est, de ce fait, un hypolipémiant. Elle est plus spécifiquement un hypocholestérolémiant.

Exemple 2

coagulation factors : facteurs de coagulation (*v.* **coagulation factors**).

Dans ce cas-ci, l'information encyclopédique se trouve « sous » **coagulation factors.** Le lecteur peut en effet y voir énumérés les 13 facteurs de coagulation et leurs équivalents.

La pertinence de ce genre de renvoi dans un dictionnaire bilingue est discutable, surtout qu'il n'apparaît qu'à l'occasion.

3.8.3. Inutilité des renvois

Nous avons vu qu'il manque parfois des renvois à certains mots. Nous allons voir maintenant qu'il existe des renvois dont l'utilité est fort discutable, pour ne pas dire nulle. Et cela pour diverses raisons : redondance, mauvaise formulation, mauvaise identification, inexistence du terme.

3.8.3.1. Redondance

myopsis (n) (*v.* **myiodesopsia**) : mouches volantes.

myiodesopsia (n) : myodésopsie, myopsie ; mouches volantes

Pourquoi mettre un renvoi à **myiodesopsia,** quand l'équivalent recherché y est déjà indiqué ? Le lecteur n'y ira fort probablement pas, sauf s'il croit que d'autres hétéronymes lui seraient offerts, comme cela a déjà été démontré précédemment. Le renvoi que met ici Gladstone ne remplirait son rôle que si aucun équivalent n'était proposé. Ce cas n'est pas unique :

hermaphrodism (n) (*v.* **hermaphroditism**) : hermaphrodisme.
hermaphroditism (n) : hermaphrodisme.

personality disorders : troubles de la personnalité (*v. sous* **disorder**).
personality disorder : trouble de la personnalité.

sleeping sickness (v. **sickness**) : maladie du sommeil ; trypanosomiase africaine.
sleeping sickness : maladie du sommeil ; trypanosomiase africaine.

Le lecteur a raison de se demander à quoi servent les renvois si, en les consultant, il n'y trouve rien d'autre qu'une répétition des hétéronymes. Gladstone veut peut-être lui faire savoir que le terme anglais a un synonyme, mais cela importe peu au traducteur. Ce qu'il cherche, c'est le terme français correspondant.

Il arrive que Gladstone fasse l'économie d'un renvoi inutile, comme le montre l'exemple suivant :

melanidrosis (n) : mélanidrose.

melanephidrosis (n) : mélanidrose.

Le lecteur consultera le dictionnaire au terme dont il cherche l'équivalent, sans se soucier qu'il puisse exister un synonyme orthographique de ce terme. Mais cela n'est pas toujours possible. Dans l'exemple qui suit, les deux synonymes orthographiques, au lieu de constituer deux entrées distinctes comme cela devrait être la norme, sont inscrits à la même entrée !

envenomization ; envenomation (**n**) : envenimement, envenimation

3.8.3.2. Mauvaise formulation

Si le renvoi est mal formulé, le lecteur cherchera en vain le terme et, s'il le trouve, ce sera au prix d'efforts injustifiables. Même si elles ne sont pas légion, ces mauvaises formulations, qui peuvent prendre bien des formes, n'en gênent pas moins la consultation de l'ouvrage.

a) renvoi à un terme mal identifié

acid-base disorder (v. **acid-base**).

Compte tenu de la formulation du renvoi, le lecteur s'attend à trouver sous **acid-base** le terme *acid-base disorder.* Il n'en est rien. S'il lit toutes les sous-entrées, il y trouvera *acid-base disturbances.* Il lui reste à établir la correspondance entre ces deux termes.

snakeroot (**black**) (**n**) (*v. sous* **black**).

Comme il y a deux entrées **black,** l'une pour le nom, l'autre pour l'adjectif, le lecteur doit chercher, sous **black (adj.),** le terme *black snakeroot*. Il ne le trouve pas d'emblée, car la vraie sous-entrée à consulter est *black cohosh*. L'auteur a décidé de mettre sur la même ligne deux termes qui n'occupent pas la même place dans l'ordre alphabétique :

black cohosh ; black snakeroot : Cimifuga racemosa [il faudrait lire Cimicifuga] ; cimicaire ; chasse-punaises.

Cacchi-Ricci disease : maladie de Cacchi et Ricci (v. **medullary sponge kidney**).

L'utilisation du gras aux trois mots laisse entendre au lecteur qu'il existe une telle entrée, ce qui n'est pas le cas. Où se trouve donc l'information ? À **medullary,** à **sponge** ou à **kidney** ? Le lecteur en est quitte pour consulter chacun des mots dans l'espoir de trouver l'information recherchée. À la condition expresse toutefois que le terme auquel le lecteur est renvoyé existe réellement, ce qui n'est pas toujours le cas, comme nous allons le voir.

b) renvoi à un terme inexistant

lines of evidence : (v. **line**).

Sous **line**, le lecteur ne trouve ni *lines of evidence* ni *evidence (lines of)*. Cette entrée a peut-être été éliminée par inadvertance, mais tel ne semble pas être le cas : ce terme a fait son apparition dans la quatrième édition, l'erreur aussi.

Bouchet-Gsell disease : (v. *Bouchet's disease*).

Bouchet's disease : leptospirose des jeunes porchers ; maladie de Bouchet.

Le renvoi à *Bouchet's disease* est pour le moins étonnant. Il est vrai que, dans les dictionnaires médicaux français, « maladie de Bouchet » et « maladie de Bouchet-Gsell » sont donnés comme synonymes, mais *Bouchet's disease* ne figure ni dans le Dorland's ni dans le IDMB. Et une recherche sur Google donne le même résultat. Le terme inexistant, dans ce cas-ci, concerne le mot-vedette.

3.9. Le contenu des parenthèses

Outre les quelques marques d'usage dont il a été question précédemment, le Gladstone nous fournit diverses informa-

tions entre parenthèses. Dans certains cas, la pertinence de ces informations est évidente, dans d'autres elle l'est moins.

3.9.1. Synonyme

EXEMPLE 1

piezoelectric crystal : quartz (*ou* cristal) piézo-électrique.

Zenker's crystals : cristaux de Charcot-Leyden (*ou* de Zenker *ou* cristaux asthmatiques).

Le Gladstone présente parfois, entre parenthèses, d'autres noms de la réalité mentionnée. Toutefois, rien ne dit au lecteur lequel de ces noms est le plus ancré dans l'usage. Le lecteur en est réduit à conclure, à tort ou à raison, qu'ils sont interchangeables.

EXEMPLE 2

adolescent crisis (or *rebelliousness*) : crise d'originalité juvénile. (Debesse)

Il arrive aussi que le synonyme concerne, non pas l'équivalent, mais bien le mot-vedette. Dans ce cas-ci, la pertinence est moins évidente, surtout quand le synonyme mis entre parenthèses ne fait même pas l'objet d'une entrée dans le dictionnaire, comme cela est le cas pour l'exemple cité.

3.9.2. DÉFINITION

red man syndrome : « red man syndrome ». (Rougeurs cervico-faciales et tronculaires accompagnées de douleurs musculaires pulsatiles et d'hypotension, provoquées par une perfusion trop rapide de vancomycine).

Parfois le contenu entre parenthèses est une définition, dont la pertinence n'est pas évidente. On pourrait croire que sa présence s'explique par l'absence d'équivalent français. Si c'est vraiment la raison pour *red man syndrome*, il en est tout autrement pour les deux exemples suivants :

sexdigitate : sexdigitaire (Qui a six doigts à la même main ou au même pied).

crystalloid : cristalloïde. (Substance qui n'est pas un colloïde et peut traverser une membrane semi-perméable).

Dans le dernier exemple, l'auteur veut peut-être informer son lecteur que « cristalloïde » a un autre sens en français ; il désigne la capsule du cristallin [*capsula lentis* (NA)]. Mais comme le terme anglais n'a pas ce deuxième sens, la présence de cette définition est discutable.

3.9.3. Renseignement encyclopédique

Dans d'autres cas, le Gladstone fournit des renseignements que l'on pourrait qualifier d'encyclopédiques. Leur pertinence n'est pas évidente, car ces informations n'aident en rien le traducteur dans sa tâche. En voici quelques exemples :

English-speaking : […] (*Remarque* : relativement peu d'Américains sont d'origine anglo-saxonne).

c-split design : […] (Protocole expérimental à temps de mesure multiples, proposé par E.M. Landaw, thèse de doctorat de l'université de Californie à Los Angeles, 1980). (Modélisation).

phytanic acid : […] (Dans la maladie de Refsum, on observe la présence en excès de cet acide dans les tissus et le sérum, provoquant une surcharge de lipides à acide phytanique ; cette surcharge est due à un déficit en phytanique-oxydase).

anthracycline : […] (Les anthracyclines sont un groupe d'antibiotiques antimitotiques dérivés de souches de Streptomyces [sic] et comprenant la daunorubicine, la doxorubicine ou adriamycine et la rubidazone).

3.9.4. Classe du médicament

Le Gladstone nous indique parfois la classe à laquelle appartient le médicament en question. En voici trois exemples:

mifepristone : […] (Antiprogestérone).

pentobarbital : […] (Hypnotique).

deterenol : […] (Sympathomimétique).

La raison pour laquelle Gladstone fournit cette information échappe au lecteur.

Si la présence de cette information est justifiable, comment expliquer qu'elle ne soit pas fournie à tous les noms de médicaments. Le lecteur n'est pas informé que l'**« adriamycine »** est un anticancéreux ; que l' **« amitriptyline »** est un antidépresseur ; ou encore que la **« céphalosporine »** est un antibiotique !

3.9.5. Genre de l'équivalent

L'auteur a eu l'excellente idée d'indiquer, entre parenthèses, le genre de l'hétéronyme proposé. Cette information est surtout utile aux allophones, sans pour autant être inutile aux francophones.

Gladstone semble avoir réservé cette information aux termes composés d'un seul substantif ou d'un substantif et d'un adjectif :

gravitation (n) : pesanteur (m) ; gravitation (f).

levocardia (n) : lévocardie congénitale (f).

Dans le cas où l'équivalent est composé d'un substantif suivi d'un complément, Gladstone ne fournit généralement pas cette information :

suggilation (n) : (1) contusion (f) ; ecchymose (f) ; (2) lividité cadavérique **(Ø).**

suitability test : test d'aptitude (Ø).

system-suitability test : vérification de l'adéquation du système **(Ø).**

Mais il n'en est pas toujours ainsi comme le démontrent les quelques exemples qui suivent :

greffotome (n) : dermatome (m) ; couteau à greffe (m).

suffocation (n) : (1) suffocation (f) ; (2) sensation d'étouffement (f).

heparinate (n) : héparinate (m) ; sel de l'héparine (m).
inlet (n) : orifice d'arrivée (m).

Dans de tels cas, la lecture est déroutante, car, en français, le genre ne concerne qu'un mot et non un groupe de mots. Est-ce « greffe » ou « couteau » qui est masculin, est-ce « étouffement » ou « sensation » qui est féminin, etc.? Même si le francophone peut, dans la majorité des cas, répondre à ces questions, il n'en demeure pas moins que cette information, dans les cas mentionnés, est inappropriée.

Outre le problème que nous venons de voir –présence de l'information à un endroit inapproprié– il y en a un autre plus sournois. Il concerne le genre associé au terme.

S'il est un domaine où le genre des termes est souvent malmené, c'est en pharmacologie. Le genre des noms de médicaments pose souvent problème. La règle, fort méconnue, mais pourtant fort simple, est la suivante : seuls sont féminins les noms des médicaments finissant par -one ou -ine ; les autres sont donc tous masculins.

Même si « procaïnamide » est masculin, il était souvent utilisé au féminin. Cette erreur s'explique sans doute par le fait que, habitué à dire « la » procaïne –ce qui est correct–, l'utilisateur confère, à tort, le même genre à « procaïnamide ». Le genre est en fait déterminé par le dernier élément constitutif du terme, ici –amide. Cette erreur se rencontre de moins en moins souvent. Et Gladstone n'a pas fait l'erreur de le mettre féminin. Par contre, il a baissé la garde à **cyclophosphamide** et à **burimamide,** qu'il donne comme féminins alors que, conformément à la simple règle mentionnée ci-dessus, ils sont masculins.

Cette confusion dans les genres n'est pas l'apanage des seuls noms de médicaments. On la rencontre également dans des termes médicaux proprement dits. En voici un exemple :

cleft palate : division du voile du palais ; fente palatine ; division palatine, uranoschisis **(F).**
cleft palate : division du voile du palais ; fente palatine ; uranoschisis **(M).**

« Uranoschisis » est-il féminin ou masculin ? Ce n'est certes pas au lecteur à décider. Dans tous les dictionnaires médicaux où figure ce terme (PManu, GManu, Quevau), on le donne féminin. Par contre, son synonyme, « palatoschisis » ou « palatoschizis », est généralement dit féminin, sauf dans le Flamm où il est considéré masculin ! La variation de genre de « uranoschisis » observée dans le Gladstone vient peut-être de la source consultée, qui serait autre que les dictionnaires médicaux français couramment utilisés.

3.9.6. Patronymes

Il arrive que Gladstone inscrive des noms propres entre parenthèses. Leur utilité n'est pas toujours évidente. En voici deux exemples :

collective image *:* imaginaire collectif. (Jung).

adolescent crisis (or *rebelliousness*) : crise d'originalité juvénile. (Debesse).

Dans le premier exemple, il faudrait sans doute comprendre que l'équivalent proposé est un terme relatif à la psychanalyse, à la condition de savoir évidemment que Jung est un psychanalyste. Même si on ne le sait pas, l'équivalent proposé n'est pas réservé qu'à la psychanalyse ; il figure dans le Petit Robert. Alors, la pertinence de cette information est douteuse. Il en est de même pour « Debesse » dans le second exemple. Est-il essentiel de savoir qui est Debesse pour utiliser « crise d'originalité juvénile » ? Serait-ce pour préciser que le terme proposé vient des écrits de Debesse ? « Crise d'adolescence » se rencontre fréquemment en français et il n'est pas mentionné…

4. Conclusion

Comme le disait si bien Mme Amal Jammal, dans la préface de la troisième édition du Gladstone : « Enfin Gladstone vint ! ». En effet, avant lui, quiconque voulait traduire en français un texte médical anglais sans être lui-même médecin faisait preuve d'une grande audace. La chose était faisable, mais elle avait son prix. Aujourd'hui, grâce à Gladstone, la tâche est plus simple, mais pas nécessairement facile. Malgré ses imperfections, le Gladstone demeure un ouvrage incontournable. Il suffit toutefois de savoir l'utiliser.

Si seulement Gladstone nous avait clairement indiqué comment il s'y est pris pour rédiger son ouvrage, nous saurions mieux l'apprécier.

Notes

[a] Les dictionnaires mentionnés sont ceux que je possède. Il en existe d'autres plus récents : Stedman, L. T.: *Stedman's Medical Dictionary.* 27e édition. Baltimore : Lippincott, 2003 ; *Dorland's Illustrated Medical Dictionary***.** 30e édition. Philadelphia : Saunders, 2003 ; Venes, D.: *Taber's Cyclopedic Medical Dictionary.* 20e édition.Philadelphia : Davis, 2005.

[b] À noter : *junk DNA* n'est pas bien classé, car *junk* est ici adjectif et non substantif.

[c] Heureusement, Gladstone donne à *gluteal furrow* un seul équivalent : pli interfessier, et cela à **gluteal** et à **furrow.**

[d] Fort heureusement, il n'en est pas toujours ainsi. Il existe un *COC,* ou *Canadian Olympic Committee,* qui a été correctement rendu en français par « Comité olympique canadien » et non par « Comité canadien olympique ».

[e] La double lettre liée est parfois appelée : digramme soudé, "o-e liés" ou "a-e liés", ou encore ligature.

[f] Il existe maintenant une terminologie dérivée, qui porte le nom de *Terminologia Anatomica,* ou TA, qui n'est connue que des initiés.

[g] Dans le Flamm. : replis membraneux entrant dans la constitution des valvules. Dans le Quevau : chacune des lames membraneuses faisant partie d'une valvule cardiaque.

[h] «The term *syndrome* is variously used in medicine. It is sometimes argued that its scientific use should be restricted to describe only those conditions whose causes are either unknown or diverse, but this principle is widely contravened […] However, many conditions to which *syndrome* was originally applied because of this consideration have now been systematically studied and their characteristics established, yet because the original term is still familiar to many, *syndrome* often continues in widespread use in defiance of the injunction that a distinction between disease and syndrome be made […]» (IDMB, p. 2782)

[i] « Le syndrome se distingue donc traditionnellement de la maladie par l'absence de cause spécifique. Cette distinction est d'application pratique assez souvent difficile ou arbitraire, d'où un certain malaise dans la définition de « maladie » et l'emploi relativement fréquent du mot syndrome au lieu et place de celui de maladie… Tout en conservant dans un dessein pédagogique la distinction entre syndrome et maladie, tout le schéma de classification et de terminologie des états morbides mériteraient d'être considéré d'un œil neuf pour résoudre la crise nosologique actuelle. » (Dict. Flamm. à « syndrome »)

Bibliographie

1. Rouleau, Maurice (2001): « La facture des principaux dictionnaires médicaux : point de vue d'un traducteur », *META,* 46 (1) : 34 - 55. www.erudit.org/revue/meta..
2. Kernbaum, Serge (1998): *Dictionnaire de médecine Flammarion.* 6e édition. Paris: Médecine-Sciences Flammarion ; 1030 pages.
3. Delamare, Jacques (1998): *Dictionnaire des termes de médecine.* 25e édition. Paris: Maloine ; 973 pages.
4. Manuila, L., A ; Manuila, P. Lewalle, M. Nicoulin (1999): *Dictionnaire médical.* 8e édition. Paris: Masson ; 663 pages.
5. Manuila, A., L. Manuila, M. Nicole et M. Lambert (1970-1975): *Dictionnaire français de médecine et de biologie*. Paris: Masson ; 4 vol.
6. Quevauvilliers, Jacques, et Abe Fingerhut (1999): *Dictionnaire médical*. Paris:Masson ; 429 pages.
7. *Dorland's Illustrated Medical Dictionary* (1994): 28th ed. Philadelphia:Saunders ; 1940 pages.
8. *International Dictionary of Medicine and Biology* (1986): New York: John Wiley & Sons ; 3 vol., 3200 pages.
9. Messelaar, P.A. (1990): *La confection du dictionnaire général bilingue*. Leuven: Peeters-Leuven ; 109 pages.
10. Rittenberg D., et D. Shemin (1946): « The metabolism of proteins and amino acids », *Annual Review of Biochemistry,* 15 : 247-272.
11. Rouleau, Maurice (2003): « La terminologie médicale et ses problèmes », *Panace@* 4 (12): 143-152. <www.medtrad.org/panacea.html>.

La versión española de la terminología química de la IUPAC: un instrumento de gran utilidad para la traducción científica

Vicente J. Arán Redó*

McNaught, Alan D.; Wilkinson, Andrew: ***Compendio de terminología química (recomendaciones de la IUPAC).*** Traducción de S. Senent Pérez, J. A. Rodríguez Renuncio, D. Armesto Vilas, M. González de Amezúa Carrión y C. Pando García-Pumarino. Madrid: Síntesis, 2003; 744 páginas. ISBN 84-7738-955-1 (encuadernación en rústica). Precio aprox.: 42 euros.

Esta publicación es la versión española de la segunda edición inglesa del conocido *Gold Book* de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada (IUPAC), dedicado a la recopilación de definiciones de terminología química redactadas por comités de expertos y aprobadas por este organismo. En esta segunda edición, a los términos recomendados en diversas publicaciones de la IUPAC (*Pure and Applied Chemistry,* los «libros de colores» especializados en diferentes ramas de la química, etc.) hasta 1995-1996, se unen definiciones tomadas de otras fuentes prestigiosas, como la ISO (Organización Internacional de Normalización) o el *Vocabulario internacional de términos generales y básicos en metrología.*

La versión española ha sido preparada por un grupo de reconocidos profesores de química física y química orgánica con una larga trayectoria en la universidad española —Universidad Complutense, UNED, etc.—, asesorados por un amplio número de profesionales expertos en distintos campos de la química. En esta versión, los términos incluidos se han listado alfabéticamente, respetándose en lo esencial los detalles de presentación de la versión inglesa. Además, se contemplan los casos de términos ingleses o castellanos que presentan más de una acepción en el otro idioma, se incluye con cada definición, abreviatura o acrónimo el correspondiente término inglés y, como en la versión original, se concreta en cada caso su procedencia; se ha introducido una terminología adicional relacionada con el carbón y se ha tenido en consideración la diversidad del idioma, incorporando diversos términos utilizados en los países hispanoamericanos. Todo esto ha conducido a la inclusión de casi 7000 términos que cubren todas las áreas de la química actual, tanto las clásicas como las de más reciente desarrollo.

El trabajo de los autores y traductores resulta encomiable; la tarea de recopilar y traducir es ardua, tediosa y muchas veces poco reconocida, pero sin duda necesaria. Como en toda obra humana, caben mejoras mejoras, que sin duda se introducirán en futuras ediciones. Por supuesto, no es responsabilidad de los autores ni de los traductores, pero sorprende lo restringidas que resultan para la IUPAC las definiciones de «membrana» o de «portador» *(carrier),* que no recogen el enorme interés de estos conceptos en bioquímica o biología; o la de «inhibición competitiva», que no incluye el uso de este término en enzimología, aun cuando muchos fármacos actúan como inhibidores competitivos de determinadas enzimas. O la definición del *positrón,* antipartícula del electrón, como «electrón con carga positiva», que parece un tanto simple en comparación con los elaborados textos utilizados en otros casos.

Sin embargo, el contenido del libro en su conjunto sorprende gratamente y será, sin duda, del interés tanto de estudiantes como de profesionales de la química y ciencias relacionadas. Aunque, naturalmente, está diseñado para efectuar consultas concretas, el autor de esta reseña no ha podido evitar, cuando ha buscado algún término concreto, entretenerse por el camino con otros epígrafes que salían al paso y cuyos asuntos alguna vez tuvo frescos en su memoria o le interesaban en ese momento por algún motivo determinado; de hecho, algún que otro problema le ha resuelto ya. Y es que en la actualidad es imposible para un único individuo dominar toda su área de interés. El trabajo de las personas implicadas en cualquier rama de la ciencia es cada día más y más especializado y, como se ha dicho en alguna ocasión, consiste en saber cada día más acerca de una parcela cada vez más pequeña. Pero es que, además, la ciencia es cada vez más multidisciplinar, y los grandes avances surgen en muchos casos de estas zonas limítrofes entre la física, la química, la biología, la medicina, etc. Por esta razón, resulta muy habitual que los profesionales de dichas ciencias, o de distintas ramas de cada una, tengan que colaborar entre ellos. Y ocurre que la terminología de cada ciencia o rama se ha especializado tanto que resulta difícil, pero fundamental, que cada uno entienda con precisión la terminología que usa el otro.

Aunque la obra es bastante especializada, me queda la esperanza de que pueda ser también de utilidad para personas ajenas a la química, aunque culturalmente inquietas e interesadas en esta materia tan denostada en la actualidad, pero de cuyo desarrollo es deudor en gran medida nuestro modo de vida (medicamentos, fibras textiles, nuevos materiales, etc.).

* Instituto de Química Médica, CSIC – Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid (España). Dirección para correspondencia: vjaran@iqm.csic.es.

Y es que en la sociedad actual uno es un ignorante si no posee conocimientos artísticos o literarios, pero no pasa nada si no sabe qué es un neutrón, un catalizador o un copolímero.

Esta recopilación puede considerarse como una obra de referencia que facilita un uso uniforme en nuestra lengua de los términos empleados en las distintas ramas de la química. No tengo ninguna duda de que el *Compendio* será de gran ayuda para conseguir todos estos objetivos.

En torno al sobrenombre de Paracelso

Justo Hernández
Universidad de La Laguna (Santa Cruz de Tenerife, España).

Sabemos que Paracelso (1493-1541) se llamaba realmente Felipe Aureolo Teofrasto Bombasto de Hohenheim, rama ilegítima de la gran familia de los Hohenheim. En su bautismo recibió los nombres de Felipe Teofrasto. El segundo nombre se refiere al gran botánico y sucesor de Aristóteles al frente del Liceo. Esto indica que su padre ponía grandes esperanzas en su hijo. Siempre tendrá mucho cariño a este nombre y cuando le llamen sus contemporáneos, años más tarde, *Lutherus medicorum,* responderá: «no soy Lutero, soy Teofrasto». El término *bombastisch* sólo más tarde será asociado a la exaltación de Paracelso. El adjetivo alemán *bombastisch* significa ampuloso, rimbombante, aquello que atañe a la hinchazón en el lenguaje; y realmente, se trata de un epíteto que encaja muy bien con su personalidad. En relación con *Aureolus,* se cuenta que se lo puso su padre por el color dorado de su cabello. Se trata del diminutivo de *aureus,* es decir «doradito». También le gustaba, y lo usaba junto con el de Teofrasto para distinguirse del discípulo de Aristóteles. Aunque las malas lenguas sostienen que fue porque sabía poco latín y, al leer en un texto *exstant aureoli Theophrasti libri,* pensó que era uno de los nombres de Teofrasto y no un adjetivo, como en realidad es.

En un escrito político-astrológico titulado *Practica* y publicado en 1529, aparece por primera vez el pseudónimo *Paracelsus*. Mucho se ha hablado del origen de este apodo. A ciencia cierta, no sabemos si fue un sobrenombre creado por él o un mote que los demás le pusieron. Porque es verdad que, cuando habla de sí mismo, de ordinario se nombra como Teofrasto. Para algunos sería Paracelso la latinización de Hohenheim (casa en lo alto). Sin embargo, aun significando el adjetivo latino *celsus* elevado, el término *pará* es griego, no latino, y no significa ni «sobre» ni «más allá de». Según otros sería «sobre Celso», «más allá de Celso», por encima de Celso. Pero esto no cuadra; o Paracelso lo tradujo mal o lo vertieron mal sus oponentes o sus discípulos. Porque «sobre Celso» sería Epicelso en griego, en latín Supracelso o Supercelso. Sin embargo, si traducimos bien la preposición griega *pará,* que quiere decir «al margen de», *praeter* en latín, ese nombre sí encaja a las mil maravillas con nuestro autor: está al margen de Aulo Cornelio Celso, el gran enciclopedista romano del siglo I, autor de la obra *De medicina,* que supone una importante sistematización conceptual y terminológica de la medicina hipocrática y alejandrina.* De hecho, la gran mayoría de los términos médicos latinos que hemos heredado proceden de Celso. Y uno de los más famosos es *inflammatio*. En efecto, Paracelso está al margen de la medicina de escuela, oficial, convencional, académica, esto es, es un *outsider* del galenismo.

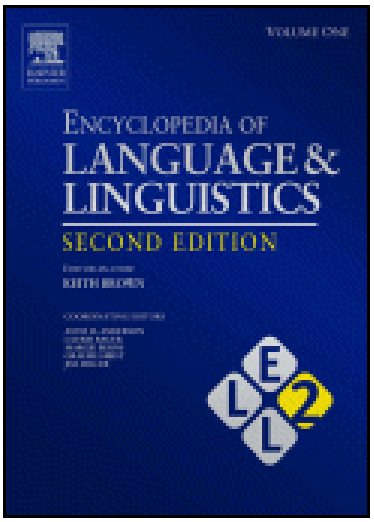
Esta interpretación que defendemos de su sobrenombre nos lleva a sostener también un extremo que no ha sido suficientemente señalado por la historiografía paracélsica. En efecto, al estudiar su obra se ha hablado siempre de ruptura, de rebelión frente al galenismo. Sin embargo, estos términos no proporcionan más que una visión superficial y vulgarizante de la cuestión paracélsica; pues para que se produzca una «rebelión a bordo», primero hay que haberse enrolado en el barco, hay que estar a bordo, en cubierta. Para que haya una verdadera ruptura, habrá tenido que existir previamente una comunión doctrinal, una afinidad de ideas. Pues bien, Paracelso —y puede verse claramente después de la lectura atenta de sus libros— nunca se embarcó en el galenismo, nunca se sintió identificado con la medicina académica, oficial, convencional. Nunca perteneció verdaderamente a ese mundo, ni *de facto* ni *de iure*. Podríamos decir que su crítica frontal al galenismo la hace *ab extra,* en cuanto *outsider* o, mejor todavía, en cuanto *offsider.*

* Agradezco el análisis filológico-semántico de estos términos, que me ha proporcionado el profesor Luis Miguel Pino.

Encyclopedia of Language and Linguistics

Françoise Salager-Meyer*

Brown, Keith (Editor-in-Chief): ***The Encyclopedia of Language and Liguistics*** (2nd edition; 14-volume set). Amsterdam: Elsevier, 2006; ca. 9,000 pages. ISBN: 0-08-044299-4). Price: EUR 3,999 or USD 4,480. Also available online on ScienceDirect (<www.info.sciencedirect.com/reference_works>).



The second edition of the *Encyclopedia of Language and Linguistics* (ELL2) will be published in print by Elsevier in late 2005 and will be available online on Science Direct in early 2006. The online version will publish updates as subjects develop.

This reference work builds on foundations laid by the first edition published in 1993, edited by Ron Asher, that was hailed as "the field's standard reference work for a generation." It had received enthusiastic reviews and, according to its publisher, has been for a decade the most authoritative and international reference source in its field.

Since the first edition, linguistics has seen an explosive growth both in its own specializations and in interdisciplinary fields. As its editor-in chief, Keith Brown (University of Cambridge, UK), remarks, ELL2 reflects the evolution of the linguistics field by being an entirely new work, with new and expanded sections, new topics, new editors, new authors and newly commissioned papers while retaining from ELL1 a handful of classic articles, mainly of historical interest.

ELL2 is aimed at a wide readership: students (undergraduates and postgraduates), teachers, lecturers, researchers and professionals in a variety of disciplines who will need to seek an authoritative source of information about any particular aspect of linguistics and/or its applications.

ELL2 is a 14-volume set, hardbound. It includes about 7 500 000 words; 9000 pages; 3000 articles; 1500 figures (approximately 150 coulour and 130 halftones); 3000 glossary definitions; 39 000 references; 650 biographical entries (including contemporary linguists); over 100 language maps in print and approximately 200 on line; a list of the world languages (including information on the number of speakers, language family, etc) and audio, video, and text supplementary files online.

ELL2 covers the full range of topics in contemporary linguistics. It deals with all aspects of language (spoken, written and signed) and gives full attention to formal and functional approaches to the fundamental linguistic disciplines, viz., phonology, phonetics, morphology, syntax, lexicography, semantics, semiotics, pragmatics and discourse as they relate to the description, analysis and use of individual languages and to typological, historical, comparative and variationist approaches to languages. It pays major attention to the areas of applied linguistics, sociolinguistics, historical and comparative linguistics, psycholinguistics and text linguistics and to the interdisciplinary relations between these various disciplines and the applications of linguistics with other disciplines such as anthropology, philosophy, politics, religion, education, media, law, language pathology and neurolinguistics, medicine and computer science. It gives extensive coverage of the structure, history and use of all the major languages of the world and to a wide variety of less widely spoken languages, including endangered languages. It also contains accounts of the linguistic situation in all countries of the world.

Altogether, ELL2 contains 41 different sections that cover the above mentioned topics, but two of them will be of particular interest to *Panace@*'s readership: the one entitled "Translation" edited by Kirsten Malmkjaer (Middlesex University, UK) and that entitled "Medicine and language", whose editor is Françoise Salager-Meyer from the University of Merida (Venezuela).

For those who could be interested, here is the outline of both sections.

Translation

The "Translation" section is divided into seven parts:

1. General issues
   - Conference
   - History of translation
   - Linguistic influence
   - Localisation
   - Pedagogy of translation
   - Profession
   - Sign language interpreting
   - Talk aloud protocols

2. Approaches to translation
   - Cultural colonialism and gender
   - Functional approaches
   - Linguistic approaches
   - Relevance theory

* Graduate School of Medicine, University of the Andes, Merida (Venezuela). Address for correspondence: fmeyer@telcel.net.ve.

3. Screen translation
   - Dubbing
   - Subtitling
   - Voice-over

4. Tools for translators
   - Bilingual lexicography
   - Concordances
   - Dictionaries
   - Machine readable corpora
   - Terminology, term banks and termbases for translation
   - Translation memories

5. Translation and genre
   - Drama translation
   - Legal translation
   - Literary translation
   - Sacred text translation
   - Song translation
   - Technical translation
   - Translation of children's literature
   - Translation of scientific and medical texts

6. Translation theory
   - Radical interpretation, translation and interpretationalism
   - Translational equivalence
   - Translational stylistics
   - Units of translation
   - Universals of translation

7. Machine translation
   - Overview
   - Controlled languages
   - History of machine translation
   - Interlingual methods
   - Methods of machine-aided translation

Medicine and language

The "Medicine and language" section is divided into two parts:

1. Oral medical discourse
   - Communication skills and terminally ill patients
   - Doctor/patient communication
   - Doctors and patients in multilingual settings
   - Illness narratives
   - Medical English conferencing
   - Medical specialty encounters
   - Psychiatric interviews
   - Psycotherapy and counselling

2. Written medical discourse
   - Early and contemporary medical genres
   - Health and the media
   - Hedges
   - History of anatomical nomenclature
   - Letters to the Editor
   - Linguas francas in medical communication
   - Medical writing, revising and editing
   - Metaphors in English, French and Spanish medical written discourse
   - Non-Western cultures
   - Professional-lay medical communication
   - Socio-historical construction of medical discourse
   - Structured abstracts
   - Use of English in medicine

For more information consult <www.elsevier.com/locate/ell2>.

1977: el *Quijote* en esperanto

Fernando de Diego (1919-2005)

Periodista, filólogo y esperantista español, principal traductor de literatura en español al esperanto

En vilaĝo de La Mancha, kies nomon mi ne volas memori, antaŭ nelonge vivis hidalgo el tiuj kun lanco en rako, antikva ŝildo, osta ĉevalaĉo kaj rapida levrelo. Stufaĵo pli ofte bova ol ŝafa en la matenoj, haketita viando kun salo preskaŭ en ĉiu nokto, grivoj kaj frititaj ovoj sabate, lentoj vendrede, kaj plie kolombido dimanĉe prenis tri kvaronojn de lia enspezo. La alian kvaronon konsumis velura sajo, plušaj kuloto kaj pantofloj por la festaj tagoj, dum en la cetero de la semajno li kontentiĝis portante delikatan lanaĵon. Li tenis en sia domo mastrumantinon kun pli ol kvardek jaroj, nevinon ankoraŭ ne dudekjaran kaj laborulon doman kaj agran, kiu same okupiĝis selante la ĉevalaĉon kiel uzante la serpon. Nia hidalgo havis proksimume kvindek jarojn. Li estis fortika, magra, kavavizaĝa, frua ellitiĝanto kaj amiko de la ĉaso. Oni diras, ke li portis la nomon Quijada aŭ Quesada (ĉar ekzistas kelka diferenco de opinio inter la aŭtoroj skribintaj pri ĉi temo), kvankam laŭ scriozaj konjektoj, ŝajnas, ke li nomiĝis Quijana. Sed tio ne gravas al nia rakonto: sufiĉas, ke ĝi ne deviu de la vero eĉ unu solan punkton. […]

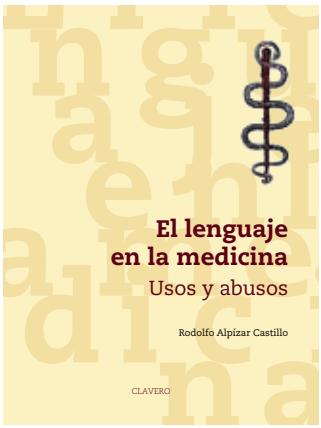
La inĝenia hidalgo don Quijote de la Mancha: en la hispana tradukis Fernando de Diego.
Zaragoza: Fundación de Esperanto, 1977.

El lenguaje en la medicina

Aportes de la lexicología a la corrección lingüística y a la precisión conceptual en medicina

Margarita Correia*

Alpízar Castillo, Rodolfo: ***El lenguaje en la medicina. Usos y abusos*** [2.ª edición, corregida y aumentada]. Salamanca: Clavero, 2005; 200 páginas. ISBN: 84-609-3123-4. Precio: 20 euros. Dirección para pedidos: <info@libroscampus.com>.



Esta obra constituye la segunda edición, «corregida y aumentada» (y también, convendría añadir, «actualizada»), de un libro publicado en La Habana en 1982. El principal objetivo del autor es, según sus propias palabras, «contribuir a la calidad de los textos especializados, sean los que se producen originalmente, sean los que se traducen» (pág. 20), objetivo que, en mi opinión, Rodolfo Alpízar Castillo logra por completo, como intentaré demostrar a continuación.

Estructura de la obra

Además de un «Prólogo a la primera edición», firmado por Sergio Valdés Bernal, secretario de la Academia Cubana de la Lengua, investigador del Instituto de Lingüística y Literatura y profesor en la Universidad de La Habana, el libro contiene un «Prefacio a la segunda edición» del propio Alpízar Castillo, en el cual se cuenta la historia de esta obra desde su 1.ª edición, bien recibida pero desde hace mucho agotada y casi desconocida fuera de Cuba, hasta esta 2.ª edición que ahora nos ocupa.

El libro se divide en dos grandes secciones. La más importante de ellas, «Apuntes léxicos», que abarca cerca de 170 páginas, es una especie de diccionario de términos o expresiones que presentan dificultades o incorrecciones en su uso o en su comprensión. En cuanto a la segunda parte, «Algo de redacción», mucho más breve (apenas seis páginas), contiene algunos apuntes sobre redacción y se centra en cuestiones gramaticales y sintácticas. Completa la obra una bibliografía con 46 títulos, entre diccionarios generales, diccionarios especializados y libros y artículos de lingüística.

La sección de «Apuntes léxicos» está formada por 133 pequeños artículos, ordenados alfabéticamente, sobre términos o expresiones del lenguaje médico que merecen algún tipo de comentario o explicación. Los artículos son independientes entre sí, si bien abundan en todo el libro las notas de remisión a otros artículos de temática afín. El título de cada artículo se corresponde con los propios términos o expresiones analizados, lo cual facilita la consulta de la obra. Y es que, en mi opinión, este libro es, sobre todo, una obra de consulta, algo así como una especie de diccionario etimológico-lexicológico-terminológico.

Contenido

Por su temática, la obra está dirigida principalmente a traductores, revisores y editores, pero también a los propios especialistas que necesitan redactar sus textos. Da la impresión de que el autor haya reunido en ella distintos trabajos sobre aspectos terminológicos concretos elaborados a lo largo de los años, resultantes de consultas concretas o de la resolución de dudas surgidas en la traducción o en la revisión de textos especializados. Por este motivo, la obra resulta tan conectada con la realidad y tan fácil de leer por un público no especialista en lingüística.

Aunque se hace alguna referencia ocasional al uso oral del lenguaje especializado, el libro se centra sobre todo en la calidad de los textos escritos. El autor hace incluso alguna referencia a la oposición entre lenguaje oral y lenguaje escrito en el artículo «Frases médicas» (págs. 98-100), donde defiende y justifica la necesidad de un mayor rigor en el lenguaje escrito que en el oral. En todos los artículos, por lo demás, se comprueba que, además de a la correción en el lenguaje, el autor se propone contribuir al rigor en la expresión, indispensable para el discurso especializado.

Cada artículo parte de un problema concreto, presentado por la traducción de un término o expresión o por su uso en un texto especializado. La mayoría de los términos objeto de reflexión son palabras importadas (especialmente del inglés, pero también del francés) que surgen, con o sin adaptaciones, en textos especializados escritos en español. Excepto en los casos de *estándar, estandarización* (págs. 83-84), *prematuridad* (págs. 144-145), *prevalencia* (págs. 111-114) y *estrés* (págs. 177-178), el autor muestra que existen en español términos equivalentes, por lo que el uso de los términos extranjeros resulta innecesario. Muestra también que el empleo de estas importaciones aboca al empobrecimiento de la lengua española y, asimismo, deja muy claro de qué forma, en muchos casos, la utilización de la palabra importada resulta en un disparate de expresión. Los argumentos aducidos por Alpízar, a menudo con un ligero tono humorístico (véase, por ejemplo, el artículo «Ingesta, indigestión», págs. 115-116), resultan muy convin-

* Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa e Instituto de Lingüística Teórica y Computacional, Lisboa (Portugal). Dirección para correspondencia: margarita-c@netcabo.pt.

centes en la mayor parte de los casos. Para muchos de los términos de origen inglés o francés, el autor nos presenta más de un equivalente en lengua española, lo cual viene a reforzar más aún la validez de sus argumentos.

Otros artículos versan sobre incorrecciones en el uso de ciertos tecnicismos en español (por ejemplo, «Ectasis, estasis, éxtasis» [págs. 75-76] u «Obsturación, obturación, empaste» [pág. 133]) o sobre voces de la lengua general que se usan de forma inadecuada en el discurso especializado (por ejemplo, «Importada, exótica» [págs. 109-110] o «Someter, aplicar» [págs. 174-175]).

Uno de los artículos más interesantes de la obra es el correspondiente a «Caumatología» (págs. 43-45), en el cual el autor comenta diversas posibilidades para denominar la rama de la medicina que se ocupa del tratamiento de las quemaduras y propone el término *caumatología,* construido a partir de raíces griegas, para dar nombre a esta disciplina médica. Sigue, así, los dictámenes de foros terminológicos internacionales como la ISO (Organización Internacional de Normalización), en un ejemplo muy claro y concreto de lo que puede ser el trabajo de neología planificada, tan necesario en nuestras lenguas románicas.

En la sección «Algo de redacción», el autor expone algunos problemas que no afectan de forma específica al discurso especializado de la medicina, pero que tienen que ver con violaciones de la norma y se observan también en la lengua general, tales como el orden de las palabras en la frase, el uso de las preposiciones (algunos usos indebidos se comentan también con detalle en varios artículo de la sección «Apuntes léxicos»), el uso flexivo del verbo *haber* y la concordancia en las frases pasivas con el pronombre *se*. En este último caso, el autor defiende que las construcciones referidas resultan de la propia evolución de la lengua. Para quien, como yo, tiene el portugués como lengua materna, es muy interesante observar que la mayoría de los «problemas de redacción» comentados en el libro de Alpízar Castillo se observan también en portugués y han sido incluso objeto de análisis en trabajos como el de João Peres y Telmo Móia *Áreas críticas da língua portuguesa* (Lisboa: Caminho, 1995).

Tratándose de una obra de análisis lingüístico, alguien podría imaginar que es un texto de lectura difícil que no consigue su objetivo de llegar al lector no especialista. Pero lo cierto es que se trata de un libro de lectura fácil y que usa un lenguaje correcto, pero no hermético, sin sacrificar, por lo general, el rigor de la teoría y del análisis lingüístico. No podemos, sin embargo, dejar de notar el uso poco ortodoxo de los términos *prefijo* y *sufijo* para denominar las raíces griegas de contenido léxico que suelen aparecer frecuentemente a la izquierda o a la derecha del radical que se considera la base de la palabra. Un ejemplo de este uso puede verse en el artículo «-ectomía, -stomía, -tomía» (págs. 76-77).

La facilidad de lectura de esta obra deriva también del hecho de que todos los artículos están ilustrados con ejemplos muy concretos y claros del uso de los términos sometidos a análisis. La mayoría de los apuntes léxicos comienzan por la presentación de uno o más fragmentos concretos con problemas, que el autor retoma, ahora ya con propuestas de corrección, al final del artículo, tras su análisis detallado.

Valoración global

En un momento en el que algunos autores cuestionan la pertinencia de la lexicología en el ámbito de los estudios lingüísticos, este libro se presenta como un ejemplo clarísimo de lo que pueden ser el lugar y los contenidos de esta disciplina, así como del servicio que puede prestar a la comunidad. El autor del prólogo defiende que se trata de un verdadero «trabajo lexicológico» (pág. 17); podría pensarse que esta afirmación obedece, tal vez, al hecho de que en 1982 los estudios de terminología no conocían aún el grado de desarrollo que tienen actualmente. Sin embargo, en el 2005 dicha afirmación sigue siendo válida, puesto que las unidades terminológicas no constituyen unidades distintas de las del léxico general (Alpízar Castillo así lo defiende en este y en otros trabajos suyos).

Aunque pensado para los profesionales mencionados, este libro puede constituir también una interesante obra de referencia para la enseñanza de la lexicología y de la terminología —e incluso, ¿por qué no?, de la traducción—, toda vez que, de forma sencilla y partiendo de ejemplos concretos, aborda muchas de las cuestiones básicas de dichas disciplinas, como la sinonimia en los lenguajes especializados, la pertinencia (o no) de muchos de los neologismos especializados o neónimos, los «falsos amigos», la necesidad de desarrollar las lenguas mediante la conservación de sus términos y la construcción de nuevas palabras según sus propias reglas gramaticales, la relación entre lenguaje corriente y lenguajes especializados, la hipercorrección o el diccionario general por oposición al diccionario especializado, entre otras.

Alpízar Castillo no es un desconocido en el ámbito de la lexicología y de la terminología iberoamericanas. Es un autor con multitud de trabajos publicados, de calidad e interés indiscutibles (entre ellos destaca *¿Como hacer un diccionario científico-técnico?* [1997]), y con una participación constante en los más importantes foros de debate sobre estas materias.

El lenguaje en la medicina: usos y abusos no es, por lo tanto, una obra inesperada en su currículo, y se sitúa a la altura de sus mejores trabajos. Su lectura y su consulta frecuente resultan, pues, muy recomendables no sólo para españoles e hispanoamericanos, sino también para los hablantes de otras lenguas románicas, como el portugués (lengua a la que, por cierto, el autor hace referencia directa en varios de los apuntes que componen el libro).

Round table on language issues in health care*

Leticia Molinero**

InTradES-Apuntes hosted a "Language Issues in Health Care Round Table" on May 12, 2005 at the Center King Juan Carlos I of New York University, in New York City (USA). Panelists were:

1. Leticia Molinero (President of InTradES-Apuntes, Inc. and Editor of *Apuntes*)

Leticia Molinero began the round table by stating that language issues are a critical part of health care services.

Recent news from around the country shows that this is indeed true and that it is becoming an explosive problem, as people die, get the wrong medications, or become sterilized, or even dismembered after death without prior informed consent, because of the language barrier.

Our communities are outraged and this outrage may eventually produce political action and long awaited change. This may be good… or a mixed bag if only lip service is rendered.

The purpose of this round table is to hear different perspectives and experiences around the issues of language in health care and, we hope, to shed some light on them from our own perspective. We would also like this to be the beginning of a synergistic and proactive alliance focused on our common goal: to overcome language barriers in health care services for our Latino communities.

As translators and interpreters, as Spanish language communicators, we are in the middle of it all, and when we are not, that in itself may be a sign of trouble.

Hospitals, HMO's, health plans, health departments and other health care related services are doing as much as they can to communicate with the Latino communities in Spanish. And that is not a very easy task, given the great diversity of backgrounds and levels of language proficiency of Hispanics in this country, both in the patient population and in the health care services.

Despite all these efforts, however, it is obviously not enough. It is not infrequent that a patient may be unable to explain his or her symptoms because there is no one at hand who can properly interpret, or there is no written information in Spanish. But it is still much worse when there is someone who misinterprets because of lack of knowledge and training. And it is equally bad when printed health care materials are mistranslated.

Many health care administrators, apparently, are not properly qualified to understand the importance of communicating with their patient population in their own language and assign this responsibility to the first "bilingual" employee at hand.

2. María Cornelio (Director, Hispanic Resource Center at Columbia University Medical Center and Vice President of InTradES-Apuntes, Inc.)

As Director of a Hispanic Resource Center in charge of approving translations into Spanish, her first concern is to determine which are the appropriate qualifications of a health care translator and what are the quality standards expected.

An issue that is becoming increasingly frequent is the fact that hospitals and other health care organizations are asking their "bilingual" staff to take care of monolingual communications with patients in Spanish. This, of course, reflects the need for these language services. The problem, however, lies in that most of these institutions lack a yardstick by which to measure the language knowledge of these individuals that are being hired specifically to deal with monolingual Spanish speaking patients.

A very prevalent situation is the fact that these presumed bilingual individuals were born in this country or have been living here for many years and do not have a good command of Spanish, and the people who hire them seem to be guided merely by the Spanish surname. No competency tests are administered for these positions, there is no way to determine the fluency or understanding of the Spanish language of these persons, and there is no support for acquiring the communication skills that they need.

María Cornelio's position puts her in touch with bilingual individuals who act in supervisory capacities and need to make language-related decisions. She presented some examples to illustrate the extent of this problem.

A bilingual study coordinator, i.e., a hospital supervisory position, sent María an e-mail concerning the Spanish translation of a document, expressing concern because there were many words that she could not understand. The problem was that this person was expected to explain the material to the patients but was unable herself to deal with the language.

María explained the importance of presenting concrete examples so that translators become aware of certain pitfalls in this type of communication, and at the same time, those in decision-making positions can learn how to provide support to these people who are actually "in the trenches" helping the patients.

In examining the documentation submitted by this study coordinator, María identified two types of problems:

a) Registry

The English used is sometimes in too high a registry to communicate effectively with the patient. It is important that health care institutions become aware of the need to find a

* First published in vol. 13, No. 2 of *Apuntes* (<http://intrades.org/Translation/apuntesdisplay.html>).

** Editor of *Apuntes*, New York (USA). Address for correspondence: lmolinero@nyc.rr.com.

lower language registry level without compromising the accuracy of the message.

In the example quoted, one of the questions to the patient concerned the reason for having a mammogram. The question that the patient could not understand was: "Follow-up for previous breast cancer." The translation was: "Seguimiento por la existencia previa de cáncer de mama." The patient could not relate to the expressions *existencia previa* or *cáncer de mama*. The most common translation of breast cancer is *cáncer de seno*. A better translation would have been: "Seguimiento porque antes tuvo cáncer de seno."

Existencia previa was definitely confusing as it evoked thoughts of a previous life! Obviously *existencia previa* is a correct translation, but the translator failed to take the patient's language registry level into consideration.

In another example, a statement read: "Women are much more likely to experience atypical symptoms of a heart attack than men." The Spanish translation was: "Las mujeres son mucho más propensas a experimentar síntomas atípicos de ataque al corazón que los hombres." Here again, although *propensas* is the correct translation, it was not understood by the health care worker, so why not say something easier to understand, such as *tienen más probabilidades*?

A college graduate bilingual health care administrator did not understand the translation of the following sentence: "As discussed at the time your appointment was scheduled, please keep a good record." The translation was, "Conforme se le comunicó en el momento en que se programó su cita…" The administrator did not understand neither *conforme* nor *programó*. Obviously, this is a Hispanic "bilingual" who does not have the same command of Spanish as she has of English, even though she has a Spanish surname and speaks Spanish fluently. In this case, a more understandable translation would have been, "Como le dijimos al hacer la cita…"

In yet another example, "Attached please find a similar questionnaire to the one you completed at your screening visit" was translated as "Se anexa un cuestionario similar al que llenó en su consulta indagatoria." (The audience burst into laughter). The health care worker did not know the words *anexa* and *indagatoria*. It could have been simplified as "Este cuestionario es similar al que le dimos cuando vino a su consulta de preselección," or something even simpler.

"Return the form that was provided to you" was translated as "Devuelva el formulario suministrado," whereas a more communicable translation would have been "Devuélvanos el formulario que le dimos."

The above examples show the need for translators to tune into the language registry level that is likely to be encountered in this population.

b) False fluency

Another problem is what is known as "false fluency" – people who are fluent in the language to a certain degree, but who are not totally fluent. This becomes obvious when a translator uses certain words that are necessary, which cannot be substituted for other words, and they are not understood by the "bilingual" person. This person does not have enough language skills to understand a properly translated statement. At this point the recommendation for the person in charge of communication is to take a Spanish course. An example of false fluency was apparent in the translation of "Please check one of the following boxes." The bilingual person could only understand "boxes" as *cajas,* and when the translation read *casillas* she thought it was wrong. More serious was the fact that this health care worker did not know the word *ayunas,* the Spanish word for fasting. Nor did she know the word *etiquetas* for "labels", and she didn't know the word *rótulos*. So it is impossible to help this person by making a complete sentence just to explain one word because of her lack of language skills. At this point, this person needs to relearn her Spanish.

The last example is "Fill out and return the survey." It was translated properly as "Llene y entregue la encuesta," but she didn't know what *encuesta* means.

So, here we have identified two kinds of problems: on the one hand, translators have to be very careful about the terminology that we use and try to make it as simple as possible, taking into consideration the language levels of their target readers; and on the other, the fact that ill-prepared healthcare administrators make decisions to hire bilingual people who will deal with Spanish-speaking patients. They have to make sure that these people meet the necessary language requirements, and if they fail to do so then they should help give them the kind of support needed to acquire such language skills.

3. Miriam González (RN, BS, President, NY Chapter National Association of Hispanic Nurses)

Before sharing her experiences with the audience, Miriam ("Mimi") González introduced herself in her dual role both as the Public Relations Chair of the National Association of Hispanic Nurses and the President of the local chapter of this association. The Association has 35 chapters from coast to coast, has existed for over 30 years, and is the only national professional organization for Hispanic nurses. The association holds an annual conference addressing issues of concern to the Hispanic nurses and the communities that they serve. They maintain a network of Hispanic nurses who are creating a vision for Hispanic nursing. The NAHN advocates for political issues at the local, state and national levels for Hispanic nurses to meet the needs of these professionals and of the Hispanic population. There are 2.8 million registered nurses in the United States, of which only 50,000 are Hispanic.

The NAHN brings a Hispanic presence to the nursing profession to improve access to quality care for Hispanic consumers, and it is committed to provide equal educational and financial opportunities to Hispanics in nursing. The NAHN publishes a quarterly journal called *Hispanic Health Care International,* a valuable resource for Hispanic nurses, and also serves the purpose to disseminate recent discoveries and knowledge of significance to Hispanics.

Ms. González stated that in a couple of years she would be celebrating 50 years in nursing. She graduated in a class of nurses where there were only two Hispanics in a class of 250 students. She characterized herself as bilingual.

Ms. González was the first nurse to teach a childbirth

preparation course. The course material was published both in English and in Spanish and she taught it in Spanish. She did relate to María Cornelio's previous descriptions, as they reminded her of those first teaching experiences. Sometimes the Spanish language documents contained words that either she or her patients could not understand, or understood with a different meaning. Eventually, working with her own patients, she learned and confirmed valid terminology. In her own words, "We are a generation of Hispanic nurses who were born in the United States, and in our relationship with patients they let us know that we don't understand our own culture".

In her experience with students of Nursing, Ms. González finds that young Hispanic students from various Latin American or Caribbean countries tell her that she may be Puerto Rican but does not understand the Dominican culture, or the Ecuadorean culture.

In her role as Cultural Educator for the Visiting Nurses of New York – Mimi González confides to the audience that she is regarded as the "guru" on cultures – what she is doing now is to expand the cultural awareness of students so that when they visit their home-bound patients, they can relate to the different modalities of Spanish. Visiting Nurses of New York currently sends the nurses to study basic Spanish, and to learn the cultural variances of the families they may encounter in their work. What very frequently happens among Hispanic nurses is that they become more fluent in English than in Spanish. She recommends that nurses take Spanish courses in order to keep fluent to communicate with their patients.

Mimi recalls that when she was working as a nurse, Hispanic doctors would come to her and ask her to interpret to their patients. She would ask why, since they too spoke Spanish; but the doctors insisted, because even if they spoke in Spanish to their patients, they were not understood. When Mimi spoke, the patients understood. What is remarkable in this experience is that she used precisely the same words that the doctors were using, and the patients would understand her and only her. She thinks this may have to do with intonation or attitude, more than anything else. This experience is also remarkable, as it shows that an interpreter, the third person in the patient-doctor relationship, may help the communication, but in other cases may also inadvertently create a distance and harm important aspects of this relationship.

Citing an interview with Yolanda Partida, National Director of *Hablamos Juntos,* entitled "Working towards dismantling the language barrier," Ms. González said that the issue of interpreter assessment was raised during the interview, and read the following remarks: "Interpreting is a very stressful job, second only to traffic controller." According to the World Health Organization, interpreting requires training and the development of specials skills. However, it is common that the use of interpreters in health care institutions is based on heritage speakers, i.e., people who were born in the United States, whose family speak Spanish, so that they learn Spanish in the home. What this means is that the level of language learned in the home and the stress of interpreting create great variations in this type of communication. What people don't understand, moreover, is that language is like a muscle – if you don't use it, it atrophies. Therefore, someone who may have been fluent at one point in his life, may become less fluent due to lack of use, or someone who is fluent in conversational Spanish may become less fluid in health care settings because the terminology and concepts just don't come easily. "In fact," added Mimi, "when we talk to patients that use interpreters they often complain that they do not understand the interpreter."

Summarizing her agreement with the assessment presented by María Cornelio, Ms. González added that the International Institute of Medicine recently stated that the disparities in health care in our Spanish speaking communities are not due to the economic-social factor. This is due, she said, to the lack of linguistically and culturally competent individuals taking care of them, and this fact needs to be brought forth. In other words, it is not only necessary that Hispanic health care workers take care of our patients, but it is necessary that they themselves become culturally and linguistically competent to perform these services.

At this point, Leticia Molinero remarked that the particulars of communicating with the diverse Hispanic population require special skills and training, and that not all professional translations, good as they may be, will be readily understood by this population. Certain concepts or expressions, furthermore, cannot be oversimplified to the point of compromising accuracy and even the legal requirements of health care. To keep this kind of balance, a translator or interpreter has to be very much aware of all the factors at work in any health care setting.

4. Manuel Rosa (Executive Director, Hunts Point Multi-Service Center, Inc.)

Mr. Rosa described his experience in health care communications. His first encounter with this issue was when the New York State Legislature created a special office to address the concerns of Latino legislators, of which he was the first director. This experience revealed the importance of putting this issue in the context of communication in health care. More recently, the New York City Comptroller (www.comptroller.nyc.gov/) issued a report on translation services in health care settings. The Puerto Rican Legal Defense and Education Fund, furthermore, produced a similar report. They have led to renewed interest in the needs of first generation New Yorkers, given the continuing immigration to this city. The need to serve these people puts a lot of pressure on the healthcare system. According to Mr. Rosa, "It is practically impossible to separate health care from communication. Without communication there cannot be health care. I cannot imagine how can you expect wellness outcomes if you cannot communicate with the people that you care for."

Mr. Rosa currently is a member of a special task force with the Greater New York Hospitals Association (<www.gnyha.org>), that brings together a group of health care executives and activists in response to the conditions highlighted by the Comptroller's Report. He also is on the Language Access Subcommittee. One of the very interesting things that they are all learning is that there is not a single model to follow for all health care settings. One of the things that need to be considered when talking about translation services in health care is that each of the many different fields has its own sets of rules and terminology. There is also interaction between fields. More and more, for instance, there is a general integration of substance abuse, mental health and general health, as these fields

affect each other. Therefore, in order to properly communicate in Spanish in these settings, translators and interpreters must constantly update their knowledge of these fields.

According to Mr. Rosa, another important consideration is that, as the Latino population is constantly changing, there is not only one set of vocabulary that will serve all situations, and that the language that worked in the 60's or 80's may not work so well in the 2000's.

Since the early 60's, many studies on communication and health care prove the importance of translating for patients. Nothing radical has been happening, however, and the situation is getting bad and dangerous. In visits to city hospitals he has frequently witnessed cases in which a janitor, who is from Puerto Rico, is called to interpret for a Spanish speaking patient because no one else is available. And this is happening at a time when the Federal Government has come to understand privacy, and bringing any hospital employee into a discussion of very sensitive health issues violates that same privacy. On the one hand, laws exist that protect the privacy of medical records, and on the other hand, practice allows for the disclosure of the most private information to the first person available without consideration of any potential liabilities.

Perhaps one way to put pressure to get to the solution of this problem, argues Mr. Rosa, is to get the malpractice insurance business involved in this. Obviously, when unskilled individuals are brought to translate this type of information, mistranslation will occur and very serious consequences may ensue. The physicians may be quite capable of performing their medical services, but when they have to do so through another language, too many variables arise that they cannot control, such as the initial assessment of the patient's condition. Then a malpractice lawsuit may also ensue, and that could be very costly and embarrassing to the health care institution.

A logical solution would be to involve the insurance industry and the Federal Government, as both have an interest in reducing the cost of health care. If there are many language barrier related lawsuits, then there will be a pattern that shows why these lawsuits occur. As the costs of malpractice insurance rise, then the health care institutions would be forced to look for ways to control the cause of these lawsuits.

A third consideration, in addition to language and cultural competency, is the matter of community competency, i.e., who lives in your community? In the South Bronx, where Mr. Rosa lives and works, there are many people, especially older people, who don't have a need to communicate in English because they get everything in Spanish. This determines what health care facility they will attend – one that communicates in Spanish with them. Sometimes, however, circumstances require that these persons go to another facility, and in that case their confidence level changes. Confidence is important to ensure effective health care too.

There is also a federal law that says that if a certain percentage of your patients speak another language, then you have to provide translation services in that language. The problem is that one is not sure of getting what is right in terms of the medical protocol and other requirements of the health care setting. In reality, there is such a high demand to get health care professionals who speak Spanish right now, that they can practically write their own tickets. However, many hospitals and health care centers rely on Medicaid services, third party insurers and government subsidies and simply cannot afford such expensive services, at least not in all fields. This is the reason why the secretary or the medical assistant ends up doing the translations, and this situation has not changed in the last 50 years.

Mr. Rosa has an idea that even he considers radical and controversial: if the federal, state or city government is forced to spend money on Medicaid and Medicare, and the recipients happen to be non-English speakers or Limited Language Proficiency patients, and you truly want to have an outcome that is good for the patient, and look at that patient as someone you really care for instead of a money-making proposition, then you have to make sure that you have in place the systems necessary to ensure this good outcome. However, if you don't have the required language skills in your facility, then send the patient to a facility that does have those systems.

If we really want to get the outcomes that we hope to get, then we ought to form partnerships with all the health care campaigns. Then, working with such initiatives, with CUNY and other academic institutions, we should put into practice a system in which we are graduating persons who are technically competent but also community competent.

* * *

Leticia Molinero thanked Mr. Rosa for his very eloquent presentation, noting that one additional problem is that, although there are medical interpreters, many people who pursue a career in interpreting shun the medical specializations because there is no market for them, as hospitals and other health care institutions rely on volunteers for this type of communication.

"Perils in the Language of Medicine," a brief article published in *The New York Times* on January 7, 2003, was read aloud, as it presents the results of a study made by researchers from the Medical College of Wisconsin, based on 13 medical encounters involving interpreting services, where "translation errors were found to be alarmingly common." This study suggests solutions similar to those proposed by Mr. Rosa: "The researchers concluded by recommending better training hospital translators, who are often volunteers, and urged that insurance companies pay for the services of professional translators."

In closing, Ms. Molinero said that one of the purposes of organizing this round table was to provide a first step toward the formation of a coalition of concerned parties, including insurance companies, to work toward finding the political and financial will that may lead to the right solution of non-English communication in health care.

Mr. Rosa said that in order to involve the insurance companies it would be necessary to provide data that quantify the number or errors and lawsuits that arise from inadequate language services in health care settings. Hospital administrators would then face the hard choice of spending money on professional interpreting services or the potential cost of malpractice lawsuits. Of course, if insurance companies were to include language services in their benefit packages, then the choice would be solved in favor of hiring professional language specialists.

La publicación médica en España (I)

Javier González de Dios*

Curso de verano *La publicación médica en español.* Universidad Complutense de Madrid. San Lorenzo del Escorial (Madrid, España), 12 de julio del 2005.

Programa científico del curso

Inauguración:

«Las revistas profesionales como clave para el desarrollo de la ciencia, la medicina y la tecnología en España»: Ricardo Guerrero. Catedrático de Microbiología, Facultad de Biología, Universidad de Barcelona. Director de *Internatiotal Microbiology.* Miembro de European Association of Science Editors

Mesa redonda I: *Panorama actual de la publicación médica en España*

«Mapa bibliométrico de España 1994-2002: biomedicina y ciencias de la salud»: Jordi Camí. Director general del Parque de Investigación Biomédica de Barcelona

«La producción científica de la Comunidad de Madrid en ciencias médicas»: Isabel Gómez Caridad. CINDOC, CSIC

«Repercusión en el sistema sanitario de la actividad científica española en ciencias médicas»: Elías Sanz Casado. LEMI, Departamento de Bibliometría y Documentación de la Universidad Carlos III, Madrid

Mesa redonda II: *La literatura médica publicada en España: distribución y difusión*

«Índice Médico Español. Bases de datos IME»: Juan Carlos Valderrama. Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero. Universidad de Valencia-CSIC

«Visión desde el punto de vista editorial»:Miquel Vilardell Tarrés. Catedrático de Medicina. Director de *Medicina Clínica*

«La biblioteca médica virtual: la experiencia valenciana»: María Francisca Abad García. Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero. Universidad de Valencia-CSIC

Mesa redonda III: *Publicación en España: una realidad con futuro*

«El factor de impacto de las revistas médicas españolas»: Rafael Aleixandre. Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero, Universidad de Valencia-CSIC

«Análisis de la calidad y cantidad de las publicaciones en el área de pediatría en España»: Javier González de Dios. Departamento de Pediatría, Hospital Universitario de San Juan, Universidad Miguel Hernández, Alicante

«Ejemplo de una revista española con difusión nacional e internacional»: Fernando Alfonso. Instituto Cardiovascular. Hospital Clínico San Carlos, Madrid. Editor de *Revista Española de Cardiología*

Mesa redonda IV: *Vías para la difusión de la literatura médica española*

«La difusión y creación de la literatura científica en español en un entorno web (guías clínicas, etc): visión del documentalista»: Carlos González Guitián. Documentalista del Hospital Juan Canalejo y *webmaster* de *Fisterra.com*

«La literatura médica española, del papel (electrón) a la consulta. ¿Cumple su función? Visión de un usuario atormentado»: Rafael Bravo Toledo. Médico de atención primaria y *webmaster* de *Infodoctor*

«Estado de la edición electrónica en ciencias de la salud»: Concepción Muñoz Tinoco. Biblioteca del Hospital Ramón y Cajal, Madrid

En el año 2005 se celebra en España el cuarto centenario de la publicación del *Quijote*, fecha señalada por la relevancia de esta publicación en particular y del idioma español en general en el contexto de la literatura mundial. En este marco se encuadró el curso sobre «La publicación médica en español», auspiciado por la Fundación Lilly y en el marco de las actividades culturales de los Cursos de Verano 2005 de El Escorial; una oportunidad para comparar la demostrada importancia del idioma español en la literatura con su demostrable importancia en la ciencia biomédica, a través del análisis de sus publicaciones científicas.

El curso se desarrolló en cuatro mesas redondas, con tres ponencias en cada una:

* Departamento de Pediatría, Hospital Universitario de San Juan, Universidad Miguel Hernández, Alicante (España).
Dirección para correspondencia: gonzalez_jav@gva.es.

- Panorama actual de la publicación médica en España.
- La literatura médica publicada en España: distribución y difusión.
- Publicación en España: una realidad con futuro.
- Vías para la difusión de la literatura médica española.

Dos objetivos generales se vislumbraron en el curso:

a) puesto que la contribución de España, y por ende, del español, al corpus global de la literatura biomédica ha alcanzado ya prometedoras cifras, parece necesario mantener abierto el debate acerca de la cantidad y la calidad de la publicación médica en nuestro país;
b) se hace necesario abordar aspectos tan importantes como la difusión de esta literatura dentro y fuera de nuestro entorno lingüístico, el fomento de su proyección internacional y las posibles vías para aumentar el impacto de las publicaciones españolas.

Poder compartir los conocimientos, como ponente en el curso, con destacados documentalistas, bibliotecarios, *webmasters* y editores de revistas médicas me ha situado en una posición privilegiada para actuar como «corresponsal» para *Panace@* sobre este encuentro, que, a tenor de la asistencia, despertó un marcado interés. El presente texto es una reflexión sobre las ideas vertidas en las distintas ponencias y mesas redondas del curso, en las que se intentó plasmar los aspectos más destacados del pasado, el presente y el futuro de la publicación médica en España.

Estructuraré mi reseña en cinco grandes apartados: 1) «Mapa bibliométrico de España en biomedicina y ciencias de la salud»; 2) «Las revistas biomédicas españolas en las bases de datos (internacionales y nacionales)»; 3) «El factor de impacto de las revistas médicas españolas»; 4) «El futuro de las publicaciones médicas en España», y 5) «Las revoluciones pendientes de la literatura médica española». Abordaré los tres primeros en esta entrega y dejaré para el próximo número de *Panace@* los dos últimos y una selección bibliográfica.

1. Mapa bibliométrico de España en biomedicina y ciencias de la salud

La bibliometría tiene por objeto el tratamiento y estudio de datos cuantitativos sobre las publicaciones científicas. Los distintos indicadores bibliométricos (y en especial el uso de los denominados «mapas de la ciencia») permiten profundizar en el estudio de la estructura y la dinámica de las áreas científicas; su campo de aplicación más destacado es el área de la política científica, en el que se constatan tres necesidades:

- evaluar la actividad científica que se está realizando en la mayoría de los países;
- desarrollar herramientas que permitan conocer con la máxima precisión la investigación que se está realizando, para asegurar un mayor rendimiento de los recursos invertidos;
- estudiar el impacto de los resultados de la investigación en la comunidad que los sufraga.

Los datos fundamentales del mapa bibliométrico en España proceden de los estudios desarrollados por el IMIM (Instituto Municipal de Investigación Médica de Barcelona), el CINDOC-CSIC (Centro de Información y Documentación Científica del Centro Superior de Investigaciones Científicas), el LIME (Laboratorio de Estudios Métricos de Información) y el IHCD (Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero), entre otros centros.

En un reciente artículo publicado por J. Camí y cols. en *Medicina Clínica* (y del que se puede obtener exhaustiva información en <www.isciii.es/mapabibliométrico>) se realiza un estudio bibliométrico global (no centrado en disciplinas o especialidades) de la biomedicina española durante el período 1994-2002, basado en en el análisis del subconjunto de documentos denominados *citables* (originales, notas y revisiones) de dos bases de datos del Institute of Scientific Information (ISI): National Science Indicators y National Citation Reports. Se trata de la continuación de dos trabajos similares realizados (en colaboración con el CINDOC-CSIC) durante los 1986-1989 y 1990-1993.

Durante el período objeto de estudio, España se situó en la undécima posición en el grupo de los veinte países más productivos del mundo en biomedicina y en séptima posición entre los países europeos: le corresponde un 2,4% del total de los documentos biomédicos, pero solo el 1,8% de las citas. Si se toma como referencia el crecimiento de las publicaciones desde 1981, España cuadriplicó el número de suyas, mientras que la Unión Europea sólo lo duplicó.

Las publicaciones españolas en la *Web of Science* (ISI) han tenido el siguiente incremento: en 1976, el 0,3%; en 1980, el 0,7%; en 1990, el 1,5%; en el 2000, el 2,4%. Aun así, España ocupa un lugar secundario en la investigación biomédica, por debajo de lo que correspondería a su grado de desarrollo económico.

En términos absolutos, la producción científica española en ciencias (concepto que incluye los subámbitos de matemáticas, física, química, agricultura y medio ambiente) es ligeramente superior a la de biomedicina y ciencias de la salud, si bien este ámbito concreto es responsable del el 50,6% de todas las citas recibidas. En cuanto a la procedencia institucional de los documentos, teniendo en cuenta todos los ámbitos científicos, el sector universitario firma casi el 75% de las publicaciones, mientras que los organismos públicos de investigación (principalmente el CSIC) y el sector sanitario firman aproximadamente un 20% de todos los documentos. Pero, cuando se analiza el subconjunto de los documentos correspondientes a biomedicina y ciencias de la salud, la mayor productividad procede de centros universitarios (65%), centros sanitarios —incluye hospitales y centros de atención primaria— (47%) y, por detrás, organismos públicos de investigación (incluye los centros del CSIC y del Instituto de Salud Carlos III), un conjunto etiquetado como «varios de administración y organizaciones no gubernamentales» (que incluye sociedades científicas) y, finalmente, el sector empresarial (principalmente empresas farmacéuticas).

- Los diez centros universitarios destacados en productividad son los siguiente: Universidad de Barcelona, Universidades Complutense y Autónoma de Madrid, Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad Autónoma de Valencia, Universidad de Santiago de Compostela, Universidad de Granada, Universidad de Sevilla, Universidad de Murcia y Universidad de Alcalá.
- Los diez centros sanitarios destacados en productividad son los siguiente: Hospital Clínico de Barcelona (de una forma destacada sobre el resto, tanto en número de publicaciones como de citas recibidas), Hospital Valle de Hebrón (Barcelona), Hospital de la Santa Cruz y San Pablo (Barcelona), Hospital Ramón y Cajal (Madrid), Hospital La Paz (Madrid), Hospital Doce de Octubre (Madrid), Hospital de Bellvitge (Barcelona), IMIM-Hospital del Mar (Barcelona), Hospital Clínico de San Carlos (Madrid) y Hospital de Nuestra Señora de la Concepción (Madrid).
- Los diez organismos públicos de investigación destacados en productividad son los siguientes: Centro Molecular Severo Ochoa (CSIC), Centro de Investigaciones Biológicas (CSIC), Centro Nacional de Biotecnología (CSIC), Centro de Investigación y Desarrollo (CID-CSIC), Instituto de Investigación Biomédica Alberto Sols (CSIC), Instituto de Neurobiología Ramón y Cajal (CSIC), Centro Nacional de Microbiología (ISCIII), Instituto Nacional de Investigación Agraria y Alimentaria, Secretaría General (ISCIII) e Instituto de Investigación Biomédica de Barcelona (CSIC).

Desde el punto de vista territorial, las comunidades autónomas de Madrid, Cataluña, Andalucía y Valencia, por este orden, reúnen cerca del 70% de los documentos y el 75% del total de citas del ámbito de la biomedicina y las ciencias de la salud. Se reconoce una distribución institucional peculiar dentro de cada comunidad autónoma, con tres perfiles:

- en Madrid tienen una notable aportación los organismos públicos de investigación;
- en Cataluña sobresale el sector sanitario; el perfil es similar en Navarra, Cantabria, Baleares, Castilla-La Mancha y La Rioja;
- en Andalucía y Valencia sobresale el sector universitario; el perfil es similar en Galicia, Castilla y León, Canarias, Asturias, Murcia, Extremadura, el País Vasco y Aragón.

El promedio anual de publicaciones ISI de medicina por millón de habitantes en toda España es de unas 275; por encima de esta media están, en orden creciente: Cantabria, Cataluña, Navarra y Madrid (que ocupa el primer lugar, con unas 575 publicaciones ISI de medicina por millón de habitantes).

El 86,5% de las publicaciones españolas recogidas en esta base de datos del ISI están escritas en inglés; el 13%, en español, y solo el 0,4% del total en otros idiomas (francés, alemán, etc.).

Las áreas temáticas del ámbito de las ciencias biomédicas en las que más se publica son (en orden decreciente): biología-bioquímica, neurociencias, medicina general, microbiología, nefrología-urología, farmacología, gastroenterología-hepatología, salud pública-epidemiología, cardiología, genética, alergología-inmunología, pediatría, oncología, enfermedades infecciosas, veterinaria, cirugía, hematología, histología-citología.

El sector sanitario publica más en medicina general, nefrología-urología, cardiología y gastroenterología. La universidad, el CSIC, los centros mixtos y la industria publican fundamentalmente en farmacología, genética, biología-bioquímica y microbiología. Alergología-inmunología y neurociencias son las áreas temáticas preferentes de los sectores institucionales.

Lo interesante para la política científica es el estudio de la repercusión de un tipo de investigación destinada, en parte, a resolver los problemas de la sociedad que la sufraga. En general, no se observan coincidencias entre los problemas sanitarios que tiene la sociedad y la actividad investigadora en la mayoría de las áreas temáticas:

- las enfermedades con mayor mortalidad son las cardiovasculares, las oncológicas y las respiratorias;
- las enfermedades con mayor morbilidad son las cardiovasculares, las respiratorias, las gastrointestinales, las oncológicas y las del aparato locomotor;
- las enfermedades que implican mayor gasto sanitario son las neurológicas, las nefrológicas, las gastrointestinales y las cardiovasculares.

Sin embargo, son los centros sanitarios los que más publican en las áreas temáticas vinculadas con esos problemas.

La evaluación bibliométrica refleja la evolución cuantitativa y cualitativa de las publicaciones médicas en España: la evolución a lo largo de los años es positiva, pero queda camino por recorrer para mejorar nuestra posición en el contexto mundial, lo que se reflejaría en la inclusión de un mayor número de nuestras revistas en bases de datos internacionales y en conseguir adecuados indicadores bibliométricos (principalmente el conocido factor de impacto).

2. Las revistas biomédicas españolas en las bases de datos (internacionales y nacionales)

Un fenómeno característico de la producción de publicaciones científicas es su crecimiento exponencial; su ritmo es mucho más rápido que el de la mayoría de los fenómenos sociales: se ha calculado que la información científica se duplica cada cinco años y que pronto lo hará cada dos. Este exceso de información médica (se ha acuñado al respecto el neologismo *infoxicación*) imposibilita estar al día en cualquier tema sólo con lecturas o suscripciones personales, de modo que el médico actual ha dejado de ser un acumulador de información para convertirse en un buscador de fuentes de información. El flujo de ideas en biomedicina se ha hecho internacional y masivo, y ha adquirido gran velocidad de renovación.

Una de las revoluciones en la investigación médica es el rápido crecimiento de la documentación científica, con con-

siguiente necesidad de crear sistemas eficaces para recuperarla. Los profesionales sanitarios necesitamos información científica adecuada, clara, rigurosa y accesible. Sin embargo, el acceso ordenado, sistemático y sin sesgos a la información procedente de las publicaciones científicas es muy complejo, pese al desarrollo de las bases de datos (BD) bibliográficas. El problema es tanto cuantitativo (resulta imposible acceder a todo lo que se publica sobre un determinado tema y estudiarlo a fondo) como cualitativo (es difícil analizar críticamente las pruebas científicas existentes y discernir la utilidad de lo nuevo en relación con el conocimiento previo).

Las BD bibliográficas son una de las principales fuentes de información en medicina y la herramienta de búsqueda más utilizada en general por los profesionales sanitarios, ya que son un instrumento rápido, accesible y de fácil manejo para recuperar artículos científicos relevantes. Sin embargo, la accesibilidad y el fácil manejo de las BD en CD-ROM o en línea para los usuarios puede ser engañosa, como se demuestra en algunos estudios: la recuperación de la información según el método tradicional de combinación de términos presenta dificultades de carácter terminológico, cuyo origen reside tanto en los trabajos originales (títulos) como en la indización y en la confección de estrategias de búsqueda (especialmente en ausencia de tesauros); las pérdidas en la recuperación de la información están condicionadas por la cobertura de la BD (tipo de revista, periodicidad, exhaustividad en la inclusión de artículos, etc.) y por los cambios de cobertura.

Existen muchas BD bibliográficas, que podemos agrupar en internacionales (las más importantes y numerosas) y nacionales (donde ocupa un lugar primordial el Índice Médico Español). En el caso específico de la inclusión de revistas españolas en BD bibliográficas internacionales, ésta es errática (pocas revistas aparecen en todas o casi todas las bases), irregular (en ciertos casos sólo se incluyen artículos seleccionados) y escasa.

Las principales BD bibliográficas internacionales son:

a. **Medline** (soporte magnético) / **Index Medicus** (soporte en papel) / **PubMed** (consultas en línea): es la BD de la Biblioteca Nacional de Medicina de los EE. UU., que tiene diferentes denominaciones según la forma de difusión. Recoge los artículos de aproximadamente 4000 revistas desde 1966 hasta la actualidad. A su BD se incorporan más de 300 000 nuevas referencias cada año. Es la BD con mayor difusión y la más utilizada por los médicos, especialmente a partir de finales de 1997, cuando su acceso se hizo gratuito desde Internet con dos interfaces: PubMed e Internet GratefulMed. Actualización semanal (consultas en línea) o mensual (CD-ROM y papel). Utiliza el tesauro MeSH (*Medical Subject Headings*), y para quienes no dominen bien el inglés, para los términos adecuados existe una traducción que se denomina DeCS (Descriptores en Ciencias de la Salud).
b. b) **Embase** (soporte magnético) / **Excerpta Medica** (soporte en papel): realizada por iniciativa de una empresa privada con sede en Holanda (Elsevier Science Publishers). Abarca aproximadamente 3600 revistas, con una mayor cobertura de publicaciones europeas que Medline. Es una BD más selectiva y no incluye todos los artículos de las revistas analizadas: selecciona principalmente los artículos que hacen referencia a fármacos y toxicología. Actualización quincenal (consultas en línea y en papel) o trimestral (CD-ROM). Utiliza el tesauro Emtree *(Embase tree)*.

   Medline y Embase son las dos BD más conocidas, y contienen entre ambas la mayoría de las publicaciones de medicina y áreas afines. Aunque se habla mucho de sus diferencias y puntos en común, en realidad parecen complementarse; de hecho, del total de las revistas biomédicas indizadas entre ambas BD, sólo alrededor del 35 % están presentes en ambas.
c. **Current Contents:** lo edita el ISI de los EE. UU, y es una BD pluridisciplinar (ciencia, tecnología, artes y humanidades, ciencias sociales). Se publican siete ediciones, dos de las cuales corresponden a medicina: *Clinical Medicine* (incluye 1000 revistas) y *Life Sciences* (incluye 1370 revistas). Es una BD muy actualizada (periodicidad semanal).
d. **Science Citation Index** (SCI): lo edita también el ISI, y fue creado por E. Garfield en 1964. Es un índice que recoge las referencias bibliográficas que figuran en todos los artículos publicados en más de 3300 revistas multidisciplinarias sobre ciencia y tecnología, mayoritariamente de lengua inglesa; a través del citado índice introdujo un sistema de valoración de las revistas científicas en función de la inmediatez, visibilidad y vida media de los artículos en ellas publicados. En el último decenio se ha valorado cada vez más el factor de impacto, elaborado por el ISI y publicado anualmente, en lo que a revistas se refiere, en la sección «Journal Citation Reports» (JCR) del SCI. El factor de impacto se calcula a través del SCI, de ahí la importancia de pertenecer a esta BD. Actualización quincenal (consultas en línea) o mensual (CD-ROM).
e. **Inside Science Plus:** editada por la Biblioteca Británica, indiza 13 000 títulos de revistas pluridisciplinares (ciencia, tecnología, negocios). Actualización mensual.

Las principales BD nacionales se pueden clasificar en:

a. Generales:
   IME (Índice Médico Español)
   IBECS (Índice Bibliográfico Español de Ciencias de la Salud)
   MEDES (Medicina en Español)
b. Especializadas:
   Enfermería: CUIDEN, BDIE, CUIDATGE, ENFISPO
   Farmacología: AGEMED, COF

Psicología: PSICODOC
Educación para la salud: SARES
Geriatría: MAYORES

Si bien no existe un listado de publicaciones periódicas de medicina en España (y el patrón de comparación tiene que construirse), se estima que su número actual ronda las unas 240. El número de títulos recogidos en las principales bases de datos es el siguiente:

- IME incluye 222 (93% del total)
- IBECS incluye 160 (67%)
- EMBASE incluye 111 (46%)
- MEDLINE incluye 51 (21%)
- MEDES incluye 36 (15%)
- SCI incluye 30 (13%).

El **Índice Médico Español** constituye en la actualidad la principal BD bibliográfica sobre las publicaciones españolas en ciencias de la salud, tanto por el numero de registros de los que consta (aproximadamente 260 000) como por su cobertura temporal, más de cuarenta años. El incremento anual de registros, alrededor de 10 000, procede de más de 400 revistas españolas, y en la actualidad se introduce información bibliográfica de alrededor de 222 revistas médicas españolas de carácter científico (básicas, experimentales y clínicas) que cubren todas las áreas de las ciencias de la salud (enfermería, medicina, odontología) y áreas emparentadas con la medicina (farmacia clínica, microbiología, drogodependencias, etc). Incluye un total de 55 disciplinas, entre las que destacan, por número de revistas, psiquiatría, pediatría y odontoestomatología.

Las características diferenciales del IME son: apoyo institucional, cobertura exhaustiva y retrospectiva, control del vocabulario y búsqueda conjunta en varias bases de datos complementarias (ICYT e ISOC). Las revistas se seleccionan según su cumplimiento de unos criterios de calidad cuantitativos (indicadores bibliométricos) y cualitativos (se basan en los que observan organismos de gran experiencia bibliográfica, así como en las normas ISO y UNE), bajo supervisión de profesionales de la medicina y de la documentación científica. La evaluación de las revistas se fundamenta en cinco áreas, con criterios explícitos: presentación de la revista, presentación de los artículos, comités editoriales y científicos, características del contenido y difusión de la revista.

La indización de los registros se basa en una lista automatizada de descriptores y sinónimos traducidos de los Medical Subject Headings (MeSH) del sistema Medline, adaptados a la realidad del lenguaje médico español: ello permite evitar términos poco o nada utilizados en español o traducciones poco afortunadas, como las que aparecen en los Descriptores en Ciencias de la Salud (DeCS), traducción al español de los MeSH. La lista consta de 9630 términos preferentes o descriptores y 3660 sinónimos y utiliza reenvíos de tipo USE y UP («usado por»).

Para conocer el interés del IME como fuente de información científica en medicina y ciencias de la salud, se realizó un estudio en esta BD bibliográfica, a través de la revisión en su web (<http://bddoc.csic.es.8080/IME/BASIS/ime/web/docu/SF>), con fecha 1.4.2004. Del conjunto de revistas indizadas en algún momento en IME (461), encontramos que en 38 casos el número de documentos indizados superaba los 1500 (tabla 1). *Medicina Clínica* ocupa el primer lugar (13 323 documentos), seguido de *Revista Clínica Española* (9603) y *Anales Españoles de Pediatría* (9551); entre las tres constituyen la primera zona (núcleo) de Bradford de la distribución de las principales revistas biomédicas en IME (tabla 2): la segunda zona está constituida por 7 revistas, la tercera por 10 y la cuarta por 18.

Entre las 38 revistas biomédicas españolas con mayor número de documentos indizados en IME (tabla 2) encontramos representadas principalmente las siguientes especialidades médicas:

a. Con tres revistas:
   - Medicina interna: *Medicina Clínica, Revista Clínica Española* y *Anales de Medicina Interna,* dos de ellas en el núcleo de Bradford y otra en la segunda zona; suman 27 234 documentos.
   - Pediatría: *Anales Españoles de Pediatría, Revista Española de Pediatría* y *Acta Pediátrica Española*, una de ellas en el núcleo de Bradford y las otras dos en la cuarta zona; suman 14 304 documentos.
   - Nefrourología: *Nefrología, Archivos Españoles de Urología* y *Actas Urológicas Españolas,* una en la segunda y dos en la tercera zona de Bradford; suman 11 023 documentos.
   - Ginecología y obstetricia: *Toko-Ginecología Práctica, Progresos de Obstetricia y Ginecología* y *Clínica e Investigación en Ginecología y Obstetricia,* todas ellas en la cuarta zona de Bradford; suman 5 918 documentos.

b. Con dos revistas:
   - Aparato digestivo: *Revista Española de las Enfermedades del Aparato Digestivo* y *Gastroenterología y Hepatología,* en la segunda y tercera zona de Bradford, respectivamente; suman 8 054 documentos.
   - Neurología: *Revista de Neurología* y *Neurología,* en la segunda y cuarta zona de Bradford respectivamente; suman 6360 documentos.
   - Dermatología: *Actas Dermo-Sifiliográficas* y *Piel*, en la segunda y cuarta zona de Bradford, respectivamente; suman un total de 5671 documentos.

Seis de las diez revistas biomédicas españolas con mayor número de documentos indizados en IME (tabla 2) se encuentran en la base JCR-SCI, por tanto, con factor de impacto internacional conocido (citado en el JCR del año 2002): *Medicina Clínica* (0,854), *Revista Clínica Española* (0,340), *Revista Española de Cardiología* (0,941), *Revista Española de Enfermedades del Aparato Digestivo* (0,594), *Nefrología* (0,513) y *Revista de Neurología* (0,289).

Tabla 1: Revistas biomédicas españolas con mayor número de documentos indizados en el Índice Médico Español*

Nombre de la revista	N.º de documentos	FIN**
Medicina Clínica	13 323	0,891
Revista Clínica Española	9603	0,268
Anales Españoles de Pediatría	9551	0,334
Revista Española de Cardiología	5346	0,719
Cirugía Española	5155	
Revistas Española de las Enfermedades del Aparato Digestivo	4766	0,584
Anales de Medicina Interna	4308	0,206
Nefrología	4187	0,365
Actas Dermo-Sifiliográficas	3797	0,102
Revista de Neurología	3756	0,295
Archivos Españoles de Urología	3616	0,152
Archivos de Bronconeumología	3488	0,732
Archivos de la Sociedad Española de Oftalmología	3477	0,041
Atención Primaria	3467	0,683
Radiología	3374	0,057
Acta Otorrinolaringológica Española	3288	0,087
Gastroenterología y Hepatología	3220	0,377
Actas Urológicas Españolas	3219	0,220
Enfermedades Infecciosas y Microbiología Clínica	2728	0,351
Revista Española de Anestesiología y Reanimación	2626	0,395
Revista de Ortopedia y Traumatología	2604	0,085
Neurología	2564	0,366
Revista Española de Pediatría	2440	0,079
Sangre. Trabajos de Hematología y Hemoterapia	2429	
Medicina Intensiva	2282	0,527
Toko-Ginecología Práctica	2189	0,011
Acta Pediátrica Española	1952	0,134
Progresos de Obstetricia y Ginecología	1917	0,130
Oncología (Barcelona)	1874	0,104
Piel	1855	
Endocrinología	1767	0,085
Revista Española de Reumatología	1684	0,365
Clínica e Investigación en Ginecología y Obstetricia	1684	0,117
Medicina Integral	1684	
Anales de Psiquiatría	1648	0,144
Revista Española de Geriatría y Gerontología	1640	0,264
Rehabilitación	1615	0,141
Allergologia et Immunopathologia	1565	0,079

* Se han considerado sólo aquellas revistas biomédicas con un número de documentos indexados en IME > 1500.
** Factor de impacto nacional publicado por el ICHD en el año 2002.

Las perspectivas futuras del IME son:

- Modificar la interfaz de Internet e incluir productos de valor añadido (enlaces a sedes editoriales, artículos relacionados, etc).
- Continuar con el establecimiento de vínculos entre los registros y las revistas electrónicas disponibles en Internet.
- Establecer convenios con las editoriales para lograr un intercambio electrónico de información que evite la introduccón manual de datos.
- Introducir la indización con los DeCS, previa adaptación al lenguaje utilizado realmente por los médicos españoles, y realizar la indización del fichero histórico.
- Proseguir con el actual control de calidad en la selección de las revistas y de los artículos (incluyendo revistas que sólo tengan versión electrónica), así como con la normalización de los nombres de los autores y de las instituciones.
- Integrarse con otros sistemas de información internacionales para hacer compatible la realización de búsquedas conjuntas.
- Trabajar en colaboración con otras BD españolas.

Las propuestas para mejorar las BD sobre las publicaciones médicas en España y en español son las siguientes:

- Establecer fórmulas de colaboración entre los centros productores (principalmente entre el IME, el IBECS y MEDES) para evitar solapamientos y disponer de la mayor cobertura posible.
- Unificar recursos y criterios: una única base de datos de la literatura científica española de ciencias de la salud con registros actualizados, utilización de un único tesauro (descriptores que garanticen una recuperación exhaustiva), vínculos a sedes o textos completos, gratuidad.
- Pasar de las BD referenciales a las de contenido.
- Actualización ágil.
- Acceso abierto.

Tabla 2: Distribución en zonas de Bradford de las revistas biomédicas principales en el Índice Médico Español

Zona	N.º de revistas	N.º de documentos*	Constante
Núcleo (>5000 docs.)	3	32477	–
2 (3601-5000 docs.)	7	31315	2,3
3 (2701-3600 docs.)	10	33193	1,4
4 (1500-2700 docs.)	18	36355	1,8

Principales Zonas de Bradford

Núcleo (> 5000 documentos)
Medicina Clínica (13 323 docs.)
Revista Clínica Española (9603 docs.)
Anales Españoles de Pediatría (9551 docs.)

2.ª zona (3601-5000 documentos)
Revista Española de Cardiología (5346 docs.)
Cirugía Española (5155 docs.)
Revista Española de las Enfermedades del Aparato Digestivo (4766 docs.)
Anales de Medicina Interna (4308 docs.)
Nefrología (4187 docs.)
Actas Dermo-Sifiliográficas (3797 docs.)
Revista de Neurología (3756 docs.)

3.ª zona (2701-3600 documentos)
Archivos Españoles de Urología (3616 docs.)
Archivos de Bronconeumología (3488 docs.)
Archivos de la Sociedad Española de Oftalmología (3477 docs.)
Atención Primaria (3467 docs.)
Radiología (3374 docs.)
Acta Otorrinolaringológica Española (3316 docs.)
Gastroenterología y Hepatología (3288 docs.)
Actas Urológicas Españolas (3220 docs.)
Enfermedades Infecciosas y Microbiología Clínica (3219 docs.)
Revista Española de Anestesiología y Reanimación (2728 docs.)

4ª zona (1500-2700 documentos)
Incluye las 18 revistas restantes listadas en la tabla 1

Las zonas de Bradford seleccionadas son las que más se ajustan a un número de documentos y constantes lo más similares posible entre sí.

* El número de documentos se obtiene de la suma del total de documentos registrados en las revistas de cada zona de Bradford; p. ej., en el núcleo el valor de 32 477 se obtiene de la suma de 13 323 + 9603 + 9551.

- Apoyar los avances promovidos por entidades públicas, como los ya conseguidos respecto al acceso a la Biblioteca Cochrane Plus a través del Ministerio de Sanidad y Consumo, el acceso a las BD del ISI *(ISI Web of Science, ISI Current Contents Connect, ISI Proceeding, ISI Essential Science Indicators, ISI Journal Citation Reports)* a través del Ministerio de Ciencia y Tecnología o el acceso a las Guías de Práctica Clínica del portal GuíaSalud a través del Gobierno de Aragón.

El principal escollo que ha de superar una revista científica publicada en un país de habla no inglesa es la invisibilidad: para la comunidad científica sólo cuentan las revistas que están catalogadas en las BD internacionales de publicaciones científicas, especialmente las del ISI. Dado el gran número de revistas que existe, y que continúa aumentando, para que una nueva publicación sea aceptada en algunas de dichas BD ha de superar un proceso de evaluación muy riguroso y en el que suele competir con otras publicaciones. A pesar de las dificultades, e incluso sin estar en las bases de datos del ISI, una revista *modesta* puede encontrar un hueco en el complejo mundo de la publicación científica. Para ello no siempre se debe (ni se puede) competir con las primeras revistas de la especialidad, sino adoptar otra táctica que la haga complementaria de las mejores publicaciones. De entrada, la calidad de la selección de artículos, la mejora editorial de los artículos aceptados y, sobre todo, la rapidez en la publicación permiten convertirse en una alternativa ventajosa para los potenciales autores.

3. El factor de impacto de las revistas médicas españolas

Para describir la contribución científica de una investigación cabe distinguir entre la calidad, la importancia (o relevancia) y el impacto actual:

- La calidad es indicativa del rigor científico, por el conocimiento que aporta, por la corrección metodológica o por la originalidad con el que se ha diseñado el estudio o se ha resuelto la pregunta de investigación. El inconveniente es que, al no ser un concepto absoluto, la calidad requiere ser valorada por expertos mediante un juicio que resultará subjetivo y con riesgo de sesgos.
- La importancia (o relevancia) es indicativa de la repercusión que el estudio puede tener en el avance del conocimiento científico, así como sobre los problemas de salud y la práctica clínica en sus diversos aspectos (diagnósticos, terapéuticos, preventivos, etc). El inconveniente es que el reconocimiento de la importancia se enfrenta a dificultades o tardanzas para introducir los avances de la investigación en la práctica habitual.
- El impacto es indicativo de la supuesta difusión o visibilidad a corto plazo de una investigación entre la comunidad científica. Garfield fue el primero en sugerir el concepto de medición del «impacto» me-

diante la contabilización de las citas que recibían las publicaciones individuales, e introdujo el factor de impacto (FI) basándose en el promedio de las citas recibidas por las revistas.

Tabla 3: Características y limitaciones de las citas de documentos y del factor de impacto de revistas

Citas de documentos	Factor de impacto (FI) de revistas
Las citas son un indicador de la visibilidad, difusión o impacto de la investigación publicada en un documento.	El FI de una revista es un indicador de su visibilidad y difusión internacional.
Gran parte de las publicaciones nunca son citadas. El 15% de los artículos publicados en una revista reciben el 50% de las citas.	El FI de una revista no es una buena estimación del número de citas que va a recibir un documento aislado.
Las revisiones y artículos metodológicos reúnen altas tasas de citación.	Las revistas de revisiones tienen altos FI dentro de su área.
La probabilidad de que un trabajo sea citado varía según las áreas.	Existen variaciones en el FI según las áreas.
Las publicaciones tienen más posibilidades de ser citadas en las áreas generales o con gran número de investigadores.	Las revistas de áreas generales tienen mayor FI.
Las publicaciones básicas tienen más posibilidades de ser citadas que las clínicas.	Las revistas de áreas básicas tienen mayor FI que las clínicas.
La ventaja de citación varía según las áreas: más amplia para áreas de lento envejecimiento.	El FI calculado con una ventana de citación de 2 años favorece a las áreas de rápido envejecimiento.

En 1965, Garfield impulsó este tipo de análisis bibliográfico publicando en el ISI de Filadelfia el primer volumen del SCI. La particularidad más importante del SCI es que recoge, junto con los artículos fuente de más de 3300 revistas seleccionadas de ciencia y tecnología, todas sus referencias bibliográficas. Un producto derivado del SCI, el JCR, proporciona anualmente indicadores bibliométricos sobre el consumo de información de aproximadamente 4500 revistas; entre ellos, el número de citas que han recibido, la vida media, el índice de inmediatez y el factor de impacto (FI). Así, el FI es un indicador bibliométrico basado en el recuento de citas del SCI que se calcula, para cada revista, estableciendo la relación entre las citas que en un año determinado han recibido los trabajos publicados durante los dos años anteriores y el total de artículos publicados en ella durante esos dos años.

El FI relaciona, pues, el número de citas recientes recibidas por una revista con los artículos que ha publicado. Se utiliza como parámetro para evaluar la calidad y el prestigio de las revistas y de las actividades científicas. En la actualidad, obtener el FI se ha convertido en una especie de garantía de calidad editorial, pues para ello los editores se ven obligados a cumplir y a mantener unos estándares cualitativos que les permitan ser incluidos en el SCI-JCR, entre ellos: *a*) seguimiento estricto del sistema de *peer-review; b*) un comité editorial internacional y con representantes de los diferentes campos de la especialidad; *c*) variedad de los temas tratados dentro de la especialidad; *d*) rapidez de publicación; *e*) asistencia editorial (no sólo en relación con la corrección lingüística, sino también para mejorar la estructura del artículo, las tablas y figuras, las referencias, etc.); *f*) distribución geográfica extensa.

El uso que se hace del FI en algunos círculos académicos y científicos está produciendo malestar en una buena parte de los investigadores, debido a las notables limitaciones metodológicas que tiene este indicador y a los abusos que se cometen cuando se aplica en la evaluación de actividades científicas y profesionales. En la tabla 3 se indican algunas características y limitaciones de las citas de documentos y del FI de las revistas científicas.

Algunas críticas al FI del SCI-JCR son las siguientes:

- Sesgo de cobertura favorable a las revistas anglonorteamericanas, de forma que la selección de revistas del SCI no es representativa de la estructura de la producción científica internacional. Como ejemplo, valgan las cifras correspondientes al año 2003:

EE.UU.	2220
Reino Unido	1171
Francia	148
Italia	69
España	26

  De las 26 revistas españolas incluidas, únicamente 14 correspondían a ciencias de la salud: el área con más revistas es la neurología, con tres, seguida de las ciencias morfológicas y la medicina clínica, con dos revistas cada área; siete áreas están representadas por una única revista: psiquiatría, aparato respiratorio, cardiología, aparato digestivo, nefrología, enfermedades infecciosas y farmacología clínica.

- Las revistas no citadas frecuentemente en otras no se seleccionan para su inclusión en el SCI. Estas revistas no son necesariamente de poca calidad; lo que sucede es que tienen algunas características —idioma, contenido o distribución limitada— que reduce su citación por otras.

- Las áreas poco desarrolladas, con un reducido número de investigadores o con escaso apoyo institucional obtienen menos impacto (porque publican menos trabajos *citables*).

Tabla 4: Comparación de indicadores bibliométricos en Medicina Clínica y Revista Española de Cardiología

a) Factor de impacto:

Medicina Clínica

Citas de 2004 de artículos publicados en 2003 = 191 2002 = 234 Suma = 425	N.º de artículos publicados en 2003 = 205 2002 = 218 Suma = 423

Cálculo: citas de artículos en los últimos 2 años / n.º de artículos en los últimos 2 años = 425/423 = 1,005

Revista Española de Cardiología

Citas de 2004 de artículos publicados en 2003 = 192 2002 = 235 Suma = 427	N.º de artículos publicados en 2003 = 115 2002 = 122 Suma = 237

Cálculo: citas de artículos en los últimos 2 años / n.º de artículos en los últimos 2 años = 427/237 = 1,802

b) Índice de inmediatez:

Medicina Clínica

Citas de 2004 de artículos publicados en 2004 = 111
N.º de artículos publicados en 2004 = 219
Cálculo: citas de artículos en el último año / n.º de artículos en el último año = 111/219 = 0,507

Revista Española de Cardiología

Citas de 2004 de artículos publicados en 2004 = 88
N.º de artículos publicados en 2004 = 86
Cálculo: citas de artículos en el último año / n.º de artículos en el último año = 88/86 = 1,023

Todos estos problemas están creando un círculo vicioso muy difícil de romper: la gran mayoría de las revistas médicas españolas no están incluidas en el SCI porque no tienen impacto, y no tienen impacto porque los mejores artículos de los profesionales españoles se publican en revistas extranjeras con impacto, empobreciendo cada vez más la calidad de las nuestras, cuyos contenidos declinan progresivamente mientras que enriquecen los de las foráneas. Esta fuga gratuita de publicaciones beneficia muy poco a la investigación española y contribuye a fomentar la quiebra científica y económica de numerosas revistas científicas de nuestro país. Los trabajos de mayor calidad se publican en revistas con alto FI (extranjeras), y los de menor calidad en las españolas, lo que hace disminuir su FI.

Tras estas consideraciones, podemos plantearnos algunas preguntas: ¿dónde publicar entonces?; ¿debemos interrumpir las investigaciones que tratan sobre problemas de interés regional porque no interesan en términos de FI?; ¿cómo aumentar el FI de nuestras revistas?

El sesgo de cobertura de las bases de datos del ISI a favor de las revistas norteamericanas y británicas limita el uso del factor de impacto del SCI-JCR como instrumento para la evaluación de la actividad científica española y la calidad de las revistas españolas.

El estudio «Factor de impacto potencial de las revistas médicas españolas», elaborado por el Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero (IHCD) desde el año 2003 (mediante una subvención del Ministerio de Educación y Ciencia) permite obtener anualmente el *factor de impacto nacional* (FIN) de las revistas españolas de mayor calidad en ciencias de la salud (el que les corresponde en función de las citas que reciben de alrededor de 100 revistas españolas) y el *factor de impacto internacional* (FII) (el que les correspondería si estas revistas españolas estuvieran incluidas en las bases de datos del ISI). El estudio permite, además, conocer los flujos de citas entre revistas citadoras y citadas y su evolución, la prontitud o inmediatez de la citación y otros indicadores de repercusión. Estos datos pueden consultarse en el servidor de IHCD (<http://ime.uve.es/imecitas/impacto.shtml>).

Las conclusiones de este estudio fueron las que se señalan a continuación:

- Baja citación: los autores españoles no suelen incluir referencias bibliográficas de trabajos publicados en revistas españolas y prefieren citar revistas extranjeras, es como una especie de *autoboicot* que conlleva un alto grado de frustración científica.
- Las revistas españolas publicadas en inglés apenas reciben citas de sus homólogas españolas; ¿causas?: escasa difusión en las bibliotecas españolas, dificultades idiomáticas, investigación básica.
- Las revistas españolas han obtenido FI moderados: sólo hay 9 revistas con FI > 0,5, y 4 tienen un FI = 0
- 43 revistas españolas han obtenido un FII superior al de otras revistas extranjeras de su especialidad que sí disponen de FI publicado.
- La mayor parte (93%) se situarían en las posiciones inferiores de las listas de revistas por categorías temáticas del JCR.
- La inclusión de un mayor número de revistas nacionales el SCI repercutiría en unos FI más altos para las revistas españolas.
- La competencia en la obtención de un buen FI está produciendo un efecto beneficioso (mejora la calidad de las revistas).

Desde el propio IHCD se proponen los siguientes aspectos que ayudarán a aumentar el FI de las publicaciones médicas españolas:

- Publicación de artículos de calidad.
- Rigor en la revisión editorial.
- Internacionalización del Consejo Editorial.
- Aumentar su visibilidad internacional: edición en inglés (o, mejor, bilingüe), cuidar la traducción al inglés, elegir y traducir correctamente las palabras clave, estructurar y traducir correctamente el resumen.
- Aumentar su difusión: edición electrónica del texto completo.
- Cumplimiento de las convenciones internacionales sobre publicaciones periódicas.
- Cumplimiento preciso de las normas de publicación.
- Puntualidad en la publicación.
- Priorizar la publicación de originales, notas y revisiones que presenten buenos diseños epidemiológicos: se aconseja la colaboración de epidemiólogos y bioestadísticos.
- Publicar artículos especiales de formación continuada sobre: métodos de investigación, bioestadística, medicina basada en pruebas, patrocinio y financiación de proyectos, ética médica, redacción, lectura crítica de literatura científica, búsquedas bibliográficas, etc.
- Disponer de una sección editorial y de cartas al director que actúe como foro de discusión: las citas a estos trabajos incrementan el FI al aumentar el numerador.
- Citar a la propia revista (cuando sea pertinente): la autocita en un fenómeno normal en la ciencia actual, y también demuestra la confianza de los autores en sus trabajos y en la revista que citan.

Es labor de todos (editores, revisores, autores y lectores) conseguir un camino de excelencia en la publicación médica y fundamentar en criterios de calidad científica la inclusión de un mayor número de publicaciones médicas en SCI-JCR. La autocrítica y comparación *(benchmarking)* con las mejores revistas nacionales y extranjeras constituyen un buen principio para cualquier revista biomédica, y en este sentido destacamos la consolidación científica de dos revistas médicas en español (*Revista Española de Cardiología* y *Medicina Clínica*), producto de una línea editorial en busca de criterios de calidad, difusión y visibilidad internacional (tabla 4). Tres estrategias de claro interés que han de tenerse en cuenta son: *a*) la presentación de dos ediciones diferenciadas, la edición en papel y la edición electrónica (que contenga todos los documentos en los formatos HTLM y PDF); *b*) el acceso de forma completa y gratuita a la edición electrónica, y *c*) la publicación en dos idiomas, en español y en inglés.

El otro «panhispánico»

Laura Munoa*

¿Quién no sabe, a estas alturas del 2005, qué es ese «panhispánico» que corre de boca en boca? Es el diccionario del que se habla en la tele y en la radio, el objeto de innumerables reseñas, el grueso volumen que en Navidad les robará cuota de mercado a los novelones seudohistóricos. Pero, al traductor, el adjetivo de moda le recordará, además, algo que no ha sido mimado por tanta publicidad: el Premio Panhispánico de Traducción Especializada,[a] convocado en el 2003 por la Unión Latina, el Instituto Cervantes, la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología, la Organización de Estados Iberoamericanos, la Real Academia de Ciencias Físicas y Naturales y la Federación de Gremios de Editores de España, y patrocinado por Albisa, *La Página del Idioma Español* y el Bureau de la Traduction de Canadá. Era su objetivo premiar las mejores traducciones al español publicadas y difundidas en cualquier país hispanohablante a partir del año 2000 y correspondientes a obras de cualquiera de los campos del saber científico (ciencias exactas, naturales, jurídicas, humanas, etc.), técnico (mecánica, agricultura, documentación, informática, etc.) o profesional (administración, comercio, publicidad, etc.). Casi sesenta expertos, distribuidos en un jurado lingüístico (presidido por Rodolfo Alpízar Castillo) y un jurado científico (presidido por Marta González), se encargaron de evaluar las 115 traducciones candidatas.

La entrega del premio, anunciada para el III Congreso de la Lengua Española (Rosario, Argentina), en noviembre del 2004, se llevó a cabo finalmente el 12 de octubre del 2005 en el marco madrileño de la Feria Internacional del Libro LIBER.[b] Es de lamentar lo tardío y limitado de la convocatoria; probablemente ello influyó en que fuéramos muy pocos los que esa mañana acompañamos a los galardonados y disfrutamos del Seminario sobre Traducción Especializada que los organizadores tuvieron la feliz idea de asociar a la entrega de premios.

La primera ponente del seminario, Natividad Gallardo,[c] sistematizó la cuestión de la traducción especializada desde la perspectiva de la formación en las facultades de Traducción e Interpretación de España. Expuso los puntos fuertes y débiles de las traducciones realizadas por el especialista y por el traductor de carrera y, aun reconociendo que la situación ideal es la de colaboración entre ambos profesionales, defendió que el traductor no especialista puede llegar a comprender muy bien textos científicos especializados de campos temáticos de los que no posee conocimientos exhaustivos, y ello gracias a su formación lingüística y extralingüística y a un análisis del texto basado en fuentes documentales y terminológicas correctamente elegidas y manejadas.[d]

Envíos, jardín, episodio, paracorto, casa llena, jonrón, bambinazos, vuelacercas, senderos, plato... Estos términos colmaban las breves líneas con las que abrió su intervención el segundo ponente, Alberto Gómez Font,[e] y sólo los entendieron cabalmente en su contexto unas pocas personas del auditorio, entre ellas nuestro colega cubano Rodolfo Alpízar y el autor del *Diccionario terminológico del deporte,*[f] Jesús Castañón; no en vano se estaba hablando de un deporte sumamente popular en el Caribe, pero casi desconocido en España: el béisbol. Gómez Font terminó de saturar de perplejidad a la audiencia con un sabroso fragmento de crónica taurina y cinco abstrusas líneas de un proyecto de modelo docente, y pasó a formular unas interesantes consideraciones sobre la univocidad significante-significado en el lenguaje científico-técnico y el vertido de éste en los textos de divulgación. Destacó la labor neológica que realiza la comisión de traducciones de la Academia Norteamericana de la Lengua a través del boletín *Glosas,* elaborado por un ilustre medtradero, Joaquín Segura, y, apoyándose en su dilatada experiencia de contacto con los medios de comunicación, subrayó la necesidad de que institutos de investigación científica, academias de la lengua y asociaciones de traductores y de terminólogos colaboren con aquellos en la correcta difusión del conocimiento especializado. Para alborozo de los asistentes, Gómez Font remató la faena con dos espléndidas definiciones de términos marineros que pueden leerse, junto con todo el texto de su ponencia, en el sitio web de la entrega del premio.[1]

Sin duda, son muchos los lectores de *Panace@* que conocen al tercer ponente, Rodolfo Alpízar Castillo (Servicio Iberoamericano de Información sobre la Traducción —SIIT Virtual—, Cuba). Lingüista, traductor técnico y literario y autor de varias novelas, ha firmado también textos especializados, como *Traducción y terminología científica en Cuba, ¿Cómo elaborar un diccionario científico técnico?* o *El lenguaje de la medicina: usos y abusos,* inencontrable hasta su reedición, este año, por la editorial salmantina Clavero (véase la reseña de esta obra en págs. 120-121). Alpízar disertó sobre la responsabilidad social del traductor, y lo hizo con tal claridad y hondura que animo vivamente al lector a que acuda al texto completo y disfrute de su argumentación.[2] No encontrará allí un simple elogio de nuestra labor, sino una descripción de la justa medida de su trascendencia y un exhorto al empeño por estar a la altura.

Pero Rodolfo Alpízar habló, además, desde su condición de presidente del jurado lingüístico del Premio Panhispánico de Traducción Especializada 2004. Abordó metódicamente la calidad de las obras presentadas desde el punto de vista léxico-terminográfico, ortográfico, gramatical y estilístico y de su análisis extrajo una primera conclusión, la de que los textos «muestran un débil dominio de las reglas gramaticales y de puntuación de su lengua nativa por parte de quienes los tradujeron», y su corolario: que a quienes nos dedicamos a la traducción especializada no nos sobran los

* Traductora médica, Madrid (España). Dirección para correspondencia: laura@munoa.jazztel.es.

cursos sobre aspectos aparentemente banales del lenguaje (ortografía, gramática, sintaxis...).

En su despedida, Alpízar regresó a la cuestión de la responsabilidad social del traductor desde una perspectiva íntima y casi poética: «Para mí, mi lengua no es apenas un sistema de signos y un conjunto de reglas que me permiten comunicarme. Es eso más mi propio ser material y espiritual. Encuentro una relación dialéctica entre mi lengua, mi cultura, mi nacionalidad, mi forma de ser y de concebir el mundo, mi vida. [...] Habito mi lengua, que es mi universo, y ella me habita, ella y yo formamos una unión indisoluble. Si empobrezco mi lengua empobrezco mi universo de cultura, nacionalidad, forma de ser, empobrezco mi vida; si disminuyo mi lengua, me disminuyo. Si la menosprecio, me menosprecio. No hay alternativa. La conciencia de mi responsabilidad social es también la de mi responsabilidad conmigo mismo».

El último ponente del seminario tiene un pie en el mundo de la ciencia y otro en el del lenguaje: si no lo vemos por la facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense de Madrid, enfrascado en sus investigaciones o sus clases de zoología, es porque está en el Instituto Lexicográfico de la Real Academia Española, bregando con el vocabulario científico-técnico, o en la Real Academia Nacional de Medicina, colaborando en el magno proyecto del diccionario.[3] Fernando Pardos, miembro de MedTrad y experto traductor, empezó planteándose una pregunta: «¿[P]ero los científicos piensan en su lenguaje?, ¿o más bien lo utilizan como la mayoría de la gente, que habla en prosa sin saberlo?». Para responderla distinguió primero entre científicos creadores, que descubren o inventan y son, pues, la fuente neológica, y científicos transmisores, que amplían, extienden, aplican o corroboran los descubrimientos o ideas de otros. Tocó las actitudes de los primeros hacia la corrección lingüística y las diferencias entre disciplinas científicas a la hora de crear neologismos, para luego detenerse en las consecuencias de una polarización prematura de la educación secundaria que forma estudiantes de carreras científicas y profesionales ayunos de «cultura de la cultura» y en la parte de responsabilidad que esta indigencia puede tener en lo que Pardos considera «una suerte de banalización del lenguaje científico», cada vez más alejado de las tradicionales raíces griegas y latinas.

Cuando les llegó el turno a los científicos transmisores, Fernando Pardos los pintó como menos conocidos, pero más numerosos y «en cierta medida, más peligroso[s], porque difunde[n] y disemina[n], primero entre la comunidad científica y luego fuera de ella». Así, si lo que diseminan son errores léxicos, éstos tienen muchas probabilidades de arraigar sin remedio. Por suerte, lo que parecía un gris panorama se iluminó al señalar Fernando que, en su clasificación, a los dos tipos de científicos descritos quedaba por sumar otros tres que pueden hacer mucho en pro del sano desarrollo del lenguaje especializado: los divulgadores, los docentes y, cómo no, los traductores. Esta visión optimista se merece un voto de confianza por venir precisamente de quien consagra su vida a crear, transmitir, explicar, divulgar y traducir conocimiento científico. Pero Fernando Pardos dijo muchas otras cosas interesantes[4] que yo que ustedes, amigos lectores, no me perdería.

Al Seminario sobre Traducción Especializada siguió una intervención especial de Javier Ordóñez, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid (España), titulada «Elogio de la traducción», y en la que Ordóñez incidió en la importancia de los traductores como creadores no sólo de términos, sino también de lenguaje, y les atribuyó la capacidad de «salvar la lengua».

Lamento no poder contarles a los lectores de *Panace@* que el primer Premio Panhispánico de Traducción Especializada 2004 recayó en una obra biomédica. Tampoco lo hizo el segundo, ni el tercero, ni el regional, ni ninguna de las cinco menciones honoríficas, con la excepción, quizá, de la titulada *La diacronía en psicoanálisis* (trad.: Horacio Pons). El jurado designó vencedor al *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales,* traducido del inglés por la argentina Patricia Willson y editado por Paidós. El segundo premio fue para la obra *Comentario del Protocolo del 8 de junio de 1977 adicional a los convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949 relativo a la protección de la víctimas de los conflictos armados internacionales (Protocolo I)* (traducida del francés por el colombiano Mauricio Duque Ortiz y editada por Plaza y Janés) y el tercero se concedió a *Las dimensiones en Arquitectura* (traducida del inglés por el equipo mexicano de Álvaro Sánchez González, Jan Bazan Sánchez, Jorge Pablo Signoret Edward, Juan Antonio Gadea Elias, Laura Cora Ortega, Dolores Guadalupe Cheang Wong, Raúl Arrioja Juárez y Rodolfo Navarro Salas, y editada por Limusa). El premio regional le correspondió a *Terapia conyugal y familiar·* traducida del inglés por la española Raquel Martín Lanas y editada por Aula Médica. El lector puede consultar la lista completa de galardonados en <www.unilat.org/dtil/panhispanico/ganadores.htm>.

No tenemos conocimiento de una nueva convocatoria del Premio Panhispánico de Traducción Especializada, pero confiamos en que se anuncie muy pronto y la representación de obras biomédicas sea muy nutrida y de excelente calidad.

Notas

[a] El lector hallará toda la información sobre el Primer Premio Panhispánico de Traducción Especializada en la URL <www.unilat.org/dtil/panhispanico/>.

[b] Ceremonia de entrega del Primer Premio Panhispánico de Traducción Especializada: <www.unilat.org/dtil/panhispanico/ceremonia_entrega.htm>.

[c] Profesora de la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad de Granada.

[d] El sitio web de la entrega del Premio Panhispánico de Traducción Especializada 2004 no recoge todavía la intervención de la profesora Gallardo en el Seminario sobre Traducción Especializada, pero el lector interesado puede profundizar en las opiniones de la autora consultando las fuentes siguientes: Gallardo N. Comunicar el conocimiento especializado: perspectivas de la economía desde el punto de vista del traductor. Comunicación a la V Jornada-Coloquio de AETER (octubre 2004) [en línea], <cvc.cervantes.es/obref/aeter/conferencias/gallardo.htm>. Gallardo N. Enseñanza de la traducción técnica: la formación de traductores no especialistas. Comunicación al Simposio de Traducción español-inglés celebrado

en la Universidad de Salford (marzo 1996) [en línea], <cvc.cervantes.es/obref/aproximaciones/>.

[e] Coordinador general de la Fundación del Español Urgente (Fundéu; Madrid, España).

[f] Gijón: Trea; 2005.

Bibliografía

1. Gómez Font A. Lenguaje científico-técnico y lengua general: diferencias y semejanzas. Ponencia presentada al Seminario sobre Traducción Especializada celebrado con motivo de la entrega del Premio Panhispánico de Traducción Especializada (octubre 2005) [en línea]. <www.unilat.org/dtil/panhispanico/gomez_font.htm>.
2. Alpízar R. Responsabilidad social del traductor. Ponencia presentada al Seminario sobre Traducción Especializada celebrado con motivo de la entrega del Premio Panhispánico de Traducción Especializada (octubre 2005) [en línea]. <www.unilat.org/dtil/panhispanico/alpizar.htm>.
3. Real Academia Nacional de Medicina. Manifiesto de apoyo al proyectado diccionario de la RANM. Panace@ 2004; 5(17-18): 254 [en línea]. <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n17-18_entremes-RANM.pdf>.
4. Pardos F. Ciencia, científicos y lenguaje especializado. Ponencia presentada al Seminario sobre Traducción Especializada celebrado con motivo de la entrega del Premio Panhispánico de Traducción Especializada (octubre 2005) [en línea]. <www.unilat.org/dtil/panhispanico/pardos.htm>.

Los pronombres y el sexismo lingüístico

Álvaro García Meseguer
CSIC, Madrid (España)

Los pronombres pueden hacer referencia a dos cosas diferentes: a una persona directamente (función deíctica) o a una palabra del texto (función anafórica) que normalmente ha aparecido antes (y si no, aparecerá inmediatamente después). En el primer caso, la concordancia se hace directamente entre sexo de la persona y género del pronombre (varón-masculino y mujer-femenino), pero en el segundo la concordancia se hace entre géneros de palabras, y el sexo no interviene.

En español hay dos tipos de pronombres: los que solo pueden sustituir a *personas* (tales como *yo, tú, quien, alguien, nadie*) y los que pueden sustituir a personas y a palabras (tales como *él/ella, nosotros/as, vosotros/as, ellos/as*). Los primeros son de forma única y no tienen género explícito, a diferencia de los segundos, que son de doble forma y género explícito.

Si los primeros combinan con palabras de forma única (como *imbécil* o *accionista*) se originan frases sin género explícito y, por consiguiente, sin posibilidad de confusión género-sexo, tales como:

1. Quien tal sostenga será imbécil.
2. Nadie quiso ser accionista de esa sociedad.

Cuando, por el contrario, combinan con palabras de doble forma (como *tonto/a* o *empleado/a*) la gramática obliga a que la concordancia se haga en masculino, pero el referente es una persona genérica y no necesariamente un varón, como puede verse en las siguientes frases hermanas de las anteriores:

1.1. Quien tal sostenga será tonto.
2.1. Nadie quiso ser empleado de esa sociedad.

En cuanto a los pronombres de doble forma (como *él/ella, ellos/as*), todos pueden usarse en función anafórica («Ellas saben que soy disciplinado», decía el general Prieto en carta al diario *El País*, el 21 de noviembre de 1978, refiriéndose no a las mujeres, sino a las autoridades militares), y si la palabra del contexto a la que apuntan no marca sexo, el pronombre tampoco lo marcará. Así, las frases:

3. Nosotras, las víctimas del terremoto.
4. Nosotros, los damnificados por el terremoto.

aluden ambas a personas genéricas y poseen idéntico significado, pese a estar construidas una en masculino y otra en femenino.

Por consiguiente, siempre que aparezca en el discurso un pronombre, debemos reprimir la tendencia que todos tenemos a pensar que se refiere al sexo concordante con su género, pues tal cosa podría ser falsa. Último ejemplo, la frase: «Dichosas vosotras que os sentís amadas» podría referirse a varones si la palabra *criaturas* está en el contexto: «Dichosas criaturas vosotras que os sentís amadas».

Reproducido con autorización del *Rinconete*, del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>),

Belén Franco

Standards, quality and rights
FIT 2005, XVII[e] Congrès Mondial / XVII World Congress*

Karen Shashok**

About 650 translators from 60 countries met in Tampere, Finland from August 4 to August 7, 2005, for the International Federation of Translators' congress, dubbed FIT2005 (www.fit2005.org). The congress drew a mixture of academics, institutional translators and freelancers who put the four days to good use learning about each others' cultures, about the various quality assurance standards now being developed, and about some recent advances in translation techniques and research.

The near-faultless organization kept the program on schedule, and local organizer Sheryl Hinkkanen and her team deserve special praise for running both the professional program and the social events efficiently. Particularly helpful were the red-T-shirted assistants, always at the ready to answer questions about the venue (the impressive Tampere Hall) and program, to help prepare the lecture rooms for the next session, and to ensure that lights were turned on and off, and doors were opened or closed, at the appropriate time. Their attention to these details left busy session chairs, moderators, and speakers free to concentrate on their duties without interruptions from the sometimes irksome glitches created by environmental distractions.

Most of the sessions in the program dealt with topics removed from scientific, technical or medical translation and terminology, so this breed of translator was a minority at FIT2005. The session on medical translation featured a talk by MedTrad member Elena Sánchez Trigo. A workshop on quality assurance in medical translation run by Mary Ellen Kerans gave participants a chance to compare their translation-revising skills on some challenging texts. Despite the slim offerings in scientific-technical-medical translation, issues related with project management and quality control provided a common ground for debate, since standards, quality, and rights concern all translators and interpreters, and all clients as well.

Standards

A major theme of the congress was standards, and some of the opening sessions were devoted to the different proposals under development. Certification for compliance with the procedures specified in ISO 9001 was felt to be feasible for translation companies and agencies, but was seen as an administrative and financial challenge for freelancers (who account for 70% of all translators). There were also concerns that the paperwork involved in compliance with the ISO standard might make freelancers' services unattractive to some clients. So alternative standards are needed for translation service providers (TSPs) who may be unable to bear the administrative burden of ISO 9001 certification. Less onerous alternatives may be the standard under development by the Comité Européen de Normalisation (CEN, or European Committee for Standardization), and the American Society for Testing and Materials (ASTM) International Standard WK2953, titled "Consumer-oriented Guide to Quality Assurance in Translation and Localization."

According to information on the Internet, the draft of the CEN standard EN-15038 ("European Quality Standard for Translation Services") encompasses the translation process and all other steps involved in providing the relevant service. The proposed standard offers both TSPs and their clients a transparent description and definition of the entire translation process. At the same time, it is designed to provide TSPs with a set of procedures and standard requirements to enable them to meet market requirements.

Both of the proposed standards emphasize the translation process over the translation product, and offer TSPs a way to document their own quality control and quality assurance measures in case the client is not satisfied with the translation. In other words, customer relationships and customer satisfaction are core issues in the new standards, which aim to defend the clients' right to obtain the best possible service. But both standards side-step the question of the quality of the actual translation.

One thing that seems to have been forgotten is that the client's needs (for speed and economy) may not overlap (or even be compatible with) the readers' or users' needs (for appropriate, nuanced language). If there is a middleman between the translator and the reader, there may be opportunities for factors that can enhance quality (competent revision) or threaten it (incompetent revision) to intervene. As noted at the congress, nobody knows how to measure the quality of translated texts. This makes it important for the TSP and client to agree in advance on a realistic evaluation of the job, its costs, and the purposes of the translated material.

The new standards may do nothing to guarantee that translations prepared in compliance with their process recommendations will be of better quality. They may, however, help TSPs satisfy their clients inasmuch as the quality of translation services is measured as the degree to which the client's wishes are met. If clients have their own metric for translation quality, this might solve part of the problem of judging objectively how well the translation satisfies the reader's needs. But this raises a potentially complex dilemma for translators: Who are we ultimately answerable to? The readers of the translated material, or the middleman (translation agency, publisher, institutional employer) who pays our fee or salary?

* Parts of this text are based on the report "Issues in institutional translation" to appear in the Proceedings of the FIT2005 conference.

** Translator and editorial consultant, Granada (Spain). Address for correspondence: kshashok@auna.com.

Quality and translation revisers

As a measure to improve the quality of the translation itself rather than the administrative processes surrounding the purchase and sale of translation services, the new standards propose that all translations be revised by a person other than the translator. Although the standards consider both translation agencies and freelancers as TSPs, the interests of these two players in the translation market are not always aligned. Translation agencies wish to provide their clients with high-quality services and products, and have justifiable reasons for complaining when the quality of the translations they receive from freelancers does not meet their standards. But the reasons why quality is inadequate may have as much to do with poor payment and impossible deadlines as with incompetence on the part of the translator. If there were time to revise translations before they are delivered, most professionals would be eager to do so.

Whether the reviser should be employed by the freelancer or by the agency that buys the freelancer's translation and resells it to their client at profit is not resolved by the new standards. In any case, the reviser (or editor) should not be expected to work for free. Agencies and other clients concerned about quality and added value do revise translations, and the most successful agencies and institutions seem to be those that develop effective systems for feedback and professional development with their translators. If translation agencies are unwilling to take responsibility for revising translations, they may need to find translators who are able to provide better quality, although this will usually be more expensive. We were told at the conference that most of the pressure to include the recommendation for revision in the standards had in fact come from translation agencies. Some agencies (and other clients) seem, however, to forget that there is a limit to the level of quality that can be bought at low rates, with insufficient time for quality control and quality assurance.

Revision by a person other than the translator looks like a good solution on paper, since even the most carefully-translated and conscientiously-revised text will benefit from a fresh look by a person skilled in editing. However, a number of practical obstacles make this solution less straightforward than it sounds.

1. Competent revision requires skills that are acquired by learning and training, and that not all translators may possess. Revision by someone unskilled in this task is unlikely to contribute much to quality. Errors may be overlooked, unnecessary changes may be made on the basis of personal preference alone, and overconfident revisers may make changes that introduce errors (as described in the workshop on institutional translation; see below).

   The standards say nothing of the qualifications of translation revisers. The activity of revising is described, but not the level of skill needed to perform this activity effectively.

2. Revising a translation can take almost as much time as generating the translation; even a quick read-through to spot-check for errors requires time and concentration for long documents. It was suggested at the congress that revision may become the norm, and that freelancers may need to make ad hoc or long-term arrangements to share this additional task between colleagues.

   It is hard to see how freelancers can ask busy colleagues to provide this service without suitable remuneration for their time. And paying colleagues for revising ultimately means raising the price for the client—or splitting the client's fee with the reviser. Have clients understood this, and will they be prepared to absorb the additional cost?

3. Translators who wish to comply with the standards but who lack the time, skills or motivation to perform a competent revision may be tempted to simply tick off items on a quality control checklist and sign the appropriate piece of paper without actually having looked at the text closely. The standards in themselves will do nothing to stop such corner-cutting practices.

4. If the market is unwilling to absorb the increase in cost that obligatory revision may lead to, the motivation to take revision seriously may never exist. This will leave TSPs and their clients in the same position they are in now: each practitioner is ultimately responsible for the quality of work he or she delivers. Clients are free to seek out TSPs who meet their requirements for quality and professionalism, and translators are free to negotiate appropriate compensation.

   Will the requirement for revising every translation provide an opportunity for enhanced quality control? Or will it increase time pressures, force TSPs' earnings lower, and create opportunities for shady practices? The FIT officers encouraged the audience to let FIT know how we felt about the new standards.

Rights and institutional translation

At the workshop titled "Issues in institutional translation," Josep Bonet Heras described how enlargement of the European Union has affected the work of the Directorate General for Translation (DGT). Because of heavy demands on the staff's time and skills, and the lack of qualified translators into and out of all of the 20 official languages, the DGT is no longer afraid of two-way (out of the translator's first language) or three-way translation (when neither the source nor the target language is the translator's first language).

To manage the demand for translation, European Commission staff are now encouraged to prioritize which material is needed soonest, and to say what they wish to say in fewer words. One side-effect is that much of the more interesting ma-

terial (such as texts targeted to the general public) is now outsourced to non-staff translators, whereas most legislative and legal documents are reserved for the in-house staff. Authors of EC documents tend to develop a "neutral language" in their efforts to be concise, and this, together with sometimes less than complete fluency in the language they write in, can result in texts that lack precision and thus present special challenges to translators. Bonet noted that the DGT now seeks generalist translators rather than specialists, because generalists are better prepared to handle material in a variety of areas. In closing, he wondered whether it would be useful in the long term for skills in technical and engineering aspects of the translation process to take precedence over linguistic skills.

Participants from the audience contributed specific examples of success and failure at various institutions and agencies. One freelancer's unsatisfactory experience with a government client showed what can go wrong when a good translation is "corrected" incompetently. Without the translator's knowledge or consent, a translation for publication in a glossy public-outreach magazine distributed world wide was tampered with after it had been delivered, and the resulting text was published (in print and online) with many serious linguistic errors that had been introduced by a person whose language skills were clearly inadequate to the task of revising the translation. The damage to the translator's reputation was potentially severe since the translator was clearly credited in the masthead. The client had violated the translator's moral right to the integrity of the work, so the institution opted for an out-of-court settlement rather than risk the unfavorable publicity of a court case.

On a more positive note, a very successful system of quality control was described by a translation project manager and reviser at an international financial institution. Freelance translators were made to feel part of the in-house staff's team by being given clear information about the institution's culture and working methods, and about the aims of each project. In-house revisers provided constructive feedback on the quality of all translations delivered. This approach to project management established long-term bonds of mutual respect between the client and the translators, and created a self-reinforcing system of continuous quality enhancement, as translators—appreciative of the feedback and client's willingness to explain how translation fit into the bigger picture of the institution's goals—became increasingly skilled in meeting the client's quality criteria efficiently.

Most obvious among clients' rights is the right to receive competent translations from their suppliers. Some institutional clients and agency representatives at the workshop noted that it was hard to find competent translators, and that it was still frequent for translations to need careful checking and correction—a process that can take up considerable amounts of the reviser's or project manager's time. For highly technical documents such as patents, it was suggested that one way to improve quality might be to use translators experienced in technical writing and documentation.

Not all practicing translators or researchers in translation studies identify with FIT's institutional goals, and many translators could not afford to attend FIT2005. Nevertheless, those who gathered in Tampere were rewarded with plentiful opportunities to see what's happening in the profession, and to learn about interesting developments that may affect practitioners in the near future. The next FIT conference will take place in Shanghai in 2008. Meanwhile, the proceedings of FIT2005 can be ordered from <www.fit2005.org>.

2002: el *Quijote* en espanglés

Ilán Stavans
Amherst College, Massachusetts (EE.UU.).

In un placete de La Mancha of which nombre no quiero remembrearme, vivía, not so long ago, uno de esos gentlemen who always tienen una lanza in the rack, una buckler antigua, a skinny caballo y un grayhound para el chase. A cazuela with más beef than mutón, carne choppeada para la dinner, un omelet pa' los Sábados, lentil pa' los Viernes, y algún pigeon como delicacy especial pa' los Domingos, consumían tres cuarers de su income. El resto lo employaba en una coat de broadcloth y en soketes de velvetín pa' los holidays, with sus slippers pa' combinar, while los otros días de la semana él cut a figura de los más finos cloths. Livin with él eran una housekeeper en sus forties, una sobrina not yet twenty y un ladino del field y la marketa que le saddleaba el caballo al gentleman y wieldeaba un hookete pa' podear. El gentleman andaba por allí por los fifty. Era de complexión robusta pero un poco fresco en los bones y una cara leaneada y gaunteada. La gente sabía that él era un early riser y que gustaba mucho huntear. La gente say que su apellido was Quijada or Quesada —hay diferencia de opinión entre aquellos que han escrito sobre el sujeto— but acordando with las muchas conjecturas se entiende que era really Quejada. But all this no tiene mucha importancia pa' nuestro cuento, providiendo que al cuentarlo no nos separemos pa' nada de la verdá. [...]

Don Quixote de la Mancha transladado al *Spanglish* por Ilán Stavans. Reproducido a partir de: *Cuadernos Cervantes de la Lengua Española* (<www.cuadernoscervantes.com>), 2002; 8 (40): 10-11.

Convocatoria del II Premio Científico-Literario «¿Te atreves?»

Editorial Hélice

Madrid (España), <www.editorialhelice.com>

La editorial Hélice te invita a participar en el II Premio Científico-Literario «¿Te atreves...?» retándote a explicar a la gente de la calle diferentes aspectos de tu labor como científico. Puedes hacerlo en el estilo que quieras, un cuento, un diario, una historia, una reflexión, una parábola, una carta al presidente de la nación, etc.; incluso puedes partir de un trabajo original ya publicado por ti. La idea es escribir un *paper*-ensayo que se olvide del corsé de las instrucciones a los autores y que incorpore el lenguaje literario (nada de Resumen, Introducción, Materiales y métodos, Resultados y Discusión).

Requisitos

- Puedes escribir en cualquiera de las lenguas habladas en España, aunque para poder publicarlo haremos una traducción al castellano.
- El trabajo debe tener entre 5 y 8 páginas, escritas en Word, en Times New Roman 12 puntos a una sola cara y a un espacio.
- En el caso de que utilices un *paper* publicado por ti, deben figurar obligatoriamente los datos de la revista, y si necesitas incorporar figuras, tienes dos opciones: *a*) reelaborar las que aparezcan en el *paper;* o *b*) presentar las mismas figuras del *paper,* pero teniendo en cuenta que si tu texto resulta seleccionado, deberás solicitar un permiso de reproducción a la revista.
- No hay límite de edad.
- Manda el trabajo, adjunto, por correo electrónico a la siguiente dirección: autores@editorialhelice.com. En la línea del asunto escribe «Para ¿Te atreves...?». En el cuerpo del mensaje escribe tus datos de contacto y el título del trabajo. Si necesitas alguna aclaración, llámanos al 915 481 190 o escribe un mensaje electrónico a la dirección que hemos indicado arriba.
- La participación en el certamen supone la aceptación de sus bases.
- El premio se lo daremos a los mejores trabajos divulgativos a juicio de un jurado cuyos integrantes se darán a conocer en el acta del premio. Los finalistas verán sus relatos publicados en un libro promovido por la SEBBM y editado por Editorial Hélice; y el ganador al mejor relato, además, obtendrá un cheque por valor de 300 euros.
- Si te aventuras a participar, tienes que mandarnos tu trabajo antes del 28 de febrero del 2006. A partir del día 30 de mayo ya podrás saber si has ganado… ¿Te atreves?

Agenda

Laura Munoa*

Reuniones

V Jornadas de Traducción: «Traducción y manipulación: el poder de la palabra»
Organizado por: Facultad de Filología, Universidad de Sevilla.
Lugar: Sevilla (España).
Fecha: 7-10 de marzo del 2006.
Información: jdgomez@us.es.

«Traduire les sciences humaines: méthodes et enjeux»
Organizado por: Université de Rouen.
Lugar: Rouen (Francia).
Fechas: 30 y 31 de marzo del 2006.
Información: cecile.fouache@univ-rouen.fr.

XXIV Congreso internacional de la Asociación Española de Lingüística Aplicada (AESLA)
Aprendizaje de lenguas, uso del lenguaje y modelación cognitiva: perspectivas aplicadas entre disciplinas
Organizado por: Asociación Española de Lingüística Aplicada.
Lugar: Madrid (España).
Fechas: 30 de marzo-1 de abril del 2006.
Información: <www.uned.es/aesla2006/index.htm>.

9th International Conference on Public Communication of Science and Tehcnology (PCST-9): «Scientific culture for global citizenship»
Organizado por: International Network on Public Communication of Science and Technology.
Lugar: Seúl (Corea).
Fecha: 17-20 de mayo del 2006.
Información: <www.pcst2006.org>.

GLAT-Bertinoro 2006: «Methodological aspects of the creation of monolingual and multilingual lexicons»
Organizado por: Groupe de Linguistique Appliquée des Télécommunications, École Nationale Supérieure des Télécommunications de Bretagne.
Lenguas oficiales: EN, FR, IT, ES.
Lugar: Bertinoro (Forlì, Italia).
Fechas: 27-29 de mayo del 2006.
Información: <conferences.enst-bretagne.fr/glat-bertinoro2006>.

19th Annual Conference of the Canadian Association for Translation Studies: Translating the Americas – Traduire les Amériques – Traducir las Américas
Organizado por: Canadian Association for Translation Studies – Association Canadienne de Traductologie.
Lugar: Toronto (Ontario, Canadá).
Fechas: 27-29 de mayo del 2006.
Información: <www.uottawa.ca/associations/act-cats/Eng/congress/congress.htm>.

III Congreso Internacional «El español, lengua de traducción»
Traducción: contacto y contagio
Organizado por: Universidad Autónoma de Puebla y Dirección General de Traducción de la Unión Europea.
Lugar: Puebla (México).
Fechas: 12-14 de julio del 2006.
Información: <www.esletra.org>.

I Congreso Internacional de Traducción Especializada
Organizado por: Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires (CTPCBA).
Lugar: Buenos Aires, (Argentina).
Fechas: del 27 al 29 de Julio de 2006.
Información: <www.traductores.org.ar/congreso2006>, informescongreso2006@traductores.org.ar.

VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española
Organizado por: México y la Universidad Nacional Autónoma de México.
Lugar: Oaxaca (México).
Fechas: 4-8 de septiembre del 2006.
Información: <www.7cihle.org/interna.php?cont=1>.

12th International EURALEX Conference
Organizado por: European Association for Lexicography (EURALEX).
Lugar: Turín (Italia).
Fechas: 6-9 de septiembre del 2006.
Información: <www.euralex2006.unito.it>.

Internationale Konferenz «Anglizismen in Europa – Anglicisms in Europe»
Organizado por: Universität Regensburg.
Lugar: Regensburgo (Alemania).
Fechas: 26-28 de septiembre del 2006.
Información: <www.uni-regensburg.de/Fakultaeten/phil_Fak_IV/Anglistik/aie>.

Congreso Internacional «La traducción y la interpretación en la encrucijada de la comunicación intercultural»
Organizado por: Grupos de investigación Traducción, Lenguas y Cultura en la Sociedad del Conocimiento y

* Traductora médica (Madrid). Dirección para correspondencia: laura@munoa.jazztel.es.

Traducción e Interpretación: su Didáctica por Tipo de Textos, Departamento de Filología Moderna, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
Lugar: Las Palmas de Gran Canaria (España).
Fechas: 18-20 de octubre del 2006.
Información: <www.gi.ulpgc.es/tlcsc/congreso/principal.html>.

47th ATA Annual Conference
Organizado por: American Translators' Association (ATA).
Lugar: Nueva Orleans (Luisiana, EE. UU.).
Fechas: 2-5 de noviembre del 2006.
Información: <www.atanet.org>.

International Conference on Terminology - Terminology and Society - The impact of Terminology on everyday life
Organizado por: NL-TERM y Lessius Hogeschool Antwerp.
Lugar: Amberes (Bélgica).
Fechas: 16-17 de noviembre del 2006.
Información: <www.lessius-ho.be/vt/Terminologiecongresnovember2006.htm>.

5th Congress of the European Society for Translation Studies
Organizado por: Departmento de Traducción de la Universidad de Ljubljana.
Lugar: Liubliana (Eslovenia).
Fechas: 3-5 de septiembre del 2007.
Información: <www.est-translationstudies.org>.

48th ATA Annual Conference
Organizado por: American Translators' Association (ATA).
Lugar: San Francisco (California, EE. UU.).
Fechas: del 31 de octubre al 3 de noviembre del 2007.
Información: <www.atanet.org/conference/futuresites.htm>.

Cursos

Curso de formación «Cómo realizar presentaciones orales en biomedicina»
Organizado por: Fundación Dr. Antonio Esteve.
Lugar: Barcelona (España).
Fechas: 15 y 16 de diciembre del 2005.
Información: <www.esteve.org>.

Cursos virtuales para traductores y correctores
Organizado por: SIC, S. L.
Fechas: invierno del 2006.
Información: <www.torsimany.com>, cursos@torsimany.com.

- Técnicas de traducción asistida - Trados
- Terminología - Obtención y gestión
- Técnicas de traducción y corrección de páginas y sitios web
- Fiscalidad para traductores, correctores y autores
- Buscar recursos lingüísticos en Internet.

Cursos presenciales para traductores y correctores
Organizado por: SIC, S. L.
Fechas: invierno del 2006.
Información: <www.torsimany.com>, cursos@torsimany.com.

- Introducción a la traducción audiovisual:
- la subtitulación
- Traducción de páginas web con Trados
- Cómo hacer un PowerPoint en 10 minutos
- La propiedad intelectual en la traducción
- Llamadas gratis a todo el mundo.

Curso de formación «Cómo redactar un artículo científico»
Organizado por: Fundación Dr. Antonio Esteve.
Lugar: Alcorcón (Madrid, España).
Fechas: 18 y 19 de enero del 2006.
Información: <www.esteve.org>.

Curso de interpretación simultánea EN-ES en biomedicina
Organizado por: Lucille Barnes.
Lugar: Buenos Aires (Argentina).
Fechas: desde la tercera semana de marzo hasta mediados de diciembre del 2006.
Información: <www.lucillebarnes.com/biomedicina.htm>.

Curso de formación «Cómo realizar presentaciones orales en biomedicina»
Organizado por: Fundación Dr. Antonio Esteve.
Lugar: San Lorenzo de El Escorial (Madrid, España).
Fechas: 23 y 24 de marzo del 2006.
Información: <www.esteve.org>.

Máster en comunicación científica, médica y medioambiental
Organizado por: Instituto de Educación Continua (IDEC) de la Universidad Pompeu Fabra
Lugar: Barcelona (España)
Fecha: marzo-diciembre del 2006
Información: <www.idec.upf.edu/mcc>

Curso de formación «Cómo redactar un artículo científico»
Organizado por: Fundación Dr. Antonio Esteve.
Lugar: Palma de Mallorca (España).
Fechas: 8 y 9 de junio del 2006.
Información: <www.esteve.org>.